Cristián Gazmuri

HISTORIA DE CHILE 1891-1994

Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios





Historia de Chile
1891-1994

RIL editores
bibliodiversidad

Cristián Gazmuri

Historia de Chile 1891-1994

Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios



Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile


RiL editores

983.064 Gazmuri, Cristián
G Historia de Chile 1891-1994. Política, economía, sociedad, vida privada, episodios / Cristián Gazmuri. – – Santiago : RIL editores, 2012.

524 p. ; 23 cm.
ISBN: 978-956-284-904-3

1 CHILE-HISTORIA-1891-1994. 2 CHILE-HISTORIA-SIGLO 20





Historia de Chile 1891-1994
Política, economía, sociedad, cultura, vida privada, episodios
Primera edición: julio de 2012

Los Leones 2258
7511055 Providencia
Santiago de Chile
Tel. Fax. (56-2) 2238100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-284-904-3

Índice

Chile 1891-1920

1920-1932

1932-1952

1952-1964

1964-1970

1973-1980

1980-1989

1989-1994

Introducción

El peso del largo tiempo y la geohistoria

Como toda nación o sociedad, Chile ha exhibido históricamente rasgos que marcan actitudes colectivas más o menos permanentes. Intentar un estudio sistemático sobre el problema rebasa con mucho lo que puede pretenderse en una introducción breve. Vayan entonces sólo algunas notas sobre éstas. Escribo en pasado, pues, como podrán darse cuenta los lectores, muchas de las actitudes mentales que mencionaré aparecen como muy debilitadas o como inexistentes en la actualidad.

En 1940 salió a la luz el libro de Benjamín Subercaseaux *Chile, o, una loca geografía*. En 1943 escribió *Tierra de océano: la epopeya marítima de un pueblo terrestre*, donde hizo una entusiasta defensa del significado del mar para los chilenos, aunque exagera más de algo. Pero, de hecho, en esas obras, estaba introduciendo a la «geohistoria» como trasfondo de la historia de Chile. Aquella habría grabado rasgos mentales que nos han marcado por siglos. Es la tesis de Braudel, aunque no creo que Subercaseaux lo haya conocido entonces. Por lo demás, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, largo tiempo antes, ya había escrito:

> Es Chile de Norte Sur de gran longura,
> costa del nuevo mar del Sur llamado;
> tendrá de Este al Oeste de angostura,
> cien millas de lo más ancho tomado;
> bajo del polo Antártico en altura
> de veinte y siete grados, prolongado
> hasta el mar Océano y chileno,
> mezclan sus aguas por angosto seno.

(…) Digo que Norte, Sur, corre la tierra
y baña la del Oeste la marina;
a la banda del Este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina.
En medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte,
sólo domina el iracundo Marte.

La longura, el mar, el frío antártico, la guerra como presencia casi permanente. Aquí está dicho casi todo, ¿qué vamos a agregar, en estas introducciones de Ercilla y Subercaseaux nosotros?

Que el primer rasgo mental que quiero destacar como presente en el chileno es la conciencia de habitar en un lugar lejano. Lejano de lo que han sido los polos de cultura avanzada del planeta –Europa en lo fundamental– durante los siglos de existencia nuestra: el síndrome de lejanía.

Aquí «donde otro no ha llegado», escribía también don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Algunos de los primeros mapas señalan las tierras de Chile como «Finis Terrae». Jaime Eyzaguirre recoge esa denominación y le agrega el adjetivo de «antípoda del mundo». En los cantos de marinos europeos de Saint-Malo «llegar hasta Valparaíso» era sinónimo de estar al otro lado del planeta y esto ha tenido consecuencias importantes, principalmente en lo económico y cultural, hasta hace muy poco tiempo. No pretendemos comulgar con la teoría de la marginalidad, pero mucho de eso fue verdad y sigue siéndolo aunque cada vez menos. Y más aislados hemos estado aún de otras altas culturas, no europeas. Diferente era el caso, en la época precolombina, por lo que respecta al Imperio Inca. Pero entonces, «Chile», en tanto la unidad histórico-geográfica que conocemos hoy, no existía.

Lejanía, en primer lugar. Un segundo rasgo, aislamiento. Hasta hace unos 100 años Chile era casi una isla, especialmente durante los inviernos. Encerrado entre el inmenso Océano Pacífico, sin una costa con buenos puertos naturales, la barrera casi infranqueable (durante muchos meses), de la cordillera de Los Andes, el Desierto –«El Despoblado»– de Atacama, al norte y el Cabo de Hornos al sur, con el mar más feroz del planeta,

su aislamiento era casi total. Llegar o salir de Chile era una verdadera aventura y el viaje tomaba muchos meses.

También pobreza. Chile fue, hasta 1830, posiblemente la sociedad más pobre de la América Ibera. No producía gran cantidad de metales preciosos, ni alimentos o productos tropicales de alta demanda en Europa, como azúcar, café, cacao, tabaco, o después caucho. En verdad la Corona Española estuvo interesada en la existencia de Chile principalmente porque constituía la puerta sur del rico Perú, el que era preciso defender de corsarios y la ambición de otras potencias europeas. Los viajeros que nos visitaron durante el siglo xix, junto con señalar la belleza del paisaje destacan las muy precarias condiciones de vida de los chilenos, incluso de las familias más pudientes, cuyas casas combinaban algunos muebles, alfombras y trajes europeos con el piso de tierra apisonada, muros de adobe y techos con las vigas de canelo u otros árboles autóctonos a la vista. Los edificios públicos fueron muy modestos hasta muy entrado en siglo xviii, cuando se construyeron el puente de Cal y Canto, la casa de Moneda y algunas iglesias de más pretensiones. Esta pobreza terminaría, entre la oligarquía al menos, hacia mediados del siguiente siglo. Pero todavía, excepción hecha de las familias más ricas que ahora pasaban largas temporadas en Europa y construyeron casas imitando las del Viejo Mundo, el estilo rústico se conservó, si no en Santiago, sí en los fundos y ciudades de provincia hasta el siglo xx. La alta burguesía decimonónica de Valparaíso constituiría la excepción. Pero no quebró esta realidad en términos generales.

Creo que esta situación de lejanía, aislamiento y pobreza que ha marcado el comportamiento de los chilenos, incluso hoy, cuando los medios de comunicación y transporte modernos nos han acercado al mundo. Tímidos y apocados, también sobrios, solíamos ser poco aficionados a aparentar. Espontáneamente, hemos tendido a rehuir los primeros planos (con excepciones por cierto). La persona que llamaba la atención y exhibía su riqueza o su poder era mal vista. El exhibicionista, el «posero», no despertaban simpatía ni admiración. Más bien se le acogía con ironía. La sobriedad era considerada una virtud nacional y me parece que hay sólo tres épocas de nuestra historia en que este rasgo se ha quebrado: transitoriamente, entre la aristocracia, hacia comienzos del siglo xx; entre la nueva burguesía durante el período del boom de comienzos de 1980 y de nuevo en los últimos años.

Sobriedad, sencillez, honestidad. Cuando don Aníbal Pinto dejó la Presidencia sus amigos debieron ayudarlo a encontrar un trabajo para subsistir y mantener una casa. Cuenta Vicuña Mackenna que enfrentado al motín del 20 de abril de 1851, de madrugada, el Presidente Bulnes desayunó un vaso de mote con huesillo que compró a un motero de la calle. Hasta la época del gobierno de Eduardo Frei Montalva, los Presidentes de la República caminaban por la calle como cualquier ciudadano y hasta hoy –con recientes excepciones– se enorgullecen de vivir en sus domicilios particulares. Y no se trata sólo de figuras públicas. El hombre medio chileno ha sido, históricamente, por lo general, muy sobrio, casi exageradamente apocado.

No hemos amado lo monumental y, en estos últimos tiempos, cuando se ha intentado una iniciativa de este tipo el resultado, casi invariablemente, ha sido estéticamente deplorable. Basten como ejemplo el «templo votivo» de Maipú y –en grado heroico– el edificio del Congreso Nacional en Valparaíso.

El sentimiento de aislamiento, de lejanía, de pobreza, de sencillez, creo que ha tenido que ver también con la tradicional hospitalidad del chileno. El extranjero que llegaba hasta Chile ha sido tratado, por lo común, con gran cordialidad y a veces una generosidad rangosa que les asombraba. Era generosidad, pero también algo de complejo de inferioridad provinciana ante este embajador el mundo que venía hasta nosotros; reflejo de la intención de mostrarle que tenemos cualidades y era frecuente que junto con la hospitalidad se le endilgara un discurso patriotero y chauvinista que tendía a convencerle de que Chile es lo mejor del mundo, o, al menos, tan buena o superior a su patria.

Porque, paralelamente, los chilenos hemos mostrado un enorme amor al suelo, a esta tierra de fin de mundo que es considerada, de manera inconsciente y un tanto vanidosamente, tan hermosa como la mejor, fértil y generosa; nuestro orgullo. Pedro de Valdivia, al menos un semichileno, y que tanto se quejó de la pobreza del país, escribía al emperador Carlos V que «haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieran venir a avecindar que vengan, porque esta tierra es tal que para poder vivir en ella no la hay mejor en el mundo» y continuaba –mientras él y sus compañeros desfallecían de pobreza– «de las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena de ello», por decir lo menos, una generosa hipérbole. Más de un siglo después, el padre Rosales escribió de Santiago como «ilustre ciudad

que hoy es la más lúcida de las Indias por la mucha nobleza y calidad de sus habitadores», lo que ciertamente no se compadece con las noticias que tenemos de época. El Abate Molina murió pidiendo agüita de la cordillera. Ya en el siglo XIX Vicuña Mackenna, tan afrancesado como cualquiera de su generación, no dejó de comparar, a veces desventajosamente, edificios y servicios de Francia con los chilenos. Sin excesiva modestia, nuestra canción nacional nos llama «la copia feliz del edén». Este halago alcanzaba también a nuestros hombres y mujeres: al roto, al que por un lado se le ha despreciado hasta el punto que se usa la palabra como adjetivo peyorativo, al mismo tiempo se le considera astuto, generoso, noble y valiente, «choro» y «tieso de mechas». La mujer chilena es considerada hermosa y abnegada, admirable, lo que no ha resultado incompatible con un machismo tradicional que abarca toda nuestra sociedad.

Comparemos, para terminar este punto, nuestro grito de amor patrio, «viva Chile, mierda» con otro de otro pueblo latinoamericano con algunas características parecidas al nuestro, México. Ellos gritan «viva México, hijos de la chingada» vale decir, la rajada, la violada, como lo ha analizado Octavio Paz en un hermoso ensayo. Aquí quiero hacer notar, en ambos casos, la ambigüedad de la expresión de amor. Para afirmarlo al «viva Chile» se suma la alusión al excremento. En el caso de México se hace presente que descienden de hembras violadas, en una lejana alusión a la Conquista. En ambos casos existe la paradoja, pero es más directa en el caso chileno.

Nuestra geografía creo que nos ha dado también otro rasgo que ha sido constante en nuestra historia, el estoicismo frente a lo que Rolando Mellafe llama el «acontecer infausto». La Colonia es una secuencia de terremotos, sequías catastróficas, salidas de cauce de los ríos; los que sumados a guerra semi permanente con los Araucanos, parece habernos preparado para enfrentar con estoicismo el mal que sobreviene: el pánico e histeria colectiva en los primeros días dan paso a un fatalismo quieto, a un recomenzar espontáneo.

La herencia hispano-india y la mentalidad chilena

También hemos tenido y tenemos rasgos mentales tanto o más importantes como los ligados con nuestra situación geográfica

que vienen de nuestra herencia, española e india, así como de nuestra condición de mestizos.

El temprano mestizaje fue muy acentuado, lo que hace de Chile quizá el país más mestizo de América. Abarcó todos los sectores sociales. A este se debe el desaparecimiento del elemento indígena, excepto en la zona de Arauco, y aun allí, todos o casi todos son mestizos.

Pero hay otras características que se derivan de nuestra geohistoria.

La primera es la opción por la tierra y no el mar. Chile es un país con amplia, amplísima costa. Sin ser isla, es uno de los de más amplia costa en el mundo. Pero toda nuestra simbología folclórica, excepto en regiones determinadas como Chiloé, gira alrededor de la cultura y la existencia campesina y su personaje central, el huaso, sea patrón, pequeño propietario o inquilino. Es efectivo que existen elementos concretos que pueden explicar en parte nuestro rechazo histórico a un destino marítimo. Nuestra costa, excepto al sur del Seno de Reloncaví, es un litoral con pocos accidentes geográficos que constituyan buenos puertos naturales y el océano la golpea duramente. El Pacífico chileno es enorme y no hay tierras cercanas, pero, al mismo tiempo, es un mar rico en pesca, recurso que sólo en las últimas décadas ha sido explotado con intensidad. Todavía el pescado no forma parte importante de nuestra dieta. Sin embargo, insisto, lo fundamental es que han sido la tierra y sus hombres los personajes centrales de nuestro imaginario y cultura popular, expresada en canciones, trajes, comida, giros idiomáticos, tradiciones. ¿Por qué este rasgo mental?

Recordemos que los chilenos somos mestizos de pueblos que eran de tierra. Huilliches, Mapuches, Picunches, Pehuenches –cuyos descendientes puros, hasta el día de hoy, por lo general, no saben nadar aunque todavía practican el baño periódico, aunque menos que antes– eran mucho más numerosos que los indios de las costas, Chonos, Cuncos y en el extremo sur, Onas, Alcalufes, Yáganes y otros con los cuales casi no hubo mestizaje. Recordemos, por otra parte, que entre los conquistadores figuran extremeños, castellanos, andaluces, más que catalanes, valencianos, cántabros, que son los grupos marítimos de España («la otra España, la que huele caña, la marinera»). Siendo Chile pura costa, Valdivia fundó la capital lo más lejos de ella que era posible. Creo que las vertientes culturales, española

e indígena, nos transmitieron esta mentalidad terrestre. Los comerciantes Vascos, un grupo pequeño que llegó en el siglo xviii, preocupados del tráfico marítimo donde hicieron sus fortunas, terminaron por incorporarse en definitiva a la cultura tradicional del campo donde llegarían a ser patrones. Fueron los grupos de no hispanos y, en particular, ingleses, que llegaron a Valparaíso en el siglo xix, los que crearon la tradición marítima de Chile, tanto mercante como de guerra, que se remonta a entonces. Todavía, entre la oficialidad de la Armada, abundan los apellidos de origen no hispano y se sientes más británicos que los ingleses.

El hecho es que –Chile que es pura costa– culturalmente ha mirado hacia la tierra y no hacia el mar, su arquetipo humano es el huaso. De hecho el traje de huaso tiene mucho del campesino andaluz con cierta fortuna.

Tomás Lago comentaba:

> El huaso es un elemento identitario en el mundo rural de la zona central de Chile. En torno a él se construye una cultura, lo huaso, y en particular en esta exposición se muestra los aperos y atuendos del caballo y el jinete, elaborados por artesanos a lo largo de Chile, con distintos materiales y técnicas». Estos objetos junto a la configuración de la imagen de este jinete, nos hablan también de oficios tradicionales chilenos que guardan conocimientos y rescatan iconos del campo de la zona central, como los copihues, espigas de trigos, hojas de parra, etc. elementos reconocibles por el resto de la comunidad.

Pero, al parecer, según Lago, no son íconos las conchas de machas, de choros (palabra que ha pasado al lenguaje diario y es mucho más común que huaso), de erizos, de locos, de jaibas, de los arenales y los surazos….¿Dónde, en lenguajes como el de Lago, están los pecadores, sus botes hechos, hasta 1980, más o menos, por ellos mismos; los remos, las anclas hechizas, las redes con su tejido especial. Y yendo de lo pequeño a lo grande, ¿Dónde están? las lanchas maulinas, las lanchas chilotas? No están, no están. En todo caso, por equivocadas que sean, las palabras de Lago vienen a confirmar la primacía de la idea, dudosa, de nuestra condición huasa y terrosa.

La falta de iniciativa económica individual ha mostrado también la impronta hispano-católica e indígena. Es conocida la tesis de Max Weber, después desarrollada por Tawney, sobre la ligazón entre el espíritu protestante y el espíritu de laboriosidad lucrativa del capitalismo, el que ciertamente no se ha dado a nivel de toda América hispana. Debemos atribuir a nuestra profunda herencia católica una parte de la responsabilidad en esta conducta económica. Pero sin duda el carácter de la economía chilena hasta hace algunos decenios tiene también fundamento en nuestros indios, partícipes en el mestizaje que dio origen a la nación chilena. Agricultores en la zona central, más al sur eran guerreros, recolectores y cazadores, a veces, como en el caso de los Pehuenches, errantes. Todos eran económicamente bastante pasivos. Esta actitud económica pasiva de la mayoría del pueblo chileno, sólo ha venido a quebrarse en los últimos años.

Para continuar con el punto de la pasividad económica y laboral, debemos considerar la relación entre nuestra geografía y demografía. Chile ha sido, desde la Conquista, un país que, sin ser despoblado, ha tenido una población relativamente pequeña. Se calcula que al momento de la llegada de los españoles, hasta un millón de indígenas pudieron haber habitado lo que es el ecúmene chileno actual. Por la época de la Independencia, y sin tomar en cuenta el sector no incorporado de Arauco y de nuestro norte actual la población era en esa superficie (más pequeña) también de, aproximadamente, un millón de personas. Hacia 1900 era de unos tres millones, en 1952 de seis y en el presente hacia 1994 de cerca de diecisiete. Ahora bien, el clima chileno y la fertilidad del valle central siempre han podido alimentar bien, o al menos mínimamente, a esa población, sin necesidad de un esfuerzo extraordinario. Durante la Colonia, cuando se exportaba sebo al Perú, la carne se quemaba. Sólo en el siglo xx y un contexto de marginalidad urbana la alimentación ha sido un problema grave.

Esta facilidad en las condiciones de subsistencia de Chile, la hacía notar Arnold Toynbee, comparándola con la dureza del altiplano andino, que obliga a grandes esfuerzos para conseguir el alimento. Así explica por qué allí surgió una alta cultura y no aquí. Pero, por lo que nos interesa, también puede ser otra de las causas de nuestra histórica falta de iniciativa económica sostenida y de empeño constante y laborioso. Digo, puede ser, porque

se da el caso de que también los descendientes de los incas han exhibido en los últimos siglos una gran pasividad económica, aunque quizá por razones diferentes, conectadas con la desarticulación por la Conquista de su evolucionado sistema político social tradicional, que en Chile fue inexistente o estuvo muy poco asentado –la improvisación laboral (y su manifestación concreta; el «maestro chasquilla»– ha sido otra muestra de este rasgo chileno: lo que se comenzaba no se terminaba o se terminaba a medias, no hacía falta más y nadie reclamaba.

Chile es un país que tiene la verticalidad geográfica incorporada a su mentalidad. No hay lugar de Chile sin cerros a la vista, sea en la cercanía o la lejanía ya sea estos grandes o pequeños. En particular me parece que los chilenos están (o estamos) muy marcados por la enorme Cordillera de los Andes. No se puede vivir en esta, pero está ahí.

Historia de Chile y mentalidad chilena

Vayamos, finalmente, a rasgos mentales que serían fruto de nuestra historia. Mario Góngora y otros autores han destacado el hecho de que en Chile no fue la nación la que dio origen al Estado (como habría ocurrido en Perú y en México); fue el Estado español en Chile, una institucionalidad fruto de una voluntad externa, el que creó la nación chilena donde antes existían varias de carácter primitivo. El prolongado esfuerzo de los gobiernos coloniales y republicanos continuó apuntando en ese sentido. Fue el Estado chileno de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, el que, enriquecido por los impuestos del salitre, permitió la consolidación de la clase media que ha gobernado el país en el siglo XX, pues dirigió el esfuerzo educacional de esos años.

Ahora bien, el hecho de que el Estado haya sido el artífice de la nación chilena explica, al menos en parte, la homogeneidad de valores y costumbres de los chilenos. En Chile, a diferencia de otros países de historia mucho más larga y compleja, pero mucho más pequeños territorialmente, como Irlanda, Bélgica, la misma España, los países del Medio Oriente y los Balcanes, los del África post colonial, etc. e incluso países de nuestra América Latina (la costa y la montaña en Ecuador; el norte agrícola y pobre y el sur industrial y rico en Brasil; la selva y la montaña y el llano en Colombia) Chile no exhibe regionalismos, a veces intransigentes

y violentos. Y no es porque tengamos homogeneidad geográfica. Chile tiene todos los climas y casi todas las geografías, excepto la selva tropical. Además, la comunicación entre regiones ha sido y todavía suele ser difícil en nuestro largo país. Vgr.: hasta el extremo sur sólo se puede llegar por barco, por avión o a través de la República Argentina, pero no hay diferencias, culturales ni rasgos mentales sustancialmente distintos entre los habitantes de Arica y los de Punta Arenas, del valle central, del desierto o de la Patagonia; menos aún odiosidades. Chile se ha extendido desde el centro hacia sus extremos.

También a nuestra historia debemos el aprecio que sentíamos (y todavía) por los valores militares. Chile era un país orgulloso de su pasado de éxitos bélicos. Algo que hoy parece relativo, después de la dictadura militar de Pinochet, pero que no lo era hasta mediados del siglo xx. Se le conocía como «Chile, tierra de guerra». Efectivamente, la guerra fue un estado permanente, o al menos latente. Durante los siglos coloniales, y durante el xix apareció en nuestra historia con inusitada frecuencia: guerras civiles desde 1810 a 1818, en 1830, 1851, 1859 y 1891. En fin, guerras internacionales en las décadas de 1820, de 1830, de 1860, de 1870-80, todas victoriosas. Los cronistas coloniales se referían a nuestra nación como «Flandes indiano». Tulio Halperín en su conocida *Historia de América Latina* se refiere a Chile como una pequeña Prusia y Burr titula su libro sobre la política exterior chilena en el xix *By Reason or Force,* «por la razón o la fuerza», el lema de nuestro símbolo nacional por excelencia: el escudo patrio. No debemos olvidar que el libro escrito por un chileno de mayor venta en el país ha sido «Adiós al Séptimo de Línea», un canto de gesta al valor del soldado chileno, que apareció hace unos treinta y cinco años y fue leído masivamente, con devoción, sin ser una novela de valor histórico o literario apreciable. El estudio del norteamericano Sater sobre Arturo Prat, un santo laico, símbolo de nuestros valores más caros, es del mayor interés para comprender el rasgo mental pretérito que enuncio.

Otro rasgo mental del chileno de los últimos dos siglos, conectado a nuestra historia es la tendencia al vagabundeo y la aventura. Muy claro entre los sectores populares, lo es, en general, de todos los chilenos. Extraño, por otra parte, en un país en que en el mundo campesino, el personaje que más abunda, muy mayoritario hasta unas décadas, no es el del peón ganadero

errante, como los llaneros de Colombia y Venezuela o los gauchos de Argentina y Uruguay, sino el del inquilino, un ente sedentario, dependiente. Sin embargo, hijos o parientes de inquilinos se han transformado fácilmente en peones afuerinos y nómades, más todavía, emigraron masivamente al norte en la época de la plata y del salitre, ascendieron también masivamente por la costa del Pacífico hasta California (junto con una serie de pijes, como Pérez Rosales, Santiago Arcos, y Benjamín Vicuña Mackenna) durante la fiebre del oro. Chilenos se contrataron como jornaleros para construir los ferrocarriles de la sierra en Perú y no pocos trabajaron en la apertura del Canal de Panamá. Durante las últimas décadas –más allá del problema del exilio– encontramos chilenos repartidos por todo el mundo, notoriamente en Argentina, Venezuela, EE.UU., Suecia y Australia. Buscavidas que disfrutan o sufren de su destino. Es posible que este rasgo tenga razones históricas muy concretas caso a caso. Pero quizá, colectivamente, también se encuentre en el hecho que durante los siglos coloniales una buena parte del territorio de Chile fue lo que el historiador estadounidense Turner llamó una «zona de frontera», donde la incertidumbre era diaria y donde el coraje individual, la libertad personal y el amor a la aventura eran muy valorados y representaban la posibilidad de prosperar, hasta el punto de transformarse en un estilo de vida. Bueno, podríamos seguir, bastante más, en relación con el tema de cómo solíamos ser, y en muchos aspectos todavía somos, los chilenos.

La religiosidad es parecida al resto de Hispanoamérica, pero algo nos distingue, al menos parcialmente, coexiste una realidad tipo religiosidad popular bastante superficial y un catolicismo de origen social alto o de clase media, conservador, hasta hoy. La religiosidad chilena es fruto de una realidad que parece incuestionable si se estudia el mapa de Hispanoamérica; los pueblos que tuvieron una fuerte religiosidad y dioses bien identificados y complejos en la época precolombina, tienen ahora una religiosidad sincrética y popular fuerte. Chile no.

Debilidad histórica de los sectores sociales bajos

Los sectores sociales bajos no han tenido un líder de su origen que se haya transformado en un auténtico líder o caudillo, ni

un partido que haya tenido la fuerza para conseguir y permanecer en el poder. De vez en cuando un izquierdista (no un «roto»), causa cierta expectación. Chile no tiene en su historia un Benito Juárez que derrotó a los franceses y la oligarquía mexicana su aliada, un Tupac Amaru, quien, aristócrata inca, se hace conductor de su pueblo sometido, escarnecido. El indio, en Chile, sigue abajo por lo general. Habría que remontarse hasta Lautaro para encontrar un adalid.

Además, en los sectores populares, la mujer, es más responsable, más trabajadora que el hombre. El hombre puede ser valiente y duro, pero es inconstante. Existe una preponderancia de la mujer. Por otra parte, también dijimos que una de las características del chileno es ser tímido y apocado. Difícil sería ir más allá de lo que ya hemos dicho sobre nuestra geohistoria para descubrir el origen de este mal. Los médicos dan más de cincuenta definiciones de la timidez chilena, pero me quedo con ésta (tomada de Google): «De acuerdo con el Diccionario Ideológico de la Lengua Española Vox, la timidez es una sensación de inseguridad o vergüenza en uno mismo, que una persona siente ante situaciones sociales nuevas y que le impide o dificulta entablar conversaciones y relacionarse con los demás».

He ahí la conducta del chileno (por mentalidad aislado, encerrado) ante no chilenos, o incluso entre compatriotas, salvo pocas excepciones.

Me contaron jugadores de fútbol (si bien hace un tiempo) que esa timidez era la que sufrían, y enfatizo sufrían, frente a los argentinos. Es efectivo que el argentino y particularmente el porteño ha cambiado mucho. Pero aquí estamos jugando con la caricatura y, en ésta el argentino tiene cogote, melena y está bien arreglado estéticamente. Pero vayamos a la historia propiamente objeto de este libro.

Chile 1891-1920

1.1 Lo Político. El período oligárquico liberal 1891-1920

La Guerra Civil de 1891, había dejado un número de unos 5.000 muertos y lisiados. Pero, algo que parece increíble, no afectó profundamente ni a largo plazo a la economía nacional y las destrucciones fueron pocas, excepción hecha del saqueo de casas de «balmacedistas» en Santiago, a cargo de parte de la tropa vencedora y del lumpen. También hubo persecución de los funcionarios públicos contratados por el Presidente suicida.

Asimismo hubo numerosos exilios, entre los partidarios connotados del régimen caído. Pero no una persecución política sistemática y brutal. Se reconocieron los billetes emitidos por el gobierno de Balmaceda y se reincorporaron al ejército vencedor oficiales y clases del derrotado con algunas excepciones. Ya en 1893 los balmacedistas se reunían y al año siguiente presentaban candidatos en las elecciones parlamentarias. En las presidenciales de 1896 se le vio apoyando al candidato liberal derrotado Vicente Reyes junto a sus ex enemigos de 1891: radicales y liberales doctrinarios.

Pero en el presente, vista la experiencia de 1973 y años después, llama la atención que tamaño conflicto no dejara huellas sociales más profundas. Esto habla bien de Jorge Montt y los políticos de su época. Con todo, entre algunas familias oligarcas permanecerían odiosidades por décadas.

Por otra parte la figura de José Manuel Balmaceda poco a poco fue adquiriendo un aura de mártir y casi de un profeta, afecto los intereses de los más desposeídos, en especial la clase

media emergente. Incluso tomó la figura de un caudillo popular, lo que no corresponde a la verdad, sino parcialmente.

1.2 La República Parlamentaria

El parlamentarismo, que había comenzado en la década de 1860, se consolidó en Chile después de la guerra civil de 1891 e imperó hasta 1924. El poder presidencial disminuyó considerablemente como consecuencia de las reformas que se habían hecho a la Constitución de 1833 y la aprobación de la «comuna autónoma», que había sido una de las banderas de los congresistas en 1891. Sin embargo, más allá de esas reformas –después de 1891– el sistema parlamentario se basó en algunas prácticas políticas que el Congreso utilizó en su favor y que fueron las que efectivamente le permitieron controlar el poder. De modo que los Presidentes de la República pasaron a ser figuras sin el peso político que habían tenido hasta entonces.

Una de las prácticas que cercenó mucho la autoridad presidencial fue la facultad que el Parlamento adquirió de derribar los gabinetes por medio de interpelaciones que obligaban a los ministros a concurrir al Congreso para desvirtuar cargos en su contra, creándose así un sistema de votos de confianza o censuras que provocaban su caída. Otra fue la facultad para retardar las leyes periódicas que aprobaban el presupuesto, las contribuciones y algunas leyes referentes a las Fuerzas Armadas.

Finalmente, también fue un mecanismo típico del sistema, usado frecuentemente por las minorías, el aprovechar la inexistencia de un mecanismo de clausura del debate, el que prolongaba las intervenciones indefinida y artificialmente para impedir la aprobación de una ley. El abuso de estas prácticas entorpeció enormemente la tarea legislativa, produjo una constante inestabilidad ministerial y significó un freno para el desarrollo de la acción de los gobiernos.

De este modo, el sistema político entre 1891 y 1920 se hizo inoperante para aplicar y mantener políticas de mediano y largo plazo. La situación respondía a una actitud cultural de la clase dirigente que había cambiado su estilo de vida, evolucionando desde la austeridad observada en el siglo xix hasta el culto al lujo y la frivolidad, aunque conservaba aún parte del espíritu cívico que la caracterizara. Las crisis de gabinete, los duelos verbales en el Congreso, incluso las elecciones mismas eran vi-

vidas como algo en que no se arriesgaba nada definitivo. Entre 1891 y 1925, este sistema satisfacía a la oligarquía gobernante. No hubo una sola reforma a la Constitución, que por entonces era perfectamente afín a este estado de cosas.

Más que en el Congreso o La Moneda, las decisiones se tomaban en los centros sociales o asociaciones concurridas por los notables: el Club de la Unión, el de Septiembre, el Club Hípico, algunas mansiones de prominentes hombres públicos que mantenían tertulias en sus salones y también las logias masónicas o círculos ligados a la Iglesia Católica.

Por otra parte, entre 1891 y 1920 (en una tendencia que se prolonga hasta el presente) abundaban las relaciones de parentesco en el mundo de la política. Los presidentes Errázuriz Echaurren y Pedro Montt alcanzaron el sillón presidencial que antes habían ocupado sus padres. El presidente Riesco era cuñado y primo de Errázuriz. Al mismo tiempo, en los ministerios, el Parlamento y en los altos cargos eclesiásticos, los vínculos familiares eran muy frecuentes, lo que revela el carácter oligárquico del régimen parlamentario. Otro signo (y causa) de la situación descrita fue la escasísima participación electoral de la época que fluctuó en poco más de un 5% real. Sin embargo, a pesar de estas deficiencias, el período parlamentario destacó por su regularidad. Los poderes públicos se renovaban respetando los mecanismos constitucionales, aunque más en la forma que en el fondo, ya que el cohecho, la intervención electoral y el cacicazgo político eran vicios incorporados al sistema. No obstante este escenario, hizo posible una progresiva ampliación de las formas de participación política y social, lo que permitiría la configuración de una democracia efectiva a partir de la década de 1920.

El período parlamentario se caracterizó también por la paz interior y exterior de que gozó el país. Nada hubo en esos treinta años comparables a las varias guerras civiles del siglo xix. Sin embargo, el orden interno se vio alterado por motines y masacres obreras las que ciertamente marcaron de manera imborrable la época; pero estos conflictos no lograron perturbar la marcha institucional. Tampoco se vio turbada la paz exterior y Chile preservó su soberanía en medio del respeto, si no siempre de la amistad, de sus vecinos y de la comunidad internacional.

Por otra parte, entre 1891 y 1920 existió un ambiente de libertad y tolerancia que se explica por la ideología liberal preponderante, pero del cual sólo podía disfrutar plenamente el sector

social alto, y, en menor medida, el sector medio en crecimiento. Con la libertad ocurría lo mismo que con otros bienes sociales de la época: los sectores bajos tenían un acceso muy restringido a ella. ¿Cómo podían gozar de libertad de prensa los analfabetos, o de trabajo los «inquilinos» o quienes sólo dominaban un oficio rudimentario y no poseían bienes? Además estaban marginados de la libertad política; los grupos de orientación revolucionaria y la libertad sindical tampoco era reconocida.

También fue característica de este período la ausencia de caudillismo militar, mal tan frecuente en la América Latina de aquellos años. El Ejército chileno mantuvo una posición estrictamente profesional, aunque no faltó entre los hombres de armas una actitud crítica frente a la realidad política en apariencia tan ineficaz. Pero, la tradición prusiana impuesta después de la Guerra del Pacífico no permitió la politización dentro de las filas, de modo que estos episodios aislados de protesta militar no tuvieron significación, ni representaron el sentir general de la oficialidad. Se respetó el civilismo.

1.3 Los Partidos; Alianza y Coalición

Durante el parlamentarismo los partidos políticos representados en el Congreso pasaron a ser los principales actores del quehacer público. Durante la administración de Jorge Montt (1891) se aprobó, por obra principalmente del político conservador Manuel José Irarrázabal, la ley de la Comuna Autónoma, que modificaba el sistema de administración municipal, descentralizándolo. Esta ley significó que el control de las elecciones pasó de las manos del Presidente de la República a la de los caciques locales, representantes a su vez de los partidos políticos.

Entre 1891 y 1920 los partidos más importantes tuvieron escasas diferencias ideológicas. De hecho, todos estuvieron inspirados por el pensamiento liberal y no se dieron entre ellos proyectos de sociedad distintos. Sin embargo, persistió la pugna laico-clerical, la que, si bien implicaba diferencias en relación a la concepción del vínculo entre el Estado, la Iglesia Católica y la sociedad civil, había perdido la importancia que la caracterizara durante el siglo anterior. La otra pugna que sacudió al ambiente político de entonces fue la existente entre «oreros» y «papeleros» relacionada con el problema de la convertibilidad metálica del peso. Sin embargo, ésta tampoco reflejaba

un problema de fondo que aquejara a la sociedad chilena. Los verdaderos problemas no fueron enfrentados.

La homogeneidad ideológica se explica porque, como se ha dicho más atrás, todos los partidos representaban en mayor o menor grado las ideas e intereses del grupo social que controlaba la vida nacional: la oligarquía.

Con todo, existía un abanico político en el cual podían distinguirse tres sectores: dos polos definidos por la cuestión laico-religiosa, constituidos por el Partido Conservador por la derecha clerical y el Partido Radical por la izquierda laica, al que solía unírsele el pequeño Partido Demócrata, y un centro, representado por el Partido Liberal, dividido en varias fracciones, y el Partido Nacional, de hecho otra rama del liberalismo. El centro liberal mantenía una posición oscilante formando parte de la llamada «Alianza Liberal» cuando se inclinaba hacia los radicales o de la «Coalición», cuando lo hacía hacia los conservadores.

El balmacedismo activo y renacido con fuerza debe incluirse en este sector. Ya en 1893 se había realizado una convención en la ciudad de Talca que reunió a los balmacedistas. Se formó el Partido Liberal Democrático. En la elección parlamentaria de 1894 presentaron candidatos y obtuvieron numerosos cupos en el Congreso. Su líder, Juan Luis Sanfuentes, se convitiría en la figura política más importante durante el gobierno de Ramón Barros Luco (1910-1915) siendo elegido Presidente de la Republica para el período siguiente. Las facciones liberales de centro eran laicizantes o indiferentes frente al tema religioso y fundaban su acción política en la coyuntura de cada momento. Inspirados en ideales de tolerancia, defensa de las libertades y derechos fundamentales del individuo, su estilo político estuvo marcado por el espíritu aristocrático de la época. Sus dirigentes pertenecían a la oligarquía, pero controlaban el voto de amplios sectores campesinos.

Del mismo modo, el Partido Nacional, que se proclamaba heredero del monttvarismo y del peluconismo autoritario de la primera mitad del siglo xix, guardó entre 1891 y1920 una actitud en perfecta concordancia con los usos del parlamentarismo vigente y su ligazón con la tradición autoritaria y centralista no pasó de ser retórica. Fue, de hecho, uno más de los grupos liberales de la época. Los nacionales eran pocos: comerciantes, banqueros, industriales pertenecientes a prominentes familias. A comienzos de siglo, un grupo de jóvenes intentó, infructuosa-

mente, revitalizar su antiguo espíritu, destacándose entre ellos Francisco Antonio Encina y Alberto Edwards.

En la derecha, el Partido Conservador estuvo integrado por un sector de la clase alta y por otro menos importante del sector social medio. Su apoyo electoral estaba en las masas campesinas de los fundos de patrones conservadores y el mundo católico. Al igual que sus rivales radicales, los conservadores se definían en función de la pugna laico-clerical ya extemporánea. El Partido Conservador fue la expresión política de la Iglesia Católica. Manejado por miembros de grupos terratenientes o por figuras que se destacaron por su talento –Abdón Cifuentes, por ejemplo– el partido sirvió de abogado y, a veces, de instrumento de la Iglesia, lo que en la época significaba asumir una posición tradicionalista en materias sociales, morales y culturales. Así, las principales luchas de los conservadores se dieron para defender la enseñanza religiosa y el predominio de la Iglesia como orientadora de la nación, mientras el problema social pasaba inadvertido para la mayoría. Incluso después de publicación de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891, sólo pequeños grupos de conservadores pasaron a preocuparse de la «cuestión social» en los términos planteados por el Papa León XIII. Por otra parte, en lo puramente económico, los conservadores adherían a la doctrina liberal.

Estos partidos políticos no reflejaron la realidad de la sociedad chilena de la época, porque eran expresión del círculo muy reducido de extracción social alta o medio alta que detentaba el poder socioeconómico. Además, se encontraban dominados por «caciques» o personajes influyentes que, en la práctica, manejaron la vida política en esos años. Por último, sus acciones no solo carecieron de contenido doctrinario verdadero, sino que además se mantuvieron apegadas a temas que ya habían sido resueltos, como el de la cuestión religiosa u otros que en definitiva resultaban irrelevantes, como el de la conversión metálica, mientras los nuevos problemas sociales que se venían insinuando desde finales de la centuria anterior, no lograban aún captar su atención.

El Partido Radical, caracterizado por su anticlericalismo y ligado a la masonería, era por entonces la expresión de sectores medios urbanos de Chile central, de cierta parte de la clase media provinciana y de terratenientes del sur.

1.4 Cambios en el Partido radical y su cooptación de la clase media

La orientación del radicalismo fue liberal, pero a partir de 1906, un sector del radicalismo encabezado por Valentín Letelier e influido por la doctrina del «socialismo de Estado» comenzó a preocuparse también de los problemas sociales y a propiciar una mayor intervención estatal en la regulación socioeconómica de la sociedad.

En el Partido Radical, su forma de sociabilidad era por asambleas, las que iban remontando hasta sus organismos superiores configurando una red, parecida a los clubes republicanos franceses de 1789 y 1848, así como a las asambleas masónicas con las cuales los radicales estaban estrechamente ligados.

A la izquierda de los radicales actuó el pequeño Partido Demócrata, que había nacido del Partido Radical, como defensor de los intereses de artesanos y sectores obreros. Apoyaba la democracia parlamentaria, pero abogaba por su depuración. Sin embargo, terminó por asimilarse al sistema sin lograr sus aspiraciones de igualdad político-social.

1.5 La Iglesia Católica

En la época que nos preocupa la Iglesia Católica chilena, unida todavía al Estado, era la de la abrumadora mayoría de los chilenos, católicos observantes. Tenía un gran poder político que ejercía más o menos abiertamente. Se identificaba con los conservadores y defendía la tradición, pero su acción se extendía, aunque en mucho menor grado, a otras colectividades.

Durante el siglo xix habían existido grandes problemas entre la Iglesia y el Estado, a partir del gobierno de Manuel Montt (1851-1861).

También a nivel de los grupos sociales de elite había existido, a partir de 1850, aproximadamente, una aguda competencia intelectual, contraria a la Iglesia, por conseguir el poder. Ya nos referiremos a la Masonería (fundada en 1850). Pero no sólo la Masonería se opuso a la Iglesia Católica. Grupos liberales y laicos, fuertemente influidos por el positivismo, se opusieron fuertemente al poder clerical.

La aprobación las «Leyes Laicas» referidas al matrimonio los sepelios y, en general, actos de la vida privada, tuvieron la abierta y a veces feroz oposición del catolicismo. Ello no impe-

día que la Iglesia continuara unida al Estado y el catolicismo la religión oficial de la República.

Pero la pugna laico-católica continuó después de los graves problemas de las últimas décadas del siglo xix. El incidente de Monseñor Sibilia (ver más adelante) fue el mayor entre los varios que se produjeron entre laicos y sectores clericales.

A fines de 1913 este problema agitaría las que se creían ya calmadas aguas de la relación entre Iglesia y Estado. En verdad, estas no estarían en calma hasta la separación, entre ambos en 1925.

Había sido nombrado internuncio por la Santa Sede Monseñor Enrique Sibilia, que no entendió a Chile. Su primer error fue pedir la renuncia de Monseñor Ignacio González Eyzaguirre (y Portales de segundo apellido). Esto significaba un doble problema, por un lado pasaba a llevar el derecho de patronato, pues tal decisión debiera haber sido consultada al gobierno y por otro, por el hecho de que monseñor González Eyzaguirre era un sacerdote progresista, admirador de la Encíclica *Rerum Novarum* y afín a una serie de sacerdotes, como el padre Vives Solar, que estaban contra el ultramontanismo. La pelotera fue relativamente larga y llegó a las calles donde el alumnado de la Universidad de Chile robó la «teja» de monseñor Sibilia y al día siguiente pasearon un burro por las calles de Santiago con ese sombrero.

Se produjo uno más de los cambios de gabinete. Finalmente Monseñor Sibilia regresó a Roma pues su padre estaba gravemente enfermo. Ignoramos si su padre sanó, pero él no volvió más a Chile.

Por lo que respecta a la «cuestión social», fueron significativos, aunque no sólidos, los contactos de la Iglesia Católica con los nacientes grupos obreros. Algunos sacerdotes como Miguel Claro, Guillermo Viviana, Ramón Ángel Jara y algunos laicos como el propio Abdón Cifuentes y después Juan Enrique y Carlos Concha Subercaseaux, se preocuparon, a la luz de la doctrina social contenida en la encíclica *Rerum Novaran,* de la suerte del obrero urbano. Pero fueron una pequeña minoría.

Su actitud era ignorada por la mayor parte de la jerarquía eclesiástica e incluso había sectores que se oponían tenazmente a las nuevas tendencias. El utramontanismo del siglo xix seguía vivo.

El que Chile fuese un país abrumadora y fundamentalmente católico era no sólo una actitud religiosa sino cultural, heredada

de siglos durante los cuales la Iglesia Católica era la que entregaba ética, cultura y educación a todos los chilenos.

Existía una abundante cantidad de sacerdotes, monjes y monjas, aunque nada como en la colonia. ¿Cuántos eran en relación a la población total adulta del país? El censo de 1907 daba para Chile 3.249.000 habitantes de los cuales un 98% se confesaban católicos. De ese conglomerado, ¿cuántos profesaban órdenes mayores? Vale decir, ¿eran ordenados; o eran simplemente hermanos, monjes no ordenados, monjas de claustro, o incluso pertenecientes a ordenes menores? La cifra debe haber estado alrededor de los 10.000. Lo que significa que 35 de cada 10.000 chilenos (u extranjeros residentes) habían recibidos órdenes mayores o tenían algún vínculo formal con la Iglesia Católica.

1.6 Los protestantes

Durante el siglo XIX aparecieron diversos grupos o personas de carácter protestante. Los primeros obedecían a un impulso generado en Gran Bretaña.

Este impulso creció en Chile, mayoritariamente entre descendientes de ingleses, estadounidenses o alemanes, estos últimos con fuerte influencia luterana. Tanto así que debieron crearse cementerios para disidentes, siendo el primero el de Valparaíso, donde se llevaban los cadáveres de las personas que habían pertenecido a iglesias protestantes; como fue el caso de la abuela de Enrique Mac Iver fallecida en Constitución y que tuvo que esperar varias semanas hasta que «hubiera barco» que la transportara a Valparaíso. No es extrañar que Mac Iver haya sido fervoroso masón.

Los primeros protestantes, fueron, literalmente, difusores de la Biblia tarea que estuvo en manos de la «Sociedad Bíblica Británica y Extranjera». Teniendo como fin la difusión de la Biblia, en el mundo a bajo precio, de modo que pudiera ser adquirida por todos. La Sociedad Bíblica Británica empleó el sistema de «colpoltores»: personas encargadas de recorrer pueblos y campos ofreciendo personalmente la Biblia.

Desde 1826 el representante de la Sociedad fue un tal Lucas Matthews, quien ejerció su labor especialmente en Valparaíso, ofreciendo la Biblia a los directores de escuelas fiscales. Por esa misma época, los «colportores» recorrieron el país repar-

tiendo la Biblia. En 1861 llegó a Chile don Ricardo Garfield, agente de las sociedades bíblicas americanas y extranjeras, el cual, juntamente con David Trumbull, fundo ese mismo año la «Sociedad Bíblica de Valparaíso». En las décadas siguientes los colportores recorrieron todo Chile. Después de las sociedades bíblicas, la corriente del protestantismo entró a Chile a través de la *Iglesia Luterana*.

El año 1845 se promulgó en Chile la «Ley de terrenos baldíos», punto de partida para la colonización alemana en el sur de Chile. Pero el presidente Bulnes había puesto una condición, que los colonos que vinieran a Chile fueran católicos. Con todo, nueve familias de artesanos (ocultamente luteranos) llegaron a Corral en 1846. La Iglesia Luterana de Chile pertenecía a la «Evangelische Kirche in Deutschland». Posteriormente, el que hacía de cabeza en Chile era el pastor Frederick Karl, con el título de «Propst» o Decano. En su opinión, en la segunda mitad del siglo xix, el número de luteranos en Chile podía llegar a 25.000. Pero estadísticas serias daban la cifra de 7.000.

Siguiendo el curso natural del protestantismo en Chile, nos encontramos con la llegada de la *Iglesia Presbiteriens*. David Trumbull puede decirse que fue el primer misionero protestante que realizó una obra realmente estable en Chile, y que tuvo una gran influencia en los acontecimientos históricos de la época.

Durante el tiempo que Trumbull estuvo en Chile su obra entre los nativos fue fructífera. Nació la primera iglesia evangélica chilena, hacia 1868, con sólo cuatro nativos.

Más tarde llegó a Chile la *Iglesia Metodista*, por el año 1877, con motivo de una gira que hiciera por Suramérica el obispo metodista norteamericano y conquistador inquieto, William Taylor. Fundó colegios para la enseñanza del inglés y otros ramos, de tal modo que esas mismas escuelas y colegios fueran después capaces de mantener a sus misioneros con sus obras. Así nacieron en Chile, el Santiago College, el Iquique English College, y el Colegio Inglés de Concepción.

En 1897, se fundó la «Sociedad Misionera Metodista». En Chile, la Iglesia Metodista ha tenido una influencia enorme dentro del movimiento protestante. Entre otras cosas porque dio origen a los pentecostales que, en sus innumerables ramificaciones actuales, forman la colectividad numérica más importante del protestantismo chileno. Al hablar de los metodistas, no se puede

pasar por alto el recuerdo de un hombre que fue decisivo para la popularidad del movimiento protestante en nuestro país. En efecto, hacia 1891, se unía a los metodistas el «insigne predicador del Evangelio en Chile, Juan Bautista Canut de Bon, el hombre que dio apellido a los evangélicos chilenos». Por él hoy todos los evangélicos llevan el apodo de «canutos».

1.7 La Masonería

La Masonería había sido un importante vehículo de expresión de la clase media, aunque todavía refugiada en su existencia, semioculta en el ambiente liberal y laico predominante desde mediados del siglo xix –y entre el elemento masculino de los estratos superiores de la sociedad chilena–, el que se fue apartando de la Iglesia Católica. A fines del siglo xix esta situación que se acentuó en los sectores medios que veían estrechamente identificada a esa institución con el sector alto tradicional.

La masonería había sido fundada en Chile en 1850, cuando un grupo de artesanos franceses fundó la logia *L'Étoile du Pacifique*. Poco después, en 1851, norteamericanos fundaron la logia *Bethestha*.

La primera logia propiamente chilena fue la «Unión Fraternal» y los primeros masones chilenos comenzaron a organizarse en julio de 1853 bajo la conducción de un nativo de Curaçao, de origen judío sefardí, Manuel de Lima, a quien varios autores consideran el verdadero fundador de la masonería chilena. Al parecer, recibieron ayuda o consejo de los «hermanos» franceses pertenecientes a *L'Étoile du Pacifique*, a la cual se habían incorporado algunos chilenos y argentinos que pasaron ahora a integrar la nueva logia en formación, entre ellos Jacinto Chacón y el transandino Francisco Álvarez de Toledo. También se inscribieron en el taller otros exilados argentinos. La nueva logia tuvo en sus primeros años también una mayoría de hermanos extranjeros de origen europeo; pero pertenecieron a «Unión Fraternal» (siempre ligada al Gran Oriente francés), entre otros, los siguientes chilenos y argentinos: José Alfonso, Enrique Pastor López, Francisco Álvarez de Toledo, José Manuel Moreno, Guillermo Blest Gana, Jacinto Rodríguez, Blas Cuevas, Domingo Rodríguez, Jacinto Chacón, Domingo F. Sarmiento, Mariano E. de Sarratea, Emilio Sotomayor, José Manuel Fáez, Javier Villanueva, José Victorino Lastarria. La importancia de

estos personajes en la vida pública, Chile (y Argentina) apenas puede ser aumentada.

En esa realidad se desarrollaron las sociedades masónicas, las que a fines del siglo xix tenían considerable poder, controlaban la Universidad de Chile, el Instituto Nacional, tenían gran influencia en el Ejército y otras organizaciones sociales importantes. Hacia la época que nos interesa, la Masonería experimentó su mayor crecimiento. Como todas las sociedades agnósticas, fue elitista y no aceptó entre sus integrantes a elementos populares, mostrándose también indiferente a la «cuestión social».

Sus banderas políticas fueron la defensa de la libertad, igualdad y progreso, pero, de hecho, centró su preocupación en la lucha por el laicismo y contra la Iglesia Católica, promoviendo la educación laica y empeñándose por barrer de la vida pública chilena a los elementos confesionales, que veía como representantes de un fanatismo supersticioso y retrógrado.

Hubo algunas manifestaciones de piedad popular cristiana aunque no adscritas a ninguna iglesia, fue el caso de los seguidores del Pope Julio. ¿Quién fue éste?, ¿qué fue su movimiento? Fue organizado por el sacerdote Julio Elizalde durante la presidencia de Germán Riesco, el que había colgado la sotana y que organizó un movimiento religioso popular antioligárquico y contrario a lo que consideraba las hipocresías de la Iglesia Católica. Como Serapio Lois (pero sin ser ateo) se consideraba el enemigo personal del dios católico; tuvo muchos seguidores y sin duda fue un buen hombre algo trastornado, pero que decía no pocas verdades. Muchos de sus «mítines» terminarán en violencia. Se dice que antes de morir cayó en un profundo arrepentimiento rogando el perdón del dios que rechazaba.

Pero tanto masonería como protestantes y otros rebeldes eran ínfimas minorías en un país abrumadoramente católico.

1.8 Los militares

Durante el período que nos interesa, Chile, que había salido de la Guerra del Pacífico victorioso pero rodeado de enemigos, mantuvo pues unas Fuerzas Armadas numerosas y bien equipadas, especialmente la Armada, que llegó a contar con una escuadra significativa y moderna. Así, potencialmente, los militares adquirieron un peso político y social que no habían

tenido antes de 1891. Sin embargo se mantuvieron firmes en su profesionalismo.

Los militares, en su mayoría, tenían origen en una clase media acomodada de provincias, que en las primeras décadas del siglo adquirió una conciencia de su valer y un espíritu renovador, enaltecido por la Guerra del Pacífico. Entre las características de las Fuerzas Armadas, entre 1891 y 1920, destacaba su nivel de instrucción militar, adquirida de oficiales alemanes en el caso del Ejército, y una situación de marginación respecto de la vida civil, aún cuando la Masonería y la Iglesia Católica tenían cierta influencia en su interior. La existencia de los militares transcurría en los cuarteles y casinos, apartada de otros sectores sociales civiles. Por otra parte, aunque se sentían despreciados por la clase alta, mantenían gran respeto por la jerarquía y el orden.

Sin embargo, la ley de Servicio Militar Obligatorio, promulgada en 1900, otorgó al Ejército un nuevo papel que contribuyó a definir su mentalidad y pensamiento político, al ponerlos en contacto con la realidad de los reclutas, provenientes en su mayoría del campesinado, que llevaba una existencia miserable. De modo que los militares se fueron identificando con los aires progresistas y con las críticas de la clase media, que tenían que ver con el desgobierno, el desorden, la falta de autoridad, y en su caso particular, con la postergación de la solución de sus problemas económicos y la irrupción de las influencias políticas en la carrera militar. Este descontento se hizo sentir con el aparecimiento de grupos secretos que, desde comienzos de siglo, empezaron a gestarse dentro del Ejército, contraviniendo las normas internas de disciplina.

1.9 Llegan los prusianos

Fue el coronel Jorge Boonen Rivera uno de los principales impulsores de la transformación del Ejército, mirando el ejemplo de la organización militar prusiana. Y el otro puntal, el capitán del ejército prusiano, Emil Körner Henze, quien llegó a nuestro país en 1885, contratado por el Ejército de Chile, como profesor de las asignaturas de Artillería, Infantería, Dibujo de planos, Historia y Tácticas Militares, para ejercer en la Escuela Militar.

A cargo del capitán Körner se desarrolló dicha empresa en momentos que, en Chile, la crisis económica iniciada en 1874

comenzaba a resolverse con el triunfo sobre Perú y Bolivia en la guerra finalizada en 1883. El control de la zona salitrera permitió el inicio de un período de acumulación económica importante para el país.

Pero pese a que la victoria militar generó un impulso «ideal» del alma chilena, y lanzó adelante la mitología del vencedor, la realidad de los cuerpos militares era muy diferente. Al contrario, la misma guerra demostró las debilidades de las Fuerzas Armadas: desorganización, inoperancia, retraso técnico y material. La transformación de esta situación, a la que se observó críticamente, fue la misión que se confió a Körner, a poco andar, teniente coronel, quien iniciaría el proceso de profesionalización del Ejército de Chile. De esta experiencia se desprendieron importantes decisiones como la reorganización del Ejército, la formación de la Academia de Guerra, la reestructuración de la Escuela Militar y de la enseñanza de los oficiales, y la incorporación del Servicio Militar Obligatorio, en el año 1900. Con la asistencia de sucesivas nuevas misiones prusianas y el apoyo de algunos oficiales chilenos que habían conocido la experiencia formativa del Ejército de Prusia, el alto oficial sería de influencia capital para la fundación de la Academia de Guerra, con la cual daría paso a la metamorfosis del Ejército.

A guisa de conclusión, es importante decir, en breve, que la influencia prusiana fue importante para la generación de un ejército profesional, preparado en tiempos de paz para enfrentar posibles situaciones de conflicto, presupuesto que se aproxima estrechamente al concepto de ejército desarrollado en el proceso de formación militar prusiana.

Todo ello conformó el ascendiente que ejercieron las primeras misiones militares prusianas en dos aspectos claves de la profesionalización del Ejército: la formación de la oficialidad (con la creación de la Academia de Guerra y reformulación de la Escuela Militar) y, como se dijo, la instauración, en 1900, del Servicio Militar Obligatorio, instituciones que sellaron la impronta característica del Ejército chileno del siglo xx.

Así, en su desarrollo histórico se marcan dos grandes etapas: la influencia alemana, desde 1900 a 1940 aproximadamente y la estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la segunda mitad del siglo xx. Hoy en día, la influencia alemana sólo se ve reflejada en el uso de algunos uniformes, sables y marchas utilizadas en desfiles y ceremonias.

La influencia estadounidense ha sido de mayor importancia. Ella es notoria en diversos ámbitos, tácticas, entrenamiento, aspectos organizativos y otros.

1.10 La Armada

A fines de siglo, la Armada se vio envuelta como protagonista en un enfrentamiento fratricida, la Guerra Civil de 1891; en la que el bando del Congreso apoyado por la Armada obtuvo el triunfo. En el ámbito netamente naval hubo un combate en el que dos cazatorpederos, empleando torpedos hundieron a un blindado («Blanco Encalada»). Por primera vez a nivel mundial, una nave acorazada era hundida por un torpedo.

A comienzos del siglo xx la Armada había alcanzado un alto grado de preparación profesional, lo que le permitió tripular y operar las modernas naves que estaban engrosando su lista naval. En esa época Chile enfrentaba dos conflictos latentes, uno limítrofe con Argentina por el extremo austral y otro interno, social, que provocaba frecuentes estallidos de violencia.

Lo anterior y la bonanza económica derivada de los ingresos del salitre, permitieron al gobierno efectuar un nuevo proceso de adquisiciones: un crucero y tres destructores en Gran Bretaña, y un acorazado en Francia. Se ordenó, además, la construcción en astilleros ingleses de dos cruceros acorazados. La crisis con Argentina fue detenida por la diplomacia, terminando en los llamados Pactos de Mayo firmados el 28 de mayo de 1902, los que incluyeron una convención de limitación de los armamentos navales. Chile debió vender los dos cruceros acorazados y Argentina hizo lo mismo con similares naves.

Posteriormente, el gobierno aprobó una ley de renovación de las naves de la Escuadra la que dio nacimiento al Plan Centenario, que en resumen consistió en ordenar la construcción en astilleros británicos de dos acorazados de 28.000 toneladas, seis destructores de 1.500 toneladas, y a una firma estadounidense la construcción de dos submarinos de 340 toneladas.

La Primera Guerra Mundial postergó y alteró el Plan Centenario; de todas las naves enviadas a construir sólo dos destructores llegaron al país antes del estallido de la conflagración y el acorazado «Almirante Latorre» sólo una vez terminada ésta.

Al fin de la guerra, el gobierno británico ofreció compensar a Chile por la privación de las naves enviadas a construir,

que había empleado en el conflicto, en particular el «Latorre» y ofreció entregarle cinco submarinos tipo H, nuevos, que se construían en astilleros estadounidenses, y una partida de aeronaves. El gobierno aceptó la compensación propuesta y además compró un sexto submarino; las aeronaves fueron destinadas a la Armada y al Ejército.

El «Almirante Latorre», modernizado en Inglaterra, luego de ser empleado por la Armada británica, llegó a Valparaíso el 20 de febrero de 1921. Esa nave de 194 metros de eslora, 28 metros de manga y 9 metros de calado medio, desplazaba 28.000 toneladas. Su armamento consistía en 5 torres dobles con cañones de 14 pulgadas, 16 cañones de 6 pulgadas y 2 cañones antiaéreos de 3 pulgadas; contaba además con 4 tubos lanzatorpedos de 21 pulgadas. Esa nave, en su época una de las más poderosas del mundo, fue un elemento disuasivo en las relaciones internacionales de Chile durante todo el tiempo que estuvo en servicio activo, más de treinta años.

Su llegada obligó a construir un segundo dique seco, más grande, en Talcahuano y la ampliación de algunos talleres y maestranzas. Sus sistemas de armamentos y de propulsión constituyeron una escuela para las generaciones de marinos que pasaron por sus cubiertas. Las escuelas de especialidades debieron mejorar y actualizar sus programas, laboratorios y profesores.

Las compensaciones post Primera Guerra Mundial dieron nacimiento a las actividades de la fuerza de submarinos y de la aviación naval.

En la década de 1920, el «Latorre» fue enviado a Inglaterra para modernizar sus sistemas de control de tiro, más el cambio del armamento antiaéreo, cambio de sus calderas a carbón por petróleo, adición de protección anti torpedos en sus costados, reemplazo de su maquinaria auxiliar y en sus sistemas de comunicaciones. El buque regresó al país a mediados de 1931.

También se mandaron a construir en Gran Bretaña seis destructores que se denominaron clase «Serrano», y se adquirieron tres submarinos tipo «O» y un buque madre de submarinos «Araucano». Se adquirieron además dos petroleros.

La Fuerza Aérea sería creada como rama independiente de la defensa nacional el 21 de marzo de 1930 (aunque ya existía años anteriores, pero como parte del Ejército), durante el primer gobierno del presidente Carlos Ibáñez del Campo, mediante la

fusión de los servicios aéreos del Ejército y de la Armada, bajo el Decreto Supremo número 1.167. En sus primeros años de vida institucional se denominó Fuerza Aérea Nacional (fan). Adquirió su nombre definitivo, Fuerza Aérea de Chile (fach), en el año 1941.

Su nacimiento se debe al esfuerzo visionario de su fundador, el comodoro Arturo Merino Benítez, quien en 1928 se había hecho cargo de la Escuela de Aviación Militar. Se convirtió en el primer Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea (1930 -1931 y 1932) y se preocupó de organizar diversos aeródromos a lo largo de Chile, particularmente hacia el norte del país para servir las necesidades de la aviación civil y de la propia Fuerza Aérea.

1.11 Carabineros

Carabineros de Chile, que no perteneció a las Fuerzas Armadas hasta el año 1974, tiene su origen remoto en las policías urbanas coloniales. Durante la república también existieron policías municipales. Se creó la Policía Rural (1881) para las zonas campesinas. El principal problema de estos servicios policiales era su dependencia en las decisiones del alcalde quien los usaba para sus fines políticos. Para resguardar las ciudades se creó la Policía Fiscal (1896). Un primer intento de organización con disciplina militar y dependiente del gobierno central, fue el Cuerpo de Gendarmes para las Colonias que funcionó en los territorios de la Araucanía a cargo del capitán Pedro Hernán Trizano, una leyenda de valor. Posteriormente se creó el Regimiento de Carabineros (1903), al cual se le sumó el Cuerpo de Gendarmes.

En 1908 se creó la Escuela de Carabineros como el plantel encargado de la formación de suboficiales, clases y soldados y al año siguiente, de oficiales. En 1927, el Coronel de Ejército y Vicepresidente de la República Carlos Ibáñez del Campo fusionaba la Policía Fiscal y el Cuerpo de Carabineros en una sola institución con un mando unificado, organización y disciplina militares dependiente del Ministerio del Interior. Carabineros de Chile, actualmente forma parte, junto con la Policía de Investigaciones de Chile, de las Fuerzas de Orden y Seguridad Pública de Chile. Debe notarse, asimismo, que el uniforme de esta institución presenta reminiscencias de los modelos utilizados en la Alemania durante la Segunda Mundial.

1.12 Los gobiernos

Ya nos hemos referido al tema. Gobernaron durante este período los Presidentes Jorge Montt (1891-1896); Federico Errázuriz Echaurren (1896-1901); Germán Riesco (1901-1906); Pedro Montt (1906-1910); Ramón Barros Luco (1910-1915) y Juan Luis Sanfuentes (1915-1920). Fueron además vicepresidentes Elías Fernández Albano y Emiliano Figueroa (1910).

Sus gobiernos transcurrieron en medio de los vaivenes propios del parlamentarismo, sucediéndose los ministerios de la Alianza o la Coalición. Alberto Edwards califica estos años y hasta 1920, de inmovilismo, abulia y frivolidad. En verdad no se encuentran figuras como Portales, Manuel Montt, Vicuña Mackenna entre quienes gobernaron Chile entonces. Fue un gobierno de «clase». De una clase satisfecha consigo misma y que había perdido su espíritu público. Pedro Montt (el sobrio y semiautoritario) tuvo a su servicio once ministerios.

A Jorge Montt le cupo la tarea de reconciliar a los chilenos después de una guerra civil que había sido odiosa y sangrienta. Sorprendentemente, recogiendo lo que era el espíritu de los vencedores, pasados los primeros meses en los que hubo graves desbordes y abusos, primó un espíritu cívico generoso y ecuánime.

A Montt, quien al terminar su período presidencial regresó a la Armada en su condición de almirante, lo sucedió Federico Errázuriz Echaurren, quien pese a su tradición liberal, había sido apoyado por la «Coalición» conservadora. El Presidente era un hábil político pero su gestión se vio opacada por su vida disipada. Su principal logro fue en el campo internacional donde (como se mencionó y se verá más adelante) consiguió una solución adecuada en el antiguo problema de límites con la República Argentina, con la cual se estuvo al borde de la guerra. La riqueza salitrera permitió también inversiones cuantiosas en obras públicas, aunque hubo de postergarse el siempre anunciado retorno al patrón metálico de la moneda.

La Alianza Liberal venció en las elecciones de 1901, llevando a la primera magistratura al cuñado de Errázuriz (quien había muerto en julio de ese año sin completar su período) Germán Riesco, hombre íntegro pero que fue quizá el más vapuleado de los mandatarios del época por los vicios del parlamentarismo, ya vistos. En la rotativa permanente de gabinetes, nuevamente hubo de postergarse la conversión metálica y el

desarrollo nacional continuó manifestándose principalmente en las obras públicas.

Riesco hubo de enfrentar las primeras huelgas y motines populares que terminaron con decenas de muertos. Particularmente grave fue el episodio de la «Huelga de la Carne» en Santiago, el año 1905. Como una respuesta destinada a paliar en parte la grave situación social, se dictó en 1906 la Ley de Habitación Obrera.

Los problemas económicos y sociales se vieron agravados hacia el final de su administración por el terremoto de Valparaíso, en agosto de 1906, que destruyó barrios enteros y aisló completamente al puerto, dejando un saldo de alrededor de 3000 muertos. En verdad el sismo afectó todo Chile central.

Fue así que ante los rasgos de desgobierno y el desorden imperante las fuerzas políticas de diverso signo buscaron una personalidad fuerte para dirigir al país por encima de las alianzas efímeras entre los partidos. Se formó la llamada «Unidad Nacional» que aglutinó a la mayor parte del mundo político eligiendo como Presidente al nacional Pedro Montt quien, como su padre, tenía fama de carácter enérgico y capacidad de gestión. En la práctica no demostró esas condiciones. Aceptó influencias generalmente negativas, la principal de doña Sara del Campo, su esposa, ella sí de un carácter fuerte y dominante.

El nuevo mandatario, a pesar de sus esfuerzos, se desgastó en la lucha contra los vicios y la indisciplina de ese mismo mundo político que lo había elegido. La lucha entre las combinaciones partidarias prosiguió y el rumbo histórico del país no experimentó el impulso renovador que se esperaba. Las características de la administración Montt fueron muy parecidas a las de sus antecesores, con el agravante de que la crisis económica de 1907 empeoró considerablemente el panorama llevando a la quiebra a numerosas empresas. La conversión metálica debió postergarse una vez más.

Pero la principal consecuencia de la crisis fue el agravamiento del descontento social, el que culminó en la matanza de la escuela «Santa María» de Iquique (1907), a la que nos referiremos más adelante.

También hubo otros escándalos pero afectaron a la oligarquía en el gobierno, como el de la «Casa Granja» el que finalmente, pese a múltiples pruebas, controvertidas, terminó en nada.

Finalmente con su salud gravemente resentida, el Presidente hubo de partir para Europa en busca de cura. Sin embargo, falleció en Bremen en agosto de 1910.

Sucedió a Pedro Montt, Elías Fernández Albano, Ministro del Interior; y muerto a su vez éste, Emiliano Figueroa Larraín quien fue el Presidente en ejercicio durante las fiestas del Centenario; no murió sino que viviría para representar un papel importante en la siguiente etapa de la historia de Chile. Pero el hecho es que antes de terminar ese mortífero año 1910, teníamos elegido un cuarto Presidente de República. Era Ramón Barros Luco, candidato de consenso y apoteosis de la fama y figura de los presidentes de República Parlamentaria.

Ramón Barros Luco, fue «una pera prisca». Sin duda no era la figura para intentar los cambios y la reactivación que el país requería. Hizo un gobierno de continuidad apoyándose en la persona de Juan Luis Sanfuentes, el que debió enfrentar los problemas derivados del estallido de la Primera Guerra Mundial que en sus inicios afectó gravemente el mercado del salitre. Sin embargo, después de 1915 la economía se recuperó. Se dice que Barros Luco dijo que en Chile había dos tipos de problemas, los que se arreglaban solos y los que no tenían arreglo. Era él el que no tenía arreglo, o no quería tenerlo, le daba *lata*. El pobre Alejandro Venegas, malgastó tinta en las cartas que le dirigió, pero ¿existieron materialmente?

En suma: muchos cambios ministeriales, algunas obras públicas y nueva postergación de la convertibilidad monetaria. Hubo paz social porque el movimiento obrero había quedado aplastado tras el episodio de Santa María de Iquique y la clase media todavía no había madurado ni estaba en condiciones de desafiar el poder de la oligarquía.

El último de los presidentes de la República Parlamentaria fue quien parecía el más obvio sucesor de Barros, Juan Luis Sanfuentes, llevado al poder por la Coalición. Aunque hábil político y consciente de la necesidad de reformas, Sanfuentes no supo sacar al país del marasmo institucional y la ola de pesimismo sobre el destino nacional que existía. Durante su gobierno el mundo político de la República Parlamentaria se desarticuló, perdiendo los partidos tradicionales el apoyo y el control del electorado. Esto último quedó en claro en las elecciones parlamentarias de 1918, en que los sectores progresistas de la Alianza Liberal obtuvieron una gran victoria, presagio del

triunfo presidencial de Arturo Alessandri en 1920, las reformas sociales y el fin del gobierno de la oligarquía tradicional chilena.

Quizá el mayor mérito del gobierno de Sanfuentes se dio en campo internacional y fue mantener a Chile en una digna neutralidad durante la Primera Guerra Mundial, resistiendo las presiones de EE.UU., Francia y Gran Bretaña.

Los presidentes del período 1891-1920 reflejaron el carácter de su tiempo. En general fueron personalidades de signo moderado y conciliador, en ocasiones elegidos como candidatos de transacción por ser «garantía para todos». Bien intencionados y honestos en lo personal, representaron sin embargo la decadencia de la oligarquía como clase gobernante que no tuvo un diagnóstico ni supo ponerse a la altura de los tiempos y las nuevas circunstancias, quedando los principales problemas sin solución.

Hay un aspecto conectado con este punto que merece mayor atención. Tenemos que recordar que Chile entre los años 1891 y 1920 era un país rico (o al menos solvente) y que mucha de esa riqueza la manejaba el fisco. ¿No pudo usarse para intentar un desarrollo industrial del país? Ya fuese con intervención importante del estado, como se hizo años después, o a través del apoyo a particulares. Pero no se hizo ni lo uno ni lo otro. El fisco realizó numerosas obras públicas pero no creó una industria ni una economía de producción que pudiera sobrevivir a la bonanza salitrera. Los particulares del sector social alto, emplearon (y a veces dilapidaron) la riqueza a la que tenían acceso, en placeres caros, viajes de lujo por largas temporadas a Europa, mansiones a imitación de las europeas (algo que ya había comenzado el siglo anterior). Se continuó con una economía fundada en la posesión de haciendas las que rendían poco y de las que por lo general estaban ausentes.

Peor todavía, en 1917 se había inventado el salitre sintético en Alemania, necesario por la Primera Guerra. Hecha la paz durante un tiempo el salitre natural chileno siguió siendo más barato. Pero eso sólo sería por unos cuantos años.

1.13 Relaciones exteriores, los problemas fronterizos

Se había firmado en 1881 un tratado general de límites que en su artículo I disponía: «El límite entre Chile y la República

Argentina es de norte a sur, hasta el paralelo 52° de latitud, la cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprendan a un lado y a otro. Las dificultades que pudieran suscitarse por la existencia de ciertos valles formados por la bifurcación de la cordillera y en que no sea clara la línea divisoria de aguas, serán resueltas amistosamente por dos peritos, nombrados uno por cada parte. En caso de no arribar éstos a un acuerdo, será llamado a decidir un tercer perito designado por ambos gobiernos».

El Estrecho de Magallanes quedaba enteramente bajo soberanía chilena y la isla de Tierra del Fuego fue dividida «partiendo del punto denominado Cabo de Espíritu Santo en la latitud 52° 40'; siguiendo la frontera desde allí hacia el sur coincidiendo con el Meridiano Occidental de Greenwich (78°, 34') hasta tocar el Canal Beagle». Así, la parte oriental de la isla quedaba bajo soberanía argentina y la occidental bajo jurisdicción chilena. Las islas ubicadas al sur del Beagle hasta el Cabo de Hornos quedaban en poder de Chile.

Sin embargo, este tratado resultó de difícil aplicación práctica, principalmente porque la línea divisoria de aguas no siempre coincide con la de las más altas cumbres. En la disyuntiva, Argentina se inclinó por el criterio de las más altas cumbres, en tanto que Chile por la línea divisoria de las aguas: y como de la aplicación de uno u otro criterio resultaban diferencias considerables de territorios, el acuerdo no pudo lograrse, debiendo recurrirse a S. M. británica para que dirimiera los puntos en conflicto. El fallo se pronunció en 1902 y se fundamentó, más que sobre los criterios argentino y chileno, sobre los actos de ocupación, procurándose un reparto equitativo de los territorios disputados.

En el año 1898 se había puesto fin al problema de la Puna de Atacama que había quedado sujeta a disputa entre ambas naciones después de la Guerra del Pacífico, pues ese territorio había sido boliviano; el acuerdo –favorable a Argentina– se logró merced al arbitraje del ministro de los Estados Unidos ante el gobierno argentino, W. G. Buchanan.

El año 1902 se firmó también un tratado general de arbitraje entre Argentina y Chile, quedando así la Corona Británica como árbitro permanente. Este acuerdo fue un acierto porque los problemas fronterizos entre ambos países no cesaron. En

la zona de Palena el cumplimiento del fallo británico original (el de 1902) fue imposible de materializar, debiendo recurrir el gobierno chileno, después de prolongadas gestiones bilaterales, a dicho tratado general de arbitraje el año 1964.

Sobre la base del mismo tratado fue sometido a arbitraje el problema territorial de la zona del canal Beagle.

En relación con los vecinos del norte, después de la Guerra del Pacífico se firmó la paz con Perú (Tratado de Ancón) en octubre de 1883. Por este acuerdo, la nación peruana cedía a perpetuidad a Chile la provincia de Tarapacá y entregaba por diez años a la administración chilena las provincias de Tacna y Arica. Una vez transcurridos ese plazo, un plebiscito decidiría, en votación secreta, la soberanía definitiva sobre esos territorios, debiendo pagar el país que saliera ganador, una indemnización al que los perdiera.

Sin embargo, el cumplimiento de esta última parte del tratado originó una larga disputa entre Perú y Chile sobre la forma de llevar adelante lo acordado, y el plebiscito hubo de postergarse una y otra vez.

1.14 Tacna y Arica

El problema de Tacna y Arica –que había de envenenar las relaciones entre Chile y el Perú por casi cincuenta años– iniciado en 1883, sólo vendría a solucionarse en 1929.

También con Bolivia hubo roces y malos entendidos durante estos años. Bolivia y Chile habían firmado un Pacto de Tregua en abril de 1884. En éste se disponía la suspensión de hostilidades (ya suspendidas de hecho desde 1880) y sujetaba al «régimen político y administrativo que establece la ley chilena, los territorios comprendidos desde el paralelo 23 hasta la desembocadura del Loa en el Pacífico»; dando por subentendido que los territorios comprendidos entre los paralelos 23 y 24, cedidos bajo condición a Bolivia por el tratado de 1874, eran chilenos, pues Bolivia había hecho nulo dicho documento al no cumplir sus condiciones en 1879.

Esta situación de «tregua» había de durar 20 años, pues tras prolongadas y engorrosas negociaciones el tratado definitivo sólo vino a firmarse en octubre de 1904, confirmando a perpetuidad la soberanía chilena sobre los territorios comprendidos en el Pacto de Tregua. A cambio de esta cesión, Bolivia recibía indemnizaciones económicas y facilidades de tránsito, las que comprendían,

entre otras, la construcción por parte de Chile de un ferrocarril de Arica a La Paz. De más está agregar que las dificultades para lograr los acuerdos entre Bolivia, Chile y Perú se debieron, en gran medida, a la animosidad mutua con que habían quedado los pueblos y gobiernos tras la Guerra del Pacífico.

1.15 La «cuestión del Baltimore».

El 16 de octubre de 1891 en el crucero de los Estados Unidos *Baltimore*, que estaba desde agosto fondeado en la rada de Valparaíso, se dio permiso a parte de su tripulación para bajar a tierra. Los hombres llevaban mucho tiempo embarcados y el capitán, Schley, con el visto bueno de los victoriosos marinos chilenos en su guerra contra el Presidente Balmaceda, no expresaron cautela. Y así 117 gringos (no absolutamente todos quizá) se dirigieron al «Barrio Bravo» del puerto, en torno a la iglesia de La Matriz, para «descansar» (como decían los capitanes de buques balleneros, cuando hacían un alto en Tahiti). Los yanquis bebieron en bares y prostíbulos. Allí, en un comienzo, alternaron con marineros chilenos, de otras nacionalidades y el lumpen del sector; donde existía la idea que los norteamericanos habían apoyado a Balmaceda.

Los materiales del incendio estaban reunidos, faltaba el fósforo. Nadie sabe quien lo prendió, pero fue en el bar-prostíbulo «True Blue», cuando dos salieron a la calle en muy avanzado estado de ebriedad y tuvieron una trifulca con guachimanes o marineros chilenos. Comenzaron los puñetes. Se reunió una muchedumbre contra los gringos que arrancaron, llevando a los contusos hacia la botica Alemana de Plaza Echaurren. Pero los chilenos los persiguieron. Varios norteamericanos fueron acuchillados con corvos. En eso llegó un piquete de policía, el que según los norteamericanos, habría abierto fuego contra ellos. El hecho es que un marinero norteamericano murió, no se sabe si por la acción policiaca.

Entonces ardió Troya; el simpático barrio vio cómo la pelea se extendía, participando norteamericanos, chilenos y marineros de cuanto buque surto había en el puerto. Al cabo de una hora la policía había restablecido el orden pero había numerosos heridos, no sólo norteamericanos y chilenos. Al menos otro marinero de los Estados Unidos murió, pero varios días después y no por sus heridas sino por el tratamiento –ciertamente inadecuado– que se le dio en un hospital de Valparaíso.

Y desde ese momento se llegó al más alto nivel de los gobiernos comprometidos: se involucró el Embajador de EE.UU., Egan, el Secretario de Estado de ese país, Blaine y casi todo el gobierno chileno, pero en especial Manuel Antonio Matta, canciller chileno. Y descendiendo en la escalera del confuso escándalo, jueces y comisiones norteamericanas y chilenas; éstas, huelga decir, con visiones muy distintas de lo que había ocurrido.

Contando un poco más. Para envenenar más las cosas, estaba en Santiago, el ya mencionado embajador (ministro) de los EE.UU.: Patrick Egan, un irlandés de nacimiento que había huido de la justicia británica a los EE.UU. Posteriormente informaba continuamente a Blaine que la guerra civil chilena era fomentada por Gran Bretaña y que la derrota de Balmaceda tendría consecuencias negativas para los EE.UU.

Tras el término de la guerra civil y la derrota de los balmacedistas, muchos yanquis encontraron asilo en las legaciones de los EE.UU. Egan, apoyado por el Secretario de Estado de los EE.UU. exigió salvoconductos de salida del país para todos los asilados. Esto ocurría a comienzos de octubre de 1891.

Acerca del incidente de Valparaíso, hubo investigaciones judiciales de lado y lado. El capitán del *Baltimore* recibió instrucciones del Secretario de Marina de los Estados Unidos de llevar a cabo una investigación de los sucesos, lo que cumplió apresurada y servilmente.

El Secretario de Estado de los EE.UU. –interino– William F. Wharton comunicó entonces a Chile que Estados Unidos de América expresaba su asombro de que aún Chile no hubiese pedido disculpas por el hecho.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile Manuel A. Matta, le comunicó a Egan que sólo el resultado de la investigación judicial de los hechos, llevada por un juez chileno podía ser aceptada por el gobierno. Tras finalizada la investigación judicial decidiría si se debían disculpas al gobierno estadounidense. La investigación judicial fue terminada en diciembre y confirmó el carácter vulgar de la reyerta y sus resultados fueron comunicados al gobierno de los Estados Unidos.

Pero Egan no asistió a la asunción al poder del nuevo presidente de Chile Jorge Montt. Peor aún, en su discurso sobre el estado de la nación de diciembre de 1891, el nuevo Presidente de los Estados Unidos, Benjamin Harrison, se refirió a incidente del USS *Baltimore* basándose en la versión de Schley y Egan. Cuando

el ministro Manuel Matta supo de la referencia solicitó, en duros términos, que se corrigiese las incriminaciones de Harrison a Chile. Pero Jorge Montt, advirtiendo el peligro que se cernía sobre las relaciones entre ambos países, no transmitió el mensaje a Harrison. Sin embargo, Egan envió a Washington el texto.

El 4 de enero de 1892 un alto funcionario de Ministerio de Relaciones Exteriores británico comunicó que de acuerdo a información confidencial recibida desde Washington, a no ser que Chile se disculpara prontamente, los EE.UU. le declararía la guerra y ocuparía las salitreras como indemnización. De ninguna potencia europea podría esperarse ayuda. Entonces, actuando con cordura, el gobierno de Chile, como un gesto conciliador, cambió a su Ministro de Relaciones Exteriores Manuel Matta. Sin embargo, las advertencias desde Europa no cesaban de llegar.

En efecto, el 23 de enero de 1892 el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile recibió de manos de Egan un ultimátum redactado por el Secretario de Estado Blaine en el que le comunicaba que su presidente tras la lectura de la investigación de la justicia chilena sobre el incidente del USS Baltimore no había podido cambiar su opinión sobre el asunto: que el ataque era contra los EE.UU., premeditado y que Chile había sido culpable de no proteger la vida y la integridad de los marineros. Una evidente exageración. En caso de negativa a las peticiones yanquis, vendría en rompimiento de relaciones y la guerra.

Para no ser menos, por esos mismos días, Estanislao Zeballos, Canciller de su país, Argentina, ofreció la solidaridad y apoyo de la República del Plata a EE.UU.

En fin, el día 25 de enero de 1892 el Presidente Pedro Montt había resuelto con su gabinete ceder ante las presiones y disculparse por los incidentes, expresando su acuerdo en que una corte de los EE.UU. investigase los hechos. Este mensaje le fue transmitido al presidente Harrison, quien el 28 de enero comunicó al Congreso «el cambio en la actitud de Chile» asociándolo implícitamente a su duro ultimátum.

Posteriormente el gobierno chileno aceptó pagar una indemnización de US$ 75.000 a las familias de los dos marineros muertos en la reyerta. Pero cabe preguntarse el por qué de las conductas chilena y norteamericana. Hay varios puntos: la decisión de los EE.UU. de señalar a Europa y a los latinoamericanos que desde ese momento sus deseos serían ley en toda América. Más indirectamente, el llevar a la práctica las teorías

de Alfred Thayer Mahan y la necesidad de obtener los fondos necesarios para sus proyectos en el Congreso estadounidense. ¿Y por qué la actitud digna, temeraria y orgullosa de Chile: o, al menos de su Canciller Matta?

Hacia 1891, EE.UU., no tenía una poderosa flota en el Pacifico, separado del Atlántico por Panamá. En tanto Chile, que venía de luchar en una guerra naval victoriosa, había adquirido en Gran Bretaña y Francia nuevos y poderosos navíos, Los cruceros Esmeralda, Pinto y Errázuriz, no tan poderosos como el *Baltimore*, pero buques nuevos y eficaces. Más aún, tenía comprado y terminado, en Francia, el acorazado Capitán Prat, muy superior a cualquier buque de la escuadra de EE.UU. en el Pacifico, excepto en velocidad.

¿Por qué cedió Montt (un marino) entonces? No sólo la actitud argentina lo motivó, sino también la certeza que de entrar Chile en un conflicto con EE.UU. y Argentina, rápidamente Perú y Bolivia también lo harían. En resumen, la «botada a choro», nos costó US$ 75.000 de entonces. Aunque los dos norteamericanos muertos hubieran trabajado provechosamente toda su vida, no habrían dejado a sus familias tamaña fortuna.

Después, en relación al «incidente» han surgido todo tipo de leyendas. En particular, la que por imposición norteamericana, un buque de guerra chileno habría tenido que navegar hasta California y bajar la bandera chilena mientras un coro de marineros entonaba *The Star Spangled Banner*, la canción nacional de EE.UU., y que el oficial que habría dirigido la maniobra se habría suicidado *ipso factum*. No se han encontrado pruebas de que eso haya ocurrido.

Pero siempre queda la duda que tras todo el incidente estuviera el deseo de Estados unidos de obtener el salitre. No hay pruebas, pero se tiene derecho a pensar mal. ¿Cómo habría actuado Gran Bretaña entonces, la que tenía una flota mucho más poderosa que la nortemericana?

1.16 El ABC

El pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje, conocido como ABC, se firmó en Buenos Aires el 25 de mayo de 1915, casi al término de la presidencia de Barros Luco.

Tras contactos diplomáticos entre las cancillerías argentina y brasileña, a propósito de una delimitación limítrofe,

acordaron por aquella fecha invitar a la Cancillería chilena a sumarse a un intercambio de visitas entre los ministros de Relaciones Exteriores de los tres países. Así fue como, el 17 de mayo, cancilleres y embajadores se reunieron en Santiago de Chile y, con posterioridad, el 25 de mayo, en Buenos Aires, donde procedieron a firmar este tratado, el cual consagraba la solución pacífica de eventuales controversias internacionales que pudieran suscitarse entre ellos.

1.17 Se inicia el problema de la Antártica

En los primeros años del siglo xx aumentó el interés por estudiar los territorios antárticos. Algunas de estas expediciones pidieron permiso al gobierno de Chile para poder realizarse, entre las que se puede destacar la del profesor sueco Otto Nordenskjöld en 1902 y del inglés Robert F. Scott en 1900. También Chile entregó permisos de explotación, como el conferido en 1903 por el Decreto Nº 3.310 a Pedro Pablo Benavides entre las Islas Diego Ramírez y el Polo Sur, bajo la condición de instalar una estación naval en la zona antártica, un año antes de la fundación de la primera base argentina (un observatorio meteorológico en las Islas Orcadas del Sur).

En 1905 se creó la Sociedad Ballenera de Magallanes que se instaló en la Isla Decepción y que, posteriormente, izaría la bandera chilena en las Islas Shetland del Sur. A partir de ese año comenzaron a promulgarse varios decretos, incluso desde el Congreso Nacional de Chile (¿?), para permisos de explotación en la zona antártica. Argentina protestó formalmente el 10 de junio de 1906 por estas acciones de Chile y se inició un proceso de negociaciones para el reconocimiento mutuo de los territorios reclamados. Se establecería un límite para definir dos zonas distintas, pero este tratado nunca se firmó.

El 21 de julio de 1908, Gran Bretaña anunció oficialmente sus reclamos a todas las tierras dentro de los meridianos 20º y 80º al sur del paralelo 50º, que en 1917 trasladó al sur del paralelo 58º y en 1962 al paralelo 60°S.

En 1914, el inglés Ernest Shackleton inició una expedición para cruzar el Polo Sur desde el Mar de Weddell al Mar de Ross. Con dos naves, el *Endurance* y el *Aurora*, se dirigió hacia el continente blanco, pero el clima empeoró drásticamente hasta que un témpano destruyó completamente al primer navío y inmovilizó

el segundo. Shackleton navegó por diversos puertos argentinos y de las Islas Malvinas y Georgias del Sur sin hallar a alguien que se atreviera ir a buscar a los expedicionarios atrapados en una isla antártica. Sin embargo, en Punta Arenas encontró al piloto Luis Pardo Villalón, el cual, a bordo del «Yelcho», logró rescatar a los náufragos en la Isla Elefante. Ver más adelante.

1.18 Lo económico. Todavía no hay despertar. El garrote capitalista 1891-1920. El salitre

1.19 Tasas de crecimiento económico*

Tasa total de crecimiento del pib 1900-1920 por año: 2.3%. Tasa total de crecimiento del pib per cápita, por año: 1900-1920, 1.00%

1.20 Un pensamiento económico liberal

A pesar de que el grueso de la población chilena –campesina– no participaba aún de una economía de mercado, el liberalismo de la escuela clásica, difundido en Chile durante el siglo xix merced a los esfuerzos de Courceille-Seneuil y sus discípulos criollos, continuó siendo el pensamiento económico predominante entre las elites gobernantes.

En concordancia con esta teoría, Chile se caracterizó durante el período por la mantención de una economía abierta. Sin embargo, desde fines de la Guerra del Pacífico se habían empezado a adoptar algunas leyes de proteccionismo que beneficiaron a ciertas ramas industriales frente a la competencia extranjera. La más importante de estas fue la de 1897.

Tampoco el predominio teórico del liberalismo impidió que, a partir de 1880, con el auge salitrero, el Estado, enriquecido con los impuestos, adquiriera un rol económico muy importante a nivel nacional, lo que se manifestó, entre otros factores, en una alta inversión fiscal destinada especialmente a la construcción de ferrocarriles y obras públicas en general. La burocracia creció de

* Las tasas de crecimiento de pgb están tomadas de: R. Lüders et al., documento Instituto de Economía, puc.

3.000 funcionarios en 1880 a más de 13.000 en 1900 y más de 27.000 en 1919. La mayor presencia estatal se dio en educación; obras públicas, ferrocarriles y defensa.

1.21 La dependencia del salitre

Entre 1891 y 1920 Chile continuó siendo un país con un predominio abrumador de las actividades mineras y, en menor medida, agrícola. La economía chilena del período 1900-1920 giraba en torno al salitre, exportado en grandes cantidades a Europa, donde era usado como fertilizante y en la fabricación de explosivos. El salitre se obtenía de la refinación del caliche, sal que se encontraba en abundancia bajo la costra superficial de las planicies desérticas de las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Aunque no faltaban los empresarios chilenos, la propiedad de las oficinas salitreras estaba, hacia 1900, mayoritariamente en manos extranjeras, en particular británicas, con lo cual obviamente quedaba fuera del país una parte considerable de las grandes ganancias obtenidas por ese concepto. El Estado chileno obtenía su participación en esta enorme fuente de riqueza a través de los derechos aduaneros de exportación que cobraba en los puertos de embarque. Hacia 1900 estos impuestos cubrían el 56,29% de las entradas fiscales. Las grandes sumas recibidas por el fisco eran traspasadas en gran medida a los particulares a través de medios directos e indirectos: ausencia casi total de impuestos internos, préstamos a la banca privada, sueldos y remuneraciones de todo tipo, garantías, contratos de obras públicas, etc.

La riqueza del salitre tuvo un efecto dinamizador sobre el conjunto de la economía; por ejemplo, el norte salitrero constituyó un importante mercado para la producción agrícola y manufacturera de Chile central. La industria del salitre era también una fuente de trabajo muy importante. La población total de trabajadores calicheros era hacia 1904, de 24.445, de los cuales 17.398 eran chilenos. Entre los extranjeros la gran mayoría eran bolivianos y peruanos.

La bonanza del nitrato sólo fue interrumpida por el comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando se cerró el mercado alemán y el centroeuropeo; lapso por lo demás transitorio ya que después de transcurrido el primer año de guerra, las exportaciones de salitre (ahora para ser usado principalmente como materia prima para explosivos) subieron a cifras nunca antes

alcanzadas. Algo parecido ocurrió con el fin de la guerra; las exportaciones se desplomaron en 1918, para recuperarse en los años siguientes a pesar de que aumentaba la fabricación de salitre sintético que terminó por ser más barato que el natural producido en el lejano Chile.

1.22 Cifras de la relación peso-peniques y sus efectos sociales

¿Por qué se dio esta indefinición? Se discutía además acerca si se debía mantener el patrón oro y el billete convertible o el billete inconvertible. La opinión pública en general no tuvo claridad respecto de las ventajas y desventajas de uno u otro sistema postergándose –como se vio– una y otra vez el retorno al sistema metálico. No obstante, parece evidente que el régimen de papel moneda convertible y las devaluaciones periódicas tendían a favorecer a la oligarquía, fuertemente endeudada, de modo que así podía pagar sus deudas en moneda de menor valor que el pactado al contraerla. También es preciso destacar que, en contraste, la inconvertibilidad y la devaluación iban en desmedro de los sectores medios y populares ya que sus sueldos no eran reajustados y este proceso de devaluación periódica provocaba inflación.

Los sectores medios, incluyendo militares y profesores, copaban mayoritariamente los empleos fiscales. Algunos datos respecto de sus sueldos revelan que vivían en una economía de subsistencia. Por ejemplo: un oficial primero de Correos y Telégrafos ganaba 900 pesos anuales en 1905; un oficial segundo, 792; un tercero 600 y un portero, 420. En 1910 esas cantidades habían subido a 1400, 1200, 1000 y 600 pesos respectivamente, en circunstancias de que, por la misma época, el arriendo de una casa modesta costaba entre 60 y 105 pesos mensuales. Había grupos medios que podían exhibir mejor situación –como algunos profesionales– pero también los había al borde de la proletarización, como los dependientes, costureras, artesanos y otros, cuyos ingresos no eran mayores que los de los obreros organizados.

En el sector proletario hay que distinguir entre el trabajador urbano, el minero y el campesino. Hacia 1900 un obrero urbano calificado ganaba 3,8 pesos al día por una jornada de diez y media horas de trabajo, sin gozar de ningún beneficio social adicional. Un obrero no calificado ganaba la mitad y

mujeres y niños, la mitad a su vez del jornal de un hombre adulto. Naturalmente esto los condenaba a vivir en la miseria, si se tiene en cuenta que por la misma época en Santiago una pieza de conventillo costaba entre 40 y 50 pesos mensuales.

Un caso especial lo constituían los obreros del salitre que tenían, en comparación, un salario más alto, de 5 a 6 pesos diarios en 1907. Lo mismo pasaba con el trabajador del carbón. Sin embargo, difícilmente podían ahorrar, pues a los primeros se les pagabas en fichas. Y aunque en el caso de los obreros del carbón se les pagaba en dinero, el sistema de pulperías y multas hacía que vivieran endeudados.

En cuanto al trabajador agrícola, su sueldo es difícil de calcular, pues parte de él lo recibía en especies u otros beneficios. Los más favorecidos eran los capataces, llaveros o «administradores». Pero la gran mayoría vivía muy pobremente. De hecho, lo que el inquilino recibía como salario en dinero propiamente tal solía ser una cantidad ridícula que, hacia comienzos del siglo y dependiendo de la región, oscilaba entre 20 centavos y un peso por día trabajado. Pero, por otra parte, tenía derecho a una casa, talaje, tierras y alimentos. El peón agrícola transhumante vivía en condiciones más duras.

1.23 Inversión extranjera

Después de 1900 la tradicional ligazón económica de Chile con Gran Bretaña comenzó a debilitarse, no sólo en lo que se refiere al comercio internacional (hacia 1890, un 45% de las importaciones y un 70% de las exportaciones chilenas estaban relacionadas con ese país) sino también en las inversiones y préstamos.

Antes de la Primera Guerra Mundial las empresas norteamericanas iniciaron la adquisición de intereses especialmente en la minería del cobre. En 1902 W. Braden adquirió el mineral de El Teniente, que no llegó a transformarse en una gran empresa hasta 1912. Cuatro años más tarde, el grupo Guggenheim se hizo cargo de Chuquicamata. Pero si a partir de 1910, el cobre empezó a gravitar en forma importante en las exportaciones fue con escaso beneficio para el país, pues a diferencia del salitre, casi no pagaba tributos.

El Teniente es una mina compleja, durante sus primeras décadas el personal vivió en plena cordillera y a elevada altura frente a Rancagua. Esa ciudad minera se llamó Sewell y guarda

el mayor interés para quienes conocer un lugar extraordinario donde la naturaleza imponente se da la mano con la obra del hombre. La mina es subterránea pero las instalaciones de Sewell, las refinerías y ferrocarriles le dan un aspecto extraordinario. Volveremos sobre el tema.

Chuquicamata en tanto, llegó a ser (y todavía lo es), la mina a tajo abierto más grande del mundo.

También hubo presencia de capitales alemanes, fundamentalmente en el transporte del salitre a los mercados europeos. Sin embargo, el impacto de la Primera Guerra Mundial acabó con la presencia económica alemana y disminuyó la británica, conduciendo definitivamente a nuestro país hacia la esfera de influencia económica norteamericana.

Pero no sólo en el salitre y el cobre dominaba el capital foráneo. En 1915 un tercio de los establecimientos manufactureros que respondieron a cuestionarios de estadísticas oficiales, declararon que su capital era extranjero.

1.24 Deuda externa

Al mismo tiempo, esta época se caracterizó por un continuo flujo de crédito hacia Chile, lo que redundó en una deuda externa creciente. En 1900 se debía al extranjero 234.289.413 pesos. En 1915 la deuda llegaba a 434.085.066 pesos del mismo valor.

La necesidad de empréstitos extranjeros se explica por la existencia de déficit fiscales crónicos, los que se daban a pesar de los elevados ingresos obtenidos de las exportaciones del salitre y otros derechos de aduana. De allí que las entradas ordinarias del Fisco debieron ser suplementadas por otras extraordinarias constituidas mayoritariamente por empréstitos, los que llegaron a representar un porcentaje considerable del presupuesto fiscal. Es importante tener en cuenta que, hacia 1900, los impuestos internos eran prácticamente inexistentes. Ese año, el ciento por ciento de dichos impuestos estaba constituido por los que gravaban el papel sellado, timbres y estampillas, lo que correspondía sólo a un 0,5% del total de los ingresos ordinarios del Fisco. En los años siguientes se agregaron algunos otros que no modificaron sustancialmente la situación al respecto. Por cierto que esto favorecía a los ricos.

Como contrapartida, el ahorro y la inversión fiscales aplicados al desarrollo aumentaron considerablemente, hasta

conseguir altos niveles. En 1918 representaban un 35% del total del gasto fiscal. Al contrario, capacidad de ahorro e inversión del sector privado decayó respecto del período anterior, como consecuencia de una «economía de consumo» que prevaleció en el único grupo de particulares que habría podido ahorrar y no lo hizo: la oligarquía. De allí que la inversión privada fue principalmente extranjera. El incipiente capitalismo chileno se preocupó de inversiones financieras a corto y mediano plazo que le prometían rápidas y fáciles ganancias, y no tuvo la capacidad organizativa ni dispuso de los montos necesarios para emprender acciones económicas de mayor envergadura. Con todo, se formaron rudimentarios núcleos industriales en Santiago, Concepción, Valparaíso y Valdivia.

Así, el período 1891-1920 fue de un desarrollo limitado en las cifras y que se demostró frágil. Contando Chile con los enormes recursos salitreros, sumados a los préstamos extranjeros que año a año venían a fortalecer la economía, dicho crecimiento pudo haber sido mucho mayor.

1.25 Obras públicas

El día de Navidad de 1851, el primer ferrocarril de Chile, de Caldera a Copiapó, hacía la entrada en esta última ciudad. Debía su existencia a capitales privados y al empuje del norteamericano William Wheelwright. Era un ferrocarril de carga, fundamentalmente. El que uniría a Santiago a Valparaíso se comenzó en octubre de 1852 y fue terminado, después de muchas dificultades, en septiembre de 1863, entrando el Estado ahora a ser socio mayoritario en varias líneas.

En las décadas siguientes hubo dos expansiones ferroviarias. La del ferrocarril norte, con muchas líneas, al servicio de de la industria salitrera y en manos de privados y el del sur, comenzado en 1855, bajo el empuje y la tutela del Estado desde un comienzo. El primero era un tren minero y de servicio de pasajeros en forma limitada. El segundo fue un ferrocarril destinado al servicio de pasajeros y el transporte de productos agrícolas.

La alta inversión fiscal en los años que fueron desde 1891 a la década de 1920, estuvo destinada fundamentalmente a la construcción de ferrocarriles y otras obras públicas, pero escasos caminos. En 1899 la red ferroviaria estatal tenía un

total de 1986 kilómetros; en 1920 esa cifra había aumentado a 4579, quedando Chile unido entre Iquique y Puerto Montt.

También se construyeron los ferrocarriles internacionales de Arica a La Paz y de Los Andes a Mendoza. La extensión de la red ferroviaria fue especial preocupación del Presidente Pedro Montt, aunque en general fue impulsada por todas las administraciones de la época. Más adelante nos referiremos nuevamente a los ferrocarriles.

También se construyeron establecimientos educacionales, caminos, puentes, instalaciones de agua potable (ver infra), obras y edificaciones en general. Reemplazando muchas que habían quedado destruidas con el terremoto de 1906.

1.26 Incipiente industrialización

El auge del salitre provocó el nacimiento de una incipiente industria mediana, ubicada principalmente en Santiago, y algunos rubros de industria pesada que le proporcionaban insumos, en provincias. La industria mediana fue ciertamente la que se mostró más pujante en la época ya que muchos productos que no requerían de una tecnología muy avanzada fueron producidos en el país, como es el caso de paños, cueros, cervezas, muebles y otros. La industria pesada produjo acero (Altos Hornos de Corral) y llegó a fabricar locomotoras y locomóviles hacia fines de la Primera Guerra Mundial, los que incluso se exportaron al Perú. No obstante, estos eran sólo los primeros pasos de la industria nacional que dentro del conjunto de la economía chilena aún no alcanzaba a tener una significación importante.

En todo caso la oligarquía tradicional del valle central –como vimos más atrás– no se preocupó de crear un sistema industrial y económico, en general, moderno. ¿A que atribuir esta abulia? En parte a razones culturales. Incluso las familias vascas (que ahora poseían gran parte de la tierra) habían perdido el empuje de lucro que las caracterizara en el siglo xviii. Ahora se creían señores y no hombres de lucha formados en las activas alquerías e industrias de las provincias del país vasco como sus bisabuelos o tatarabuelos. También al hecho que al controlar el Estado y la hacienda o fundo tenían los recursos suficientes para darse la vida de lujo, de «rastacuero» a la que aspiraban.

Es preciso también hacer mención al catolicismo chileno de la época (como el español y en general el del mundo

hispánico) que predicaba que el trabajo por lucro, si no era pecaminoso ya por esta época, era indigno y poco importante, si el fin último era la salvación del alma. También su enorme influencia conservadora y tradicionalista fuertemente proclive a la mantención del *status quo* social y económico y contraria a la modernización en la que veían elementos culturales protestantes e influencias anglosajonas y francesas democratizantes. Todavía a mediados del siglo xx Jaime Eyzaguirre, quien tuvo mucha influencia, persistía en la idea.

En fin hubo otra razón cultural de vuelo mucho más bajo, para que el oligarca se dedicara a actividades económicas de lucro, excepto unas pocas ligadas con las finanzas o la gran industria ya establecida o el comercio, en grande, de productos del campo, era algo que «era de rotos». Olvidaban que sus antecesores cercanos habían hecho sus fortunas, en muchos casos en esas actividades plebeyas. Pero que un oligarca de comienzos del siglo xx creara un restaurante, una tienda, una fábrica, se preocupase de la comercialización de ropa, una ferretería o almacén, un taller de reparaciones, o, a diferencia de los oligarcas chilenos de los siglos xviii y xix, una empresa minera, era bajar de pelo y nada podía asustarlos más hacia 1908. Si hubiera sido así había indudablemente una incipiente industralización. Al parecer no faltaban las cervecerías, las procesadoras de carnes magallánicas, insumos para la industria del salitre y otras. Pero no habría en Chile un segundo escalón, de industria pesada, hasta la llegada del Frente Popular y la corfo.

Cuento aparte era el carbón. Los yacimientos de carbón en nuestro país se localizan en tres regiones principalmente, las provincias de Concepción y Arauco y Magallanes.

La explotación del carbón se remontaba a la época colonial, pero su uso en gran escala se asocia a la introducción de la máquina a vapor en nuestro país y especialmente al desarrollo del ferrocarril y la navegación. A comienzos del siglo xx, la producción nacional de carbón alcanzaba a las 800.000 toneladas anuales. En la década del cincuenta, la producción llegaba a 2.000.000 de toneladas. Pero en 1980 había descendido a menos de 1.000.000 de toneladas.

Como se requería mucha mano de obra se crearon importantes ciudades en torno al carbón. La de mayor dimensión fue Lota, en la viii región, nacida cuando José Antonio Alemparte inició 1840 su explotación; después la vendería a la acaudalada

familia Cousiño. En 1853, el empresario Federico Schwager formó la compañía carbonera y fundición que llevaban su nombre en la ciudad de Coronel.

El impacto del carbón en los centros poblados se observa con claridad al revisar la evolución poblacional de los principales centros mineros de la VIII región. Apenas a diez años de iniciada la explotación carbonífera en la cuenca de Arauco, la población de Coronel y Lota registraban 2.132 y 3.636 habitantes, respectivamente. Arauco y Lebu, por su parte, registraron diez años después, sendas estadísticas de 1.181 y 5.783 habitantes, respectivamente. Incrementos demográficos más importantes se dieron en el siglo XX. En 1920, Lota tenía 19.650 habitantes; Schwager, (en Coronel) 4.952, y Lebu, 4.107.

En 1960, Lota registraba una cifra de 48.693 habitantes, lo que significaba duplicar la población de 1920. Por otra parte, las poblaciones de Coronel, Schwager, Curanilahue ascendían en 1960 a 33.870, 13.072 y 12.117 habitantes, respectivamente. Posteriormente, la crisis de 1982 muestra que Schwager y Lota exhibían censos decrecientes, reflejando de alguna forma la crisis que se arrastraba desde la década del sesenta. En efecto, las únicas ciudades carboníferas de la VIII región, que mostraban un aumento demográfico fueron son Coronel y Curanilahue, con 65.918 y 24.203 habitantes cada una.

En 1964, se transformaron, producto de una fusión de las Compañías Carbonífera y Fundición de Schwager y Lota, en Carbonífera Lota Schwager. El 31 de diciembre de 1970, durante el gobierno de Salvador Allende, se estatizaron las empresas carboníferas de la región: Lota, Curanilahue, Trongol, Lebu y Schwager. Las empresas carboníferas pasaban por una grave crisis económica por lo que se las transformó en empresas del área social, quedando un trabajador como gerente general.

Entre los años 1975 y 1976, bajo el gobierno militar de Augusto Pinochet, mediante decreto de ley Nº 931, el 17 de marzo de 1975 se convirtieron en la Empresa Nacional del Carbón, «Enacar S. A.». Bajo una nueva concepción económica, se estudió el cierre de la industria del carbón ya que ésta producía grandes pérdidas para el país.

En 1990, el gobierno de Patricio Aylwin realizó otra serie de estudios para verificar la realidad de Enacar y su perspectiva de futuro. El estudio dio como resultado un déficit operacional que, de no ser revertido, obligaría a cerrar la empresa.

En 1993 surgió la primera ley de Reconversión, llamada Ley del carbón, Nº19.129. Más de 4.000 trabajadores abandonaron las minas, acogiéndose a varios planes de retiros voluntarios, indemnizaciones por años de servicios superiores, pensiones o jubilaciones, con un muy alto costo para el erario.

Estos mecanismos apuntaban a la readecuación de la Industria Carbonífera, entregando un Subsidio a las Empresas, y por otro lado, la construcción de nuevas empresas para reubicar a los mineros. Esta reconversión laboral no dio resultados ya que los trabajadores no se acostumbraron a sus nuevos oficios, optando por renunciar al proceso. Al final, vendieron las herramientas que les habían entregado para sus nuevos trabajos.

Después del fracaso de esta ley, y tras largas conversaciones entre los sindicatos y el gobierno se intentaron varias readecuaciones organizacionales, pero todas fracasaron.

Al poco tiempo, bajo la presidencia de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, la minería del carbón en Lota cerró, transformando la ciudad en un continuo visitar de turistas con el fin de apreciar un pasado glorioso y esplendoroso.

1.27 Los altos hornos de Corral

Con aporte de capitales de la firma francesa Schneider & C. Creusot, se instalaba en Corral, en 1906, la primera industria siderúrgica del país. Un estudioso de los bosques, Federico Gedtzen, haría un informe sobre la tala del alerce en la zona de construcción de los Altos Hornos. Recomendaba que no se talara ninguno ya que estos tardarían mucho en desarrollarse. Aun así, los Altos Hornos se construyeron y los árboles desaparecieron. Es en 1908 cuando se inició la construcción de la primera planta siderúrgica en Corral cuyo alto horno comenzó a funcionar en 1910 pero por problemas técnicos debió paralizar actividades al año siguiente. Los altos hornos, nunca muy rentables, existieron hasta el terremoto de 1960.

1.28 Inestabilidad, inflación y pobreza

A pesar de su precaria holgura, la inestabilidad fue característica de la economía chilena de la época, fruto en buena medida de la dependencia respecto de la economía europea y los ciclos

que ésta experimentaba. Estos afectaban principalmente a los sectores exportadores, por ende, al Estado y en menor grado, a la agricultura y servicios. Fenómenos como la Primera Guerra Mundial causaron grandes fluctuaciones en las rentas provenientes de las exportaciones, en la cantidad de dinero, en el nivel de intercambio y necesariamente en los recursos fiscales.

También influyeron en la inestabilidad económica las devaluaciones periódicas del peso, uno de los procesos que marcaron de manera fundamental la economía de la época parlamentaria.

En 1878 Chile había abandonado el régimen de convertibilidad del papel moneda en oro y plata, comenzando a circular los billetes de banco y el papel moneda fiscal en calidad de inconvertibles. Ese año, el peso chileno se cotizaba a 39 5/8 peniques. En 1891, tras sucesivas emisiones de billetes fiscales y bancarios no convertibles, la cotización del peso chileno había bajado a 18 13/18 peniques. Concluida la Guerra Civil se aprobó la «ley de conversión de 1892» que dictaminaba que Chile volvería al sistema de moneda metálica, lo que se llevó a cabo en 1895. Entonces el fisco chileno estuvo en condiciones de realizar la conversión, respaldando en oro la totalidad del papel circulante, con una cotización del peso a 18 peniques.

Sin embargo, tres años más tarde se retornó nuevamente al papel moneda inconvertible en medio de la más grande polémica económica de la época entre «oreros», partidarios del sistema metálico, y «papeleros», partidarios de la inconvertibilidad. Esta se extendería hasta1920.

Como conclusión se puede decir que Chile, entre 1891 y 1920 mantuvo una economía basada en la minería (salitre) y la agricultura. En las cifras tuvo un crecimiento débil.

Por otra parte, fueron característicos de la economía de la época, la dependencia de la inversión y créditos extranjeros, la inflación, la inestabilidad, el aumento de la deuda pública y una distribución muy desigual de la riqueza.

1.29 Lo social. El Chile latifundista

Según el censo de 1885 Chile tenía 2.500.000 habitantes. De éstos, 1.790.000 eran campesinos. Según el de 1920, la población del país era de 3.731.000 habitantes, con 2.000.000 en las zonas rurales. Estas cifras indican que durante el período que nos preocupa entre un 50% y un 60% de los chilenos

seguía viviendo en los campos. La esperanza de vida llegaba a los 31,5 años.

1.30 El sector social alto

El poder político, económico y social de la sociedad chilena de comienzos de siglo se concentraba en una oligarquía relativamente pequeña pero homogénea y con sentido de clase.

Esta elite, que habitaba casi toda en Santiago para el cambio de siglo, se había formado por la fusión de dos grupos. Uno, constituido por la aristocracia tradicional que venía desde la época colonial y que tenía en la posesión de la tierra su principal y a veces su única fuente de ingresos. El otro sector estaba compuesto por comerciantes, mineros, banqueros e industriales enriquecidos durante el siglo xix y sus descendientes inmediatos. Su origen, por lo general, no era hispano y tenía una tradición de vida burguesa y urbana. Hacia 1900 estos dos grupos se habían unido, dando lugar a un tipo humano y un estilo de vida nuevo. Atrás quedó la austeridad pacata de la vieja clase. Ya en la segunda mitad del siglo anterior se habían construido las primeras mansiones lujosas de estilo árabe, neoclásico o gótico.

Las costumbres cambiaron. Lo europeo y en especial lo francés, entró a dominar sin contrapeso en el acontecer diario de los sectores santiaguinos de la clase dirigente. Se admiraba lo intelectual, lo artístico, el título universitario o la profesión liberal, pero se admiraba todavía más un tren de vida elegante y dispendioso. El apellido era importante, pero más lo era la fortuna, que si no se la tenía, se aparentaba. De hecho, un pequeño grupo de familias, vinculadas a la minería, la banca, el comercio o la agricultura poseía una riqueza considerable, aun para patrones europeos. El resto, mucho más numeroso, fundaba su riqueza en la posesión de tierras, acciones o en el ejercicio exitoso de la profesión de abogado. Entre ellos, había muchos cuya fortuna no era proporcional a su nivel de vida. El dinero para la mentalidad de la mayor parte de la oligarquía era un instrumento para mantener un estilo de vida, de ahí que no importara tanto la forma del «ingreso» sino más bien la del «gasto». Si era necesario endeudarse, los créditos se conseguían con facilidad.

1.31 Consolidación de los sectores medios

Durante el siglo xix no se dieron en Chile las condiciones para que pudiera formarse una verdadera clase media. En una sociedad rural era difícil que ello ocurriera. Entonces, los estratos medios estaban constituidos por los descendientes empobrecidos o venidos a menos de los antiguos conquistadores, o bien por comerciantes funcionarios y artesanos que se radicaron en las ciudades. Eran simplemente un estrato intermedio entre los notables y el bajo pueblo urbano y rural. Con el correr del siglo xix, este grupo se fue fortaleciendo como consecuencia de la llegada de inmigrantes y colonos extranjeros que se radicaron a lo largo del territorio nacional, con el crecimiento económico y, en especial, con la expansión del aparato del Estado experimentado por el país después de la Guerra del Pacífico.

El proceso de urbanización se produjo simultáneamente al de la ampliación de los sectores medios que a comienzos del nuevo siglo constituían un cuerpo social compuesto por varios grupos diferentes: profesionales, profesores, burócratas, militares, pequeños comerciantes y empresarios, técnicos, artistas, etc. En gran medida ellos eran el fruto del liceo y del desarrollo del aparato burocrático del Estado.

Hasta la segunda década del siglo xx, pese a su crecimiento, los sectores medios no tuvieron una fisonomía definitiva. En su origen, la clase media chilena, lejos de aceptar una identidad propia, adoptó una actitud imitativa del sector alto. Se encontraba en una posición de tránsito entre el elemento popular y la oligarquía, estrato al que aspiraba incorporarse aunque sus integrantes fueran menospreciados y tildados de «siúticos» por ésta. Fue el caso, por ejemplo, de Arturo Alessandri y de Eliodoro Yáñez. El rechazo de que fue víctima la clase media fue provocando en ella un resentimiento que hasta 1920 no tuvo ninguna expresión social y política efectiva. Se manifestaba entre sus intelectuales y aparecía también, veladamente, en la literatura militar de la época.

Se comprende que esta clase media, siempre huyendo de sí misma, no pudiera mostrar una posición política consistente ni estuviera en condiciones de atacar el sistema creado y monopolizado por el sector social alto. Por otra parte, se trataba de un sector pobre. Aquellos miembros que lograban enriquecerse, generalmente intentaban y lograban llegar a formar parte de la oligarquía.

La pobreza de los sectores medios aparece retratada en ensayos, prensa y novelas de la época. Genuinos representantes suyos como Alejandro Venegas, un profesor secundario, señalan la estrechez económica como característica de la vida en su medio, especialmente en provincias.

En este sentido, nada aparece más lejano a la realidad de la clase media nacional que el concepto de burguesía definido en función de esquemas europeos. Los sectores medios chilenos no fueron ni han sido nunca «una clase de la economía abierta y lucrativa» como en el caso del Viejo Mundo. En Chile, ellos carecieron de una tradición individualista y urbana y su fuente de ingresos fue casi siempre, un sueldo o un salario proveniente de alguna ocupación ligada a la burocracia. Si bien había algunos económicamente independientes, como era el caso de profesionales, agricultores medianos o comerciantes minoristas, por lo general perseguían la seguridad de la subsistencia más que el riesgo aparejado a la actividad económica libre. La educación que recibía era en buena medida responsable de la mentalidad económica que los caracterizó en este período: una educación de carácter humanista y letrada que tendía a fortalecer sus expectativas sociales, pero no a entregarles una preparación técnica ni una actitud sicológica, adecuada para lograr el enriquecimiento. Por eso la clase media, apenas salida de la indigencia, gastaba sus ahorros en adoptar el tren de vida propio de la oligarquía, entrando también en una economía «de gasto».

Sin embargo, a partir de la primera década del siglo xx se inició un cambio trascendental en los sectores medios. Comenzaron a tomar conciencia de clase. Su agudo resentimiento fue cambiando de signo hacia la segunda década del siglo xx; de ser un sentimiento sordo, solapado, en definitiva impotente, se transformó en rebeldía y en un ataque franco al sistema. Resulta natural que desde que se abandonó la actitud puramente imitativa y se adquiriese una conciencia propia y una autoestima como grupo, los hombres del sector medio cambiaran su crítica solapada por una acción destinada a transformar radicalmente la estructura social.

El hecho fue que las nuevas generaciones de la clase media, entusiasmadas con las ideas de cambio que venían de Europa y la democratización progresiva del país, empezaron a caminar hacia la conquista del poder. Personajes y grupos no ocultaron su condición mesocrática y frecuentemente solidarizaron con el

proletariado, al que pasaron a considerar su aliado en el empeño de combatir el sistema, era la influencia racionalista, socialista de estado, socialista a secas, e incluso comunista y anarquista.

Naturalmente que el crecimiento del PGB per cápita, casi nulo, explican también –en el fondo– esta actitud rebelde, como también la de los sectores sociales más postergados, excepción hecha de los campesinos, como veremos.

Ya en 1906 el Partido Radical, que reunía a hombres destacados de extracción media, introdujo nuevos conceptos y valores a la pugna política al poner énfasis en el anhelo de igualdad. Pero no sólo a través de los radicales se expresó políticamente la nueva actitud de los grupos medios. En 1915 también la representaban sectores del Partido Liberal, del Partido Nacional y la Masonería.

Asimismo, la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), los círculos artísticos y literarios que se formaron en las primeras décadas del siglo XX, constituyeron otras tantas formas de expresión de los grupos medios. De ellos salió una cantidad de ensayistas y literatos que denunciaron con fuerza las desigualdades políticas y sociales de la época. Entre estos se mencionaban Baldomero Lillo, Carlos Pezoa Véliz y poco después, Manuel Rojas, José Santos González Vera y Pablo Neruda.

Las mujeres de clase media, por su parte, también aportaron al despertar cultural de su medio social. Fueron las mujeres de ese sector las primeras que incursionaron en la vida profesional. En 1907 había en Chile 3 abogadas, 7 médicas, 10 dentistas, 10 farmacéuticas y 3.980 profesoras. También fueron mujeres de clase media las que promovieron las iniciativas feministas de la segunda década del siglo, aunque entre éstas también destacaron mujeres del sector social alto.

Ningún grupo social experimentó más intensamente que la clase media el sentimiento de crisis que invadía a la vida nacional. Intelectuales como Alberto Cabero, Nicolás Palacios, Alejandro Venegas (Dr. Julio Valdés Cange) Emilio Rodríguez Mendoza, Tancredo Pinochet (y su notable ensayo «Inquilinos en el fundo de su excelencia»), Luis Emilio Recabarren y otros de igual procedencia social hicieron las más fuertes críticas al sistema vigente. Es cierto que, años antes o años después, también lo habían hecho los oligarcas Alberto Edwards, Agustín Ross, Guillermo Subercaseaux y otros.

Desde entonces existe una mesocracia en Chile (entendida la palabra como gobiernos de los grupos medios), hay un gobierno de la clase media (o, al menos uno donde ésta ocupa un lugar preponderante) y esto se nota en la evolución de la historia de Chile en el siglo xx. Observemos cuál es la lista de Presidentes de la República después de 1920: si es efectivo que antes de ese año no encontramos ningún Presidente que realmente podamos decir que no pertenecía a la oligarquía; después no encontramos a ninguno que no sea de la clase media (quizás la excepción podría ser Salvador Allende, que era de la oligarquía laica de Valparaíso, pero no propiamente de la antigua oligarquía chilena de origen colonial). Así vemos un cambio radical en la columna vertebral política y social de Chile. Si el siglo xix fue el de la hegemonía de la oligarquía, el xx fue el de la clase media.

Esta clase media se consolidó, primeramente, a través de la burocracia del Estado. Como se dijo, un Estado que era próspero porque vivía de los impuestos del salitre, que representaban una riqueza gigantesca. Y fue a la clase media la que este Estado rico le dio educación y muy buena para la época; le dio empleo, le proyectó una «imagen de país» alrededor del «paraguas» fiscal.

Agregaría que además de los dirigentes políticos, también la mayor parte de las figuras descollantes en lo cultural del siglo xx chileno, salieron de ese sector. Por ejemplo, las más importantes, que son posiblemente Pablo Neruda y Gabriela Mistral, (que no se llamaban ni Pablo Neruda ni Gabriela Mistral, sino Neftalí Reyes Basoalto y Lucila Godoy Alcayaga), ambos fueron educados en el liceo, ambos pasaron por el Pedagógico de la Universidad de Chile y entraron a empleos públicos: Gabriela Mistral como maestra, Pablo Neruda como empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Y eran de la baja clase media de provincia. Pablo Neruda de Parral y Gabriela Mistral del Valle del Elqui.

Bueno, así tuvimos esta clase media, que consiguió cierto bienestar económico gracias al Estado; que adquirió una cultura gracias al Estado y que ciertamente creó una mentalidad fuertemente pro estatista y desconfiada del liberalismo, la que marcó a Chile en el siglo xx, hasta que vino la ola neoliberal con el gobierno militar.

Ahora bien, a lo largo del siglo xx esta clase media experimentó mutaciones culturales. En el siglo xix y hasta la elección como presidente de Alessandri y la dictadura de Ibáñez se había identificado con el laicismo, racionalismo, positivismo, masonería y el anti catolicismo y eso duró, más o menos, hasta las década de 1930, cuando surgió otra clase media, que ahora era de raigambre católica. Y si la clase media de origen laica tuvo su expresión máxima (en lo político) en el Partido Radical y en lo social en los masones, bomberos, etc....; la clase media católica tuvo su expresión en lo político, primero en la Falange, y después en el partido Demócrata Cristiano y después el mapu y, en lo social, en otras organizaciones como la Universidad Católica, que pese a ser dirigida por conservadores ha sido un verdadero mundo generador de elites progresistas. Hubo otras organizaciones que hicieron que la Iglesia Católica cambiase su actitud conservadora, en especial la Compañía de Jesús después de 1930. En este proceso algunas figuras de religiosos fueron muy importantes, como Óscar Larson, Fernando Vives Solar, Jorge Gómez Ugarte y Francisco Vives Estévez.

Esta nueva clase media, incluyó muchos jóvenes, como Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Bernardo Leighton y Patricio Aylwin, la que creó otra vía político-doctrinaria mesocrática. La mesocracia de orientación católica todavía conserva, ya en el siglo xxi, una tremenda importancia, que nadie le auguraba que podía tener en los años 1930. Evidentemente que esta clase media católica no era laicizante, pero en muchos otros aspectos de su pensamiento estaba cercana a la que había sido la filosofía política del Partido Radical, algo que el paso del tiempo ha aclarado.

Podríamos agregar que esta clase media católica y no católica de la década de 1930 y siguientes, destacaba por otro hecho fundamental: que era de cultura mestiza, heredera de un mestizaje muy antiguo, pero que se fue diversificando cada vez más a lo largo del siglo xx. Porque si bien Chile no fue un país de masiva inmigración, como Argentina por ejemplo, en el siglo xix y mucho más en el xx tuvimos inmigración extranjera, no hispana, que fue apreciable. Entraron alemanes e ingleses desde mediados del siglo xix, y después llegaron, árabes, españoles, que eran muy distintos a los de la época de la Conquista, llegaron judíos durante la época de la persecución nazi en Alemania y así entraron grupos y grupos y grupos.

Y la clase media «antigua» que se había transformado en columna vertebral del país en lo social y en lo político, durante los inicios del siglo xx, fortalecida ahora por esta inmigración, acrecentó mucho su poder económico, ya no ligado necesariamente al Estado como dispensador de educación y fuente de empleo burocrático. Fue la que estuvo –en buena medida– tras la industrialización de Chile después de la crisis mundial de 1929.

1.32 El mundo popular

Con la Guerra del Pacífico Chile había incorporado a su territorio la enorme riqueza salitrera que requería de una cierta infraestructura industrial, de un nivel técnico complejo y de una abundante mano de obra. Algo análogo sucedía en las minas de carbón en la zona de Concepción. Además, como vimos, la riqueza fiscal había permitido la construcción de obras públicas, principalmente ferrocarriles, que empleaban abundante mano de obra y también se incrementó la actividad en las zonas portuarias del Norte Grande y Valparaíso. Las cifras indican hacia 1918 la existencia de unos 80 mil obreros fabriles, 56 mil salitreros, unos 33 mil ferroviarios y otros tanto en el carbón, los puertos y talleres de la incipiente industria nacional. Estaban agrupados, fundamentalmente, en varios centenares de mutuales. Más de 1000, según Gabriel Salazar hacia 1900.

El Norte Grande registró el mayor crecimiento demográfico del período. De acuerdo a la comparación de los censos de 1895 y 1907, si la tasa de crecimiento de la población total del país fue de un 20%, Santiago creció un 30% y el Norte Grande un 65%. El desarrollo demográfico del norte se hizo a costa de la población campesina. Uno de los fenómenos más significativos del período fue la migración rural, consecuencia del auge del salitre y del proceso de industrialización y antecedente directo de la formación del estamento proletario. Fue corriente en el período que las oficinas salitreras enviaran agentes al campo para reclutar mano de obra: a éstos se les pagaba por persona conseguida. Este reclutamiento llamado «enganche» se realizaba sobre la base de promesas y la creación de expectativas salariales, las que no se confirmaban en la realidad. Aunque a partir de 1880 fueron muchos los campesinos que abandonaron la tierra por la ciudad y la mina, la población rural siguió siendo

mayoritaria en el período que tratamos. Hacia 1907 constituía todavía el 57% de la población total.

1.33 Los campesinos

El campo chileno tiene poca agua. Si no es un desierto se debe a la nieve de la cordillera que se derrite en verano. El agua se distribuye por canales y acequias (azarbes y landronas, diría Azorín), producto del trabajo del hombre en el largo tiempo. Eso obliga a una constante preocupación durante los veranos y a la construcción de tranques y el cuidado de líquido elemento. Pero los valles regados son muy fértiles.

La propiedad agraria estaba dominada por el latifundio que empleaba al sector laboral más numeroso del país: inquilinos y peones; aun cuando había también medianos y pequeños propietarios, entre ellos los mapuches.

El inquilinaje era una relación laboral instituida en la Colonia por medio de la cual el trabajador tenía derecho a casa, a una pequeña chacra, talaje y a algunos alimentos que producía el propio fundo. El salario en dinero prácticamente no existía o era ínfimo. La relación entre el terrateniente y el inquilino era un vínculo más personal que contractual. Los peones, en cambio, constituían una masa laboral nómade, que recorría los campos empleándose en los períodos de mayor demanda de trabajo a cambio de un sueldo. Eran trabajadores a trato.

Estas formas de vida campesina no habían sufrido mayores transformaciones desde la Colonia: se caracterizaban por un nivel de vida muy precario, sin comodidades materiales y sin acceso a la modernidad ni a la nueva cultura urbana. Esta realidad se agudizó hacia el período 1891-1920 por la decadencia del mundo rural chileno como consecuencia, en parte, de las prolongadas ausencias de los dueños de la tierra radicados en Santiago, capitales de provincias, o a veces en largos viajes o estadías en Europa. Los fuertes lazos de parentesco, el profundo arraigo de sus creencias religiosas y sus tradiciones míticas ayudaban a hacer del sector campesino el más lejano de las condiciones sociales y culturales propias del mundo moderno. La pobreza de inquilinos y peones era abrumadora. La borrachera de fin de semana entre todo el mundo campesino masculino era la regla.

La hacienda o fundo era una copia en pequeño de lo que había sido la sociedad chilena en el siglo xix y todavía en el xx hasta la Reforma Agraria.

Autoritaria, rígidamente jerarquizada, consagrada por la tradición, apoyada por la Iglesia Católica. El fundo era un pequeño país despótico: patrón, administrador, llavero, gente de a caballo, gente de a pie. La suerte de los súbditos dependía de la personalidad del patrón, inquilino, peón, etc. Pero la pobreza era universal, casi no había higiene, para qué hablar de servicios…. Hubo patrones que con cierto empuje empresarial, hicieron canales, tranques, caminos hasta escuelas. Otros eran tiranos semi feudales preocupados de poseer sexualmente a todas las muchachas hijas de trabajadores que les apetecieran y llevar un estilo de vida (cuando estaban en el «el campo») de una rústica comodidad. Como don Guido, el señor de Sevilla, «eran diestros en manejar el caballo».

La promiscuidad sexual entre el patrón, los patroncitos, sus amigos y las chinas campesinas iban a terminar por esta época de consolidar el mestizaje chileno. Resultado notable, pues Chile tiene casi una misma etnia a lo largo de todo su territorio, ya que fue gente de la zona central la que pobló mayoritariamente el extremo norte (Antofagasta y Tarapacá) y el extremo sur (Aysén y Magallanes) durante la segunda mitad del siglo XIX.

Pero el hecho fue que inquilinos y peones y siendo más de la mitad del país hacia 1900, no contaban para nada ni social ni públicamente.

Esta condición servil, sometida a una jerarquía, se prolongó en Chile hasta los años de la década de 1960. Antes el campesinado, todavía una proporción muy importante de la población nacional, fue olvidado, siendo el sector social chileno que más tarde se incorporará a la modernidad. Lo veremos más adelante.

1.34 El obrero urbano

El obrero urbano del período 1891-1920 por lo general había nacido en el campo y emigrado en su juventud a las ciudades.

El campesino que arribaba a Santiago, y, en menor medida Valparaíso y Concepción, llegaba a una ciudad que no tenía las condiciones mínimas para recibirlo. La capital tenía un enorme déficit de viviendas y sus habitantes habían de concentrarse, o más bien hacinarse, en los conventillos, hileras de pequeñas

piezas sin ventanas y sin luz, a lo largo de una callejuela donde las mujeres lavaban y cocinaban, por lo común sin alcantarillado. En 1910 se contaban en la ciudad 1600 conventillos, en los cuales habitaban 75.000 personas. En tanto, la escasez habitacional hacía subir los precios de los arriendos, de modo que ser dueño de un conventillo se transformó en un gran negocio.

Esa promiscuidad era caldo de cultivo para todas las enfermedades infecciosas; como el cólera, la viruela, el tifus y la sífilis, que cobraban muchas vidas. La tasa de mortalidad infantil era asombrosamente alta. Se señala para el Chile de la época un 30% de mortalidad infantil. También se fija en un 35% los nacimientos ilegítimos.

1.35 El obrero del salitre

El obrero iba al norte a ganar dinero y no a establecerse. El obrero, con su familia, cuando la llevaba, vivía en campamentos de pequeñas casas con una, dos o tres piezas de material ligero o bloques de tierra salina, que no salvaguardaban de las inclemencias del clima de la pampa, caluroso de día y muy frío de noche. Las condiciones de higiene, y de salud, eran muy precarias. Se trabajaba entre doce y catorce horas diarias, sin descanso el día domingo, hasta que éste se hizo obligatorio en 1907.

Por otra parte, existía un sistema de pago en fichas, lo que constituyó uno de los principales motivos de queja en todas las protestas, como se verá más adelante. Estas fichas eran canjeables sólo en la pulpería de la «oficina» que las emitía y la pulpería era, a su vez, el único establecimiento comercial de la oficina. Paradojalmente, en un sistema de economía liberal no había libertad de comercio para el obrero. El valor nominal de las fichas no era respetado y no tenían garantía fiscal. Es decir, el trabajador dependía completamente de la discrecionalidad del patrón.

En los puertos de la costa nortina las condiciones de vida eran algo mejores, al menos el clima y la vida urbana permitían olvidar, en parte, la soledad sórdida de la pampa.

Por otra parte, los obreros industriales, mineros o portuarios no contaban con ningún resguardo jurídico laboral. Las relaciones entre obreros y patrones eran reguladas libremente por mutuo acuerdo, lo que se prestaba para muchos abusos. Baste con señalar que no existía el contrato de trabajo.

1.36 Las primeras organizaciones de trabajadores

Las primeras organizaciones obreras venían del siglo XIX. La primera fue la Sociedad de la Igualdad en 1850, la que, aunque no les gusta a algunos historiadores de lo popular porque fueron organizadas por oligarcas liberales, fue verdaderamente la primera organización que incorporó artesanos en su directiva y reclutó unos tres mil de ellos entre sus miembros. Después en las revoluciones de 1851 y 1859 se activaron otras numerosas sociedades de trabajadores del sector popular.

Pero estas no llegaron a organizarse hasta que aparecieron algunos dirigentes de clase media con conciencia social y laboral. El principal fue Fermín Vivaceta.

Mancomunales (mutuales, sindicatos, organización cultural), la transformación del partido Demócrata (democrático) en el Partido Obrero Socialista (POS); la creación de la Federación Obrera de Chile (FOCH) por un abogado conservador, fueron hitos fundamentales.

Pero, en general, las primeras organizaciones, así como sus actos de resistencia, nacieron de la constatación espontánea por parte de los trabajadores de sus propias condiciones de vida. Estas agrupaciones fueron el antecedente necesario para la formación de un movimiento obrero que adquirió un carácter ideológico y político. Este es el proceso que define el movimiento obrero del período; el paso de la acción espontánea a la organización sindical y política.

Las mutuales se interesaron por la situación del obrero sin referirla a su relación con el patrón o con el Estado.

Pero las mancomunales parecen haber sido las organizaciones populares más significativas de la primera década del siglo. Nacieron y se consolidaron en las minas y puertos nortinos a comienzos del siglo XX. Los objetivos, en sus inicios, no se diferenciaron mayormente de los de las sociedades de socorros mutuos o mutuales, las que continuaban existiendo y creciendo, pero su originalidad estuvo en que, más adelante, asumieron características de sociedades y centros de vida social y cultural. La mancomunal no se salió de los marcos del sistema establecido, pero fue combatida, luchó en contra del sector patronal, postuló la transformación de las relaciones productivas y le dio a la condición proletaria global una cierta interpretación.

Las mancomunales tuvieron además la particularidad de ser organizaciones típicamente chilenas.

Las sociedades de resistencia fueron otra forma de la naciente organización popular a comienzos del siglo. Inspiradas en el anarquismo, rechazaban toda forma de acción política (sus enemigos eran el Estado, el clero y el capital) y sólo creían en la llamada «acción directa», es decir, el sabotaje, el boicot y la huelga. Realizaban una intensa propaganda y lograron apoyo en las minas de carbón, entre los portuarios y los gremios de artesanos santiaguinos. Participaron en la mayoría de las huelgas y organizaron varias de ellas, pero su estructura descentralizada y su carencia de estrategia política a largo plazo hicieron que murieran hacia el final del período. Ello no disminuye la importancia que tuvieron en la formación de la conciencia obrera.

El Partido Demócrata expresó en la época las aspiraciones de los artesanos y obreros. Su objetivo era que el sistema político-económico vigente elevara el nivel de vida material e intelectual de las clases trabajadoras. No pedía el cambio radical del sistema, sino su reforma. Por ello, su estrategia política consistía en incorporarse al aparato del Estado por la vía electoral, para lograr –desde allí– la dictación de leyes que favorecieran al sector popular; mayor libertad política, extensión de la educación, protección de la industria nacional, protección del Estado a las sociedades de obreros, legislación laboral, etc. El Congreso Nacional Obrero (1900), que decía contar con 169 sociedades y diez mil socios, propuso un programa de intereses más generales, muy semejantes al del Partido Demócrata. Se proponía realizar campañas para bajar los precios; para promulgar la ley de instrucción primaria obligatoria; para oponerse a la inmigración, que era competencia para los obreros; la protección de la industria nacional y la dictación de leyes laborales.

Sin embargo, el juego político del parlamentarismo no hizo posible que la minoría demócrata en el Congreso pudiera lograr sus objetivos y eventualmente se transformó en un instrumento de la pequeña política de alianzas. Este régimen fue resistido por un grupo encabezado por Luis Emilio Recabarren, quien creía en un partido obrero opuesto al parlamentarismo. Recabarren pertenecía al gremio de los tipógrafos de Valparaíso e ingresó al

Partido Demócrata a los 18 años en 1894. En 1912 Recabarren separó tiendas y fundó el Partido Obrero Socialista (POS).

Fue entre 1905 a 1926, cuando se llamaba compañía minera de Lota y Coronel, que los mineros del carbón comenzaron a organizarse en Sociedades de Socorros Mutuos. La mayoría de los mineros venía de los campos a trabajar en la mina, la empresa les entregaba vivienda de emergencia en pabellones y, como en caso de los salitreros se les cancelaba con fichas, las que servían para pagar su consumo diario, y esto lo canjeaban o compraban en la pulpería almacén que dependía de la empresa. Por lo general las «multas» se llevaban casi todo el salario.

1.37 Rebelión y represión

Junto a este proceso de organización, durante la primera década del siglo se manifestó una ola de protesta obrera.

En el año 1901, la mancomunal de Iquique organizó su primera huelga. De entonces en adelante hubo muchas y todos los años. En 1902 fue la sociedad de resistencia de los tranviarios en Santiago, luego los mineros de Lota que paralizaron la extracción del mineral. En 1903 fueron las mancomunales salitreras de Tocopilla, los obreros del carbón y los estibadores de Valparaíso, los que al ser reprimidos provocaron la solidaridad de los demás trabajadores del puerto y lo inmovilizaron completamente. El gobierno envió un regimiento para sofocar la huelga; el saldo fueron 50 muertos, y 200 heridos. En 1905 Santiago presenció la «Huelga de la Carne», que pedía la abolición del impuesto al ganado argentino y protestaba por el alza del costo de la vida. Lo que comenzó como un pacífico mitin popular, terminó en una violenta asonada, con asaltos e incendios. Esta vez el saldo fue de 70 muertos y 300 heridos.

La culminación de la protesta obrera y de la represión oficial fue la masacre de la escuela de Santa María de Iquique, en 1907. Los obreros de la Oficina Alianza pararon las faenas para hacer peticiones muy semejantes a todas las de las demás huelgas señaladas: eliminación de fichas, jornales a tipo de cambio fijo, comercio, balanza para los pesos y medidas de las pulperías, locales para escuelas nocturnas de obreros, indemnización y desahucio.

Se les unieron las demás oficinas de la pampa. Bajaron a Iquique para pedir que las autoridades de gobierno fueran mediadores en el conflicto con los propietarios, en su mayoría

ingleses; se paralizó la ciudad. Las autoridades, temerosas después de una semana de infructuosas conversaciones, decidieron reprimir. El general Roberto Silva Renard, jefe de las fuerzas militares, ordenó balear a los trabajadores albergados en la escuela Santa María. El número de muertos fue de alrededor de 400. El dramático episodio, a pesar de haber sido ocultado en parte por el gobierno, movió al Congreso a designar una comisión investigadora, la que sin embargo no llegó a ninguna conclusión clara cuando entregó su informe seis años más tarde.

Este dramático recuento revela la capacidad de protesta de los trabajadores, a la vez que la incapacidad del sistema político-social de comprender el fenómeno y resolver los problemas sociales. Si bien los obreros obtuvieron algunas reivindicaciones puntuales, no lograron durante este período lo único que podía frenar la violencia: una legislación laboral orgánica que incorporara y reglamentara los derechos de los trabajadores.

Sin embargo, la oligarquía comenzó a tomar conciencia del problema social a raíz de estas manifestaciones. Las temieron, culparon a los agitadores y aunque algunos políticos intentaron morigerar la violencia por medio de la legislación, los resultados no fueron exitosos. Baste decir que sólo en 1916 se dictaron algunas leyes de Accidentes del Trabajo y en 1918 la de Previsión del Personal de Ferrocarriles.

La masacre de Santa María de Iquique, en 1907, fue un duro golpe para el movimiento obrero, que sólo recobró su energía a mediados de la siguiente década con un ideario y una organización en parte diferentes. Pero las huelgas parciales no se detuvieron. Se siguieron presenciando en 1909, en Santiago y en 1911 y 1913 entre los obreros marítimos de Valparaíso. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, la rebeldía brotó con fuerza y hubo otra serie de manifestaciones. Se calcula que en 1918 hubo 30; en 1919, 82.

El fenómeno más significativo de la organización laboral que coincide con la segunda década del siglo, fue el carácter ideológico y político que iba adquiriendo el movimiento obrero. En 1909 un abogado conservador organizó a los ferroviarios para que pidieran al Gobierno la devolución de un descuento hecho a sus salarios, lo que efectivamente lograron. Así nació la Federación Obrera de Chile (FOCH), ya mencionda, de carácter mutualista. Sin embargo, el ingreso masivo de obreros afiliados a mancomunales cambió su carácter original.

Así, cuando en 1917 la FOCH realizó su segunda convención nacional, ya estaba dominada por los socialistas. Dos años después, para la tercera convención, Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Obrero Socialista (POS), fue elegido máximo dirigente de la Federación, y ésta declaró tener dentro de sus objetivos fundamentales la abolición del sistema capitalista.

En este primer período de la organización popular que se ha bosquejado, ya se ve claramente cuál era el desajuste fundamental entre el movimiento obrero y el sistema: la relación se daba sobre la base de una dinámica protesta-represión y su saldo en la violencia. El Estado concebía como su deber el resguardo del orden público y el sector patronal así también lo entendía.

La FOCH y el POS se transformaron en las dos instituciones que cumplían los objetivos de reivindicación laboral y de organización política, a menudo acompañadas de protesta violenta.

En 1919 los anarquistas lograron unirse y formar una federación que constituyó una sección chilena de la IWW norteamericana (International Workers of the World). En 1921 la FOCH se afilió a la Internacional Sindical Roja con sede en Moscú. Fue entre 1905 a 1926, cuando se llamaba compañía minera de Lota y Coronel, que los mineros del carbón comenzaban a organizarse en Sociedades de Socorros Mutuos. La mayoría de los mineros venía de los campos a trabajar en la mina, la empresa les entregaba vivienda de emergencia en pabellones y se les cancelaba con fichas, las que servían para pagar su consumo diario, y esto lo canjeaban o compraban en la pulpería almacén que dependía de la empresa.

1.38 Las ciudades; población

Hacia 1915-20 cambió la relación entre población urbana y población rural en Chile. Desde entonces el país sería predominante urbano. Las principales ciudades eran Santiago, con más de 400.000 habitantes (censo de 1907: 333.000); Valparaíso, con alrededor de 200.000 (censo de 1907: 162.000); Concepción, con aproximadamente 68.ooo (censo de 1907: 55.000); Iquique unos 50.000 (censo de 1907: 40.000, recordemos que se está en la época del auge del salitre) y Chillán, en torno a 40.000 (censo de 1907). Ya veremos más adelante cómo era el panorama en la década de 1950, cuando Viña del Mar y

Antofagasta, desplazaron a Iquique y Chillán. Valparaíso, por su parte subió muy ligeramente.

La capital de Chile durante los años del cambio de siglo y hasta la década de 1920, continuaba siendo muy mayoritariamente el aldeón terroso con una fisonomía chata que venía desde la Colonia.

Hasta mediados del siglo xix, o un poco antes, en Chile predominó el estilo arquitectónico colonial, tanto en Santiago como en provincias. Con las bonanzas de la plata, el cobre y, después, del salitre, eso cambió. Tanto en Santiago como en Valparaíso la arquitectura comenzó a asemejarse a la europea; por lo general sin gusto y sin tomar en cuenta que se creaba una brecha que heriría nuestras ciudades casi por un siglo. Se vio surgir mansiones a imitación de las de París y de la casa de campo inglesa. No faltaron tampoco, casa de estilo, gótico, árabe e incluso otros. París, no obstante, llevaba el predominio.

Las ciudades de provincia no siguieron esta moda sino en pequeña proporción, por falta de recursos económicos y por la supervivencia de una cultura ancestral que allí estaba más asentada.

Con todo en Santiago, hasta 1906 (terremoto en la zona central y en Valparaíso más marcadamente) predominó la casa de arquitectura del siglo anterior o anteriores. La vivienda de gruesas paredes de adobe, techo de tejas, tres patios y un funcionar típico al que nos referiremos cuando escribamos sobre la higiene. En Valparaíso, las casas no tenían gran diferencia, excepto que las paredes de adobe eran de caña de Guayaquil forradas de barro por dentro y por fuera, a veces con una capa de yeso por dentro. El techo seguía siendo de tejas. No sabemos cuándo entró en la arquitectura del puerto e uso de forrar por fuera las paredes con calamina de zinc, posiblemente como consecuencia del viento y los incendios. Pero parece ser una práctica posterior a mediados del siglo xix.

En las viviendas de provincia, incluyendo Concepción, pero no Iquique, el patrón de la casa colonial seguía vigente, para que hablar de la ciudades-pueblos, Serena, Quillota, Curicó, Talca, etc.

En el extremo sur se notaban rasgos alemanes, tanto en la arquitectura urbana como la rural.

1.39 Los servicios urbanos

En las últimas décadas del siglo xix ya existía gas de cañería y agua corriente en algunos sectores de la ciudad de Santia-

go, el centro y los barrios más prósperos. El gas se usaba en los barrios de clase alta o media «acomodada» de Santiago, Valparaíso-Viña del Mar (en Valparaíso, y, poco después en Santiago, se usaba en el alumbrado desde 1856). José Tomás Urmeneta y Maximiliano Errázuriz se adjudican la concesión de alumbrado público de la ciudad de Santiago aquel año. El servicio de gas de alumbrado se inició el 17 de septiembre de 1857, iluminando el Teatro Municipal de Santiago en su noche inaugural. En 1865, la empresa de alumbrado a gas se transformó en sociedad anónima bajo el nombre de Compañía de Gas de Santiago, la que en 1887 pasó a llamarse Compañía de Consumidores de Gas de Santiago.

Con la llegada de la energía eléctrica a Chile, el alumbrado público a gas fue siendo reemplazado por luz eléctrica. Llegó a la ciudad de Santiago hacia 1883, mejorando el servicio de tranvías (1898) y, antes, creando la iluminación mediante arco-voltaicos.

Hacia la época del Centenario, asimismo, había quizá una veintena de automóviles de cuatro ruedas, que rodaban por Santiago. El primero había llegado en 1902 desde Argentina, eléctrico, pero no funcionó. Luego llegaron otros, a gasolina.

Los vehículos automóviles colectivos para pasajeros aparecieron hacia 1920.

En cuanto al agua, antes de mediados del siglo xix ya existían matrices de agua corriente, después, lentamente, se extenderían cañerías de agua de uso doméstico. Sin embargo, la mayoría de las matrices alimentaban a pilas, pilones o fuentes, lo que siguió ocurriendo después de la época mencionada, en el resto de las ciudades de Chile y en los barrios más pobres de las ciudades grandes, a veces, precariamente, hasta después de 1930, o incluso 1940 y 1950.

Las casas de los oligarcas (y posiblemente parte de clase media alta) recogieron novedades en materias de higiene corporal. La principal fue la de la ducha (la que tenía varias variables y que en Europa se conocía desde el siglo xviii) o el baño en tina. En Chile en las casas adineradas hubo duchas y tinas en las décadas de 1910 y 1920. Más importante fue la expansión del los W.C. Los primeros «fueron» inventados por un inglés de apellido Maugham en la década de 1870. Eran bien distintos de los actuales. Los primeros, similares a los del

presente aparecieron en Chile posteriormente. Otros artefactos llegaron poco después, como el útil «bidet».

En Santiago el alcantarillado fue iniciado durante el gobierno de Errázuriz Echaurren (1896-1901), después se fue extendiendo lentamente, aunque hay datos encontrados al respecto; otras fuentes afirman que fue 30 o 40 años antes. En provincias todo fue más tardío. Pero sabemos que Iquique, Concepción, Valparaíso y Viña del Mar ya tenían redes higiénicas hacia 1910.

En 1931 se creó la Dirección General de Agua Potable y Alcantarillado del Ministerio del Interior, un gran logro en el desarrollo institucional del sector sanitario del país.

En cuanto a la basura, históricamente el río Mapocho fue el primer lugar de disposición de todo tipo de residuos de la capital. Durante los siglos xvii y xviii por las calles de Santiago corrían canales que servían para la evacuación de las aguas con los desechos de las casas que, luego de un largo recorrido, iban a parar a sus riberas.

Estos cursos de agua, primero desembocaban en afluentes de mayor tamaño como el Zanjón de la Aguada, la antigua toma de Santa Lucía (hoy corre por allí la calle José Miguel de la Barra) y la actual calle Brasil, conocida en la época como Cañada Negrete. Después iban al Mapocho.

A fines del siglo xix el sistema colapsó por múltiples razones, entre ellas, el sostenido aumento de la población, agravado por una intensa migración campo-ciudad que dio origen a las primeros barrios marginales de la capital.

Debido a la gran cantidad de residuos generados, los canales se abarrotaron y lo que antes era un fluir constante y sin trabas ya no lo fue más, estancándose y produciendo, no pocas veces, peligrosos y malolientes anegamientos. La basura mezclada con residuos líquidos domiciliarios comenzó a cambiar el olor de la ciudad.

Fue por esa misma fecha se comenzó a quemar la basura en la ribera norte del río Mapocho, en el sector La Chimba, convirtiendo a la zona en un inmenso crematorio al aire libre y en foco de grandes emisiones de gases y hedores cada vez más desagradables. No se había ganado nada.

Junto con estas situaciones también empezaron a aparecer los primeros botaderos clandestinos en diferentes puntos de Santiago. Así, por ejemplo, nació el llamado Potrero de

la Muerte enclavado entre Avenida Matta y el Zanjón de la Aguada y entre Santa Rosa y Nataniel Cox.

A mediados del siglo xix fue Benjamín Vicuña Mackenna quien mandó a hacer una limpieza general motivado por una de las tantas epidemias de viruela que azotaron a los santiaguinos. «Cinco mil carretadas de inmundicias» fueron extraídas aquella oportunidad; como el mismo Vicuña Mackenna dejara constancia del hecho.

Tan grande era el problema que la gente prefería quemar la basura en sus propias casas o enterrarla en sus patios.

La gran revolución se produjo durante la primera década del siglo xx cuando en 1910 apareció el alcantarillado subterráneo y el agua potable, lo que marcó el fin de las acequias como vertederos, pero no dio solución al problema de la basura.

Varios años tuvieron que pasar para paliar el tema de los desechos sólidos domiciliarios e intentar disponerlos de una manera más o menos aséptica. Así, a principios de los años 1860 había algunos puntos de vertido de basura domiciliaria y en el decenio de 1870, tres rellenos sanitarios en la región.

Nacían además los botaderos La Montaña, Minera Gildemeister, Maipú, La Cañamera, La Florida, Macul y el Parque Intercomunal.

Luego, a fines de la década siguiente empiezan a operar tres nuevos botaderos que luego de regularizar su operación fueron considerados «rellenos sanitarios» (instalación ingenieril que considera medidas de control para evitar daño al medio ambiente o a las personas). Así nacieron «Cerros de Renca», el que tuvo una vida útil hasta 1996; «Lo Errázuriz», que terminó de funcionar en 1995 y el pozo La Feria, el que dejó de recibir desechos en 1984.

Estos tres rellenos ya no se usan. La Empresa Metropolitana de Residuos Sólidos (emeres), fue creada en 1986 tras la crisis sanitaria del vertedero de Lo Errázuriz y en la actualidad está formada por la asociación de 21 municipios de la zona sur de la Región Metropolitana.

1.40 Medicina curativa. Sífilis, alcoholismo, epidemias, entre los pobres y «enfermedades de ricos» incluso la psiquiatría (en esbozo)

En el año 1900 había en Chile 83 hospitales y 13.143 camas; con poco equipamiento. En 1910 había 97 hospitales.

Cabe hacer presente que gran parte del aparato de salud no dependía entonces del Estado sino de fundaciones particulares, algunas de carácter religioso, otras movidas por el imperativo de la beneficencia. Por cierto que los tratamientos de las diferentes enfermedades que tenían cura, era precario, pero eso también ocurría a nivel mundial, aunque en Chile se estaba más atrás. Las consultas a médicos particulares sólo estaba al alcance de los más pudientes.

Hubo por la época diversos médicos que realizaron su labor con ejemplar dedicación y espíritu filantrópico. Entre ellos: Alejandro del Río; Roberto del Río; Ezequiel González Cortés; Pedro Lautaro Ferrer Rodríguez y Lucas Sierra, que en 1914 partió a España, pasó a Francia y de vuelta publicó *La medicina y la superstición: las curaciones milagrosas: los grandes charlatanes*. De retorno en Chile, con mucho prestigio, se dedicó a la medicina social. En 1925 fue nombrado Director General de Sanidad. En 1926 creó la Escuela de Enfermeras Sanitarias. Algo notable pues antes no existía.

José Joaquín Aguirre Campos, fue asimismo un destacado médico, político y educador chileno. Durante la Guerra del Pacífico ofició como director del servicio de ambulancias. En Chile formó parte de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile desde el año 1855 en adelante, siendo su decano por más de 20 años. Otros distinguidos filántropos de la salud fueron por estos años Manuel Arriarán y Carlos van Buren nacido en Copiapó pero que vivió en Valparaíso.

Mención aparte merece el doctor Juan Noé, que erradicó la malaria de Chile, la que existía, desde tiempos inmemoriales, en la provincia de Tarapacá (actual I Región), la más septentrional, situada entre los paralelos 18º 00’ y 21º 30’ de latitud sur. En 1913 el Dr. Juan Noé visitó por primera vez las zonas de endemia malárica, reconociendo entonces al *Anopheles pseudopunctipennis* como única especie transmisora. En 1925, con motivo del intento de plebiscito para resolver el diferendo

existente entre Chile y Perú por la soberanía de los departamentos de Tacna y Arica, el Dr. Noé volvió al lugar, investigando entonces la epidemiología en los valles vecinos a las ciudades de Tacna y Arica y organizó una campaña de emergencia con el objeto de proteger a los numerosos chilenos y peruanos que se trasladaron a Arica en esa ocasión. Los resultados de dicha campaña se dejaron ver.

Con el fallecimiento del Dr. Noé en enero de 1947, el Dr. Amador Neghme asumió la dirección técnica de la campaña.

Desde abril de 1945 no se han comprobado casos autóctonos de malaria en Chile.

1.41 El transporte internacional y el nacional interurbano

El transporte internacional, naturalmente, seguía siendo marítimo y se llegaba y partía de Valparaíso. Había compañías inglesas la Pacific Steam Navigation Company (Alias: Pésima Será Nuestra Comida, o, Peor Sería No Comer); francesas, italianas y chilenas. Algunos de los paquebotes eran de gran lujo. Lukas dibujó un compartimento de novios en el vapor «Chile». Pero si el viaje era por el Cabo de Hornos, dios me libre del mareo y de un período de malestar «horribilis». En todo caso era mejor ahora, si se hacía la comparación con buques de la época de la fiebre del oro en California. Pero la carga, mayormente salitre, se hacía todavía en clípers veloces y bellísimos, los buques más bellos que ha inventado el hombre, pero duros para vivir en ellos. Famosos fueron los de la línea «P» de Hamburgo y especialmente entre ellos el *Preussen*, quizá el buque más hermoso jamás construido. Los clípers del salitre se usaron hasta la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto al transporte nacional suburbano, ya se contaba con una red amplia de ferrocarril, como se dice en otra parte de este libro, y se estaban mejorando los caminos.

1.42 Las cárceles

Como en toda sociedad civilizada, en Chile hubo cárceles desde los inicios de su existencia. Durante la Colonia fueron duros y primitivos centros de reclusión, sin ley y con poco dios, donde

se solía mantener a los reclusos encadenados, sujetos a penas físicas, haciendo caso omiso de lo que fuese higiene y, más aún, posibilidades de redimirse.

Portales dio un paso atrás al crear las «cárceles ambulantes», jaulas en los cuales se transportaba a los reos de pueblo en pueblo para que trabajaran en obras públicas. Casi no se les alimentaba y si los desdichados sobrevivían era principalmente por obra de alimentos (como los que se arrojan en los zoológicos) que les lanzaban quienes iban a recrearse en su contemplación los días domingos, suponemos que llevando a los hijos y otros parientes a contemplar los especímenes.

La situación carcelaria no mejoró en el siglo XIX, cuando todavía solían aplicarse azotes y torturar a los reos o presos rematados. O bien mandarles un escopetazo con cartucho de sal por el ano. Es decir, uno de los mayor dolores que se puede inferir. Alejandro Venegas en *Sinceridad* hace una buena semblanza de estos recintos. Cierto es que para Venegas, en el Chile del Centenario, no había casi nada bueno. Hacia 1910, Alejandro Venegas escribía «...en nuestras cárceles como en las de otros países, los delincuentes lejos de corregirse se envician y corrompen más, a tal punto, que es muy raro que aquel que estuvo allí no tenga que ver después con los tribunales de justicia» y así sigue por una página. En las cárceles no sólo se sufría sino que si antes no se era un bandido de allí se salía convertido en uno. Hacia el presente (2010) la situación no es mucho mejor.

Ahora bien. Hemos entregado un panorama negativo, pero hay que juzgarlo en relación con lo eran las naciones del resto del continente suramericano, no de Europa o de Estados Unidos, que eran realidades muy (o no tanto) diferentes. En esta perspectiva Chile no era un país particularmente atrasado y en muchos aspectos estaba relativamente bien, comparando cifras con otros países del Cono Sur.

1.43 La cultura.

1. 44 El sistema educacional

En el Chile de comienzos del siglo xx era muy limitado. Los índices de alfabetismo alcanzaban a menos de un 60% hacia

1891, a un 40%, en 1907, y alrededor de un 34% hacia 1920. Pero se avanzaba. Entre 1891 y 1920, si bien no hubo cambios significativos en el sistema educacional diseñado a lo largo del siglo XIX, este creció con fuerza. Continuó imperando el principio del Estado docente, cuyas expresiones fundamentales eran la enseñanza primaria gratuita, con la Universidad de Chile controlando la educación secundaria. Pero se amplió considerablemente; en 1900, había 157.330 alumnos de educación primaria y 12.604 de secundaria. Hacia 1910 estas cantidades habían aumentado a 258.875 y 30.731 respectivamente.

La educación secundaria privada, en su mayor parte católica y entregada a diversas congregaciones, pues había nacido como oposición a la educación fiscal y laica, pero recogía sólo una pequeña proporción de alumnos, ya que la mayoría iba liceos públicos. En materia de educación primaria, en los campos existía todavía una fuerte influencia de los párrocos, frecuentemente con el apoyo de los patrones de fundos de la zona.

El principal problema del sistema educacional del período, que se arrastraría a lo largo del siglo, era que sólo un porcentaje muy pequeño de estudiantes primarios podían acceder al nivel secundario y menos aún a la educación superior. La promoción de un nivel al otro dependía –más que de motivos académicos– de la capacidad económica para mantenerse durante el ciclo educativo completo.

La mayor preocupación educacional de la época fue subir los niveles de alfabetismo y por ello se otorgó mayor importancia a la enseñanza primaria. A este objetivo apuntaba también, indirectamente, el servicio militar obligatorio y, directamente, la ley de Enseñanza Primaria Obligatoria, que fue promulgada sólo en 1920, a pesar de que el proyecto había sido presentado al Parlamento a comienzos del siglo.

Fue también en los albores de siglo cuando surgieron las primeras críticas al carácter humanista, intelectual, abstracto o «libresco» de la educación impartida, que no preparaba a los alumnos para la vida práctica ni para las exigencias del desarrollo científico y tecnológico con miras a la industralización del país. Estos temas fueron tratados en los Congresos de Enseñanza Pública de 1902 y 1912. En ellos destacó Francisco Antonio Encina, pero no fue el único.

En la clase alta la educación en verdad estuvo concebida principalmente en función de consagrar un estatus social, o

bien como un adorno de la personalidad. A la educación formal se añadía la adquirida en los viajes a Europa que realizaban las familias pudientes de la época. Sin embargo, la cultura de estos viajes se reducía, por lo general, a la adopción de modas europeas y a la imitación del estilo de vida burgués.

Este nuevo estilo de vida aisló al sector dirigente chileno de los otros sectores sociales. Muchos autores de los primeros decenios del siglo denunciaron la relajación moral de la oligarquía, la que era considerada como una de las causas más importantes de una situación de crisis nacional.

De este modo, entre 1900 y 1920, aún cuando seguía gobernando y controlando, en general, la vida nacional, se planteaba la decadencia de la clase alta en cuanto grupo dirigente.

1.45 Nuevas corrientes intelectuales

Naturalmente, el ambiente intelectual y artístico no estuvo ajeno al proceso de cambios experimentados por la sociedad chilena, en las primeras décadas del siglo xx. En efecto, hacia comienzos del siglo empezó a manifestarse una nueva generación intelectual. Ésta, en varios aspectos, imitaba corrientes europeas tan fielmente como lo hicieron los intelectuales chilenos del siglo xix. Pero se diferenciaba de los anteriores, fundamentalmente, por su procedencia social. Hasta entonces el movimiento intelectual chileno de la época republicana había estado formado por miembros de la elite dirigente, los que junto con escribir historia –como Barros Arana, Vicuña Mackenna o los hermanos Amunátegui– o novelas –como Alberto Blest Gana– eran diplomáticos o ministros, ocupaban cargos oficiales o vivían de sus fortunas personales.

La nueva generación, en cambio, estaba compuesta por personas de clase media, que habían tenido acceso a la educación pública y sin relaciones con el sector tradicional. Ellos vivían de una profesión u oficio, ya fuera como empleados públicos, periodistas, profesores, etc.

En lo literario, el cambio fundamental, fue el temático. De la obra costumbrista, urbana, aristocrática y de grandes personajes, se pasó a otra, también descriptiva, pero predominantemente rural y popular. Con todo, como se afirmó recién, en este giro hacia lo propio, la influencia extranjera estuvo presente, especialmente el naturalismo de Zolá y el misticismo

de Tolstoi. Pero dicho influjo encontró cabida en los nuevos intelectuales porque hubo elementos que eran concordantes con la forma como ellos veían la realidad nacional, su interés por el mundo popular y la existencia de una sociedad donde la oligarquía era la única en recibir beneficios. Así, la nueva generación surgió con una conciencia rebelde y crítica y aspiró a alejarse del «materialismo burgués», redimir a los pobres y proponer una ética salvadora ante el mundo moderno. De ahí que también varios literatos frecuentaran centros obreros y campesinos. La visión del mundo, positivista y racionalista, de la oligarquía entró a ser cuestionada tanto como su hegemonía política, social y económica.

El misticismo social expresado en la pintoresca anécdota de la «Colonia Tolstoyana» fue una de las tendencias características que expresó la primera ruptura, aún incierta, teórica y voluntarista, del mundo del arte con el mundo burgués. Un grupo de escritores, encabezado por Augusto D'Halmar y Fernando Santiván, buscaron un camino de salvación en la opción popular y la vitalidad de lo primitivo e inocente.

En tanto, el representante más típico del naturalismo criollista fue posiblemente Baldomero Lillo, que en 1904 publicó el libro de cuentos sobre los mineros del carbón, muy influido por Zolá, llamado *Sub Terra*. Esta obra suele ser considerada como una de las primeras denuncias de la «cuestión social». Luego fue Mariano Latorre, en 1912, con sus *Cuentos del Maule*, quien continuó con esta tendencia, aunque con menor contenido crítico al sistema.

En poesía el criollismo tuvo sus mejores representantes en Carlos Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia.

El criollismo fue más ético que ideológico. El razonamiento de fondo que lo sustentaba se puede traducir aproximadamente en una idea central: el mundo popular, particularmente el rural y proletario, padece de angustia, pero es puro.

Otro movimiento que se dio, a veces confundido con el criollismo, fue el imaginismo. De clara raíz europea, fue un intento irracionalista que proclamó la necesidad de liberar al arte y al hombre del objetivismo urbano, y la lógica científica dominante. Otra vez encontramos a Augusto D'Halmar que, abandonando el criollismo, recorrió el camino del imaginismo. Le siguieron muchos escritores jóvenes, entre ellos Pedro Prado, el más destacado, quien en 1907 publicó sus versos *Flores de cardo*.

De esta vertiente nació el «Grupo de los Diez», que reunía a poetas, pintores, arquitectos, en una organización imaginaria que cultivaba en parte el absurdo. Sin pretensiones redentoras ni populares, ni éticas, sencillamente querían expresar su rechazo a la sociedad con ironía, sentido del humor y cierta elegancia que escondía desprecio. Como dijimos, intentaron vivir en una torre frente al mar, en Las Cruces, cerca de Cartagena, pero terminaron en la capital, en la calle Santa Rosa esquina con Tarapacá. Eso sí, en una torre, como se lo habían propuesto. Fundaron una revista, *Los Diez*, que dio a conocer a muchas de las figuras más representativas de nuestra literatura.

Otro centro de reunión de literatos de la época que tuvo mucha importancia fue «El Ateneo» de Santiago.

En este período se gestó también una de las tendencias más originales de la poesía y el pensamiento chileno: el «Creacionismo» de Vicente Huidobro.

En tanto, Gabriela Mistral recorría diversos pueblos de Chile como profesora primaria, obteniendo sus primeros éxitos literarios. También Teresa Wilms publicaba sus primeros trabajos literarios.

Ya nos hemos referido al «ensayo crítico» mencionando a Palacios, Pinochet y otros. Es posible que estos escritores hayan recibido la influencia de la «Generación del 98» en España y en el caso de Palacios, de los racistas.

1.46 Renovación de las «artes plásticas»

Teniendo cuenta lo recién dicho, sigamos relatando que en los grupos de vanguardia se desarrollaron nuevos estilos de expresión plástica, dándose una actitud desafiante frente al arte consagrado «cliché» representado por el académico, europeo y en particular francés. La moda imperante extendida por los chilenos que viajaban al Viejo Mundo, había sido la de los salones oficiales de París, la que influyó significativamente en el quehacer artístico nacional a través de la enseñanza y la crítica; sin que pudieran escapar de ellas pintores con talento como Pedro Lira o Valenzuela Puelma.

Los primeros brotes de rebelión surgieron en la década inicial del siglo xx con pintores como Onofre Jarpa, y luego con la «Generación del año 13», integrada por algunos jóvenes que ese año expusieron con mucho revuelo, consagrando las nuevas

tendencias. Entre ellos, Alfredo Lobos, Pedro Luna, Arturo Gordon. Sin embargo, de los pintores renovadores, el que tuvo mayor impacto fue, sin duda, Juan Francisco González. Marcado por el impresionismo tardío, su obra rompió con los esquemas que limitaran su capacidad expresiva. Se caracterizó por su amor a lo español y lo chileno, y se convirtió en el símbolo de la Generación del 13, que continuó la marcha por él iniciada hacia una pintura de carácter nacional. En la misma línea renovadora pueden inscribirse los nombres de escultores como Julio Ortiz de Zárate o Alberto Ried, y arquitectos como Julio Bertrand.

Las mujeres empezaron a tener participación importante en el mundo artístico, destacándose las pintoras Magdalena y Aurora Mira, y la escultora Rebeca Matte.

Se abría paso una nueva cultura plural y diferenciada, que estaba destinada a dar a luz no sólo a nuestras mejores figuras individuales, sino también a elevar el nivel intelectual nacional, en calidad y amplitud temática.

1.47 Ciencias, filosofía, historiografía

Durante el siglo xix la actividad científica en Chile estuvo entregada en su mayor parte a extranjeros residentes. Hacia 1910 ya existía sin embargo una generación de científicos y técnicos chilenos entre los que destacaron el astrónomo Ernesto Greve, el anatomista y etnólogo Aureliano Oyarzún y los médicos Augusto Orrego Luco, Roberto del Río, Manuel Barros Borgoño y Vicente Izquierdo.

En 1908 se realizó en Santiago el Primer Congreso Científico Panamericano. El mismo año ingresaban a estudiar ingeniería en la Universidad de Chile casi 100 alumnos.

Durante la década de 1910 Luis O. Page y Félix Coppetta traían a Chile los primeros aviones.

En filosofía, hacia 1900, todavía se estudiaba a Comte y Spencer y el positivismo era aceptado casi universalmente; las figuras más destacadas eran los hermanos Lagarrigue. Después del cambio de siglo y en las primeras dos décadas del xx serían conocidos Bergson, Nietzsche y William James, quien tuvo gran influencia sobre Enrique Molina, nacido en 1871. Molina, que fue el primer chileno a quien se puede llamar propiamente un filósofo creativo y sistemático; aunque por estudios formales era abogado y pedagogo en historia y geografia, ejerciendo en

los liceos de Chillán y Talca, del cual llegaría, joven, a ser su rector. Después Molina sería el fundador y primer rector de la Universidad de Concepción. Además estuvo varias veces perfeccionándose en el extranjero, sería Ministro de Educación y finalmente rector vitalicio de la Universidad de Concepción. Escribió sobre filosofía, destacando sus libros *La misión del profesor y la enseñanza*, *La filosofía social de Lester Ward y El pragmatismo de William James*. En relación con la filosofía que quiso dar a la educación, se le acusó de ser de un carácter individualista y en extremo liberal; pero defendió sus puntos con éxito. En otro lugar tratamos a Alejandro Venegas, Nicolás Palacios y otros.

También fue la época en que se formó y escribió Pedro León Loyola. Valentín Letelier, en tanto, trajo desde Alemania la filosofía política del socialismo de cátedra, tomada de Gustav von Schmoller.

La historiografía chilena del período 1891-1920 siguió siendo una actividad intelectual de amplio y riguroso cultivo. Barros Arana vivió hasta 1907 y para entonces habían surgido nuevos historiadores como Enrique Matta Vial, que fundó en 1911 la «Sociedad Chilena de Historia y Geografía»; Gonzalo Bulnes, que publicó en la primera década del siglo xx su *Historia de la Guerra del Pacífico*; Crescente Errázuriz, estudioso de la Conquista; Domingo Amunátegui, Luis Thayer y José Toribio Medina, erudito y polígrafo que llegó a ser uno de los hombres más sabios del mundo en materias bibliográficas.

En 1903 aparecía el primer trabajo de Alberto Edwards *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos* y en 1912 *La organización política de Chile*, libros en que adelanta muchas de las ideas que darían cuerpo a *La fronda aristocrática en Chile*, muy influida por la filosofía de la historia de Oswald Spengler y su más importante ensayo histórico, piedra base de la interpretación conservadora de la historia de Chile que después recogerían Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre.

1.48 Antropología

En la segunda década del siglo xx comenzó a producir un grupo notable de antropólogos, chilenos y extranjeros preocupados de las etnias que ya habitaban el territorio de Chile en la época pre hispánica. Entre ellos Tomás Guevara, Aureliano Oyarzún y Carlos Porter entre los chilenos; y Max Uhle, Ricardo Latcham

y Martín Gudsinde entre los de origen extranjero. Desde varias revistas, así como en varias monografías, abordaron el tema con gran rigor científico. Notable resultó el trabajo del sacerdote Martín Gusinde entre los pueblos autóctonos del extremo sur, que estudió en arriesgados viajes.

1.49 Música, teatro, cine y circos de la época

En el Chile de los años 1891-1920 las actividades musicales estuvieron inicialmente reducidas a tertulias donde se «hacía música», como la de Arrieta Cañas. Pero después de 1905 empezamos a encontrar intérpretes o autores chilenos destacados: Domingo Santa Cruz, el Director del Conservatorio, Enrique Soro, Alfonso Leng y Pedro Humberto Allende. En 1916 a los 13 años, daba sus primeros conciertos Claudio Arrau.

En materia de teatro, danza, ópera y zarzuela, la época estuvo casi monopolizada por compañías, actores, cantantes y autores extranjeros y, en particular, españoles. Pero estas actividades artísticas experimentaron un gran auge llegando hasta Chile las principales compañías españolas y algunas figuras mundiales como Pepe Vila, María Guerrero, Pastora Imperio, Margarita Xirgu y Ana Pavlova. La ópera, el teatro, funciones de danza y los conciertos tuvieron importancia como instancias de sociabilidad entre la oligarquía que repletaba los palcos del teatro Municipal de Santiago y el Victoria de Valparaíso (reconstruido después del de terremoto de 1906 y demolido después del de 1985) y la clase media que colmaba otros recintos santiaguinos y de provincias, creando valores, aportando palabras al idioma, introduciendo ideas y cultura en general.

La primera sala de cine se inauguró en Santiago en 1896 y la primera película con argumento rodada en Chile «Manuel Rodríguez» fue en 1910, el cine que veían los chilenos en esos primeros tiempos era, como en el presente, abrumadoramente, de origen extranjero y ayudó a traer hasta el país costumbres norteamericanas y europeas.

Pero a nivel popular, recorriendo pueblos y los barrios periféricos de las ciudades, el circo fue quizá el espectáculo más frecuentado. Llegaban hasta Chile grandes circos de nivel

internacional que funcionaban en Santiago, pero el circo pobre de barrio constituyó una manifestación cultural más extendida.

1.50 El Centenario, sus construcciones emblemáticas y otras

Para el «Centenario» de la Independencia, en la capital se construyeron algunos edificios públicos de importancia como el Palacio de los Tribunales, y el Museo Nacional de Bellas Artes. También, para el Centenario, tanto en Valparaíso como en Santiago, algunas colonias extranjeras, construyeron monumentos. En Santiago, el más destacado es la «Fuente Alemana», en el Parque Forestal, cuya primera parte databa de 1905, con 1500 árboles. En el presente, mucho más grande, tiene 6000. En Valparaíso se construyó el «Arco Inglés». Más adelante la colonia italiana levantaría un monumento a la loba romana amamantando a Rómulo y Remo, lo curioso es que después de la fecha según el calendario cristiano, rezaba «año siete de EF» (Era fascista). Hasta 1994 todavía estaba así.

Unos años antes o después del Centenario, se construyeron otros edificios de arquitectura metálica como la Estación Central (1900) y la Estación Mapocho (1912). La empresa privada inauguró «Gath y Chaves», una multitienda copia de las de París («Lafayette» o «La Samaritaine») y Buenos Aires. Se expandieron además las líneas de tranvías eléctricos, y disminuyeron los «de sangre», arrastrados por caballos. Se agrandó la red de alcantarillado y la electricidad, que se inició alumbrando con lámparas de arco voltaico, en la Plaza de Armas, el año 1883, después se encendieron ampolletas. En 1900 la zona central de Santiago tenía electricidad. Y así se remplazó el petróleo y el gas como combustible, para el alumbrado público y privado y otras funciones; también en ciudades pequeñas y en pueblos. V.gr; el pueblecito de Los Maquis, entre Ventana y Nogales, tenía alumbrado público a parafina todavía en la década de 1960.

La primera construcción particular en tener luz eléctrica fue, al parecer, el Palacio Cousiño. Asimismo, poco a poco el ladrillo comenzó a desplazar al adobe como material de construcción urbana. También durante el período 1891-1905, se asfaltaron algunas calles céntricas y en 1909-1910 otras y se acabó con parte de la arquitectura colonial que subsistía. En

este sentido, notorio ejemplo de mal gusto fue la remodelación de la Catedral por el Arzobispo Mariano Casanova. Entre los arquitectos destacados cabe mencionar a Julio Bertrand.

Otros edificios, como un Museo Histórico Nacional ya existía en el cerro Santa Lucía desde el siglo anterior, pero oficialmente se creó el 2 de mayo de 1911 aledaño a la Biblioteca Nacional. Hoy día está en la Plaza de Armas. El Museo Nacional de Historia Natural, en tanto, es uno de los más antiguos de América. Fue fundado el 14 de septiembre de 1830 por el naturalista francés Claudio Gay. El museo se encontraba ubicado en el Parque Quinta Normal, en el edificio construido por el arquitecto francés Paul Lathoud para la Primera Exposición Internacional realizada en 1875. En 1908 tenía una planta relativamente numerosa y era dirigido por Federico Phillipi.

En abril de 1927, Santiago sufrió un fuerte terremoto que afectó las dependencias del museo. Estas sólo pudieron ser reparadas un año después bajo la dirección de Ricardo Latcham, quien con esta ola de renovación volvió a editar el boletín que había desaparecido. En 1929, se dictaría una ley de la creación de la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos, la cual albergaría todas las instituciones de este tipo que estuvieran en el país, frente a lo cual el museo debía formar parte de esta dirección que actualmente se conoce como DIBAM.

En cuanto al Zoológico de Santiago, en 1875 se efectuó la exposición de animales exóticos en el recinto de la Quinta Normal de Agricultura. En 1882, se plasmó el primer proyecto de zoológico el que fue inaugurado en la misma Quinta Normal por el profesor Julio Bernard. En 1925, el Presidente de la República, Arturo Alessandri Palma, destinó 4,8 hectáreas de los terrenos del Cerro San Cristóbal para la construcción de un Zoológico.El Jardín zoológico Nacional fue inaugurado oficialmente el 12 de diciembre de 1925. Desde entonces ha venido creciendo, no siempre tomando en cuenta el bienestar de las especies que alberga, aunque famosas se han hecho algunas, como la elefanta «Fresia», fallecida en el año 1991. Hoy existen otros zoológicos privados.

Pero, en su conjunto, las ciudades chilenas seguían siendo chatas y grises con poca construcción en materiales nobles y que combinaban el conventillo con absurdas mansiones de los más diversos estilos. Los terremotos han venido a mejorar ese panorama.

En Valparaíso se construyeron edificios modernos para reemplazar a los destruidos en el terremoto de 1906. Destacaron

algunos bancos, edificados en piedra y mármol, los edificios de la Intendencia (actualmente Comandancia de la Primera Zona Naval) y el Club Naval.

1.51 Los ascensores de Valparaíso

Materia aparte son los ascensores que hacia el presente son 22 (otros hablan de quince, yo no los he contado), siendo el primero, que da a calle Prat, construido en 1883. Utilizarlos cuesta 250 pesos los particulares y 100 pesos los municipales, es frecuente que la bajada sea más barata que la subida. Una curiosidad es el ascensor «Polanco» cavado en la roca viva del cerro de ese nombre, al que se ingresa por un prolongado túnel, del que gotea el agua, subiendo después verticalmente como un ascensor de edificio alto.

1.52 El San Cristóbal también tiene su ascensor (funicular)

En el cerro San Cristóbal, como paseo, había sido poco cotizado ya que ya que naturalmente estaba desprovisto de vegetación, ofreciendo un panorama desolado y feo. Este empezó a cambiar el año 1908 con la inauguración de un vistoso santuario de la Virgen, siendo la imagen una donación del gobierno de Francia. En la década de 1920 se instaló, como vimos, el zoológico. Por la misma época se iniciaba un programa de forestación. El cerro cambió y llegó a ser un lugar exclusivo para comer elegantemente por las noches para los sectores sociales altos. Durante el día se hizo un recorrido frecuentado por sectores populares. El «funicular», inaugurado en el año 1925 y construido también en Francia, tuvo en un comienzo instalaciones muy elegantes, pero fue usado por todos.

Iquique –el mayor puerto salitrero– fue otra ciudad notable por su arquitectura, que venía del siglo xix. Hermosas fachadas, hechas en madera, ornaban las casas de los magnates; muchas existen hasta el presente. El Teatro Municipal, también construido en madera, es notable.

1.53 La prensa

El siglo XIX chileno había tenido bastante prensa periódica. Los tirajes no eran muy altos –más bien bajos– en un país donde el

alfabetismo osciló entre menos de 10% a comienzos del siglo y un 40% a fines. Los diarios más importantes parecen haber sido *El Mercurio* de Valparaíso, *El Ferrocarril* de Santiago y *El Sur*, de Concepción. Pero hubo diario y periódicos a todo lo largo de Chile empezando con *La Aurora de Chile* que apareció en 1812 y cerrando la centuria con *El Mercurio* (de Santiago) cuyo primer número salió el 1 de junio del año 1900, ya un diario del siglo xx. En 1902 se lanzaba un segundo periódico que tendría gran importancia, *El Diario Ilustrado*; en 1917 *La Nación* de Santiago, diario que llegaría a rivalizar con *El Mercurio*. Muchos grandes periodistas y escritores chilenos comenzaron sus actividades en *La Nación*, otros, como Joaquín Edwards Bello y continuaron haciéndolo hasta la vejez.

El éxito de *La Nación* trajo su desgracia. Fue expropiada durante la dictadura de Ibáñez, convirtiéndose en un diario de gobierno. Desde entonces ha vejetando como un periódico de segunda categoría, durante el siglo xx y hasta la primera década del xxi.

1.54 Formas de sociabilidad

Estas variaban mucho entre el campo y la ciudad y dependiendo de los estratos sociales.

En el sector alto, las tertulias coloniales ya venidas a menos durante mediados del siglo xix, habían derivado, entre el sector masculino, en el «club» (con connotaciones políticas o simplemente sociales, como fue el «Club de la Unión»), en Santiago y otras sociabilidades formales, masonería, bomberos, y después rotarios, leones y varias de tipo religioso para seglares en ciudades de todo Chile. El «Club Hípico», el Canódromo y otras, y las ligadas con el deporte moderno, que ya tocamos en otra parte). También se dio el prostíbulo «fino». Entre las mujeres continuó existiendo la tertulia, aunque con un contenido más cultural; algunas fueron notables. También se mantuvieron las formas de sociabilidad ligadas al culto religiosos, formales e informales; desde las órdenes menores a la «salida de misa».

Entre los sectores sociales más modestos las formas de sociabilidad masculinas y femeninas fueron diferentes algunas, otras las mismas pero con características peculiares. Entre las masculinas el café, el bar, la hípica, las fiestas deportivas, el prostíbulo (más rasca), las fiestas, como la riña de gallos, las carreras a la chilena

y la chingana; no así la masonería, de mayores pretensiones y los bomberos. Para las mujeres quedaban la iglesia, las compras (la feria), las lavanderías a orillas de los ríos y también las salidas de misa populares. Todas las tardes de verano «se mateaba».

En los campos, la iglesia y el rito, era para hombres y mujeres, pero especialmente para estas últimas. Las ritualidades eran múltiples. Misa, rosario, vísperas, etc.

1.55 La vida privada. Casi como en la Colonia 1891-1920

Es difícil introducir el tema de la vida privada. Se confunde con otros que ya hemos tocado y recién se está estudiando. Además es difícil descubrir, etapas históricas o épocas claras al respecto, es un ámbito mucho más vago. Las tendencias de de 1920, aún continuaban siendo en 1930 y quizá ya lo eran en 1910. En tanto, las novedades de los mismos u otros años ya eran algo común cinco diez años años después.

Por lo demás la vida privada de los chilenos ha variado, en todo sentido, siguiendo y una tendencia planetaria, dependiendo del estatus social y de la condición de rural y urbana de los usuarios de las nuevas formas de modernidad, ambos entre 1891 y 1994. Por lo tanto, en afán de orden, sólo tomaremos ciertos temas. A saber:

a) La higiene
b) Las formas de sociabilidad
c) La religiosidad intramuros
d) Hasta donde es posible averiguar, el sexo, en los diferentes estratos.
d) La vida doméstica, la tecnología en la casa
e) Medios de comunicación: correspondencia, telégrafo y el teléfono

Dejamos afuera aspectos tan importantes como el alcoholismo. Muy diferente en el ambiente urbano, más o menos cotidiano, del rural, principalmente de «fines de semana»; difería según sector social, en el tipo de alcohol ingerido, las ritualidades que acompañaban la ingestión, etc. A pesar de que ha aparecido alguna literatura y estudios al respecto, no existe un panorama general.

1.56 La higiene

Ya algo se ha dicho más atrás, pero en relación a la higiene y la medicina. Pero, ¿cómo era la higiene diaria? ¿La de los no enfermos? De nuevo tenemos que distinguir entre estratos, pero incluso en el alto, todavía no existía el baño diario, ni semanal. Alejandro Venegas cuenta el triste estado de los dos baños públicos en Chillán hacia 1925, por lo demás casi vacíos, aunque no dice si existían sistemas de agua caliente. Había sí termas, pero sólo tenían acceso a ellas los adinerados. El baño de mar se practicaba poco.

Otra cosa era el orinar en la noche. Los baños estaban lejos (al final de los sitios en las casas urbanas mejores o en el patio común en los conventillos y la acequia en el campo), eso hizo que se usara las «pelelas» para hacer aguas menores (o a veces mayores). La costumbre ya existía durante la Colonia y subsistió hasta la década de 1950. En los campos el defecar en una acequia, a veces a cuadras de distancia de la casa, era común. Se defecaba a fuerza, papel no había, al parecer se lavaban el ano. Después apareció el papel de diario.

Pero había baños con agua corriente, inclusive wc y un cierto aparato de higiene matinal y de afeitado diario en los sectores altos quizá desde la década de 1880 (Palacio Cousiño y otros, entre estos algunos en Valparaíso). Se usaba ropa limpia. En la clase media emergente esto mismo se daba pero en mucho menor medida; por lo general, no había agua corriente. En los sectores bajos urbanos la higiene era muy precaria. Entre los campesinos el aseo corporal diario era muy limitado, nada para el limpiado de dientes que se perdían desde la juventud y causaban dolores. El agua se sacaba a veces de una noria, pero frecuentemente de una acequia donde más arriba había un compadre defecando y otro orinando. El agua se hervía para la comida o el mate (no el café ni el té todavía) pero ¿se mataban todos los gérmenes? Las manos se lavaban a veces no más. En los inviernos el frío era cosa seria, había que meterse a la cama (compartida) temprano y al día siguiente hacer el esfuerzo de levantarse al alba. Esta realidad se prolongaría en muchos sectores hasta la época de la Reforma Agraria (década de 1960).

En los campos, entre los inquilinos y peones para el lavado diario, cuando existía, se usaba agua fría, pero esto también sucedía frecuentemente en las casas patronales. El lavado de

la ropa se hacía después de varios días. Los peones casi no se aseaban en su vestimenta. En verano el panorama cambiaba y los baños se hacían algo más frecuentes a todo nivel.

Medicina en las ciudades había poca, ya lo hemos visto. En los campos se seguía practicando la medicina artesanal, con resultados precarios y esto valía para todos.

1.57 El jabón

Las barras de jabón son el más tradicional y probado método de aseo de la ropa y personal. La primera barra de jabón conocida fue una mezcla de grasas hervidas y cenizas. De hecho, fue utilizada en la antigua Babilonia para cortes y peinados de cabello (alrededor del 2880 A.C.)

Alrededor del 1500 a.c., los egipcios mezclaron aceites vegetales y animales con sales alcalinas para tratar enfermedades dérmicas y lavarlas. Para el siglo xvii, la industria del jabón había nacido y se había establecido en Europa. Los principales países donde era producido eran Italia, España y Francia, países que también producían materiales base para las barras de jabón como aceite de oliva. Todo este tiempo, las barras fueron fabricadas mezclando aceites vegetales y animales, plantas y fragancias. Para el siglo xix, las técnicas de producción masiva se habían desarrollado y permitieron producirlo a gran escala, entregándonos el jabón como lo conocemos hoy en día.

El jabón en barras fue reemplazado hacia 1930 por jabones en polvo, Perlina y Radiolina. Pero los detergentes modernos son de comienzos de la década de 1950, y estaban destinados especialmente para las máquinas lavadoras.

El jabón de tocador, con fragancias y después de la primera mitad del siglo xix, o quizá antes, surgió durante la época del influjo de «la Esterripa».

Los perfumes son anteriores. Podría pensarse que en el siglo xvii ya se usaban. No nos referiremos al desodorante. Este es algo posterior a 1950. Antes, estaba el perfume. La mezcla entre perfume y transpiración ácida, me hace recordar el Metro de París por los años en que estudié allá. ¿Seguirá igual?

En los sectores altos desde fines del siglo xix se comenzó a usar la pasta de dientes, compuesta en un principio de piedra pómez molida mezclada con jabón.

En 1850, el doctor Washington Sheffield Wentworth, un cirujano dental y farmacéutico, inventó la primera pasta de dientes. Lucius S. hijo del doctor Sheffield, observó los tubos metálicos utilizados para las pinturas y colocó la pasta en este tipo de envases. Tras la Segunda Guerra Mundial, aparecieron detergentes sintéticos que sustituyeron el jabón usado en las pastas dentales, tales como lauril y sulfato de sodio.

En 1955, las pastas dentales Crest fueron líderes en el mercado debido al reconocimiento realizado por la American Dental Association (ADA), asociación científica altamente prestigiada. Muchas de las innovaciones en la pasta de dientes se dieron después del avance del fluoruro, a partir de 1980 la atención se centró en otras dos problemáticas, el sarro y la hipersensibilidad dental. Hoy día, todo Chile usa la pasta dental.

1.58 La vida sexual

La vida sexual nunca ha sido muy diferente. Depende mucho de lo somático y en tanto tal, históricamente no es tanto lo que puede cambiar. Pero, con todo, lo cultural puede afectarla severamente.

Por ejemplo, tanto se ha escrito de la sexualidad victoriana y sus consecuencias personales y sociales. Por cierto que el Chile de 1891 hasta 1920, participó de esta cultura. Pero también hay que distinguir entre estratos y géneros.

Hasta 1920, el hombre del sector social alto podía ser bastante liberal en lo sexual (aunque no siempre, dependiendo cuan influenciado estuviera por la moral sexual formal católica); lo mismo valía para el de clase media. El de los sectores bajos era mucho más liberado en comparación. En relación con la mujer, la del grupo social alto era, por lo general, muy reprimida sexualmente, al concebir el sexo en función principalmente como una función de reproducción, ser madre de muchos hijos, al rechazar cualquier modo de anticoncepción excepto el natural cíclico; nuevamente, la de clase media solía ser igual pero menos estricta. Entre las mujeres de los sectores desposeídos había bastante libertad y promiscuidad sexual y se tenía hijo tras hijo hasta que, frecuentemente, la muerte se interponía; esto valía tanto para la mujer urbana como campesina. Los partos de la mujer pobre solía ser escenas de horror y dolor.

El machismo era la regla, a todo nivel, y la mujer lo aceptaba. Sin embargo durante los últimos de estos años del período que tocamos se produjo un cambio importante con relación a la sexualidad femenina, a imitación de Europa y Estados Unidos en que se venía viviendo la relajación de la post Primera Guerra Mundial, al menos entre el sector alto. Se acabó la Era Victoriana, en el vestido y en la actitud social en general, en el baile, en el fumar y beber. Ya abundaremos sobre el punto.

Existía una extendida prostitución. Había prostitutas de alta «alcurnia», pero la mayoría eran jóvenes campesinas llegadas a Santiago donde caían en manos de cafiches o eran reclutadas por «señoras» que dirigían un burdel. Desde entonces su suerte estaba echada. De jóvenes obtenían algunas ganancias, después se convertían en despojos humanos.

Sobra decir que la enorme mayoría de las prostitutas no eran felices. De muy jóvenes podían disfrutar de la alegría de la jarana, el alcohol y el sexo en sus versiones más variadas. Pero antes de cumplidos los treinta años comenzaban las enfermedades, algunas de ellas mortales, como la sífilis, otras inhabilitantes, dolorosas o que dejaban sus cuerpos convertidos en una sombra de lo que fueran. Allí comenzaba su verdadero martirio que no terminaba sino con la muerte. Se les perseguía poco, pues solían pagar favores a la policía con su cuerpo. Hubo algunas sociedades de beneficencia a cargo de religiosas o laicas católicas, que también las ayudaron.

Había toda una jerarquía en las jóvenes rameras recién iniciadas. Las más bellas eran reservadas para clientes escogidos que pagaban mucho por ellas, después el precio iba descendiendo en la medida que el producto iba deteriorándose. Nunca la ley de Adam Smith funcionó mejor… con todo, algunas lograban casarse y, suponemos hacían felices a sus parejas en la cama.

Es posible que antes de 1920 hasta un 20% de las mujeres de Santiago ejercieron la prostitución al menos ocasionalmente.

1.59 El fuego en la casa

Para producir chispas, hay que entrechocar una piedra dura como el llamado pedernal o sílex, con otra rica en hierro, como la pirita o la marcasita (el llamado eslabón).

Las chispas obtenidas por percusión deben entrar inmediatamente en contacto con alguna materia altamente combustible; por ejemplo, cabellos, hojas secas, viruta de madera, paja o algún tipo de yesca natural.

Dos químicos franceses, Savene y Cahen, patentaron en 1898 una cerilla a base de sesquisulfuro de fósforo, en lugar de fósforo puro, y clorato de potasio. Ésta era capaz de encenderse frotándola contra cualquier superficie rugosa y no era explosiva ni tóxica.

En Chile el fósforo llegó rápidamente, algunos años después de los ee. uu y Europa donde se inventó (de variadas formas es cierto). La Compañía Chilena de Fósforos S.A. es el principal productor y comercializador de fósforos de seguridad del país, habiéndose constituido en el año 1913. Con seguridad, ya antes habían llegado al país fósforos importados; por los que debemos ubicar su existencia en Chile desde la primera década del siglo xx.

Hoy día todo el mundo usa los fósforos o, eventualmente encendedor, en que todavía el fuego se enciende por el roce con una yesca. ¿Cómo se hacía fuego antes? Por los mismos métodos ancestrales, roce de palos o de palos y piedras (en particular piedra pedernal). Pero lo común es que se conservara el fuego, aunque fuese en forma de brasas.

La calefacción de las casas del sector alto, medio y bajo, fue hasta 1910, aproximadamente, principalmente con el uso de braseros. Daban bastante calor pero eran peligrosos por la posibilidad de incendios y la emanación de gases dañinos. Hacia la época del Centenario o algo antes, comenzaron a llegar las primeras estufas de gas y después de parafina: una suerte de hongos blancos con un estanque debajo. Hacia la década de 1930, nacieron las chimeneas en un Santiago que todavía no vivía bajo el temor del *smog* (smoke and fogg). La chimenea se utilizó hasta la década de 1980; cuando se le empezó a controlar para después prohibir.

Por la misma época (hacia la década de 1910 o poco después) aparecían las estufas eléctricas, pequeños artefactos con dos o tres resistencias, que servían para calentar espacios pequeños. Entre la gente con fortuna, hacia la década de 1930 nacía la calefacción central domiciliaria, así como en algunos edificios públicos, con radiadores hidráulicos y calderas de carbón o petróleo. Era cara pero buena.

Desarrollo parecido tuvieron las «máquinas domésticas». los primeros refrigeradores fueron de comienzos de la década de 1930 y de origen americano (General Electric) o inglés (Hoover o Leonard). En la década de 1950 el refrigerador se había expandido entre los hogares de clase alta y, en menor medida, de clase media. Las primeras lavadoras fueron un poco posteriores y las secadoras, muy posteriores. En las cocinas rurales continuaba reinando la leña.

Por cierto que el uso del fuego para calentar el hogar en invierno iba acompañado por un cambio en la vestimenta, algo que sucede hasta hoy especialmente entre las mujeres. Se reemplazaba la ropa delgada estival por la gruesa invernal, frecuentemente consistente en varios vestidos y enaguas algunas de lana. Los caballeros «high» sólo se cambiaban el chaleco. En invierno era de tela de lana en verano, de «piquet».

Los sectores acomodados usaban guantes, de cuero los hombres, las mujeres de cuero o tela. Entre los sectores populares se usaba el guante a medias, por lo común de lana tejida; protegían del frío la mano, pero los dedos quedaban a la intemperie; todavía se usa.

1.60 La comida cotidiana

Como en muchos aspectos de la vida privada, la comida de los chilenos no había cambiado mucho desde la Colonia. El principal alimento era el pan en sus múltiples variedades. En el campo primaba la «galleta», entregada a los inquilinos y peones. En la ciudad, la «hallulla» y el «pan francés» (la marraqueta no la baguette). Entre la clase media incipiente y los sectores populares urbanos, así como en el campo, los fines de semana los platos eran los tradicionales, principalmente los porotos (que también usaban empresas para alimentar a su obreros). Los platos típicos chilenos, la carbonada, el charquicán, la cazuela, eran consumidos entre la clase media y la oligarquía, sin descartar que se comiera también entre los inquilinos y ocasionalmente entre los peones campesinos. Otros platos típicos más escasos como el valdiviano o el curanto se consumían en sus zonas y raramente en la capital, entre la clase media y a veces en la oligarquía y los sectores populares. La gran oligarquía, comía platos de cocina europea, pero no dejaban de faltar los platos chilenos típicos. Los postres eran

otra cosa: entre la gente humilde no se consumían o se comía fruta. Entre la clase media ya se usaban los «postres hechos». Eduardo Frei Montalva decía «la fruta no es postre». Entre la oligarquía sucedía lo mismo.

1.61 La religiosidad intramuros, un sentimiento masivo

El chileno de fines del siglo xix y comienzos del xix vivía una intensa y sincera religiosidad, que no había cambiado mucho desde los tiempos coloniales. La fe era profunda y vivida con genuino fervor por la mayoría.

Todo ocurría por la voluntad de Dios. La oración, la evocación a Dios, estaba en la mente o en los labios de todos en todo momento, las imágenes sagradas en las casas particulares abundaban y eso sigue, más moderadamente, hasta el día de hoy. Los «santos patronos» en diferentes iglesias eran objeto de veneración. Esta religiosidad omnipresente reflejaba una mentalidad muy diferente a la del hombre del presente y que éste difícilmente puede comprenderse, excepto entre los que todavía la conservan, los que –debilitadamente– no son pocos, aunque menos en Chile que en otras naciones latinoamericanas como en México o Colombia. Ciertamente es un consuelo a los pesares del diario vivir. La misa diaria, el rosario diario, las vísperas, el ángelus, aliviaban los dolores de este mundo masivamente todavía en el Chile de 1891-1920. Entre los sectores campesinos la religiosidad aún es muy fuerte. Algo menos en las ciudades.

1.62 Los medios de comunicación. Correspondencia, telégrafo y teléfono

De estos tres medios de comunicarse dos llegaron a Chile antes de 1891. La correspondencia desde la Conquista española, aunque después con el ferrocarril y la aviación experimentó cambios sustanciales. Los otros, durante el siglo xix.

Cuando el conquistador Pedro de Valdivia llegó a estas tierras, levantó su vivienda de barro y paja en el lugar que hoy se encuentra el edificio de Correos de Chile.

Durante la Colonia la correspondencia se enviaba en barcos fuera de Chile y en barcos o a lomo de caballo o coche dentro

del país. Naturalmente ese intercambio que era epistolar y de encomiendas, era muy lento. Con Europa podía demorar años y frecuentemente se perdía por obra de naufragios accidentes y la acción de piratas.

En la primera mitad del siglo xix el correo extendió sus servicios a casi todas las ciudades y pueblos. En la administración de Manuel Montt (1851-1861) se dictó la ley postal del año 1852 y Correos pasó a depender del Ministerio del Interior.

El año 1853 se adoptó por primera vez en Chile el sello postal como sistema de pago y se emitió la primera estampilla, Ese mismo año de 1853 se dispuso la colocación de buzones o cajas receptoras de correspondencia en lugares públicos.

Sin perjuicio de su trabajo normal, con su eficiencia y honestidad tradicionales, el correo ofreció nuevas prestaciones a los usuarios, como giros postales, reembolsos, venta de libros, periódicos, obras de arte y por supuesto el servicio de encomiendas.

La Unión Postal Universal (upu) es un organismo ahora dependiente de las Naciones Unidas que coordina la actividad de prácticamente todos los correos del mundo, fue creada en el año 1874 y Chile adhirió a ella en el año 1878, durante el segundo congreso realizado en París, donde se hizo representar por el escritor y diplomático Alberto Blest Gana y quedó incorporado oficialmente el 1º de abril de 1881.También existen otras uniones reducidas, como la Unión Postal de las Américas, España, Portugal (upaep).

1.63 El correo aéreo

El primer correo aéreo se registro en el sur del país, entre Ancud y Puerto Montt el 10 y 11 de diciembre de 1916. Fue el aviador David Fuentes Soza en su *Bleriot* llamado Talcahuano que trajo correspondencia para ser entregada al Administrador de Correos. Este fue el primer correo aéreo en Chile y en Suramérica.

Y el primer correo aéreo entre Santiago y Valparaíso, no oficial, fue realizado por el aviador Clodomiro Figueroa Ponce, el día miércoles 1º de enero de 1919, demorando una hora y 15 minutos hasta el parque de Playa Ancha en Valparaíso. Recibida la correspondencia por los principales diarios de Valparaíso, se procedió a distribuirla.

1.64 El Telégrafo

En 1843 se inauguró el telégrafo eléctrico entre Santiago y Valparaíso, verdadera revolución en las comunicaciones, que en 1837 había sido inventado Samuel Morse. A su instauración contribuyó el ciudadano norteamericano Guillermo Wheelwright, a quien, como se vio se debe también el primer ferrocarril construido entre Copiapó y Caldera y el arribo de la primera línea nacional de vapores.

Cuando se inventó el telégrafo más de alguien pensó que el correo había encontrado un competidor que pondría en peligro su existencia. Hecho que no ocurrió.

El 8 de febrero de 1982 mediante DFL 10 de diciembre de 1981 se creó la Empresa de Correos de Chile, empresa autónoma del Estado. En tiempos del telégrafo el guarda-hilos era el encargado de la mantención de las líneas telegráficas. Su trabajo era duro. Con sol, lluvia, nieve, temporales debía salir a caballo o en mula, cruzando ríos, subiendo cerros y trepando a los postes, algunos de 12 metros de altura para reponer la comunicación interrumpida por caída de árboles, rayos, o ventarrones. Trepaban con estrobos o «uñas del diablo» atados al cinturón de seguridad, llevando consigo herramientas que pesaban más de diez kilos. Ahora todo es por internet, los telegramas casi no existen.

La Empresa de Correos de Chile ha debido adecuarse a las circunstancias que le impone el desarrollo de los medios de comunicación y la competencia de empresas privadas dedicadas a la mensajería, permitida por la legislación.

1.65 El teléfono

A mediados de 1878 llegaron al puerto de Valparaíso noticias de la invención por Alexander Graham Bell (noticia que se ha comprobado inexacta) de un aparato capaz de transmitir y recibir voz humana con toda su calidad. Aunque Bell no era norteamericano las patentes estaban en EE UU.

El comerciante norteamericano avecindado en el puerto, Joseph Dottin Husbands, viajó a Estados Unidos con el propósito de obtener la licencia correspondiente para implantar el incipiente sistema en nuestro país.

En septiembre de 1879, Husbands obtuvo de Thomas Alva Edison una pequeña central telefónica con seis instrumentos conectados. La idea era extenderlo a Chile, Bolivia, Perú y Ecuador. Meses después, el 26 de abril de 1880, el Presidente Aníbal Pinto firmaba la primera concesión telefónica en Chile, a nombre del célebre inventor norteamericano.

No obstante, en mayo de 1880, después de un complejo litigio, un tribunal norteamericano concedía a Alexander Graham Bell el derecho exclusivo de explotación del teléfono. Husbands, que había importado todos los aparatos técnicos necesarios se encontraba ahora dueño de una concesión obsoleta. Pero, gracias a las gestiones del Cónsul norteamericano en Valparaíso, la situación fue rápidamente resuelta cuando el propio Bell lo designó como su agente en Chile el 7 de mayo de 1880, si bien hubo de mantenerse momentáneamente, por razones legales, el privilegio exclusivo a nombre de Edison.

El 28 de abril de 1880, usando las líneas del telégrafo entre Valparaíso y Santiago, logró establecer la primera comunicación a larga distancia en el país, conectando a la Quinta Compañía de Bomberos de la capital, con el Cuartel General de Bomberos de Valparaíso. La prensa destacó entusiasmada el evento.

Siguieron una serie de líos entre la compañía Edison y otras que se trataron de formar.

En definitiva se terminó en la fundación de la Compañía de Teléfonos de Chile.

La Compañía de Teléfonos de Chile fue autorizada para operar en Chile, mediante decreto N° 988 de 3 de febrero de 1931. Lo que nos importa es que desde 1890, hasta 1930, aproximadamente, entre pelea y pelea, el uso del aparatito telefónico y el telégrafo, aumentaba, primero entre reparticiones públicas industrias y empresas y «bufetes» después entre residencias particulares. Por cierto con centrales manuales atendidas por telefonistas, ya fuese dentro de las ciudades más grandes o entre estas, donde líneas de postes que llevaban decenas de cables, se fueron extendiendo al borde de los caminos y vías férreas. En las ciudades se dieron los postes «telescópicos, de gran altura que podían pasar por sobre edificios de baja y hasta mediana altura», después las líneas urbanas se hicieron subterráneas.

Al igual que en el caso del telégrafo se tendieron cables submarinos que conectaron los países a Chile con los países de costa del Pacífico hasta los Estados Unidos y ésta con Europa.

Hubo compañías muy conocidas como la Cable West Coast y la American Cables and Radio. Las primeras plantas automáticas llegaron a Chile hacia 1935.

Episodio

Los lamentos del Centenario de la Independencia Nacional

Erróneamente fijado en 1910, en circunstancias de que fue en 1918, el Centenario de la Independencia nacional de todos modos se celebró en el centésimo aniversario en ese primer año. Se confundió el Cabildo Abierto de 1810, donde se juró lealtad al Rey de España con el momento posterior a la Batalla de Maipú, con el día 12 de febrero de 1818, cuando se declaró efectivamente la Independencia Nacional.

El Centenario fue celebrado en grande, ya hemos visto los edificios emblemáticos que se construyeron, pero también el mismo año de la celebración se escribieron ensayos destacando todos los males que tenía Chile y que no eran pocos. Años antes o años después lo habían hecho Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Emilio Rodríguez Mendoza, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Agustín Ross, Guillermo Subercaseaux, Luis Emilio Recabarren, Alejandro Venegas y otros. Llama la atención que tratándose de personajes de los más diversos orígenes y pensamiento político, estuviesen de acuerdo en una cosa, que el país vivía una crisis. Las cifras de crecimiento del PGB per cápita en la época, confirman que su denuncia era correcta.

¿Pero cuáles fueron los festejos? Llegaron hasta Chile en el mes de septiembre de 1910 una serie de personajes. Entre ellos los más destacados: el Presidente de Argentina, Figueroa Alcorta; connotados miembros de la nobleza europea y de mundo político americano que se alojaron en las mansiones de los notables chilenos. Se ha dicho que el Centenario fue una fiesta de la oligarquía y en buena medida fue así; pero leyendo los diarios de la época se aprecia que también hubo grandes fiestas populares.

Episodio

El Conde von Spee en Valparaíso

Nació en 1861. Siguió la carrera naval y en 1910 fue ascendido a contralmirante. En 1912, fue designado para comandar del Escuadrón de Cruceros del Asia Oriental, con base en la colonia de Tsingtao en China. Tras iniciarse la Primera Guerra Mundial, se caracterizó por presentar batalla a los ingleses, utilizando técnicas de corsario, en el oriente. Pero su flota estaba amenazada por la marina australiana, a la que posteriormente se añadiría la Armada Imperial japonesa, tras su entrada en la guerra. Sabedor de su precaria situación frente a estas armadas, las que respetaba, decidió trasladar sus acciones bélicas a las costas de Chile.

Cruzando el Pacífico, durante una escala en la Isla de Pascua (posesión chilena que había sido incorporada por el comandante Policarpo Toro en 1888) logró reencontrarse con dos cruceros ligeros suplementarios y se dirigió al sur de Chile, donde se desarrolló la Batalla de Coronel, en la que logró hundir los cruceros británicos *Good Hope* y el *Monmouth*, mayores pero más antiguos que los propios *Gneisenau y Sharnhorst* y en la que perdió la vida el contralmirante inglés Christopher Cradock así como 1650 de sus hombres. Los alemanes no tuvieron bajas.

Esta victoria sellaría el destino de von Spee, ya que los británicos querían vengarse de la afrenta sufrida y enviaron grandes refuerzos a la zona. Von Spee, al parecer, vaciló ante la orden de regresar a Alemania con sus barcos o permanecer en el Pacífico, en todo caso su destino parecía fatal.

Después de recalar en Valparaíso, donde fue objeto de diversos homenajes por la colonia alemana, que le hizo un gran recibimiento, banquete incluido (la colonia inglesa, más numerosa, se encerró en sus casas). En éste, von Spee pronunció una frase que reflejaba la profundidad alemana pero también su ingenuidad: «Hoy día (noche en realidad) estamos muy contentos, pero mañana podemos estar en el fondo del mar», tenía las cosas claras.

Finalmente, el 8 de diciembre de 1914, cuando ya se había puesto en camino y navegaba a través del Atlántico Sur con la intención de atacar Port Stanley en las Islas Malvinas, se encontró repentinamente con el vicealmirante Frederick Sturdee que en esos momentos repostaba carbón para su flota, compuesta por

dos poderosos cruceros de batalla, un acorazado (un poco más lento pero con un poder artillero y coraza formidables) y cinco cruceros ligeros. La Batalla de las Islas Malvinas resultó muy desigual, y sólo el crucero ligero alemán *SMS Dresden* pudo salvarse de la destrucción. Von Spee moriría al ser destruido el *SMS Scharnhorst*, su buque insignia, al igual que sus dos hijos, Heinrich y Otto, oficiales navales en el *SMS Gneisenau* y el *SMS Nürenberg*, respectivamente, junto a la mayoría de las tripulaciones. Desde esta derrota, la marina alemana limitó su presencia en ultramar a submarinos y a barcos mercantes camuflados. El *Dresden* escapó a los canales del sur de Chile, pero acosado, fue a refugiarse a Juan Fernández donde cruceros ingleses lo hundieron….por cierto dentro de nuestras aguas territoriales.

Episodio

El Yelcho y el Piloto Pardo

En agosto de 1914, recién declarada la Primera Guerra Mundial, zarpó desde Inglaterra Sir Ernest Shackleton. Su intención era atravesar la Antártica. Contaba para ello con el *Endurance*, un velero mixto de tres palos. Lamentablemente el año 1915 fue extremadamente crudo en la Antártica y el 18 de enero el *Endurance* quedó atrapado en los hielos. El 25 de octubre la nave se montó sobre un témpano quebrándose el timón, la popa y luego la quilla. Así, los náufragos fueron derivando hasta llegar a la isla Elefante, donde se establecieron. Presa del tremendo frío, el buque enviado en socorro de los náufragos no pudo llegar a su destino.

El chileno Joaquín Muñoz Hurtado, Director General de la Armada, fue quien pidió al gobierno un buque. Se prefirió el escampavías Yelcho, de 467 toneladas, viejo, sin calefacción y ni alumbrado eléctrico, sin radio, de borda baja y sin doble fondo. Era simplemente una audacia su envío. Pero en el «Yelcho» se confió en la calidad de éste y su gente. Zarpó el 25 de agosto de 1916. Cruzó el mar de Drake con buen tiempo, muy baja temperatura y con neblinas. Pero el piloto Pardo prefirió seguir navegando al máximo de su velocidad para poder llegar de día a la isla Elefante, donde se hallaban los 22 hombres del *Endurance*. Allí, el Yelcho arrió rápidamente una chalupa. Después de una hora de trabajo duro para superar las rompientes, los náufragos se encontraban a bordo de la nave.

Desde que el buque zarpó, como no tenía medio alguno para comunicar su situación ni las experiencias de ese viaje incierto, la ansiedad en el Apostadero Naval de Magallanes y en el mundo era grande. La recepción en Punta Arenas constituyó una fiesta popular.

Episodio

Tras la cordillera

Dagoberto Godoy, aviador chileno, sobrevoló la Cordillera de los Andes a la altura del Tupungato, piloteando un avión Bristol. Había egresado de la Escuela Militar como oficial. En 1916 fue trasferido a la Escuela de Aviación. El 12 de diciembre de 1918 realizó la hazaña de atravesar la Cordillera de los Andes a la altura de las altas cumbres (que anteriormente, el 13 de abril del mismo año, había sido cruzada por el argentino Candelaria a la altura de Zapala donde la cordillera era más baja). En su Bristol partió de la base aérea El Bosque, al sur de Santiago. Voló a una altitud de 6300 metros y aterrizó en Lagunitas, cerca de Mendoza, Argentina, a las 6:35 de la mañana. Poco después repetiría la hazaña Armando Cortínez que fue y volvió desde Argentina.

Episodio

Duelo sin dolor

Ocurrió en febrero de 1919, fue Arturo Alessandri, a la sazón Senador por Tarapacá, y en la carrera posterior candidato presidencial, que se enfrascó en una polémica con el senador liberal Guillermo Rivera. Éste propiciaba que el candidato surgiera de todas las colectividades liberales y como también las había que apoyaban a los conservadores Alessandri lo calificó de «falta de lealtad y traición». La cosa no se quedo ahí, la proposición de Rivera recibió elogios de sus partidarios, Alessandri agregó: «La mediocridad de los débiles busca el halago y el aplauso fácil». Estimando Rivera que dichos conceptos «deprimían su honra», decidió retarlo a duelo e inmediatamente buscó sus padrinos. Alessandri tuvo en cuenta que el duelo era un delito (y el gobierno conocía el caso), lo que podría dejarlo inhabilitado

para ser Presidente. Pero, por otra parte, quien rehuía un duelo quedaba descalificado como caballero: era un hombre sin honor.

¿Cómo salir del entuerto? El desafiado podía elegir el lugar, Alessandri eligió *«a los pies de la estatua del Cristo Redentor»,* en plena cordillera, a 3900 metros de altura. Como estaba en la frontera con Argentina, si llegaba la policía se podía eludirla atravesando al otro lado.

A las dos de la tarde del martes 24, Alessandri entró a la Casa Francesa (Estado esquina Huérfanos) y salió sigiloso por el pasaje Matte. De allí, para despistar, abordó un auto hacia el Parque Cousiño, y luego se devolvió hacia Agustinas 236, la casa de su padrino de duelo, Cornelio Saavedra Montt.

Burlando al policía que vigilaba la casa de Saavedra, salieron juntos por la puerta falsa que daba a calle Cienfuegos, donde esperaba otro auto. A todo escape, tomaron Avenida Independencia, sumándose el diputado radical Héctor Arancibia Laso, su otro padrino, a la altura de Hipódromo Chile, camuflado en un traje de equitación, llevaba una caja de pistolas. Juntos emprendieron viaje hacia Los Andes. Pararon en el Hotel Sudamericano, donde comieron algo, pernoctaron, y luego en los baños se disfrazaron. Prosiguieron hasta Río Blanco. En el camino, una pareja de carabineros detuvo el auto, pero les fue imposible reconocer a Alessandri, que usaba bigotes, a Saavedra, que tenía patillas inglesas, ni Arancibia Laso, que, colocado en el asiento del conductor, con grandes anteojos azules manejaba el coche.

Mientras Alessandri y sus padrinos dejaban Santiago, su contendor, Guillermo Rivera, abandonaba Limache en el tren expreso. En Llay-Llay abordaba la combinación a Los Andes, para luego pernoctar en el fundo La Palomera.

A las cinco de la madrugada, Alessandri y sus padrinos salieron del hotel y siguieron el camino a la cordillera. En la ruta, según le han informado, pudieron encontrar arrieros y mulas. Bastaba un solo arriero, pero contrataron a los cuatro (¿por qué?), llevándose además todas las mulas, aunque bastaban sólo las necesarias para continuar el viaje.

La prevención era acertada, pues 10 kilómetros más adelante encontraron un puente cortado. Continuaron en mula. Justo al mediodía llegaban a Caracoles. Cornelio Saavedra montaba una mula baya que no pudo resistir sus 120 kilos y se echó al suelo. Intentó continuar a pie, pero a los 100 metros lo venció una indisposición muy frecuente en las partes altas:

¡la puna! Los arrieros lo auxiliaron con limones. A la una y media de la tarde llegaron a los pies del Cristo Redentor. Gendarmes argentinos se acercaron y Arancibia les reprendió por encontrarse en territorio chileno. Ellos alegaron que estaban allí por instrucciones de la policía chilena para evitar un duelo. Arancibia respondió que habían sido objeto de una trampa. Los argentinos pidieron excusas y se retiraron.

Justo a las tres de la tarde, hora fijada para el duelo, el padrino Arancibia exigió a Alessandri que regresara «por no haberse presentado ni su adversario ni sus padrinos». Aguardaron media hora más. Concluido el plazo, levantaron un acta donde dejaron establecido que el contendor no se presentó al «campo del honor» y que no podían esperar más, pues se estaban congelando. Rivera, en cambio, señaló que no llegó al encuentro porque todos los arrieros y mulas del sector cordillerano fueron arrendados por Alessandri con la única finalidad de evitar su presencia en el campo de batalla. Era lo más probable.

Después, en 1952, hubo otro, el último lance caballeresco de que se tenga noticia, entre Salvador Allende y Raúl Rettig, amigos de toda una vida, y aliados. Después del lance (ignoro como ocurrió) volvieron a ser amigos y, como sabemos, a Rettig le tocaría cumplir con una labor fundamental para la historiografía y la historia de Chile.

1920-1932

2.1. La política. El período del reformismo mesocrático

La proclamación de Arturo Alessandri como candidato a la Presidencia de la República por la Alianza Liberal vino a quebrar el control oligárquico de la vida política nacional que venía desde la Independencia. «Quiero ser una amenaza para los espíritus reaccionarios», dijo al ser proclamado.

Alessandri había nacido en Longaví en 1868. Su abuelo había sido un inmigrante italiano de condición modesta pero grandes méritos personales. Arturo estudió en los Padres Franceses y Derecho en la Universidad de Chile, graduándose de abogado en 1893. Se casó con la señora Rosa Ester Rodríguez. Fue miembro del Partido Liberal, y cliente político de Fernando Lazcano, entre 1897 y 1915, representó a Curicó y Vichuquén en la Cámara de Diputados. Ingresó al Senado en 1915 después de una –disputada– elección por la provincia de Tarapacá donde derrotó al caudillo por la zona, un señor Arturo del Río; entonces ganó el nombre de «León de Tarapacá». Fue Ministro de Industrias y Obras Públicas en la administración de Errázuriz Echaurren (1898), de Hacienda en la de Barros Luco (1913) y Ministro del Interior y jefe del gabinete en la presidencia de Juan Luis Sanfuentes (1918). Pero en 1920 era un rebelde. ¿Por qué el cambio? ¿Había madurado siguiendo el signo de los tiempos? Otros piensan que afloraba el resentimiento por las humillaciones sufridas por su condición familiar, las que habían sido pocas.

Alessandri fue hombre apasionado, de carácter explosivo y fuerte, pero a la vez astuto y calculador. Dado a los gestos espectaculares. No hay duda que algo tenía de Mussolini.

Su campaña del año 1920 no fue significativa ni novedosa por los programas de los candidatos, sino porque fue emotiva, poblada de valores simbólicos que aseguraban un futuro cambio y porque en ella se expresaron, pública y masivamente, intereses inéditos en la historia nacional.

La Alianza Liberal, que apoyaba a Alessandri, estaba compuesta políticamente por el Partido Radical, el Partido Liberal Doctrinario, de tendencia avanzada, el Partido Liberal Democrático y el Partido Nacional. Su composición social era mayoritariamente de sectores medios, pequeños comerciantes, medianos industriales y agricultores, muchos de ellos de provincia, junto con artesanos y obreros. Sin embargo, aún incluía oligarcas, algunos progresistas.

La alianza adversaria, la Unión Nacional, estaba compuesta por el Partido Liberal Unionista, que se había separado del tronco liberal el año anterior, precisamente para evitar la candidatura de Alessandri; una parte de los partidos Liberal Democrático y Nacional y el Partido Conservador. Socialmente representaba a los grupos más tradicionales, a los grandes comerciantes o industriales, a los terratenientes que controlaban el voto campesino, a la mayoría de los profesionales liberales, a los banqueros. Su candidato, Luis Barros Borgoño, hombre de negocios, liberal, culto, era un fiel representante de su clase.

Los programas de ambos candidatos no fueron significativamente diferentes. Ambos propusieron la libertad electoral y de conciencia, la estabilización de la moneda, el fomento de la industria y de las obras públicas, la instrucción primaria obligatoria y la legislación social. Pero los discursos de Barros, eran académicos, fríos, dichos para hombres como él; los de Alessandri eran incendiarias piezas de oratoria que apelaban a la sensibilidad de las multitudes.

Sin embargo, ambos candidatos se diferenciaban por elementos más profundos ya que la post Primera Guerra Mundial era un momento de transformación social que abría posibilidades enormes para el futuro y debía traducirse en una nueva institucionalidad. Su visión era optimista. Su contendor, en cambio, evaluaba el presente con temor, ya que estimaba que las nuevas fuerzas sociales, que las nuevas ideologías, que todos los cambios que se percibían en la Europa de postguerra y en Chile eran una amenaza a la libertad, por lo que se debía reforzar la autoridad y el orden.

Ninguno negó la importancia de una legislación social, pero mientras Barros Borgoño la supeditaba a la defensa del orden, Alessandri la situaba como el eje de una democracia renovada.

Para sus partidarios, Alessandri aparecía como el símbolo de las reivindicaciones de los sectores medios y populares, que salvaría al país de la conducción de la oligarquía decadente, estructurando un Estado protector y reformista, abierto a las necesidades de las mayorías. En cambio, para sus opositores, Alessandri representaba la ruptura de la tradición republicana por sus reivindicaciones «maximalistas» y de «semblanza rusa». Su temor se fundaba en el cambio de estilo político que introducía el «León».

El pueblo de Santiago y de las provincias salió a las calles a vitorearlo, se reunió en asambleas comunales, en desfiles callejeros, escribió poemas, compuso canciones, rodeó su casa de la Alameda día y noche. El «Cielito lindo» canción de la candidatura, se cantó más que el Himno Nacional. El astuto nieto del inmigrante italiano, les gritaba «mi chusma querida», así supo recoger este fervor e impuso un nuevo estilo político. Recorrió el país pueblo por pueblo e hizo sentir a esta nueva audiencia que él representaba sus anhelos. Más de una vez, el debate político del año 1920 ha sido considerado como pura demagogia, pero en su anhelo de cambios Alessandri era sincero.

2.2 Nuevos actores se manifiestan

El sector organizado de los estudiantes y de los obreros contribuyó en buena medida a la agitación y a la mística del año 1920. Eran actores nuevos en la vida política y social chilena, aunque su desarrollo había comenzado con el siglo. La posición de ambos grupos en la campaña de ese año no se inscribía dentro de la oposición Alianza-Unión y por ello es necesario hacer una referencia específica de cada uno.

Desde su fundación en 1906, la característica predominante de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que aglutinaba no sólo estudiantes propiamente tales sino también a intelectuales y juventud en general, fue su preocupación por la cuestión social, produciéndose así el primer encuentro entre el mundo estudiantil y el obrero. En sus centros se reunían la avanzada anarquista obrera, militantes socialistas, sindicalistas, artistas e intelectuales, profesionales y estudiantes que profesaban toda la

gama de las doctrinas europeas en boga. La fech representaba a la juventud del sector medio ilustrado, que había tenido acceso a la enseñanza superior, en gran parte por la ampliación del aparato estatal universitario, y que manifestaba su desacuerdo y su rechazo a la vieja república oligárquica.

Aunque la mayoría de sus dirigentes estuvieron afiliados a la Juventud Radical y la fech tenía posiciones políticas postulando el fracaso del sistema existente, no fue partidista. No había en ella una ideología homogénea, sino una aspiración de cambio, que se alimentaba de distintas disciplinas intelectuales. En términos muy generales, profesaban el socialismo de Cátedra y se mantenían alejados del marxismo. En la práctica, sin embargo, su lealtad estaba con los marginados del sistema.

Si bien los estudiantes de la fech apoyaron con entusiasmo a Alessandri y contribuyeron a la mística callejera y a la esperanza de salvación nacional, no fueron incondicionales del candidato aliancista, puesto que no confiaban en que pudiera hacer un programa de gobierno que favoreciera verdaderamente al proletariado. Pero el asalto de la juventud conservadora a la sede de la fech en julio de 1920, el encarcelamiento de algunos de sus miembros, la muerte de un joven poeta en la cárcel, la obligada clandestinidad y la persecución que cayó sobre ellos, radicalizó su posición y fortaleció su alianza con los sectores revolucionarios. Consideraron el triunfo de Alessandri como una victoria de la soberanía popular, aun cuando muy luego le quitaron su apoyo, debido a la matanza de salitreros en San Gregorio en 1921.

Para los obreros organizados, anarquistas y socialistas en su mayoría, Alessandri no representaba sino una nueva candidatura de los partidos burgueses. Los anarquistas, opositores a ultranza de la actividad política organizada, no le dieron ningún crédito y, más aún, llamaron a los obreros a no dejarse engañar por sus promesas. Los socialistas, en tanto, consideraron que Alessandri significaba una fase democrática más avanzada del régimen capitalista y que les era favorable, aunque sólo implicara mayor libertad de organización y menos represión.

El triunfo de Alessandri no fue fácil. Ambos candidatos se atribuyeron el triunfo al día siguiente de la elección; ambos se adjudicaban una mayoría de electores. Las cifras oficiales dieron 179 electores para Alessandri contra 175 para Barros Borgoño. Pero como hubo reclamos de fraude, la calificación

de los electores debía quedar en manos del Congreso Pleno. Y como en el Parlamento dominaba la Unión Nacional, se desató una enorme agitación callejera para que se respetara la mayoría relativa de los electores. Se temió incluso que intervinieran los militares en favor de Alessandri, ante lo cual el gobierno alejó las tropas de Santiago hacia la frontera norte por supuestas amenazas de Perú y Bolivia; fue la llamada «Guerra de don Ladislao», por el nombre del Ministro de Guerra de la época, Ladislao Errázuriz. Después de una ardua negociación, se decidió que la elección la resolviera un Tribunal de Honor. Este determinó que Alessandri había ganado por un solo elector. El Congreso proclamó entonces a Arturo Alessandri Presidente de la República.

2.3 El difícil gobierno de Alessandri

Alessandri asumió el gobierno en medio de un ambiente de gran expectación. De uno y otro lado se esperaban las realizaciones de un Presidente que había prometido cambios significativos. Su primer ministerio (y los posteriores) se conformaron con hombres capaces y cultos de clase media y alta, entre los que sobresalieron: Pedro Aguirre Cerda, Jorge Matte Gormaz, Daniel Martner, Enrique Oyarzún, Héctor Arancibia Lazo, Víctor Celis, Galvarino Gallardo Nieto, Ernesto Barros Jarpa, Ángel Guarello, Manuel Rivas Vicuña, Carlos Aldunate Solar, Marcial Martínez, Emilio Bello Codesido, Guillermo Subercaseaux y otros. Una pléyade de hombres notables.

Sin embargo, las condiciones imperantes no eran favorables para el nuevo gobierno. En parte como consecuencia de la Primera Guerra Mundial y dificultades en el mercado del salitre, en el país se había deteriorado la situación financiera. Ello se manifestaba en un déficit fiscal cada vez más grande y una inestabilidad monetaria creciente debida a las continuas emisiones y al mayor endeudamiento, el que se producía justamente para paliar los efectos de las variaciones del peso.

Por otro lado, el Congreso mayoritariamente opositor impedía que las reformas propuestas por el gobierno, como la creación de un Banco Central, la implantación del impuesto a la renta y otras medidas tendientes a estabilizar la moneda, regular el crédito y proteger la industria nacional para enfrentar la crisis se materializaran, así como las «leyes sociales».

De esta forma se llegó el año 1924 sin avances al respecto. En particular, los puntos más importantes del programa social de Alessandri, como la promulgación del Código del Trabajo y la Previsión Social, fueron obstaculizados sistemáticamente en el Parlamento, el gobierno poco había podido hacer de su audaz programa.

El Presidente Alessandri veía en esas leyes la forma de abrir un cauce legal a la protesta obrera, permitiendo una evolución social pacífica del país basada en la justicia, como alternativa frente a las fórmulas represivas que acallaban el clamor popular con métodos no sólo reprobables moralmente, sino que además, de dudoso resultado a largo plazo.

En todos los mensajes presidenciales, el Jefe de Estado insistió en la urgencia de despachar con prontitud esos proyectos y lo mismo hicieron cada uno de sus ministerios. Al mismo tiempo, utilizó a las multitudes como un elemento de presión sobre el Parlamento.

Sin embargo, pese a los malogrados esfuerzos presidenciales, el malestar social continuó acrecentándose y el desprestigio del sistema político empezó a alcanzar también al Presidente. Los sectores laborales encabezados por la Federación Obrera de Chile (foch) y la International Workers of the World (iww), incentivaron nuevas huelgas y conflictos como medio de presión.

En febrero de 1921 se produjeron los sucesos de la salitrera San Gregorio. Ante el anuncio de cierre de la oficina, un grupo de obreros decidió permanecer en el campamento hasta el pago del desahucio, con el apoyo de trabajadores de otras oficinas. Su desalojo, ocurrió en medio de violentos altercados que terminaron con la vida del teniente de ejército que dirigía la operación, de otros tres soldados y 36 obreros, más numerosos heridos. Durante los años siguientes se sucedieron las huelgas a lo largo del país, sin que se lograran los cambios esperados y prometidos. Así el entusiasmo de la campaña fue cediendo paso al cansancio, escepticismo y a una sensación de frustración colectiva.

No obstante, 1924 se inició con las expectativas de las elecciones parlamentarias, pero ellas no vinieron más que a confirmar el cuadro de los años anteriores. Pese al triunfo de los partidarios del gobierno, el Senado, que se elegía por parcialidades, impidió, una vez más, contar con las anheladas leyes, con lo cual ya no había nada que esperar. Las críticas se hicieron

cada vez más intensas y la crisis política parecía precipitarse. El Presidente insistía en la responsabilidad del Parlamento, mientras la oposición lo acusaba de intentos dictatoriales, de corrupción administrativa y de incompetencia.

2.4 La intervención de los militares. Ruido de sables

A fines de 1923 se enviaron al Congreso proyectos tendientes a solucionar los problemas salariales de los militares, pero éstos chocaron una vez más con la indiferencia de los círculos políticos que justificaban su inacción en la angustiosa situación del erario.

Pero unos meses más tarde el asunto tomaría otro rumbo cuando el Congreso inició la discusión de una ley para aprobar una dieta parlamentaria, es decir, un sueldo para los parlamentarios, el que hasta entonces no existía y que tenía importancia para la democratización del Congreso, pues abría acceso a personas sin fortuna personal. Sin embargo, para los militares, parecía una burla el que los parlamentarios pensaran en un sueldo, en tanto el proyecto de mejoramiento de los suyos permanecía empantanado.

El día 2 de septiembre de 1924, cuando el Senado se ocupaba de ese proyecto, un grupo de oficiales de Ejército concurrió a sus tribunas para expresar su molestia, lo que hicieron golpeando los sables contra el piso. Luego, envalentonados por la conmoción que causó su actitud, se constituyeron en un Comité y presentaron al Presidente Alessandri un memorándum con una serie de peticiones. Tras el movimiento militar estaba el entonces teniente coronel Carlos Ibáñez.

Ibáñez (cuyo apellido original era inglés: Evans) había nacido en Linares en 1877. Realizó sus estudios en la Escuela de las Niñas Ortega, en la Escuela Pública Nº 1 y en el Liceo de Linares.

El 12 de marzo de 1896 ingresó como cadete a la Escuela Militar. Tras dos años como cadete y uno como alférez, pasó al Ejército con el grado de teniente 2º, destinado al Regimiento de Cazadores de la guarnición de Santiago.

Al inicio del siglo xx fue ascendido a teniente. En 1903 integró una misión militar contratada por el gobierno de la República de El Salvador. Durante ésta ocurrió una guerra

con Guatemala y aunque los instructores chilenos tenían indicaciones precisas de mantener neutralidad, Ibáñez participó victorioso en la Batalla de El Platanar o Las Escobas. Esto provocó un desborde de entusiasmo patriótico. Ibáñez fue incluido en las celebraciones y el Senado de El Salvador lo hizo teniente coronel.

En ese país conoció a la joven aristócrata Rosita Quiroz y Ávila. Se casaron el 11 de septiembre de 1907 y del matrimonio nacieron dos hijos, Rosita y Carlos.

En 1909 Ibáñez regresó a Chile acompañado de su esposa y de su hija recién nacida, Rosita. Años después, el 12 de octubre de 1918 una tuberculosis pulmonar terminó con la vida de su esposa y entonces el capitán debió enfrentar la difícil tarea de educar a sus dos hijos de corta edad.

En 1909, Ibáñez fue destinado al Regimiento de Cazadores. En 1912 ingresó a la Academia de Guerra, desde donde egresó como oficial de Estado Mayor en 1916; posteriormente ejerció como ayudante de la Inspección de Caballería.

En 1918 estuvo nuevamente en el Regimiento de Cazadores y luego fue nombrado Director de la Escuela de Carabineros. Más tarde ejerció como prefecto de Iquique, responsabilidad que cumplía en el momento de las agitadas elecciones de 1920, que llevaron a la presidencia a Arturo Alessandri.

El recién elegido Presidente lo nombró Director de la Escuela de Caballería, uno de los más ambicionados cargos en el Ejército. En el ejercicio de su cargo en la Escuela de Caballería, surgieron las quejas castrenses en torno a los malos sueldos y jubilaciones, el mal equipamiento, los recursos insuficientes para la conscripción y la falta de movilidad al interior del Ejército.

Ibáñez era, al contrario de Alessandri, un hombre flemático y casi enigmático. Rara vez sus acciones reflejaban espontaneidad. Pero también era de pasiones fuertes y tenía una astucia menos espectacular que del «León» pero igualmente aguda.

No tenía ideología. En su carrera política fue progresista, anticomunista, populista, antipolítico, nacionalista, pragmático, cazurro y, a veces, torpe.

Pero Ibáñez y Alessandri no tenían conciencia del vínculo que los unía ambos representaban la clase media emergente. La perspectiva histórica permite comprenderlo.

En el momento de la aparición en política nacional, en 1924, sus peticiones iban más allá de las reivindicaciones pu-

ramente militares, abarcando una serie de puntos de los que estaban contenidos en el programa presidencial y que no habían logrado materializarse. Entre esas aspiraciones los militares contemplaron la reforma a la Constitución Política del Estado, el despacho inmediato de la Ley del Código del Trabajo, la aprobación de las leyes de empleados particulares, la modificación al impuesto a la renta y otras de interés general. La situación no era casual, ya que durante los años anteriores, Alessandri, en visitas a los establecimientos militares, había hecho encendidas defensas de su programa ante los uniformados.

Tres días después del «ruido de sables» el Parlamento aprobó las peticiones militares que habían sido previamente aceptadas por Alessandri.

En el aspecto social, las peticiones militares significaron la realización del programa de Alessandri. Bajo la presión de éstos, el Congreso despachó el 8 de septiembre de 1924 los proyectos referentes a cooperativas, contratos de trabajo, sindicatos profesionales, tribunales de conciliación y arbitraje, indemnización por accidentes de trabajo, caja de empleados particulares, caja de seguro obligatorio, derecho a huelga. En cambio, no se llegó a acuerdo respecto al impuesto a la renta. También se aprobaron las «leyes militares».

Pero este empuje de sensibilidad social tuvo el reverso de la medalla en 1925 con la «Matanza de La Coruña» en plena pampa norteña. No hemos encontrado cifras de muertos, para los comunistas, dicen, muchos cientos; para el gobierno unos 80 o algo más; para los capitalistas ingleses que estuvieron detrás del hecho, en parte, fueron menos. Se utilizaron fusiles de repetición, ametralladoras y ahora también cañones.

El Comité Militar decidió seguir funcionando hasta terminar con la depuración política y administrativa del país y el Presidente Alessandri recibió la noticia de que se solicitaría la disolución del Congreso. Antes estos hechos, que hacían evidente que el Primer Mandatario había perdido el control del poder político, éste decidió renunciar a su cargo y abandonar el territorio nacional.

Antes de su alejamiento del gobierno, Alessandri fundó el Banco Central, vieja aspiración de su administración que se llevó a cabo sobre la base de un proyecto definitivo elaborado por una misión económica norteamericana presidida por el profesor Kemmerer, que había sido contratada por el gobierno chileno.

El objetivo de la creación de dicho banco fue de institucionalizar un control fiscal sobre el circulante, dándole el monopolio para emitir billetes, los cuales volvieron, temporalmente, a ser convertibles en oro. Aunque desde su nacimiento fue usado también como una fuente de crédito.

A partir del 11 de septiembre de 1924 se constituyó una Junta Militar que anunció su propósito de acabar con la corruptela política, y convocar una Asamblea Constituyente, con el fin de redactar una nueva carta fundamental acorde con los propósitos nacionales. Con ello –afirmaban– «habrá terminado nuestra misión».

La opinión pública recibió con beneplácito la nueva situación, especialmente la clase media que se sentía interpretada por los militares. Por otra parte, la oligarquía, en un vuelco inesperado, se mostraba obsequiosa y dócil ante éstos.

Entre los líderes de este movimiento militar destacaban los jóvenes oficiales Carlos Ibáñez del Campo, y Marmaduke Grove, un aviador de ideas progresistas. Pero el poder lo asumió una Junta de Gobierno, integrada por el general Luis Altamirano, almirante Francisco Neff y el general Juan Pablo Bennet, vale decir, el alto mando de las Fuerzas Armadas, incluyendo la Marina, reconocidamente antialessandrista, en los días posteriores al 5 de septiembre. Esto representaba un giro hacia la derecha y su advenimiento, que se veía venir, fue probablemente, lo que precipitó el alejamiento de Alessandri y otorgó un cariz «unionista» a la Junta de Gobierno, provocando inmediatas diferencias entre ésta y la Junta Militar que representaba el verdadero espíritu de la rebelión.

Así, a los pocos meses, cundía el desaliento en el Ejército y la opinión pública. La Junta Militar se disolvió y comenzó una campaña para el retorno de Alessandri. La Junta de Gobierno terminó siendo apoyada por los sectores más conservadores, mientras los partidos Radical, Demócrata y ciertos sectores liberales, manifestaron su deseo de que se restableciera cuanto antes el gobierno civil.

De este modo se fue preparando la revuelta del 23 de enero de 1925, cuando el grupo de militares acaudillados por Ibáñez, el segundo gran líder de clase media del período después de Alessandri, derrocó a la Junta de Gobierno presidida por Altamirano. Una nueva Junta constituida por Emilio Bello Codesido, el almirante Carlos Ward y el general Pedro Pablo

Dartnell, anunció que se haría cargo del gobierno hasta que el presidente Alessandri reasumiera su puesto. Carlos Ibáñez asumió como Ministro de Guerra.

Alessandri fue ovacionado a su regreso a Chile en marzo de 1925. El acuerdo entre él y los militares era completo y se basaba en dos tareas principales: la elaboración de una Carta Fundamental que terminara con el régimen parlamentario y el posterior regreso de las Fuerzas Armadas a sus cuarteles.

Consecuentes con estos propósitos, Alessandri designó una Comisión Consultiva integrada por personas representativas de todos los círculos sociales y tendencias para preparar y organizar una Asamblea Constituyente la que, sin embargo, no llegó a materializarse. En cambio, la Comisión Consultiva elaboró un proyecto de Constitución que fue aprobada en un plebiscito. El 18 de septiembre se promulgó la nueva Constitución.

2.5 La Constitución de 1925

El nuevo texto consultaba el fortalecimiento del régimen presidencial respondiendo a una filosofía política que otorgaba al Estado un papel realizador, y en la incorporación de declaraciones respecto de los derechos sociales de las personas.

Diversas medidas reforzaron el Poder Ejecutivo y lo independizaron de las influencias del Congreso, terminando con el régimen parlamentario. Con ese propósito se suprimió la atribución del Parlamento de dictar periódicamente las leyes para cobrar contribuciones y mantener en pie a las Fuerzas Armadas, otorgándoles a éstas un carácter de permanentes, en tanto que para la ley de Presupuesto se estipuló que de no haber sido aprobadas el 31 de diciembre de cada año, regiría el proyecto presentado por el Jefe de Estado. Por otra parte, se suprimieron las facultades fiscalizadoras del Senado y se limitaron las de la Cámara de Diputados, llegando el Congreso a disponer casi únicamente de su facultad legislativa y de juicio político.

También se estableció la incompatibilidad del cargo de senador con el de ministro, intendente, gobernador o magistrado judicial (la incompatibilidad de los diputados ya existía), de manera de separar efectivamente los poderes públicos. Con el mismo objetivo se suprimió el Consejo de Estado y se creó un Tribunal Calificador de Elecciones, para eliminar criterios

políticos y abusos que habían afectado en el pasado al sistema electoral al ejercer el Congreso esa función.

El período presidencial se alargó a seis años y, con un afán de democratizar el país, se implantó un sistema de votación directa para las elecciones presidenciales, sustituyendo el sistema de electores, que existía hasta entonces.

La Constitución del 25 acogió un nuevo espíritu al incluir entre sus disposiciones la que señalaba que el Estado debía velar por la protección del trabajo, la industria y la previsión social, reconociendo a cada chileno un bienestar mínimo, especialmente en cuanto a habitación sana y condiciones económicas que le permitieran la satisfacción de necesidades personales y familiares. Además se proclamaba como deber del gobierno preocuparse por la salud pública. El mismo sentido tenía la disposición que sujetaba el derecho de propiedad a las «reglas que exijan el mantenimiento y el progreso del orden social».

Finalmente, la Constitución de 1925 estableció de modo oficial la separación de la Iglesia y el Estado, concluyendo un proceso que durante las últimas décadas del siglo xix había creado conflictos permanentes entre laicos y católicos.

2.6 La dictadura de Ibáñez

En los días siguientes a la promulgación de la nueva Constitución, las diferencias entre los militares y el Presidente se fueron agudizando y culminaron con presiones directas del coronel Ibáñez, lo que llevó a Alessandri a renunciar por segunda vez antes de concluir su mandato.

Así se inició la pugna entre Ibáñez y Alessandri y el período de inestabilidad política y de cuartelazos que caracterizarían los años siguientes.

Una nueva elección llevó al poder a Emiliano Figueroa, en cierto modo representando la reacción de la oligarquía que luchaba por recuperar el mando. Pero Ibáñez continuó como Ministro de Guerra y luego como Ministro del Interior, desempeñando el papel de hombre fuerte del régimen, dispuesto a no transar respecto de los propósitos iniciales de la intervención militar.

Finalmente, ante la defensa que hizo la Corte Suprema de la autonomía del Poder Judicial, se llegó al enfrentamiento entre ésta e Ibáñez, conflicto que culminó con la renuncia del Jefe del Estado, Emiliano Figueroa, que era hermano del Presidente

del máximo tribunal, Javier Ángel Figueroa. Así consolidó su poder Carlos Ibáñez, quien fue elegido como Presidente de la República en 1927, en una elección controlada.

Mientras Ibáñez fue dictador y Alessandri fue desplazado de la arena política, la Constitución de 1925 no entró en vigencia.

También Ibáñez trajo nuevas caras al ministerio. Desde 1927 destacaron: Pablo Ramírez, notable estadista, Conrado Ríos Gallardo, Eduardo Barrios, Alberto Edwards Vives, Pedro Blanquier. Algunos de la oligarquía, otros de la nueva clase media.

Primero como ministro y luego como Presidente, Ibáñez enfrentó a los partidos tradicionales reunidos en el Congreso. Inició un gobierno de rasgos dictatoriales que provocó detenciones, relegaciones, deportaciones, exilios y limitación de otras libertades civiles, entre ellas las de la prensa. Estas medidas afectaron a comunistas como Manuel Hidalgo y Carlos Contreras Labarca; a dirigentes obreros de diversas ciudades del país; a parlamentarios y muchos importantes políticos de la época. Es así como fueron deportados Arturo Alessandri y dos de sus hijos; el connotado parlamentario Manuel Rivas Vicuña; Agustín Edwards Maclure, dueño del diario *El Mercurio* el que no por ello dejó de apoyar al régimen; los senadores Luis Salas Romo y Luis Alberto Cariola; los diputados Pedro León Ugalde, Galvarino Gallardo, Ernesto Barros Jarpa, entre otros, y los militares Sócrates Aguirre y Enrique Bravo. También Pedro Aguirre Cerda, Rafael Luis Gumucio, Gustavo Ross y otros tuvieron que abandonar el país.

Las críticas del Presidente se dirigieron con especial dureza hacia los partidos políticos y los políticos y consideró necesario fundar un partido único de gobierno, la Confederación Republicana para la Acción Cívica (CRAC), en un arranque fascistoide que no se consumó. Por su parte, los partidos existentes actuaron muy divididos, pues en todos ellos había elementos ibañistas.

Fue así que si bien, durante esta etapa, Ibáñez utilizó el instrumento de los decretos leyes para gobernar, también contó con el apoyo del Congreso que aprobó numerosas iniciativas presidenciales a pesar de las persecuciones de que habían sido objeto algunos miembros de los mismos partidos allí representados.

En 1930, en su intento por controlarlos, Ibáñez llegó a nombrar a todos los miembros de la nueva legislatura, de modo que ésta fuera dócil a sus propósitos. Para lograrlo, reunió a presidentes de partidos de derecha y de izquierda, a fin de

confeccionar listas de candidatos para unas elecciones que no se realizarían, pues conforme a la ley electoral vigente, si había igual número de candidatos que de vacantes a llenar, los que se presentaran resultaban automáticamente elegidos. Así surgió el llamado «Congreso Termal», cuyo nombre deriva del lugar donde se llevó a cabo su designación: las Termas de Chillán. Muchos de los «elegidos» se negaron a asumir su puesto en el Congreso; otros lo aceptaron.

Ibáñez intentó darle a su gobierno un carácter nacionalista con algunos rasgos corporativos, a imitación de las experiencias contemporáneas de Mussolini en Italia y de Primo de Rivera en España.

Por otra parte, el apoyo incondicional de los militares y su carácter de único caudillo lo llevaron a abandonar, cada vez más, los conductos legales, especialmente a causa de la crisis económica de 1929. De este modo, las leyes sociales aprobadas en 1924 quedaron postergadas por varios años más. Lo mismo sucedería con la Constitución de 1925 que sólo empezaría a regir en el período posterior a 1932.

2.7 La caída de Ibáñez

Las conspiraciones para derrocar a Ibáñez venían produciéndose desde 1928, tanto en el país como en el exilio. En ellas participaban destacadas figuras del mundo político, como el ex Presidente Arturo Alessandri, desde Europa, y oficiales activos como el coronel Marmaduke Grove.

Pero a las conspiraciones se sumó decisivamente la crisis económica. Esta hizo estallar el descontento de diferentes sectores sociales. Primero fueron los estudiantes universitarios los que ocuparon la casa central de la Universidad de Chile. Luego se manifestaron los profesionales empleados y trabajadores en general; una multitud se volcó a las calles de Santiago.

La represión cobró doce muertos, lo que agudizó aún más la protesta ciudadana. Entre continuar la represión o renunciar, Ibáñez, en un gesto noble, optó por lo último. Solicitó al Congreso autorización para ausentarse del país y entregó el poder al presidente del Senado. El 27 de julio, Ibáñez se dirigió por tierra a Argentina.

Se convocó a elecciones presidenciales para el 4 de octubre de 1931. Estas se realizaron después de un frustrado intento de

sublevación de la marinería de la Escuadra, sometida después de una breve, pero sangrienta refriega. Triunfó en ellas el radical Juan Esteban Montero, pero su gobierno duraría poco.

2.8 La República Socialista

La crisis económica seguía siendo muy seria, el mundo político permanecía turbulento y las Fuerzas Armadas continuaban deliberando. En ese contexto se produjo ahora la sublevación de la Escuela de Aviación de El Bosque bajo las órdenes del coronel Marmaduke Grove. El movimiento se extendió y Montero tuvo que renunciar. Se formó una Junta de Gobierno que proclamó la instauración de la República Socialista de Chile.

La República Socialista comprendió gobiernos de signos diferentes. La primera Junta de Gobierno estuvo integrada por el general (r) Arturo Puga, el socialista Eugenio Matte Hurtado y el ibañista Carlos Dávila. Su programa buscaba organizar técnicamente las fuerzas productoras bajo el control del Estado. Por medio de un decreto disolvió el Congreso Termal, porque éste no era fruto de elección popular.

Pero pronto chocaron Grove, que era Ministro de Defensa, con Dávila, lo que culminó en un nuevo golpe que entregó a Carlos Dávila al control del poder apoyado por el coronel de Ejército Pedro Lagos. Grove y Matte fueron apresados y enviados a la Isla de Pascua, formándose una nueva Junta presidida por Dávila e integrada por Alberto Cabero y Nolasco Cárdenas Avendaño. El ibañismo dominaba en esta segunda Junta. Se decretó estado de sitio con ley marcial en todo el país, toque de queda, censura de radios. Todo ello ocurrió en menos de un mes. En esas circunstancias se convocó a elecciones para formar un Congreso Constituyente que diera al país una constitución socialista.

En los dos meses que duró la administración de Dávila se manifestaron nuevos intentos de sublevación, los que finalmente lo obligaron a renunciar. La presidencia quedó en manos del general Bartolomé Blanche, quien convocó a elecciones presidenciales. Pero los militares habían caído en el descrédito y se temió que no entregaran el poder. Surgió entonces un movimiento de civiles y militares que exigía tanto la constitución inmediata de un gobierno civil que diera garantías al próximo acto electoral, como la marginación de las Fuerzas Armadas del acontecer político.

En Santiago se formó la Milicia Republicana con el fin de evitar otros golpes militares, (pero… «contra los rotos», según dijo uno de sus dirigentes) la que terminó, años después, antes de disolverse, como estrecha aliada de los militares. En Antofagasta un movimiento constitucionalista de militares y civiles se enfrentó seriamente con el gobierno y colocó a la provincia en abierta rebeldía, recibiendo el apoyo de otras regiones. Las Fuerzas Armadas se veían atacadas y humilladas por civiles que los culpaban de la situación nacional. Bajo estas presiones, el general Blanche entregó el poder al presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel, quien encabezó los comicios en que resultó elegido por segunda vez, Arturo Alessandri. Este había regresado a Chile tan pronto había caído Ibáñez.

La pregunta que queda es ¿eran realmente socialistas estos socialistas? Creemos que sí en sus buenas intenciones y su muy vaga comprensión de Marx (algo que después también ha sucedido).

2.9 Los problemas fronterizos chilenos, 1920-1932

Hacia 1920 Chile tenía problemas fronterizos pendientes con Argentina y Perú. Con la primera de estas naciones se mantenían los de Palena, Laguna del Desierto y el Beagle, donde se disputaba la soberanía de aguas e islas. En el caso de Palena, ya vimos que sólo se solucionaría en la década de 1960. En cuanto al Beagle, protocolos firmados en 1915, 1938 y 1960, para llevar el problema ante el árbitro británico, quedaron sin ratificar. Laguna del Desierto se solucionaría durante el mandato del Presidente Aylwin.

Por otra parte, durante estos años se logró poner solución al grave diferendo con el Perú, que se arrastraba desde 1883, sobre la soberanía de Tacna y Arica. Después de un fallido intento de arbitraje norteamericano sobre la base de la realización del plebiscito, consultado en tratado de 1883 y tantas veces postergado, se llegó a un acuerdo mediante una negociación directa, obviando la consulta plebiscitaria. Fue así que en junio de 1929 se suscribió en Lima un tratado que disponía en su artículo segundo: «El territorio de Tacna y Arica será dividido en dos partes, Tacna para el Perú y Arica para Chile. La línea divisoria entre dichas dos partes, y, en consecuencia, la frontera entre

los territorios de Chile y Perú, partirá de un punto en la costa que se llamará 'Concordia', distante diez kilómetros al norte del puente del río Lluta, para seguir hacia el oriente paralela a la vía de la sección chilena del Ferrocarril de Arica a La Paz».

En un protocolo adicional se disponía que las partes no podían, sin «previo acuerdo» entre ellas, ceder a una tercera nación todo o parte del territorio objeto del tratado.

Así quedó fijada en forma definitiva la frontera entre Chile y Perú. En el hecho, esto significó que la provincia de Tacna retornó al Perú, en tanto que Arica continuó siendo chilena, estatus que persiste hasta hoy.

2.10 LA ECONOMÍA

Tasa anual de decrecimiento del PIB 1920-1932 -1.06. Tasa anual de decrecimiento del PIB per cápita, 1920-1932 -3.00%.

Estas cifras deben explicarse. Hasta 1929 el crecimiento del PIB anual y per cápita fue muy alto debido al crecimiento de la economía mundial en la segunda parte de la década de 1920. Pero vino la semana negra de Wall Street y la economía mundial entró en una profunda recesión. Por lo tanto hay que diferenciar. Hasta 1929, el crecimiento del PIB chileno fue alto, sin embargo los años siguientes se hundió.

Hemos visto que durante la década siguiente a la Primera Guerra Mundial se produjo un período de expansión en la economía mundial; aunque para la economía chilena un problema grave de la postguerra fue la pérdida del monopolio mundial del salitre. La competencia del salitre sintético, cada vez más barato, significó una paulatina, pero fuerte, disminución del ingreso nacional, que repercutió en un progresivo déficit fiscal. Se intentó racionalizar la producción del salitre para lograr algún control del mercado, para lo cual, el año 1931, se creó la Corporación de Salitres de Chile (COSACH), ésta era una sociedad anónima donde estaban representados los productores particulares y el Fisco, pero la edad de oro del salitre ya había pasado. A comienzos de 1934 COSACH fue reemplazada, por COVENSA (Corporación de Ventas de Salitre y Yodo).

Se crearon nuevos impuestos en 1924 y 1925; tributos a la renta, proporcionales y progresivos.

Sin embargo la principal razón de la bonanza de la economía chilena entre los 1925 y 1929 se debió a que la economía mun-

dial se expandió fuertemente y Chile tuvo fácil acceso al crédito internacional, en particular norteamericano, abundante y fácil.

2.12 Crecimiento del Estado

En la década de 1920 el Estado inició un proceso de ampliación de su gestión que se acercó al concepto del «estado benefactor», pero manteniendo profundas desigualdades. Asumió un papel fundamental en el desarrollo económico y social del país. Los medios para llevar a cabo esta actividad fueron una alta inversión fiscal, el fomento de las obras públicas y el aumento de la burocracia. Nuevos organismos del Estado fueron creados para otorgar facilidades crediticias a las distintas ramas de la producción y el Estado encabezó y dirigió un proceso de industrialización. Surgieron instituciones como el Instituto de Crédito Industrial, el Ministerio del Desarrollo, la Dirección de Industrias Fabriles y la Caja de Colonización Agrícola. Para defender la producción nacional se alzaron las tarifas aduaneras. Otro aspecto fundamental de este período fue la reorganización de la administración pública, se fundaron la Contraloría General de la República, que tenía por objeto controlar la burocracia en expansión y la Tesorería General de la República. El proceso culminó con la dictación del Estatuto Administrativo en 1930.

Además, por primera vez comenzó a pensarse en planes de fomento y el Estado comenzó a actuar como empresario, ya fuera en sociedades mixtas o creando empresas estatales como la Fábrica y Maestranza del Ejército (FAMAE) y la Línea Aérea Nacional (LAN).

Hacia fines de la década de 1920 la economía chilena se veía próspera. La industria estaba en expansión, el Estado invertía fuertes sumas en la construcción y gran cantidad de créditos externos les daban holgura a las finanzas nacionales. Pero en esto último radicaba, justamente, su debilidad. Gran parte de la actividad nacional y el equilibrio de la balanza de pagos dependían de los préstamos extranjeros de origen norteamericano.

Varios puertos estaban en construcción, entre ellos: Talcahuano, San Antonio, Quintero, Antofagasta y Arica. Pero notoriamente Valparaíso, donde se estaba construyendo el Molo de Abrigo, gigantesca estructura de concreto, que aseguraba el puerto, abierto y malo en cuanto tal, contra los temporales. Hacia el final del molo, la profundidad en que se asentaban sus enormes bloques de hormigón era de más de 60 metros.

2.13 La crisis de 1929

Si bien, como dijimos, la década de 1920 fue muy buena para la economía mundial, hacia 1928 había ciertos indicios del fin de aquella prosperidad, pero pocos pudieron percibirlos. Por el contrario, una ola de optimismo recorría el mundo de los negocios.

Los valores en la Bolsa de Nueva York subían semana a semana a un ritmo vertiginoso, culminando entre julio y septiembre de 1929. Sin embargo, aquello era un fenómeno artificial producto de especulaciones y pronto sobrevino el derrumbe. La tendencia a la baja comenzó en septiembre y estalló el día 24 de octubre, conocido como «Jueves Negro».

La crisis se extendió rápidamente de Estados Unidos a Europa, y luego al resto del mundo, afectando especialmente al sistema financiero y comercial latinoamericano. Se paralizaron los préstamos e inversiones tan prolíficos en los años anteriores y se deterioraron definitivamente los términos de su intercambio comercial, en la medida en que bajaron los precios de las materias primas al descender la producción industrial de los países desarrollados. Como consecuencia de lo anterior en América Latina (y Chile) disminuyeron, bruscamente, su poder de compra.

2.14 La crisis y la economía chilena

La prosperidad de la economía chilena en los últimos años de la década de 1920, como dijimos, tenía mucho de artificial porque se basaba en los préstamos externos. Estos permitían que el país gastara más allá de sus posibilidades reales. Para pagar el servicio de esta deuda el Fisco recurría a nuevos empréstitos. El país estaba, pues, en una situación muy vulnerable respecto del sistema financiero mundial y fue duramente afectado por la crisis al suspenderse bruscamente los créditos. El déficit se tendió a saldar en un comienzo recurriendo a las reservas de oro del Banco Central, de modo que estas también disminuyeron drásticamente.

Por otra parte, como consecuencia de la crisis, las exportaciones de salitre cayeron en cerca de un 90%, desde 2.898.000 toneladas en 1929 hasta poco más 250.000 toneladas en 1932. Las exportaciones agrícolas fueron en 1932 un 86% más bajas que en el período 1927-1929.

Finalmente, ante la falta de demanda, también a causa de la crisis, los precios bajaron, declinó la actividad productiva y

se suscitó una fuerte cesantía. Fue la etapa deflacionaria de la crisis económica chilena (1930-31). Todas las áreas productivas se vieron afectadas: la minería y el salitre la agricultura, la construcción, la industria. El número de cesantes fue –al parecer– un poco superior al 20% a nivel nacional y en el salitre, superior al 25%. Las epidemias, el hambre, la falta de habitaciones, era la realidad de los trabajadores salitreros del norte deambulando por la capital, sin trabajo ni parientes.

En julio de 1931, debido a la imposibilidad de pagar el servicio de la deuda externa, se recurrió a medidas que dieron origen a la fase inflacionaria de la crisis económica que se prolongó entre ese mes y diciembre de 1932. Se había introducido el control de cambios; esta medida permitió al gobierno emitir para financiar su déficit y el circulante aumentó bruscamente, desatándose ahora la inflación. Este fenómeno fue especialmente agudo durante la República Socialista.

Durante todo este período de inestabilidad política, los gobiernos no fueron capaces de crear programas orgánicos para enfrentar la situación, sino que se limitaron a aplicar medidas aisladas para solucionar los problemas más agudos.

Recién en 1932 la industria chilena comenzó a expandirse como respuesta a la demanda del mercado interno la que no se podía satisfacer con importaciones por falta de divisas con que pagarlas.

2.15 La Sociedad

2.16 Demografía

La población de Chile en 1930 era de 4.290.000 habitantes. Ya se empezaba a notar un aumento rápido, el que se extendería hasta la década de 1970. También la tendencia a la disminución de población rural y el aumento de la urbana.

2.17 Los grupos medios se hacen más complejos; los sectores populares.

Durante la década de 1920 se hizo evidente la transformación social caracterizada por la pérdida de prestigio y poder de la oli-

garquía y la consolidación de la clase media. La influencia comenzó a hacerse sentir con fuerza en la vida nacional: en la política –ya fuera en los partidos o en las Fuerzas Armadas– en la administración pública, en el comercio, la industria y en la vida cultural. Ya hemos hecho notar que todos los presidentes de la República chilenos, desde entonces, serían de origen medio. Lo mismo ha sucedido con la mayor parte de los ministros y parlamentarios, incluso en la Iglesia Católica, figuras e origen medio llegarían a los más altos cargos después de 1940. Por ejemplo: José María Caro que fue primer cardenal chileno y arzobispo de Santiago.

Caro nació el 23 de junio de 1866 en Pichilemu. Estudió en la sección San Pedro Damián del Seminario de Santiago. Continuó sus estudios superiores en Roma, en el Colegio Pío Latino y en la Universidad Gregoriana, donde obtuvo el título de doctor en Teología. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1890, en esa ciudad italiana. Sus primeras actividades sacerdotales fueron como párroco del pueblo de Mamiña en Tarapacá, profesor del seminario de Santiago y vicario apostólico de Tarapacá.

En 1912, asumió como obispo de Iquique, cargo que desempeñó hasta 1925, cuando el papa Pío XI lo trasladó como obispo titular a la diócesis de La Serena.

En 1939, Caro retornó a la capital luego de ser nombrado Arzobispo de Santiago. El 17 de mayo de 1946, el Papa Pío XII lo ordenó cardenal en el Consistorio, convirtiéndose en el primero en nuestro país. Cuatro años después, la Santa Sede le dio el título de Primado de Chile, por sus 60 años de sacerdote. Falleció en Santiago el 4 de diciembre de 1958.

También el estamento militar tomó un definitivo signo mesocrático y se diversificó. Se creó el Cuerpo de Carabineros que unificó a la policía nacional, y la Fuerza Aérea de Chile (FACH) que fue escindida del Ejército como una rama independiente.

Esta consolidación de la clase media y la pérdida de poder por parte de la oligarquía fue la transformación social más significativa del período.

En cuanto a los sectores populares, ellos continuaron llevando en su mayoría la misma vida de comienzos de siglo. La organización obrera siguió respondiendo al liderato comunista –canalizado en la FOCH– y anarquista, expresado a través de la sección chilena de la IWW. Sin embargo, la mayor parte de los obreros no tenía conciencia política ni social definida. Como vimos, las huelgas abundaron durante el período que antecedió a la crisis de 1924.

Ellas fueron especialmente combativas en la zona del carbón, en la pampa salitrera y en Valparaíso. Y continuaron aún después de la promulgación, en 1924, de las leyes laborales y del Código del Trabajo que consagraron el derecho a asociación sindical y a huelga. Durante la dictadura de Ibáñez el movimiento obrero fue reprimido. Sus dirigentes fueron encarcelados y relegados.

Una característica novedosa del período fue la organización sindical campesina. A raíz de la crisis del salitre, muchos obreros volvieron a los campos y comenzaron a organizar allí sindicatos y huelgas. A fines de 1921, la FOCH convocaba en Santiago a la Primera Convención Campesina, la que contó con dos mil adherentes. Sin embargo, los sindicatos agrarios no pudieron prosperar, en gran medida porque los trabajadores conflictivos eran despedidos.

Iniciativa importante de esta época fue también el Código del Trabajo, que reunió la legislación social aprobada hasta ese momento y el Estatuto de la Universidad de Chile, que redefinió el marco de la enseñanza superior. Entre las reformas educacionales destacó la ampliación de la educación, haciéndola obligatoria de siete a quince años de edad.

2.18 La inmigración

En las décadas de 1920 y 1930 numerosos inmigrantes llegaron hasta Chile: árabes, yugoeslavos, italianos, que ya venían llegando desde antes de 1900; pero ahora también españoles, judíos alemanes, polacos y algunos rusos. Aunque no fue masiva, esta inmigración influyó considerablemente en la conformación de la clase media. Los españoles fueron madereros, panaderos y ferreteros, los italianos almaceneros, los árabes (que eran llamados turcos) empresarios textiles, almaceneros o dueños de paqueterías (tiendas de artículos varios). Los chinos que habían quedado en el norte de Chile después de la Guerra del Pacífico también se hicieron comerciantes minoristas, en calidad de dueños de almacenes o lavanderías y después restaurantes.

2.19 La salud

Hemos dicho que hacia comienzos del siglo XX buena parte del aparato de salud eran dirigidos por privados que, dentro de un

espíritu de filantropía, hacían una labor, que en estricto sentido, correspondía al Estado, más aún siendo un Estado rico por los recursos del salitre, aunque esto no se reflejara en crecimiento (ver supra). Pero al avanzar la centuria esto fue cambiando, en 1930 había 145 hospitales, la mayoría pertenecientes y dirigidos por el Estado.

Ya por entonces, muchas enfermedades que a comienzos de siglo eran muy graves, frecuentemente mortales, habían perdido en parte su peligrosidad. La sífilis, tifus, gripe, pulmonía (entre los viejos), varias a los huesos o a los órganos internos, incluso la viruela, que después de 1960, terminarían casi por desaparecer.

Interesante fue que durante estos años se inició el estudio del psicoanálisis y la puesta en práctica de terapias de psicología profunda y psiquiatría sobre la base de ésta. Casi todo este esfuerzo corrió por cuenta del doctor Fernando Allende Navarro, como veremos.

Pero la medicina y la salud eran muy diferentes al presente. De partida el combate contra enfermedades que hoy se tratan con éxito y que sobrevienen generalmente a determinada edad, como la operación de próstata en los hombres, o los problemas relacionados con el climaterio en las mujeres recién se comenzaba a aplicar. Pero no existía una conciencia clara de los problemas de ingerir grasas, en una época en que todo se freía en manteca y los colesteroles han de haber sido impresionantes e ignorados.

Otras, que todavía existen como la diabetes, estaban aún más vastamente extendidas, también la tuberculosis. Y así.

2.20 La cultura

2.21 La transformación del sistema educacional

El alfabetismo en Chile el año 1930 era de un 55%, entre chilenos de 7 años y más. Por otra parte, en 1920 se legisló haciendo obligatoria la educación primaria, por un período de cuatro años. El principio de la enseñanza primaria obligatoria adquirió rango constitucional en la Carta de 1925.

Posteriormente, durante el gobierno de Ibáñez, se introdujeron mayores transformaciones al sistema educacional. Hasta 1927 la

enseñanza en Chile estuvo organizada en dos sistemas paralelos. Uno, dependiente del Ministerio de Educación, que incluía la escuela primaria y algunos establecimientos de enseñanza técnica. El otro lo formaban el liceo y la universidad, siendo el primero preparatorio para el ingreso a la educación superior. La enseñanza en él estaba supervigilada por las autoridades universitarias. En 1927, toda la tuición sobre la enseñanza secundaria pasó al Ministerio de Educación. La educación primaria, que fue extendida a 6 años, fue concebida como preparatoria para el ingreso a la educación secundaria. Así esta se dividió en dos ciclos. En el primero se daba una formación de cultura general. En el segundo se optaba, ya fuera por una preparación para ingresar a la universidad o para incorporarse al mercado de trabajo, es decir, por la enseñanza técnica.

La educación siguió siendo concebida principalmente como una función del Estado (lo que venía desde la época de Barros Arana). Los particulares eran sólo cooperadores del Estado en la tarea de la enseñanza. Por eso sólo éste podía otorgar títulos y grados y la educación particular debía someterse a la programación oficial. El sistema universitario chileno también se amplió en la década de 1920 con la creación de nuevas universidades. En 1919 se fundó la Universidad de Concepción, gracias al apoyo de la comunidad penquista y de la masonería. En 1928 se creó la Universidad Católica de Valparaíso. En 1929 comenzó a organizarse, también en Valparaíso, la Universidad Técnica Federico Santa María, sobre la base de una donación de quien le legara también su nombre; su objetivo era entregar enseñanza técnica superior a quienes no podían financiarla.

En 1931, durante el régimen de Ibáñez, se reorganizó la educación superior al dictarse el Estatuto Orgánico de la Enseñanza Universitaria. En él se reconocía la existencia legal de las cuatro universidades privadas (las tres ya mencionadas y la Universidad Católica de Chile, fundada en 1888). La enseñanza que ellas dieran debía conformarse con los programas de la Universidad de Chile, y sus alumnos debían rendir exámenes ante comisiones nombradas por ésta para que sus títulos y grados tuvieran el mismo valor que los de la Casa de Bello.

El Estatuto de 1931 estableció la libertad de cátedra. Es decir, se garantizaba la total libertad de los académicos para exponer sus opiniones y doctrinas en sus clases. Pero la Uni-

versidad de Chile quedó dependiendo del Poder Ejecutivo en cuanto al financiamiento y al nombramiento de sus autoridades.

2.22 Colegios particulares y colegios fiscales

Desde mediados del siglo xix se habían establecido en Chile, nuevamente, los jesuitas, los que rápidamente establecieron una red de colegios. Los Sagrados Corazones hicieron otra y un poco después los padres alemanes de la congregación del Verbo Divino. Más adelante vinieron otras con clientela en la clase media católica, los Maristas, los Salesianos y otras fundaron sus propios colegios. Su educación aunque –comprensiblemente– muy sesgada en lo político-social, a pesar de las opiniones negativas de Darío Salas, Alejandro Venegas, Nicolás Palacios y los radicales en general, no era mala. Era la Iglesia Católica que, formalmente, se preocupaba por la naciente clase media. Pero una cosa era preocuparse de jóvenes de diverso origen social y otra juntarlos y revolverlos. El propio Seminario de los Santos Ángeles Custodios tenía una sección para los «medio pelos», la de San Pedro Damián y que recibían el mote de «damianos», donde estuvo José María Caro, que jamás se juntaban con sus compañeros de los «Ángeles Custodios».

Pero todavía hacia 1920-30, el Instituto Nacional y otros colegios fiscales «emblemáticos» producían los mejores egresados. La enseñanza fiscal tenía mejor nivel que la particular entre los varones y muchachas. Entre estas últimas, en la educación particular femenina, se reducía a la enseñanza del uso de algunos instrumentos musicales; la lectura y fundamentos de matemáticas. En cambio sí se enseñaba como ser una «señorita», entrenándolas en los usos «de sociedad».

2. 23 Las universidades estuvieron contra Ibáñez

Era una constante (excepción hecha de la Unión Soviética, el Régimen Nazi, Cuba, los regímenes de los socialismo reales durante la guerra fría y hoy Corea del Norte), que la actitud de todas las universidades y sus alumnos fuese en contra los regímenes de facto.

Pero vamos por parte. Tradicionalmente el pilar de educación superior chilena había sido la Universidad de Chile, fundada en 1842-43 y que había reunido un selecto cuerpo de profesores nacionales y extranjeros notable. Entre éstos, Andrés Bello, Ignacio Domeyko, Diego Barros Arana, Rodulfo Armando Phillipi, Bernardo Eunom Phillipi, José Joaquín Aguirre, Gustave Courcelle Seneuil.

La U. vivió una época de decadencia en la década de 1960 y después durante los años del gobierno militar. Nunca se ha recuperado plenamente.

Como se vio la Universidad Católica de Chile fue fundada en 1888, en un intento de tener un espacio donde recibieran educación superior jóvenes de un catolicismo militante. En un comienzo, con solo dos o tres escuelas, su nivel era pobre y ultra conservador. Pero en el siglo xx, merced a la obra de don Carlos Casanueva («el Nuevo Testamento» o «don Carlos Casaviejas») un rector igualmente conservador, pero inteligente, pudo conseguir fondos, expandirse y mejorar su nivel hasta el punto que en el presente, sea la mejor universidad de Chile.

La actual Universidad de Santiago, partió como Escuela de Artes y Oficios en 1840. En 1947 se transformó en Universidad Técnica del Estado y en 1981 en Universidad de Santiago.

2.24 Cambios en la Iglesia y mundo católicos

Aunque el grueso de la Iglesia Católica siguió estrechamente ligada al Partido Conservador y a posiciones ultramontanas, hubo sacerdotes y una juventud entusiasta que optaron por posiciones renovadoras fundadas en la encíclica Rerum Novarum (de 1891) y la doctrina de una serie de literatos y filósofos sociales franceses que proclamaban la necesidad de cambios sociales y la aceptación de la modernidad. Entre ellos Léon Bloy, Emmanuel Mounier y Jacques Maritain. La anec (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos), hasta entonces un club social, con el padre Óscar Larson se transformó en un núcleo de pensamiento y análisis. De allí saldrían después Eduardo Frei, Jaime Eyzaguirre, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Mario Góngora y otros. Pero no sólo Óscar Larson haría de espolón de las nuevas tendencias del catolicismo. Otra serie de sacerdote, jesuitas en su mayoría, harían un trabajo parecido. Entre ellos, los padres Vives Solar, Vives Estévez, Gómez Ugarte,

Monseñor Manuel Larraín y, aunque no en contacto directo con el mundo católico juvenil, el padre Alberto Hurtado.

Tuvieron la oposición de la mayoría del clero chileno, incluso del que sería Cardenal José María Caro Rodríguez.

Sin embargo otro proceso se estaba dando en la religiosidad de los chilenos: el aumento de los grupos protestantes y el cambio en la religiosidad en general. A comienzos del siglo xx, según el Censo de 1907, había en Chile 3.249.279 habitantes de los cuales 3.184.292, vale decir un 98% se decían católicos. Otros (ítem que incluye no religiosos, protestantes, ortodoxos, mahometanos y judíos) estaban incluidos en el 2% restante.

En 1952, según el censo de dicho año, sobre 5.932.995 chilenos, 5.313.473, o sea un 89.55%, se decían católicos; los protestantes eran 240.856, esto es un 4.05%; los ateos eran 189.717, un 3.19%; los judíos eran 11,496, un 0.19%; los ortodoxos 3.394, un 0.05%; los musulmanes 956, un 0.016%; los teósofos (¿?) 670, un 0.011%; los budistas 286, un 0.004% y de religión ignorada 172.147, un 2.9%.

2.25 Desaparecimiento de etnias

En el extremo sur desde mediados del siglo XIX había una guerra entre los colonos ovejeros y las etnias fueguinas, Yamanas, Onas y Alacalufes. Los colonos contrataban cazadores de hombres para que exterminaran a los indios, que mataban sus ovejas para alimentarse pues ellos habían acabado con los guanacos, otrora su alimento. El hecho es que los pueblos primitivos desaparecieron. Los cazadores debían exhibir piezas anatómicas, en especial orejas, para probar sus crímenes.

2.26 Literatura, nuevos horizontes

Una nueva ola de escritores, conocidos como «La generación de 1927» comenzó a publicar por estos años. Se alejaban de la corriente criollista y rural. Sin dejar de preocuparse por la identidad nacional, empujados por la crítica literaria, más que del ambiente popular tradicional se preocuparon de la interioridad de hombre, tomando así una perspectiva más universal. Lo imaginario lo mítico, lo hostil y la sufriente de la condición humana apareció como trasfondo de novelas y poesía. Se

pintó el drama de pobreza urbana. Carlos Sepúlveda Leyton, Alberto Romero, fueron quizá los más destacados entre estos novelistas. Juan Emar, emuló a Kafka, sin caer en la vulgaridad. Se descubrió el mar y Valparaíso. En esta veta (que no fue la única que exploraron) estuvieron Salvador Reyes, Mariano Latorre y Joaquín Edwards Bello y, poco después, Benjamín Subercaseaux. En poesía, los años que fueron de 1920 a 1932 también marcaron un giro hacia los valores estéticos mundiales, la realidad urbana y los temas marítimos. Vicente Huidobro, ya mencionado, todavía joven, adoptó la línea europeizante y universalista con su creacionismo. Gabriela Mistral en toda su obra y el joven Neruda (otro enamorado de Valparaíso y el mar) en sus primeros libros, aparecidos en esos años, se preocuparon de la soledad, el amor y la muerte. No es que se abandonase lo telúrico y criollo, pero dejó de ser «el tema» fundamental.

2.27 Filosofía

Enrique Molina fue la figura del ámbito filosófico de más renombre en la época, aunque no la única. Nació en la ciudad de La Serena el año 1871. En 1887 y gracias al apoyo paterno, viajó a Santiago con el propósito de estudiar Medicina. Después cursó la carrera de Derecho.

La fundación (1889) del Instituto Pedagógico, cuando él aún cursaba Leyes, le presentó a Molina un nuevo camino. Tras haberse titulado de profesor de Historia y Filosofía, Enrique Molina comenzó su carrera docente en el Liceo de Chillán. Tenía la tarea de implantar la reforma educacional decretada por gobierno. En ese recinto conoció a Alejandro Venegas, con quien desarrolló una estrecha y profunda amistad.

En 1905 fue nombrado director del Liceo de Talca, y llamó a Venegas a asumir la vicerrectoría de ese establecimiento. Durante la dirección del Liceo de Talca, Molina publicó sus primeros trabajos: *La misión del profesor y la enseñanza* (1907); *La filosofía social de Lester Ward; La ciencia y el tradicionalismo* (1909), y *El Pragmatismo de William James*.

Sus escritos y su desempeño lo convirtieron en el pedagogo más prestigiado de su generación. Esto le valió el reconocimiento del gobierno, que lo envió a perfeccionarse a Alemania y Francia, en 1911, y posteriormente a Estados Unidos.

En 1916, Molina se hizo cargo de la rectoría del Liceo de Concepción. Su iniciativa lo llevó a presentar un proyecto al mismo Presidente de la República, Juan Luis Sanfuentes: fundar una universidad en esa ciudad. Inició entonces una campaña para obtener fondos para la nueva universidad, que nacería en 1917 sin el apoyo estatal.

Su obra filosófica -que lo convertiría en el más prestigiado filósofo americano de su tiempo- comprende textos como *Filosofía americana, Las democracias americanas y sus deberes; Proyecciones de la intuición,* y *Nietzsche dionisíaco, asceta*. En 1947 se hizo cargo de la cartera del Ministerio de Educación Pública. Aceptó con mucho entusiasmo tal designación.

Sin embargo, muy pronto debió enfrentarse no solo a las limitaciones económicas de un presupuesto ineficiente, sino también a la crítica de su filosofía tildada de individualista y atea. Para Molina el lema del Estado docente no pasaba de ser «un verbal saludo a la bandera», ya que el gobierno no entregaba fondos suficientes a la educación.

2.28 Artes plásticas y arquitectura

Según los historiadores de arte, en pintura también se retornó a los valores cosmopolitas y europeos de vanguardia en particular. Se formó el grupo «Montparnasse» y Camilo Mori, Luis Vargas, Julio Ortiz de Zárate, entre otros, pasaron largas temporadas en París. Lo mismo sucedía, aunque en menor medida, entre los escultores. También fue importante el llamado «Salón del 28», donde, ese año, una serie de pintores expresaron una abierta rebeldía contra las tendencias academicistas todavía preponderantes. Entre ellos ya destacaba Matta, otros eran María Tupper, Marcos Bontá, Hernán Gazmuri, Inés Puyó, todos cercanos al Montparnasse. En arquitectura, por otro lado, casi simultáneamente con la remodelación y destrucción de iglesias y casas coloniales, la que proseguía; quizá por influencia peruana o andina, se comenzaron a valorar algunos de sus elementos. Pero más importante fue la influencia de tendencias modernas surgidas en Europa y EE.UU.; la «Bauhaus» y los edificios de las grandes urbes norteamericanas comenzaron ser copiados en Chile, iniciándose una tendencia que sería apabullante en las décadas siguientes.

Otro pintor que destacó en Chile de la época fue Arturo Pacheco Altamirano. Su formación plástica fue autodidacta. Sus primeras exposiciones fueron en Santiago. En 1935 realizó un primer viaje a Buenos Aires; dos años después en Lima, En 1950 viajó a Estados Unidos y expuso en la sala de la Unión Panamericana en Washington y también en Nueva York.

Pacheco Altamirano fue un pintor instintivo que inmortalizó la Caleta de Angelmó (Puerto Montt) en innumerables cuadros. Amó el mar.

2.29 La radio, el cine

Durante la década de 1920 comenzaron a tener primacía los patrones culturales urbanos. Apareció la radio (*Radio Chilena,* marzo de 1923), se popularizó el cine, y con ello penetraron las costumbres norteamericanas, nuevos bailes y nuevas modas que dejaban ver parte del cuerpo femenino, con el consiguiente escándalo de muchos. Así, las formas de vida urbana iniciaban un rápido proceso de transformación en imitación a lo que se veía en la pantalla o en revistas. Después en los años 1940 y 1950 se harían muy populares algunos programas «Hogar chileno» con la Desideria (Ana González) y después «El gran teatro de la historia» y, en la tarde «Residencial La Pichanga». Pero los favoritos eran los radioteatros, lacrimosas historias, que, en especial las mujeres y entre estas, las empleadas domésticas (después «nanas»), no se perdían. En las décadas de 1940 y 1950, la música que se transmitía era casi exclusivamente tango y canciones mexicanas; después entraría la cumbia y «la nueva ola».

Las «máquinas», como los tocadiscos –para discos de 78/r. pm; de 33.1/3 y 45 r.pm; y después los tocacintas, en la década de 1960 y, ya en el presente, los discos compactos, entraron en Chile a través del sector social alto–, lo que parece natural, pero rápidamente se esparcieron por los hogares de Chile. Hoy están en la inmensa mayoría de estos.

2.30 Deportes

Durante la primera mitad del siglo xx chileno hubo deportistas legendarios (algunos todavía vivos). En Ámsterdam 1928 se alcanzó la primera presea olímpica. Allí, el suplementero Manuel

Plaza, de San Bernardo, participó en la maratón. Se dice que Manuel Plaza se extravió en el camino hacia el estadio, lo que permitió que el argelino *El Ouafi* lo sobrepasara. Finalmente, Plaza alcanzó la medalla de plata.

También fue la gran época del boxeo. Los boxeadores Tani Loayza y Arturo Godoy sobresalieron. Famoso fue Estanislao Loayza Aguilar; el «Tani», fue el primer boxeador chileno de gran categoría, nacido en Iquique, que disputó una corona del mundo, en la categoría de los livianos, el 13 de julio de 1925 en Nueva York. Un desafortunado accidente (lo pisó el árbitro quebrándole un pie, no se sabe si intencionalmente o no) lo privó de alcanzar la gloria. El Tani fue el tío además de otros tres boxeadores no sólo de Chile sino que también de América Latina. Humberto, Rubén y Mario, que no tuvieron el mismo ritmo triunfador.

Arturo Godoy Ponce fue otro ídolo del boxeo chileno de entonces. Llegó a pelear dos veces con Joe Louis. En la primera estuvo cerca del triunfo, el 9 de febrero de 1940. En la segunda no. De todos modos llegó a ser un ídolo en Chile.

2.31 Otros logros deportivos

El capitán Alberto Larraguibel batió el récord mundial de salto alto a caballo en 1949 montado en *Huaso*, al saltar 2,47 metros.

A comienzos de la década de 1950, fue el turno de los atletas, Marlene Ahrens, medalla de plata en jabalina en los juegos olímpicos de Melbourne en 1956 y después de Ramón Sandoval, quien entre 1956 y 1961, fue el mejor medio fondista de Latinoamérica.

Desde comienzos de siglo se practicaban en Chile otros deportes que exigen gran esfuerzo físico, en concreto el fútbol. Hacia 1930, este ya se había convertido en «pasión de multitudes». Se fundaron los grandes clubes de fútbol que existen hasta el presente, convertidos ahora, siguiendo una tendencia mundial, en grandes empresas, algunos con nombres ingleses (Wanderers, Everton, Rangers... de Talca, entre otros); pero los más importantes han sido Colo Colo, Universidad de Chile y Universidad Católica de Chile. Otros han representado colonias de extranjeros residentes en Chile, como Unión española, Audax (de Italia) y Palestino. En la década de 1960 otros clubes de provincia integraron la liga mayor, donde ya estaban Wanderers de Valparaíso y Everton de Viña de Mar. Entre estos; Rangers, Cobreloa, Cobresal, U. de

Concepción, La Serena, Coquimbo Unido, San Felipe, Naval, Antofagasta y varios más. Hoy día, como ocurre en todo el mundo, los clubes de fútbol crean lealtades y movilizan más público que los partidos políticos o las religiones. También se ha caído en excesos en este aspecto. Pero asimismo es un fenómeno mundial. Son tres los elencos que reúnen más simpatizantes. El principal clásico es entre Colo Colo y la Universidad de Chile; otro clásico que otrora reuniera mucho público era el «Universitario», entre la «Católica» y la «Chile, especialmente por los espectáculos o «barras» que se ofrecían al público antes del partido. Ahora esos espectáculos se han reemplazado por vandalismo entre grupos de delincuentes, las barras «bravas», que se enfrentan y a veces emprenden la destrucción de los estadios.

Pero el hecho es que el estadio, como el cementerio, la catedral, la plaza de armas o principal y antes la estación de ferrocarril, forman hitos que se encuentran en toda ciudad del Chile contemporáneo. Nos referiremos de nuevo al fútbol cuando tratemos el mundial de 1962.

Poco después entraría el ski en los inviernos y el tenis, deporte en el que los chilenos siempre han destacado con figuras de categoría mundial, desde Anita Lizana, campeona en Forest Hills, Lucho Ayala el mejor tenista en arcilla de su tiempo, dos veces finalista en Roland Garros. Luego Jaime Fillol, Patricio Cornejo y Hans Gildemeister y después Marcelo Ríos, que llegó a ser número 1 de mundo, y Nicolás Massú, medalla de Oro en los juegos olímpicos de Atenas 2004 en individuales y Fernando González, medalla de oro en dobles y medalla de plata en individuales. También destacaron algunos tiradores: Gilberto Navarro y Juan Enrique Lira. Así como también algunos arqueros.

2.32 Vacaciones y balnearios

Las vacaciones fuera de Santiago, todavía un privilegio de los sectores sociales altos y de la clase media acomodada, ya no significaban estadías en los fundos, o encuentros sociales en Viña del Mar, Cartagena y Constitución. El baño de mar, los deportes náuticos, los largos paseos y la sociabilidad de balneario, donde se armaban pololeos y surgían amistades, cambiaron el estilo de vida de quienes los disfrutan. Los sectores sociales medios poco a poco fueron incorporándose a este mundo de las vacaciones en la costa, en los mismos u otros balnearios que

la clase alta. Los sectores populares urbanos no la harían hasta la década de 1950 y los rurales sólo hacia fines del siglo xx.

2.33 La hípica

La hípica, si incluimos en ella las carreras a la chilena, viene de la época colonial, ¿pero era hípica? Pensamos que la hípica es la moderna y elegante, con todas sus múltiples reglas y ritos y caballos pura sangre, hasta el punto que es una actividad en que las carreras mismas son sólo una parte del complicado ceremonial, nació en Chile cuando el Club Hípico fue fundado en 1869. Sus primeras tribunas fueron de madera y cristal, pero en 1892 sufrió un devastador incendio arruinándolo completamente. Poco tiempo después se reconstruyeron las tribunas, que esta vez fueron construidas en hierro y cristal. El actual edificio, obra del arquitecto chileno Josué Smith Solar, fue inaugurado el 1923. Estas tribunas fueron construidas a imagen y semejanza del hipódromo francés de Longchamp.

Ha tenido visitas ilustres como los Príncipes Enrique de Prusia; Fernando de Baviera; Humberto de Saboya; Eduardo de Windsor, el Príncipe de Gales; la Reina Isabel II de Inglaterra, el Príncipe Felipe de Borbón; el ex Presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt y Sara Ferguson, Duquesa de York, y una serie de presidentes.

En cuanto a los chilenos; hay decenas de miles que vivían (y viven) para la hípica, aunque menos que para el fútbol, después de 1930: Conocían (y conocen) los *pedigree* de todos o casi todos los caballos que participaban, tenían revistas y se les dedicaba una página en algunos diarios. Aun cuando el interés por la hípica ha ido bajando durante las últimas décadas, mucho de lo dicho permanece. Hay otros hipódromos importantes además del Club Hípico; el Sporting Club de Vina del Mar y el Hipódromo Chile en Santiago.

2.34 Bandidos y crímenes célebres

Bandidos existieron Chile desde la Independencia y mucho antes. Pero hay algunos que han dejado una profunda huella en la mentalidad, principalmente popular y no siempre se sabe que hayan sido bandidos. En Santiago crímenes como los de Sara Bell, en

1896, que nunca se terminó por aclarar; el cometido por María Carolina Geel; por Becker, el alemán; por Roberto Barceló con su esposa Raquel Larraín, un asunto muy complejo. También la capital, al lado de la estación Central, adornado con varios cientos de velas se honra a «Romualdito», transformado en ícono, pero no hemos logrado saber si fue víctima o victimario, probablemente lo primero. El Huaso Raymundo; la asesina de las «casitas de agua», que terminó libre pero vieja. Émile Dubois, verdadera leyenda en Valparaíso. San Felipe hizo su aporte con el «Tucho Caldera» (de la alta sociedad sanfelipeña). Su suegro un rico miembro de la colonia árabe desapareció un día; el Tucho era el más afligido; salía a caballo temprano. Varios le preguntaban, ¿Qué es de tu suegro? El, mirando hacia abajo decía «aquí lo llevo» y después se tocaba el corazón... todos sollozaban. El problema para el Tucho es que se dieron cuenta que verdaderamente ahí lo llevaba... y lo iba tirando en potreros de las cercanías. Lo fusilaron.

2.35 Vida Privada

2.36 La higiene

Poco se avanzó en materia de higiene privada en el breve período que fue entre 1920 y 1932. (Recordemos lo dicho al comienzo en el sentido de los ritmos, político, económico, social, privado, etc. son distintos). Lo verdaderamente curioso fue el afán de construir piscinas que tuvo Pablo Ramírez, uno de los más notables ministros de Carlos Ibáñez, todavía quedan algunas. Se ha especulado mucho por qué lo hacía. Gonzalo Vial tiene una respuesta malévola, pero que no está probada. Era la época. En la Alemania del Tercer Reich y la URSS de Stalin se estaba en lo mismo. La clase media y los sectores populares no participaron de los afanes de higiene. Eso comenzaría poco después.

2.37 Nuevos vestidos y bailes

Pero las formas de sociabilidad privados cambiaron en esos doce años en lo que ya mencionamos con relación a la mujer; primero del sector social alto y luego de todo el universo excepto los sectores campesinos y urbanos más modestos. Llegó la liberación de

los años 20, imitación de Estados Unidos y de Europa. La era del Charleston, la falda corta, las actitudes sensualmente audaces, los peinados provocativos, el maquillaje, que ya habían comenzado entre los sectores sociales altos y medios los años anteriores, se popularizaron. Se acabaron las largas polleras victorianas los corsets abrumadores, las poses ingenuas, y también, al menos en parte, los traumas sexuales. Todo esto tendría sus ires y venires y estaría muy influido por el descubrimiento del sicoanálisis y la literatura europea y norteamericana afectada por este, ya existente y, en parte, traducida a fines de la década de 1920 y comienzos de la de 1930 (D. H. Lawrence). El cine, del que nos preocuparemos en otra parte influyó más que la literatura en esta apertura y en el fin de la era victoriana. La verdad es que con la Primera Guerra Mundial se había ido todo un mundo.

2.38 Avances técnicos en la vida diaria

En suma continuando con lo sucedido a fines del período anterior ya visto y aprovechando los años de bienestar de fines de la década del 1920, las redes de servicios (luz, agua, gas,) se extendieron, al menos entre las casas de los sectores acomodados, por las principales ciudades de Chile y, ligándolas, el telégrafo que venía desde el siglo xix, pero ahora también crecientemente el teléfono. Llegaron las primeras heladeras y refrigeradores se ampliaron las redes de radio. Las estufas proliferaron y se extendió, relativamente, la «calefacción central». Las líneas de carros eléctricos en las ciudades más grandes, y el ferrocarril, experimentaron notables mejoras. Se electrificó la línea férrea entre Santiago y Valparaíso. La máquina de escribir, que existía desde comienzos de siglo, se multiplicó y sólo en el aparato judicial se siguió con el sistema arcaico de los documentos manuscritos, que permanecerían así hasta la década de 1980. Los baños de los hogares de clase alta y media cambiaron considerablemente con el agua corriente y el gas.

Episodio

Alpatacal

En julio de 1927 se produjo uno de los mayores desastres sufridos por el Ejército chileno en tiempos de paz. La Escuela

Militar se dirigía por tren a través de la pampa a Buenos Aires para participar en las fiestas de la independencia de la República Argentina. Aunque pasar la cordillera por tren en pleno invierno era peligroso, el general Ibáñez, entonces Ministro del Interior, insistió en que el viaje se llevara a cabo. En la capital del vecino país concurrirían también delegaciones numerosas de las escuelas militares de Brasil, Paraguay y Uruguay.

Representando a Chile viajaban dos compañías de cadetes el mando del coronel José María Barceló, más caballos e implementos de desfile. Después de una cordial acogida en Mendoza, el tren, especial, con doble locomotora, partió hacia el este. Sin embargo en la pequeña estación de Alpatacal, los esperaría la muerte. El convoy chocó de frente con otro tren que no se supo nunca por qué estaba estacionado allí, según algunos, en movimiento, según otros detenido. Un choque de frente en esas circunstancias no podía terminar sino en una tragedia. Fallecieron 28 personas entre argentinos y chilenos, varios eran cadetes de nuestra Escuela Militar.

Pese al desastre, una compañía continuó viaje, por orden del general Bartolomé Blanche, ahora Ministro de Guerra en reemplazo de Ibáñez que había sido elegido Presidente de la República y desfiló por Buenos Aires (sin tenida de parada) en medios de llantos y vítores del público argentino.

Un diario argentino escribió: «*Bajo una lluvia de flores, el heroico resto de la brillante falange de soldados enviada por Chile, desfiló esta tarde por nuestras calles. El pueblo los hizo objeto de una manifestación.* Aquí, se designó «Alpatacal» al patio principal de la nueva Escuela Militar que se construyó en 1948 en Avenida Américo Vespucio.

En homenaje a los caídos, la Estación Alpatacal cambió su nombre por el de «Cadetes de Chile».

Episodio

La rebelión de la escuadra

Para comprender este motín, es preciso ver los antecedentes. En agosto de 1931 los marineros de la Armada de Chile habían sido informados de una rebaja salarial de un 30%, que el Ministro de Hacienda, Pedro Blanquier, había aplicado a todos los funcionarios públicos, incluyendo a los de las Fuerzas Armadas.

Esta merma se sumaba a otra del el año anterior, que había reducido los sueldos de la Armada en un 10%, y a la pérdida definitiva de las bonificaciones adeudadas por concepto de períodos de instrucción en el extranjero. Así, cuando se buscó una explicación del motín surgió la tesis de la manipulación política, pero quizá sólo era económica. Sin embargo, se creyó que sublevación era fruto de la agitación e infiltración de elementos externos a la Armada. Esta tesis ofrecía varios posibles responsables. Pero la acusación más persistente y difundida es la que sindicaba al Partido Comunista de Chile como promotor en las sombras de todo el movimiento.

En cambio, el encargado de las negociaciones con los rebeldes por parte del gobierno, el contralmirante Edgardo von Schroeders, consideró decisiva la agitación a que habrían sido sometidos los marineros que fueron enviados a Davenport Gran Bretaña. Dicho destacamento había viajado al Reino Unido a hacerse cargo del acorazado *Almirante Latorre*, que estaba siendo modernizado. Según esta versión, políticos exiliados por el presidente Carlos Ibáñez, reunidos en el llamado *Comité Revolucionario de París,* habrían iniciado una campaña de propaganda entre la marinería. Entre los exiliados se encontraba, de hecho, también ex presidente Arturo Alessandri, eterno rival de Ibáñez.

Apuntando a otro de los miembros del grupo de París, en 1979 el general de ejército Tobías Barros Ortiz acusaba como instigador a Marmaduque Grove.

Pero esta acusación presenta una dificultad. El día que caía Ibáñez, 26 de julio de 1931, Grove llegaba a París después de vivir una larga odisea y escapar en una goleta tahitiana desde Isla de Pascua. Allí había permanecido confinado tras el llamado incidente del «Avión Rojo» de septiembre de 1930. Es decir que entre esa fecha y julio de 1931 Grove estuvo fuera de circulación.

Los oficiales navales de la época, como el ya citado von Schroeders, responsabilizaban también a los comunistas, en especial a un par de aspirantes a «contables» que habían sido contratados en el mundo civil para llenar los cupos necesarios en el *Almirante Latorre*, tras el regreso del acorazado a Chile. Eran los cabos despenseros Manuel Astica y Augusto Zagal. Astica había pertenecido a la *Unión de Centros Juveniles Católicos*, donde conoció al líder sindical Clotario Blest y había

realizado alguna labor política y periodística en las oficinas salitreras del cantón Antofagasta. No parece haber tenido antecedentes comunistas.

Tampoco es consistente con la teoría de la infiltración comunista el hecho de que el marinero que en su momento fue identificado por la prensa como el verdadero líder de la sublevación, el técnico en telecomunicaciones Guillermo Steembecker, nunca fue relacionado con actividades políticas de izquierda. De hecho años antes, el llamado «comodoro de los insurrectos», había tenido ocasión de ser secretario, en Talcahuano, de una asociación nacionalista de extrema derecha, la *Liga Patriótica Militar* de dicho puerto, hermana de otras *ligas patrióticas*.

Pero existen contradicciones entre las versiones conspirativas. El mismo contralmirante von Schroeders deslizaba sospechas acerca de la supuesta acción intrigante de un ex ministro del recién derrocado gobierno nacionalista de Ibáñez: el almirante retirado Carlos Froedden, ex titular de Interior, Guerra y Marina. Von Schroeders aseguraba que aquel oficial habría visitado localidades cercanas a Coquimbo antes y durante la Sublevación. Así, von Schroeders, simultáneamente, acusaba a los exiliados anti ibañistas –socialistas y alessandristas–, a un ministro ibañista y a los despenseros cercanos al comunismo. Además, estas versiones; la del *Almirante Latorre* infiltrado en Davenport; la de los dos cabos comunistas del *Almirante Latorre* no explican el casi instantáneo apoyo que la sublevación concitó en el resto de los buques, en diversos puertos y rutas, y en bases lejanas entre sí. Pues el motín no se concentró solo en el *Latorre*, sino que se extendió por Talcahuano, Valparaíso, Quintero y el resto de la escuadra estacionada en Coquimbo.

La versión posterior de uno de los principales cabecillas de la sublevación, Manuel Astica, involucraba más bien, a la oficialidad activa y a la molestia inicial de estos por el mismo problema del empobrecimiento que aquejaba a marineros y suboficiales: la rebaja de remuneraciones del 30%, que también los afectaba. Manuel Astica afirmaba que: «Los primeros que reaccionaron fueron los propios oficiales». Por otra parte, muchos oficiales cautivos por los marineros sublevados declararon después que fueron tratados de manera considerada. Pero por otro lado, es casi indudable que las relaciones entre jefes y subordinados se rompieron en algún punto. El anuncio de la rebaja de sueldos fue hecho a la tripulación por el propio

comodoro Alberto Hozven, quien se negó a cursar cualquier queja o petitorio por considerar que no cabía ese tipo de actitudes *antipatrióticas*».

El motín estalló en la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre. Los oficiales que se encontraban a bordo fueron encerrados en sus camarotes. Horas después se inició la comunicación entre amotinados y el gobierno central por medio un primer radiograma al Ministro de Marina. El mensaje estaba firmado por el «*Estado Mayor de las Tripulaciones*». Los marineros temían que la flotilla de submarinos fondeada en Talcahuano fuera usada por el gobierno en contra de los buques sublevados.

Sin embargo la insurrección pronto fue controlada en Coquimbo después de un ataque de la aviación que no produjo muchos daños, pese a la pésima artillería antiaérea de la flota de época. Los amotinados se rindieron. Quintero no fue problema, en cambio en Talcahuano hubo un duro combate en que se impusieron los militares de Ejército movilizados, con una cantidad relativamente importante de bajas, los marineros se rindieron. Hubo un juicio posterior, pero no fue serio y al final el suceso nunca se aclaró debidamente.

Episodio

La boya del Buey

A la salida del puerto de Valparaíso estaban los bajíos del Buey, que habían ocasionado numerosos naufragios. Hacia 1908 se instaló sobre estos, una gran boya, con un fuerte pito o sirena que se asemejaba al bramido de un buey, el sonido se convirtió en símbolo de Valparaíso cuando había tormenta. Sin duda quedó en el consciente o inconsciente de los, entonces, niños, del puerto.

1932-1952

3.1 La política, pugna a varias bandas

La gran crisis de 1929 tuvo un fuerte impacto en el ámbito político. Puso en tela de juicio al liberalismo y también a la democracia. Los nuevos modelos políticos contrapuestos fueron el socialismo, el fascismo y el corporativismo, que tenían en común la convicción de que el Estado debía tener mayor injerencia en la sociedad.

3.2 La derecha conservadora y La Falange

En el Chile de la época, los nuevos desafíos obligaron a los partidos políticos que habían nacido en el siglo XIX a volver a plantearse doctrinaria y pragmáticamente, dividiéndose a veces. Además nacieron otros como expresión de las nuevas realidades del país. Había sido el caso del Partido Comunista y ahora sería el del Partido Socialista. Más adelante lo veremos.

El Partido Conservador hacía un diagnóstico de crisis global y universal, la cual era vista como consecuencia del liberalismo materialista del siglo XIX y la democracia. Para ellos, el sufragio universal había provocado el reemplazo de los hombres capaces por aquellos que halagaban a las multitudes.

El Partido Conservador siguió siendo la expresión política del catolicismo. Pero en la década de 1930, se produjeron en su seno dos corrientes diferenciadas en su enfoque de la cuestión social. Los tradicionalistas sostenían que la pobreza era inevitable, era un hecho natural y estaban por el voto plural, lo que quiere decir que algunos hombres con determinadas condiciones superiores de educación o cultura tienen derecho a más de un voto. En esas condiciones –decían– se podría salvaguardar la familia bien constituida, la educación religiosa y propiedad. Los socialcristianos, en tanto, inspirados en las encíclicas sociales vaticanas, buscaron

erradicar la pobreza con medidas legislativas más adecuadas, tales como la división de la tierra, sindicalización obligatoria, y mejoramientos salariales. A esta última línea perteneció una parte de la Juventud Conservadora a la cual ya nos referimos, una generación de jóvenes católicos, en su mayoría de clase media, que ingresó al partido a comienzos de la década de 1930, preocupados por la cuestión social y sus alcances políticos. Eran corporativistas, doctrina que tenía una raíz fascista, pero que en la perspectiva católica se distanciaba mucho de este último.

Estos jóvenes conservadores postulaban como máxima aspiración un orden social cristiano como respuesta a una profunda crisis espiritual universal que también se manifestaba en nuestro país. Para ellos, los males de Chile se expresaban en la corrupción de las costumbres, división de clases, pobreza y disgregación de la familia. Les preocupaba la miseria moral de la paternidad irresponsable, la alimentación deficiente, el mal desarrollo mental y la falta de escuelas. Las raíces de esta crisis estaban, para estos jóvenes conservadores, en las estructuras sociales arcaicas, la filosofía liberal y en el predominio de una mentalidad materialista, no en la democracia. Sin un cambio de estructuras el sistema liberal conduciría inevitablemente al triunfo de concepciones socialistas, las que también rechazaban.

Como dijimos, propiciaban una solución corporativa consecuente con las encíclicas de los papas León XIII y Pío XI. Hacia 1937, la Juventud Conservadora, que ya se llamaba «Falange Nacional», nombre de indirectos y oscuros parentescos con el fascismo español de José Antonio Primo de Rivera, tenía un ministro de Estado (Bernardo Leighton), siete parlamentarios, 250 centros organizados de Arica a Magallanes y alrededor de 20 mil militantes. La Falange permanecería muchos años siendo un mini partido, pero después de 1957 sería el núcleo del partido más importante de Chile ente 1964 y 2010.

3.3 La derecha laica

El Partido Liberal, en la década de 1930, se constituyó como un partido defensivo. Los liberales se sentían los herederos y continuadores de un pasado político pleno de virtudes cívicas y se disponían a rescatar el pasado para conservar ese orden político, social y económico. Defendían la propiedad privada sin limitaciones; el Estado podría intervenir en lo económico

sólo para incentivar la iniciativa privada. En la medida en que rechazaban toda dictadura, los liberales se decían democráticos, pero entendiendo la democracia solamente como libertad electoral en lo político y como igualdad de oportunidades en lo social y económico.

En el período 1932-1952, el Partido Radical, representante por excelencia de la nueva clase media, se transformó en el eje de la política nacional. Se definían como reformistas en lo político y querían limitar el poder del capital. Repudiaban cualquier intento de dictadura y se declaraban antimperialistas. De modo que se hacían eco de la crítica al capitalismo, pero no a la democracia liberal. A su juicio, el capitalismo engendraba la lucha de clases, y en ese conflicto ellos estaban con los asalariados. Pero reconocían el derecho a la propiedad privada limitada por el interés social, de modo que había que lograr una distribución más justa de la riqueza. En suma, creían necesario reemplazar el capitalismo por un régimen de solidaridad social, privilegiando el papel del Estado como impulsor y conductor de la economía.

Por otra parte, aunque el Partido Radical siguió vinculado con la Masonería, su tendencia anticlerical tendió a moderarse, lo que se haría patente durante los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda y sus sucesores radicales, los que mantuvieron excelentes relaciones con la jerarquía eclesiástica.

3.4 El Partido Comunista

El Partido Demócrata que había representado a los sectores de artesanos y obreros desde el siglo XIX, fue desplazado en la década de 1930 por los partidos Comunista y Socialista, terminando por extinguirse.

El Partido Comunista había nacido en 1922, cuando el Partido Obrero Socialista, POS, adhirió a la III Internacional con sede en Moscú. Una de sus características centrales y permanentes sería su sometimiento disciplinado a las resoluciones de la III Internacional. Fue perseguido por los gobiernos de Ibáñez y Dávila. Se consideraban el único partido representativo del proletariado, y por eso sus dardos estuvieron dirigidos también hacia los conglomerados de izquierda, especialmente hacia el Partido Socialista.

Su fundador fue Luis Emilio Recabarren Serrano, nacido en 1876. Sólo pudo estudiar cuatro años en una escuela de Valparaíso, cuando la familia se trasladó a Santiago y comenzó

a trabajar como obrero tipógrafo en una imprenta. En 1894, a los 18 años ingresó al Partido Demócrata, única organización política popular en esa época.

En 1899, fundó el primer periódico: *La Democracia*. En 1903 viajó al norte, contratado por la mancomunal de Tocopilla para que fundara y dirigiera un periódico. En octubre de ese año, apareció *El Trabajo*.

En 1906 fue elegido diputado por Antofagasta. Se le despojó arbitrariamente de su cargo parlamentario. Por esos días, fue condenado a 541 días de cárcel por ser dirigente de la mancomunal de Tocopilla y escribir en el periódico de ella. Para eludir la injusta condena, salió clandestinamente a Argentina hacia fines de 1906. Se estableció en Buenos Aires.

Se encontraba en esa ciudad cuando conoció de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. Escribió varios artículos en *La Vanguardia*, periódico del ps argentino, que fueron reproducidos por *La Voz del Obrero*, de Taltal. En uno de estos, aparecido el 13 de enero de 1908, planteaba la necesidad de crear el partido revolucionario de la clase obrera chilena.

Retornó al país a fines de 1908. Fue detenido y permaneció ocho meses en la cárcel. Después se trasladó a Iquique. Allí se unió con Teresa Flores, obrera de ese puerto. En Iquique fundó *El Despertar de los Trabajadores*, el principal de los once periódicos que creara.

En 1922 fundó el Partido Comunista de Chile. Desde muy pronto destacó la segunda personalidad del PC, Elías Lafferte Gaviño, nacido en el año 1866, fue secretario de Luis Emilio Recabarren, repetidamente exilado y candidato presidencial del pc en 1927, 1931 y 1932, además de senador por Tarapacá y Antofagasta entre 1937-1945.

En los meses de octubre y noviembre de 1912, *El Despertar de los Trabajadores* publicó en forma de folletín el primer programa y los primeros estatutos del Partido Obrero Socialista (pos en ese entonces), ambos redactados por Recabarren.

3.5 La división del mundo socialista internacional

El 1 de agosto de 1914 había comenzado la Primera Guerra Mundial, en que se enfrentaron dos bloques de países impe-

rialistas. Los dirigentes de la Segunda Internacional, a la que estaban adheridos los partidos socialistas, traicionaron, país por país, los principios del internacionalismo proletario y llamaron a los trabajadores de los países en guerra a defender sus patrias. Ante este hecho, los partidos socialistas se dividieron. Se separaron de ellos los sectores revolucionarios, que constituyeron nuevas entidades, las que adoptaron el nombre de partidos comunistas.

Sólo dos partidos socialistas no se escindieron por compartir en su conjunto las posiciones revolucionarias: el de Lenin y el de Recabarren.

El 1 y 2 de mayo de 1915, tuvo lugar en Viña del Mar el Primer Congreso del PS (facción comunista) chileno. Este ratificó el programa y los estatutos publicados en 1912, condenó a la Guerra Mundial como imperialista y repudió la actitud de los dirigentes (los pro patrióticos antes que socialistas) de la Segunda Internacional. Y eligió una dirección central (CEN).

En marzo de ese año 1921, se reunieron en Moscú representantes de los partidos revolucionarios de todo el mundo convocados por Lenin y, el 4 de ese mes, fundaron la Internacional Comunista, conocida también como Tercera Internacional o Komintern. El 25 de diciembre de 1919, en una convención realizada en Concepción, se fundó la FOCH, (Federación Obrera de Chile), primera central sindical clasista en la historia de Chile.

El 1 y 2 de junio de 1920, se efectuó en Antofagasta el II Congreso del POS. En esa oportunidad se decidió designar a Luis Emilio Recabarren, preso en la cárcel de Tocopilla, candidato a la Presidencia de la República.

El 25 y 26 de diciembre de 1920, tuvo lugar en Valparaíso el Tercer Congreso. Su principal resolución, propuesta por Recabarren, fue adherirse a la Internacional Comunista y, de acuerdo a una de las 21 condiciones exigidas para el ingreso, cambiar el nombre de POS por el de Partido Comunista de Chile.

El 6 de marzo de 1921, fueron elegidos Luis Emilio Recabarren y Luis Víctor Cruz diputados comunistas, cargos que comenzaron a ejercer en mayo de ese año.

El 3 y 4 de junio, durante el primer gobierno de Arturo Alessandri Palma, tropas del Regimiento Esmeralda de Antofagasta, el Séptimo de Línea, junto a Carabineros, perpetraron la masacre de la Oficina Salitrera de San Gregorio, donde fueron asesinados cerca de 100 trabajadores.

3.6 El comunismo madura

El 1 y 2 de enero de 1922 se celebró en Rancagua el IV Congreso. Este, una vez tomado conocimiento del acuerdo unánime de las secciones, ratificó la resolución del III Congreso. A partir de ese momento se adhirió a la III Internacional, que lo aceptó como «partido simpatizante» hasta 1928, para luego ser miembro con todos sus derechos. Cumpliendo la condición número 17, adoptó el nombre de Partido Comunista de Chile.

En el VI Congreso, realizado en Viña del Mar el 18 y 19 de septiembre de 1924, una fracción dejó, intencionalmente, en minoría a Recabarren. Se creo así la primera crisis interna. Recabarren, no llegó a saber los resultados, pues sólo se conocieron después de su muerte.

El suicidio de Recabarren, el 19 de diciembre de 1924, de madrugada, conmovió al PC.

3.7 El PC, único partido verdaderamente proletario de entonces

En las elecciones presidenciales, que culminaron el 24 de octubre de ese año 1925, el PC, a pesar de su línea de Frente Único Proletario (FUP), construyó una coalición en que participaron obreros, profesionales, comerciantes e industriales en torno a la candidatura del médico del Ejército, José Santos Salas. La derecha, por su parte, tuvo como abanderado a Emiliano Figueroa. José Santos Salas reunió unos cuantos miles de votos. Figueroa, según muchos, merced al fraude, apareció con 180.000.

El Partido Comunista de Chile fue el único verdadero partido proletario del Chile del siglo XX. El Partido Socialista fue dirigido por la clase media y media alta. El MIR y el MAPO, mucho después, estuvieron compuestos por descendientes de oligarcas. En particular, el MAPU se caracterizó por su esnobismo… pero el MIR no lo hacía mal.

3.8 El Partido Socialista

El Partido Socialista nació en 1933 de la fusión de varias corrientes que representaban distintas perspectivas ideológicas. En buena medida fue consecuencia del impacto en Chile de la depresión mundial de comienzos de los años 1930. Entre

sus primeros dirigentes estuvieron Eduardo Rodríguez Mazer, Eugenio Matte Hurtado y Arturo Bianchi Gundian. Su primer Secretario General fue Óscar Schnake. Algunas de las corrientes que lo integraron tenían origen masónico, otras socialdemócratas, otras anarquistas, otras marxistas en sus diversas vertientes. Entre sus hombres estuvieron los gestores de la República Socialista. Se definió desde su origen como un partido abierto a la clase media; de trabajadores y no solamente de proletarios. A su juicio, Latinoamérica tenía características y problemas peculiares que necesitaban de una mirada original, por eso rechazaron las posiciones socialdemócrata y comunista.

Para los socialistas, el núcleo de los problemas latinoamericanos lo constituían el imperialismo y el latifundio. Su programa político tenía por entonces dos objetivos principales: la expropiación y la nacionalización. Ambos apuntaban hacia la estatización de la gran propiedad, aunque aceptaban la existencia de la mediana y pequeña. Respecto del sistema político, los socialistas criticaban la democracia chilena por ser puramente formal, en la medida en que el soborno y el cohecho dejaban a la oligarquía como dueña del Estado. Proponían llegar a la democracia popular pasando por una fase de dictadura de los trabajadores. Óscar Schnake fue el fundador y Primer Secretario Ejecutivo.

La Gran Depresión de 1929 sumergió a los sectores populares y medios del país en una grave crisis, que los llevó a simpatizar con las ideas socialistas, expresándose en la instauración de la breve República Socialista, de 1932. La idea de fundar un partido político que uniera a los diferentes movimientos que se identificaban con el socialismo cristalizó en la fundación del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933. De esta forma, en la calle Serrano 150, concurrieron 14 delegados del Partido Socialista Marxista y 26 representantes de la Acción Revolucionaria Socialista de Óscar Schnake para protocolizar el Acta de Fundación y su Programa de Acción Inmediata y elegir a su primer secretario general ejecutivo, el propio Schnake.

El partido obtuvo rápidamente respaldo popular. Su estructura partidista exhibió, desde el inicio algunas singularidades, tales como la creación de «brigadas» que agrupaban a sus militantes según ámbito de actividad; equipos que convivieron junto a las orgánicas que se dieron sus jóvenes militantes agrupados en la Federación de la Juventud Socialista (FJS), o

las mujeres, organizadas en la Federación de Mujeres Socialistas (FMS). En la segunda mitad de los años 1930 ingresó al partido la «Izquierda Comunista», conformada por un sector escindido del Partido Comunista de Chile, liderado por Manuel Hidalgo Plaza e integrada por el periodista Óscar Waiss, el abogado Tomás Chadwick y el primer secretario del POS, Ramón Sepúlveda Leal, entre otros.

En 1934 los socialistas, junto con los radical-socialistas (grupo escindido del Partido Radical) y el Partido Democrático, constituyeron el denominado «Block de Izquierda». En la primera elección parlamentaria que participaron (marzo de 1937) obtuvieron 22 representantes (19 diputados y 3 senadores), entre ellos su secretario general, electo senador por Tarapacá-Antofagasta, colocándose el PS en un lugar destacado dentro de los conglomerados políticos de la época. En 1938, el PS contribuyó en la formación del Frente Popular, retirando su candidato presidencial, el coronel Marmaduke Grove, y apoyando al aspirante de los radicales y futuro presidente Pedro Aguirre Cerda. En el gobierno de Aguirre los socialistas consiguieron los ministerios de Salubridad, Previsión y Asistencia Social (Salvador Allende); Fomento (Óscar Schnake); y Tierras y Colonización (Rolando Merino).

3.9 El Fascismo chileno

También entre las nuevas respuestas políticas de la década tuvo cierta importancia el nacionalismo fascista. Su expresión fue el Movimiento Nacional Socialista fundado en 1932, admirador del fascismo italiano y después del nazismo alemán. El eje de su análisis fue su percepción de la decadencia nacional. Chile habría tenido su época dorada con la República Portaliana y su autoritarismo. Los miembros de este movimiento se proponían reconstruirla y así recrear la unidad nacional amenazada, tanto por el capitalismo –que llevaba a la lucha de clases– como por el comunismo. Eran críticos de la oligarquía, a la que acusaban de usar sus riquezas para su propio disfrute sin mirar el interés nacional, y se decían socialistas en la medida en que creían en la primacía del Estado sobre el individuo. Su ideal (en eso se acercaban a la Falange y al futuro Gremialismo) era corporativo, es decir, que los gremios reemplazaran a los partidos políticos como representantes de la soberanía popular.

Así, en la década de 1930, se configuraron las tendencias fundamentales del desarrollo político, social y económico que tendría el país durante cerca de 40 años. La única que desapareció fue la fascista después de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la nueva fisonomía del abanico político había una realidad de fondo. Desde 1920 venía produciéndose un cambio en la clase política chilena que iba más allá de los eventuales acuerdos o desacuerdos entre partidos. Ya lo hemos dicho, eran otros los hombres, otros los apellidos, otras las figuras de los nuevos dirigentes políticos chilenos, con la excepción relativa de los partidos Conservador y Liberal. Este cambio social en la clase política fue quizá más importante que la aprobación de la Constitución de 1925 en la alteración del estilo político parlamentario. La política para estos nuevos hombres no era un lánguido juego de habilidad sino una feroz lucha por el poder, lo que favorecía la cohesión de los grupos en pugna. Algunos de estos políticos surgidos de la clase media –como Pablo Ramírez– fueron hombres de Estado o técnicos brillantes, pero la mayoría eran «hombres de partido» que habían hecho de la política una profesión. Hacia el segundo gobierno de Alessandri, incluso los políticos de la oligarquía se habían acomodado al nuevo estilo, lo que en el fondo significaba un acuerdo entre clases: la oligarquía aceptaba gobernar Chile en conjunto con la clase media y según sus reglas.

3.10 El segundo gobierno de Arturo Alessandri

En octubre de 1932, con la segunda administración de Arturo Alessandri, se inició una nueva fase de estabilidad política en Chile. Los grupos que entonces desafiaban a la democracia iban desde los militares y civiles ibañistas hasta los socialistas, comunistas y anarquistas, como había quedado en claro durante los sucesivos golpes de los años 1931 y 1932 y con la sublevación de la Escuadra. Así, al iniciar Alessandri su gobierno constitucional, las fuerzas políticas, con excepción de los partidos Radical y Liberal, no tenían una posición claramente democrática. La derecha conservadora objetaba el sufragio universal y la izquierda objetaba la legalidad liberal. La Constitución de 1925 tenía escaso arraigo. En el plebiscito en que se

había aprobado se habían abstenido radicales y conservadores; era objetada por socialistas y comunistas y, además, estaba desprestigiada por el uso que de ella había hecho Ibáñez para gobernar en forma dictatorial.

Sin embargo, durante la presidencia de Alessandri, la Constitución se legitimó en todos los sectores políticos, y con ello la democracia liberal que, con la irrupción de los nuevos sectores sociales, fue adquiriendo paulatinamente un carácter más amplio. La derecha validó la Carta Fundamental, al gobernar con ella, utilizándola como instrumento eficaz para mantener el orden social.

Alessandri sostenía que para asegurar la estabilidad política se necesitaba un gobierno fuerte, con amplias atribuciones, capaz de detener los intentos golpistas. Por eso, permanentemente requirió del Congreso el otorgamiento de facultades extraordinarias que se usaron de preferencia contra la izquierda y los intentos de huelga.

Pero la izquierda también legitimó, en parte, la Constitución de 1925, en la medida en que la utilizó para defenderse de los abusos de poder del Ejecutivo. Además, por su propia evolución, la izquierda abandonó hacia 1935 su rechazo a actuar dentro del sistema político que aquella consagraba y pudo acceder legalmente al poder en 1938, como se verá más adelante.

La institucionalidad democrática se consolidó también entre las Fuerzas Armadas, las cuales dejaron de intervenir en política. A ello contribuyó su desprestigio generalizado ocasionado por su actuar político anterior. Este descrédito se expresaba en el apoyo que el Ejecutivo, el Parlamento e incluso la Armada daban a la Milicia Republicana.

La Milicia Republicana era una organización paramilitar que había surgido durante la República Socialista con el fin de defender el orden consagrado en la Constitución de 1925. La integraban jóvenes universitarios y profesionales vinculados a las clases alta y media. Poco antes de las elecciones de 1932, la milicia dejó de ser secreta y demostró públicamente que contaba con contingentes importantes de hombres armados y disciplinados militarmente. También se empezó a expandir a provincias. El gobierno de Alessandri la incentivó, pues vio en ella un instrumento para defender el régimen legal. Sin embargo, pronto fue despertando el recelo de los demócratas y atrayendo

la crítica de los partidos de izquierda y del Partido Radical. En mayo de 1933 la milicia hizo una presentación pública donde desfilaron cerca de 20.000 hombres. Recién en 1936 la Milicia Republicana, que terminó muy cercana a los militares de los que, se suponía, había que defenderse, se disolvió, por considerar que el país había recobrado la estabilidad política.

De modo que, entre 1932 y 1938, se legitimaron el gobierno civil y la democracia liberal. El poder Ejecutivo, fortalecido en la Constitución, fue ejercido por una alianza de fuerzas políticas que implicó un consenso de mayorías. Alessandri entendía, hacia 1932, que el régimen presidencial significaba gobierno nacional, es decir, que el Presidente podía escoger a los hombres más capaces de las diversas tiendas políticas para gobernar. Sin embargo, como esto era imposible en la práctica, pues los distintos grupos políticos tenían diferentes concepciones de gobierno, se debió recurrir a formar mayorías y a buscar compromisos entre las diversas facciones.

En la elección de 1932, que le había dado el triunfo presidencial, Alessandri había recibido el apoyo de los partidos de izquierda, del Partido Radical e independientes. Pero una vez en La Moneda, llamó a todos los sectores políticos a participar en su gobierno, cuyos objetivos básicos eran la consolidación de la estabilidad constitucional y la recuperación económica. Su llamado fue respondido por el Partido Demócrata, el Partido Radical, el Partido Liberal y el Partido Conservador, que reunían la mayoría parlamentaria. Pero la permanencia del Partido Radical en el gobierno fue conflictiva desde un comienzo. Los problemas principales que lo distanciaron de Alessandri fueron: el uso de las facultades extraordinarias, el apoyo de la Milicia Republicana y la política económica.

En el año 1934 el Partido Radical retiró a sus ministros del gobierno, aunque siguió otorgando apoyo al Ejecutivo en el Congreso. La posición del partido era vacilante. Aquellos militantes que eran hacendados del sur preferían apoyar al régimen, en tanto los representantes del norte, proponían una alianza con los partidos de izquierda (Socialista y Comunista). Sin embargo, la mayor parte de la militancia radical, que era de clase media urbana, si bien rechazaba a la derecha, temía aliarse con la izquierda. Finalmente, en 1936, el Partido Radical rompió definitivamente con Alessandri y pasó a constituir con los Partidos Socialista y Comunista, el Frente Popular.

El hecho fue que desde 1920 la realidad social del país se había vuelto compleja y se requería constituir alianzas de gobierno y crear consensos mayoritarios para resolver los problemas nacionales. Alessandri así lo hizo con los partidos Liberal y Conservador, que formaban mayoría en el Congreso. Ellos apoyaron su programa económico y, específicamente, al Ministro de Hacienda, Gustavo Ross.

Nacido en 1879, Ross estudió en los Padres Franceses de Valparaíso. Pero algo, no registrado, hizo que lo expulsaran del tercer año de humanidades. Ross, ya ministro, logró éxitos considerables en la lucha contra la depresión económica, pero, siendo un hombre autoritario, no aceptaba críticas a su gestión y tenía una impopular imagen de frío financista internacional. Era antipático y soberbio.

Gustavo Ross llegó a ser millonario y reconocido como «el genio de las finanzas». Según Miguel Laborde, Chile fue el país más golpeado por la crisis económica de 1929, la peor del siglo xx, y aún así Ross se las arregló para construir el Barrio Cívico de nuestra capital.

Ingenioso, como no podía expropiar las casonas alrededor de La Moneda, en realidad sólo se podía mediante la Ley de Ferrocarriles, anunció la creación de una estación en ese lugar... Incluso fue candidato presidencial, detestado por su arrogancia de genio incomprendido. En una estación del sur se encontró con el candidato nacista y se acercó para decirle que sólo una cosa le admiraba a su movimiento, el saludo con el brazo estirado, a lo Hitler, «para no tener que darle la mano a tanto roto…».

Muchos historiadores lo califican de liberal, pero la verdad es que era un pragmático. Fue liberal cuando convenía a sus políticas pero también muchas veces no lo fue, acercándose a las ideas de Keynes, como en la construcción del Barrio Cívico en el centro de Santiago alrededor de la Moneda.

Los partidos de derecha le dieron también a Alessandri el apoyo político necesario para hacer frente a la inestabilidad institucional. De ese modo, Alessandri, que había sido elegido por una combinación de centro-izquierda, gobernó con la derecha.

3.11 La formación de una nueva alianza política: el Frente Popular

Durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri, los partidos de izquierda se plantearon la necesidad de forjar una alianza política estable. Sin embargo, las diferencias existentes entre ellos y la posición oscilante del Partido Radical hacían difícil conseguir dicho anhelo.

Desde la constitución del Partido Socialista, los roces con los comunistas fueron permanentes. A sus diferencias ideológicas y estratégicas se agregaron los conflictos a nivel de base, al disputarse el mismo espacio político. La posibilidad de lograr un entendimiento se hacía cada vez más lejana porque, como se vio, el Partido Comunista se mantenía fiel a los planteamientos de izquierda propiciados por la Unión Soviética, intentando, de manera infructuosa, la implementación de una estrategia revolucionaria a través de la cual pretendía conquistar el poder total. Su (eventual) participación en la sublevación de la Escuadra, en 1931, en un asalto al cuartel del batallón Esmeralda de Copiapó y otros intentos violentistas aislados, prácticamente suicidas, respondían a dicha estrategia. Esta careció de apoyo popular y sólo sirvió para que el gobierno justificase su persecución a dirigentes y militantes comunistas y al movimiento obrero en general.

Pero en 1935, el VII Congreso de la Internacional Comunista, en Moscú, varió su posición, al considerar necesario llegar a acuerdos con socialistas y sectores burgueses para combatir el fascismo (y, en particular el nacismo, que había jurado su extinción, y que llegó al poder en Alemania cuando Hitler fue nombrado canciller en enero de 1933). Se acordó implementar la estrategia de los «Frentes Populares». A partir de ese momento, el comunismo chileno asumió una actitud moderada que se expresó en el campo ideológico y político. Su acción se adecuó a la realidad nacional, facilitando sus relaciones con sectores de centro y de izquierda, propiciando modernizaciones económicas en vez de acciones subversivas. Durante los años 1935 y 1936 se estrecharon sus contactos con los socialistas, democráticos y radicales. La llave del éxito para el Partido Comunista la constituía el Partido Radical, no sólo porque era la primera fuerza electoral, sino porque a través de los agricultores radicales del centro y sur del país, era un nexo con la clase dominante. Para

los comunistas un pacto político con los radicales representaba la posibilidad de conquistar éxitos electorales.

El Partido Socialista enmarcó también su actuación dentro de los cauces legales, fundamentalmente por su interés de incorporar a los sectores medios y porque no creía que en Chile se dieran las condiciones para alcanzar el poder con métodos revolucionarios.

Durante los primeros años de gobierno de Arturo Alessandri, la mayor preocupación de los socialistas consistió en lograr la formación de una unidad opositora, intento que se plasmó en 1934 con la creación del «Block Parlamentario de Izquierda» integrado por socialistas, radical-socialistas, democráticos y por el sector «trotskista» marginado del Partido Comunista. En el año 1936 invitó a ingresar a él al Partido Radical y Partido Comunista. Sin embargo, otra fue la alternativa que se impuso definitivamente, el Frente Popular. Esta estuvo determinada por la posición que asumieron los radicales.

Como ya vimos, durante la segunda administración de Arturo Alessandri, el Partido Radical, que inicialmente apoyó al gobierno, mantuvo después una actitud ambigua y que el rompimiento definitivo llegó en febrero de 1936. En mayo de ese año se formó un bloque político de izquierda, integrado por socialistas, comunistas, democráticos y la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH).

El Partido Radical (PR) estaba dividido en un grupo que quería formar parte de este bloque y otro que se oponía a una alianza con los comunistas. Sin embargo, diferencias crecientes con el gobierno de Alessandri llevaron a que este partido se acercara a la izquierda. La ruptura se consolidó cuando los partidos de derecha levantaron la candidatura presidencial de Gustavo Ross, enemigo acérrimo del radicalismo, acercándose así a la idea de constituir un Frente Popular. De ese modo, sólo faltaba el concurso de los socialistas para la formación de la alianza.

En abril de 1936 el Partido Socialista firmó el Acta de Constitución del Frente Popular, junto a comunistas y radicales. No hacerlo le hubiera significado quedar aislado cuando se acercaba la fecha de la elección presidencial. No hubo, por lo tanto, un acuerdo ideológico sustantivo y los partidos debieron sacrificar en parte sus postulados en pos de objetivos concretos de ese momento: la elección presidencial de 1938.

3.12 El Frente Popular se encamina a La Moneda

El afianzamiento del Frente Popular se vio favorecido por los comicios extraordinarios que debieron realizarse en abril de 1936. En esa ocasión triunfó su representante, el hacendado radical Cristóbal Sáenz, lo que probó el poder electoral de la coalición de centroizquierda. Y, aunque en las elecciones parlamentarias de 1937 los resultados fueron favorables al oficialismo, que aumentó su votación de 1932, poniendo en serio peligro la coalición frentepopulista, ésta, después de complejas negociaciones, decidió nombrar candidato. El hombre elegido fue Pedro Aguirre Cerda, del sector moderado del conglomerado.

Pedro Aguirre Cerda nació en 1879 en Pocuro, pueblo cerca de Los Andes. Estudió Pedagogía en Castellano y Filosofía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y posteriormente Derecho en la misma universidad, carrera de la que egresó en 1904. Posteriormente, ejerció como profesor de Educación Cívica, Castellano y Filosofía en la Escuela de Suboficiales del Ejército, en el Liceo Barros Borgoño y en el Instituto Nacional, tareas que complementó tempranamente con una veloz carrera política.

En 1927 abandonó el país para radicarse en España y luego en Francia. Fruto de sus años en el extranjero son las obras *El Problema Agrario* y *El Problema Industrial*. De vuelta en Chile, fundó y fue el primer decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile.

La nominación de Aguirre Cerda fue, sin duda, una decisión acertada, ya que su persona y su prestigio atraían a una amplia gama de electores, tanto de sectores medios como populares. Además era miembro del ala moderada del radicalismo, lo que garantizaba a los militares que, en caso de triunfo, se respetaría la Constitución.

Conservadores y liberales nominaron a Gustavo Ross, designación que fue rechazada por un sector liberal doctrinario encabezado por José Maza y por la juventud conservadora agrupada en la Falange Nacional, ya identificada. Ambos grupos intentaron, sin resultado, disuadir a la derecha y buscar un candidato de transacción.

3.13 El Seguro Obrero

En un ambiente de gran tensión, la campaña provocó una fuerte polarización emocional. Para la derecha, el triunfo del Frente Popular era sinónimo de la dictadura comunista, al asimilarlo a lo que fue el Frente Popular español, y para la izquierda, el triunfo de Ross significaba la dictadura fascista. En este contexto se produjo el episodio del Seguro Obrero, el 5 de septiembre de 1938, cuando un grupo de 40 jóvenes pertenecientes al Movimiento Nacional Socialista se apoderaron del edificio de la Caja del Seguro Obrero, luego de asesinar a un cabo de Carabineros. Otro grupo se apoderó de la Casa Central de la Universidad de Chile. Pretendían tomar el gobierno.

Ambos comandos nacistas esperaban el arribo de los regimientos que conforme a la creencia de su líder, Jorge González von Marées, y una promesa del general Ibáñez, los apoyarían en un golpe para derribar a Arturo Alessandri. Esta esperanza, sin embargo, se vio frustrada al solicitar el Presidente la ayuda del regimiento Tacna, cuyos efectivos emplazaron un cañón frente al edificio universitario, con el que volaron la puerta principal matando a seis jóvenes nazis. Carabineros detuvo a los sobrevivientes que fueron conducidos a pie al cuartel de Investigaciones de General Mackenna, por calle Morandé. Sin embargo, al pasar frente al edificio del Seguro Obrero, donde aún se mantenían atrincherados los otros insurrectos, se dio la orden de detener la columna. Obligados a ingresar al interior, y habiéndose rendido los que aún resistían, fueron masacrados por la fuerza pública. Sesenta y tres jóvenes, en su mayoría estudiantes y empleados, murieron acribillados y rematados. Se salvaron cuatro que se fingieron muertos.

El horror que este asesinato colectivo provocó en la población se expresó en las muestras de repudio hacia la policía y al Presidente Alessandri.

Pero, ¿cómo ocurrió la masacre? Se dice que el «León», encerrado en la Moneda y fuera de sí, habría gritado «¡Mátenlos a todos!», y habría sido tomado al pie de la letra por sus subordinados, en especial un general de Carabineros de apellido Arriagada. Otros dicen que la situación era imposible, que la masacre fue obra de las pasiones desencadenadas y, en todo caso, fue un episodio mucho más confuso. Pero lo macabro de la circunstancia –muchos cadáveres fueron atravesados y casi

descuartizados a golpe de bayoneta y de sable– habla de una acción más espontánea.

Pero el salvajismo de la situación, cambió el panorama político por completo.

En la cárcel, Ibáñez renunció a su candidatura y solicitó a sus partidarios que apoyasen a Pedro Aguirre Cerda. De este modo, en Chile se dio la paradoja de que el Frente Popular, fruto de una estrategia política propiciada por la Internacional Comunista para combatir el fascismo, resultara triunfante con el apoyo nazi y una parte de la Falange, todavía integrante del Partido Conservador.

3.14 La primera buena época del Frente Popular

Conocidos los resultados, el país vivió días de gran agitación. La derecha no reconocía su derrota alegando la existencia de fraudes electorales. Pero el pronunciamiento de las Fuerzas Armadas, acatando la voluntad popular expresada en las urnas, hicieron que Ross y la derecha desistieran de sus reclamos y reconocieran el fracaso.

Con el gobierno del Frente Popular se inició en el país un período de catorce años en que el Partido Radical fue el actor político dominante, y que en general se caracterizó por la flexibilidad y estabilidad del sistema político. Estas condiciones se dieron porque la hegemonía del poder descansó en diferentes coaliciones y en un estilo político de conciliación que estuvo abierto a la participación en el poder de grupos de variados signos. Ello permitió un desenvolvimiento pacífico del país. Como veremos, en esa etapa se alcanzó un consenso que abarcó desde un conservantismo liberal hasta el Partido Comunista. Naturalmente, estos acuerdos no implicaron la ausencia de conflicto, de hecho, la coalición frentepopulista debió muy pronto enfrentar numerosos escollos, como las divergencias ideológicas entre sus propios integrantes y la oposición derechista.

Durante los primeros años del gobierno de Pedro Aguirre, el Partido Radical y el Partido Socialista tuvieron problemas internos y desavenencias respecto de la conducción política del régimen. Por otra parte, los conflictos más importantes se dieron entre comunistas y socialistas, especialmente debido a

los ataques que recibiera del Partido Comunista el Ministro de Hacienda y dirigente socialista Óscar Schnake con motivo de su gestión para conseguir ayuda financiera de Estados Unidos. Este hecho provocó el llamado de los socialistas para marginar a los comunistas del gobierno, calificándolos de desleales con los trabajadores y acusándolos de oponerse a los planes de desarrollo. Más profundas se hicieron las diferencias cuando la Unión Soviética y la Alemania Nazi suscribieron el pacto de no agresión de agosto de 1939, que el Partido Comunista de Chile apoyó. Finalmente, el 16 de febrero de 1941, el Frente Popular dejó de existir formalmente. Sin embargo, subsistió a través de coaliciones, que de hecho fueron distintas versiones del frentepopulismo.

En marzo de 1941 se efectuaron elecciones parlamentarias. En la elección el gobierno recibió un fuerte respaldo ciudadano a pesar de los conflictos internos, lo que facilitaría su acción en el Congreso.

Dentro de la derecha también pudieron observarse actitudes diferentes. Por un lado, la derecha política representada por liberales y conservadores, actuó inicialmente como un bloque frente al gobierno de Pedro Aguirre Cerda, considerado como un instrumento del marxismo internacional. Por su parte, sectores ibañistas intentaron en agosto de 1939 un levantamiento militar encabezado por el general Ariosto Herrera («Ariostazo»), el que no prosperó.

Aunque conservadores y liberales no participaron en la conspiración, usando su mayoría en el Congreso intentaron el colapso del régimen propiciando una huelga legislativa, en febrero de 1940. Esta acción obstruccionista fracasó porque la Falange decidió, tras algunas dudas, concurrir a las sesiones y otorgar al Parlamento (Cámara de Diputados) el quórum necesario para su funcionamiento.

La derecha política tuvo una actitud mucho más conciliadora en los gobiernos siguientes y los grupos empresariales reunidos en la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), en la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC), y en la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), asumieron una posición pragmática y realista, estableciendo relaciones cordiales con el gobierno.

Durante los años del Frente Popular se produjo el quiebre del Partido Conservador con la marginación de la Falange

Nacional que, como ya se vio, correspondía a la rama juvenil de ese partido, aunque el problema venía desde antes.

La causa del quiebre fue que el Partido Conservador decidió apoyar como candidato a la Presidencia de la República a Gustavo Ross, a quien los falangistas reprochaban no tener en absoluto sensibilidad social. Entonces el Partido Conservador, minimizó la representación de la juventud falangista en la convención que fue llamada para formalizar el apoyo a Ross. Con todo, muchos falangistas apoyaron a Ross, pero no todos. Pero entre los conservadores (o algunos de ellos, como Horacio Walker, quien después cambiaría abiertamente de actitud), responsabilizaron a la Falange del estrecho triunfo de Pedro Aguirre Cerda. La Falange dirigida por Manuel Antonio Garretón Walker, respondió con acritud. Entonces, el Partido Conservador decretó la reorganización de la Falange. Al saberlo, ésta decidió independizarse.

Su posición «por encima de derechas e izquierdas» se tradujo en una actitud independiente para con el Frente Popular.

La actitud de la Falange estuvo influida, en el fondo, por la posición que asumió la Iglesia Católica en el terreno social. Se transformó en una institución más progresista.

En cuanto a la Iglesia Católica, varios obispos estaban en posición más decidida al respecto, en especial Monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca.

Pedro Aguirre Cerda no terminó su período. Una dolorosa enfermedad le causó la muerte el 23 de noviembre de 1941. El 10 de noviembre de 1941 había entregado el mando al doctor Jerónimo Méndez, asumiendo este último como Vicepresidente. Se convocó a elecciones presidenciales para el 1 de febrero de 1942.

3.15 El desgaste de los partidos políticos

El país se vio abocado a elegir un nuevo mandatario en elecciones que se convocaron para febrero de 1942. En ellas resultó triunfante el candidato radical Juan Antonio Ríos apoyado por demócratas, falangistas, comunistas, socialistas y un sector de liberales rebeldes, obteniendo un 56% de la votación, frente al candidato de derecha Carlos Ibáñez del Campo. Su gestión contó con una amplia base de apoyo en el Congreso, desde liberales a comunistas, los cuales, al igual que durante el gobierno anterior, declinaron aceptar cargos ministeriales.

Juan Antonio Ríos Morales nació en Cañete, el año 1888. A los pocos años de haber nacido, el menor quedó huérfano de padre, asumiendo su madre la educación de sus cuatro hijos. Cursó sus estudios primarios y de humanidades en la escuela rural de Cañete, en el Liceo de Lebu, y posteriormente en el Liceo de Concepción. Se recibió de abogado en 1914. Desde muy joven adhirió a las ideas radicales y se hizo miembro de la Masonería.

Durante la campaña electoral de Arturo Alessandri en 1920, Ríos participó diligente y activamente, desempeñando un papel esencial en la zona sur del país. A fines de 1921, el Presidente electo lo designó para desempeñar el cargo de cónsul general en Panamá. Permaneció allí hasta el año 1924, fecha en que se realizaban las elecciones generales de parlamentarios. Fue elegido diputado por Arauco, Lebu y Cañete. En 1926, rigiendo la nueva Constitución Política, Ríos resultó nuevamente electo diputado por las mismas zonas. Paso a paso, Juan Antonio Ríos había adquirido poder dentro del Partido Radical, hasta llegar a ser su presidente. Eran los años en que el coronel Carlos Ibáñez fue ministro plenipotenciario y posteriormente Presidente de la República (1927).

Pero como presidente del PR a Ríos le correspondió representar a su colectividad en el «Congreso Termal», oportunidad en la cual fue designado senador por Arauco, Malleco y Cautín.

El 26 de julio de 1931, tras producirse la caída del general Ibáñez, Ríos fue duramente cuestionado por su colaboración con la dictadura. En una masiva convención del partido, celebrada en diciembre de ese año, fue expulsado del partido por su cooperación con el gobierno saliente.

Con el triunfo de Alessandri en octubre de 1932, la vida institucional volvió a una cierta normalidad y Ríos quedó al margen de la vida política de manera temporal.

A fines del mandato de Arturo Alessandri, el Partido Radical formó parte, junto a comunistas, socialistas democráticos y la Confederación de Trabajadores de Chile, del Frente Popular. En enero de 1938 se celebró la elección interna del radicalismo con el fin de elegir el candidato único a la presidencia del Frente Popular. Postulaban Juan Antonio Ríos, Pedro Aguirre Cerda, y, como vimos, triunfó este último.

Durante el gobierno de Aguirre Cerda, Ríos ocupó el cargo de presidente de la Caja de Crédito Hipotecario, y continuó

desarrollando su actividad política, buscando consolidar su influencia al interior del Partido Radical.

Su rival en la lucha interna de la colectividad fue Gabriel González Videla, pero al poco tiempo este fue nombrado Embajador en Francia, dejando el camino abierto a Ríos. Ríos inició de inmediato la campaña interna en el partido.

Después, cada uno de los partidos de izquierda le entregó su apoyo al aspirante a la presidencia, constituyéndose el nuevo conglomerado llamado Alianza Democrática.

A pesar de haber sido elegido con votos comunistas, rechazó la colaboración directa de este partido en cualquier cargo de importancia.

Bajo la administración de Ríos, en 1943 se promulgó la primera reforma a la Constitución de 1925, mediante la cual se dio rango constitucional a la Contraloría General de la República y se limitaron las iniciativas de ley en cuestiones que significaban gastos, así como también se limitó el poder del Presidente en lo relativo a gastos públicos.

El desarrollo de las industrias del acero, la electricidad y el petróleo, continuando las iniciativas de Aguirre Cerda, fueron los objetivos centrales del nuevo gobierno.

Un agudo desacuerdo surgió sobre la posición chilena frente a la Segunda Guerra Mundial. Ríos deseaba mantener la neutralidad. Sin embargo, las presiones, tanto internas como externas, fueron aumentando.

Estados Unidos presionó económicamente al país para que rompiera relaciones con Alemania, Italia y Japón, el Eje. Por otro lado, los partidos de izquierda propiciaban la ruptura de relaciones, como integrantes de una lucha mundial contra el nazismo.

Fue así como, el 20 de enero de 1943, el gobierno adoptó finalmente la decisión de romper relaciones diplomáticas con el Eje. Pero la salud del Presidente se deterioraba cada vez más. Juan Antonio Ríos pasó sus últimos días en su villa Paidahue, en La Reina. Falleció en junio de 1946, sin alcanzar a terminar su período presidencial.

Durante el segundo gobierno radical, el socialismo sufrió su más grave crisis, al enfrentarse un sector «colaboracionista» presidido por Grove, que propiciaba la permanencia en el gobierno y la cooperación económica con EE.UU., y el sector «recuperacionista», encabezado por Raúl Ampuero y Salvador Allende, que rechazaba la colaboración con los liberales y exigía

la dirección del partido para retomar los principios doctrinarios del socialismo que veían traicionados. La influencia de los grupos financieros en el gobierno, las vacilaciones de Ríos para romper con el Eje y el incumplimiento del programa presidencial fueron las principales críticas que los «recuperacionistas» hicieron valer en el Congreso del Partido Socialista de 1943 para propiciar el retiro de la colectividad del gobierno manteniendo su apoyo en el Parlamento, moción que resultó triunfante. Con ello se produjo el quiebre del partido al marginarse de él Marmaduke Grove, quien en 1944 fundó el Partido Socialista Auténtico. Las consecuencias no tardaron en manifestarse. En las elecciones parlamentarias de 1945, el Partido Socialista fue el gran derrotado al lograr sólo un 7,2% de la votación, siendo por primera vez superado por el Partido Comunista, que totalizó un 10,2%.

Como se vio, en menos de cuatro años, el país debió enfrentar nuevamente la enfermedad y muerte de su Presidente. Unos meses antes había delegado el poder en el senador Alfredo Duhalde, quien debió enfrentar un escenario muy conflictivo a raíz de una concentración obrera, que fue reprimida y costó la vida de cinco personas, entre ellas, Ramona Parra. Este suceso provocó la renuncia de varios ministros, entre ellos el falangista Eduardo Frei.

Sin embargo, a pesar de estos hechos, el Partido Socialista aceptó integrar el ministerio en un intento de diluir la hostilidad del Presidente interino hacia el movimiento obrero, lo que quebró el paro nacional convocado por los trabajadores y agravó las críticas hacia los socialistas.

3.16 Tercer gobierno de la alianza de centroizquierda

Frente a las elecciones presidenciales de 1946, tanto la derecha como la izquierda se presentaron divididas. El Partido Conservador, apoyado por la Falange, levantó la candidatura de Eduardo Cruz-Coke. Por su parte, los liberales con el apoyo de Radicales doctrinarios, Agrarios-laboristas, y los «Socialistas auténticos» de Grove llevaron como candidato a Fernando Alessandri Rodríguez.

Los radicales presentaron a un representante de su ala izquierda, Gabriel González Videla, quien, apoyado por los comunistas, prometió restablecer el espíritu reformista del programa del Frente Popular del año 1938. Pero el Partido Socialista, rechazando cualquier coalición con los comunistas, llevó de candidato a Bernardo Ibáñez.

Los resultados favorecieron al radical Gabriel González Videla con una mayoría relativa (40,1%), Cruz-Coke obtuvo un 29,7%, y Alessandri un 27,3%, mientras Bernardo Ibáñez sólo alcanzó un 2,5% de la votación.

Gabriel González Videla había nacido en La Serena, descendiente de una familia de clase media. Abogado, egresado de la Universidad de Chile en 1922. Ascendió en el liderazgo del Partido Radical, del cual fue electo presidente en 1937. Diputado por su distrito natal en los períodos 1933-37 y 1937-41, fue nombrado Embajador en Francia en 1939 y elegido senador en 1945.

3.17 Los comunistas dentro y fuera del gobierno; la Ley de Defensa Permanente de la Democracia

Durante el período de González Videla se vivieron una serie de hechos políticos nuevos en nuestra historia. Por primera vez el Partido Comunista chileno ocupó cargos ministeriales (Trabajo, Agricultura y Tierras y Colonización), compartiendo responsabilidades no sólo con los radicales, sino también con el Partido Liberal.

La coalición radical-comunista-liberal tuvo grandes repercusiones políticas. Las elecciones municipales de 1947 ampliaron las fuerzas del PC y disminuyeron las del Partido Radical. Por otra parte, la creciente influencia comunista en el aparato burocrático provocó la presión de la derecha para marginarlos de los puestos públicos. Los liberales renunciaron al gabinete y esto, unido a la presión ejercida por Estados Unidos en plena Guerra Fría, impulsó al Presidente a romper con sus viejos aliados, expulsándolos del gabinete en 1947, pero posiblemente fueron los factores internos los que más pesaron en el gobierno para la estigmatización del Partido Comunista.

El pc inició entonces (y ya antes) una serie de protestas y huelgas a las que el gobierno respondió con detención de dirigentes y, finalmente, en 1948, con la «Ley de Defensa Permanente de la Democracia». Esta ley, fue aprobada por conservadores, liberales, radicales y el sector socialista auténtico y rechazada por comunistas, socialistas y falangistas.

De esta forma se legalizaba la idea de establecer una democracia basada en un pluralismo limitado. Esto significaba represión a los comunistas y una vigilancia coercitiva sobre el movimiento sindical. Sin embargo, el PC continuó aceptando, al menos formalmente, las reglas del juego político democrático, ya que en su interior se optó por replegarse y utilizar todos los medios para ejercer su influencia en forma indirecta. Incluso se continuó propiciando la formación de una coalición de centroizquierda.

La aplicación de la Ley de Defensa de la Democracia produjo también problemas en el PS, el cual, bajo la conducción de Raúl Ampuero, se opuso tenazmente a las medidas tomadas por González Videla en contra de los comunistas, posición que no fue compartida por otro sector encabezado por Bernardo Ibáñez, lo que finalmente provocó una nueva escisión del socialismo chileno, al marginarse Ampuero y Allende, que fundaron el Partido Socialista Popular.

En tanto, en la derecha, la legislación anticomunista y los virajes políticos de González Videla produjeron el quiebre del Partido Conservador, todavía considerado como la expresión política de la Iglesia Católica. La Falange ya se había escindido, pero ahora, el sector socialcristiano, que ejercía la dirección del Partido, cuando se discutió la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, se opuso a ella; sin embargo, el grueso de los parlamentarios conservadores la votaron favorablemente. Una vez aprobada la legislación anticomunista, González Videla solicitó la incorporación de los conservadores al gabinete, junto a liberales y radicales. La directiva del Partido Conservador, todavía en manos socialcristianas, se opuso; aun así tres conservadores aceptaron carteras ministeriales. Se rompió entonces el Partido Conservador en dos; nacieron el Partido Conservador Tradicionalista y el Partido Conservador Socialcristiano, que entró en cordiales relaciones con la Falange. La gran mayoría del electorado conservador respaldó a los tradicionalistas.

A pesar del apoyo de la derecha, el comportamiento político de González Videla continuó siendo errático. Pronto rompió su alianza con liberales y conservadores tradicionalistas para llamar al gobierno a falangistas y socialcristianos formando en 1950 el gabinete de «sensibilidad social».

Tantos cambios en las combinaciones de gobierno durante una sola administración no hicieron sino desprestigiar el sistema político, a los partidos, a aquel estilo pragmático y conciliador y a la flexibilidad de las alianzas gubernativas, lo que tendría serias repercusiones en el desarrollo político posterior de Chile.

3.18 El ibañismo

Entonces emergió con fuerza el Partido Agrario Laborista que reunía a partidarios del general Ibáñez y grupúsculos fascistas. Recogió el sentimiento de frustración colectiva provocado por el creciente rechazo hacia el estilo político del radicalismo, especialmente durante el gobierno de González Videla. Preocupaba también el fraccionamiento que habían sufrido en mayor o menor grado todos los partidos políticos, como quedó demostrado en las elecciones parlamentarias de 1949.

Finalmente, surgieron fuertes críticas al uso de la administración pública como fuente de empleo para los militantes y simpatizantes del partido de gobierno, así como el desmedido crecimiento y a los signos de corrupción e ineficiencia que comenzaban a aparecer en el aparato burocrático.

Estos elementos, unidos al problema económico que se manifestaba en la inflación y el crecimiento de un proletariado urbano que vivía en críticas condiciones, llevaron a amplios sectores a buscar un líder que cambiase el estilo político imperante y, una vez más, las miradas se centraron en el general Ibáñez.

El ibañismo, aunque tuvo muchas fisonomías, fue un fenómeno más social y cultural que político. Tal vez los factores comunes de los grupos que se aglutinaron en torno a la figura del general Carlos Ibáñez del Campo fue el rechazo a la politiquería. Pero dentro del ibañismo se incluyeron las más variadas tendencias; hubo derechistas, radicales, socialistas, pro fascistas; civilistas y militaristas.

En realidad, Ibáñez fue un populista que sólo mantuvo algunos valores constantes en toda su carrera.

Como se vio, el ibañismo había nacido en las décadas de 1920 y 1930 como oposición al alessandrismo, y posteriormente, aprovechando el descontento que fueron generando los gobiernos radicales. Ibáñez se levantó como la imagen de la austeridad frente a la «corrupción» política y del orden frente al fraccionamiento de los partidos y las luchas de poder. Más todavía, de la crisis de autoridad y la falta de eficiencia frente al desgobierno. La clase media, consolidada en la vida económica y política chilena, empezaba así a abandonar las banderas del reformismo para plegarse a las de la defensa del orden.

Pero si el ibañismo nunca tuvo una matriz doctrinaria clara y fue y vino de acuerdo al oleaje de la política contingente, los elementos de su imaginario político más permanentes fueron la defensa de la seguridad, el orden, el nacionalismo y la justicia social, sin dejar muy en claro qué significaba eso.

En este ambiente se fue preparando el proceso político de los comicios presidenciales de 1952, en que la gran incógnita radicó en la participación de un nuevo elemento en el juego político electoral: por primera vez la mujer ejercía su derecho a voto en una elección de la máxima autoridad del país.

3.19 Derechos políticos para la mujer

Las primeras organizaciones políticas femeninas surgieron hacia 1920, año en que Eloísa Alarcón, Gracia Sanhueza, Elvira Vargas y otras fundaron el Partido Cívico Femenino. Desde entonces, fueron numerosas las organizaciones de mujeres que nacieron con el propósito de obtener el derecho a voto. En 1944 se celebró en Santiago el Primer Congreso Nacional de Mujeres del que nació la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (fechif), destacándose por su labor reivindicativa, Amanda Labarca, Ana Figueroa, Adriana Olguín, Inés Enríquez, Aída Yávar, Graciela Lacoste, Mimí Brieva, etc. Ver más adelante.

Fruto de los esfuerzos de la fechif, se presentó al Senado un proyecto de ley sobre el sufragio femenino en elecciones políticas. Sin embargo, sólo en 1948 fue discutido en la Cámara de Diputados y el 8 de enero de 1949 promulgado en solemne acto celebrado en el Teatro Municipal.

Durante el gobierno de Gabriel González se creó la Oficina de la Mujer, organismo que patrocinó importantes estudios sobre la maternidad y, se preocupó del mejoramiento de los

derechos hereditarios. Se dictaron disposiciones legales que permitieron a las funcionarias del Estado, percibir directamente su asignación familiar. Además la mujer comenzó a participar en funciones públicas, siendo designada por vez primera una de ellas en el cargo de Intendente, el que recayó en Inés Enríquez, quien posteriormente fue la primera mujer que se desempeñó como parlamentaria. Se designó a Carmen Vial, embajadora de Chile en Holanda y Adriana Olguín fue designada Ministra de Justicia.

3.20 Las relaciones internacionales durante el período 1930-33 y 1952

Con sus vecinos no tuvo Chile mayores problemas durante este período, excepción hecha de los litigios pendientes con Argentina en Palena y la zona del Beagle, los cuales no llegaron a solucionarse, permaneciendo latentes.

Gran importancia ha tenido, sin embargo, el decreto del 6 de noviembre de 1940, que formalizó los derechos de Chile sobre parte del continente antártico, comprendiendo «...las tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares y demás conocidos y por conocerse, y el mar territorial respectivo, existentes dentro de los límites del casquete constituido por los meridianos 53°, longitud oeste de Greenwich, y 90°, longitud oeste». Estos derechos tenían su origen en bulas pontificias, decretos («capitulaciones») de la Corona Española de los siglos xvi y xvii, y el «uti possidetis» de 1810.

El 14 de enero de 1939, Noruega declaró sus reclamaciones territoriales sobre territorio antártico entre los meridianos 0º y 20º, lo que inquietó al gobierno chileno, por lo que el presidente Pedro Aguirre Cerda incentivó la definición del Territorio Antártico Nacional.

El 7 de septiembre de 1939, de acuerdo con la Teoría de los Sectores Polares, se decretaron los límites de la Antártica Chilena, los cuales fueron oficializados el 6 de noviembre de 1940. Como Chile consideraba que sus derechos antárticos llegaban hasta la línea del Tratado de Tordesillas, se consideró que renunciaba a un tercio del territorio y entregaba a la Argentina la zona comprendida entre los meridianos 53º y 37º

7', a pesar del hecho de que la línea de Tordesillas pasaba por el meridiano de 46° 37' O y no por el de 37° 7' O.

A fines de 1940, ambos países reconocieron «...que Chile y Argentina tienen derechos indiscutibles de soberanía en la zona polar denominada Antártida americana».

En enero de 1942 Argentina declaró sus derechos antárticos entre los meridianos 25º y 68º 24' (el de Punta Dungeness). El 2 de septiembre de 1946 el Decreto N° 8.944 fijó nuevos límites para la Antártida Argentina entre los meridianos 25° y 74° de longitud Oeste. Finalmente el Decreto Ley Nº 2.129, del 28 de febrero de 1957, estableció los límites definitivos de su reclamación entre los meridianos 25º y 74º Oeste y el paralelo 60º de latitud Sur. Este decreto establece un territorio que se superpone sobre parte del territorio reclamado por Chile.

Chile comenzó a ejercer actos de soberanía en el continente antártico con la instalación de la Base Soberanía (actual Arturo Prat) en 1947. Al año siguiente y como forma de asentar las reclamaciones chilenas sobre la Antártica, el Presidente Gabriel González Videla inauguró la Base General Bernardo O'Higgins, siendo la primera visita oficial de un Jefe de Estado a este continente.

Chile y la Argentina firmaron el 4 de marzo de 1948 un mutuo acuerdo en la protección y defensa jurídica de sus derechos territoriales antárticos, reconociendo mutuamente:

> (...) hasta tanto se pacte, mediante acuerdos amistosos, la línea de común vecindad en los territorios antárticos de Chile y la República Argentina, declaran: Que ambos gobiernos actuarán de común acuerdo en la protección y defensa jurídica de sus derechos en la Antártida Sudamericana, comprendida entre los meridianos 25° y 90°, de longitud oeste de Greenwich, en cuyos territorios se reconocen Chile y la República Argentina indiscutibles derechos de soberanía.

En 1958, el Presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower, invitó a Chile a la Conferencia por el Año Geofísico Internacional para resolver el asunto antártico. El 1 de diciembre de 1959, Chile firmó el Tratado Antártico, que establece:

> La Antártica es Patrimonio de la humanidad. Dar al territorio antártico fines pacíficos, impidiéndose la instalación militar o armada. Los países firmantes del tratado tienen derecho a establecer bases con fines científicos (sismología, vulcanología, biología marina, etc.). Dejar las reclamaciones congeladas asegurando a cada nación firmante un *statu quo* por el tiempo que dure el tratado. En este territorio de fines pacíficos no se pueden hacer ensayos nucleares, ni de guerra, ni dejar desechos tóxicos.

En la actualidad, el Estado chileno ha confirmado sus pretensiones en la Antártica, sin desconocer lo establecido por el Tratado Antártico.

La zona bajo reclamación chilena está constituida principalmente por un sector de la Antártida Menor o Antártida Occidental, que incluye la península Antártica, conocida en Chile como Tierra de O'Higgins, siendo atravesada longitudinalmente por la cordillera de los Antartandes. Esta cadena montañosa es la continuación de los Andes.

Dentro del sector reclamado exclusivamente por Chile, en el suroeste del territorio, se encuentra el punto de mayor altitud de todo el continente antártico: el Macizo Vinson de 4.897 mts. de altura, que forma parte de los Montes Centinela.

Las precipitaciones del territorio son relativamente escasas y van disminuyendo hacia el polo sur, donde impera el «desierto polar». Las zonas costeras más septentrionales, como el norte de la Península Antártica e Islas Shetland del Sur, tienen un clima subpolar o de tundra, es decir, la temperatura promedio del mes más cálido supera los 0º C, por lo tanto hay tierras descubiertas de capa de hielo permanente. El resto del territorio se encuentra bajo el régimen de clima polar.

Posteriormente, en 1961, Chile ratificó el Tratado Antártico, convenio que consagra una situación de *statu quo* entre todos los países que alegan derechos sobre la Antártica, cuyas pretensiones, por lo general, chocan. Este tratado tuvo una vigencia obligatoria de treinta años, pero ha continuado respetándose después de 1991.

En fin, no podemos dejar este acápite sobre relaciones internacionales sin mencionar que Chile declaró la guerra a Japón, por presión de ee.uu., el 12 de abril de 1945. Los buques de

la Armada de Chile fueron pintados con pintura de camuflaje. Afortunadamente nada pasó. La paz se firmó recién en 1950.

3.21 La economía

3.22 Tasas de crecimiento económico

Tasa de crecimiento del producto anual 1932-1952: 5.8%. Tasa de crecimiento del producto anual per cápita 1932-1952: 3.9%

3.23 Un nuevo modelo de desarrollo

Como consecuencia de los graves efectos de la crisis económica de los años 1929-1932, fue necesaria una mayor intervención estatal en la economía nacional. Sin embargo, ésta tuvo más bien un carácter de reacción frente a la crisis, sin responder a una política orientada por una teoría económica sistemática.

En cambio, el triunfo del Frente Popular fue decisivo para la implantación de un modelo de desarrollo en el cual el Estado se consolidó como promotor y gestor de un proceso de industrialización cuyos objetivos eran, por una parte, la «sustitución de importaciones» a través de un desarrollo técnico-económico estable, y por otra, la generación de un proceso económico y social para mejorar los niveles de vida y reducir los altos índices de cesantía.

3.24 La planificación económica

Para responder a ese desafío, durante los años del gobierno del Frente Popular y siguientes el Estado estructuró de manera orgánica y planificada su forma de intervención en la gestión económica. En primer lugar, adquirió una fuerte influencia en el mercado crediticio, organizando instituciones de crédito y estableciendo normas legislativas para regular dichas operaciones. También reglamentó que mercancías podían ingresar y sacarse del país. El objetivo era acrecentar los ingresos fiscales mediante políticas tributarias y evitar el ingreso de bienes superfluos. También se adoptaron medidas tendientes a regular los precios de modo de proteger a los sectores más débiles y limitar los perjuicios socioeconómicos producidos por la inflación. Se

estimuló la creación de empresas mixtas, en las que el Estado, a través de organismos creados por él, se asoció con particulares para desarrollar determinadas áreas y en ocasiones el Estado asumió directamente un papel empresarial, realizando obras de gran envergadura.

3.25 La corfo

El primer paso para llevar a cabo este último proyecto fue la decisión de crear la Corporación de Fomento de la Producción, corfo.

El país contaba con recursos naturales pero no con los capitales indispensables para aumentar la producción y fomentar el desarrollo. Tampoco era posible contar con inversiones extranjeras en un momento en que la economía mundial, si bien ya estaba recuperada de la crisis de 1929, debía ahora enfrentar la posibilidad de la Guerra Mundial que estallaría pronto en Europa.

En estas circunstancias (unidas al impacto emotivo consecuencia del Terremoto de Chillán en 1939, uno de los más violentos y destructores de Chile en el siglo xx y que abarcó una zona que iba desde Talca –o Curicó– por el norte hasta Los Ángeles por el sur, comprendiendo por cierto toda la zona de Concepción, Talcahuano, Tomé y la cuenca carbonífera de Lota y Coronel. Pero su centro estuvo en Chillán, que quedó completamente destruida. El gobierno presentó al Congreso un proyecto de ley para crear la Corporación de Fomento (corfo). A pesar de que la creación de ésta respondía a una vieja aspiración del empresariado nacional, los sectores de la derecha política opusieron una gran resistencia al proyecto del gobierno. En definitiva, lo que estaba en juego era la reformulación del papel que el Estado asumiría en lo económico, lo que significaba una readecuación en las esferas de poder. Finalmente se llegó a un acuerdo sobre la base de la composición del Consejo de la corfo, el cual debía integrar a los representantes empresariales y sobre la base de que la nueva institución se financiara con créditos externos (norteamericanos) y no con aumentos tributarios. De este modo, el 29 de abril de 1939 era promulgada la ley que creaba la corfo.

3.26 La nueva industria pesada

Entre los planes más importantes de la corfo cabe destacarse el «Plan de electrificación del país». Para su realización se fundó la Empresa Nacional de Electricidad, S.A. (endesa) en 1944, a la que le correspondió la construcción y explotación de diversas plantas eléctricas. Los grandes recursos hidroeléctricos chilenos no habían sido utilizados hasta ese momento. Entre 1944 y 1952, se construyeron las plantas hidroeléctricas de Pilmaiquén, Sauzal, Abanico y Los Molles, además de varias plantas térmicas. Se efectuaron también los estudios para establecer una red interconectada de los sistemas regionales con el fin de permitir la transferencia de los excedentes de energía.

La corfo también inició un plan de vastas proporciones destinado a descubrir yacimientos petrolíferos en el territorio nacional. La cantidad enorme de divisas que anualmente salían del país para adquirir combustibles significaba una fuerte carga para la economía nacional. Por otra parte, la dependencia de productores extranjeros en este rubro incidía directamente en el nivel de vida de la población, ya que las fluctuaciones del precio internacional repercutían no sólo en la industria, sino en toda actividad. Para enfrentar mejor estos efectos se inició en 1942 un programa de prospecciones cuyos primeros frutos se vieron en 1945 al descubrirse el primer yacimiento en Magallanes.

Este logro se debió en buena medida al esfuerzo del ingeniero Eduardo Simián Gallet, que antes había sido un notable futbolista. Más tarde sería, ministro de Estado del Presidente Eduardo Frei Montalva.

Desde este último cargo le tocó participar, de manera destacada en la «chilenización» del cobre.

En 1950, el gobierno de González Videla traspasó la tuición de estas actividades a una empresa de carácter autónomo, la Empresa Nacional de Petróleos (enap). Con todo, Chile nunca llegó a abastecerse de subproductos del petróleo, los que llegaron a escasear durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la bencina se vendía por latas (de 5 y 10 litros).

Respecto de la siderurgia, si bien ya se había iniciado la producción de hierro y acero al entrar en funciones la usina de Corral, la corfo inició el estudio técnico y comercial para la instalación de una gran industria siderúrgica. Así nació en 1946 la Compañía de Acero del Pacífico (cap), creada por ini-

ciativa y financiamiento estatales, pero que desde el comienzo dio también participación mayoritaria al capital privado. En 1950 la fundición y acería de Huachipato, en Concepción, comenzó su producción.

En el ámbito agroindustrial, la CORFO inició en 1945 estudios para la producción de azúcar de remolacha y posteriormente se creó la Industria Azucarera Nacional S.A. (IANSA) en 1952.

Como consecuencia de estas iniciativas, entre 1946 y 1955 el repunte del sector industrial fue importante. Este proceso representó no sólo una recuperación trabajosa de los índices alcanzados en el período anterior a la crisis de 1929, sino una clara superación de ellos. Lo anterior se dio pese a la creciente desventaja para la economía chilena en la relación entre precios de los productos de exportación y los de las importaciones (términos de intercambio).

También, dentro de la nueva tendencia económica, se efectuó un plan tendiente a lograr la mecanización del trabajo agrícola. Se impulsó el desarrollo de la fruticultura, la importación de ganado fino, el fomento de la industria del cáñamo y de oleaginosas, cultivo, este último, que en 1950, satisfacía casi la totalidad de las necesidades internas. Con todo, la historia de la agricultura durante esos años fue muy distinta de la industrial; la producción agrícola, por habitante, disminuyó en alrededor de un 20%. Considerando el aumento de la población, había disminuido el número de hectáreas cultivadas por habitante y el aumento de los rendimientos fue insuficiente.

En suma, durante este período y fundamentalmente a partir de 1939, el Estado se distinguió por su participación en iniciativas y empresas ajenas al área tradicional de las obras públicas. Se crearon puntos de apoyo fundamentales para el desarrollo futuro.

3.27 Crecimiento y problemas del desarrollo

La existencia de un proceso inflacionario persistente fue, sin duda, uno de los rasgos característicos de la evolución económica del período examinado. Sin embargo, la política de reajustes de sueldos para proteger el poder adquisitivo de los asalariados, permitió a éstos convivir con la inflación. Por otra parte,

el Estado tuvo una permanente preocupación por los sectores obreros, intentando –con éxito relativo– un mejoramiento de sus niveles de vida.

Por otra parte, el problema socioeconómico del agro quedó postergado, tanto en sus aspectos económicos como sociales. Para muchos, la crisis agrícola se debía a factores «estructurales», considerando como tales la injusta tenencia de la tierra y la mantención de sistemas productivos arcaicos. Otros responsabilizaron a los gobiernos y su política de control de precios que habría tenido efectos negativos sobre la rentabilidad agrícola.

El lento crecimiento agrícola se manifestó en la disminución de la población rural y favoreció la migración campo-ciudad. Fue así como se fue creando un problema estructural por el desequilibrio que se produjo entre la rapidez del desarrollo de algunas actividades productivas principalmente urbanas y el estancamiento de otras, en su mayoría rurales, lo que repercutió en un desequilibrio entre lo económico y lo social.

3.28 La gran época del ferrocarril

Con la decadencia de la industria salitrera, en las décadas de 1920 y 1930, la red norte, que había alcanzado a unir La Calera con Iquique, entró en decadencia aunque siguió siendo utilizada hasta 1958.

La red sur, en cambio, se fortaleció en cuanto a equipo y con la construcción de numerosos ramales, incluyendo, ya en el comienzo, el de Santiago a Valparaíso, electrificado a partir del año 1924. Lo incluimos en la red sur pues la norte comenzaba en Calera hacia el norte chico.

Hacia el cambio de siglo xix al xx, la red sur prestaba un excelente servicio de pasajeros y carga. Para lograr esto se habían construido muy numerosas obras de ingeniería, entre las que destacaba el Viaducto del Malleco, el puente ferroviario más alto de Chile y de Sudamérica, inaugurado por el Presidente Balmaceda en 1890 y después reforzado para permitir el paso de las locomotoras Henschel y las alco, que mencionamos a continuación. Enormes locomotoras a carbón, las más grandes las alco norteamericanas tipo 110, llegadas en 1940, y las Henschel 100. Pero las locomotoras más poderosas llegadas a Chile fueron para la línea Santiago-Valparaíso: las eléctricas, llamadas «Serpientes Oro», llegadas en 1949 con un peso de

210 toneladas y 4.500 hp, que estuvieron en servicio regular hasta la década de 1970.

También es necesario recordar los trenes de pasajeros famosos: «El Flecha de Sur» alemán, anterior a la Segunda Guerra Mundial, muy veloz y los nocturnos a Concepción y Puerto Montt, que salían de la Estación Central de Santiago al comienzo de la noche con elegantes coches cama construidos en Alemania hacia 1929. Gran parte del mérito por este desarrollo, redundaba en la exactitud del funcionamiento de los trenes, se debió a los afanes de director general de Ferrocarriles, ingeniero Pedro Blanquier, que los últimos años de década de 1920 y los primeros meses de la de 1930, llegó a conseguir que la empresa fuese un modelo de eficiencia. Se podía poner el reloj en base a la hora en que pasaba el tren, se decía entonces.

Pero no se dejaron de cometerse torpezas mayores en esta feliz expansión; no exceptuando a Pedro Blanquier. Quizá la principal fue la construcción del túnel Las Raíces, con más de cuatro kilómetros de extensión y que une las comunas de Curacautín y Lonquimay en la Novena Región. El túnel, cuyos planos definitivos datan de 1929, comenzó a construirse en 1930 y se terminó ocho años después tras una inversión de más de 32 millones de pesos de la época. En principio, la obra estuvo destinada al tren que unía Victoria y Sierra Nevada, con miras a transformarlo en una vía transandina. Pero luego se transformó en un paso para la circulación de vehículos automóviles, además, en un atractivo turístico. Pero claramente, ésto no justificaba los enormes recursos utilizados.

3.29 La «Carretera Panamericana»

Era una voluntad de muchas décadas el construir una «carretera panamericana». La empresa era difícil, en particular en la zona de Darién entre Panamá y Colombia, y otras. Yendo hacia el sur después de los larguísimos desiertos de Perú y Chile, la ruta se extendió hacia Argentina. Era una obra de muchos miles de kilómetros. Hoy está terminada.

3.30 La marina mercante siempre pequeña

El transporte de carga y pasajeros, observando la geografía de Chile, casi siempre se hizo por buque. Se dio ya desde la época

colonial, pero muy precariamente. Creció poco después de Independencia llegando a servir líneas que llegaban a la polinesia. Pero el mito que Chile tuvo una gran marina mercante hasta la Guerra con España en la década de 1850, cuando fue destruida, no es sino eso. El servicio de carga y pasajeros estuvo siempre principalmente a cargo de buques extranjeros: ingleses y norteamericanos,después alemanes, franceses e italianos, que fueron los últimos en tener un servicio regular, con el Donizzeti, Verdi y Rossini. Los viajes que ofrecían fueron una de las cosas buenas de la vida.

3.31 LAN

La aerolínea fue fundada en Chile por el comandante de servicios aéreos del Ejército, Arturo Merino Benítez, comenzando sus operaciones el 5 de marzo de 1929 bajo el nombre de Línea Aeropostal Santiago-Arica. En 1932, por el DFL 247, adquirió el nombre de LAN y pasó a ser propiedad del Estado. Ya en 1927, fue creado en Santiago el Aeródromo los Cerrillos, en un terreno de 245 hectáreas donado al Estado chileno el año 1928 por el filántropo estadounidense Daniel Guggenheim.

LAN ha utilizado muchos tipos de aviones; algunos legendarios, como el Douglas DC 3, una leyenda, con el nombre de LAN Chile; el DC 6, el Caravelle, primer avión jet en manos de una compañía chilena, el Boeing 707, y después de 1973 otros aviones más modernos.

En 1974 se realizó el primer vuelo sin escalas a través del Pacífico Sur, uniendo a Sudamérica con Australia.

En 1989 el gobierno chileno, a cargo de Augusto Pinochet, privatizó la aerolínea.

En el presente, en manos privadas, LAN tiene fama de dar un buen servicio, pero caro. Por otra parte, su trato con sus empleados se caracteriza por lo malo.

3.32 La sociedad

3.33 La migración campo-ciudad

«Yo vengo de San Rosendo a vivir a la ciudad, allá la vida es bien sana, pero nunca pasa na»..., (*La Pérgola de las Flores*). «En la

gran ciudad no haya alegría y amor…, (ópera *Evita*). Todo esto puede no ser completamente cierto, y ya se ha dicho más atrás. Pero fue algo traumático que experimentaron los chilenos, quizá una mayoría, en el siglo xx. No sólo los que llegaban a Santiago u otra gran ciudad a poblaciones «callampas», conventillos o a la caída en la prostitución y el lumpen. También hacia fines de la década de 1960 o a comienzos de la de 1970, los que se asilaban en un bloque 1020 o en otras poblaciones de casas semisólidas que se calificaban como vivienda definitiva. Entrar a vivir en una población creaba vínculos buenos y malos, pero que nada tenía que ver con los de la familia campesina.

Según el censo de 1940 la población de Chile era de 5.020.000. La rural era de 2.639.000 y la urbana de 2.385.000 (ine) y estas cifras indicaban un cambio demográfico colosal: Chile dejaba de sur un país rural (o incluso se podría decir campesino), como se ha visto según las cifras de ine ya entregadas y referidas a las últimas dos décadas del siglo xix y las dos primeras del siglo xx, y pasaba a ser un país en rápida urbanización. Las cifras sobre población que daremos más adelante vendrán a confirmar esta tendencia.

Estas cifras, además, indicaban una baja densidad en comparación con países europeos, algunos asiáticos e incluso americanos. Con todo, entre los años 1932 y 1952, la población nacional aumentó en más de un 30% creciendo la de carácter urbano, situación que se reflejó en el desarrollo de las ciudades, especialmente Santiago que comenzó su crecimiento explosivo. En la década de 1930 la capital chilena estaba ya lejos de ser aquel aldeón de antaño y se había transformado en una ciudad cercana al millón de habitantes, invadida por los automóviles, grandes edificios (entre éstos destacó el «Barrio Cívico») y por una masa humana que ya no levantaba sus ojos ante el sonido de un avión. Se había producido una verdadera revolución en las costumbres como consecuencia de la modernización de Chile. Distinto era el panorama en provincias, donde todavía había múltiples ciudades pequeñas y pueblos.

El estilo de vida en las décadas de 1930 y 40, pasó definitivamente de la influencia francesa a la norteamericana. Una nueva ola extranjerizante se reflejó en el deporte, en la vestimenta, en la vida social e incluso en el vocabulario.

Las transformaciones también alcanzaron a los sectores bajos. Fruto de los planes de industrialización, de la democratiza-

ción política, de las mayores posibilidades de educación y de los programas de reorganización educacional hacia las áreas técnicas, surgió un conglomerado de «obreros especializados» que se fue asimilando a los sectores medios, adoptando sus formas de vida, sus inquietudes y anhelos. Este proceso se explica con el crecimiento experimentado principalmente por el sector industrial, los servicios gubernativos y la construcción, lo que permitió un mejoramiento de los niveles de vida de algunos sectores obreros.

Por esta época se dio el fenómeno de que la población urbana superó en número a la rural. Sin embargo, el proceso de crecimiento de los habitantes de las urbes, donde iban bajando lentamente los índices de mortalidad infantil y la migración campo-ciudad, superó las posibilidades de absorción de mano de obra, agravándose el problema de las masas urbanas marginales. Los conventillos fueron sustituidos por las primeras «poblaciones callampas» que nacieron espontáneamente y proliferaron en los suburbios de la capital. Así, las condiciones de vida de amplios sectores fueron muy precarias y la efervescencia social estuvo latente. Al mismo tiempo, el nivel alimenticio de la población chilena distó de ser satisfactorio, lo que se tradujo en desnutrición para vastos sectores. Una de las principales causas de este problema fue el hecho de que el incremento de la producción agrícola fue menor que su demanda.

La vida de barrio era importante (incluso en las poblaciones, pero con diferencias). Los barrios tenían mucha más vida propia que en el presente. Abundaba el comercio minorista, allí se abastecía la población: almacenes (donde se adquirían los legumbres, el aceite, el arroz y el azúcar a granel); botillerías, carnicerías, panaderías y puestos de pan, fiambrerías, fuentes de soda, paqueterías, verdulerías, mercerías, «boticas» (todavía las hay pero catalogadas como farmacias), bombas de bencina, zapaterías y kioscos donde se tomaban «puntos a las medias». No se vendía en gran escala. Las dueñas de casa, o, en los barrios más pudientes, las «empleadas», hacían un *tour* diario por estos comercios, con las *copuchas* del día. Era frecuente que se tuviera «cuenta», la que se pagaba a fin de mes. Había zapateros.

Pero el barrio, significaba también *pichangas* en las calles, cines que pasaban dos y tres películas pagando una sola entrada, y pandillas de niños y muchachos que solían enzarzarse en guerras de piedras. Plazas varias en Santiago, como la del barrio Brasil, la del «roto chileno» en el barrio Yungay, la Plaza

Ñuñoa, así como el otrora llamado «Llano Subercaseaux» en la popular comuna de San Miguel, eran centros de sociabilidad. Cada comuna siempre tuvo una plaza principal donde normalmente funcionaba la municipalidad. En esquinas importantes había buzones redondos, los que se acabaron hacia 1970.

Había además numeroso comercio ambulante: la leche (Delicias, Central, Soprole, la que se vendía en botellas repartidas por camiones o carritos); los triciclos del pan; las carretelas que vendían verdura. Antes de 1940 también circulaban los «carretones», tirados por tres caballos y que normalmente llevaban materiales de construcción. Después fueron reemplazados por camiones.

3.34 Grandes tiendas y hoteles en el centro de Santiago y otras ciudades

Pero cuando no se trataba de compra de abarrotes, sino, ropa, artículos de cocina, juguetes, todo tipo de artículos para el hogar y otros utensilios, a partir de 1930, fue la época de las grandes «tiendas» del centro. La primera habia sido Gath y Chaves, hacia los años del Centenario. Después aparecieron Los Gobelinos, A la Ville de Nice, Falabella («Ahumada, la calle de Falabella»), Almacenes París (de la familia Gálmez) y otras (propiedad de españoles) más apartadas la como la «Casa García», excelente y «La Soriana», en pleno centro. También había innumerables grandes tiendas de las calles San Diego: «Guinguis» («la casa que lo distingue»), «Enrique Guendelman», «La Polar», y Carlos Pabst Brillaud («¿Quién lo viste y quien lo vistió?»). Entre las farmacias destacaba la Farmacia Andrade, «una farmacia de barrio como la mejor del centro». También en la calle Puente había casas de venta importantes. «Donde golpea el Monito» era la más emblemática, creo que todavía existe. Desde la Plaza de Armas hasta el Mercado Municipal había una serie de locales que hacían gran negocio en época de compra de uniformes escolares y después.

Los hoteles eran punto aparte. El principal de Santiago era el «Carrera», de cuatro o cinco estrellas. Su bar, en el primer piso era famoso. Era un gran hotel, pero sin un lujo asiático. En el centro de Santiago había muchos otros hoteles en las décadas que fueron desde 1930 y 1970. El Carrera era seguido por el «Crillón», fino en su atención, pero, según me han contado, no

tanto en su servicio de habitaciones. Era un lugar de lujo. Allí ocurrieron varios crímenes u atentados pasionales.

En fin, es necesario mencionar el «Hotel City», que existió casi hasta nuestros días. No sé de sus habitaciones, pero se comía muy bien.

Años más adelante, conscientes de que en Chile había un grave problema hotelero, excepto en las ciudades más grandes, se constituyó la Honsa (Hoteles Nacionales sociedad anónima) por iniciativa fiscal, que construyó hosterías de buena calidad en una cantidad de ciudades de tamaño medio. Al comienzo funcionó muy bien, después se fueron deteriorando, sin llegar jamás a una situación calamitosa. Durante el gobierno militar se venderían a particulares.

En Valparaíso, que no tuvo grandes hoteles por más de 20 años, ahora, después de 1994, han aparecido algunos, pequeños, pero de de lujo, en los cerros más «chic». Con todo siempre existieron los hoteles Prat y Condell. El primero, anticuado pero decente. Se dormía bien y era utilizado por marinos mercantes cuyo barco estaba en la bahía. En el segundo también se dormía bien… acompañado, pero costaba unos pesos, en todo caso se mantenía la discreción.

En Concepción, más alejada de Santiago, también hubo buenos pero no grandes hoteles. En la zona de Los Lagos también, pero más dirigidos al turismo. Así mismo ocurrió en Antofagasta.

En Viña del Mar se construyeron en esta época hoteles: el O'Higgins, inaugurado en 1936, y el Miramar, en 1954. Ambos existen hoy aunque, el Miramar fue reconstruido recientemente.

3.35 Cines, cafés, bares en Santiago y otras ciudades

El cine Real, el más lujoso de la capital, se inauguró en la década de 1930. Después vinieron el Rex, el Metro y el Central.

Entre los cafés, destacaban La Novia y el Torres; entre los clubes, el de La Unión, elegante y de gran aparato, fundado hacia 1860 en otro edificio; el de «Septiembre» bastión del Partido Conservador, y múltiples restaurantes con especialidades extranjeras. Famosos fueron el Santiago, La Bahía; después abrieron el Waldorf y el Oriente, el alemán «de acá» en la Ala-

meda y el alemán de allá, el München, en la esquina de Luis Thayer con Providencia. Los clubes de campo, como el Club de Golf Los Leones, el Country y el Club de Polo, fueron remplazando al Club de la Unión y, en cierta medida, al Club Hípico. La concepción de una vida social elegante había cambiado.

En Viña del Mar existe (y hoy en muchas otras ciudades pero que no tienen el señorío del de Viña) el Casino y en la calle Valparaíso, el Samoyedo, mezcla de café, bar, confitería y varias cosas más. El Casino de Viña fue inaugurado oficialmente en 1930. El edificio, de tres niveles, cuenta con salones de juego, salones para eventos, sala de espectáculos, salón de exposiciones y restaurantes. Ha sido renovado repetidas veces. Es un símbolo de la Ciudad Jardín. Hubo una época en que el frenesí por el casino llevó a poner un tren especial, que salía de Viña a eso de las 3 de la mañana y llegaba a Santiago de madrugada.

En Valparaíso hubo varios cafés tradicionales, en especial el Vienés y el Riquet, todos cerrados hoy, aunque se dice que este último se reabrirá. Entre los bares brillaban el American Bar y el legendario Roland, único lugar en que he visto a alguien, un marinero norteamericano, tomarse media botella de whisky al seco. También destacaban el Cinzano, el Bar Inglés y La Playa.

En Concepción, se distinguían el restaurant Casino Español, el Club de Concepción y, de un estilo muy distinto, los que están cerca de la estación, «bares con pierna»; en Iquique, el Club Español, todavía en funcionamiento; en La Serena (con juego, comida y jarana), el «Casino», construido según el plan urbano de Gabriel González Videla, algo cambiado, también funciona en el presente. En Arica, resaltaba el Casino, creado en 1962 y ahora considerablemente más grande con un salón de eventos estrenado en el año 2008, bares, pubs, restaurantes y juego: ruleta, black jack, póquer, punto y banca, tragamonedas, etc.

3.36 Otras sociabilidades masculinas

En todas las ciudades de provincia había un «club», donde acudían los notables de la zona. Por lo general, existen hasta el presente. Pero antes era de los señores. Había otras sociabilidades. La más importante era la de los bomberos, que se fundaron en Valparaíso en 1850 por extranjeros copiando un molde de base norteamericana. En Santiago, existieron sólo

después de 1862 y el incendio de la Compañía; después se extendieron por todo el país.

Todas las «bombas» frecuentemente siguieron ligadas a comunidades de extranjeros o de hijos de extranjeros. Tuvieron y tienen su casino, igual que los ya mencionados Rotary Club y el Club de Leones, con sedes que también son restaurantes o casinos en todas o casi todas las ciudades de Chile.

Pero también apagaban incendios. Las primeras bombas eran de palanca movidas a mano al formarse dos líneas de voluntarios que manipulaban dos astas arriba y abajo, las que movían una bomba. En 1864 llegó a Santiago desde Estados Unidos «la Ponka», tirada con caballos pero con bomba a vapor, después llegaron otras. Todavía existe. Ya en el siglo xx llegaron los carros bombas automóviles.

Eran sociabilidades de clase media o de notables de provincia, como dijimos, bomberos, leones, rotarios. Según nuestros historiadores, el Rotary Club de San Antonio, oficialmente, es el tercer club chileno perteneciente a la organización rotaria internacional. Por razones de correo o diligencia de la secretaría sanantonina o de la gobernación del distrito, el informe de su fundación llegó a Chicago primero que los de Antofagasta y Concepción. Fue así como San Antonio enganchó en la fraternidad rotaria el 20 de marzo de 1927, en tanto que el de Antofagasta lo hizo el 21 de mayo de 1927 y el de Concepción el 18 de julio del mismo año. El primero fundado en Chile (y sólo chileno) fue el de Valparaíso, el 13 de abril de 1923. El segundo fue el de Santiago, el 24 de marzo de 1924.

En Valparaíso y Talcahuano había nacido, a imitación inglesa, el «Bote Salvavidas» que hiciera famoso, entre otros, Salvador Reyes. La historia del «Bote Salvavidas» es inseparable al temporal de 22 de mayo de 1940 que ya veremos y que reunía marinos ya maduros y amantes del mar. Su labor era rescatar marineros en peligro y náufragos en días de tormenta. Todavía existen y están activos en Valparaíso y Talcahuano.

Otros centros de sociabilidad que existían en Santiago en todas las ciudades de provincia, aunque no masculinos, eran los que vivían de las más antigua de las profesiones. Los había elegantes, dentro de su estilo, hasta miserables que recogían niñas poco agraciadas físicamente o que habían envejecido. La sífilis se repartía libremente. No sólo eran centros de placeres sexuales, sino también de encuentros con bebida y baile.

Las sociabilidades religiosas multitudinarias, ya muy antiguas, lejos de recibir un golpe por la modernidad continuaban (y continúan) existiendo. Eran, desde norte a sur, la Virgen de Tirana, Andacollo, Lo Vásquez, el Cuasimodo (en todo el valle central), la Virgen del Carmen, en Santiago, Santa Rosa de Pelequén, San Sebastián de Yumbel y otras. Las mandas a pagar, como llegar a las últimas cuadras de hinojos hasta la imagen y otras parecidas, abundan. Los meses, semanas y días anteriores al «pago» se sueña y piensa en éste.

3.37 Las provincias, su importancia relativa y sus causas

La decadencia del salitre produjo la del Norte Grande. Arica, pese algunos intentos de transformarla en balneario internacional, se transformó en una ciudad olvidada, hasta que Ibáñez la revivió con el «puerto libre» en la década de 1950, Iquique languideció también, pero en la época de Alessandri también resurgió con la pesca y mucho después con la zona franca que trajo chilenos y bolivianos. Sólo Antofagasta, merced a Chuquicamata, conservó su dinamismo, pero era una ciudad fea. Sólo vino a experimentar un repunte urbanístico después del año 2000. Otras ciudades, otrora de alguna importancia, como Taltal, se transformaron en pueblos.

En el «Norte Chico» la situación era parecida, excepción hecha de La Serena que durante el gobierno de González Videla, oriundo de ésta, experimentó un espectacular plan de renovación de sus edificios públicos y algunos privados, en estilo colonial. La ciudad se transformó hermosamente, por más que los nuevos edificios imitaran un estilo colonial que no había sido el chileno.

Valparaíso, en tanto, fue duramente golpeado por la apertura del Canal de Panamá en 1914, el consecuente declive de la ruta del Cabo de Hornos, y la emigración de sus sectores sociales altos a Santiago, entró en un progresivo estancamiento. Sin embargo, vio nacer a su costado a Viña del Mar, ya no como un simple balneario, sino como ciudad residencial de características modernas y belleza ornamental.

Las ciudades del cercano sur, Rancagua, Curicó, Talca, Linares, Chillán, eminentemente agrícolas, participaron del

estancamiento de la agricultura tradicional. Tenían pequeñas aristocracias de huasos ricos. Solo en el valle de Colchagua los dueños de tierra se conectaban familiarmente con la aristocracia de Santiago durante el siglo xix y la primera del xx: los Echeñique, los Errázuriz, los Valdés y otros.

Concepción fue la ciudad que adquirió más importancia relativa en estos años. Fortalecida por la todavía muy relevante industria del carbón, fue además beneficiada, bien avanzado el siglo xx, por la fundación de la cap y Huachipato, así como varias industrias relacionadas con el rubro metalúrgico. En Tomé y Lirquén florecía además la industria de paños, de vidrios y loza. En otro plano, la Universidad de Concepción, transformó a esta urbe en un centro de desarrollo intelectual y artístico de buen nivel. Los Cousiño, dueños de Lota y su cuenca carbonífera, se hicieron muy ricos.

Más al sur, en Chiloé y Aysén, la vida se mantenía monótona, todavía en torno a la cocina de leña. Pero probablemente allí la vida podía ser feliz.

La zona de Magallanes, donde se descubriría petróleo en 1945, era un lugar de inmigración reciente. Punta Arenas prosperaría, primero por el empuje de algunas familias chileno-argentinas; los Menéndez, los Braun, los Behety y otras. Después, por obra de los yugoslavos y algunos ingleses que ganaron dinero criando ovejas, unos pocos llegarían a ser ricos. El frío extremo del invierno obligaba a que todas las casas fueran de construcción sólida.

3.38 El sindicalismo

Los gobiernos radicales utilizaron sus influencias en el campo sindical y obrero. Aprovechando su alianza con los partidos de izquierda llevaron adelante una política populista, que incluía medidas como la fijación de precios de productos de primera necesidad, el aumento de remuneraciones y la creación de nuevos puestos de trabajo. Lograron así mantener la «paz social».

Durante el gobierno del Frente Popular el movimiento sindical tuvo un fuerte desarrollo. En los tres primeros meses de éste se crearon más organizaciones obreras y profesionales que entre los años 1925 y 1938. Desde el año 1941 hasta 1949 el número de afiliados a la Confederación de Trabajadores de Chile (ctch, sucesora de la foch) aumentó en un 40%. Este

movimiento obrero fortalecido, aunque tuvo en general una actitud conciliadora, participó en numerosas huelgas que se expresaron mayoritariamente a través de canales legales. Al interior de la CTCH, los comunistas tuvieron una posición posiblemente más moderada que los socialistas, aunque ambos partidos consideraban que apoyar al gobierno era mejor para los intereses obreros que luchar por demandas y peticiones que el sistema no podía satisfacer.

Esta situación continuó durante los gobiernos radicales que, en general, también respetaron las organizaciones sindicales y los derechos de los obreros, lo que evitó su polarización a pesar de que muchas de sus aspiraciones se vieron frustradas.

Pero la lucha política entre comunistas y socialistas debilitó fuertemente el peso global del movimiento obrero, que mantuvo una presión reivindicativa permanente sólo frente al problema de la inflación. Además, el cohecho y otras limitaciones de la inscripción electoral fueron un freno para que las críticas sociales tuvieran expresión política.

En cuanto a la sindicalización campesina, la derecha estaba consciente de que había perdido su control político sobre el sector obrero-industrial, pero no estaba dispuesta a perder el que ejercía sobre el ámbito campesino que, influido por la acción del Partido Comunista, intentaba sindicalizarse en medio de un ambiente de creciente agitación social. Esta pretensión era rechazada de plano por los partidos de derecha, cuya fuerza electoral residía en la influencia de los caciques provinciales en las zonas agrarias. La derecha, en alianza con el sector terrateniente del Partido Radical, logró que el gobierno de Aguirre Cerda detuviera el proceso de sindicalización campesina; conseguía así mantener su control sobre el mundo del agro.

3.39 Las poblaciones callampas en Santiago, Valparaíso, Concepción y otras ciudades

Como ya se dijo, la extrema pobreza se manifestó ahora en un contexto urbano, con la proliferación de las «poblaciones callampas» o simplemente de las semirrucas o chabolas de los «callamperos», incluso en barrios de buena burguesía. Pero el hecho es que el conventillo había sido reemplazado por la «callampa». Ésta presentaba mejoras y defectos frente a la pieza

de conventillo. De partida estaba al aire libre y comúnmente en un espacio más o menos amplio. Además permitía intimidad. El problema era que estaba hecha de tablas o latones, lo que no aliviaba del frío en el invierno. Los conventillos, en que una cama albergaba a muchos padres, hijos y otros eran posiblemente más abrigados, pero tenían otros problemas más graves producto de la promiscuidad. Además, en ambos, se vivía al ritmo del «cuarto de litro», de aceite, de leche, de parafina. Comerciantes más o menos inescrupulosos abusaban.

El invierno era una estación maldita. Frío, barro, enfermedades, no es casualidad que mucho de los «callamperos» terminaran en partidos de la revolución violenta.

Las poblaciones callampas se dieron principalmente en Santiago, pero también las hubo en Valparaíso-Viña del Mar, Concepción, Antofagasta, Iquique, y las ciudades del valle central.

Estaban constituidas por chabolas, con una, dos o tres camas donde, como en las piezas de los conventillos, dormían padres e hijos y, a veces abuelos y tíos o simplemente amigos.

Las mujeres de ámbito popular, tenían hijos de tres o cuatro hombres diferentes. Y esos hijos serían siempre unos desarraigados. Ese fue el Chile de Jorge Alessandri. El de Eduardo Frei, aunque el mandatario intentó remedios, no los pudo poner en práctica sino parcialmente.

En los barrios populares y poblaciones, como ya dijimos, el aceite todavía se compraba por cuartos (de litro) y el azúcar (granulada o en «terrones», lo que era algo que ocurría todo nivel social) también, por cuartos de kilo, y esto ocurriría hasta la década de 1960. En las esquinas más concurridas, se practicaba todo tipo de relaciones hombre-mujer, entre pandillas, afines o enemigas y ocio en las horas en que no se trabajaba o entre los cesantes y, a la vez, vagabundos. La droga no se esparcía entonces por Chile; eso ocurriría en la década de 1960 y después.

3.40 La cultura

3.41 Educación

El lema del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, «Gobernar es educar», no fue sólo discurso. Así se inició el proceso, tantas

veces postergado, de detener el crecimiento de las profesiones liberales y equilibrar el rumbo de la educación, otorgando una mayor importancia a la enseñanza técnica. La «Escuela Nueva» intentó desarrollar vocaciones acordes con la política de industrialización del gobierno, capacitando individuos para enfrentar el desafío desarrollista. Con ese fin se creó la Facultad de Comercio y Economía Industrial de la Universidad de Chile.

A comienzos de la década de 1940, sobre una población de poco más de 5.000.000 de habitantes, el alfabetismo en la población chilena mayor de siete años llegaba a un 58%. Los matriculados en educación primaria, a 647.000; en la secundaria 49.000 y en la superior 6.500. Estos números subieron: en 1950 a 797.000, 81.000 y 11.000, respectivamente. El total de educandos se acercaba al millón.

En relación con la enseñanza industrial, minera y comercial, se fundaron escuelas de artesanos e industriales en casi todas las provincias, así como también escuelas femeninas. El impulso a la enseñanza técnico profesional culminó, como ya se dijo, con la creación de la Universidad Técnica del Estado, en 1947, la que, al establecer sedes en provincia, tendió a solucionar el problema que afectaba a los jóvenes de ciudades pequeñas y pueblos, cuya concurrencia a las universidades de Santiago, Valparaíso y Concepción se hacía difícil debido al costo que implicaba.

3.42 El mundo intelectual

Las décadas de 1930 y 1940 fueron de un gran dinamismo cultural, lo que se reflejó en nuevas expresiones que adquirieron un carácter más cosmopolita y comprendieron a amplios sectores del país.

En la literatura, las corrientes de la época tendieron a la búsqueda de una visión más universal y la manifestación del anhelo de trascendencia del hombre urbano.

La generación del 38, representada por Fernando Alegría, Daniel Belmar, Nicomedes Guzmán, Juan Godoy y otros, se alejó de aquellas corrientes atraídas por el mundo y el paisaje rural para expresar la nueva realidad cotidiana, así como el afán «cosmopolita» posterior de la generación del 27. Se buscaba la problemática de los hombres desposeídos adentrándose en los conflictos sociales desde una perspectiva de denuncia no exenta de contenido político.

Otro sector de dicha generación, surgida fundamentalmente del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, fundó la revista *Mandrágora* y se preocupó no sólo de la literatura, sino también de la filosofía y el arte. En ésta colaboraron escritores como el surrealista Braulio Arenas, Teófilo Cid, Gonzalo Rojas, y especialmente el ya mencionado Vicente Huidobro, figura de dimensión internacional, uno de los grandes poetas de habla castellana en el siglo xx.

También –aunque forzando el concepto de literatura– cabe mencionar aquí una corriente historiográfica que insistía sobre un mensaje dolorido respecto de un Chile amado pero decadente. Los historiadores Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre y Francisco Antonio Encina, casi desde comienzos del siglo xx reivindicaron las décadas autoritarias del siglo xix y Eyzaguirre el legado hispano, endiosando, los tres, la figura de Diego Portales y considerando el Chile liberal y democrático del siglo en que les tocaba vivir como decadente. Esta corriente, que ha tenido mucha importancia pues sus ideas fueron recogidas por los textos escolares y en especial por los de Galdames y Frías Valenzuela, preparó el advenimiento del régimen autoritario en 1973.

3.43 Gabriela Mistral (Lucila Godoy Alcayaga)

Nació en Vicuña, en 1889. La niñez de la autora estuvo marcada por la ausencia del padre, que abandonó a su familia cuando Gabriela tenía tres años. Estudió en la Escuela Normal de Copiapó (actual Universidad de Atacama) obteniendo el título de profesora normalista. Desde 1908 fue maestra en la localidad de La Cantera y después en Los Cerrillos. En 1910, validó sus estudios ante la Escuela Normal N° 1 de Santiago y obtuvo el título oficial de Profesora de Estado, otorgado por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Más adelante conoció a Romelio Ureta, un funcionario de ferrocarriles del cual se enamoró. Sin embargo, Ureta se suicidó, transformando negativamente la percepción del mundo de la Mistral: «Del nicho helado en que los hombres te pusieron, te bajaré a la tierra humilde y soleada»…

Luego, (al parecer), tuvo otro amante, Manuel Magallanes Moure, poeta chileno, de tendencia atea, pero no se conocen los

detalles de su relación. Gabriela Mistral fue conocida como la primera escritora hispanoamericana y como «la madre de América».

El seudónimo literario Gabriela Mistral en casi todos sus escritos, en homenaje a dos de sus poetas favoritos, el italiano Gabriele D'Annunzio y el francés Frédéric Mistral. En el año 1917 Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya publicaron *Selva lírica,* donde Lucila Godoy aparece ya como una de las grandes poetisas chilenas. Esta publicación es una de las últimas en que utiliza su nombre verdadero.

Vivió desde Antofagasta, en el extremo norte, hasta en el puerto de Punta Arenas. Gabriela Mistral aspiraba a un nuevo desafío después de haber dirigido dos liceos de pésima calidad. Postuló y ganó el puesto prestigioso de directora del Liceo Nº 6 de Santiago, pero los profesores no la recibieron bien, reprochándole su falta de estudios profesionales.

Salió de Chile lo antes posible. En México se le brindó el aprecio que Chile le había negado: el gobierno la invitó a este país en 1922, y se quedó allí casi dos años. Tras una gira por Estados Unidos y Europa, volvió a Chile, pero se vio obligada a partir de nuevo, esta vez para servir en Europa como representante ante la Liga de Naciones, siendo una las pocas mujeres con ese cargo.

Su vida en adelante fue un continuo errar. En 1924 publicó en Madrid *Ternura*, más adelante, *Tala*. En 1943, en Petrópolis (Brasil), a los 18 años se suicidó «Yin-Yin» (Juan Miguel Godoy Mendoza), un joven que al parecer era hijo de un hermanastro de ella y que fue adoptado por Mistral.

El 10 de diciembre de 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura. Con este galardón se convitió en la primera literata latinoamericana en ser premiada con el Nobel. En 1947 recibió el *Doctorado Honoris Causa* del *Mills College of Oakland*, California. En 1951 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

Publicó su libro *Desolación* primero en Nueva York y después en Chile. Uno de sus lugares favoritos de Nueva York era una fuente donde ella se inspiraba a escribir y donde tuvo amores homosexuales con la norteamericana Doris Dana, quien fue su amor, receptora, vocera y albacea oficial.

Debido a su delicada salud, la Mistral prefirió alejarse del mundo en su casa de Nueva York. Poco después falleció víctima de cáncer, el 10 de enero de 1957.

Por el mismo tiempo, Pablo Neruda (al cual nos referiremos más adelante) escribía sus obras más conocidas, *Residencia en*

la tierra y *Canto General*, compartiendo su actividad de escritor con las labores de cónsul en España durante la Guerra Civil y luego con su participación en la política nacional, que lo llevó al cargo de senador por el norte, su posterior desafuero, exilio y viajes por el mundo hasta 1952, cuando regresó a Chile. El Chile que amó, como cuando escribía refiriéndose a nuestro solitario y doliente prócer: «O'Higgins, para recordarte, a media luz hay que alumbrar la sala. A media luz del sur en otoño, con temblor infinito de álamos...

3.44 María Luisa Bombal

Otra notable literata de la época, posiblemente la mejor novelista que ha producido la literatura chilena, fue María Luisa Bombal. Mujer atractiva de vida, como suele ser en los grandes intelectuales, siempre cercana a la angustia, la fatalidad y la muerte.

Nació en Viña del Mar en 1910. Inició sus estudios en el Colegio Monjas Francesas, pero tras la muerte de su padre en 1923 se trasladó a París donde ingresó, primero, al Convento de Notre Dame de l'Assomption y posteriormente al College Sainte Geneviève. Sus estudios superiores los realizó en la Facultad de Letras de La Sorbonne. Así consiguió la Licenciatura en Filosofía y Letras, escribiendo su tesis sobre Próspero Merimée.

Regresó a Chile en 1931 con intención de escribir para el teatro, pero luego, en 1933, viajó a la Argentina donde vivió en casa de Pablo Neruda en Buenos Aires. Allí conoció a Jorge Larco, con quien se casaba tiempo después. El matrimonio fue breve, por la temprana muerte de su marido. Fue en Buenos Aires donde también conoció a Jorge Luis Borges y, escribiendo para la revista literaria *Sur*, bajo la dirección de Victoria Ocampo, publicó sus primeras historias de énfasis psicológico en un estilo que media entre la realidad y un mundo de ensueños.

En 1935 publicó *La última niebla* que se centra, como en toda su obra, en personajes femeninos y en su mundo interno.

En 1938 publicó *La amortajada*, por el que obtuvo el Premio de la Novela de la Municipalidad de Santiago en 1941 y es su libro más conocido.

Pero su tormentosa vida sentimental hizo su aparición. En 1941 hirió gravemente de un disparo a su ex amante, el anticomunista Eulogio Sánchez Errázuriz. Fue absuelta por la justicia, pero se vio obligada a emigrar a los Estados Unidos en 1942.

Se instaló en California, ya que Hollywood compró los derechos de *La última niebla*. Trabajó con John Huston, director del proyecto, que convocó a Lauren Bacall y Humphrey Bogart para los roles protagónicos. En 1947 reescribió la novela con el título *The House of Mist*, y escribió el guión de la película, pero la «caza de brujas», iniciada por el senador Joseph R. McCarthy, detuvo los proyectos del director. La escritora abandonó Hollywood, lo que la llevó a radicarse en New York, donde conoció a Raphäel de Saint-Phalle, importante banquero francés perteneciente a la nobleza con el que posteriormente se casó. De esta relación nació Brigitte de Saint Phalle Bombal, única hija de la escritora.

María Luisa Bombal abandonó los Estados Unidos en 1971 tras la muerte de su esposo. Se trasladó a Buenos Aires y posteriormente, el año 1973, regresó definitivamente a Chile.

En 1974 obtuvo el Premio Ricardo Latcham. Pero, en un acto de injusticia, con ribetes de escándalo, no recibió el Premio Nacional de Literatura.

Sus últimos años los pasó en una casa de reposo, sumida en el alcohol. Afectada de crisis hepáticas, María Luisa Bombal falleció en 1980.

3.45 Las ciencias

Poco antes, pero más después de 1930, tanto la Universidad de Chile como las Universidades Católica de Chile y de Concepción destacaron en la labor científica. En la Casa de Bello el médico italiano Juan Noé, famoso por su labor sanitaria en el extremo norte, creó un grupo de investigadores en biología y medicina. En la Universidad Católica de Chile esa misión la desempeñó el notable médico investigador y después destacada figura política Dr. Eduardo Cruz-Coke. Y en la Universidad de Concepción se creaba un centro de investigación científica alrededor del biólogo Alejandro Lipchutz, quien se preocupó de numerosas otras disciplinas, incluso la historiografía. En 1928 la «Sociedad de Biología» servía de puente entre estos investigadores y sus discípulos. El mismo año o el siguiente se formaron la «Sociedad de Bioquímica» y la «Sociedad Médica». En el año 1931, ambas universidades santiaguinas crearon grupos de investigación en fisiología. Después surgieron centros de estudios astronómicos.

Finalmente, por la misma época se iniciaron los primeros estudios universitarios modernos sobre materias económico-sociales; aunque con mucha anterioridad varios economistas, desde la cátedra o en forma privada, habían trabajado materias económicas con rigurosidad. Entre otros, el francés Gustave Courcelle-Seneuil, Zorobabel Rodríguez en el siglo xix; y, a comienzos del xx, Agustín Ross y Guillermo Subercaseaux, fueron algunos de estos fueron los primeros economistas que trabajaron y publicaron en Chile.

3.46 Filosofía

No hubo un gran desarrollo de la filosofía en la década de 1930. Molina continuaba escribiendo. Más que de los grandes clásicos, se preocupaban de la filosofía de su tiempo, como hemos visto. Pero su influencia fue vasta. Ensayista fue Alejandro Venegas que, más que las tomadas de la filosofía de Molina, tenía ideas muy propias. Pero los discípulos de Molina en el Liceo de Talca, como después en la Universidad de Concepción, tenían su marca.

Dentro de su abundante bibliografía educacional, Enrique Molina también contó con algunos trabajos de orden historiográfico. Pero siempre fue un filósofo, y le pasó lo que a los demás filósofos chilenos: además de trabajar con algunos temas ya estudiados en el extranjero, poco pudieron decir. Habría que esperar a Gómez-Lobo y a Torretti (y quizá a Millas) para contar con grandes libros o escritos de filosofía.

3.47 La psiquiatría

El doctor Fernando Allende Navarro nació en 1891. Cursó sus estudios de medicina en Europa y se recibió de médico en la Universidad de Lausanne y psiquiatra en la Universidad de Zürich. Simultáneamente se dedicó a profundizar la ciencia psicoanalítica y fue el primer médico de habla española que ingresó a la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Estudió en Bélgica y más adelante se interesó en la neurología y psiquiatría. Trabajó al lado de Hermann Rorschach y Eugen Bleuler. Hizo paralelamente su formación psicoanalítica en la filial Suiza de la Sociedad de Psicoanálisis, de la cual llegó a ser miembro titular.

Allende Navarro regresó a Chile en 1925. Así ese año había, por lo menos, un psicoanalista en América Latina y en Chile: Allende Navarro.

Revalidó su título de médico en Chile en 1926 con la tesis: «El valor de la Psicoanálisis en policlínico: contribución a la psicología chilena». Al parecer esta obra es la primera de un psicoanalista americano de habla hispana.

Su personalidad científica como neuropsiquiatra fue ampliamente reconocida, pero no lo fue como analista (igual que Freud), lo que posiblemente motivó su retirada de centros y sociedades científicas oficiales, a la práctica privada.

3.48 Pintura, música, ballet

En la pintura, la creación en 1945 del Instituto de Extensión de Artes Plásticas y la actividad de los pintores surgidos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica generaron un importante proceso renovador. En esta última se formaron pintores que algunos han llamado la «Generación del 40», como Nemesio Antúnez, Enrique Zañartu, Roberto Matta y Mario Carreño, quienes buscaron expresar lo subjetivo a través de nuevas formas, acorde con las tendencias europeas de la época. Matta, quien se estableció en Europa, derivaría después hacia el surrealismo. Parecido fenómeno experimentó la escultura con sus exponentes, Tótila Albert, Marta Colvin, Lily Garafulic y otros, que superaron el realismo de sus antecesores adoptando formas de expresión simbólicas.

En el campo de la música también se produjeron importantes avances, con la creación en 1940 del Instituto de Extensión Musical que organizó la Escuela de Danza y luego, en 1941, la Orquesta Sinfónica de Chile. Posteriormente, en 1945, nacieron la *Revista musical chilena*, el Ballet Nacional y el Coro de la Universidad de Chile. La actividad musical tuvo importantes exponentes, entre los cuales se destacó el gran pianista Claudio Arrau.

3.49 Claudio Arrau

Nació en Chillán el año de 1891. Niño prodigio, a los 3 años ya leía partituras y a los 5 años ofreció su primer recital en su ciudad natal. Tras una sesión de piano frente al Presidente Pedro Montt y el Congreso Nacional, se le otorgó una beca para

seguir estudios en Berlín en el Conservatorio Stern, junto al destacado profesor Martin Krause, uno de los últimos discípulos de Franz Liszt. Martin Krause dijo sobre el chileno: «Este niño ha de ser mi obra maestra». En 1920, recibió el Premio Liszt por dos años consecutivos. En 1925 recibió el nombramiento de Profesor del Conservatorio Stern.

En 1941, Arrau se trasladó a Estados Unidos debido a problemas con el residir en la Alemania nazi. Durante los veinte años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los mejores pianistas del mundo.

En 1980, la Orquesta Filarmónica de Berlín le otorgó la medalla «Hans von Bülow». En 1983 fue condecorado con el Premio Nacional de Arte de Chile, hecho que según el mismo pianista era su consagración definitiva.

Claudio Arrau falleció en Austria, en 1991. Sus restos están sepultados en Chillán.

3.50 Rosita Renard

Otra figura de gran talento, fue Rosa (Rosita) Renard. Nació en 1894. A los 8 años, ingresó al Conservatorio Nacional, recibiéndose seis años después de concertista en piano con las más altas calificaciones. Como Arrau, su talento la hizo merecedora, en 1910, de una beca otorgada por el gobierno para que continuara con su instrucción en el extranjero. Rosita, junto a su familia, viajó rumbo a Alemania, inscribiéndose en el afamado Conservatorio Stern.

En 1916 viajó a Estados Unidos, chocando contra los planes de su madre. El enfrentamiento entre madre e hija duró hasta 1925, año en que decidió fugarse a Estados Unidos. Casada en 1928, volvió a Chile. La llegada del director de orquesta austriaco Erick Kleiber a nuestro país significó una nueva etapa en la vida artística de Rosa Renard. El destacado director quedó admirado con su talento, invitándola a iniciar una gira internacional en conjunto.

A su regreso a Chile, Rosita Renard enfermó gravemente. Falleció en mayo de 1949. Además, en 1939 la cultura chilena recibió el impulso de muchos intelectuales y artistas destacados que vinieron a Chile como inmigrantes, a raíz de la Guerra Civil Española (como pasajeros en el carguero *Winnipeg* la mayoría), de la Segunda Guerra Mundial o las revoluciones y dictaduras

hispanoamericanas. Entre los españoles, Antonio Romera se dedicó al estudio de nuestra pintura, Leopoldo Castedo colaboró con Francisco Antonio Encina en sus estudios históricos, José Ricardo Morales asesoró al teatro chileno y contribuyó al desarrollo de la estética. Desde España llegaron también, muy jóvenes, los futuros connotados pintores José Balmes y Roser Bru. Con motivo de la Segunda Guerra Mundial llegó a Chile el destacado coreógrafo y bailarín Ernest Uthoff. También vinieron a nuestro país historiadores como el venezolano Mariano Picón Salas, el peruano Luis Alberto Sánchez y el boliviano Alberto Óstria Gutiérrez.

Como una forma de estimular a nuestros escritores se propuso la creación del Premio Nacional de Literatura, ley que fue aprobada durante el gobierno de Juan Antonio Ríos. El primer galardonado fue Augusto D'Halmar. Posteriormente, se instituyeron los premios nacionales de Periodismo, de Arte y de Ciencia, que tenían por finalidad reconocer la labor de aquellos que habían consagrado su vida al engrandecimiento cultural de nuestro país.

3.52 Rosita Serrano

Una cantante de fama mundial fue Rosita Serrano (Aldunate). El ascenso en su carrera artística se inició con una gira internacional en la década de 1930. Visitó varios países hasta llegar a Berlín en 1936, donde se presentó en el Teatro Metropolitano. Allí consiguió un contrato discográfico con Telefunken. Desde fines de 1938 consiguió roles, usualmente de cantante, en varias películas alemanas de la Universum Film AG. Participó en algunos actos auspiciados por el Tercer Reich y filmó varias películas.

Sin embargo, en la década de 1940 Rosita Serrano dio conciertos a beneficio de judíos y daneses refugiados en Suecia, lo que provocó el requisamiento de sus discos y grabaciones en Alemania. Fue repatriada desde Estocolmo en 1943 y sólo volvió a Alemania en 1951, donde participó en varias películas.

Su versión de la canción «La Paloma» le dio fama mundial. La cantó en cuatro idiomas. Murió en abril de 1997.

3.53 La canción romántica, Lucho Gatica

Lucho Gatica nació en Rancagua, el año 1928. En su niñez pasó muchas privaciones. En 1941 empezó a cantar en la radio de Rancagua y en 1943 grabó el primer disco. Su hermano Arturo

acogió a Lucho cuando éste llegó a Santiago en 1945. Prosiguió sus estudios escolares pero siempre grabando algunos discos.

En la década de 1950, Chile experimentó un cambio musical: el bolero se impuso al tango como el género favorito y en 1951, Lucho conoció en Santiago a Olga Guillot y grabó con ella el tema *Me importas tú* (1951), que llegó a ser un gran éxito por todo Latinoamérica. Posteriormente, Gatica grabó *Bésame mucho*, que alcanzó por primera vez fama internacional para su voz.

En 1957, Gatica se mudó a México. Decidió hacerse residente permanente de ese país, y se casó con la actriz portorriqueña Mapita Cortés, quien había sido una celebridad en México y Puerto Rico por muchos años. Después, Lucho Gatica ha continuado con su exitosa carrera artística.

3.54 Vida privada

3.55 La higiene

Entre los años que fueron entre 1932 y 1952 los cambios que ya se habían dado en pequeña escala hacia 1932 se masificaron. El baño (pieza de agua, según dicen los franceses) se extendió, aunque quizá hacia 1952 no había alcanzado más allá de un 25% de los hogares chilenos (fundamentalmente urbanos) con todos sus servicios: wc, ducha o tina, lavatorio y bidet. En otras casas había sólo algunas de estas comodidades. Lo mismo sucedía con las cocinas. En las principales ciudades, en gran parte,de las casas de las clases adineradas, el gas de cañería (de grafito y distribución por red) había reemplazado (completamente) a la leña, y en un porcentaje menor, ya se contaba con *frigidaire* (refrigerador), y se usaba la plancha eléctrica. En las casas de la creciente clase media, estos artefactos modernos existían en mucho menor medida y en los hogares urbanos de clase baja casi no aparecía, como era el caso de casi toda la población campesina que seguía viviendo como en la época colonial. Actualmente Chile es uno de los países más preocupados del aseo personal (ciertamente más que Europa).

Entre los adminículos que marcaban un paso importante a la modernidad fue el papel higiénico o papel «confort». Al comienzo era tieso y duro, provocando los problemas que cabe imaginar, pero después de tres decenios, hacia 1955, se hizo suave y la

diaria rutina, menos penosa. Antes, la gente se aseaba con papel de diario, se lavaba el ano o, los más rústicos, ni siquiera eso.

Ya nos hemos referido a la radio, hacia 1952 ampliamente difundida, excepto en el Chile que no contaba con energía eléctrica, aún muy amplio. Ahora había que agregar el tocadiscos, que entró poco a poco. Pero años después llegaría la radio a pilas.

3.56 La sexualidad

En Chile, la iniciación sexual tanto en hombres como en mujeres se dio como ha ocurrido siempre, en casi todas las culturas: a través de la masturbación. Tradicionalmente se ha dado primero, por lo menos hasta llegar al orgasmo, entre los hombres. Eso puede responder a un aspecto cultural.

En cuanto a la consumación del sexo tuvimos, sin embargo, diferencias. Entre los hombres solía ser más precoz, ya fuese con muchachas de la misma edad o mujeres mayores, frecuentemente parientes. Por lo que respecta al género femenino, hay que distinguir por estamentos. En los sectores altos era frecuente la virginidad hasta el matrimonio, al menos hasta 1970. Entre los sectores más humildes, no tanto así. En los campos, el hijo del patrón o sus parientes solían tener *chipe libre* entre las *chinitas*, muchas veces consentido, lo que por cierto no ocurría a la inversa.

De adultos, el hombre solía ser infiel a todo nivel social; la mujer, convertida frecuentemente en una máquina paridora, si es que sobrevivía solía tener una libido menos fuerte. Pero nuevamente creo que debemos distinguir entre ciudades y campos. En el mundo rural había fiestas, como la trulla o la vendimia, donde prácticamente había amor libre.

El parto fue siempre (y todavía lo es) con dolor. Pero había casos y casos. En los campos a veces se contaba con la ayuda de una matrona (hablo de inquilinos o personal subordinado), rara vez de un médico. Muchas veces el parto se hacía sin ayuda o con auxilio muy precario de parientes. Se han contado casos horribles. La mortandad de las madres y de los recién nacidos era alta, aunque fue disminuyendo al correr del siglo xx.

En el caso de las patronas, parían normalmente en la ciudad con atención médica. En el mundo urbano también existieron grandes diferencias aunque el acceso a la atención médica fue más general. Por cierto que en materia de comodidades los contrastes continuaron siendo muy acentuados.

3.57 La higiene privada de las mujeres

Las mujeres tienen la menstruación cada 28 días (normalmente). Antes de 1920 o 1930, en «esos días» se tapaban la vagina con un trapo, gasa (las más pudientes) o procedían a un lavado periódico frecuente o muy frecuente. No hemos podido descubrir cuándo llegaron a Chile los primeros adminículos destinados a minimizar los efectos de la «regla» sin mayores molestias. Creemos que en la década de 1930, en las clases acomodadas y después en las clases medias y populares. Originalmente habían sido inventado por los egipcios, de papiro suavizado. Los griegos usaron lino alrededor de un trozo de madera. Y después los utensilios en el campo y en la ciudad variaron, pero fueron más o menos parecidos.

En 1929, el moderno tampón fue inventado por un médico, Earle Haas, y lo patentó en 1931 con el nombre de «tampax».

3.58 El correo nuestro de cada día

Yéndonos a otro tema, diariamente circulaba el cartero, que llevaba –a pie– dos bolsones enormes de correspondencia y la entregaba de casa en casa a cambio de un pequeño estipendio. El escribir y recibir cartas era todavía una ocupación diaria y que quitaba (o daba) a veces bastante tiempo; esto sucedía entre los «alfabetos», los que efectivamente sabían leer y escribir… a veces mucho mejor que hoy.

Otros personajes de las calles, aunque no de las más humildes, eran heladeros, afiladores de cuchillos, los organilleros con su magia, estiradores de somieres, maniseros, moteros, gitanas, en los barrios populares, los faltes. En las calles humildes, esos negocios no prosperaban.

3.59 La cultura del pan, el rodeo, las empanadas y el vino tinto

El consumo de pan es tan viejo como la humanidad. El de vino al menos desde la época de Noé (¿?). A Chile las primeras cepas las trajeron los conquistadores españoles y no eran de gran calidad. Después de mediados del siglo xix varios latifundistas de la nueva oligarquía (como los Cousiño) trajeron cepas francesas mucho más finas, que se liberaron de la epidemia de filoxera que devastó las viñas de Europa. Este vino se consumía casi

absolutamente en Chile y era infaltable en las fiestas y celebraciones, muchas veces habiendo bebido en exceso.

¿Qué pan se consumía en Chile? Hacia fines del siglo xix era la tortilla, que más sofisticada se convirtió en hallulla. Pero entonces hizo su aparición el «pan francés» en forma de la «marraqueta», una derivación de la «baguette», el que entró disputarle su hegemonía a la tortilla y la hallulla.

«De la fiesta de los campos chilenos, el rodeo es la mejor...». Efectivamente esta fue la época de oro de la cultura huasa, en su leyenda, en su vestimenta. El huaso, al revés de lo que suele creerse y sobre el cual se han escrito varios libros, no es un tipo popular chileno, es un oligarca campesino, aunque, como vimos, sí representativo de una cultura. La figura del huaso y la cueca se impusieron, por un tiempo, como símbolos del Chile «auténtico», y no faltaron los ensayistas que crearon una «filosofía del huaso». Ahora han desaparecido, en justicia, lo que no quita que las «empanadas y el vino tinto» (al cual ya nos referimos) todavía simbolicen momentos emblemáticos del festejo de fechas importantes de la historia Chile. Hacia el presente el vino tinto (y blanco) se han transformado en un gran negocio, ya que su sabor es apreciado en todo el mundo.

3.60 Las bebidas

La Bilz había aparecido hacia comienzos del siglo xx («don Bilz que se da la gran vida con la mejor bebida») antes se bebían refrescantes coloniales: la «horchata», el «apiado». Tardaron en aparecer nuevas bebidas de fantasía. El Sorbete Letelier es de alrededor de 1940. Posteriormente apareció la Guinda Nobis (con una guinda adentro), la Coca-Cola de 1951 y la Orange Crush, alrededor de 1945. Hacia 1955 apareció otra cola, la Spur de Canada Dry, pero fue un fracaso. Años después, hacia 1960 llegó la Pepsi Cola y la competencia con la Coca-Cola se hizo más seria.

3.61 El automóvil, hasta la época de la Segunda Guerra Mundial

Después de 1930 el automovilismo tomó vuelo. Ya se importaban diversas marcas, los norteamericanos Ford, Chevrolet y los Sutedebaker eran los más numerosos, aunque de más lujo llegaban los

Cadillac y los Lincoln. Desde Europa, entre los autos «baratos» estaban los Fiat y los Renault. Los Volkswagen no alcanzaron a llegar antes de Segunda Guerra Mundial. Entre los de lujo estaban los alemanes Mercedes Benz o Auto Union, incluso los «Protos» con la máscara en punta como para devorar a alguien. Pertenecientes a los más sofisticados eran los ingleses Rolls-Royce y Daimler. En Chile, creo que hubo sólo un Rolls, perteneniente a Embajada del Reino Unido, otros dicen que era un Daimler.

Pero creo que llegaron también automóviles Hispano-Suiza y algunas marcas italianas muy selectas.

En todo caso, las familias chilenas que podían tener automóvil entonces no ha de haber superado el 3% de la población.

Episodio

La ciudad del cobre: Sewell

En plena cordillera central con acceso por ferrocarril se alzó la ciudad de Sewell. Parecía sacada de novelas de Zola («Germinal»), Verne («Las indias negras») y los autores que escribieron sobre la obra de infraestructura construida por los norteamericanos, previa al Canal de Panamá.

En un paisaje sin vegetación y nevado gran parte del año, a mucha altura se desarrollaban vidas de hombres, mujeres y niños, con ciertas comodidades extras provistas por la Braden Copper Company para mitigar la dureza del entorno y además… un buen sueldo. Los servicios de higiene, salud y educación eran buenos y el paisaje… era y es extraordinario. Sewell se acabó como ciudad activa en la década de 1960, ahora es un museo.

Episodio

El Marqués de Cuevas

Por esta época vivió en Santiago un singular personaje: el futuro Marqués de Cuevas. Nació en Santiago de Chile en 1885, murió en Cannes, en la Riviera francesa, en 1961. Fue coreógrafo francés y empresario estadounidense casado con una Rockefeller.

De muchacho era una figura entre simpática y ridícula. ¿Faltaba alguien que cosiera el forro de las cortinas en la casa de una niña empingorotada?... Llamemos a Cuevitas y así.

Decidido a llevar su arribismo social más arriba, llegó a París y se hizo secretario del príncipe Félix Yusupov, uno de los asesinos de Rasputín. Un día llego una niñona que quería conocer a Yusupov: era Margaret Strong, nieta de John D. Rockefeller… ¡Qué le han dicho a Cuevas! Se presentó como el príncipe; Margaret le creyó y terminó casándose con Miss Strong. Fue fundador de una escuela de danza para niños pobres en Nueva York (1940), creó importantes compañías, como el Ballet Internacional (Nueva York, 1944), el Nuevo Ballet de Montecarlo y el Gran Ballet del «Marqués de Cuevas» (1950). ¿Por dónde le venía lo de marqués? Por una relación muy lejana. En realidad compró el título de marqués de la Piedra Blanca de Huana, que lo tenía la familia chilena Cortés-Monroy desde siglo xvii.

Biarritz fue el lugar elegido por el marqués para poner en escena un sueño: una fiesta de disfraces que según la revista «Time» reunió a dos mil invitados, entre los que se contaban cincuenta príncipes, veinte duques, treinta y cinco marqueses y un rey destronado (Pedro de Yugoslavia). Los invitados debían ir vestidos a tono con la ambientación del siglo xviii francés. «El anfitrión recibía vestido como un dios de la naturaleza pagano, en un traje dorado, con capa escarlata y tocado de uvas y plumas de avestruz».

Pero en Chile no sólo hubo individuos de la especie en Santiago. Hubo ciudades de siúticos: Talca (París y Londres); Viña del Mar, en especial los habitantes de la población Vergara y más todavía entre parientes o descendientes de oficiales de la Armada de Chile. En fin, Zapallar, reducto de gente rica, pero sólo una parte con sangre chilena antigua.

Episodio

El salto de capitán Larraguibel

El 5 de febrero de 1949 en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar el entonces capitán, junto con su caballo «Huaso», lograron superar los 2,47 metros de altura a las 17:59 horas. Con esta marca batió el récord anterior de 2,44 metros, en manos del jinete italiano Antonio Gutiérrez, en «Ossopo» (27 de octubre de 1938). Asistieron cinco mil personas, entre las que se contaban el Presidente de la República Gabriel González Videla, seis jueces internacionales y la sorprendida tripulación del buque escuela francés «Jeanne d'Arc».

Esta prueba estaba inserta en el programa del Concurso Hípico Internacional con la participación de los equipos de salto de Bolivia, Colombia y Chile. En la final estaban los binomios del capitán Alberto Larraguibel y «Huaso» y el teniente Luis Riquelme en «Chileno». En el desempate el obstáculo fue colocado a 2,44 metros. «Huaso» pasó en la primera oportunidad y «Chileno» en la segunda. Alberto Larraguibel después de saltar el obstáculo, y al tropezar su cabalgadura al tomar tierra, cayó al suelo en una espectacular costalada. La próxima altura fue de 2,47 metros para batir el récord mundial. »Chileno» no pudo pasarlo en sus tres intentos, desplomándose el jinete en la tercera ocasión. El binomio de Larraguibel y Huaso, después de dos fracasos, en la tercera tentativa, saltaron limpiamente, logrando el récord mundial.

Hasta la fecha es la única marca mundial deportivo que tiene Chile. Pero ya el salto de altura a caballo casi no se practica, por la posibilidad de que el animal sufra mucho al caer.

Episodio

La matanza de Ránquil, 1934

El levantamiento de los campesinos mapuches fue consecuencia, a su vez, de la sublevación de los trabajadores de los lavaderos de oro de Lonquimay. Estos se alzaron en contra del patrón por tratos abusivos en la pulpería que asaltaron y quemaron. Ante esta situación el gobierno del presidente Arturo Alessandri Palma envió un cuerpo de Carabineros que atacó a los insurgentes, y en vez de disolver la revuelta provocó la unión de los obreros con los campesinos de origen mapuche.

Estos se reunieron en los alrededores, se armaron con escopetas y armas de todas las especies y marcharon sobre Temuco. El gobierno, sumamente alarmado, dados los antecedentes de la República Socialista recién sofocada, envió a un regimiento entero de policías. El enfrentamiento se produjo cerca del fundo Ránquil, donde los alzados fueron rodeados por carabineros el día 6 de julio de 1934. Estos tenían la orden de no llevar detenidos y se produjo una matanza a sangre fría espeluznante. Según algunos cronistas e historiadores habría habido más de cien o incluso doscientas víctimas. Otros disminuyen el número.

Episodio

Muerte en El Teniente

El 19 de junio de 1945 se produjo el mayor accidente ocurrido en una mina metalífera a nivel mundial. Un incendio de proporciones terminó con la vida de 355 hombres, el cual fue denominado «La tragedia del humo».

Eran las 6:30 horas de la mañana cuando, cerca de 1.000 mineros habían comenzado sus turnos en los piques subterráneos; una hora después comenzó la tragedia. El petróleo de un tambor que se habría puesto al fuego para procesarlo estalló y lo inició. Se incendió el techo, generando una corriente de aire que inundó el lugar de un humo tóxico y que se propagó al interior de la mina, debido a las condiciones de ventilación existentes en El Teniente en aquellos tiempos.

Los mineros que se encontraban más cerca del siniestro lograron escapar entre el humo y el fuego. El resto buscó refugio en los pasillos de seguridad . En ese momento se dio la alarma por vía telefónica interna de la mina, pero ya era demasiado tarde, el denso humo se había propagado y los sistemas de ventilación no funcionaban. Una nube densa impedía la visión y el escape de la gente era imposible. Además las salidas de emergencia no estaban correctamente señalizadas.

El fuego pudo ser controlado, pero el humo inundaba todo y los rescatistas tuvieron que esperar hasta el mediodía del día 20 de junio para entrar a los túneles.

Por tres días se prolongaron las labores de rescate. Pero los esfuerzos fueron infructuosos: 355 mineros yacían sin vida y otros 747 estaban afectados. Los trabajadores no fallecieron producto del fuego, sino asfixiados y envenenados por el monóxido de carbono. El Presidente Juan Antonio Ríos se hizo presente en el lugar, pero más allá de lo simbólico poco pudo hacer.

Episodio

El temporal del 22 de mayo de 1940 en Valparaíso

La noche del 21 de mayo de 1940 se izó un farol rojo en el mástil de señalización de la Escuela Naval (antigua), lo que advertía de la proximidad de un temporal. La señalización se

daba a conocer con el cambio (puesta) de 1 a 3 faroles rojos, según la fuerza del viento.

Los tres faroles rojos señalizaron que Valparaíso y otros puertos de la región serían azotados por un fortísimo temporal ese 21 de mayo y la madrugada del 22. Barcos surtos en la bahía y aun algunos buques de cabotaje, fondeados detrás del molo de abrigo salieron a capear el temporal mar adentro. Entre estos barcos se encontraban un barco de pasajeros de la Grace Line y otro de la italiana Conte Grande. Chile todavía no había roto relaciones con la Italia de Mussolini.

También bramaba la boya del Buey.

Entre las pocas naves que estaban en la bahía fondeados y que no salieron al capeo destacaban el velero *Priwall*, el sueco *San Francisco*, el *Apolo*, el *Palena*, dos barcos langosteros y dos de cabotaje.

Los lanchones y lanchas maulinas (unas veinte) al ancla en la rada tampoco tenían posibilidad de evitar el embate del temporal, como era el caso del dique flotante con el vapor *Chile*, en reparaciones, en su interior.

Como la fuerza del viento arreciaba, costó esfuerzo recoger a los tripulantes que estaban con permiso en tierra y traerlos en el «Bote Salvavidas» a bordo de los respectivos buques. Se habían tomado todas las medidas necesarias en este caso (ancla de respeto, etc.) Pero la fuerza del viento seguía en aumento y el mar muy agitado. Durante la noche muchos faluchos y lanchones rompieron sus amarras y fueron a destrozarse en el roquerío costero. El *San Francisco* empezó a garrear y como se hallaba entre los faluchos que aún flotaban, le destrozaron la popa. El pequeño vapor *Apolo*, fondeado, se defendió con toda la fuerza de sus máquinas y logró salir ileso.

Fuera de la bahía se hallaba el acorazado *Almirante Latorre*, omnipotente nave que también empezó a garrear, no resistiendo sus anclas. Todos los esfuerzos hechos por los remolcadores de la Armada no pudieron evitar que este coloso de 28.000 toneladas (tipo *Iron Duke*), retrocediera y se acercara cada vez más al dique flotante. El *Almirante Latorre* pudo combatir relativamente la ferocidad del mar, pero los destructores, que se encontraban al abrigo del molo, tuvieron que salir, pues ya no podían mantenerse allí.

A cincuenta metros del dique se hallaba un langostero con el que colisionó el Almirante Latorre. La pequeña embarcación

fue empujada contra el dique y se hundió. Todos los esfuerzos hechos por la tripulación del Latorre para evitar una catástrofe fueron en vano. Pocos minutos más tarde la gran nave chocó con el dique al que le produjo una avería y el que empezó a hundirse. Poco a poco se fue escorando y las amarras del vapor *Chile* en el dique se rompieron y con gran ruido el barco se fue de costado hundiéndose y dando vuelta de campana el dique.

El *Priwall* también empezó a garrear, pero a medida que disminuía la profundidad en que estaba fondeada, las anclas aguantaron el embate del oleaje.

Al amanecer llegó al máximo la furia del viento, cuya fuerza arremetía contra la arboladura del velero, pero este resistió bien y también las cadenas de anclaje a pesar del aumento del oleaje. El vapor *Palena* tuvo menos suerte, pues, al parecer golpeado por el *Latorre*, sufrió el rompimiento de las cadenas de las anclas y al fin fue lanzado contra la costa, donde encalló.

Entre las pocas naves que permanecían aún en la bahía estaban fondeados además del sueco *San Francisco*, el mencionado *Apolo*, dos barcos langosteros y dos de cabotaje. Los lanchones y lanchas fondeados en la rada tampoco tenían posibilidad de evitar el embate del temporal, zozobraron casi todos. Incluso el majestuoso *Latorre*, que había logrado subir la presión de sus calderas pero no lo suficiente, se salvó de irse a las rocas porque el piloto, pues el capitán estaba en tierra, logró meterlo dentro de la poza (¡qué gran marino!); sólo se abollaron un par de planchas.

Al día siguiente, en estado irreconocible quedó la generalmente tranquila rada de Valparaíso. El mar estaba lleno de restos de naufragios, todo causado por el temporal. Parecía que el nortazo se hallaba satisfecho de los destrozos causados, pues después de pocas horas sólo soplaba una suave brisa. Toda embarcación había sufrido daños y el borde costero tenía un aspecto desolador.

Lo más impresionante era el dique que mostraba su fondo plano. Nadie creía que era posible enderezarlo pero un equipo encabezado por el ingeniero Federico Corssen emprendió la difícil tarea y con éxito. Ese dique estuvo en servicio hasta alrededor de 1970. Del vapor *Chile* nunca se supo.

Episodio

El Manutara

El *Manutara* (pájaro de la buena suerte, en Rapa Nui) partió el 19 de enero de 1951 desde la base de Quintero con una tripulación de nueve personas la Isla de Pascua, comandada por el capitán Roberto Parragué y el coronel Barrientos. Fue la primera aeronave que recorrió los 3.680 kilómetros que median entre el Chile continental y la mítica isla.

El viaje duró 19 horas y 20 minutos de vuelo continuo –casi al límite de su radio de navegación– y, cuando el reloj marcaba las 13:30 horas del 20 de enero, el capitán Parragué gritó: «¡la isla!».

En tierra, decenas de isleños corrían hacia los cerros para observar de cerca al Manutara, un hidroavión Catalina considerado muy lento por los aviadores, pero también fiable y muy resistente.

1952-1964

4.1 Ibáñez regresa a La Moneda

El 3 de noviembre de 1952 llegó de nuevo a La Moneda, con el 46,8% de las preferencias, el dictador de fines de la década de 1920. Esto significó un terremoto político pues con excepción del Partido Socialista Popular y un enigma, el Partido Agrario Laborista, ningún otro de los partidos significativos de entonces lo había apoyado. Su votación recogía al electorado independiente (más o menos aglutinado por el pequeño Partido Agrario Laborista), entre el que figuraba por primera vez la mujer, que expresaba así su rechazo al quehacer político y los partidos. La «escoba» para barrer a los políticos y limpiar la administración pública fue el emblema de la campaña ibañista. Efectuada la elección, sus contendores lo siguieron bastante atrás: Arturo Matte –yerno de Arturo Alessandri Palma y candidato de la derecha– obtuvo el 27,8% de los votos, Pedro Enrique Alfonso, representante del Partido Radical, el 19,9% y Salvador Allende, candidato del Partido Socialista, acumuló el 5,5%.

En consecuencia, la elección de Ibáñez en 1952 fue la expresión del descontento ciudadano por la forma de hacer política del período anterior, la que había sido cada vez más cuestionada desde todos los sectores. Parecía ineficaz y daba «la impresión» de que no existía autoridad que dirigiera el proceso político (a pesar de la actitud del gobierno hacia los comunistas) y que la corrupción invadía la vida política nacional, lo que era falso. Así, Ibáñez reflejaba la intención de reemplazar los acuerdos de los sectores sociales por la decisión del caudillo carismático. Para ello hacía frecuentes recuerdos de la situación socioeconómica de Chile durante su primer gobierno.

Muy pronto, sin embargo, la solución del líder carismático apolítico mostró sus limitaciones. Ibáñez se topó, por una parte, con un Congreso con mayoría de derecha que le era adverso, y por otra con los múltiples problemas que surgían de no tener un respaldo político homogéneo tras sí. El objetivo político más importante fue entonces conseguir «un parlamento para Ibáñez». Era necesario el apoyo de las cámaras legislativas para poder aplicar el programa de gobierno. Pero, cuando en marzo de 1953 se realizaron las elecciones parlamentarias, pese a los esfuerzos desplegados, los ibañistas no lograron la mayoría ni en el Senado ni en la Cámara de Diputados.

Por otra parte, la alianza gobernante era heterogénea. Albergaba en su seno a personalidades de distinto origen y formación que en los años siguientes seguirían participando en la política chilena desde las posiciones más diversas y contradictorias. Así, se fundían en el común calificativo de «ibañistas» personajes como Jorge Prat, Julio von Mühlenbrock, Arturo Fontaine, Alejandro Hales, Juan Gómez Millas, Felipe Herrera, Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano. Con una diversidad tal no era extraño que se desataran al interior de la alianza una serie de fricciones las que, finalmente, la llevarían al fracaso. Destacaba entre sus partidarios María de la Cruz, una mujer con dotes oratorias e histriónicas notables, organizadora del primer Partido Femenino en la historia de Chile, que denunciaba las alzas que martirizaban a las dueñas de casa así como la discriminación y los abusos contra las mujeres, fuesen empleadas domésticas, campesinas, obreras o profesionales. Esta prédica contribuyó en buena medida a desplazar la votación femenina, tradicionalmente conservadora, hacia el ibañismo.

Pero en abril de 1953 –a los seis meses de iniciado el gobierno– el Partido Socialista Popular tomó la determinación de retirarse de éste y, aunque no se iba directamente a la oposición, al poco tiempo los ataques mutuos entre el secretario general del partido y el Presidente de la República comenzaron a hacerse habituales.

4.2 El gobierno de Ibáñez

Ibáñez comenzó gobernando con aquellos que lo habían proclamado su candidato presidencial. De este período las iniciativas más dignas de destacarse fueron la creación por el gobierno

del Banco del Estado y la formación de la Central Única de Trabajadores (CUT).

El Banco del Estado nació en 1953, agrupando a cuatro instituciones fiscales: la Caja Nacional del Ahorro, la Caja de Crédito Hipotecario, la Caja de Crédito Agrario y el Instituto de Crédito Industrial. Su creación significó un duro golpe para la banca privada, pues ahora el Banco del Estado sería el que manejara todas las cuentas corrientes de los organismos fiscales y semifiscales.

En cuanto a la creación de la CUT, es necesario señalar que, si bien no fue una iniciativa oficial, sin la tolerancia del gobierno ésta habría resultado prácticamente imposible de concretar. En 1948 los empleados particulares habían iniciado una ofensiva contra las medidas restrictivas del gobierno y en pos de un mejoramiento de los sueldos y salarios de los trabajadores. Convocaron a un Congreso de Unificación en Valparaíso, donde se formó la Confederación de Empleados Particulares de Chile. Al año siguiente, ésta se amplió con el ingreso a ella de funcionarios civiles del Estado y de las cajas de previsión, organizándose la Junta Nacional de Empleados de Chile y el Comando Contra las Alzas, promovidos, además, por la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) y varios organismos sindicales de Santiago. De su alianza, en febrero de 1953, nació la Central Única de Trabajadores.

El sindicalismo de la CUT, presidida por Clotario Blest, vinculó su quehacer reivindicativo cada vez más a la acción de los partidos de izquierda y allí reclutó sus dirigentes, logrando además una ampliación importante de la base sindical.

Sin embargo, los conflictos entre los partidos de gobierno, sumados a la agitación sindical (la CUT, creada en 1953, ya llamaba a paro general en mayo de 1954), a la oposición del Congreso, y a las dificultades de la economía que se expresaban en una inflación que comenzaba a desbordarse, hicieron que Ibáñez buscara una nueva base de apoyo, más consistente y firme, para su régimen.

En primer lugar, sus ojos se dirigieron a las Fuerzas Armadas. En el Ejército y en la Fuerza Aérea se comenzaron a producir movimientos conspirativos con el fin de dar un golpe de Estado y afirmar a Ibáñez en el poder. El principal de éstos fue una asociación conocida con el nombre de «Línea recta», la que, sin embargo, provocó rechazo entre el alto mando encargado de mantener la disciplina militar. Se produjo la

renuncia de los generales Enrique Franco y Óscar Herrera, a su vez, la opinión pública se alarmó y en la Cámara de Diputados se discutió ampliamente el incidente, todo lo cual desprestigiaba y debilitaba en forma significativa la gestión presidencial. Los desengañados ibañistas de base descubrieron que el gobierno del general no se diferenciaba de los anteriores. La inflación reducía a diario el valor adquisitivo de los salarios. Los empresarios abusaban como antes o más que antes. Las demandas sindicales no eran atendidas, no se cumplían los acuerdos pactados en las actas de avenimiento después de las huelgas y con frecuencia los trabajadores eran reprimidos con dureza. Más y más sectores del ibañismo se convertían en críticos y luego en opositores.

Entonces Ibáñez, presionado cada vez más por el deterioro económico, y temeroso de ver la repetición de la crisis que a comienzos de la década de 1930 lo obligara a dejar el gobierno, buscó el apoyo de los partidos de derecha, los que creía que apoyarían a la misión Klein-Sacks, primer intento de implantar el liberalismo a ultranza en Chile y que fracasó, como veremos.

Sin embargo, debido su descrédito, después de 1956, tanto la derecha política como el empresariado se habían vuelto en contra del gobierno y, finalmente, le quitaron su apoyo. Ibáñez entonces, en un nuevo viraje, envió al Parlamento dos proyectos de ley que fueron aprobados en el Congreso con los votos del ibañismo, de la Falange y de la izquierda: una reforma electoral y la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, reemplazándola por la Ley de Seguridad Interior del Estado, la que era dura, pero representaba un paso adelante con relación a la anterior. La reforma electoral, aprobada en 1958, introdujo la cédula única, lo que asestó un duro golpe al cohecho, controlado principalmente por la derecha, e hizo que el votar fuese obligatorio, con lo que se ampliaba considerablemente la participación electoral. Por otra parte, la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia fortalecía a la izquierda al legitimar al Partido Comunista.

4.3 Fin de la esperanza ibañista

Entre 1956 y 1958 el panorama político del país experimentó otros cambios fundamentales.

En 1956 se formó una alianza –de larga vida– entre el Partido Socialista (dividido en Partido Socialista Popular y Partido Socialista de Chile) y los comunistas, aún en la clandestinidad, naciendo el frap (Frente de Acción Popular). La constitución del frap se vio facilitada por los cambios que se habían producido en el socialismo. A raíz del viraje de Ibáñez hacia la derecha, el Partido Socialista Popular había asumido una postura de rechazo a la política tradicional de alianzas con el centro político, aceptando sólo aquellas con los partidos de izquierda. Se acercó entonces al Partido Socialista de Chile. Desde entonces se dio en el Partido Socialista una opción por el marxismo-leninismo, lo que le permitió un entendimiento con el Partido Comunista.

En el centro político, el Partido Radical, fundamentalmente pragmático, fue siendo desplazado por el Partido Demócrata Cristiano (pdc), un partido doctrinario. Nació éste en 1957 de la fusión de la Falange Nacional con el Partido Conservador Social Cristiano, después de unas elecciones parlamentarias que le dieron a la Falange el mayor respaldo de su historia. El nacimiento de la Democracia Cristiana y el apoyo ciudadano que recibió desde entonces reflejaba la evolución de la Iglesia Católica de postguerra. Porque, aunque la Democracia Cristiana se definió como un partido no confesional, de hecho era la expresión política de un catolicismo renovado. Por eso, su base social fue muy amplia, comprendiendo a sectores medios, profesionales, obreros, campesinos, muchas mujeres y aún algunos empresarios.

4.4 Soluciones utópicas

La Democracia Cristiana tenía un proyecto de sociedad diferente al liberal y al socialista. Para alcanzarlo proponía un camino propio, desfavorable a las alianzas políticas. De este modo, también el nuevo partido recogía el rechazo a la anterior forma del quehacer político, aquella de la transacción, la conciliación y el acuerdo pactado.

Ante la aparente imposibilidad de Chile de encontrar un rumbo de prosperidad y desarrollo en lo que había sido su devenir político desde 1929, fue naciendo en Chile la nueva utopía; esto fue particularmente notorio entre los estudiantes de la Universidad Católica de Chile.

4.54 El socialcristianismo y comunitarismo

Como se ha visto se basaba en una visión humanista cristiana del hombre; su desarrollo se inició a comienzos de la década de 1930, pero consolidó en la de 1950. Se creyó que el comunitarismo era la solución, en la cual la persona como ser individual y social encontraría su dignidad y prosperidad. Reemplazando al individuo se trabajó con el concepto de «persona», renegando así de todo liberalismo. Tampoco aceptaban el marxismo, más aún en su corriente marxista leninista. Promovían cambios drásticos («estructurales») en Chile, pero sin violencia y dentro de las reglas de la democracia abierta. Con todo, aceptaban que la sociedad estaba compuesta de «estructuras» interactuantes en lo que, irónicamente, algunos llamaron marxismo cepaliano, por CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) que, con alguna razón, creían un instrumento de los EE.UU.

4.6 Un socialismo renovado

También hemos visto que el socialismo chileno se había renovado, en particular después del triunfo de Fidel Castro en Cuba (enero de 1959). La idea de radicalizar el proceso revolucionario destinado a un cambio drástico de las estructuras, se consolidó. Esto se dio entre los comunistas, aliados con Fidel en la internacional comunista (o mejor dicho el bloque de la URSS y sus satélites) pero también entre los socialistas y, en general, en todos los militantes de izquierda. Dejaban además abierta la puerta al mir y otros grupos extremistas.

Tras esta utopía, como en la DC, estaba el diagnóstico de los intelectuales «cepalianos», llenos de planes geniales, de los cuales ninguno resultó. Entre ellos los más importantes estaban Raúl Presbich y Aníbal Pinto Santa Cruz.

Aníbal Pinto Santa Cruz nació en Santiago en 1919. Después de terminar sus estudios secundarios, desde 1940 a 1949, realizó estudios superiores en la Universidad de Chile y en el London School of Economics.

Entre 1948 y hasta 1979 fue ocupó diversos cargos de importancia en organismos económicos internacionales. Entonces, publicó algunas obras importantes sobre historiografía económica. Entre ellas: *Antecedentes sobre el desarrollo de la economía chilena*; *Chile, un caso de desarrollo frustrado*; su

obra más conocida y que ha ejercido más influencia económica y política, y (con Héctor Assael, Juan Eduardo Herrera, Benjamín Mira y Carlos Sepúlveda) *La economía de Chile en el período 1950-1963, Tomos I y II*.

En línea parecida también había estado Jorge Ahumada, aunque su tesis de la «crisis integral de Chile», hacia 1960, a la luz de lo que sucedió entre 1970 y 1975, parece ingenua.

La Cepal consideraba que al interior de cada país se producía el mismo fenómeno centro-periferia que a nivel internacional, es decir, que los centros de desarrollo industrial (grandes países y ciudades) se enriquecían a costa de las zonas rurales. Como solución proponía transformaciones globales para crear un equilibrio entre agricultura e industria.

Al aproximarse la elección presidencial, el Partido Radical proclamó candidato a Luis Bossay. Pero era más de lo mismo.

El Partido Demócrata Cristiano con su sola fuerza, más la de algunos grupos pequeños, no podría llegar a la Presidencia de la República, y una alianza con la izquierda y el radicalismo parecía doctrinariamente imposible. La alternativa era la derecha y el Partido Demócrata Cristiano le pidió formalmente el apoyo al Partido Liberal, que en su mayoría estuvo dispuesto a dárselo. Sin embargo, el problema del apoyo de la derecha surgió en el Partido Conservador. Este estuvo dispuesto a apoyar a Frei siempre que el Partido Demócrata Cristiano lo pidiera formalmente, lo que significaba un amarre en temas fundamentales como la reforma agraria. La Democracia Cristiana, temiendo hipotecar su futuro, se negó a dar ese paso y entonces los conservadores proclamaron la candidatura presidencial de Jorge Alessandri, lo que forzó a su vez a los liberales a aliarse con los conservadores en torno a la figura de este.

En la izquierda, tras arduas negociaciones y debates, los socialistas y comunistas decidieron presentar nuevamente como candidato a Salvador Allende, que seguía sosteniendo la utopía marxista.

Las elecciones presidenciales de 1958 fueron muy reñidas, tanto en la campaña previa de los candidatos como en sus resultados. Más importante que las cifras fue la constitución de las distintas alianzas que apoyaron a los candidatos. Es así como, ya a fines del gobierno de Ibáñez, era posible observar el sistema político chileno dividido en tercios, los que, con algunas modificaciones muy temporales, predominaron en la

escena política chilena en los años siguientes, incluso hasta después de 1970.

El apoyo de los partidos Liberal y Conservador a la candidatura de Jorge Alessandri Rodríguez en 1958 no fue sino la consolidación de la alianza que los partidos de la derecha venían realizando desde el segundo gobierno de su padre, Arturo Alessandri.

El nuevo Partido Demócrata Cristiano, con su candidato Eduardo Frei, se constituiría en una alternativa del Frente de Acción Popular (FRAP), de izquierda y encabezado por Allende.

4.7 La derecha en la Moneda

Al final de su período, Ibáñez quedó sin respaldo organizado y concitó la oposición de todas las fuerzas políticas.

En las elecciones presidenciales de 1958, las primeras luego de la reforma de la ley electoral, la victoria en las urnas favoreció al candidato de la alianza liberal-conservadora, Jorge Alessandri Rodríguez con el 31,6% de votos. La segunda mayoría correspondió al candidato del FRAP Salvador Allende, con el 28,9% de los votos. La tercera mayoría la consiguió la Democracia Cristiana con Eduardo Frei como abanderado, con el 20,7% de los sufragios. Y seguían, por último, el candidato radical Luis Bossay con un 15,6% y el candidato independiente Antonio Zamorano –ex cura de Catapilco– con un 3,3% de la votación. Quedó claro que de no haber ido como candidato el «Cura de Catapilco», habría salido como Presidente Allende, pues su electorado se recogía del mismo grupo social y político.

El triunfo electoral de 1958 fue muy significativo para los partidos Conservador y Liberal: llegaban a La Moneda con candidato propio después de muchos años. Pero Jorge Alessandri obtuvo menos de un tercio de los sufragios y debió ser ratificado como Presidente de la República por el Congreso. Por otra parte, los resultados habían demostrado que la izquierda era una fuerza poderosa y el centro democratacristiano crecía.

Jorge Alessandri Rodríguez nació en Santiago, en 1896, hijo de presidente. Estudió en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile, con brillantes resultados y donde se recibió de ingeniero civil en 1919. A causa de la enemistad del general Carlos Ibáñez del Campo con su padre, Jorge Alessandri fue encarcelado en 1927, para luego ser enviado al destierro con gran parte de su familia. Regresó en 1931 tras la caída de Ibá-

ñez, época que incluyó un encierro en una clínica suiza para enfermos mentales, tenía claros problemas psíquicos. Realizó actividad docente como catedrático de la Universidad de Chile. Su primera participación en la política activa la tuvo en 1926, a los treinta años de edad, al ser elegido diputado independiente por Santiago para el período que finalizaría en 1930.

Luego de su paso por el Congreso Nacional, se retiró de la vida pública y se dedicó a la actividad empresarial privada, llegando a ser presidente de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (cmpc) de Puente Alto.

En 1944 fue elegido presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio (cpc), cargo que debió dejar en 1947, por su reingreso a la arena política. Ese año, durante la presidencia de Gabriel González Videla, se desempeñó como Ministro de Hacienda, logrando controlar el problema de la inflación, que cayó del 37% al 17%, por medio de recortes salariales, aunque ello produjo agitación social que hizo caer el gabinete en 1950, mismo año en que reasumió como presidente de la cpc.

Aun cuando conservó celosamente su independencia política, llegó a ser una de las figuras señeras con las que se identificó a la derecha. En las elecciones parlamentarias de 1957 fue elegido senador por Santiago.

Había logrado consolidar una imagen de apoliticismo y austeridad, en circunstancias que de apolítico no tenía nada, lo que había permitido la movilización en su favor de sectores no definidos ideológicamente, pero que eran significativos numéricamente. Alessandri, como Ibáñez en 1952, simbolizó el triunfo de la «independencia política» por sobre el partidismo, pero tal como él, tuvo necesariamente que gobernar con el respaldo de las fuerzas políticas organizadas. A su apoliticismo se sumaba el «carácter técnico» de sus antecedentes como ejecutivo de una importante empresa privada, lo que interpretaba a los empresarios bancarios, financieros e industriales. Pero está fuera de duda que era un hombre bien intencionado y pensaba en el Chile entero.

En efecto, de empresarios se rodeó en la primera fase de su gobierno que duró hasta fines de 1961 y que por lo mismo se llamó la «revolución de los gerentes». Lo de «revolución» da cuenta de los cambios profundos que querían hacer en la estructura económica del país; modificaciones que tenían un sesgo pro empresa privada, considerada como el motor del desarrollo. El Estado, dentro de esta concepción, conservaba sin embargo su fuerza, pero tenía

como principal función económica la de crear la infraestructura necesaria para el desenvolvimiento del sector privado.

Por ese entonces Alessandri tenía un insomnio crónico y solía llamar a sus ministros a eso de las seis de la mañana y luego realizaba un consejo de gabinete mientras se bañaba en tina. Los ministros bautizaron las sesiones como «La orden de baño».

Así, en 1959, el gobierno inició una fuerte expansión, especialmente en vivienda y obras públicas. Ese mismo año se inició un plan de estabilización económica que se mantuvo durante 1960 y que controló férreamente las posibilidades de inflación, manteniendo fijo el tipo de cambio y provocando un aumento espectacular de las importaciones, lo que, en el corto plazo, significó un mejoramiento considerable de la situación económica.

4.8 Fin de la «revolución de los gerentes»

Pero en 1961 el gobierno de Alessandri enfrentó serios problemas en el orden político y económico.

En lo político, las dificultades se presentaron a raíz de las elecciones parlamentarias de marzo de 1961, en las cuales, posiblemente porque el signo de los tiempos estaba por los cambios sociales estructurales o revolucionarios, fueron derrotadas las fuerzas del gobierno, es decir, los Partidos Liberal y Conservador. Con ello éste perdía el control del tercio del Congreso necesario para confirmar los vetos del Ejecutivo y debía abrirse a otros partidos para formar alianza de gobierno: se buscó pues un entendimiento con los radicales que puso fin a la primera fase «apolítica» de la gestión de Jorge Alessandri. Sin embargo, la nueva fase no significó que Alessandri se desistiera de atacar públicamente a los partidos con que gobernaba, ni que dejara de presentarse como una figura apolítica, lo que contribuyó a que éstos siguieran perdiendo apoyo en el electorado. En cuanto a los problemas de orden económico, éstos se iniciaron a fines de 1960 y culminaron en diciembre de 1961 cuando una brusca y repentina devaluación del peso sepultó los éxitos hasta entonces obtenidos en el plano de la estabilidad. La crisis, rodeada de un ambiente de especulación, terminó de desprestigiar al equipo económico del gobierno y acabó con la experiencia de cambios económicos de corte semiliberalizante.

Durante el período 1950-1970 el desequilibrio económico social fue enfrentado desde dos perspectivas diferentes, en dos momentos sucesivos.

Durante el gobierno de Carlos Ibáñez, siguiendo las recomendaciones de la misión económica norteamericana Klein-Sacks, se adoptaron medidas liberalizantes, todas ellas tendientes a disminuir las atribuciones económicas del Estado y aumentar la importancia del mercado. La misión tenía muy buenos contactos con el Fondo Monetario Internacional y con funcionarios del gobierno norteamericano, lo que, se suponía, facilitaría la obtención de créditos para Chile.

4.9 Génesis de una crisis mayor

Pero el programa fracasó. Mientras el Ministro de Hacienda se comprometía en un plan anti inflacionario, limitando los reajustes de sueldos y salarios, desde otros ministerios se provocaba la inflación. No se reformaron los sistemas de tributación, en 1957 los impuestos no cubrían ni siquiera los gastos corrientes fiscales y hubo que recurrir a la emisión. En 1958, los índices de producción bajaron.

El fracaso del intento liberal ortodoxo hizo que los planteamientos económicos de la derecha para las elecciones presidenciales de 1958 fuesen, dentro de la solución liberal, más moderados. El gobierno de Alessandri se propuso también modernizar la industria nacional, dando facilidades para importar bienes de capital y así aumentar la competitividad de la industria chilena en los mercados externos para que el país pudiera abrir su economía.

En 1959 se inició un vasto plan de inversiones, las que se efectuaron principalmente en viviendas y obras públicas. Por otra parte, se reajustaron las remuneraciones casi en un ciento por ciento de la inflación registrada en 1958. La tasa de desocupación también bajó. Ese mismo año 1959 se aprobó una medida que tuvo importantes efectos sicológicos: se trataba del cambio de la unidad monetaria; el escudo (Eº) reemplazó al peso ($), quedando a la par con el dólar, lo que fue interpretado por algunos como expresión de la buena situación económica de Chile.

En 1960 las importaciones aumentaron espectacularmente. Pero el plan de largo plazo de progresiva apertura al exterior, lo que significaba competir con una industria moderna, fracasó debido a la acción misma de los sectores empresariales que prefirieron maximizar sus ganancias a corto plazo y no invertir en modernizar sus empresas. De modo que a fines de 1961 la

situación tuvo su desenlace en una crisis en la balanza de pagos, que obligó a tres semanas de suspensión de las operaciones del mercado de divisas, a la reposición de los depósitos de importación, a la creación de dos mercados cambiarios en lugar de uno, a una moratoria de los pagos de importaciones superior a 90 días y a la reimplantación de controles burocráticos.

Así los resultados de la política económica logrados por la administración Alessandri durante los primeros años de su gobierno se deterioraron. El déficit fiscal alcanzó al cinco por ciento del producto geográfico bruto y este debió ser financiado por préstamos externos.

El fracaso de las dos soluciones de relativo corte liberal (más la de Ibáñez) trajo al primer plano los planteamientos de los economistas estructuralistas (cepalianos). A su juicio, la causa básica de la inflación estaba en los desequilibrios estructurales.

Como se dijo, las tesis estructuralistas cepalianas fueron recogidas en parte por el programa presidencial de Eduardo Frei, en 1964. Pero el proyecto de transformaciones emprendido por la Democracia Cristiana aspiraba a largo plazo a crear una vía diferente no sólo de desarrollo, sino también de la cultura chilena toda; una alternativa frente al socialismo y el liberalismo, como vimos, vagamente denominada «comunitarismo». Para prepararlo se intentó aplicar una política económica que pretendía, por un lado, lograr una tasa de crecimiento mayor y al mismo tiempo, efectuar cambios estructurales que implicaban redistribuir la riqueza en beneficio de las mayorías y por otro, alcanzar una mayor autonomía nacional reduciendo el endeudamiento y controlando las riquezas básicas, en especial el cobre.

4.10 La alianza derechista con el Partido Radical

El acercamiento entre los partidos de derecha –Liberal y Conservador– con el Partido Radical no sólo se manifestó en el ingreso de esta última colectividad al gabinete y en el apoyo dado a las iniciativas del Ejecutivo en el Congreso Nacional. En octubre de 1962 ya se comenzaban a perfilar las estrategias partidistas para las elecciones presidenciales de 1964. En ese mes se constituyó el llamado Frente Nacional Antimarxista integrado por

los partidos Conservador, Liberal y Radical, que serviría de base para la candidatura presidencial del radical Julio Durán.

Los resultados de las elecciones municipales de 1963, fueron, sin embargo, un revés para la nueva alianza. Estos elevaron al Partido Demócrata Cristiano a la primera mayoría nacional con el 22,7 por ciento de los votos, desplazando al Partido Radical al segundo lugar con 21,6 por ciento de los sufragios. Los partidos de izquierda, separadamente, lograron también aumentos significativos en las preferencias populares. En la derecha, el Partido Liberal bajó del 16,5 por ciento al 13,2 por ciento, y el Partido Conservador del 14,7 por ciento al 11,4 por ciento. No obstante, la alianza de gobierno contaba aún con un 46,2 % de los votos.

En junio del mismo año 1963, la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano designó candidato a Eduardo Frei Montalva y en los primeros días de agosto, el radical Julio Durán era proclamado por su partido y por los partidos Liberal y Conservador. En la izquierda, entretanto, el FRAP, aunque con conflictos entre dos partidos claves, el Comunista y el Socialista, proclamó, por tercera vez, a Salvador Allende como candidato presidencial.

4.11 El «Naranjazo»

A fines de 1963 falleció el diputado socialista por Curicó, Óscar Naranjo. Para la elección complementaria, el FRAP denominó como candidato al hijo del diputado fallecido que llevaba su mismo nombre. Los resultados favorecieron a éste, con el 39,2 por ciento de los votos, en tanto que el representante de la derecha oficialista alcanzaba el 32,5 por ciento, y el democratacristiano, el 27,7 por ciento de los sufragios. El impacto fue grande porque se trataba de una circunscripción que tradicionalmente apoyaba a la derecha; fue el fin anunciado de la candidatura presidencial del radical Julio Durán.

Así, para las presidenciales de 1964, los conservadores y liberales, casi en masa, pasaron a adherir incondicionalmente a la candidatura de Frei, optando por lo que consideraban «mal menor». Estaban así lanzadas las campañas y los candidatos para la trascendental elección de 1964.

La candidatura de Eduardo Frei, con el lema de «Revolución en Libertad», presentó un programa cuyos puntos sustantivos eran: Reforma Agraria, a través de la cual se pretendía

aumentar la producción y crear cien mil nuevos propietarios; Promoción Popular, destinada a incrementar la participación ciudadana y a mejorar la calidad de vida de los sectores más desposeídos, «chilenización» del cobre, es decir, que el Estado asumiera el control mayoritario en las empresas de la gran minería; construcción de 60 mil viviendas anuales; reforma educacional tendiente a proporcionar a todos los chilenos una educación moderna; derecho a voto para los analfabetos y un ambicioso plan de obras públicas en el cual figuraba un ferrocarril urbano para Santiago y otras obras de adelanto significativas. Se pensaba que este programa podría transformarse en un modelo de desarrollo para toda América Hispana.

La candidatura de Salvador Allende, por su parte, presentó un programa formalmente muy similar, aunque más acentuado en los cambios a llevar adelante. Planteaba una reforma agraria con un importante traspaso de tierras del área privada al área estatal; «nacionalización» del cobre y de la banca; democratización del Ejército; construcción de viviendas y reducción de la edad de los votantes a 18 años y derecho a voto a los analfabetos.

Había dos programas, dos candidatos y dos bandos, pero en el hecho el mundo político se mantenía dividido en tres tercios, puesto que el bloque derechista integrado por liberales y conservadores aunque no tuvo más alternativa que apoyar a Frei, no estaba de acuerdo con su programa.

4.12 Economía

4.13 Tasas de crecimiento económico

Tasa de crecimiento del PGB anual entre 1952-1964: 3,8%.
Tasa de crecimiento del PGB per cápita entre 1952-1964: 1,3%

4.14 La misión Klein-Sacks

Ya hemos señalado que el intento de implantar un neoliberalismo en Chile, conocido como Misión Klein-Sacks, había fracasado. A partir de la década de 1950, el comercio exterior chileno se tornó más dependiente de la producción de cobre y del mercado comprador estadounidense. Las exportaciones no

se habían diversificado, pues el esfuerzo empresarial se había concentrado en la sustitución de importaciones. Entre 1950 y 1954 las entradas fiscales dependieron en un 50 por ciento del impuesto a las rentas, por concepto de gravámenes, de la gran minería del cobre, de modo que las variaciones en el mercado del metal afectaban profundamente la economía chilena.

El aumento de los gastos fiscales, desfinanciados, fue otra fuente inflacionaria. Debido al estancamiento del sistema económico se ejercían presiones sociales sobre el Estado. Por una parte, el sector empresarial presionaba para que éste asumiera un papel más activo en la capitalización e invirtiera en infraestructura (energía, transporte). Por otro lado, los sectores medios y obreros organizados presionaban al Estado para que absorbiera la desocupación y para que distribuyera ingresos por medio de subsidios, previsión social, salud, educación y vivienda. Sin embargo, como no se podía repartir lo que no se tenía, por la debilidad de la economía nacional y porque las deficiencias del sistema tributario que hacía que los impuestos directos se pagaran «tarde, mal y nunca», parte de estos gastos se financiaban recurriendo a emisiones inorgánicas que provocaban inflación, desvirtuando el efecto distributivo y creándose un círculo vicioso.

En cuanto a la estructura agraria, la producción de bienes alimentarios fue cada vez más deficitaria en relación con las necesidades de la población, por lo que los precios agrícolas subían. La baja actividad se explicaba en gran medida porque la fijación de precios la desincentivaba. También influía el régimen de tenencia de la tierra, en el que, como hemos visto, grandes propietarios, por lo común malos empresarios, tenían más suelo que el que correspondía a su capacidad de explotarlo, y pequeños propietarios tenían menos suelo del que requiere una explotación racional. Finalmente, faltaba una infraestructura adecuada.

4.15 La sociedad

4.16 La mujer en la universidad, el trabajo y en la política

Durante los años de los gobiernos de Ibáñez y Alessandri se observó una primera etapa de la incorporación numerosa de

la mujer a la universidad. en algunas carreras como derecho, hacia 1955 mas de un 35% del alumnado eran mujeres. En otras carreras de profesiones y ciencias duras, como ingenieria, construcción civil y algunas ciencias puras era menor. Pero en pedagogía, la proporción llegaba al 40%. Lo mismo ocurría, aunque en menos medida, mujeres ya no se limitaban a ser secretarias, enfermeras o auxiliares de cualquier tipo. Entraron a desempeñarse como profesionales o técnicas. Lo mismo ocurrió en la política, pero eso lo veremos mas adelante.

4.17 El terremoto de 1960

Podríamos haber colocado esta historia entre los episodios, pero fue más que eso: una conmoción nacional cuyos efectos sociales y económicos durarían por muchos años e incidieron profundamente en el devenir del país.

El 21 de mayo de 1960, a las 6:00, un fuerte sismo sacudió gran parte del sur de Chile. Se registraron dos grandes movimientos en la actual VIII Región del Biobío. El movimiento tuvo una magnitud de 7,75 en la escala de Richter, afectando principalmente la ciudad de Concepción, Talcahuano, Lebu, Chillán y Angol.

A las 6:33, un segundo sismo similar al anterior golpeó la zona y derrumbó las construcciones deterioradas por el primer terremoto. Las comunicaciones telefónicas se interrumpieron. El gobierno comenzó inmediatamente a solicitar ayuda a las zonas del país que no habían sido afectadas y a la comunidad internacional.

Mientras Chile organizaba la ayuda a los habitantes de Concepción y las ciudades cercanas, otra tragedia peor estaba por ocurrir. A las 15:00 hrs. del día 22 de mayo de 1960 se produjo un movimiento sísmico cuya máxima magnitud superó los 9,5 grados en la escala de Richter, y tuvo una duración de ocho minutos, el mayor registrado en el mundo hasta el día de hoy. Devastó el territorio chileno entre Linares y Chiloé.

La zona más afectada fue Valdivia y sus alrededores. En dicha ciudad, el terremoto alcanzó una intensidad de entre XI y XII grados en la escala de Mercalli y 9,5 en la Richter. Gran parte de las construcciones se derrumbaron inmediatamente, mientras el río Calle-Calle se desbordaba e inundaba las calles del centro de la ciudad, producto del maremoto subsecuente.

En el puerto de Corral, cercano a Valdivia, el nivel del mar había subido cerca de 4 metros antes de comenzar a retraerse rápidamente cerca de las 16:00 hrs. arrastrando a los barcos ubicados en la bahía. A las 16:20, una ola de 8 metros de altura azotó la costa chilena entre Concepción y Chiloé a más de 150 km/h. Miles de personas fallecieron al ser atrapadas por el maremoto que destruyó pueblos en su totalidad. Diez minutos después, el mar volvió a retroceder arrastrando las ruinas de los pueblos costeros para nuevamente impactar con una ola superior a los 10 metros de altura.

Dos días después del terremoto, el volcán Puyehue y otros, a 200 km del epicentro, erupcionaron.

Debido al terremoto, diversos cerros se habían derrumbado, bloqueando el desagüe del lago Riñihue. Al bloquearse el río San Pedro, el nivel de las aguas comenzó a crecer rápidamente. Cada metro que subía el nivel del lago correspondía a 20 millones de metros cúbicos, por lo que cuando el lago se rebalsase al superar el tercer y último tapón de 24 m de altura, tendría más de 4.800 millones de metros cúbicos que bajarían por el río San Pedro con un caudal de más de 3.000 m^3/s (durante sus crecidas, el San Pedro no superaba los 400 m^3/s) destruyendo todos los pueblos en su ribera.

Unidades del Ejército y cientos de obreros y constructores de ENDESA, CORFO y el Ministerio de Obras Públicas participaron en la tarea de controlar el vaciado del lago de tal forma que su cauce no arrasara con lo que quedaba de aquellas ciudades. Hasta que, tras agotadoras horas de trabajo, el lago comenzó lentamente a vaciarse desviado por un canal artificial creado para abrir un paso controlable a través del tapón que cubría el desaguadero. Los trabajos fueron dirigidos por el ingeniero Raúl Sáez.

La reconstrucción de la zona, de una magnitud desconocida hasta ahora, absorbió una cantidad enorme de recursos, lo que afectó seriamente la economía del gobierno de Jorge Alessandri.

Otro fuerte sismo sacudió el centro-norte del país el 28 de marzo de 1965. El Presidente Frei estaba ese día con Juan de Dios Carmona en el aeropuerto de Tobalaba, y mientras corría pudo ver cómo se desprendían tierra y piedras de la cordillera. El terremoto, que destruyó instalaciones y viviendas públicas y privadas, con su secuela de muertes y sufrimiento, vino a terminar con la euforia del triunfo electoral reciente. En La Ligua, su epicentro, alcanzó grado 9 en la escala Richter, y en

Santiago, grado 7. Como consecuencia del sismo se produjo el derrumbe de un tranque de relave en las cercanías de La Calera, sepultando el poblado El Cobre y causando cerca de 300 muertos. Chile seguía siendo Chile.

4.18 El mundial de fútbol de 1962 y la televisión

La televisión abierta al público nació en Chile cuando el canal de Universidad Católica de Valparaíso hizo su primera transmisión en octubre de 1957. Pero fue en 1962, con el campeonato mundial de fútbol realizado en Chile, que se impuso la televisión; en un comienzo en blanco y negro y entregada sólo a las universidades para evitar su «comercialización».

Difícil es medir el impacto cultural de la televisión. De hecho, en 1962 convirtió en héroes a los jugadores de la selección chilena de fútbol, los que, a decir verdad, tuvieron un comportamiento sólo discreto.

En un comienzo –por el alto precio de los receptores y lo precario de su programación– su influencia fue pequeña. Pero, a partir del gobierno de Frei Montalva, se masificó al bajar el costo de los aparatos y crearse Televisión Nacional de Chile, un canal estatal con cobertura progresiva a todo el territorio. En la década de 1970 comenzó a imponerse la televisión a color.

El hecho es que ya hacia 1970 la televisión se había convertido en el más importante de los medios de comunicación, con una influencia incontrarrestable a lo largo de todo el país. También se transformó en un vínculo de información y debate de los problemas nacionales, formando opinión y sirviendo de entretención a adultos y niños. Su comercialización excesiva en busca de un mayor *rating* todavía no ocurría, pero iba por ese camino. Ello se daría durante el gobierno militar.

4.19 Micros y trolleys

Desde la década de 1930 en la ciudades principales, Santiago, Valparaíso, Concepción y otras, y en las más pequeñas, a partir de 1940, la movilización colectiva automóvil había comenzado desplazar al tranvía por las micros (aunque antes ya existían) y después por los *trolleys*, con lo que se volvió a las líneas con

dependencia energética externa. Tenían su nombre por ser buses que tomaban electricidad de líneas aéreas, como los tranvías, pero sin seguir el trazado de una línea de riel metálica, por lo que tenía dos «tomacorrientes» y no uno como aquellos. Todos los *trolleys* y muchos buses pertenecían a ETC del E. (Empresa de Transportes Colectivos del Estado). En década de 1950 alcanzaron a convivir tranvías y *trolleys*. Pero aun con estas mejoras, la movilización colectiva era mala. Se repletaba en las mañanas y después de las seis, a la salida del trabajo. Hacia 1955 aparecieron las «liebres», minibuses que teóricamente no podían llevar pasajeros de pie, lo que igualmente ocurría. La inauguración del Metro, años después, sólo vino a solucionar parcialmente el problema.

4.20 Vida privada. No hay muchos cambios

4.21 Barbas, bigotes, afeitadas, teñidos de pelo, etc.

Los hombres de clase alta chilena y buena parte de la clase media usaron barba hasta 1920, más o menos. Después, siguieron usando bigote o los mostachos desenfadados de Juan Luis Sanfuentes o los bigotitos recortados de Ibáñez, Allende y Aguirre Cerda. El bigote recortado perduró en Chile hasta la década de 1960. Todavía se usa en las Fuerzas Armadas.

La barba volvió ocasionalmente en la década de 1960 y 1970, pero como signo de rebeldía, cuando no de destacar como intelectual o como simple pose de siútico. Pero la gran mayoría de los chilenos desde 1920 se afeita casi toda o toda la cara.

Así, cambió también la forma de afeitarse. Desde siempre había sido con navaja, lo que era una operación más o menos prolongada y a veces peligrosa. Tajearse la cara era común.

La primera innovación en la afeitada vino de mano de los franceses, quienes introdujeron la brocha de afeitar en 1748, hecha de pelo de tejón. Esto hizo que la afeitada fuera más agradable, ya que con la espuma de jabón se podrían suavizar los pelos antes de pasar la afilada navaja. No todos los hombres se afeitaban ellos mismos en su casa (como Napoleón). Se acudía, a veces diariamente, a la «barbería».

En 1904, King Kamp Gillette patentó una maquinilla de afeitar en forma de T (muy parecida a la moderna), que brindaba seguridad al usuario de no cortarse, y cuyas cuchillas se podrían utilizar y desechar una y otra vez.

La parte difícil del desarrollo fue hacer las hojas, por aquel entonces el acero fino barato era muy difícil de trabajar y de afilar. Esto retrasó la producción de sus cuchillas. Para aplicar su idea, Gillette fundó el 28 de septiembre de 1901 la empresa «American Safety Razor». La producción comenzó en 1903, Así, desde fines del siglo pasado las hojas de afeitar de acero de Gillette fueron sustituyendo a las antiguas navajas para cortar la barba. King Gillette comenzó a fabricarlas en Estados Unidos y pronto las hojitas se hicieron tan populares, que su nombre pasó a ser sinónimo de una rápida y cómoda afeitada casera. Han de haber llegado Chile hacia 1905.

Más tarde en la década de 1920, aparece la maquinilla de afeitar de seguridad diseñada exclusivamente para mujeres. Ellas fueron convencidas de que el pelo en las axilas era desagradable y muy poco femenino, cosa que los hombres tenemos que agradecer eternamente a Gillette. También aparecieron otras marcas de «hojitas», por ejemplo Legión Extranjera («Si quiere que ella lo quiera, aféitese con Legión Extranjera»), pero afeitarse con dicha hoja era dejarse una carnicería en la c… si la niña no era vampira, difícilmente lo habría de querer.

Hacia 1955, la máquina de afeitar eléctrica con cuchillas que se movían entre ranuras rapando el pelo, apareció. Nunca fue muy eficiente, pero todavía se usa.

Hoy, la mayoría usa «prestobarba», en que sólo el filo de acero y toda la maquinita de plástico; son desechables después de dos o tres afeitadas.

Por otra parte, ser pelado siempre ha sido mal visto entre los chilenos (y en todas partes), en especial por el afectado. Pero todavía los remedios contra ese mal no parecen ser muy eficaces y, en todo caso, muy caros. Quizá han existido algunos chilenos con «bisoñé», con pelucas no (al parecer).

En el caso de las mujeres el pelo largo en la juventud y aún en la madurez (con moño) se usó al menos hasta 1930. Después, el pelo largo se ha usado sólo entre la juventud. El teñido es universal, aún entre muchos hombres, y comenzó alrededor de 1930, particularmente entre las mujeres que ya exhibían canas.

Episodio

Aparición de «el completo»

Por esos años, surgió un producto chileno que si bien no tuvo alcance continental, sí se expandió hacia varios países vecinos. Fue el «completo»: un sandwich derivado del «hot-dog» norteamericano, pero con adiciones de chucrut, palta, tomate mayonesa y otros, además de mostaza (si se quiere, también ají). Resulta una bomba exquisita y barata. Famosos son los completos del «Dominó» y de las fuentes de soda de la Plaza de Armas. Con un completo, uno queda almorzado. En cuanto a las calorías, debe sumar unas 1200. Gran parte del Chile que vivía o trabajaba (y trabaja) en el centro de Santiago y otras ciudades comenzó a almorzar «un completo».

Más aún, lo he visto venderse en Lima (completo chileno), aunque no en Buenos Aires. Es bueno, barato y llenador. Pero hay que seguir refiriéndose a los *sandwiches* (sánguches) chilenos. Nuestros lomitos o churrascos no tienen competencia en Latinoamérica o Estados Unidos, aunque las *hamburgers* son buenas, menos en Europa donde el sandwich o «bocadillo» es puro pan con una torreja de queso o jamón, o salame en el medio.

Episodio

Las aventuras del Conde di Giorgio

Hacia fines de la década de 1950 llegó a la bahía de Quintero un hermoso velero: el Surazo. No era muy grande, tampoco pequeño, y su propietario era un (supuesto) noble italiano: el conde Di Giorgio. Se contaban historias sobre él. Como por ejemplo que, dándose cuenta que las fichas de 100 pesos del Casino de Viña del Mar eran iguales a las de mil pesos en Punta del Este, partió con su cargamento de fichas de 100 y las cobró a 1000 (esto si las respectivas monedas hubiesen tenido un valor real similar).

Otra: los zapatos argentinos eran mucho más baratos que los chilenos, pues importó varios miles pero sólo de la pierna derecha. Sus compradores cargaron con el bulto de traer los de la otra pierna, si es que lo consiguieron. Este último cuento parece muy difícil de creer. ¿Quién compra calzado sin ver los dos zapatos?

En fin, el conde Di Giorgio terminó en la justicia. Como corolario, su hijo asesinó un taxista en la vía hacia Quintero.

1964-1970

5.1 La política, Frei en el gobierno

El resultado de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1964 fue claro. El representante del Partido Demócrata Cristiano obtenía 1.409.012 votos, que representaban el 56,09% del total; el candidato de la izquierda, Salvador Allende, alcanzaba 977.902 sufragios (38,93 %), y Julio Durán –que había mantenido su candidatura para evitar una ruptura del Partido Radical– sólo lograba conseguir 125 mil 233 sufragios, lo que equivalía al 4,99 % de las preferencias, resultado que se explica por la polarización de la elección.

Eduardo Frei Montalva nació en Santiago en 1911. De niño vivió en Lontué, luego estudió en el Seminario de Santiago y el Instituto de Humanidades de la Universidad Católica, siguiendo la carrera de Derecho en la misma institución. Se graduó en 1933.

Ya un destacado dirigente católico juvenil, se dedicó al periodismo. Viajó a Europa a fines de 1933 a un congreso católico juvenil mundial a realizarse en Roma, fue elegido como secretario general y al año siguiente fue nombrado director del diario «El Tarapacá» de Iquique, donde conoció el mundo de la pampa y realizó una importante labor política y sindical.

Frei fue uno de los organizadores de la Falange Nacional, como vimos, un partido católico progresista escindido del Partido Conservador. Habiendo entrado en la coalición de gobierno que era conducida por los radicales, en 1945 fue nombrado Ministro de Obras Públicas por el Presidente Juan Antonio Ríos. Elegido senador por Coquimbo y Atacama en 1949 y por Santiago en 1957, fue también el líder del Partido Demócrata Cristiano, fundado ese último año, apareciendo

como una figura espectacular en el panorama político chileno y aun latinoamericano.

Como vimos en 1958, se presentó como candidato a Presidente de la República, siendo derrotado por Jorge Alessandri. Había sido autor de varios libros: *Chile desconocido*, *La política y el espíritu*, *La verdad tiene su hora, Aún es tiempo*, entre otros. Ninguno vale mucho.

Era supremamente narigón, para delicia de los caricaturistas. La personalidad de Frei es de difícil descripción. Sin duda inteligente (brillante como orador), era más informado que culto. Socialmente, aunque muy refinado, tenía la impronta de su origen modesto. Sus paseos con Charles de Gaulle y la Reina Isabel de Inglaterra fueron sendas «victorias» en el sentido romano. El fracaso de la Democracia Cristiana en 1970 lo afectó profundamente, le hizo la guerra a Allende y sin duda vivió unos años muy amargos. Pero amaba Chile e hizo mucho.

El nuevo gobierno se dispuso entonces a iniciar su programa. La «revolución en libertad» estaba concebida como un cambio de estructura de la sociedad chilena, respetando la democracia. Se trataba de crear organizaciones de base capaces de enfrentar sus propios problemas, de allí la importancia que tenían los planes de Promoción Popular, el crecimiento del sindicalismo y el impulso a la educación.

Para la derecha, las transformaciones emprendidas por aquél tenían un carácter socialista. Para la izquierda, en cambio, eran meras iniciativas reformistas. Por eso, a pesar de la elocuencia de las cifras de la elección presidencial, la lucha partidaria se mantuvo.

El Partido Radical declaró que haría una oposición democrática al nuevo gobierno. En tanto, el FRAP declaraba que la elección de Eduardo Frei se debía al apoyo de la derecha y al imperialismo, y que habían adoptado la resolución irrevocable de realizar una política de rechazo cerrado a Frei. El Partido Socialista anunciaba que «le negaría la sal y el agua» al nuevo gobierno. Esta inflexible oposición tuvo oportunidad de manifestarse con motivo de la proclamación del Presidente electo que el Congreso Nacional debía realizar en el curso de octubre. Los parlamentarios del FRAP no asistieron y, al no conseguir el quórum requerido por el reglamento, la sesión hubo de postergarse hasta el día siguiente, oportunidad en la cual, sin necesidad ya de un número de asistentes, se realizó la proclamación.

El 4 de noviembre de 1964, Eduardo Frei asumía la Presidencia de la República en medio del fervor popular. Tenía un brillante grupo de asesores tras él; además de los ya consagrados había muchos jóvenes: Claudio Orrego, Andrés Zaldívar, Jorge Cash, Enrique Krauss, Juan Hamilton, Jorge Kindermann, Carlos Figueroa, Claudio Huepe, Belisario Velasco y otros.

Rápidamente la oposición del FRAP y del radicalismo se vio incrementada por la actitud de los partidos de derecha, quienes vieron en el proyecto gubernativo del impuesto patrimonial «un insostenible gravamen al capital». En lo político, tampoco aceptaban la idea de un partido hegemónico que prescindiera de su colaboración e intentara gobernar solo.

Ante estas actitudes, los resultados de las elecciones parlamentarias de marzo de 1965 revestían una importancia capital: de ellas dependían las posibilidades reales de aplicar el programa de gobierno. Era, pues necesario «un Parlamento para Frei».

Los resultados de esas elecciones fueron espectaculares: el gobernante PDC obtenía el 42,3 por ciento de los votos, seguido de lejos por el Partido Radical con el 13,3%. Por su parte, el viejo Partido Conservador se veía reducido sólo al 5,2 por ciento de los votos; el Partido Liberal, al 7,3%; mientras en la izquierda, el Partido Socialista alcanzaba un 10,3% de la votación y el Partido Comunista, un 12,4%. La Democracia Cristiana obtenía mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, pero no así en el Senado de la República, que se elegía por parcialidades, lo que la obligaría al gobierno a negociar en la Cámara Alta cada proyecto de ley.

Como consecuencia de las elecciones parlamentarias de 1965, los partidos derechistas, el Liberal y el Conservador, emprendieron un largo proceso de examen de sus estrategias y de sus contenidos ideológicos y el 11 de marzo de 1966 se anunciaba el nacimiento de una nueva propuesta política, el Partido Nacional, que resultaba de la fusión de ambos.

5.2 La Reforma Agraria y sus problemas políticos y sociales. Renace la derecha

Si bien Frei triunfó con el apoyo incondicional de la derecha, su proyecto de transformación agraria no podía ser apoyado por esta, que había hecho de la posesión de la tierra una renta, un

modo de vida y una cultura. La Reforma Agraria constituyó el problema más conflictivo entre el gobierno y la derecha durante este período. Ello no sólo porque la afectaba emotivamente en su vinculación ancestral con la tierra, sino también porque temía la disminución de su poder económico y el vuelco masivo del campesinado en apoyo a la Democracia Cristiana.

Tras el programa de Reforma Agraria estaba la presión del gobierno de Estados Unidos, que la veía como una forma de detener la influencia cubana y la hacía pesar utilizando el plan de la Alianza para el Progreso.

En todo el país, el 9,7% de las propiedades abarcaban el 86 % de la tierra agrícola, en tanto que el 74,6% sólo disponía del 5,2% de ésta. Existía pues un panorama de minifundio y latifundio. En esas circunstancias, en el curso de los primeros meses de 1965 el Ejecutivo envió al Congreso un proyecto que contenía la reforma del artículo 10 de la Constitución Política del Estado sobre el derecho a propiedad, para poder hacer efectivas grandes expropiaciones y llevar adelante rápidamente el proceso de Reforma Agraria.

Anteriormente, durante el gobierno de Alessandri, en 1962, se había aprobado una primera Ley de Reforma Agraria, que permitía la expropiación y subdivisión de las grandes propiedades inexplotadas o deficientemente explotadas. Con esta ley se creó la Corporación de la Reforma Agraria (CORA). También se creó el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), encargado de la asistencia técnica y crediticia. Pero la limitada actividad desplegada durante esta primera Reforma Agraria no modificó sustancialmente la estructura social y económica del mundo rural. Sin embargo, durante los primeros años del gobierno de Frei se continuó utilizando la ley de 1962 en espera de la aprobación de una nueva.

Las primeras reacciones contra el proyecto vinieron de grupos aislados de propietarios agrícolas, pero tanto la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, el presidente del Partido Liberal, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril, la Sociedad Nacional de Minería, la Cámara Central de Comercio y la Confederación de la Producción y del Comercio, sólo manifestaron su opinión de manera indirecta. El Partido Conservador llegaría ser el mayor detractor del proceso de Reforma Agraria.

Con todo, pese a esta oposición, la reforma a la Constitución relativa al derecho de propiedad fue promulgada en enero de 1967; en marzo siguiente se promulgó la Ley de Sindicalización Campesina, y en julio, la nueva Ley de Reforma Agraria.

Con la nueva normativa, la expropiación de las tierras constituía la primera acción del proceso de reforma agraria. Las principales causas de expropiación eran el exceso de superficie, la fragmentación excesiva, el abandono o mala explotación y la habilitación de nuevas tierras agrícolas. En el caso de exceso de superficie, se consideraba expropiable un predio agrícola cuya extensión fuera superior a las 80 hectáreas de riego básico del valle del Maipo, teniendo en cuenta las características especiales de cada región agrícola o ganadera. Dicha causal se fundamentaba en una más justa distribución de la tierra, impidiendo la formación del latifundio y fomentando otros tipos de propiedad económica socialmente aceptables.

Para una etapa inicial y transitoria de la organización social y económica de los campesinos, la Ley de Reforma Agraria estableció los «asentamientos», que eran sociedades entre la CORA y los campesinos, con una duración de tres años, para la explotación de las tierras expropiadas hasta la asignación de la propiedad definitiva. Estos tenían como fin explotar eficientemente las tierras, preparar a los asentados para que asumieran sus responsabilidades de propietarios y empresarios agrícolas, promover la creación de cooperativas u otras formas de organización de la comunidad. Finalmente, la ley establecía las asignaciones en propiedad definitiva que podían efectuarse como propiedad familiar, cooperativa campesina o en copropiedad de cooperativas y campesinos individuales.

Hasta 1970 se verificó la expropiación de 1.406 predios con un total de 3.400.000 hectáreas y el sector reformado recibió asistencia técnica y apoyo crediticio, lo que redundó en un incremento de la producción agrícola, que subió de 1.762 millones de escudos en 1964, a 1.993 millones de escudos en 1970 (en millones de escudos de 1965). Por otra parte, gracias a la Ley de Sindicalización Campesina, de los 24 sindicatos que existían en 1964, se llegó a 413 en 1970 con más de 114.000 trabajadores afiliados.

Pero los conflictos originados en la aplicación de la Reforma Agraria fueron agudizándose. Los campesinos, deseosos de apurar el proceso, en algunos casos procedieron a ocupar las

casas patronales y los predios; y por otro lado, los propietarios impidieron la ejecución de la ley, despidiendo trabajadores sin causa justificada, o impidiendo la toma de posesión de los predios, incluso recurriendo a la violencia.

Por su parte, los patrones que habían poseído esa tierra por generaciones fueron afectados emotivamente de manera muy profunda al perderla, aunque no fuese en su totalidad. Llevaban su campo y su cultura en el alma. Allí habían vivido, al menos parte del año, desde niños, conocían a inquilinos y peones y amaban las casas y el entorno campestre mismo. Muchos no se recuperaron nunca de haber perdido sus tierras y de allí su encono contra la Democracia Cristiana. Les quedaba vivir una etapa más dolorosa con la Unidad Popular.

Al asumir Frei, muchos vaticinaron la muerte política de la derecha. Pero ésta, en muy pocos años, resurgió con nuevas fuerzas. Fue la Reforma Agraria la que produjo su aglutinamiento y resurrección. Importantes sectores de la clase media le brindaron ahora su apoyo porque también se sintieron amenazados por la agitación política y la movilización de las masas.

5.3 La influencia de la revolución cubana. La izquierda se radicaliza

A pesar de que en el plano económico-social el gobierno estaba alcanzando resultados significativos, en el plano político se vio enfrentado a crecientes dificultades, incluso al interior de la Democracia Cristiana. Importantes sectores del PDC comenzaron a exigirle iniciativas sociales y políticas más radicales, que el Ejecutivo no emprendió porque no estaban dentro de sus posibilidades reales o porque no estaban contempladas en el programa. Fue el caso, por ejemplo, de la reforma de la empresa.

Entre los descontentos los había de todas de las edades, pero este prendió especialmente entre la juventud. Esto fue en parte, la consecuencia de que ellos recibieron más fuertemente el «efecto cubano» y de una ignorancia de la historia universal que a ellos puede perdonárseles, pero no a los adultos que los acompañaron.

El problema respondió también en parte al ideologismo propio de la época: las utopías se convirtieron en metas irrenunciables o ideologías. En especial, los jóvenes se dejaron per-

suadir por un hiperideologismo. Por otra parte, existió también un espíritu de purismo político que llevó a sectores de la DC a tratar de mantener una independencia frente al gobierno, exigiendo, desde afuera, el cumplimiento estricto de su programa y oponiéndose a algunas iniciativas oficiales.

De este modo, en el curso de los años, se fueron perfilando tres posiciones al interior del partido gobernante. La mayoritaria «oficialista», que apoyaba la gestión gubernativa y entendía que la acción del PDC se identificaba con la acción del gobierno de Frei. El sector «rebelde», encabezado por Rafael Agustín Gumucio y Rodrigo Ambrosio, que consideraba que la subordinación del partido al gobierno significaría anular y debilitar por completo a aquel. Y un sector «tercerista», equidistante de los anteriores.

A partir de 1967 se observó un progresivo distanciamiento entre estas fracciones, el que se hizo aún más manifiesto con motivo de la actitud de rechazo, asumida por el Ministro de Educación a la toma de la sede de la Universidad Católica de Chile, dirigida por militantes de la juventud del PDC. Los sectores que controlaban la Juventud Demócrata Cristiana fueron paulatinamente distanciándose no sólo del proyecto político del gobierno sino también de la estrategia partidaria.

Asimismo, existió al interior del partido una idea de autosuficiencia y un sectarismo que impidió que el gobierno buscara contactos para llevar adelante su acción, considerándose que ello significaba transigir el programa.

En la izquierda y la derecha la oposición al gobierno era casi cerrada. La primera manifestó su rechazo al régimen tanto en el Congreso como a través de la presión social. En marzo de 1966 grupos socialistas iniciaron un paro ilegal en la mina de cobre El Salvador, en apoyo de mejoras salariales. La reanudación de faenas, decretada por el gobierno, fue acatada por una parte de los trabajadores que se reintegraron bajo custodia militar y policial; pero las fuerzas militares fueron objeto de ataques, que repelieron, dejando un saldo de siete muertos y varias decenas de heridos.

Ya nos hemos referido a la oposición de derecha, en particular a la Reforma Agraria.

Los ataques de la izquierda y de la derecha, encontraron nuevas oportunidades de manifestarse a principios de 1967, cuando el Senado negó la autorización constitucional para que

Frei viajara a Estados Unidos accediendo a una invitación del Presidente Lyndon Johnson.

En un sector de la izquierda –influida por el ejemplo cubano– se fortaleció el extremismo tras la instalación en Chile, en 1967, de una sucursal de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). A la sesión inaugural de la sección chilena de OLAS asistió Salvador Allende, a la sazón Presidente del Senado chileno, lo que provocó encarnizadas críticas tanto locales como internacionales.

A la vez el PS, en el Congreso de Chillán, también en 1967, proclamó la legitimidad de la violencia revolucionaria como única vía para lograr éxito en la consolidación de la revolución socialista.

La agitación social continuó en los años siguientes. En los primeros días de marzo de 1968 se declararon en huelga los profesores, los portuarios, el personal de correos y telégrafos, los trabajadores de LAN Chile y los empleados de la Empresa Nacional de Petróleo. Al acercarse las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, los partidos de izquierda a través del Comando Nacional de Trabajadores, ordenaron un paro general de protesta para los días 8 y 9 de enero, el que fue sólo parcial, pero provocó disturbios en distintos puntos de la capital. Días después, grupos de terratenientes bloqueaban la carretera del sur para presionar al gobierno para que subiera el precio del trigo.

5.4 Las elecciones parlamentarias de 1969, la evolución política

Los resultados de las elecciones parlamentarias de 1969 depararon algunas sorpresas, la más importante de las cuales fue el repunte de la derecha, ahora unificada en el Partido Nacional, que empinó su votación al 20,9 por ciento. También aumentaron su representación los Partidos Socialista y Comunista hasta llegar sumados, a un 44%. El Partido Demócrata Cristiano, por su parte, experimentó una baja de cerca del diez por ciento con respecto a 1965, logrando sólo 31,1 por ciento de los sufragios. A pesar de ello, siguió siendo el partido mayoritario de Chile.

La tensión política recrudeció después de las elecciones con motivo de una toma de terrenos en Puerto Montt por parte de grupos de familias sin casa, azuzados por activistas socialistas, ante lo cual se ordenó su desalojo. El enfrentamiento de pobla-

dores y policías culminó con ocho muertos entre los primeros y cerca de medio centenar de heridos.

Los partidos de oposición culparon de los hechos al Ministro del Interior, Edmundo Pérez Zújovic, quien asumió la responsabilidad política por el actuar de la fuerza pública. También la juventud DC culpó al gobierno de la «masacre», signo del antagonismo existente entre los distintos grupos de PDC. El episodio de Puerto Montt sería la causa del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic el año 1974, por parte de una célula extremista posiblemente inducida por el director general de Investigaciones, el «Coco» Paredes, aunque no hay constancia al respecto.

Por la misma época (1965) hizo su aparición pública el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), nacido en 1965 en la Universidad de Concepción (otros dicen que en un local del centro de Santiago) al calor del entusiasmo que en algunos, no todos jóvenes, despertó la revolución cubana. Su comité central estuvo compuesto inicialmente por Clotario Blest, Eugenio Cossio; jóvenes como Luciano Cruz Aguayo, Bautista van Schouwen, Andrés Pascal Allende, Arturo Villabela, Nelson Gutiérrez, y los hermanos Miguel y Edgardo Enríquez. Incluso apareció por allí el argentino Luis Vitale. Secretario general fue nombrado Enrique Sepúlveda.

Pero, pasando el tiempo los más jóvenes, grandes admiradores de Fidel Castro y el «Che» Guevara fueron tomando el mando. Ellos planteaban el camino al socialismo a través del asalto armado al Estado por la vía de la violencia, incluyendo la guerrilla, e hicieron de la Universidad de Concepción su bastión.

Llama la atención el que de ellos, muchos de los principales al menos, venían de familias de uniformados o con estrechos vínculos con estos. Los hermanos Enríquez (Miguel y Edgardo) eran hijos del futuro rector de la Universidad de Concepción Edgardo Enríquez F., quien había hecho su carrera en la Armada de Chile como médico y vivieron su niñez dentro de la base naval de Talcahuano, donde el padre llegó a director del Hospital Naval. Luciano Cruz era hijo de un oficial de Ejército que llegó a coronel; Bautista van Shouwen era sobrino de un general de la FACH. Otros miristas, menos importantes, también tenían parentela o habían pertenecido a las Fuerzas Armadas; Patricio Munita era sobrino nieto del general Ernesto Baeza, una de las figuras claves del golpe del 11 de septiembre de 1924; Florencio Fuentealba (hermanastro de Luciano Cruz) había

sido capitán de ejército; Mario Melo, destacado miembro de las fuerzas especiales de la misma institución, y así. Una investigación acuciosa quizá encontraría más vínculos familiares o de afinidad entre los miristas y personal de las Fuerzas Armadas. Lo que se presume inmediatamente después de comprobar estas relaciones, es que el carácter armado y militar de la revolución que propiciaba el MIR puede haber tenido una relación con ese ambiente marcial familiar o físico, en que muchos, y en particular algunos de sus líderes más importantes, se criaron, especialmente durante los primeros años. Los autores hacen ver la presencia del ambiente naval en la niñez de Miguel Enríquez, pero no sacan conclusión alguna.

Otro aspecto que llama la atención entre la cúpula del MIR al menos, son los desequilibrios y aún tragedias en la vida personal de los «comandantes», los que no tienen que ver con su actuación política sino indirectamente. La primera señora de Miguel Enríquez –con quien tenían una hija y estaban separados después de algunos años de matrimonio– se suicidó en 1971. Luciano Cruz pereció en un aparente accidente con gas (así lo dicen los autores), pero en la época mucho se habló de suicidio; en todo caso la que sí se suicidó fue su compañera, la francesa Jean Marie Hughes, cinco días después. Bautista van Shouwen se separó de su esposa (hermana de Miguel Enríquez) a los pocos años de matrimonio, adquirió una dolencia en la columna que, siendo muy joven, lo obligó a operarse en Cuba. Andrés Pascal se divorció, muy joven, de su esposa Carmen Castillo, la que después se convertiría en pareja de Miguel Enríquez de quien esperaba un hijo, el que murió, posiblemente como consecuencia de los golpes sufridos por Carmen Castillo durante la «operación» de la DINA para acabar con la cúpula del MIR y donde también murió Miguel Enríquez. Otros se transformaron en traidores colaborando con la DINA en muertes y torturas; el más connotado, Osvaldo Romo Mena («El Guatón Romo») quien participó en el asesinato de Enríquez.

Cabría agregar también que los jóvenes guerrilleros mostraron ser muy «amateurs» en su oficio, eran románticos. Los robos de bancos (realizados siempre o casi por un mismo pequeño grupo formado por los cabecillas del movimiento) lo demuestran y más todavía la muerte de Miguel Enríquez, quien vivía con varios otros, incluyendo su compañera embarazada. ¿Puede un jefe guerrillero activo y en plena lucha urbana con-

vivir con una mujer embarazada? Algo había de la mentalidad ingenua del anarquista en ellos.

Su relación con la Unidad Popular sería ambigua, a los UP los consideraban casi burgueses, con la posible excepción del grupo socialista de Carlos Altamirano.

Poco después, el Partido Comunista llamaba a formar la «Unidad Popular» que incluía además a radicales, socialistas, socialdemócratas y el grupo rebelde de la DC. Esta estrategia se vio favorecida con la renuncia de los dirigentes rebeldes DCal partido en mayo de 1969. Encabezados por los senadores Rafael Agustín Gumucio y Alberto Jerez, crearon las bases de un nuevo partido, el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), que entraba a participar en la estrategia de la «Unidad Popular» para las elecciones de 1970.

También una división afectaba al viejo Partido Radical. En mayo de 1969, un grupo connotado de dirigentes entregó a la prensa una declaración en que criticaba duramente al organismo máximo partidario: el Comité Ejecutivo Nacional (CEN). Entre los firmantes figuraban personas vinculadas al sector más conservador del partido los que fueron expulsados, en tanto, la dirección de éste adoptó decididamente una posición de izquierda y acordó sumarse a la «Unidad Popular».

El grupo expulsado, reunido en el Movimiento de Unidad Democrática, acordó la formación de un nuevo partido que se llamó posteriormente Democracia Radical.

5.5 Un episodio complejo: el «Tacnazo»

El 26 de septiembre de 1969 un nuevo actor, decisivo en un futuro cercano, hacía su entrada en escena. La Comandancia en Jefe del Ejército emitió una declaración pública en la que daba cuenta de que, con ocasión de los honores que debían rendirse al Presidente de la República en su trayecto al *tedeum* en la Catedral de Santiago el 18 de septiembre, los efectivos del regimiento Yungay de San Felipe habían llegado con manifiesto retraso, por lo que se realizaba la investigación correspondiente. Pocos días después se comunicaba que seis oficiales habían sido dados de baja.

Pero el problema de fondo, los bajos sueldos de la oficialidad, permanecía sin solución. Fue así como en el norte del país se dio otro foco de rebeldía y su protagonista fue el general Roberto

Viaux, quien desempeñaba las funciones de Comandante de la Primera División del Ejército, con sede en Antofagasta. Viaux había dirigido una carta al Presidente de la República en que pedía la renuncia del Ministro de Defensa, general Tulio Marambio, y el Comandante en Jefe del Ejército, general Sergio Castillo. Fue llamado a Santiago, pero llegando a la capital se auto acuarteló en el regimiento Tacna, con un numeroso grupo de oficiales.

Al conocerse la situación, el Ejecutivo decretó Estado de Sitio. Concurrieron a La Moneda a expresar su solidaridad con el gobierno las mesas del Senado y de la Cámara de Diputados, el Presidente de la Corte Suprema, los rectores de las Universidades, los Colegios Profesionales, la Federación de Profesores, la CUT, la Confederación de la Producción y el Comercio, la jerarquía de la Iglesia Católica y la mayoría de los partidos políticos.

La excepción fue el dirigente socialista Carlos Altamirano, quien mostraba su aprobación al movimiento señalando que en Chile existía un «vacío de poder» que era necesario llenar.

¿Se estaba ante un golpe de estado?

El Ejecutivo ubicó una serie de unidades militares en las cercanías del regimiento Tacna e inició conversaciones con Viaux, quien el 22 de octubre de 1969 entregó el mando del regimiento al general Alfredo Mahn y envió una nota al gobierno dejando constancia de su lealtad al Presidente de la República y advirtiendo que el movimiento era «netamente militar y profesional». Pero renunciaron el Ministro de Defensa y el Comandante en Jefe del Ejército, quien fue sucedido por el general René Schneider.

A estos hechos vino a sumarse, pocos días después, la primera huelga del Poder Judicial chileno, que afectó a 3.600 funcionarios que exigían un aumento de remuneraciones. Sin embargo, el conflicto fue superado con relativa rapidez y el 4 de diciembre todos los funcionarios se reintegraron a sus labores.

5.6 Tres proyectos excluyentes

Como ya se ha dicho, desde aproximadamente 1955 dos tendencias políticas utópicas muy marcadas venían planteándose con progresiva nitidez en la vida política chilena. Sobre ambas habían influido los sabios de la Cepal en lo económico-social. En el curso de la década de 1960 estas tendencias maduraron

intelectual y estratégicamente, con respectivos «modelos» de sociedad tan excluyentes que, inevitablemente, plantearían un dilema casi imposible de resolver en democracia.

Puede hablarse de dos tendencias anti capitalistas, pero sólo una claramente socialista (la UP); la otra, la socialcristiana, sin un perfil acabadamente claro. Menos clara era hasta 1964 la tendencia de derecha, eso sí, conservadora o liberal.

Vamos por parte. En la izquierda, el surgimiento del MAPU, la división y giro izquierdista del Partido Radical y la estrategia planteada inicialmente por el Partido Comunista y asumida por el Partido Socialista de constituir una «Unidad Popular» fueron los hechos más significativos que determinaron su comportamiento para la elección presidencial de 1970.

Los distintos grupos que conformarían la alianza se propusieron lograr primero un acuerdo en torno a un programa de gobierno, y postergar el difícil problema de la designación del candidato común.

Dos fueron los ejes del programa: en lo político se reemplazaría el sistema bicameral existente, por una cámara única que se llamaría Asamblea del Pueblo. En el terreno económico, postulaban el establecimiento de tres áreas económicas: una estatal, una mixta y una privada. La primera sería la más importante y estaría integrada por la gran minería del cobre, el hierro, el carbón y el salitre; también formarían parte de ella la banca, el comercio exterior y las industrias consideradas estratégicas. Como se puede apreciar algo tenía de la NEP de Lenin.

Después de una difícil y larga negociación, en la segunda quincena de enero de 1970, una vez más, Salvador Allende surgió como candidato de la alianza denominada Unidad Popular (UP).

La segunda utopía seguía siendo la Democracia Cristiana. Pero aun cuando se habían ido los más radicalizados hacia la izquierda (MAPU), todo o la mayoría del partido estaba en posiciones proclives a un cambio económico social más agudo. Eso explica la candidatura Tomic, a la que ya nos referiremos.

Por su parte, luego de su renacimiento, en la derecha el Partido Nacional había desarrollado un intenso trabajo de elaboración programática que vería la luz con el título de «La Nueva República». En lo económico, afirmaban que se requería de una profunda transformación, que reemplazara la mentalidad anticuada y rutinaria por un concepto dinámico y audaz de la política económica, de la administración de la empresa y de

las relaciones entre empresarios, trabajadores y consumidores. De hecho, se postulaba un liberalismo acentuado.

Pero el Partido Nacional no era el grupo políticamente más dinámico de la derecha. Hacia mediados de la década de 1960 se había formado, en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, el Movimiento Gremial, un grupo de jóvenes que bajo el lema del apoliticismo, eran, sin embargo, conservadores, sustentando inicialmente posiciones cercanas al franquismo. Su dirigente era Jaime Guzmán. Se puede considerar a este grupo «gremialista» como utópico, aunque sus anhelos cambiarían, influidos por el liberalismo, durante el gobierno militar.

5.7 La nueva derecha, Jaime Guzmán

Jaime Guzmán nació en 1946. Estudió en el Colegio Sagrados Corazones de Santiago (Padres Franceses). Fue un destacado alumno y tuvo una especial vocación literaria. En los últimos años de colegio, durante el gobierno de Jorge Alessandri, ya tenía interés en la política y se sentía identificado con la derecha franquista española. Ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica en 1963, a la edad de 16 años. En 1968 obtuvo su grado de licenciado con distinción máxima. Se le otorgó el premio Monseñor Carlos Casanueva, y el premio del Instituto de Ciencias Penales correspondiente a su promoción.

Desde el primer año fue delegado de curso, demostrando su gran inquietud en la defensa de sus ideas conservadoras y corporativistas. Fue uno de los líderes del «Gremialismo», junto a sus compañeros o alumnos Hernán Larraín, Raúl Lecaros y Manuel Bezanilla, entre otros.

Este movimiento Gremialista surgió como reacción al movimiento de reforma universitaria que impulsaban los estudiantes de las universidades Católica y de Chile desde mediados de la década de 1960.

Pero Guzmán señalaba que el Gremialismo es una concepción válida no sólo para la universidad, sino que para todos los cuerpos intermedios de la sociedad. De hecho, tenía elementos de fascismo. Guzmán era gran admirador de José Antonio Primo de Rivera.

En 1966, Jaime Guzmán ocupó el cargo de vicepresidente del Centro de Alumnos de Derecho, y al año siguiente resultó

elegido presidente. Ese fue un año de gran expansión del Gremialismo, extendiéndose a casi todo el plantel católico.

Era hombre de clara inteligencia, aunque no de gran cultura, excepto en derecho constitucional, música y algo de filosofía escolástica. Desde 1968, Jaime Guzmán desempeñó funciones docentes en la Facultad de Derecho de la UC, primero como ayudante egresado, luego como profesor auxiliar, y finalmente como profesor titular de Teoría Política y Derecho Constitucional. Se sostiene que recibió una fuerte influencia de Carl Schmitt, por nuestra parte dudamos que Guzmán leyera alguna vez al alemán, aunque pudo enterarse de su pensamiento a través de comentaristas.

Desde muy joven, Guzmán tuvo una gran proximidad ideológica y personal con Jorge Alessandri. De hecho, declaraba que el ex Presidente «fue la persona que más influyó en mi interés por la política». Su candidatura en 1958 y su consecuente Presidencia de la República, le hicieron admirarlo como un hombre superior.

Compartían la desconfianza y el recelo frente a la demagogia de los dirigentes políticos, así como también su aversión al marxismo y a los regímenes socialistas, y su respaldo a los de corte presidencialista autoritarios.

En otro orden de cosas, tenían coincidencia respecto de la austeridad personal. Según se ha señalado, desde 1970, Guzmán tomaba té todos los sábados con el ex presidente.

Entre 1969 y 1970 se desempeñó como presidente de la Juventud Alessandrista Independiente, que apoyaba la candidatura de Alessandri a la presidencia. Integró el comando nacional de dicha candidatura, y en esa calidad participó en diversos foros televisivos y de prensa.

Durante dos años y medio (1971 y 1972) fue comentarista estable del programa político del Canal 13 «A esta hora se improvisa», donde adquirió notoriedad como líder de la oposición al gobierno del Presidente Salvador Allende.

Posteriormente, fue columnista de *La Segunda*, *Ercilla* y *La Tercera*. Por su agudeza y capacidad de polemizar, encabezó una corriente de opinión que marcó un estilo.

Luego del 11 de septiembre de 1973, Guzmán fue invitado por el general Gustavo Leigh al gobierno, como asesor en materias jurídicas. Se le comenzó a considerar el ideólogo del régimen militar chileno; desempeñó el cargo de asesor hasta 1983.

Al poco tiempo de iniciar esta labor, fue nombrado para integrar la Comisión de Estudios de la Nueva Constitución, que redactó el anteproyecto de la misma sometido a plebiscito en 1980.

Jaime Guzmán fue el creador del artículo octavo transitorio de la Constitución Política de 1980. Este sancionaba con la pérdida de los derechos ciudadanos a los grupos y personas que propagasen doctrinas que atentasen contra las bases de la institucionalidad; es decir, los partidos y militantes de izquierda.

Entre 1983 y 1989 integró la comisión asesora encargada de redactar las Leyes Orgánicas Constitucionales.

Jaime Guzmán fue uno de los fundadores del movimiento Unión Demócrata Independiente (UDI) y su presidente entre 1983 y 1987. Más tarde, fue vicepresidente de Renovación Nacional entre 1987 y 1988. Después del bullicioso quiebre de la colectividad derechista, retomó el cargo de presidente de la UDI hasta agosto de 1989. Tenía algo de iluminado.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, escuché a Jaime Guzmán, responder a la pregunta sobre cuál sería su labor en el futuro gobierno (militar o de derechas). Se rió y dijo, «es posible que salgamos de esto, pero no puedo esperar sobrevivir». No sobrevivió.

Decía: «Mi decisión de contribuir a formar la UDI responde al anhelo de ofrecer un cauce de servicio público, un movimiento que luche por una sociedad integralmente libre y que interprete a las grandes mayorías silenciosas, tradicionalmente ajenas y reacias al quehacer partidista, sobre la base de un nuevo estilo político, moderno, ágil, eficiente y serio».

Pero hacia 1970, Guzmán era todavía un desconocido y la derecha carecía de líderes y cuadros para enfrentar una elección presidencial. Tenía una sola carta ganadora: Jorge Alessandri. Por eso, a pesar de que el ex Presidente no aceptaba oficialmente la candidatura, la opinión pública la daba por hecho. Ella sólo se oficializaría en las últimas semanas del año 1969. En los últimos días de febrero de 1970, al apoyo del Partido Nacional se sumaría un nuevo contingente, puesto que la Democracia Radical ungió también a Alessandri como su candidato. Encuestas, supuestamente objetivas, aseguraban a sus partidarios el triunfo del candidato de la derecha. Entonces su comando electoral acuñó el lema que debía ser Presidente de la República quien obtuviera «un solo voto más en las urnas», cometiendo

uno de los errores políticos más garrafales de toda la historia de Chile republicano, como veremos.

5.8 El PDC

En el centro político, el Partido Demócrata Cristiano había manifestado prematuramente su preocupación por las elecciones de 1970. En julio de 1969, Radomiro Tomic había aceptado privadamente la candidatura, la que se oficializó en agosto. El candidato había exigido a su partido cuatro condiciones para aceptar su nominación: un programa presidencial claramente anticapitalista, nacionalización por ley de lo quedaba en manos extranjeras de la Gran Minería del cobre, una directiva del partido integrada y monolítica y, finalmente, una alianza con la izquierda, pacto que también consideraba como condición indispensable para la existencia de su candidatura, la que prometía reformas apenas menos radicales que las de Allende.

¿Comulgaba todavía Tomic con las ideas centrales del falangismo anterior a 1964? Quizá en parte; pero de ninguna manera con el conjunto.

Pero la alianza con la izquierda socialista fue reiteradamente rechazada por esta, de modo que el PDC debió enfrentar solo la contienda electoral, que se dio, ahora clara y nítidamente, entre los tres tercios en que se dividía el mundo político chileno. Además, nuevamente el centro y la izquierda se planteaban con propuestas de cambios sustanciales y programas parecidos, pero en posiciones antagónicas.

Tomic, gran orador y hombre de bien, creía que podía vencer a sus candidatos rivales; contra la voz de las cifras en el caso de Allende y la de las encuestas, en el caso de Alessandri.

5.9 La campaña presidencial de 1970 y el triunfo de Allende

La campaña presidencial fue tensa. Los tres candidatos recorrieron el país y terminaron sus trabajos electorales con multitudinarias concentraciones en la capital. En esta campaña no faltó la violencia. En junio de 1969, efectivos de seguridad descubrían una escuela de guerrilla en el Cajón del Maipo, en esta se encontraron armas y municiones que pertenecían

al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Estallaron bombas en los Tribunales de Justicia de Concepción, y en Melipilla, ante la toma de 44 fundos por parte de campesinos, los propietarios se organizaron para recuperarlos también por la fuerza. El candidato Alessandri no pudo presentarse en la localidad de Lota, bastión comunista.

Por su parte, el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider declaraba en mayo de 1970 que el país y las FF.AA. respetarían el resultado de la urnas fuese el que fuese. Los postulados enunciados por el Comandante en Jefe del Ejército serían conocidos posteriormente como la «Doctrina Schneider» e identificados como una adhesión incondicional de las Fuerzas Armadas a la Constitución. Pero dentro del mundo político la aceptación de Carta Fundamental era más relativa. La derecha tradicional la respetaba, pero la nueva derecha gremialista mucho menos. En el PDC una gran mayoría también estaba conforme con ella, pero no los futuros miembros de la Izquierda Cristiana, que la cuestionaban ya. En la izquierda solo una parte del Partido Socialista la respetaba, y el Partido Comunista formalmente sí, pero dado su carácter estalinista y su admiración por los sistemas políticos sociales de la URSS y Cuba, esa lealtad no era muy creíble. El MAPU y el MIR no la acataban.

Las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 dieron la primera mayoría a Salvador Allende con 1.070.334 votos, un 36,2% del electorado, seguido de Jorge Alessandri, quien acumuló 1.031.159 sufragios, es decir, 34,9% En tercer lugar, Radomiro Tomic reunió 821.801 preferencias que significaban el 27,8% del total de votos.

Para la derecha, segura de vencer, esto significó un terremoto. Se produjo pánico y huyeron del país personas y capitales.

Para el gobierno de Frei Montalva, también fue una debacle. En seis años, había sufrido la división del Partido Demócrata Cristiano y habían llegado en tercer lugar en las presidenciales de 1970. Frei realizó mucho en el plano económico social, pero la derrota política era lapidaria.

Pero, como ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría absoluta, correspondía al Congreso Nacional elegir al Presidente de entre las dos primeras mayorías relativas. La Democracia Cristiana, siguiendo una tradición cívica siempre respetada, decidió apoyar a Allende, ganador en las urnas, condicionando sus votos a la aceptación por parte de éste de un Estatuto de

Garantías Democráticas que se incorporaría al texto constitucional. Se pretendía con este mantener el pluralismo político, las garantías constitucionales, la vigencia del Estado de Derecho, la neutralidad de las Fuerzas Armadas y su carácter de garantía de convivencia democrática, el respeto a la libertad de enseñanza, la autonomía universitaria y la libre existencia de las organizaciones gremiales y sindicales.

El proyecto fue presentado a la Cámara de Diputados el 8 de octubre de 1970 y fue aprobado el día 15, incluyendo los votos de la izquierda triunfadora. Fue ratificado de acuerdo con el procedimiento constitucional, 60 días después.

Durante el período previo a la ascensión al mando de Salvador Allende, otro hecho vino a conmover a la opinión pública del país: el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider. El crimen abría un punto de interrogación sobre la futura evolución política chilena.

El general Schneider fue atacado en su vehículo el 22 de octubre de 1970 cuando se dirigía a su despacho en el Ministerio de Defensa, quedando gravemente herido y falleciendo 72 horas después. Las investigaciones realizadas permitieron establecer que tanto los ejecutantes como los ideólogos pertenecían a un grupo de extrema derecha. Su intención había sido evitar que Allende asumiera la Presidencia de la República, precipitando un golpe militar.

No obstante estos hechos de violencia y el inequívoco intento de impedir la culminación del proceso de elección presidencial mediante el asesinato, al Congreso Pleno eligió a Salvador Allende como Presidente de la República para el período 1970-1976, asumiendo su cargo el 4 de noviembre de 1970.

5.10 Salvador Allende

Había nacido en 1908 en Valparaíso. Nieto del doctor Allende Padín, quien llegó a ser un médico famoso por su generosidad hacia los pacientes más pobres, diputado, senador, Gran Maestro de Masonería en Chile y en cuanto tal, anticlerical y laicizante. Su hijo, Salvador Allende Castro, fue frívolo, elegante, de costumbres oligárquicas y nada más. Se casó con Laura Gossens Uribe, madre de Salvador Allende Gossens, quien también tuvo otra persona cercana y querida que lo cuidó en sus primeros años, la «mama Rosa», que fue su segunda madre.

Figuras fundamentales en esa niñez fueron pues su madre, su padre y «mama» Rosa.

Sabemos que su madre era bella, de carácter fuerte, muy religiosa (católica por cierto), buena «dueña de casa», querendona y protectora de «Chichito». Mujer de clase media acomodada, al parecer bastante equilibrada, para nada agresiva ni violenta; una madre chilena a la antigua, católica, pilar de su casa.

Muy diferente fue el caso del padre. De la alta burguesía de Valparaíso, emparentado con héroes de la Independencia, hijo de doctor Allende Padín. A pesar de ser el quinto vástago de la pareja, desde su infancia Salvador Allende Gossens fue un regalón. Esto se debió, al parecer, a que tuvo una «mama». Ya nos referiremos a la figura de «mama Rosa».

El padre de Allende fue un vividor elegante –casi exquisito– rangoso, irresponsable, de sociabilidad amplia, un hombre espectáculo, a quien le gustaba dar que hablar y lo conseguía. A veces caía en lo chabacano (igual que su hijo) como que arrendaba la totalidad del tren Tacna-Arica cuando le tocó trabajar en aquella ciudad, hoy peruana, para acarrear a los invitados ariqueños a una lujosa fiesta como las que le gustaba dar. Y dio tantas. «Chichito» observaba. Era además simpático, burlón, dadivoso, frívolo, irresponsable y flojo. Era también de carácter, seductor rasgo que heredaría Salvador Allende Gossens. Pero no sabemos si tuvo esa obsesión por seducir mujeres en el terreno sexual y sentimental como este. Nada más lejos que la cultura de clase media de la personalidad de Allende Castro; era no sólo un burgués, sino un oligarca. En Tacna perteneció a varios clubes de señores, incluyendo el de tenis («Lawn Tennis») y el «Peeperchase» (de lo que podríamos deducir que saltaba a caballo) y, por cierto, el Club Hípico. Mucho de ello lo heredaría su hijo, como veremos.

La figura de la «mama» (Rosa en este caso), personaje infaltable en casi todas las familias oligarcas u aristócratas chilenas posiblemente desde la Colonia, se iniciaba en la labor precisa de dar de mamar a un recién nacido de la patrona. Por su parte, el niño casi siempre iba creando un gran amor por su «mama», con la que solía llegara a tener un relación más estrecha o igual de estrecha que con su mamá (otros la atribuyen a su soberbia). No le bastaba con una. Casi compulsivamente buscaba el cariño o amor de muchas mujeres.

El regreso a Valparaíso se produjo en 1921 al ser nombrado su padre relator de la Corte de Apelaciones de dicha ciudad, Ahí, Allende, mientras continuaba sus estudios en el Liceo Eduardo de la Barra, conoció a Juan Demarchi, viejo zapatero anarquista; quien, según confesiones del mismo Allende, tendría una influencia fundamental. Sin embargo, muchos creen, que esta relación está demasiado embellecida en sus recuerdos.

Finalizó sus estudios secundarios en 1924 y decidió hacer el servicio militar, lo que concreto por un año en el Regimiento de Lanceros de Tacna.

Ingresó a la Universidad de Chile a estudiar medicina a pesar de que tenía dudas entre seguir esta carrera o derecho. Vivió con su tía paterna, Anita, para después llevar una vida de inestabilidad residencial, yendo de pensión en pensión. A pesar de esta relativa precariedad, siguió siendo el «pije» o «pavo fino», como le decían. Obtuvo de promedio general, al finalizar sus estudios, una nota cinco.

Para 1929, se había iniciado en la política y llegó a ser vicepresidente de la FECH en 1930. Después, Allende se abocó a terminar su memoria *Higiene mental y delincuencia* (la que ha sido acusada, no sabemos con cuanta base, de promover la eutanasia) y a conseguir trabajo estable, pero tuvo que experimentar un largo tiempo pasando de hospital en hospital hasta convertirse en ayudante de anatomía patológica del Hospital Van Buren.

En 1933, participó en la fundación del Partido Socialista de Chile, organizando la sede de su ciudad natal y manteniéndose en este partido durante toda su vida. Dos años después, se uniría a la Masonería.

Se comprometió fuertemente con el proyecto del Frente Popular. En 1938, su partido lo proclamó candidato a diputado por Quillota y Valparaíso, resultando electo. Renunció a su escaño cuando Pedro Aguirre Cerda lo nombró Ministro de Salubridad, desde octubre de 1939, con 31 años. Al iniciar su vida ministerial, en 1940, contrajo matrimonio con Hortensia Bussi Soto.

En 1943, se convirtió en secretario general del Partido Socialista, ocupando el cargo hasta junio de 1944. El año 1945 fue senador por Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aisén y Magallanes. El año 1953, por Tarapacá y Antofagasta. En 1961, por Aconcagua y Valparaíso. El año 1969, nuevamente por Chiloé, Aisén y Magallanes.

Era el símbolo nacional del socialismo moderado, llegando a ejercer desde 1966 como Presidente del Senado, de una forma tan ecuánime que cuando abandonó el cargo toda la corporación le rindió un homenaje.

Como se vio, se postuló por primera vez a la Presidencia de Chile en 1952, consiguiendo un magro 5,45%, lo que se debió en parte a la escisión de un sector del socialismo que apoyó a Carlos Ibáñez y a la proscripción del comunismo.

En 1958, se presentó nuevamente como candidato, esta vez por la alianza socialista-comunista frap (Frente de Acción Popular), consiguiendo el 28,5% de los votos. Esta vez se atribuyó la derrota de Allende a la participación de un candidato populista, Antonio Zamorano, como también lo dijimos. Se postuló a la Presidencia por tercera vez en el año 1964, representando al frap. La elección devino en una competencia entre Allende y Eduardo Frei Montalva. Ganó Frei.

De personalidad intensa e histriónica, esos rasgos quizá influyeran en su suicidio.

5.11 Los problemas fronterizos con los vecinos y los esfuerzos de integración

Ya hemos dicho que el largo litigio que mantenía Chile con la República Argentina por la zona de Palena se resolvió mediante arbitraje de S.M. Británica, luego que nuestro país invocara el Tratado General de Arbitraje de 1902, en presentación hecha ante la corona británica en agosto de 1964. Ese fallo dividió entre las partes el territorio en disputa en diciembre de 1966.

En cuanto al Beagle, después de la no ratificación del protocolo de 1960, Chile también resolvió acudir en diciembre de 1967 al árbitro británico, iniciándose así un proceso que concluyó sólo hacia 1980, debido al –entonces futuro– desconocimiento por parte de Argentina del fallo británico, que en lo general fue favorable a las pretensiones chilenas. Sin embargo, la posterior mediación papal parece haber encontrado una solución aceptable para ambos estados.

Durante los años 1953-70 destacaron los esfuerzos de integración realizados por Chile en conjunto con otras naciones latinoamericanas. Siendo evidente el fracaso de la alalc (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), en 1969,

durante el gobierno del Presidente Frei, su gran impulsor, Chile, junto con Perú, Ecuador, Colombia y Bolivia fundaron el «Pacto Andino», al que después se integraría Venezuela. El Pacto Andino no sólo era un mercado común que permitía aumentar la masa compradora de la producción industrial de los respectivos países. Además contemplaba la implantación de organismos técnicos y de fomento comunes, convenios culturales, etc.

5.12 Economía: grandes demandas, expectativas, pero crecimiento moderado

Desde mediados de la década de 1950 comenzaron a hacerse evidentes en las economías latinoamericanas algunas fallas estructurales del modelo socioeconómico surgido tras la crisis de 1930. En Chile, el crecimiento económico de los años 1952-1970, si bien no fue bajo, tampoco fue suficiente para responder a las demandas de una población creciente y las presiones de los diversos sectores sociales para acceder al consumo, los que se expresaron en ciclos inflacionarios. De hecho, se produjo un desfase entre el desarrollo político y el económico. Esto radicalizó las utopías excluyentes ya mencionadas.

5.13 Tasas de crecimiento económico

Tasa de crecimiento del PIB anual 1964-1970: 4,0%.
Tasa de crecimiento del PIB per cápita, 1964-1970: 1,9 %

5.14 La inflación

La inflación acompañaba como un fantasma maligno a la economía chilena, acrecentando sus desajustes. En 1954, el alza del costo de la vida llegaba al 64% anual y en 1955 al 86%.

Es difícil diagnosticar qué la causaba; era un conjunto de factores. La inflación era, al parecer, era consecuencia de serios problemas en la estructura económico-social, principalmente en el comercio exterior, de las presiones sociales al Estado y de la estructura agraria obsoleta. Pero los analistas no se han puesto de acuerdo.

5.15 Deuda externa, escasa capitalización y desarrollo lento

La deuda externa que había crecido a ritmo moderado durante el gobierno de Ibáñez, después de 1960 experimentó una rápida alza. Fue así que los compromisos con el exterior, públicos y privados, que llegaban a 598 millones de dólares en 1960, subieron a alrededor de 3 mil millones en 1970. La proporción de los retornos que debieron dedicarse a la amortización de esta creciente deuda y al pago de sus intereses, también subió.

Este creciente endeudamiento fue acompañado de un progresivo control del comercio internacional por el capital extranjero. Hacia mediados de la década de 1960 casi la mitad de ese comercio estaba controlado por firmas extranjeras o transnacionales y los Estados Unidos, que concentraban cerca de un 50% de la deuda externa chilena.

En buena medida, el endeudamiento exagerado se debió a que la economía chilena no tenía una capacidad de capitalización interna adecuada. Esta era de un 12% del Producto Nacional en circunstancias que se necesitaba un 20% si se quería un crecimiento apreciable; la diferencia era parcialmente cubierta con préstamos externos. Por otra parte, la capitalización e inversión existentes eran principalmente públicas. Del total de la capitalización nacional anual (ahorro-inversión) el porcentaje correspondiente al Estado subió de alrededor de un 40% en 1955 a un 74 % en 1969. La inversión privada sólo creció a una tasa acumulativa de un 3,2% anual en la década de los sesenta. Los esfuerzos de los gobiernos de Alessandri y Frei por incentivar la inversión privada, fracasaron. Frei incluso intentó imponer el ahorro obligatorio, pero su esfuerzo chocó con la campaña de los sindicatos, partidos y prensa de oposición (los «chiri-bonos»).

El sector industrial, que venía creciendo merced a medidas protectoras desde 1933 y especialmente después de recibir el espaldarazo de la creación de la Corfo durante el Frente Popular, languideció durante los gobiernos de Gabriel González Videla e Ibáñez, pareció revitalizarse los primeros años del gobierno de Alessandri, que incentivó al sector exportador, pero el desplome del dólar dio un duro golpe a esa pujanza inicial.

La administración de Frei dio importancia a la planificación en su esfuerzo de aumentar el crecimiento. Se creó la Oficina de Planificación Nacional (ODEPLAN). También se intentó la

estabilización de precios. Pero el gran esfuerzo industrial del gobierno de Frei se concentró en el crecimiento de la minería del cobre y en la creación de algunas grandes industrias de capital mixto, como la petroquímica, llevada adelante en un convenio con la DOW Chemical.

Finalmente, es preciso tener en cuenta que el campesino, semiasalariado, estaba al margen de la demanda de productos industrializados o manufacturados, lo que limitaba el mercado interno para la industria liviana nacional. De allí que esta tuviera serias dificultades para modernizarse y presionara por protección aduanera. Así se eliminaba la competencia y, como además había fijación de precios, se aseguraba altas ganancias sin necesidad de innovaciones. De este modo, los sectores manufactureros podían escapar a las exigencias de eficiencia propia de la modernización.

5.16 La «chilenización» del cobre

Para el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei, el cobre constituía un recurso fundamental para emprender la transformación económica y social de Chile, porque era la única actividad que, por su naturaleza, podía acrecentar sustancialmente los ingresos de divisas del país. Se hacía necesario iniciar la participación del Estado en la propiedad de las empresas productoras de la principal riqueza nacional que estaba en manos de compañías extranjeras.

En 1965 comenzó un vasto plan de inversiones a través de la «chilenización del cobre», un programa cuyos objetivos eran aumentar la producción hasta duplicarla en 1972; incorporar al Estado chileno en la propiedad de las empresas productoras; refinar la mayor parte del metal rojo en Chile; lograr la participación estatal activa en la comercialización del mineral en los mercados mundiales y mejorar la situación de los trabajadores del cobre.

Con estos objetivos se constituyeron sociedades mineras mixtas entre las compañías norteamericanas y el Estado chileno, y a través de ellas, en 1967 Chile compró el 51% de las acciones de El Teniente, el 30 % de la Andina y el 25% de la Exótica. En este esfuerzo el gobierno contó con el apoyo condicional de la izquierda.

En 1969 se inició una segunda fase de la política del cobre caracterizada por la «nacionalización pactada» de los minerales de Chuquicamata, Salvador y Potrerillos. El Estado chileno adquirió el 51% de las acciones pertenecientes a la Anaconda, quedando establecida la adquisición del 49% restante a contar de diciembre de 1972.

Las inversiones que se hicieron en el cobre entre 1965 y 1970 superaron los 760 millones de dólares de la época, de los cuales 650 correspondieron a la gran minería. Con ellas subieron los índices de producción hasta aproximarse al millón de toneladas. También se aumentó la capacidad de refinación del cobre en Chile, que subió de 390 mil toneladas en 1964 a 750 mil toneladas en 1970. Finalmente, la Corporación del Cobre (Codelco) pasó a controlar la comercialización del cobre.

5.17 La industralización en manos privadas también crece

El índice de producción industrial si tomamos como base el año 1938, igual a 100; muestra que el año 1946, era de 159,5; en 1949, 168,7; en 1952 a 212; en 1955 a 236,9 y en 1958, (último año del gobierno de Jorge Alessandri), 231,8. Este crecimiento era casi todo, de la industria privada.

5.18 La industria pesquera

A pesar de extensísima costa, la explotación de los recursos marinos siempre había sido débil en Chile. La estupidez de considerarnos un país «de campo» y hacer de la figura de huaso, la identificación del «tipo nacional» autóctono había relegado el mundo de los pescadores artesanales, existente y de importancia desde la Colonia, había perdurado de año en año. Bastaba que pescaran unos cuantos congrios, lenguados, corvinas y se extrajeran unos pocos locos, langostinos y jaibas, adornados por unas cuantas langostas de Juan Fernández; para que los chilenos nos diéramos por satisfechos. Fue la comprobación del potencial de la pesca industrial en el Perú de los años 1950, lo que llevó a capitales y empresarios chilenos a intentar algo parecido. El experimento fue un éxito que ha durado hasta el siglo xxi.

Se fundaron, durante la administración Alessandri, grandes empresas pesqueras, en un comienzo dedicadas a la pesca de la anchoveta y su transformación en harina de pescado.

5.19 Las obras públicas

Durante la administración Frei, como se anunció, se inició la construcción del Metro de Santiago, se terminó la autopista Norte-Sur que había sido comenzada y avanzado bastante en el gobierno de Alessandri Rodríguez y se construyó el primero de los dos túneles de Lo Prado, lo que acortó el viaje de vehículos automóviles entre Santiago y Valparaíso en casi una hora. Asimismo, se procedió a la electrificación del ferrocarril al sur hasta en el tramo Santiago-Chillán, también hubo avances en ferrocarriles. Después, la línea férrea hasta Temuco, con locomotoras eléctricas, quedó terminada.

5.20 La sociedad

5.21 La demografía

Según los censos, la población de Chile en el año 1952 era de 5.900.000 de habitantes y la tasa de crecimiento demográfico anual del 2,5%, lo suficiente para permitir un crecimiento demográfico apreciable.

En 1960, la población había aumentado a 7.341.115, con una tasa de crecimiento anual de 2,0%.

En 1970 el número de habitantes ascendía a 8.884.768 y la tasa de crecimiento anual era de 2,0%. La mortalidad, en tanto, había descendido a lo largo de todo el período. La tasa (número de fallecidos por cada mil habitantes) en 1952 era 13 por mil; en 1960 era 12,6 y en 1970 era 8,9.

La esperanza de vida al nacer, que en el año 1952-53 era de 54,85 años de promedio, ascendía en 1960-61 a 57,06 y en 1969-70 a 61,50. De aquí que pueda estimarse que –más allá de los problemas mencionados– la calidad de la vida de los chilenos fue mejorando a lo largo de todo el período 1952-70.

5.22 El efecto social de la Reforma Agraria

La derecha chilena unificada ahora en el Partido Nacional después de la debacle electoral de 1965, no murió como tantos ingenuos lo proclamaron entonces, como si fuese posible un abanico político en un país como Chile (ni cualquier otro probablemente) donde no existiera la derecha.

Ayudó en este renacimiento el efecto provocado por la Reforma Agraria, la que como hemos dicho provocó un cambio cultural de fondo en los campos chilenos. Se acabó el Chile pastoril, para algunos, con fuertes implicancias románticas y tradicionales y comenzaría a nacer un Chile de agricultura, primero popular e ineficiente y luego empresarial y de singular eficiencia. No obstante la emigración del campesinado hacia las ciudades aumentó.

Pero desde una perspectiva política, el enojo y el dolor de los antiguos dueños de haciendas y fundos galvanizó la oposición de la derecha.

¿Hubo abusos en la Reforma Agraria? Durante el gobierno de Frei Montalva ciertamente los hubo, pero limitados. Fue durante el gobierno de la Unidad Popular cuando el proceso se desbocó. Pero para lo que nos interesa, el halo patético que siempre rodea a la posesión y pérdida de la tierra, lo pagó ya Frei. La antigua derecha oligárquico-campesina, que realmente sufrió mucho, no se lo perdonaría jamás.

5.23 Chile se urbaniza aún más rápidamente

Por otra parte, hacia 1952, la sociedad chilena era muy mayoritariamente urbana. Santiago, que se transformó en una gran metrópoli, tenía 1.384.285 habitantes. En 1960 esa cifra había subido a 2.125.000 y en 1970 a 2.779.000. Entre 1952 y 1960 el incremento poblacional de Santiago se debió en más del 50% a la migración, cifra que se redujo a la mitad durante la década 1960-70. El hecho es que en Santiago, en 1970, se concentraba el 32,5% de la población nacional.

Además, se creó un núcleo urbano central, en Santiago, Valparaíso y poco después Viña del Mar y Concepción, compuesto de edificios de hormigón de muchos pisos (hasta 14 inicialmente), siguiendo el estilo de Nueva York, un desafío

(que resultó exitoso) para los ingenieros en un país altamente sísmico como Chile. Pero los barrios en todas estas ciudades continuaron con las viviendas chatas de uno o dos pisos. De mejores materiales y con jardines delanteros, entre la oligarquía y la clase media acomodada.

Elegantes y con verdaderas mansiones en los barrios de Providencia, El Golf y Ñuñoa, en Santiago; la población Vergara, en Viña del Mar, etc. En cambio entre los sectores sociales bajos, continuó existiendo el conventillo y después de 1949, la «población callampa».

En 1970 el porcentaje de población rural del país había bajado al 24%, cifra que se acercaba a la de los países desarrollados. Este proceso se debió, en parte, a que las condiciones de vida en el campo permanecieron muy atrasadas. Es así como la realidad rural chilena, hasta los años 1950, no había cambiado mucho desde el siglo xix. Todavía el fundo seguía siendo el núcleo económico-social fundamental, en el cual predominaban las relaciones de tipo paternalista basadas en la costumbre.

El país se urbanizaba, pero las ciudades chilenas no estaban concebidas ni supieron afrontar el estatus de grandes urbes. La infraestructura vial permaneció casi sin modificaciones y los servicios se extendieron atrasada y penosamente; con la consecuencia que muy pronto surgieron problemas gravísimos, como la falta de locomoción adecuada, los atochamientos, la ausencia de aseo y el esmog. Estos problemas tardaron en ser abordados en conjunto y sólo durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva se comenzaron a adoptar algunas soluciones definitivas: ya hemos mencionado que se inició la construcción del Metro, de la Avenida Norte-Sur y del anillo de circunvalación; también se iniciaron las urbanizaciones con edificios en altura, algo nuevo, como la remodelación San Borja, Villa Frei, etc. Por otra parte, se incrementó la extensión de servicios de agua y luz a las poblaciones, aunque no se logró poner fin a las «callampas». Faltaba mucho.

El desarrollo de la vida urbana, principalmente por lo que se refiere a Santiago, trajo un profundo cambio en el estilo de vida de los chilenos. Desde antes de 1950, el grueso de la clase media optó por la lucha por la «casa propia» acompañada por un pequeño jardín, como meta socioeconómica prioritaria, para lo cual recibió la ayuda del Estado a través de las «cajas» primero, y después de las «Asociaciones de Ahorro y Présta-

mo». Así, con la formación de barrios de casas con jardín, las ciudades crecieron horizontalmente de manera desmesurada.

Diferente era el panorama urbano de los grupos sociales bajos. El sector obrero organizado pudo disponer de pequeñas viviendas de material sólido con servicios esenciales. Pero la gran mayoría compuesta por inmigración campesina que llegaba a la ciudad sin trabajo estable se aglomeraba todavía en las «poblaciones callampas», que llegaron a albergar hasta un 25% de los habitantes de Santiago y otras ciudades. La vida en estas poblaciones se caracterizó por tocar los límites extremos de la miseria económica y humana en un sentido amplio. Sin servicios, viviendo en la promiscuidad y en la mayor pobreza, la delincuencia, el alcoholismo y otros vicios se transformaron en endémicos.

Ya en la década de 1930, la arquitectura «burguesa» de Santiago, en menor medida la de Valparaíso, pero sí la de Viña del Mar que había fagocitado al puerto, mostraban cambios notables. Todavía exhibían una mezcolanza de estilos, pero entre las casas (recién se comenzaba la construcción de edificios de departamentos) había una cierta uniformidad en torno al concepto de «chalet», el que podía ser de aire inglés, francés, español, alemán o una mezcla; incluso hubo chalets que imitaban motivos de Europa Oriental.

5.24 El Metro de Santiago

Por décadas, los diferentes gobiernos habían venido prometiendo la construcción del Metro de Santiago. Le tocaría materializarlo, en sus primeras líneas a Eduardo Frei y a Salvador Allende. Mediante un convenio con la empresa francesa Alsthom, la línea 1 fue comenzada debiendo correr desde la estación San Pablo (en las Rejas) y Escuela Militar en Las Condes. La tecnología a usar era de punta y destacada por el hecho que los carros llevaban ruedas de caucho infladas. Sin duda, el sistema era más silencioso que el de los trenes subterráneos que utilizaban ruedas de acero. Solo después de unos años quedó en claro que el sistema era también mucho más caro.

Santiago cambió con el Metro, el que felizmente ha sido cuidado, por empleados y públicos usuarios, notablemente.

Ahora el Metro tiene cuatro largas líneas (de hecho 5) y se han construido metros o trenes rápidos entre Valparaíso-Viña hasta Limache y en Concepción, entre esa ciudad y Talcahuano.

5.25 El mundo obrero y sindicalismo

El sindicalismo continuó creciendo en estos años, pero estaba lejos de representar a la mayoría del mundo obrero. Con todo, durante el gobierno de Ibáñez la CUT tomó fuerza y realizó varios «paros generales» más o menos exitosos. Sin embargo, esto no significó un cambio de fondo en la condición de los trabajadores asalariados.

5.26 Continúa el cambio social. Del té, pan y brasero a la Promoción Popular

Con el objeto de incorporar activamente la participación popular en la vida nacional se llevó a cabo un vasto programa de organización social a través de la ampliación de la base sindical y del impulso a juntas de vecinos, centros de madres, cooperativas y otros centros comunitarios.

Del programa de gobierno, los proyectos relativos a la Promoción Popular aparecían como la principal espina para los partidos de izquierda. La puesta en práctica de un programa de esta naturaleza podía significar que las nuevas organizaciones sociales volcaran su respaldo político en la DC en forma todavía más significativa que en las elecciones de marzo de 1965. Por ello, el programa despertó oposición y sólo en 1968 pudo ser aprobada la Ley de Juntas de Vecinos. No obstante, entre 1964 y 1969 se crearon cerca de 20 mil centros comunitarios. Por otra parte, la organización sindical chilena amplió el número de sus afiliados de 270.542 a 533.713 entre 1964 y 1969, siendo muy importante en este crecimiento el aumento de las organizaciones campesinas.

En tanto, este nuevo acceso de la clase media al poder político significó beneficios económicos para ese sector. También significó ventajas para el sector empresarial; pero en menor medida para los obreros y menos aún para los campesinos (hasta el gobierno de Frei Montalva), quienes no participaron en forma equitativa del crecimiento en el ingreso nacional.

En estos años también adquirieron gran importancia la CEPCH (Confederación de Empleados Particulares de Chile) y la ANEF (Asociación Nacional de Empleados Fiscales). Cabe hacer notar, que a pesar del crecimiento de la organización sindical, el total de los trabajadores sindicalizados hacia 1970 era inferior

al 20% del total. Pero esta minoría promovió y dirigió una fuerte lucha por conquistas sociales. Sólo en el decenio 1961-1970 se llevaron a cabo seis mil huelgas.

Por otra parte, el poder de presión de los sindicatos vinculados a áreas claves de la economía les permitió acumular beneficios que los colocaban en una situación muy superior al grueso de la masa laboral.

Pero la cut y, en menor medida otras organizaciones, ya desde la segunda mitad de la década de 1950, fueron dominadas por los partidos políticos de izquierda y en especial por el Partido Comunista, realizando una activa campaña contra los gobiernos de Alessandri y Frei, pero restándole capacidad para la lucha sindical propiamente tal.

En cuanto a la sindicalización campesina, después de los intentos realizados en la década de 1930 no sucedió casi nada hasta 1952. Fue entonces cuando se fundó la Federación Sindical Cristiana de la Tierra, apoyada por la Iglesia Católica, en la zona de Molina. La Federación organizó, el año siguiente, el Primer Congreso Sindical de los Obreros Campesinos de Molina, del cual surgió la «Huelga de Molina», la que marcó el inicio del despertar campesino que culminaría con la Reforma Agraria.

Sin embargo, sólo durante el gobierno de Frei se consolidó el sindicalismo campesino. Como se vio, junto con la ley de Reforma Agraria fue aprobada la ley de Sindicalización Campesina, que legalizaba las organizaciones de los obreros agrícolas. Estas crecieron desde entonces en forma considerable.

5.27 La Iglesia Católica contra la pobreza: el Padre Hurtado

La labor del padre Alberto Hurtado Cruchaga, muerto en 1952, viene a sintetizar la de varios otros sacerdotes que cayeron en cuenta que ya no bastaba con la contemplación y con rezar. Había que trabajar. El Padre Hurtado, siendo un teólogo de fuste, se dedicó a predicar entre sus fieles de la oligarquía la preocupación por los pobres. Hizo una labor sindical inédita en la Iglesia Católica, creó la revista *Mensaje*, dirigida a los intelectuales católicos progresistas y fundó el Hogar de Cristo, para asilar a niños vagos y darles comida y educación. Personalmente salía en las noches a recogerlos en el barrio Mapocho.

Escribió además el libro *¿Es Chile un país católico?*, que mereció un elogioso prólogo de Monseñor Augusto Salinas, la esencia del pensamiento conservador.

Pero su actitud le acarreó numerosos enemigos entre el clero conservador, o entre laicos de la misma tendencia, como Sergio Fernández Larraín. Pero su labor era sólida y cuando murió, joven, en el año 1952, podía estar seguro que su obra continuaría. Ha continuado.

5.28 Los protestantes

Después de los casos aislados referidos más atrás aparecieron otros grupos: «los Canutos» de Valparaíso, por el nombre de su líder Canut de Bon. ¿Qué pensaban? El metodismo llegó a Chile hacia 1879, por lo que su expansión se confunde con la del Estado chileno y su consolidación. Su crecimiento se dio principalmente entre los sectores medios, en particular los con parentesco extranjero no español, y se fue fortaleciendo en las décadas siguientes. Esta expansión creó tensiones al interior de la propia Iglesia Metodista, culminando en su división y la aparición del movimiento pentecostal chileno en 1909.

Hubo nuevas esciciones y la aparición de nuevos grupos. ¿Todos ellos calificables bajo el nombre de protestantes? ¿Son protestantes los mormones?

Sea como sea, el grupo más numeroso desde los últimos cuarenta o cincuenta años (ver infra) es el de los Testigos de Jehová (¿es metodismo?). La presencia y expansión metodista fue, sin lugar a dudas, un factor coadyuvante en los intentos por romper el vínculo del catolicismo oficial con el Estado. La separación final de Iglesia-Estado en 1925 fue recibida por los metodistas y evangélicos en general como un gran avance en términos de la libertad de religión. Sin embargo, el esfuerzo por establecer un Estado propiamente laico en Chile todavía está en curso, notándose avances y retrocesos en las últimas décadas.

Con el correr del tiempo y el ahora significativo crecimiento del mundo evangélico en Chile (alrededor de un 16% de la población mayor de 14 años), la preocupación por lo político, como actividad propia y legítima, se ha ido manifestando de diversas maneras: desde la presencia en todo el espectro partidario, hasta el intento fallido de crear un partido propio. A diferencia de otras experiencias en esta parte del mundo, se ha optado por

reconocer que el pueblo evangélico se distribuye en el espectro político-partidario en la misma forma que el resto de la población. Aquí prima más la pertenencia social y la tradición que otras consideraciones. Esto, a su vez, le ha permitido, como un todo, posicionarse en lo social y no ser meramente tolerado. La relación con lo político se dio, entonces, en términos que tienen que ver con posiciones que ayudan a lo que se denomina «el avance del evangelio». De esta manera se entiende el apoyo a colectividades políticas que establecieron las diversas instancias de control por el Estado en lo referente a educación y familia, frente al predominio casi absoluto que tenía la religión cuasi oficial en estos aspectos de la vida cotidiana.

5.29 Cambios en el sistema de salud

A lo largo del siglo xx se fueron creando diversos establecimientos hospitalarios privados. El primero fue la Clínica Alemana de Santiago S.A., filial de la Sociedad de Beneficencia Hospital Alemán, que fue fundada el 5 de julio de 1905 y refundada el año 2000 como Corporación Chileno-Alemana de Beneficencia. Después vinieron otros.

5.30 Nacer y morir

En el Chile de la primera mitad del siglo xix se nacía de forma muy diferente al presente. Los sectores pudientes pagaban médico, anestesia (generalmente formas primitivas de esta) y clínica; más abajo socialmente, se nacía a veces en hospitales, muchas veces en la casa, asistidos por un médico o una matrona, entre la población urbana. En tanto, en la enorme población rural se nacía en las casas, a veces con la asistencia de una matrona y a veces, sin ella. Se usaba todo tipo de técnicas (como colgar a la mujer), que hacen difícil comprender como sobrevivían y se reponían del trance.

En cuanto a morir, por lo general todos fallecían en sus casas (algo que sucede hasta el presente). Unos pocos lo hacían en hospitales y clínicas. Luego venía el rito funerario y el entierro.

Durante la época colonial, y hasta bien entrado el siglo xix, a las personas «pudientes» se les enterraba en las iglesias. La gente humilde, en capillas de barrio pobre o en capillas de campo que tenían anexo un cementerio. Los católicos, aun

después de dictadas las Leyes Laicas, rehuían el Cementerio General en Santiago y los camposantos públicos en Valparaíso y otras ciudades, dando paso a macabros entierros falsos. En Santiago se creó el Cementerio Católico, pero hacia comienzos del siglo xx el problema estaba casi superado. Después de 1970 se crearon en Santiago y en ciudades de provincias numerosos cementerios particulares o municipales.

Hasta 1960 los entierros de personas humildes solían ser con ceremonias sobrias y hasta míseras, en cambio, los entierros de personas ricas eran todo un espectáculo: carroza tirada por ocho caballos empenachados y con capas negras. Cochero y mozos vestidos de etiqueta y, a veces, un segundo carro, «para llevar las coronas».

5.31 La píldora anticonceptiva y el descenso de la natalidad

La píldora anticonceptiva ha sido uno de los factores que han cambiado profundamente a la familia, después de la Segunda Guerra Mundial. Su uso se generalizó durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva en un intento de planificación familiar, especialmente en los hogares más humildes. La píldora se regalaba en consultorios. Pero se trataba de una píldora que prevenía solamente. Con todo, fue atacada por grupos conservadores e integristas, tal como ocurriría muchos años más adelante con la «píldora del día después». La jerarquía de la Iglesia Católica, aunque no con entusiasmo, terminó por aceptarla. Naturalmente la natalidad disminuyó, cuestión que se trata en otra parte de este libro.

Los intentos de oponerse o ignorar la píldora habrían estado destinados al fracaso, y tarde o temprano la pastilla que permitía un control efectivo de la natalidad intrafamiliar se impondría.

5.32 El aborto

Aborto hubo siempre en Chile. En los sectores bajos se hacía con métodos muy rudimentarios antihigiénicos, algunos casi inverosímiles, por lo que la mortandad de las madres era enorme. Se recurría a una «abortera». En los años que nos interesan, entre los sectores sociales altos altos y después medios también

existían numerosos abortos, pero se realizaban en clínicas clandestinas a cargo de un médico que cobraba suculentos «honorarios». Sobre cifras exactas y nombres no tenemos idea, y si los tenemos, no los entregaremos.

5.33 El homosexualismo

El homosexualismo masculino y femenino existía más o menos en los promedios en que siempre se ha dado en la especie humana (alrededor de un 8% ocasional y como el 2% a permanencia y exclusividad), pero se ocultaba. En particular entre los hombres era un estigma, causa de desprecio público y aislamiento. Solía suceder que eran homosexuales quienes más se jactaban de su machismo, en un proceso psicológico muy típico. Entre las mujeres se mantenía más en secreto.

Antes de 1891 los homosexuales, de clase baja, que abiertamente proclamaban su condición eran por lo general empleados de prostíbulos, donde trabajaban como asistentes de las asiladas que por lo general los trataban bien. Se dice que el homosexualismo se daba más en lugares donde convivían hombres solos (conventos, regimientos, colegios y otros) o mujeres solas (conventos, colegios, etc.)

Hacia 1990 todavía el tema del homosexualismo era tabú, después se ha ido aceptando, no sin problemas. Pero eso es un proceso posterior.

Se ha repetido que Ibáñez, en su primera administración, mandó asesinar, fondeándolos en alta mar, a numerosos grupos de homosexuales, nosotros no hemos encontrado ninguna evidencia de ello.

5.34 La cultura

5.35 El sistema educacional

El alfabetismo (entre personas de siete años y más) era en 1952 del 75%. En 1960 esta cifra había crecido a un 82%, y en 1970, a un 90%.

Respecto de la educación escolar y universitaria, a pesar de la tendencia permanente al crecimiento de la población es-

colar y de los varios intentos de transformar los programas de estudio, en la década de 1960 seguían vigentes los problemas educacionales más graves que se señalaron en los comienzos del siglo: la dificultad de acceso desde el nivel primario al secundario y superior, y los programas educacionales desvinculados de la realidad nacional. Hacia 1964, la deserción escolar durante la enseñanza primaria era de un 68% y más del 30% de los licenciados del primer ciclo no accedía a la enseñanza media. El absentismo en ésta, por su parte, era aproximadamente de un 75%. El nivel educativo medio de la población chilena era de 4,2 años de estudios, siendo en la población rural de 2,4 años.

Por otra parte, los métodos y programas de estudio no habían sido sustancialmente transformados desde el primer gobierno de Carlos Ibáñez.

Fue así como en 1965, con Frei, se inició la Reforma Educacional para hacer frente a esta situación. El objetivo central de la Reforma era posibilitar el acceso igualitario al sistema educacional y que la permanencia en él no dependiera de la situación económica del alumno. El segundo objetivo era integrar a los educandos a la comunidad y a las necesidades del desarrollo nacional a través de una instrucción que preparara para el trabajo y en la que el alumno participara creativamente.

Entre 1968 y 1970 la educación básica, que se extendió a 8 años, tuvo una tasa de crecimiento acumulativo anual cercana al 6%. En tanto, los alumnos de enseñanza media aumentaron de 139.200 en 1964 a 332.000 en 1967, lo que significó una tasa de crecimiento anual superior al 50%. La enseñanza técnico-profesional también creció, del 25% de la educación media que representaba en 1964, al 32% en 1970. La incorporación al sistema educacional de alumnos de escasos recursos fue posible gracias a la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas.

El número de alumnos universitarios también creció constantemente entre 1952 y 1970. En el año 1952 había 9.355 alumnos universitarios en Chile; en 1957, 20.440; en 1965, 41.801, y en 1970 la cifra era superior a 77.000. En los últimos años del período, el acceso a la universidad había dejado de ser un privilegio de la élite.

La expansión educacional realizada por el gobierno democratacristiano requirió de una gran inversión en infraestructura escolar y en el perfeccionamiento del magisterio. El presupuesto de educación representó más de un 20% del presupuesto fiscal

total; sin embargo, aún así no fue suficiente y los problemas educacionales subsistieron.

5.36 Revolución cultural entre la juventud

El cambio cultural en Chile se produjo principalmente en los años 1960. La cultura de esa década estuvo marcada, en Chile y el mundo, por la rebeldía y la duda profunda acerca de los valores tradicionales, particularmente entre los jóvenes. La Reforma Universitaria fue la máxima demostración de ese espíritu entre la juventud chilena, pero no fue la única. Era la época del éxito de los Beatles, del «hippismo»; del inicio del consumo de la marihuana; de la extensión de sectas que tuvieron numerosos adeptos entre los «jóvenes bien», como Silo; del cambio de la vestimenta en la política. Hijos de las más rancias familias santiaguinas o de las principales ciudades de provincia se hacían militantes del MAPU o del MIR.

Por otra parte (y no sólo entre los jóvenes), en nuestro Chile se hacía cada vez más fuerte una nueva actitud de apertura y tolerancia ante el sexo y otras realidades que la cultura tradicional chilena había considerado tabúes. Esto se reflejaba en la moda para vestirse: en el uso del «bikini» por parte de las muchachas y entre los hombres, el pelo largo, abandono de la corbata y la informalidad en la indumentaria. También fue la época en que se masificó el cultivo y el consumo de drogas, como la mencionada marihuana y otros alucinógenos, como el LSD.

Hacia 1900 el traje del hombre de clase alta y también el de clase media era con corbata y el sombrero, solo variaba la calidad (de allí los «medios pelos», aludiendo a que el sombrero del hombre del sector social medio no tenía la calidad de los que usaba la oligarquía comprados en Londres y París). Después, el traje a tendido a uniformarse y la vestimenta formal se está batiendo en retirada, pero termina de acabarse en determinados oficios y ambientes. Lo mismo ha ocurrido –*mutatis mutandis*– con la ropa femenina.

La música popular chilena, con los Quilapayún, los Inti-Illimani, la familia Parra (y en especial Violeta hasta su muerte) y muchos otros, tomó un camino de abierta lucha contra el

orden y valores burgueses. Además era de una excelente calidad musical, quizá la mejor aparecida en Chile hasta entonces.

Fue también la época de oro de Rayén Quitral (1915-1975), una mapuche pura, aunque nacida en Iloca. Su carrera como soprano de joven fue rápida y brillante, llegó a cantar en el teatro Colón de Buenos Aires y en Nueva York. Por desgracia, padeció de una neurastenia o alguna otra descompensación síquica, lo que le impidió seguir su carrera.

El cine chileno, en cambio, no estuvo a la altura de las circunstancias, salvo excepciones. Hubo varios bodrios, pero también insertos en la tendencia de la rebeldía. La mejor película chilena de la época fue posiblemente *Tres tristes tigres* de Raúl Ruiz. *Morir un poco* fue otro filme que tuvo méritos y fue un gran éxito de cartelera. Ambos, como lo había sido *El Chacal de Nahueltoro* de Miguel Littin pocos años antes, marcaban un profundo rechazo a los valores y estructuras tradicionales de la sociedad chilena.

Hemos dicho que la rebeldía chilena era en buena medida el correlato de algo que sucedía a nivel de todo Occidente. En ee.uu., la juventud se tornaba en contra de la guerra de Vietnam y nacían focos de protesta violenta en casi todas las universidades, en particular, la de California en Berkeley. En 1968 esa rebeldía se extendería a Europa y tendría su estallido en mayo de ese año en París, cuando Daniel Cohn-Bendit dirigió una verdadera revolución estudiantil, la que si no terminó con el régimen del general De Gaulle fue sólo gracias a la firme personalidad de este y al hecho que el proletariado francés (y en particular el Partido Comunista) no apoyó a los estudiantes. En Alemania hubo también importantes disturbios capitaneados, en este caso, por «Rudi el Rojo» y donde tuvo intervención el chileno Gastón Salvatore Pascal.

Quizá la mejor expresión del ánimo rebelde y a veces casi nihilista de la juventud europea o norteamericana de entonces se pueda encontrar en la música de los ya mencionados Beatles, de los Rolling Stones o, más acentuadamente, en la de Jimmy Hendrix y en películas como *Blow Up*, estrenada en 1968, o *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick, de 1971. Pero hubo muchos otros filmes que también lo reflejaban.

También el baile se transformó en una liberación del cuerpo, acabando con ritmos fijos, «pasos» y rituales. Todo esto llegó hasta Chile.

Para, la juventud, especialmente la con compromiso político revolucionario, el «héroe rebelde» estuvo encarnado fundamentalmente en la persona del «Che Guevara», personaje mítico, verdadero cristo marxista, que pasó a ser un paradigma vital. Ahí estaba el mártir del nuevo credo, el cordero del nuevo sacrificio.

Con todo, quizá el mayor cambio cultural masivo del siglo xx chileno fue que entró el televisor a la casa de todos, como décadas antes había sido el caso de la radio y la «radio a pilas». Después, ya casi hacia el presente, el teléfono celular se ha difundido rápida y masivamente.

El hecho –resumiendo– es que desde entonces la cultura que llega hasta Chile hoy está ligada al proceso de la globalización, llega a todos los sectores sociales chilenos y ha sido ampliamente aceptada.

5.37 «Alta cultura»

Por otra parte en el siglo xx encontramos –ahora a nivel de alta cultura– un panorama mucho más rico que el del siglo xix. ¿Quién fue el mejor literato chileno del siglo xix? Las opiniones varían, pero quizá una mayoría de críticos diría que Blest Gana (Andrés Bello, que escribió poesía, quizá no era tan bueno en eso, además era venezolano de nacimiento y de cultura británica).

En cambio, en el siglo xx no sólo tuvimos a los ya mencionados Gabriela Mistral y Pablo Neruda; podemos también considerar figuras de gran relevancia cultural a Vicente Huidobro y Nicanor Parra. Entre los pintores sobresalió Roberto Matta, nacido en 1911. Es considerado el último de los representantes del surrealismo. Entre los intérpretes musicales, Claudio Arrau. A todos nos hemos referidos y nos referiremos.

Matta cursó sus estudios universitarios en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile, complementando sus estudios con trabajos relacionados con el arte; trabajó incluso en la revista *Topaze*. En esa época pintó cuadros al óleo, casi todos extraviados, a excepción del dedicado a su «mama» Mercedes. Su elección por la arquitectura no fue casual, pues era la disciplina «tradicional» más cercana al arte pictórico.

Luego de titularse de arquitecto, partió a Europa. En el viejo continente conoció a artistas de la talla de Salvador Dalí, René Magritte, André Breton y Le Corbusier.

Precisamente fue Breton quien estimuló al artista chileno, valorando su trabajo e introduciéndolo en el círculo de los principales miembros del movimiento surrealista de París. Matta produjo ilustraciones y artículos para el periódico surrealista *Minotaure*. Durante este período trabó amistad con prominentes artistas contemporáneos europeos, como Picasso.

Un momento decisivo para la carrera artística de Matta se produjo en 1938, cuando pasó del dibujo a la pintura en óleo, por la cual es famoso. Este período coincide con su viaje y residencia hasta 1948 en los Estados Unidos. Sus primeras pinturas, entre las que destaca *Invasión nocturna*, dieron una indicación de la ruta artística tomada por el pintor.

El trabajo de Matta agregó nuevas dimensiones a la pintura contemporánea, pese a su ruptura (por causas desconocidas) con el movimiento surrealista en 1947. Y pese a que fue readmitido en 1959, su fama ganada es exclusivamente personal. Experimentó distintos formas de expresión artísticas, incluyendo producciones de videos como *Système 88*, la fotografía y otros medios de expresión.

En 1990 recibió el Premio Nacional de Arte, en 1992 se le otorgó el Premio Príncipe de Asturias de las Artes; en 1995 obtuvo el Praemium Imperiale en la categoría de Pintura. Vivió regularmente desde la década de 1960 en la ciudad italiana de Civitavecchia, realizando viajes esporádicos a Chile. Murió el 23 de noviembre de 2002.Otro pintor que ya destacó en esta época fue Nemesio Antúnez: volveremos a referirnos a él.

5.38 Teatro, literatura, historiografía

Si la década de 1940 se distinguió por la fundación de organismos culturales ligados a las universidades, particularmente a la Universidad de Chile, en el decenio de 1950 se comenzaron a percibir los frutos de esta actividad tanto a nivel de creación como de formación.

Por el hecho de que fueron las universidades las que mediaron en el apoyo y el financiamiento estatal de las artes, estas se desenvolvieron en un ambiente de autonomía y de pluralismo independiente de las luchas partidistas más contingentes. La estabilidad de los recursos públicos permitió a las artes un crecimiento, una diversificación y un profesionalismo que redundaron en un nivel artístico nacional mucho mayor.

Quien llevó a cabo esta política cultural fue la intelectualidad universitaria, políticamente de centro-izquierda, particularmente en el caso de la Universidad de Chile, y socialmente del sector medio, que pasó a formar parte del aparato estatal con el Frente Popular. Eran personas que concebían la universidad como un centro de creación científica y artística, de formación profesional y de difusión.

Esta situación tendió a cambiar en la década de 1960, en parte por escasez de fondos. Pero, fundamentalmente, porque la ideologización y polarización política del país penetró muy fuertemente en las organizaciones artísticas universitarias.

A nivel temático, la década de 1950 se distinguió, al menos en teatro, pintura y literatura, por una ruptura, casi definitiva ahora, con el criollismo realista y los temas nacionales que habían predominado, aunque no absolutamente, en las décadas anteriores. Los problemas del hombre universal, su psiquis, su sociabilidad, su trascendencia, que tanto atormentaron al arte occidental de post Segunda Guerra Mundial, preocuparon pues también a los chilenos.

El teatro experimental universitario, por ejemplo, incorporó al ámbito nacional las nuevas técnicas europeas, o más que europeas cosmopolitas, a la vez que fomentó el montaje de obras nacionales. Pero estas ya no trataban necesariamente temas chilenos, sino del hombre tomado como un todo. La nueva generación de dramaturgos, Isidora Aguirre, Fernando Cuadra, Fernando Debesa, Luis Alberto Heiremans, Sergio Vodanovic, Egon Wolff y Jorge Díaz, entre muchos otros, mostraron las nuevas tendencias.

También hay que mencionar a muchos actores. Sería largo hacerlo; vaya solamente un recuerdo a Agustín Siré, a quien este autor viera en *Los intereses creados* y varias obras más. Cuando llegó la dictadura, Siré se encerró en su departamento de la Avenida Bustamante para no salir en más de quince años. Al poco tiempo de salir, murió.

Asimismo, en pintura se dieron transformaciones muy ligadas a una apertura hacia las técnicas europeas y norteamericanas. Por esos años predominó el arte abstracto y los elementos subjetivos dominaron. La pintura adquirió una mayor «autonomía interna», una mayor libertad en sus posibilidades expresivas, a la vez que se hizo más hermética. Fue la generación egresada de la Escuela de Bellas Artes, a comienzos de los

años 1950, la que llevó a cabo esta tendencia vanguardista y de ruptura profunda. Entre ello, destacan los ya mencionados, José Balmes, Roser Bru, así como Gracia Barrios.

En literatura, la nueva temática aparece muy claramente en la llamada «Generación de 1957», que se interesó por el conflicto sicológico del ser humano, su soledad, su desarraigo, dentro de un escepticismo que caracterizó, a nivel mundial y en general, a la literatura de post-guerra. Era difícil creer en valores inconmovibles, en el progreso indefinido, en la superación de los males del hombre después de los horrores que se habían vivido. Fue una generación que abandonó el realismo tanto en lo temático como en la técnica narrativa. Pero ello no significó el abandono total de los temas nacionales, sino que ésta fue la base a través de la cual se accedió a lo universal. José Donoso, Jorge Edwards y Enrique Lafourcade entre muchos otros, forman parte de esta generación. Donoso tiene un par de novelas que merecen leerse; Edwards tiene como mejor obra *Persona non grata*, relato de sus aventuras en Cuba como diplomático hasta que fue declarado… «persona non grata». Lafourcade y su *Palomita Blanca* tiene muchos méritos, el principal ser muy entretenida. Refleja bien los años finales de la generación juvenil de 1960.

En todo caso, la obra de los recién nombrados y otros, no ha sido de excepcional calidad. Nada parecido, ni de cerca, a lo que en décadas de 1950 y 1960 estaban produciendo novelistas latinoamericanos. Véase sólo los nombres: Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, algo más joven. Pero además Mario Benedetti, Ernesto Sábato, Alfredo Bryce Echenique, Octavio Paz y el cubano Alejo Carpentier, más viejo en este caso; el mexicano Carlos Fuentes y otros.

En poesía, además de Pablo Neruda, figura mundial y Premio Nobel en 1971 sobre el cual ya nos referimos, las grandes figuras de esta época fueron Nicanor Parra, y la mayor creación, su antipoesía, que busca desacralizar el halo heroico que rodea a la poesía y a su creación. Y su hermana Violeta, Violeta de Chile. Dulce y tempestuosa, terrible; pero delicada como para escribir:

Volver a los diecisiete
Después de vivir un siglo
Es como descifrar signos

Sin ser sabio competente
Volver a sentir profundo
Como un niño frente a Dios,
Así es como siento yo
en este instante fecundo….

¿Qué puede haber más frágil y más entregado que un niño frente a Dios? Pero también era capaz de quemar la casa de su amante en un ataque de celos. Capaz de volarse la cabeza con una arma de buen calibre, como lo hizo en 1967.

En suma, el desarrollo artístico del período se define por su consolidación institucional con predominio de las universidades; por una ruptura temática en que predominan la vida interior del ser humano y sus manifestaciones subjetivas; y por el gran desarrollo de las técnicas expresivas al interior de cada una de las artes.

Se dieron entre los chilenos de entonces grandes intérpretes musicales, como el ya muchas veces mencionado Claudio Arrau (otro provinciano) y Ramón Vinay, también nacido en Chillán el año 1911, tenor y barítono, famoso en particular por su papel de Otello. Se dice que ha sido el mejor Otello que ha existido. Sólo en campo científico exhibimos un panorama muy pobre donde las notabilidades son muy escasas. Puede que esto tenga que ver con la pobreza de nuestra infraestructura en ese ámbito.

Fue también la época de Claudia Parada, gran soprano que actuó en algunos de los mejores escenarios del mundo. Otra (contralto) notable ya era Carmen Luisa Letelier. También eximios han sido los directores de orquesta Juan Pablo Izquierdo y Max Valdés, que por entonces era un joven universitario.

Al comenzar el siglo xx, como ya dijimos, se reemplazó la historiografia positivista que había caracterizado el siglo xix otra intuitiva y con un trasfondo valórico conservador y autoritario, como en el caso de Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. A estos dos autores se sumaron después otros, notoriamente Jaime Eyzaguirre y sus discípulos hispanistas. Esta estrecha conexión entre las visiones históricas de Edwards, Encina e Eyzaguirre (los tres «E») marcaron una visión de la historia de Chile republicano importante hasta el día de hoy. Figura central en esa línea fue Eyzaguirre, conservador y aristocratizante, pero austero. Más que un gran historiador, fue un maestro de enorme carisma. Con todo, ayudó a introducir problemas que hasta ese momento no había tocado la historiografia chilena.

Tuvo muchos discípulos algunos de los cuales destacaron, entre estos Arturo Fontaine Aldunate, Gonzalo Vial Correa, Fernando Silva Vargas, Cristián Zegers y otros.

Pero no se crea que la historiografía positivista y liberal desapareció ante el ataque de los intuitivos, conservadores y autoritarios. Durante el siglo xx han existido grandes historiadores que son herederos de la tradición liberal, laica y positivista del siglo xix: Ricardo Donoso, Feliú Cruz, Sergio Villalobos. Su aporte a la historiografía nacional, por la erudición o gran peso científico fue valioso, pero también porque introdujo nuevas hipótesis que renovaron el debate sobre nuestro pasado, dejando numerosos discípulos de sus mismas ideas. Pero la idea de Chile histórico de Eyzaguirre no venía sólo de la influencia de Alberto Edwards y Encina: era hispanista.

También nació, en las primeras décadas del siglo xx, la historiografía socialista. Es algo pretenciosa y pedante, pero llegó a ser muy importante en las décadas de 1950, 1960 y después.

A Chile llegó primero el marxismo ortodoxo y después el pensamiento de Lenin y de Trotsky. En esa línea, los principales historiadores han sido han sido Hernán Ramírez Necochea (muy influenciado por Lenin), Julio César Jobet y otros. La Escuela de los *Annales* y la *Nouvelle Histoire* tuvieron influencia en Chile a partir de la década de 1950.

¿En qué historiadores chilenos del siglo xx influyó Escuela de los *Annales*? Yo nombraría a algunos de los historiadores del llamado «grupo del Pedagógico», que estudiaron allí en los años 1940 y comienzos de los 50: Mario Góngora, Álvaro Jara, Rolando Mellafe. En este grupo del Pedagógico estuvo también Sergio Villalobos. Villalobos se formó en la escuela erudita de Guillermo Feliú Cruz, pero después recibió la influencia de nueva historia francesa y los *Annales*. Por su parte, Armando de Ramón culminó su obra, en particular sobre la historia de Santiago. En fin, desde la década de 1950 había cobrado importancia el hispanismo, que por cierto tuvo su corriente historiográfica muy difundida.

5.39 La Universidad y la «reforma»

En 1965 había en el país ocho universidades, la mayor de las cuales era la Universidad de Chile. Varias de estas tenían además sedes fuera de Santiago.

En cuanto a su estructura, el sistema universitario chileno seguía apegado a la idea profesionalizante que venía del siglo xix. Vale decir, que estas más que centros de investigación eran centros de docencia y difusión, con un profesorado sin dedicación plena a las diversas disciplinas, pues, en su mayoría, eran sólo profesionales de éxito. Esto, naturalmente conspiraba contra la calidad de las universidades e impedía que se transformaran en genuinos centros de pensamiento, sin perjuicio de que existieran profesores y aun unidades académicas completas de muy buena calidad.

Sin embargo, era natural que la corriente por los cambios que se había ido imponiendo en la sociedad chilena, alcanzara también a las universidades. En mayo de 1966, por primera vez en su historia, los estudiantes de la Universidad Católica de Chile se pronunciaron en favor de una huelga que duraría 24 horas. Protestaban por la arcaica estructura del plantel, reclamando por una adecuación de la institución a los nuevos tiempos. Se pedía una universidad comprometida con los cambios que se efectuaran. Una universidad que no fuera «torre de marfil», ajena a los grandes problemas nacionales, y al proceso de cambios que empezaba.

Dos meses después, en julio de 1966, la Federación de Estudiantes de Chile (fech), en un evento que duró 5 días planteó la creación de un consejo que se abocara a la tarea de estudiar la reforma de la Universidad de Chile.

Pero la primera en abordar globalmente el problema fue la Universidad Católica de Valparaíso, la que se vio afectada por una huelga que alcanzó a durar 50 días. Finalmente, el 8 de agosto de 1967, autoridades, profesores y estudiantes firmaban un acta con las bases de la reestructuración, y acordaban la formación de una comisión que debía consentrarse en el estudio y redacción de un nuevo reglamento.

En la Universidad Católica de Chile, en tanto, durante el mes de junio del mismo año 1967 los estudiantes se pronunciaban en un plebiscito mayoritariamente a favor de un cambio de autoridades para iniciar la reforma. En los primeros días de agosto, mientras el rector, arzobispo Alfredo Silva Santiago, y el Consejo Superior confeccionaban un nuevo reglamento, un grupo de profesores se dirigía al mismo Consejo declarando que este nuevo reglamento era insuficiente para realizar un proceso de reforma. Como consecuencia de las diferencias, el

11 de agosto de 1967 los alumnos se tomaron la casa central del plantel.

Se producía así una difícil situación. Las autoridades sostenían que se había producido un hecho de fuerza y que se había amagado el principio de autoridad. Los alumnos, por su parte, no estaban dispuestos a abandonar los recintos universitarios mientras no hubiera un cambio de autoridades. Ante este dilema, el Vaticano designó para intervenir en el conflicto al arzobispo de Santiago, el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien logró llegar a un acuerdo con los estudiantes mediante la designación del profesor Fernando Castillo como prorrector.

Fue a raíz del proceso de reforma en la Universidad Católica que hizo su aparición en la vida política –oponiéndose a ésta– el Movimiento Gremialista, ya mencionado, que controló el centro de alumnos de la Escuela de Derecho y más tarde de la Federación de Estudiantes, Feuc.

En la Universidad de Chile, en tanto, en el curso de septiembre de 1967 los estudiantes se habían manifestado mayoritariamente a favor de la participación estudiantil en los organismos colegiados de decisión y rechazado la politización de la vida académica. No obstante, en mayo de 1968 las actuaciones del decano de la Facultad de Filosofía y Educación provocaron un desacuerdo entre el rector Eugenio González y el Consejo Universitario, lo que llevó a González a presentar su renuncia. Los estudiantes, agrupados en la Fech, procedieron entonces a apoderarse de la casa central. Sólo el 21 de junio de ese año, las autoridades universitarias y la federación de estudiantes llegaron a un acuerdo para elaborar un nuevo estatuto universitario. Finalmente, en septiembre de 1969 se promulgaba la nueva Ley Orgánica de la Universidad de Chile, en la que se fijaban los plazos para la realización de las elecciones de los altos cargos universitarios, los que se verificaron en los primeros días de noviembre de 1969 y en las que fue elegido como rector el profesor Edgardo Boeninger.

La Reforma Universitaria realizada en las universidades chilenas no fue, sin embargo, un problema de ocupación de edificios o de elección de una nueva plana directiva. El proceso permitió superar estructuras académicas y científicas decimonónicas, integró a los académicos a la decisión superior, incorporó a los estudiantes al manejo universitario y estrechó las relaciones entre centros superiores de estudio con la sociedad en la

que estaban inmersos, redundando en provechosos estímulos para la investigación y la docencia, aunque también dio paso a desórdenes y abusos.

5.40 El fútbol

Yendo a la cultura popular, la década de 1950 fue la la gloria del «Sapo» Livingstone, José Manuel Moreno y Montuori, todos de la Universidad Católica, traídos los dos últimos –según se cuenta– con el dinero de un anillo que había pertenecido a la madre de Jaime Guzmán (ya conocido) y que, casada con un periodista deportivo y fervoroso de hincha de la UC, lo había donado con ese objetivo. No sé cuánto de la historia es cierta. Pero es efectivo que el señor Guzmán padre y su señora tuvieron que ver con la venida a Chile a esos superfutbolistas. Pero no sólo «la Católica» fue un gran equipo en la década de 1950, tambien la Chile y «el Colo» llenaban el Estadio Nacional.

Sin embargo, venían equipos argentinos y se paseaban por nuestras canchas.

5.41 El lenguaje se ¿enriquece?

El lenguaje fue incorporando muchas palabras tomadas de otros idiomas…y nuevos garabatos: la madre subía y bajaba. La palabra *choro* y sus derivados adquirió, al menos, 27 acepciones, creo que muchas más; la palabra *huevón* más de 60; en ambos casos, buenas y malas peyorativamente: *choro*; *botado a choro*, y de allí se pasa a la infinidad: *choriflay*, *chorito*, *putas que eris choro*, *choreza*, *choreado*, *choreo*, *chorearse*, *chorísimo*, *pegar la chore*á. Y en cuanto a huevón: *huevón de mierda*, pero también *un magnífico huevón*, *pobre huevón*, *hueveta*, *huevonazo*, *ahuevonado*, la *huevá*, la *hueva*, *huevona* (¡!), *huevas*, tropa de *huevones*, *huevón choro*, etc. debiéndose tener en cuenta además que el «on» es final irrenunciable a toda o casi toda frase en el Chile de hombres, pero también entre mujeres cada vez más. Pueden concebirse frases como esta: «el *huevón choro* que dijo esa *huevá* y *me echó la foca*, que sea bien *chorito* y tenga las *huevas* bien puestas, porque si no va a tener que mostrar su *choreza… huevón de mierda*».

Así como existía la ley de Moraga «el que caga, ca…»; existía la ley de Mardones, «la de los huev….».

Pero también se escuchaban y escuchan los piropos, los mejores son los de los obreros de la construcción. Primero va el chiflido y después la «saeta»: «¿Cuándo se abrió el cielo para que cayera ese angelito?» y muchos más, simpáticos y cariñosos. Claro que no falta la grosería...

5.42 Vida privada

5.43 El psicólogo y el psiquiatra reemplazan al confesor o director espiritual

Hasta pasada la mitad del siglo xx, los problemas sicológicos y psiquiátricos (no extremos) recibían ayuda y consuelo del confesor o de algún cura. Muy importante, además, era el «director espiritual» de un o una joven. Así existían los pedófilos y otros que se aprovechaban de su condición; pero también hubo muchos que de buena fe daban consejos correctos o errados que influían decisivamente en la vida de sus protegidos. Pero ya hacia 1960 la influencia de estos orientadores fue disminuyendo y su rol fue siendo tomado por psicólogos o psiquiatras. Ya hemos visto cómo se inició la psiquiatría en Chile. Pero el tratamiento de enfermos fue otra cosa.

El Hospital Psiquiátrico (la antigua Casa de Orates de Nuestra Señora de los Ángeles) fue inaugurado el 2 de agosto de 1852 en el barrio Yungay de la capital. A mediados del siglo xx se accedía a un establecimiento de la calle Olivos.

Las iniciales 30 camas de la Casa de Orates rápidamente subieron a 100, difícil situación que motivó su traslado desde Yungay a Recoleta. Sobreviviendo en un grado tal de hacinamiento que, a manera de ejemplo prototípico, en una habitación de 3 x 4 metros dormían 17 enfermos, sin camas y sólo con un poco de paja colocada encima del concreto del piso; lo anterior resultaba agravado por la escasez de cuidadores, situación que había llevado a que la puerta de la pieza fuera cerrada a las 19 horas y sólo abierta a las 7 de la mañana siguiente, lapso durante el cual podía ocurrir en su interior cuanto sea dable imaginar.

Se decidió la construcción de un nuevo edificio para alienados mentales en el sector oriente de la ciudad, obra iniciada

en 1894 y concluida 4 años más tarde, pero de inmediato fue ocupada por algunas unidades del Ejército, con la consiguiente expectación pública derivada de tal acto de fuerza. Por 1902, el gobierno oficializó la situación, instalándose en esas dependencias el Regimiento de Cazadores. El Ejército indemnizó posteriormente a la Junta de Beneficencia.

Hacia 1920, la Casa de Orates tenía alrededor de 1.700 plazas. La docencia universitaria, que había estado ausente desde 1884 como resultado de un conflicto entre el doctor Carlos Sazié Heredia, entonces profesor de Enfermedades Nerviosas y Mentales, con la Junta Directiva de la Casa de Orates, fue volviendo poco a poco la gestión del doctor Joaquín Luco Arriagada, profesor de las mismas materias desde 1907 y también médico funcionario allí. Cuando en 1927 la Facultad de Medicina dividió la cátedra única en dos, una de Psiquiatría y otra de Neurología, la enseñanza de la primera quedó definitivamente en la nueva sección Hospital Psiquiátrico, ahora rebautizada como la Clínica Universitaria de Psiquiatría.

En 1929, la Junta de Beneficencia aprobó la construcción de un nuevo Hospital Psiquiátrico, decisión posteriormente olvidada. Sin embargo, en 1946, luego de un incendio que a comienzos de 1945 causara varias muertes y destruyera un tercio de las construcciones, fue acordado por segunda vez dentro del siglo xx tal construcción, aunque esta vez en terrenos anexos al Hospital del Salvador de Santiago, lugar donde alcanzó a colocarse nada más que una primera piedra. Otros trámites iniciales se concretaron en 1950 y 1951, los cuales caminaron lento, pese a un aporte por $10 millones acordado del presupuesto nacional para un Hospital Psiquiátrico, a invertirse en terrenos aledaños al Hospital Barros Luco. El 11 de abril, la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios hizo entrega al Ministerio de Salubridad de cinco pabellones para la Clínica Psiquiátrica del Manicomio Nacional, con capacidad para 120 enfermos; la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios edificó seis nuevos pabellones. Por el carácter docente de la mencionada clínica se estimó conveniente transferirla al régimen del hospital José Joaquín Aguirre, independizándola del Hospital Psiquiátrico.

Finalmente, estas nuevas construcciones surgían luego de 60 años de dramáticos y hasta exasperantes vaivenes. Y la psicología y psiquiatría fueron progresivamente tomadas en

serio, pero aún hay personas que se avergüenzan de confesar que están sometidas a tratamiento. Hubo un repechaje de la fe arcaica durante el papado de Juan Pablo II, pero eso fue un tropiezo que desgraciadamente afectó, indirectamente, a los sectores sociales más postergados que, por otra parte, también cayeron en manos de profetas, la mayor parte de origen evangélico; en este caso se han visto resultados sociales concretos no desdeñables. Los evangélicos no beben alcohol, lo que puede ser una desgracia pero también una bendición, son fieles a sus parejas y mantienen una rígida moral.

¿Pero es que la psicología y la psiquiatría modernas son capaces de solucionar los problemas del hombre contemporáneo? Depende. Si se trata de neurosis leves o algunos problemas psíquicos concretos, en general la respuesta es sí. Pero si entramos en terrenos de la depresión aguda, para no hablar de la paranoia y la esquizofrenia, creo que la psicología y psiquiatría hasta el momento han fracasado.

Sin embargo, (hacia 2010) son pocos los chilenos de clase alta o media que no han recurrido a psicólogos o psiquiatras, y esto se está extendiendo rápidamente a los sectores sociales modestos.

5.44 Televisión a color, calculadoras de bolsillo, la comida basura

Hacia fines del gobierno de Eduardo Frei entró en Chile la televisión a color, en los años siguientes esto sería un alud con serias consecuencias sociales. Si ya antes con la televisión en blanco y negro los niños pasaban horas y horas frente al aparato, ahora niños y adultos comenzaron a pasar tiempos mucho más prolongados frente al nuevo tipo de televisor (era un fenómeno mundial), pero que con excepciones era empobrecedora más que enriquecedora de cualquier nivel cultural.

Poco antes (hacia 1965) habían comenzado a aparecer las calculadoras de bolsillo, al comienzo eran instrumentos simples dentro de su enorme complejidad; sin embargo, a los pocos meses o años se transformaron en minicomputadores capaces de logros que la mente humana hubiera tardado horas o días en resolver. Y todavía no aparecían los verdaderos computadores, que llegaron a Chile alrededor de 1985.

Estos cambios culturales han sido de los más significativos del mundo contemporáneo. Nadie concibe hoy un mundo sin calculadoras y computadores, no podría existir.

También apareció la llamada «comida basura», hamburguesas, «Kentucky Fried Chicken», pizzas, todo tipo de helados. En fin, comida que engorda, que es buena (rica) pero no aliementa y puede tener problemas para la salud.

5.45 El gas licuado

Derivado de un subproducto de petróleo (butano) se comenzó vender ampliamente y reemplazó en buena medida a la parafina y el gas de cañería en el ámbito hogareño. Este fue un proceso masivo y que alcanzó a toda la pirámide social. El «balón» chico solía durar unos quince días, lo que variaba. El balón grande, en hogares de clase media acomodada, relativamente mucho más. En las poblaciones de la clase media modesta y la clase baja, se extendió. En las casas de la oligarquía se solía tener grandes tanques que se llenaban una vez al mes o más tiempo.

Llegaba en buque hasta Quintero, ahí se bombeaba a Concón donde empezaba el proceso de distribución en cantidades pequeñas por ciudades y pueblos.

Episodio

La cueca del guatón Loyola

Fue época de una chilenidad acentuada. Ejemplo de ésta es la «cueca del guatón Loyola». Muchos (si no todos) la han escuchado, en su época se bailó en todo Chile. El «guatón Loyola» se sintió molesto, pero terminó por aceptarla. Es la historia de lo que le pasó a un huaso, pero de origen urbano y burgués y bien añiñado. Ocurrió en Parral (no en Los Andes, comadre Lola) en 1954.

Loyola era un buen huaso a la chilena, como le gustan a Lago y le gustan a Cardemil. Machote, simpático, rangoso, defensor de las damas, bueno para el tinto y del otro. Se ganaba la vida en las ferias de ganado y en Santiago vivía en el conspicuo barrio de Las Condes (Manquehue, entre Apoquindo y los Militares). Había sido estudiantes de Agronomía en la Universidad Católica. Simpático, en los rodeos «contento que es un primor».

La legendaria pelea se dio cuando ya estaba algo pasadito de copas en el Rodeo de Parral. En los comentarios finales entró un huaso bien curado y agresivo. Pero tan curado no estaba, porque cuando el cantinero decidió llamar a Carabineros, Loyola le dijo, «déjamelo a mí». Loyola, con buena corpada, era seco para los puñetes. Pero el huaso (dicen que era argentino) se paró de espaldas contra la pared y le envió tal cantidad de cachos que Loyola quedó paralogizado. Siguió la pelea un rato, pero la peor parte la llevó Loyola. Finalmente llegó Carabineros y la cosa se detuvo.

El problema para Loyola es que la escena la habían contemplado Germán Becker, Alejandro Gálvez y «Los Perlas». Cambiaron Parral por Los Andes y ahí tuvimos la cueca del Guatón Loyola. Esta sin duda exagera, pues no ocurrió «combo que se perdía lo recibía el guatón Loyola»; ni «peleando con entereza bajo la mesa». Parece cierto que en un momento Loyola se cayó, pero de ahí a «pelear con entereza bajo la mesa» hay un paso largo.

Al guatón y a su familia en un principio la cueca no les gustó. Era comprensible. Pero en la medida que se fue haciendo famosa, comenzó a convivir con ella y poco antes de su muerte en 1978 él la cantaba, riéndose.

Episodio

El 2 de abril

El día 2 de abril de 1957 Chile atravesaba un período de crisis, como era frecuente en aquellos tiempos. Se decretó un alza de los pasajes de la movilización colectiva. No se sabe exactamente cómo ni por qué ni quiénes fueron los instigadores, no obstante se organizó en los días previos una grave revuelta en el centro de la ciudad. Las «micros» eran apedreadas. Era el quinto año del gobierno de Ibáñez, los oradores espontáneos aparentemente usaban un lenguaje incendiario y populista. Ibáñez hablaba poco. Se habían producido serios desmanes en ese día; en algunas esquinas, ardían fogatas. Camiones militares con sus luces encendidas, repletos de soldados, pasaban. Santiago parecía una ciudad ocupada.

Todos los faroles de varias cuadras de Santiago centro, más de cien, yacían por el suelo. Es cierto que estaban confecciona-

dos con una lata que no resistía un empujón fuerte, más todavía si era dado entre varios. Estaban tumbados diagonalmente desde ambas veredas hacia la mitad de la calle.

¿Qué fue el 2 de abril? En las elecciones parlamentarias de marzo de aquel mismo hubo una alta votación ibañista, pero inferior a la que esperaba el gobierno. Lo más novedoso era el ascenso de la izquierda comunista y socialista y de la Democracia Cristiana y entre los nuevos parlamentarios ibañistas muchos asumían una retórica de izquierda.

Como vimos, el régimen se había iniciado aplicando, de hecho, la política económica desarrollista, heredada del Frente Popular, que había impulsado el crecimiento de la producción de energía a través de la construcción de grandes centrales hidroeléctricas y, en general, el desarrollo de la industria nacional con un fuerte apoyo del Estado a través de la Corfo, para lograr la sustitución de importaciones por productos fabricados en el país y, con ello, una menor dependencia del capital extranjero.

Pero, a poco andar, enfrentado a múltiples dificultades económicas, Ibáñez cedió a los consejos de la misión Klein-Sacks, de marcado corte liberal e inspirada en los consejos del Fondo Monetario Internacional. Estos expertos estudiaron el panorama nacional y recomendaron una serie de recetas que configuraban una política económica neoliberal: cambio único en lugar del sistema existente de diversos tipos de cambio, lo que favorecía a sectores industriales y a los trabajadores del cobre y del salitre, entre otros; eliminación de todo tipo de subsidios estatales y de las exenciones de impuestos a la industria nacional, supresión de barreras aduaneras y arancelarias a los productos importados, devaluación monetaria y congelación de sueldos y salarios.

La consecuencia inmediata de estas medidas fue una serie de alzas de precios y tarifas. Las protestas estudiantiles, en especial contra el alza de la locomoción colectiva, comenzaron en enero y continuaron con manifestaciones callejeras cotidianas hasta fines de febrero. El gobierno retiró temporalmente el decreto de alza de tarifas de la locomoción para efectuar «nuevos estudios». Pero luego el 25 de marzo puso en vigencia el alza sin más trámites. Las manifestaciones continuaron, crecieron y se hicieron más combativas de hora en hora y de día en día.

Los grandes vidrios frontales y laterales del trolebús volaban hechos trizas. Tras el estrépito, los hechores huían. Fue la señal: la violencia estalló simultáneamente en diversos puntos del centro de la capital. Buses y trolebuses comenzaron a recibir sistemáticas andanadas de piedras. Los manifestantes atacaban en todas partes, sosteniendo el ataque aun en presencia de la policía, por más de una hora. La policía debía correr de lado a lado, llegando, por lo general, retrasada a cada foco de violencia. El descontrol convocó a nuevos actores. Según algunos observadores, «a medianoche el número de 'elementos obreros' superaba en las acciones callejeras al número de 'elementos estudiantiles'».

En los días siguientes, las manifestaciones se hicieron cada vez más masivas y violentas. Las fuerzas de Carabineros salieron a la calle armadas de carabinas y fusiles-ametralladoras, pero los manifestantes no se mostraron intimidados. Las acciones de protesta desbordaron del centro y se extendieron a todos los barrios. Continuaban los apedreos de los vehículos del transporte público.

El 1º de abril la ciudad había amanecido resguardada por tanques del Ejército pero, al parecer, eso no producía ningún cambio en el estado de ánimo imperante. Había gritos, pero aquella gente más que gritar quería hacer algo. Eran en su mayor parte hombres jóvenes, pobremente vestidos. Eran de las poblaciones. La cosa iba para peor.

Ahora no se veía un carabinero. Tampoco patrullas militares. La masa ondulaba sin un objetivo claro. Ninguna organización política, gremial o estudiantil había citado a desfiles o concentraciones ni existían consignas que definieran objetivos.

Aumentaron los apedreos de buses y tranvías (los que todavía circulaban), por un estado de ánimo combativo y casi febril en la gente. Se daba la imagen de un alzamiento espontáneo generalizado, una especie de explosión de la ira popular acumulada. Y no sólo en la capital. Manifestaciones similares se producían en Valparaíso y Concepción.

Al día siguiente, 2 de abril, en Santiago se produjeron los primeros muertos, Carabineros y las Fuerzas Armadas volvían a actuar. Estudiantes del Instituto Nacional iniciaron una marcha de protesta por la muerte de un joven.

Dejemos la palabra a Gabriel Salazar: «A las 11:00 horas, grupos espontáneos venidos de cualquier parte se habían uni-

do a los jóvenes institutanos. Improvisadamente emergió en las calles céntricas un desfile compuesto de unos cuatro mil ciudadanos. Un grueso pelotón de Carabineros se encargó de disolverlos. Entonces, las masas entraron, confiadas, en su rutina. Esta vez el perímetro de la protesta se ensanchó más que de costumbre, abarcando desde Mapocho hasta la Alameda, y desde la calle Teatinos hasta la de San Antonio. Las masas ejecutaron con rapidez la primera parte de su programa y entraron de lleno a la construcción de barricadas, no sólo para emboscar a buses y trolleys, sino también para bloquear el avance de los vehículos policiales y militares. De modo que se recurrió a todo. Se arrancaron los consabidos tablones de andamios y las tapias de madera de los edificios en construcción; se desplazaron los vehículos estacionados; y también se recurrió esta vez a los bancos de las plazas, los postes de luz, de señalización, en fin, a todo lo que sirviera para colapsar la red vial del centro. Se desató un movimiento de 'metódica destrucción' que avanzó de todas direcciones, dejando tras de sí un reguero de barricadas hasta que, tras un par de horas, 'nada quedó entero'.

Del apedreo a destajo se pasó al apedreo concentrado, ante la protesta de los comerciantes que veían con indignación como se destruía la estructura vial del barrio del comercio. Por los boquerones producidos, se inició el saqueo».

La represión posterior, sumada a la de los días anteriores, dejó 12 a 18 muertos. Nunca hubo una información oficial al respecto. En la noche del 2 al 3 de abril una unidad militar rodeó la manzana donde estaba la Imprenta Horizonte y bajo su protección, un equipo de agentes de Investigaciones, provistos de combos, chuzos y otras herramientas procedieron a destruir metódicamente las máquinas de la imprenta, con lo que dejaron de aparecer los diarios *El Siglo, Última Hora* y otras publicaciones.

En aquellos días, Chile estuvo al borde del golpe militar. Pero eso, como decía Rudyard Kipling, es otra historia.

Episodio

La Colonia Dignidad

Se fundó en la zona de Longaví, como obra principalmente de Paul Schäfer, un ex enfermero del ejército alemán que participó

en la Segunda Guerra Mundial. Este llegó al país escapando de acusaciones de abuso sexual por la justicia alemana. Aquí creó la «Sociedad Benefactora y Educacional Dignidad», la que pronto superaba las 200 personas, traídas de Alemania.Tenía rasgos heredados del rito anabaptista alemán. Pero había mucho más.

Comenzaron las denuncias; primero al Ministro de Justicia de Eduardo Frei Montalva, Jaime Castillo, quien ordenó una investigación, pero no se encontró nada incriminatorio.

Por esos mismos años compraron tierras, creando el enclave «Villa Baviera», que se fue agrandando y comenzó a separarse del ritmo normal del país, siguiendo un ritmo vital y teniendo leyes propias. Durante el gobierno de la Unidad Popular fue visitada por jóvenes que constituyeron el Movimiento Gremial, Jaime Guzmán, Hernán Larraín y otros. Crearon un restorán ejemplarmente administrado. La colonia se empeñó en proyectar al exterior una imagen de armonía, trabajo mancomunado y orden.

Pero las denuncias de rasgos extraños reñidos con las normas que rigen a la sociedad chilena prosiguieron. A mediados de los 1980, un alemán que escapó de la colonia, viajó a Alemania Occidental, donde relató ante las autoridades los abusos y el régimen autoritario a que eran sometidos los habitantes del lugar. Alemania Occidental empezó a presionar al gobierno de Augusto Pinochet y a la Colonia para que se investigaran las denuncias y se aclararan los hechos, sin resultado alguno.

Chile dio un giro hacia la democracia en 1990, tras 17 años de dictadura, pero la colonia permaneció inmutable. Las denuncias sobre los abusos y vejaciones que se producían en el interior de la colonia aumentaron. La presión nacional e internacional se intensificó, pero cada vez que la policía intentaba realizar investigaciones en el lugar se topaba con un muro de silencio. Las autoridades de Colonia Dignidad contaban con aliados en el Ejército y en la derecha chilena, que les advertían de antemano cuando la policía preparaba una visita al lugar. Se empezó a generar, en la opinión pública chilena, un sentimiento de rencor hacia el lugar, que muchos percibían como un Estado independiente dentro de Chile, un enclave.

Sus habitantes vivían bajo un extraño sistema autoritario, donde además de un mínimo contacto con el exterior, Schäfer ordenaba la división de las familias (los padres no hablaban con sus hijos, o éstos no sabían que tenían hermanos), prohibía todo tipo de las relaciones sentimentales o conyugales a jóvenes,

mujeres y hombres adultos, y decretó la residencia de éstos en espacios aislados.

No obstante, la escuela y el hospital del enclave beneficiaron a las familias rurales, a través de servicios gratuitos de educación y salud para la comunidad. Esto permitiría, a la larga, contar con un apoyo en caso que la Colonia fuera atacada. Sin embargo, son numerosos los casos destapados en los últimos años que hacen referencia a adopciones ilegales de niños a familias que residen en los sectores aledaños por parte de los jerarcas alemanes, bajo la promesa de entregarles educación gratuita.

El piloto de Stukas nazi («as») Hans Ulrich Rudel estuvo en la Colonia, varias veces asesorando la construcción de armamento. Lo afirma Michael Townley.

Se ordenó la detención de Schäfer en marzo de 2005, y después de bastante tiempo, fue detenido en Argentina, país que lo extraditó a Chile. Tras su detención, la cadena de televisión alemana Deutsche Welle emitió un documental por su canal para América Latina donde relata la tenebrosa historia de la colonia.

En junio de 2005 el gobierno de Ricardo Lagos nombró como «delegado» en la ex Colonia Dignidad, ahora «Villa Baviera» al ingeniero Herman Schwember Fernández. En forma paralela se produjo una emigración de un grupo importante de ex colonos, varios retornaron a Alemania. Los que quedaron, cerca de 200 personas, comenzaron un proceso de revisión colectiva de su pasado. Para ello fueron asesorados por un grupo de psicólogos y psiquiatras, recomendados al gobierno por el Consulado de Alemania en Chile. Uno de ellos, el doctor en psiquiatría, Niels Biedermann, explicó en una entrevista de prensa la situación encontrada. Así, Colonia Dignidad se ha ido integrando en la sociedad chilena.

Episodio

El Leucotón y el Janequeo

El patrullero *Leucotón* había zarpado el 10 de agosto de 1965 de Talcahuano a Puerto Montt a reabastecer faros de Chiloé, para luego regresar a remolcar el transbordador *Alonso de Ercilla* a la bahía Pargua. Durante la navegación al sur, el día 2 de agosto lo sorprendió una fuerte marejada del norte que

decidió a su comandante, el capitán de corbeta Pedro Fierro Herreros a dirigirse a la bahía San Pedro, al sur de Corral para capear el mal tiempo. Por una falla en la máquina de estribor, al momento de fondear, el buque fue tomado por una inmensa ola que lo desplazó cerca de 250 metros hacia la costa, varándose atravesado, en fondo de arena.

Se dispuso que los escampavías *Cabrales*, *Galvarino* y *Janequeo* concurrieran al lugar del suceso y realizaran la maniobra de desvaramiento.

El día 11 a las 16:00 horas, se enredó en la hélice del *Janequeo* el cable de remolque del *Leucotón*, en veinte vueltas. Bajaron buzos durante todo el día 12, para intentar cortar el alambre de acero que mantenía el buque inoperante. Los intentos fueron inútiles porque el cable había sido tragado por el eje y se había aprisionado entre éste y el orificio en el casco de donde emergía. La única solución era sacar el eje, lo que sólo podía hacerse en el dique.

El *Cabrales* dejó al *Janequeo* en su fondeadero y continuó la maniobra para zafar al *Leucotón* de su prisión de arena.

Los días 13 y 14 el *Janequeo* y el *Cabrales* se alistaron para la llegada de la corbeta *Casma*, que se esperaba para la madrugada del 15.

La *Casma* recaló el día 15 a las 07:00 horas sin poder entrar a la bahía por pésimas condiciones de mar y viento. Este había aumentado su fuerza hasta los 40 nudos.

El mismo día 15 el *Janequeo* empezó a garrear hacia (irse sobre) la enorme roca Campanario. A las 08:54 horas, cortadas las cadenas del ancla, el buque se empezó a golpear con la roca. El comandante, radió al del *Cabrales* que no intentara auxiliarlo, pues, en el intento, su embarcación se perdería irremediablemente; luego comunicó que esperaba, con suerte, quedar asentado en las piedras. La gente trató de salvarse lanzándose hacia el mar y tratando de nadar hacia la costa. El casco se golpeaba contra los arrecifes que circundan la roca Campanario y éstos y la fuerza de las olas iban triturando al buque. A las 09:21 horas, el navío se partió en dos.

El *Leucotón*, causante involuntario de este drama, estaba varado en dos metros de agua en la baja mareaen el banco de la barra del río, quedando atravesado a las olas de quince metros de altura –la altura del puente de los patrulleros es de ocho metros–, a cien metros de la costa. Era, pues, muy difícil

tratar de llegar a ella sanos y salvos sin más elementos que un salvavidas.

En el ínterin, el *Janequeo* había desaparecido y el temporal arreciaba al máximo de su intensidad.

Por su parte, la cadena del *Cabrales* no fue capaz de resistir la tremenda tensión y también cortó cables de arrastre, no quedándole otro arbitrio que salir a capear el temporal. La corbeta *Casma* hizo lo mismo y fue a buscar la seguridad que le ofrecía el alejarse de la costa. El personal del *Leucotón*, que había llegado tierra durante las maniobras de reflotamiento, concurrió prestamente a la playa próxima a la roca Campanario a auxiliar a los infortunados sobrevivientes que llegaban uno tras otro a su orilla. Estos fueron diecisiete hombres. De los cuarenta y siete desaparecidos, fue posible rescatar sólo los cadáveres de dos oficiales y once de gentes de mar. Se había consumado una inmensa tragedia.

Cuando mejoró el tiempo, llegaron buques y helicópteros en auxilio de los náufragos, pues todo intento de hacerlo por tierra era imposible. En el crucero *O'Higgins* se embarcaron un oficial y veintiséis hombres del *Janequeo* y el personal del *Leucotón* se distribuyó entre este crucero y el destructor *Williams*, quienes los llevaron a Talcahuano.

Episodio

Condorito

Condorito es una serie de historietas cómicas, protagonizadas por el personaje homónimo. Fue creada en 1949 por Pepo (Hernán Ríos Böetiger), y se convirtió en el más popular personaje de historieta chileno, habiendo alcanzado además un gran éxito editorial en toda Hispanoamérica (y en cierta medida en Miami).

La primera publicación de una historieta de Condorito fue en 1949, en la hizo su aparición como un ladrón de gallinas, que posteriormente se arrepentía de comerse una y trataba de devolverla al gallinero, pero era detenido por un carabinero y encarcelado, Condorito se imaginaba al carabinero comiéndose la sabrosa ave. La tira cómica era de dos páginas.

Las siguientes publicaciones de *Condorito* se basaron principalmente en un personaje que provenía del campo, eco de

la migración rural que se vivía en la década de 1950 en Chile. Durante las ediciones de la revista *Okey*, se dotó a Condorito de un contexto real y de una ciudad ficticia «Pelotillehue», junto a amigos.

Para 1955, fecha de la aparición de la primera recopilación de chistes de Condorito, el personaje ya tenía el aspecto definitivo. *Condorito* como publicación, apareció un 21 de diciembre de ese mismo año.

Se empezó a publicar regularmente en forma trimestral a partir de 1970, y lo haría hasta el último número en 1979.

En 1974 salieron los primeros productos relacionados con Condorito, en libros para colorear. En febrero de 1975 apareció la primera recopilación de *Condorito*, llamada *Especial Condorito: Clásicos de la historieta*. En 1977 se publicó la primera edición internacional de *Condorito*, en Argentina.

La década de 1980 ha sido considerada la mejor época de *Condorito*. A partir de la primera edición de 1980, *Condorito* se transformó en una publicación bimestral. En febrero de 1979, salió a la venta la primera de una serie de ediciones extraordinarias de excelente calidad y en tamaño gigante con tapas duras y dimensiones de 32 x 21,5 cm., salvo una. La colección tenía por título *Selección de Oro de la revista Condorito*.

En 1982, *Condorito* salió nueve veces. Ese mismo año apareció la primera edición no hispana de *Condorito*, publicada en Brasil. En octubre de 1982 surgió por primera vez *Coné el Travieso*, una revista en formato de bolsillo y de aparición mensual con chistes del sobrino de Condorito. A *Coné el Travieso*, además de Coné y Yayita, su eterno amor y su compadre se le fueron agregando nuevos personajes, como Pepe Cortisona, Huevito, Genito, Fonolita, Tacañito y Gargantita. En 1983, *Condorito* se publicaría regularmente en formato de revista mensual en Latinoamérica, y lo haría hasta 1989. Además popularizó sitios característicos, como el bar «El Tufo» (del mono), la pensión «Dos se van, tres llegan» y el periódico *El Hocicón*.

Como cualquier tira cómica, cada pequeña historia es independiente del resto, y tiene siempre un final cómico. Una característica peculiar de la tira cómica, es que al final de cada historia, uno o varios personajes se desmayan tras ser víctimas de una situación vergonzosa o estúpida, acompañado esto de la expresión «Plop». También suele terminar con la exclamación

«¡exijo una explicación!» por parte de Condorito o sus amigos cuando las cosas no les salen bien.

Los estilos cómicos que predominan en Condorito son el humor y la sátira. La edición es muy cuidada para que no aparezcan groserías u obscenidades.

Para que los lectores de otros países hispanohablantes entendieran los chistes, muchos de estos tuvieron que ser modificados: se eliminaron los chilenismos demasiado marcados y se dejó de usar ciertas referencias a Chile.

De todos sus chistes recurrentes, el que tiene más historia es el del cartel de *Muera El Roto Quezada*, que aparecía en casi todas las revistas anteriores a 1980. El propio Pepo explica en el número de aniversario de la primera serie el porqué de su inclusión:

> Todo ocurrió un día de 1949 cuando Pepo, su esposa y su cuñada fueron gentilmente invitados a cenar por un teniente del Ejército al casino del Club Militar. En algún momento ambas señoras fueron al baño y cuando volvieron habían desaparecido sus carteras. `Llamé al maître –cuenta Pepo– y le reclamé. Dijo que había que hablar con el mayor Washington Quezada, gerente del club. Solicitamos la correspondiente audiencia y cuando estuvimos frente a él se comportó groseramente con mi mujer y cuñada. 'Lamentablemente', dijo, 'a este Club están llegando mujerzuelas que, además, se hacen las robadas' (...) Un 'por favor no me comprometas' de mi amigo militar, me retuvo en el asiento. De lo contrario le vuelo los dientes. Así que para abreviar dije: `con rotos como este no se puede seguir hablando'. Justo en esos momentos nacía Condorito y ahí lo metí entonces como un motivo de chistes. El perrito con la patita levantada y el letrero que dice 'Muera el roto Quezada'. Y al perro le puse Washington.

El agravio desapareció de la revista en la segunda mitad de los ochenta con su internacionalización y la petición formal de las hijas de Quezada de terminar con la venganza tras la muerte de su padre.

1970-1973

6.1 Crisis política y ruptura social

6.2 La política

El siglo xx fue el siglo del cambio. Hubo más cambios en el siglo xx que en todo el resto de la historia chilena y mundial. Esto se dio en todos los campos, pero especialmente en algunos, como el social. Se partió con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa; después el Fascismo, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría; la Descolonización y las revoluciones en los países del Tercer Mundo. Y en las últimas tres décadas un retorno a las posiciones conservadoras que encabezan el neoliberalismo y la Iglesia Católica. Todas esas etapas de cambio profundo repercutieron en Chile.

Allende se formó, en cuanto a su pensamiento político y social, en la década de 1930, cuando, habiéndose consolidado la Revolución Rusa, el socialismo luchaba contra el fascismo y la democracia burguesa. Fue la década de la Guerra Civil Española.

Había idealismo y proyectos futuros para la humanidad socialistas y también fascistas. La gente joven se sentía llamada a participar. Salvador Allende Gossens se acercó al socialismo. Es cierto que esa década fue también fue la del genocidio en la URSS de Stalin. De allí que Allende se fuese inclinando por el socialismo, utopía que diferenciaba de la dictadura del comunista soviética y que abría paso a reformas sociales progresistas, pero con sesgo humanista y democrático.

Pero la posición de Salvador Allende Gossens se radicalizaría en la década de 1960, época rebelde en todo el mundo, pero especialmente en Latinoamérica como consecuencia de la

Revolución Cubana. Entonces el Partido Socialista se radicalizó aceptando métodos leninistas.

6.3 El período 1970-1973

El período 1970-1973 fue de enorme agitación social y politización. Este ambiente venía desde la década de 1960 y hacia fines del gobierno demócrata cristiano se acentuó. Por una parte, existía una tendencia a radicalizar el proceso de cambios que había comenzado en 1964, tanto entre los partidos de izquierda socialista y comunista y otros menores, como en la propia Democracia Cristiana, de la cual ya se había desgajado el MAPU en 1969. Por otra parte, la derecha política, representada por el Partido Nacional y el grupo gremialista, pasó a desconfiar cada vez más de una democracia que se veía como incapaz de ser una bastión del orden y guardiana del estatus. El MIR estaba por la vía armada… y la experimentarían.

La elección como Presidente de la República de Salvador Allende agudizó aún más esta situación. No olvidemos que Allende había sido elegido sólo por un poco más de un tercio del país y esa era una plataforma política débil para intentar una revolución socialista, aún cuando se planteara respetando los cánones de la democracia chilena consagrada por la Constitución de 1925, algo que el día de hoy aparece como incongruente y contradictorio. Allende no pudo hacerlo y posiblemente no era posible en absoluto.

Pero la izquierda triunfante –segura de haber llegado su gran momento histórico– pretendió llevar adelante su programa revolucionario en busca del poder total a obtenerse pacíficamente, manejando la «legalidad burguesa» y dentro de la institucionalidad existente.

En el mundo esa posibilidad también entusiasmó a la izquierda socialista, en la cual su identificación con el estalinismo, la violencia y, en general la dictadura no democrática era su gran problema. De allí que la ilusión que abría el triunfo de Allende en Chile conmovió al socialismo mundial. Incluso los sectores social-demócratas miraron con simpatía el experimento.

Sin duda, fue una mala suerte para la Unidad Popular que las elecciones generales que tocaba realizar en marzo de 1971 y donde obtuvo un apoyo mayoritario marginal fuesen municipales y no parlamentarias, lo que le impidió controlar

el Congreso. Pasó su momento y ya en unas elecciones extraordinarias destinadas a elegir un diputado por la provincia de Valparaíso realizadas pocos meses después y a pesar de la aplastante propaganda oficialista, triunfó el doctor Óscar Marín, un candidato de la oposición.

En tanto, la derecha, debilitada en un principio, rearmó sus cuadros durante el año 1971. Nuevos grupos, cercanos al fascismo, crecieron, en particular «Patria y Libertad», nacido en 1970 y dirigido por el abogado Pablo Rodríguez Grez, que gozó desde su nacimiento con simpatías dentro de las Fuerzas Armadas. Otro dirigente importante fue Roberto Thieme. Incluso Jaime Guzmán expresó inicialmente alguna simpatía por el proyecto. Después muchos de los militantes de Patria y Libertad se transformarían en el sector «duro» de régimen militar.

En este panorama, el Partido Demócrata Cristiano aparecía descolocado. Habiendo votado por Allende en el Congreso respetando su primera mayoría en las urnas, muy pronto se vio atacado desde el gobierno que se empeñó por arrebatarle las bases, lo que logró en parte cuando un nuevo sector de democratacristianos encabezado por Bosco Parra, Luis Maira y otros llevó adelante una nueva ruptura, creándose el Movimiento de la Izquierda Cristiana (IC) la que fue inicialmente importante en número de parlamentarios, pero insignificante a nivel de base.

La nueva ruptura, que se consideraba auspiciada por el gobierno, sumada al asesinato del ex Vicepresidente de la República y Ministro del Interior del Presidente Eduardo Frei, Edmundo Pérez Zújovic por la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP); los «resquicios legales» que utilizaba el gobierno para pasar por encima de la Constitución y las leyes y el acentuado sectarismo oficialista, catapultaron a la Democracia Cristiana –cuyo apoyo venía fundamentalmente de la clase media–, pero tenía también base popular y oligárquica: los Valdés Subercaseaux, los Zaldívar Larraín, los Amunátegui, los Santa María, los Covarrubias (Álvaros padre e hijo), los Alcalde («El Sunny» y muchos otros clanes). Hasta entonces vacilante, la DC fue empujada hacia la oposición, en una alianza de facto con la derecha.

Desde entonces y hasta el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 el país estaría dividido en dos bandos irreconciliables provocándose una situación que parecía no tener salida dentro de la lógica de la política, vale decir, la transacción y el logro de acuerdos. De allí que la superación de la situación se dio dentro

de la lógica de la guerra por la derrota y eliminación de uno de los bandos: en definitiva, el del gobierno y el de la Unidad Popular.

6.4 Dos vías hacia la revolución

El gobierno de la UP, así como la dictadura posterior, quisieron lo mejor para Chile, desde sus respectivos puntos de vista, muy diferentes (casi contradictorios), es cierto. Pero ahora nos interesan las vías que desarrollaron «dentro» de la UP.

La Unidad Popular la integraban seis partidos diferentes, que iban desde el moderado Partido Radical hasta el ala leninista del Partido Socialista, encabezado por Carlos Altamirano, partidario de la «vía insurreccional» y cercano al MIR, grupo que permaneció fuera de la coalición gobernante. Este abanico ideológico y táctico provocó un debate permanente dentro de la alianza de gobierno, que condujo a posturas antagónicas o ambiguas dentro de éste. Así provocó, en buena medida, una paralización del aparato público, que conspiró contra la capacidad de liderazgo de Salvador Allende y el éxito del régimen.

Lo central del debate se daba sobre las dos posibles vías para hacer la revolución. El PS, apoyado por un sector de los grupos escindidos de la Democracia Cristiana: MAPU e IC (que se dividieron a su vez) y desde fuera del gobierno por el MIR, intentaron superar rápidamente la vía constitucional hacia el poder total y tomar el camino de la insurrección leninista, instaurando una dictadura del proletariado, copia del modelo cubano de Estado. Esto significaba además dividir a los militares, vana esperanza de quienes no conocían las Fuerzas Armadas chilenas, de hecho un último intento de llevar adelante esta división precipitó el golpe. En tanto, el Partido Comunista, apoyado por otros sectores del MAPU y la IC más el Partido Radical y algunos socialistas, intentaron continuar actuando dentro de la legalidad constitucional como táctica, utilizando el mecanismo de los «resquicios legales» para superar algunas barreras que aquella ponía a su acción. Fue la «vía chilena al socialismo».

Allende y el gobierno estaban más cerca de esta segunda postura, al menos a corto plazo. Pero pretendían hacerse del poder político total, o al menos hegemónico, en virtud del plan Vuskovic –que se verá más adelante– el que habría de permitirles controlar políticamente Chile a mediano plazo y consolidar al mismo tiempo una economía de rasgos marcadamente socialistas.

Sin embargo, no se logró controlar el a la radicalizada de la coalición gobernante, que bajo el lema de «crear poder popular» insistió en la vía directa y a veces violenta: *tomas* de terrenos agrícolas y urbanos, ocupación de fábricas, organización de milicias paramilitares, «cordones industriales de defensa» en algunos casos y finalmente, en 1973, un intento de infiltración de las Fuerzas Armadas, las que creían posible dividir. Así, una parte importante de la coalición de gobierno aparecía como «atornillando al revés». Su falta de sentido de la realidad, que no le permitió captar las diferencias existentes en un país como Chile con naciones como Cuba, China o la Unión Soviética, los llevó por un camino que resultaría fatal para sus pretensiones.

6.5 La oposición se endurece

Las primeras manifestaciones callejeras contrarias al gobierno, en verdad, muy pequeñas, las realizó la Juventud Demócrata Cristiana en otoño de 1971.

En la base DC, mayormente de clase media y de obreros moderados, ligada a cultura católica, creció el temor de que la vía chilena al socialismo terminaría por transformarse lisa y llanamente en una dictadura del proletariado. Una torpe y larga visita del Presidente de Cuba Fidel Castro a Chile en noviembre de 1971, ayudó a consolidar esta impresión. Al mes siguiente el Presidente del PDC, Renán Fuentealba, en un importante discurso pronunciado en el Estadio Nacional, denunció los abusos de grupos violentistas proclives al gobierno. La acusación terminó con un juicio político y la destitución por parte del Congreso del Ministro del Interior José Tohá a quien Allende entregó, sin embargo, la cartera de Justicia. De manera fatal se estaba configurando la Confederación Democrática, la llamada CODE, que contra su voluntad, alineó a derechistas y democratacristianos y que después se transformaría en una alianza electoral.

6.6 Como correlato en la UP se fortalecen los partidarios de la «vía violenta».

Hemos visto que el gobierno de la Unidad Popular nunca logró contar con una mayoría de opiniones favorables dentro del país, excepto quizá durante los primeros meses, por lo que

no se reflejó en la composición del Parlamento. En el segundo semestre de 1971, posiblemente, ya la oposición era mayoría, como lo indicaban las elecciones extraordinarias al parlamento y en algunos gremios importantes.

Sin embargo, durante el año 1972 el apoyo político al gobierno continuó fuerte, pero también continuó desgastándose en la medida que se complicaba el panorama económico. Más sectores de la clase media y popular se sumaron a la oposición, en particular sindicatos de pequeños propietarios (como el sector transporte) y gremios favorecidos tradicionalmente que veían peligrar su estatus, como los trabajadores de la gran minería de cobre.

En esas circunstancias al comprobarse el aparente fracaso de la «vía institucional», los grupos partidarios de la vía violenta tomaron fuerza dentro del conglomerado de gobierno.

Por una parte se crearon, más o menos espontáneamente, los llamados «cordones industriales» que vinculaban política y laboralmente a los obreros de grupos de industrias por barrios pensando en una eventual defensa armada del régimen. También, principalmente por obra del mir, diversas «poblaciones» se autoproclamaron enclaves revolucionarios llegando a enfrentarse al propio gobierno, a veces bajo la conducción de personajes que finalmente, algunas veces, resultaron ser miembros de los servicios de inteligencia de Fuerzas Armadas (por ejemplo: el «Guatón Romo»). Las tomas de campos e industrias aumentaron, toleradas por el régimen y en algunos casos fomentadas por éste. Dentro de la izquierda y la oposición se fue tomando conciencia que la situación llegaría fatalmente a una situación de fuerza. Hacia mediados de 1972 Chile era un país dividido e hiperpolitizado y había un ambiente de odio que alcazaba a todos los niveles. La prensa de derecha (la cadena periodística *El Mercurio*, varias radioemisoras y el Canal 13 de Televisión) pasaron a tomar una actitud de franca y dura oposición. Sin embargo, la situación haría crisis cuando varios gremios opuestos al régimen se decidieron por pasar a la acción.

6.7 El paro de octubre

Hacia octubre de 1972, los transportistas y luego otros gremios de pequeños empresarios y trabajadores privilegiados, temiendo por su capital de trabajo o sus beneficios sociales y salariales,

decidieron detener sus actividades e ir a la huelga. La situación estaba madura para que los citados grupos intentaran un movimiento de carácter nacional.

Con el apoyo político de la derecha y de la Democracia Cristiana, y el financiamiento de sectores empresariales y de la Central Inteligencie Agency (CIA) de EE.UU., la que invirtió en desestabilizar a Allende unos 12 millones de dólares de la época, los camioneros y autobuseros, el comercio y los estudiantes, así como algunas federaciones profesionales fueron a un paro nacional que se inició en 8 de octubre de 1972. Hacia fines de ese mes todo el país se encontraba virtualmente paralizado.

Se trataba de un claro intento de desestabilizar al régimen, lo que se estuvo a punto de conseguir. Salvó a éste la incorporación institucional de las Fuerzas Armadas al gobierno incluyendo al Comandante en Jefe del Ejército, Carlos Prats, como Ministro del Interior el día 2 de noviembre. Sin embargo, la solución –por espectacular que pareciera– era precaria, pues aunque en el corto plazo la cooperación militar rescató a la Unidad Popular a mediano término, pero quienes conocían a las Fuerzas Armadas se dieron cuenta que era muy probable, ahora, que decidiera acabar con el gobierno de la UP.

6.8 Los militares en el gobierno

Los militares chilenos habían estado ausentes de la política desde 1932. Desde ese año, en que habían debido dejar el gobierno dentro de un gran desprestigio, habían permanecido dedicados a sus labores propias. Tenían buena capacidad profesional, a pesar de los menguados presupuestos de defensa que incluso tendieron a disminuir en los gobiernos de Jorge Alessandri y Eduardo Frei.

Aunque, en general, las Fuerzas Armadas tenían arraigo popular, fundado la leyenda militar chilena de guerras victoriosas alimentada por folletines como la novela *Adiós al Séptimo de Línea*, aparecida en la década de 1960, eran, en el hecho, un sector aislado en la sociedad chilena y despreciado por las élites; incluso por las mismas que aplaudirían su acción del 11 de septiembre de 1973. Coincidentemente, en los ambientes castrenses se despreciaba de igual modo al mundo político.

La ideología de las Fuerzas Armadas era de una acentuado nacionalismo, un anticomunismo radical y en general, ideas y valores conservadores. Había ayudado a acentuar esta ideología

la permanencia de casi todo oficial (en particular del Ejército y Fuerza Aérea) en centros de entrenamiento que EE.UU. tenía en su territorio o en Panamá.

La estructura y el poder militar de las Fuerzas Armadas chilenas en 1973, a pesar de contar, por lo general, con equipo anticuado, era importante. Más todavía si se piensa que el Ejército conservaba el esquema prusiano de cobertura territorial, vale decir su distribución por todo el territorio nacional, incluso en ciudades alejadas de toda frontera como Valparaíso o Cauquenes. El Ejército estaba compuesto por 32.000 hombres; la Armada, por 18.000, incluyendo Infantería de Marina, y la Fuerza Aérea por 10.000. Fuerzas a las que habrían de agregarse unos 30.000 Carabineros. En total unos 90.000 hombres bien entrenados, cifra que muestra bien a las claras que, de no dividirse, podían acabar fácilmente con los grupos paramilitares de los partidos políticos de izquierda.

Inferior a su formación militar era el material que tenían las Fuerzas Armadas chilenas. El Ejército, contaba con unos 90 tanques, incluyendo a los antiquísimos tipo m1 y m4 Sherman, de la época de la Segunda Guerra Mundial. Había otros mejores como los m41. Tenía armamento liviano moderno (fusiles Sig y Fal) pero no estaba completamente motorizado.

La Armada, contaba con dos cruceros tipo Brooklyn, de 1938; cuatro destructores, dos de ellos modernos; dos fragatas, dos submarinos antiguos y acababa de recibir otros dos nuevos. Tenía otros buques menores, pero la aviación naval prácticamente no existía. Pero había que contar con la Infantería de Marina, unos 1500 hombres bien entrenados.

La Fuerza Aérea de Chile había recibido sus primeros aviones jet (Vampire de instrucción) a comienzos de la década de 1950. A los pocos años recibió cazas, t.33 y f.80 y, durante el gobierno de Frei Montalva, 21 Hawker Hunter. Estos eran aviones que no representaban la última palabra en tecnología, pero sí eran reconocidamente eficientes y confiables.

Carabineros, que no formaba entonces parte de las Fuerzas Armadas, tenía armamento liviano moderno y algunas tanquetas.

A pesar de su conocida tendencia antimarxista, Allende trató de ganarse a las Fuerzas Armadas desde los inicios de su gobierno, aumentado salarios y destinando mayor presupuesto para equipo. En contraste, la mayor parte de los dirigentes y

partidos de la UP se mostraron –tras una aparente cordialidad– desconfiados de éstas.

Pero no porque tuvieran peso político y capacidad coercitiva la incorporación de los militares al gobierno detuvo el proceso de deterioro de éste. La izquierda radicalizada, continuó empujando hacia la soñada toma del «poder total», olvidando que cuando se apela a la violencia, finalmente se imponen quienes son capaces de desplegarla en mayor grado y ese papel en Chile lo desempeñaban las Fuerzas Armadas. Es posible que en su ignorancia o ingenuidad acerca de la mentalidad y organización de aquellas, e intoxicados por las utopías y el auto convencimiento, algunos de los dirigentes de la UP creyeran que éstas podían derrotarse, cooptarse o dividirse, lo que resultó ser uno de los mayores errores políticos de la historia de Chile.

El hecho es que las «tomas», el sectarismo, el desorden y la polarización del país continuó, pudiendo ahora los militares observar desde adentro el desarrollo del proceso. La violencia también aumentó, aunque no llegaron a producirse enfrentamientos sangrientos masivos. Durante los años de la Unidad Popular se produjeron en Chile unas 80 muertes, de lado y lado, en acciones aisladas y la mayoría confusas. Hubo también algunos casos de tortura por cuenta de la policía. En todo caso, nada comparable con lo que se daría después de 1973.

Más grave fue la llegada de armas desde Cuba, en total después de septiembre de 1973 se recogieron más de mil fusiles AK47 de fabricación soviética y es posible que se hayan enterrado otros tantos. Pero las milicias de los partidos de gobierno nunca tuvieron una verdadera preparación militar ni fueron muy numerosas. La facilidad con que fueron aplastadas lo demostró.

6.9 Las elecciones de marzo de 1973

En marzo de 1973 debía realizarse elecciones generales parlamentarias. El gobierno pensaba obtener, como meta optimista, un 40% de los votos. En la oposición se hablaba de un porcentaje superior al 60%. Pero, sorpresivamente el gobierno mostró que todavía contaba con un gran apoyo popular, llegando a un 43,4% y aumentando su representación parlamentaria (la perorata de Jaime del Valle denunciando por el Canal 13 de la Universidad Católica, que las elecciones eran un fraude manipulado por la UP, no convencieron), aunque no la suficiente

para quebrar el bloqueo opositor, lo que venía a fortalecer a los partidarios de la vía violenta. Carlos Altamirano exigió una vez más el cumplimiento del programa íntegro inicial de la UP e incluso ir más allá en el camino chileno al socialismo y así el 27 de marzo los ministros militares –contra la voluntad del General Carlos Prats– se retiraban del gobierno. Volverían a éste brevemente ya hacia fines del régimen.

El problema con los uniformados se agravó cuando el gobierno, por intermedio de su Ministro de Educación Jorge Tapia, expuso ante ellos el proyecto de la Escuela Nacional Unificada (ENU), el que se vio, no sin razón, como un afán organizado de inculcar valores y cultura socialista, o al menos de izquierda, en estudiantes adolescentes. El contralmirante Ismael Huerta, quien recientemente había sido ministro declaró francamente que se trataba de imponer un régimen marxista a través de la educación. Desde entonces y durante los meses siguientes la campaña contra la ENU se transformaría en la principal bandera de la oposición. Torpemente, el Gobierno se empecinó en llevarla adelante. La ENU sería una de las razones del fracaso del diálogo Allende-Aylwin.

El 2 de mayo de 1973 otro suceso político social venía a complicar aún más el panorama del régimen. Los mineros del yacimiento de cobre de El Teniente, el segundo mayor del país, declaraban una combativa huelga que se transformó en una marcha hacia Santiago donde terminaron concentrándose en el local de la Universidad Católica. La oposición aplaudió todo el largo incidente. Cuando, finalmente, los mineros decidieron retornar al trabajo el 1 de julio de 1973, a cambio de algunas concesiones, el deterioro político de la situación nacional había aumentado. También las pérdidas económicas para el fisco habían sido cuantiosas.

6.10 El Tancazo

Un signo de lo que verdaderamente era el pensamiento de los militares lo constituyó el llamado «Tancazo». Un coronel, Roberto Souper, comandante de un regimiento blindado, intentó un golpe de Estado por cuenta propia el día 29 de junio de 1973. Con más de una decena de tanques M1 y M41 intentó rescatar desde el edificio del Ministerio de Defensa a algunos oficiales que estaban detenidos por motivos políticos y, de paso, al parecer, botar el gobierno tomándose el Palacio de la

Moneda. La acción fracasó en buena medida por la enérgica actitud del Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats, que encabezó el control del cuartelazo. Hasta el día de hoy no está absolutamente claro si la acción de Souper fue un «globo sonda» y ensayo final del golpe del 11 de septiembre, o se trató simplemente de una acción espontánea, la que, además, cumplió con aquel objetivo.

Pero Prats, quien había perdido la confianza del alto mando del Ejército, finalmente presentó su renuncia a la Comandancia en Jefe el 23 de agosto. En su reemplazo, al parecer por consejo de Prats, como hombre confiable, Allende nombró al general Augusto Pinochet Ugarte.

6.11 Fin de las últimas negociaciones impulsadas por la Iglesia Católica. El diálogo Allende-Aylwin

En agosto de 1973 la Cámara de Diputados acordó por mayoría –de oposición– representar al gobierno y a las Fuerzas Armadas el «grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la república», muestra de hasta qué punto se había agravado la situación. Por otra parte, las Fuerzas Armadas procedían a hacer cumplir la ley de control de armas, recientemente aprobada por el Parlamento. Esto significó el allanamiento de fábricas de los «cordones industriales».

Ante la imposibilidad de encontrar una salida a la situación política y profundamente preocupada por el estallido que se veía venir, mientras las calles de Santiago y otras ciudades eran escenario de combates casi diarios, a piedras y palos, entre partidarios y adversarios del gobierno, la Iglesia Católica, encabezada por el Arzobispo de Santiago Raúl Silva Henríquez, intentó dar una salida a la angustiosa situación. Así, logró que se iniciara un efímero diálogo entre el Presidente del Partido Demócrata Cristiano y futuro Presidente de la República, Patricio Aylwin, y el Presidente Allende, con miras a llegar a acuerdos sobre algunos puntos fundamentales: reformas a la Constitución que consagraran las «tres áreas» de la economía sobre bases jurídicas sólidas, el futuro de la ENU, la contención de la violencia y las «tomas», etc. Al parecer, ninguno de los

dialogantes era plenamente capaz de lograr un entendimiento y arrastrar a sus bases a respetarlo.

El hecho es que después de algunas reuniones el diálogo fracasó, quedando la situación madura para el golpe militar. El dirigente socialista Carlos Altamirano daría el último pretexto a los uniformados, al fomentar una insurrección en la Armada en el mes Agosto y después reconocerlo públicamente. Al Presidente Allende se le había escapado la situación. Su deposición y dramática y valerosa muerte fueron el epílogo trágico de su gestión.

El gobierno de Allende quebró a Chile casi tanto como la dictadura posterior.

6.12 Las relaciones internacionales durante el gobierno de la Unidad Popular

Como vimos, para el mundo de la izquierda internacional y el Tercer Mundo en general, el triunfo de la Unidad Popular y de Allende significaba una gran esperanza. Era el primer intento de llegar al socialismo sin pasar por la revolución violenta y por los abusos, sufrimientos y crueldades de la «dictadura del proletariado». Aparecía también como una reacción contra la hegemonía norteamericana, en un momento en que Estados Unidos se identificaba con la Guerra de Vietnam y era gobernado por Richard Nixon. El experimento chileno fue idealizado y sus múltiples debilidades no se conocieron.

Esta simpatía por el experimento allendista no sólo se limitaba al mundo socialista; dentro de Europa Occidental, el proceso chileno también despertó grandes elogios y admiración. No es de extrañar, pues, que el campo en que la Unidad Popular obtuviera sus mayores éxitos políticos fuese el internacional. Pero si durante los años del gobierno de la UP Chile despertó más atención que en cualquier otro momento de toda su historia, esto no se manifestó en una ayuda económica internacional sustantiva, lo que mirado en la perspectiva de los años transcurridos demuestra que realmente no se confiaba en la viabilidad del proyecto.

Por otro lado, las empresas y organismos internacionales que controlan la economía capitalista mundial boicotearon la experiencia socialista chilena.

Estados Unidos, que no quería otra Cuba en América Latina, se opuso como y cuanto pudo a su éxito. Sin embargo,

el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 se debió casi exclusivamente a factores internos. Durante el gobierno de la UP no hubo conflictos fronterizos con nuestros vecinos y los problemas pendientes continuaron estándolo.

6.13 Conclusión: ¿fracaso de la Unidad Popular o de la democracia chilena?

Con el tiempo transcurrido cabe la pregunta si una revolución como la planteada por la Unidad Popular y más todavía por su sector radicalizado era necesaria en un país en el cual existía ya una poderosa clase media y se estaban llevando adelante, aceleradamente, reformas sociales en favor de los más pobres.

De lo que no cabe duda es que, por bien intencionado que fuese el proyecto que intentó llevar adelante la UP, se usaron frecuentemente medios que estaban al borde de la ilegalidad, cuando no la sobrepasaban claramente. Tampoco parece haberse tenido en consideración que más de la mitad del país estaba en contra de llegar a un socialismo real como sistema. Y desde un punto de vista puramente administrativo, el régimen de la Unidad Popular fue un desastre.

¿Representó toda la coyuntura del gobierno de la Unidad Popular un fracaso de la democracia entendiendo por ésta no sólo un sistema político sino una cultura y un modo de vida? No nos parece que pueda hablarse de su fracaso. Fue la democracia chilena la que permitió a la oposición hacer valer sus derechos entre 1970 y 1973 y en ese sentido mostró cuán internalizada estaba en la mentalidad de los chilenos. Puesta a prueba primero por la UP o sectores de esta que no creían en ella, también se intentaría acabar con esta, como un sistema ya agotado. Durante el gobierno militar siguiente, ambos casos fracasaron. Resistiría y se recuperaría, pero para ello habrían de transcurrir casi 17 años.

6.14 La economía

6.15 Tasas de crecimiento económico

Tasa de crecimiento del PIB 1970-1973: 0,5%. Tasa del crecimiento del PIB per cápita 1970-1973: -1,2

6.16 El plan Vuskovic, éxito inicial, pero una apuesta arriesgada

El artífice de la economía del gobierno de la UP fue el Ministro de Economía Pedro Vuskovic Bravo. Había nacido en Antofagasta, en 1924. Realizó estudios de ingeniería comercial en la Universidad de Chile, dedicándose a la docencia como profesor de estadística en su alma mater; después trabajó veinte años en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) hasta el año 1970, cuando se produjo el triunfo de Salvador Allende y la Unidad Popular. Entonces se le designó como Ministro de Economía, cargo que ocupó hasta junio de 1972, fecha en la cual fue reemplazado por el socialista Carlos Matus.

Su política económica, que suponía la transformación de la economía chilena del sistema capitalista al socialista, consistía en la estatización de las áreas «claves» de la economía: nacionalización de la gran minería; aceleración de la reforma agraria; congelación de los precios de las mercancías en su venta a gran y pequeña escala; y aumento de los salarios de todos los trabajadores, pagándolos con la emisión desatada de billetes.

Los dos últimos puntos deberían traer inevitablemente la inflación, pero la economía chilena tenía aproximadamente el 20% de capacidad ociosa del aparato productivo, por lo que, pensó Vuskovic, los empresarios antes de subir los precios, fabricarían más.

Su plan se cumplió el primer año, creciendo notablemente el PGB del país, pero en el segundo apareció el desabastecimiento y la inflación. ¿Qué pensaba realmente el ministro? En 1971 anunció con estas palabras su proyecto de control estatal, según el molde comunista, de la economía: «La finalidad de nuestra maniobra que se conseguirá a través de la abolición de la propiedad privada, será la destrucción de las bases económicas del imperialismo y de la clase dominante».

Su idea era subir el gasto público, el que fue, en 1971, 66% más alto que en 1970; elevar los sueldos y salarios, que se incrementaron en 55% en 1971, e implementar una redistribución masiva del ingreso –la que no fue tanta–, con lo cual el poder adquisitivo aumentaría y con esto el consumo, lo que permitiría utilizar la capacidad ociosa del aparato productivo chileno, relativamente grande, y generar un clima de prosperidad. La idea era utilizar este último para consolidar políticamente el gobierno

y permitirle ir más adelante en su programa revolucionario. Se trataba de una apuesta de corto plazo, pues en 1972 habría de detenerse el proceso de aumentos salariales a riesgo de provocar, una vez copada la capacidad ociosa mencionada, un proceso de inflación desbocado, lo que finalmente fue lo que ocurrió. Pero para entonces Vuskovic y Allende confiaban en tener el control político del país y manejar la situación, mas no lo tuvieron. Por esto se entiende la frase de Allende, en entrevista a Régis Debray, de que el compromiso constitucional con el PDC fue «una maniobra táctica» para ganar tiempo. Mal por «el Chicho».

Con la mejora de los salarios y el consecuente aumento de la demanda, así como por la expansión del gasto público la economía chilena creció en un 9,0% en 1971, en tanto el desempleo bajó al 3,8%. Pero el déficit fiscal subió del 4% de 1970 al 8% en 1971. Por otra parte, el precio internacional del cobre bajó considerablemente y la producción también bajó ligeramente. La balanza comercial pasó de un superávit de 95 millones de dólares en 1970 a un déficit de 90 en 1971 (dólares de la época). La inversión privada (comprensiblemente) fue extremadamente baja y las fuentes tradicionales de préstamos internacionales se redujeron drásticamente sin ser reemplazados, al mismo nivel, por otros del mundo socialista o países simpatizantes. Ante la fuerte baja del financiamiento proveniente de fuentes tradicionales, la UP, durante sus casi tres años de gobierno recibió sólo 560 millones en empréstitos internacionales, la mayoría a corto plazo, y 447 en inversión. Hacia fines de 1971 ya la ausencia de divisas se hacía dramática.

6. 17 Nacionalizaciones y expropiaciones

En el programa de la Unidad Popular estaba la nacionalización de la gran minería del cobre, la que ya había sido iniciada durante el gobierno de Eduardo Frei. Ahora, se expropió lo que quedaba en poder de capitales americanos por ley, con el apoyo de todo el espectro político chileno, en uno de los pocos acuerdos que se lograron durante el período presidencial.

También se aceleró la reforma agraria. Durante el primer año del gobierno de Salvador Allende se expropiaron tantos predios como durante toda la administración Frei. Pero el proceso fue cayendo en una anarquía, creciendo las ocupaciones espontáneas y a menudo violentas y dejándose de lado el factor

productividad, de modo que entre 1970 y 1973 en el campo chileno se trabajó cada vez menos. La consecuencia fue que, ante la escasez de alimentos, las importaciones aumentaron dramáticamente, lo que sin embargo no impidió un desabastecimiento creciente, ayudado por el desorden en los sistemas de comercialización y un posible boicot por parte de distribuidores privados. El total de las tierras expropiadas entre 1965 y 1973 fue de cerca de diez millones de hectáreas o un 58,7% del total de la superficie agrícola regada.

En tanto, un intento de uniformar el reparto de víveres a través de las Juntas de Alimentos y Precios (JAP), las que en muchos casos procedían en forma sesgada políticamente, no fructificó y nació y creció el mercado negro, el cual, desde mediados de 1972, se descontroló no pudiendo ser fiscalizado por el gobierno a pesar de que a la fecha ya controlaba más de un 60% de la economía nacional.

Asimismo, se contemplaba expropiar un número importante de industrias y bancos considerados estratégicos para la economía nacional –252 según el plan Vuskovic–, con lo cual no sólo se avanzaba hacia la socialización del aparato productivo del país sino que también se pensaba obtener los recursos necesarios para llevar adelante los vastos planes sociales contemplados en el programa. Para materializar las expropiaciones, a falta de una ley que el Parlamento, dominado por la oposición, se negaba a aprobar, surgió el mecanismo de los mencionados «resquicios legales», que consistía en aprovechar leyes o decretos muy antiguos (muchos venían de la dictadura de Ibáñez 1925-1931 y gobiernos posteriores, como el N°520 de 1932) que no habían sido derogados explícitamente aunque hacía décadas que no se aplicaban. El procedimiento consistía en una toma de la industria o empresa por sus trabajadores y un decreto posterior de reanudación de faenas, bajo un «interventor» nombrado por el gobierno. La mala fe del procedimiento ayudó a endurecer la oposición empresarial. Aunque desde un punto de vista leninista se validaba: el fin justificaba los medios.

Incluso entre sectores populares se cayó en abusos, existiendo tomas de viviendas, en construcción, destinadas a obreros por parte de sectores marginales proclives al gobierno.

Todo lo anterior ciertamente incidió en que el empuje económico del primer año se detuviera.

6.18 La economía se estanca

El año de 1972 se iniciaba pues con malas perspectivas, que a la postre se cumplieron. Se agotó la capacidad productiva ociosa, las exportaciones cayeron y las importaciones de alimentos crecieron de manera abrumadora. El Producto Geográfico Bruto fue negativo en este segundo año (-1,2) y la inflación se empinó a 163,4%.

Vuskovic –que había perdido su apuesta– fue reemplazado en el Ministerio de Economía por el militante comunista Orlando Millas, quien intentó limitar el proceso de expropiaciones y equilibrar las cifras macroeconómicas, pero ya era demasiado tarde. El país había entrado en un proceso de recesión, hiperinflación y desabastecimiento generalizado. La economía nacional estaba al borde del colapso.

Durante 1973 este panorama no cambió. Hasta septiembre, el pgb había descendido en 4,3% y la inflación se empinaba al 381%. Peor todavía, toda la economía chilena se encontraba gravemente desquiciada: prácticamente no había inversión, se había perdido el orden laboral y el desabastecimiento aumentaba.

En resumen, como hemos visto que el crecimiento económico en el período, aunque el año 1971 fue alto, en 1972 bajó y fue negativo en 1973 (hasta septiembre) se avisoraba un desastre.

6.19 La sociedad

6. 20 ¡Ahora le toca al pueblo!

Como escribiera ya en otra parte, los sectores populares y un porcentaje importante de la clase media chilena recibieron el triunfo de la Unidad Popular con una enorme alegría. Se abría para ellos una gran ilusión. Siglos de miseria, abusos y humillaciones parecían haber llegado a su fin. Las expectativas se desbordaron y ese fue otro de los factores más importantes para explicar por qué, ante la imposibilidad de lograr la revolución –la que se veía como un estado idílico– por la vía constitucional, se fortalecieran los partidarios de la vía violenta. Sin embargo, la obra social del gobierno de Salvador Allende fue muy importante.

6.21 Educación, salud y vivienda, un esfuerzo

El gobierno de la Unidad Popular hizo un notable esfuerzo por mejorar la calidad de vida de los más pobres, particularmente en materias de salud, educación y vivienda. Pero el desorden en que se desarrolló y el colapso económico a partir de 1972 conspiraron contra estas iniciativas. Con todo, los logros fueron apreciables.

La educación preescolar creció; 122 jardines infantiles fueron inaugurados. En cuanto a la enseñanza básica, hacia fines de 1972, el Estado mantenía 6780 escuelas con 2,3 millones de alumnos, lo que significaba que más de un 80% de la población de niños chilenos entre los 6 y 14 años recibía una educación mínima, y en los ocho años que representaba el ciclo, a estos alumnos se proporcionaron 6,5 millones de textos escolares.

La educación media creció en 31.000 alumnos hacia 1972, y la universitaria –gratuita– también subía considerablemente. Sin embargo, todo esto disparó los presupuestos educacionales, con el agravante de que la agitación política y las frecuentes huelgas conspiraron para que estas cifras no reflejaran una realidad de progreso real.

En materia de salud, el gobierno de la UP también hizo otros avances. Allende era médico, además de parlamentario y conocía los problemas de la salud pública desde cerca. Se hicieron inversiones a través de la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios. Durante los años 1971 y 1972 la capacidad instalada aumentó en 62.000 metros cuadrados. Aunque nada parecido al «Plan Auge» que después inauguraría Ricardo Lagos. Quizá conectado con lo anterior y también con la pérdida de la timidez de los pobres durante la Unidad Popular resultó que la demanda de atención médica en consultorios y hospitales (había 250, con 35.942 camas) aumentó a más del doble respecto de la histórica. También se intentó descentralizar el Servicio Nacional de Salud (SNS). Iniciativa que desafortunadamente, en la práctica, tuvo escaso éxito. Pero en cifras, las consultas médicas, que habían sido 12.432.000 en 1970, aumentaron a 15.200.000 en 1972.

Punto aparte merece el programa de entregar medio litro de leche a cada niño chileno. Aunque el programa se cumplió, al parecer, tan sólo en un 20% (aquí las fuentes se dividen)

representó –al menos simbólicamente– un esfuerzo significativo en favor de la infancia pobre de Chile.

En materia de vivienda popular, durante el gobierno de Salvador Allende se continuó con el esfuerzo que se había venido realizando durante las administraciones de Jorge Alessandri y Eduardo Frei. El régimen se inició con unas 110.000 viviendas, de las cuales se alcanzaron a concluir unas 29.000 antes del 11 de septiembre, a las que deben agregarse otras 29.500 que habían sido iniciadas durante la administración Frei, quedando en proceso de construcción. Por desgracia, esas residencias, la mayoría departamentos ubicados en bloques de los llamados 1020, eran de pobre calidad, feas y sin áreas verdes.

La cesantía fue baja durante el gobierno de la UP, 5,2% en 1971, 3,7% en 1972 y 3,1% en 1973. Lo que no significa que se trabajara mucho, debido a los constantes paros, desorden económico y excesiva politización del mundo laboral. Así se explica que mientras el producto nacional bajaba no había desempleo, pero la productividad se había desplomado.

Aunque la afiliación sindical también aumentó notablemente, se desvirtuó en parte, pues los sindicatos, federaciones y confederaciones, siguiendo una tendencia ya antigua, pasaron a ser controladas e instrumentalizadas absolutamente por los partidos políticos, acabándose el mundo laboral independiente y preocupado efectivamente de los derechos de los trabajadores.

Por otra parte, nada efectivo se hizo por solucionar el problema de la previsión que castigaba con más dureza a los más pobres. Ni siquiera se igualó la asignación familiar para todos los niños chilenos.

6.22 Las «colas»

Gente de clase media y de todos los estratos en alguna medida vieron cómo para adquirir los exiguos bienes que llegaban al comercio público había que hacer «colas». El fenómeno no era solamente económico (la escasez), sino que tuvo considerables repercusiones sociales y políticas. En las colas no sólo se compraba después de una larga espera, sino que –especialmente las mujeres, dueñas de casa, hijas y «nanas»– hablaban como loras. ¿De qué? Pelando al gobierno, a lo que contribuía el enojo de pasar horas en una cola. Así perdió gran parte de su apoyo la Unidad Popular. Pero la verdad es que a los pocos días de

producido el golpe militar, el desabastecimiento desapareció… ¿milagro? Difícil de creer; había ciertamente una plan para fomentar la escasez. ¿Cómo el gobierno no pudo controlarlo?

6.23 Acaparamiento

El hecho fue que a los pocos días de producirse el golpe militar los estantes vacíos que mantenían los negocios de comercio minorista se veían ahora ampliamente surtidos. En la guerra se usa todo tipo de armas y Chile hacia septiembre de 1973 vivía una guerra. Las armas de fuego también se usaban por esos mismos días.

6.24 El vuelco de los sectores sociales medios y parte de los bajos y su consecuencia política

La imposibilidad exhibida por la UP por ampliar su base política fue consecuencia, en buena medida, del viraje cultural de las clases medias chilenas a partir de la década de 1960, con raíces anteriores. Desde los gobiernos de Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez, las clases medias chilenas habían observado una actitud progresista abierta al cambio social, así como la preocupación por los más postergados. Esta actitud se acentuó con la hegemonía del Partido Demócrata Cristiano como principal colectividad de centro y el viraje de la Iglesia Católica, que, de ser una institución fundamentalmente conservadora y que veía su misión sólo en la promoción de la oración y a través de esta de la salvación de las almas, pasó a ser progresista en lo social.

Sin embargo, la consolidación económica de los grupos medios en las décadas de 1930-1960, paralelamente a su actitud política y social progresista fue creando una mentalidad conservadora en algunos aspectos y liberal en otros, la que cuando llegó el momento de decidir entre apoyar una revolución socialista que amenazaba sus ahorros y bienestar u oponerse a ésta, optó por lo último. Hubiera sido imposible para la derecha enfrentarse a Allende y para los militares dar el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 sin el apoyo de las clases medias, las que muy mayoritariamente se habían transformado en feroces enemigas del gobierno de la Unidad Popular. Por lo

demás, la oficialidad de las Fuerzas Armadas –los que no eran hijos de militares o afines– se reclutaba entre ellas. Y las clases medias en Chile, con lo vago que pueda ser su categorización sociológica, eran un segmento muy numeroso e importante de la población.

Simbólica en la consolidación de esta nueva mentalidad de la clase media, fue la lucha que emprendió contra el proyecto de estructurar la educación nacional sobre patrones culturales comunes (ENU) en 1973.

Pero lo curioso, aunque no tanto, es que buena parte de los sectores sociales bajos también fueron tomando una actitud contraria a la UP. Posiblemente hacia septiembre de 1973 la UP no tenía más de un 35% de apoyo ciudadano. El desorden y la evidente crisis en que se encontraba el país eran responsables de este viraje.

En otras palabras: Chile históricamente nunca quiso a Allende como Presidente, su votación en 1970 fue considerablemente más baja que en 1964. No se debía el panorama electoral de 1970 a que creciera la derecha, sino a que apareciera Radomiro Tomic con un programa voluntarista e ingenuo. Seguramente habría habido un segundo gobierno democratacristiano de no haber sido el candidato Tomic. Éste, llevado por el signo de los tiempos, se dejó convencer por un izquierdismo a ultranza. Grave error, porque con eso perdía el voto de buena parte de la clase media, sin ganar voto popular.

¿Fue Radomiro Tomic el responsable del advenimiento Allende y su frustrada Unidad Popular? Sí, pero también Eduardo Frei Montalva, que no sabemos sobre la base de qué cálculos decidió no jugarse contra Tomic dentro del Partido Demócrata Cristiano. Se dice que pesó la amistad, pero me temo que incidió más el convencimiento de Frei de que él saldría fuertemente golpeado al ir en contra del que espontáneamente se consideraba por una gran parte del PDC como el candidato ya definido.

La Democracia Cristiana apoyó a Tomic de manera bien intencionada, pero ingenua y casi estúpida. En esa época se confundía la utopía con la realidad histórica. Y el apoyo a Tomic fue un rasgo de utopía que no se avenía con la historia. Hacia 1970, existían sólo dos proyectos globales a nivel planetario que parecían viables: el capitalismo liberal y el socialismo marxista. El socialismo comunitario o comunitarismo, aunque

aparecía muy bello en palabras, no había sido una realidad histórica jamás.

Pero no culpemos a la Democracia Cristiana y su candidato de la crisis. También la derecha y su candidato Jorge Alessandri, viejo y quizá poco lucido, tuvieron también una gran responsabilidad. Encuestas contratadas en Chile y en Estados Unidos aseguraban que Alessandri (cuyo nombre tenía algo de mito) saldría elegido Presidente. Les creyeron, sin tomar en cuenta la «voz de las cifras». El Partido Nacional (la derecha) había obtenido un 20,9% de los votos en las últimas elecciones parlamentarias, pero la Unidad Popular (o los patidos que ahora la integraban), un 44%.

6.25 El feminismo

Hacia fines del siglo XIX se registran las primeras organizaciones de mujeres en Chile, que surgieron formando parte de un movimiento que buscaba condiciones de protección y reconocimiento.

La primera sociedad femenina se fundó en el puerto de Valparaíso el 20 de noviembre de 1887. Se llamó Sociedad de Obreras y «surgió desde una identidad de clase proletaria, y con el objetivo específico de proteger su deteriorado cuerpo sometido a las más duras condiciones del trabajo asalariado fabril».

Pero ya antes habían existido manifestaciones feministas en Chile ligadas al Partido Conservador. En 1865 (otros dan el año de 1876) en San Felipe, en La Serena y en Casablanca, tres mujeres exigieron votar aduciendo que cumplían con los requisitos que exigía la ley. Conocemos el nombre de la mujer que (presumiblemente, votó) en Casablanca, Clotilde Garretón de Soffia, con el apoyo de Abdón Cifuentes. Tras ellas estaba el empuje de las educadoras Le Brun y Pinochet Le Brun y de Miguel Luis Amunátegui, a la sazón rector de la Universidad de Chile. El diario *El eco de las mujeres de Santiago*, conservador, salió en 1867 pero tuvo poco impacto. Se dice que en 1876 otras mujeres apoyaron a Benjamín Vicuña Mackenna, aunque no votaron; mal pudieron haberlo hecho pues el candidato se retiró antes del acto electoral.

Con todo, el temprano feminismo era, en lo fundamental, ligado al movimiento revolucionario de izquierda socialista,

y más todavía anarquista. Tenemos que recordar lo ya dicho sobre mujeres en la Universidad de Chile.

La Iglesia Católica como cuerpo reaccionó frente a la organización de obreras socialistas o anarquistas y creó la «Sociedad Católica de Obreras», para competir con las organizaciones femeninas laicas que iban surgiendo. De modo que el feminismo chileno no se dio en una vía sino en muchas manifestaciones, y si bien había comenzado en el siglo xix, se dio a lo largo del siglo xx.

6.26 El feminismo de izquierda

Pero el feminismo era fundamentalmente de izquierda, anarquista y socialista. En 1888, nació la Sociedad de Socorros Mutuos «Emancipación de la Mujer», que buscaba trabajar por el bienestar, el progreso y cultura de la mujer. Se vio obligada a cambiar su nombre por los resquemores que éste produjo, pasando a llamarse más tarde Sociedad de Protección de la Mujer. Juana Roldán Escobar, una de sus principales dirigentes, fue una luchadora incansable. Contribuyó a la formación de numerosas sociedades y confederaciones, para estimular la participación de las obreras en la educación y en la defensa de sus derechos.

En 1906 nació la Unión en Resistencia de Tejedoras; después la Sociedad en Resistencia de Sombrereras; Sociedad Estrella Chilena de Señoras; Sociedad de Protección Mutua de la Mujer; Asociación de Costureras «Protección, Ahorro y Defensa»; Sociedad «El Triunfo Ilustrado Femenino», en 1907, la «Sociedad en Resistencia de Operadas de la Casa Matus».

Sin embargo, es a principios del siglo xx que se multiplicaron las organizaciones de mujeres, ligadas a las actividades económicas dominantes en ese momento: la explotación del salitre.

La prensa tuvo un papel importante al difundir las discusiones que se realizaron en torno al tema de la mujer. En 1905 se publicaba *La alborada*, redactada por Carmela Jeria, obrera tipógrafa. Fue distribuido bimensualmente en las ciudades principales, con pocas omisiones, hasta que cesó de publicarse bruscamente en mayo de 1907. Dos años después de la desaparición de *La alborada* se creaba el periódico *La palanca*, que mantuvo a varias colaboradoras de la publicación anterior, siendo por ello considerada la continuación de ese espacio.

En 1907 ocurrió la matanza de la Escuela de Santa María de Iquique. Como para todo el mundo obrero, fue un duro golpe para las mujeres trabajadoras.

Teresa Flores junto a Luis Emilio Recabarren hicieron pública su preocupación por el tema de la emancipación de la mujer, a través de la publicación de numerosos artículos sobre su situación en el periódico *El despertar de los trabajadores*, además de noticias sobre feminismo internacional. Se ha dicho: «Es necesario clarificar que, si bien Recabarren jugó un papel fundamental en los inicios del movimiento, éste cobró vida propia gracias al aporte de la mujer de la pampa y a las luchas que protagonizaron».

6.27 Belén de Zárraga

En 1913 Belén de Zárraga, anarquista española, llegó a Chile, invitada por el diario radical *La Razón*, publicación dirigida por librepensadores. También ella era librepensadora, ácrata, anticlerical y feminista. En Santiago dictó una serie de conferencias que crearon gran escándalo en los sectores clericales, incluso fanáticos llegaron a golpear a los seguidores de la oradora. La *Revista Católica* acusó a Belén de divorciada, de ser una mujer sin hijos, de recorrer el mundo falseando la historia. Según José Santos González Vera, fue tal el entusiasmo que despertó Belén (hermosa todavía a los 38 años), que los hombres desataron los caballos y arrastraron su carruaje hasta el hotel Oddó. Sólo había ocurrido algo parecido con Sara Bernard.

A las conferencias asistían también obreros y artesanos (vestidos como caballeros), pero no faltaban los gritos de «¡viva el comunismo anárquico!», «¡mueran los curas!» o «¡mueran los católicos!». En su discurso recordó Belén que en el concilio de Nicea se decidió si las mujeres tenían alma o no, y sólo por dos votos se resolvió que el sexo débil tenía alma. Hubiera bastado que cualquiera de los dos votantes estuviera impedido de votar, para decretar que la mujer no tenía alma. Posteriormente, Belén se embarcó desde Valparaíso para cumplir una invitación de Luis Emilio Recabarren a visitar las salitreras. En Iquique fue recibida por numeroso público. En Negreiros se instalaron arcos de triunfo. Se empezaron a formar organizaciones de mujeres, llamadas «Centros de mujeres librepensadoras Belén de Zárraga». Luego la gira se prolongó al sur, visitando

Talca, Chillán, Temuco y Valdivia, ciudades donde dictó varias conferencias, que lograron aglutinar a hombres y mujeres. Fue recibida apoteósicamente en Concepción y Talcahuano, cuna de universidades laicas.

En su segundo viaje a Chile, en 1915, la situación había cambiado: los radicales, cada vez más comprometidos con el sistema político, habían abandonado, en parte, sus posturas anticlericales. La recepción de Belén fue mucho menos efusiva que en 1913 y sólo quedaba la lealtad y el entusiasmo de los anarquistas. Nuevamente Belén visitó el norte y fue recibida por los nuevos centros femeninos que llevan su nombre: se cantó *la Marsellesa* y la estudiantina *Germinal*. Por último, visitó Magallanes denunciando el abuso de los misioneros salesianos con los indígenas en las islas del Estrecho.

Belén de Zárraga murió, casi ignorada, en México el año 1951. La postura anticlerical de los centros surgía del cuestionamiento al rol de la iglesia como promotora del conservadurismo, que asumían las mujeres al desempeñar «como únicas funciones rezar, cuidar de sus hijos y obedecer a su marido». Pero la posición anticlerical de liberar a las mujeres del mandato religioso no era el único objetivo de su quehacer, ya que participaron de manera activa en las luchas sociales.

Las organizaciones formadas sólo por mujeres tuvieron un papel fundamental, ya que lograron generar reflexión sobre su situación en la sociedad, lo que enfrentaban en la vida por ser mujeres, convertida en doble discriminación cuando eran trabajadoras. Esto no significa un desinterés por las llamadas «luchas sociales», sino una aproximación a la unión de ambos temas desde la particularidad femenina.

6.28 Feministas chilenas

Otra feminista de muy diferente tipo fue Delia Matte, cuya fecha de nacimiento ha sido imposible de encontrar, pero ha de haber sido anterior a 1875. Ocupa un lugar importante en la historia del despertar femenino en Chile. Aunque no aristócrata, fue una mujer criada en un ambiente culto y liberal para su época. De criterio independiente, en 1915 concibió la fundación del Club Social de Señoras. Este nació con fines culturales, pero prontamente se empeñó en la acción social y en especial en la lucha por la emancipación de la mujer.

El Club tuvo, desde sus inicios, la impronta de Delia Matte. Alone, en su obra *Pretérito imperfecto*, la recuerda así: «Toda la ciudad la conocía y el vecindario estaba habituado a verla todas las mañanas, a horas fijas, salir de su mansión... para hacer un paseo de ruta invariable. Alta y flexible, vestida por las mejores modistas, aunque no a la moda, sino a su modo, tocada la cabeza con un sombrero de plumas que le caían sobre la frente, caminaba con lentitud...».

Fue la influencia del Club de Señoras la que derivó, en 1917, en la presentación por parte de la sección joven del Partido Conservador del primer proyecto de ley para conceder derechos de ciudadanía a la mujer.

Hacia 1923, el Club tomó nuevos rumbos, dedicándose a la beneficencia.

Posteriormente, el movimiento feminista se organizó en el MEMCH, dirigido por Elena Caffarena. Se centró en la lucha por el sufragio femenino, logrando el derecho a voto para las mujeres en las elecciones municipales de 1936, y para las de presidente, diputados y senadores en 1948, cuando el Presidente Gabriel González Videla perseguía a los comunistas.

María Elena Caffarena realizó sus estudios hasta 5º de Humanidades en el Liceo de Niñas de Iquique, terminando su enseñanza secundaria en el Liceo Nº 4 de Santiago.

Como estudiante de la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile, participó en trabajos de educación a obreras y obreros. Entonces conoció a Luis Emilio Recabarren, quien la motivó a seguir trabajando por los derechos de los hombres y mujeres de la clase proletaria chilena.

En 1922 se vinculó a la Federación de Estudiantes, y se hizo voluntaria en la Oficina de Defensa Jurídica Gratuita. En 1926 recibió el título de abogada de la Universidad de Chile, siendo una de las 15 primeras mujeres juristas chilenas.

Atenta a los reclamos de las sufragistas inglesas, junto a Olga Poblete y otras adelantadas de la época, fundaron el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile, MEMCH, en 1935, que durante veinte años se abocó a la organización de mujeres con el objetivo de su «emancipación económica, biológica y política». Fue la primera organización femenina política que luchaba por estas reivindicaciones.

Elena se dedicó principalmente a promover los derechos jurídicos de la mujer, ya que entonces las leyes –y hasta hace

muy poco– consideraban a las chilenas como menores de edad, atadas a la voluntad del padre o del marido.

Como vimos no sería sino hasta 1949 que se obtendría para la mujer el derecho a voto para todas las elecciones. Ella, que tanto hizo por conseguirlo, no fue invitada por el Presidente Gabriel González Videla a la ceremonia en que se promulgó tal ley en el Teatro Municipal. Se le aplicó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, llamada «Ley Maldita», que quitaba sus derechos y perseguía a las personas afiliadas al Partido Comunista. Elena nunca fue militante, pero sí su marido, el abogado Jorge Jiles, quien además era dirigente de esa colectividad.

Durante los años 1980, la casa de Elena, en Seminario 244, se transformó en un lugar de encuentro y debate para las feministas. Pasaron por ella amigas de los tiempos universitarios y de todos los que siguieron, feministas antiguas y nuevas, e investigadoras chilenas y extranjeras en busca de un pedazo de la historia. Se desarrollaron tertulias sabatinas que llegaron a ser famosas y reuniones clandestinas durante el gobierno militar, lo que la hizo víctima de un allanamiento.

Caffarena trabajó por la defensa de los derechos humanos que estaban siendo sistemáticamente quebrantados. En la década de 1980, se convirtió en una de las fundadoras del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU), que en la actualidad funciona como una corporación encargada de la defensa jurídica, social y médica de las víctimas de la dictadura y sus familias.

Otra destacada feminista fue Amanda Labarca. Nació en Santiago de Chile. Obtuvo el Bachillerato en Humanidades en 1902. En 1905 se tituló de profesora de Estado con mención en Castellano, egresada del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1910 viajó a Estados Unidos para continuar estudios en la Universidad de Columbia, y en 1912, en Francia, en la Universidad de La Sorbona, para especializarse en educación escolar.

En 1915 cuando era aún estudiante organizó el Círculo de Lectura. De esta iniciativa se desprendió, en 1919, el Consejo Nacional de Mujeres, participando en él junto a Celinda Reyes. En 1922 obtuvo el cargo de Profesora Extraordinaria de Sicología en la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile.

Se incorporó como militante en el Partido Radical. En 1922, presentó un proyecto para mejorar los derechos civiles,

políticos y jurídicos de las mujeres, que dentro del Código Civil de Chile estaban restringidos (lucha que proseguirá hasta el final del siglo).

Como educadora impulsó, en 1932, la creación del Liceo Experimental Manuel de Salas, para la formación de los futuros docentes. Fue además una de las fundadoras del Comité Nacional pro Derechos de la Mujer, creado en 1933, junto a Elena Caffarena y otras mujeres.

Nombrada embajadora en 1946 por el gobierno del Presidente Gabriel González Videla, como representante de Chile ante las Naciones Unidas, y jefa de la sección *Status de la Mujer*.

En 1944 fue electa presidenta de la Federación Chilena de Instituciones Femeninas.

En 1964 fue distinguida como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y en 1969 de la Academia de Ciencias Políticas, Sociales y Morales del Instituto de Chile. Falleció en Santiago, el 2 de enero de 1975.

Notable fue también Inés Enríquez, nació el 11 de noviembre de 1913 en Concepción. Fue hermana del senador Humberto Enríquez Frödden y de Edgardo Enríquez Frodden, Rector de la Universidad de Concepción y Ministro de Educación en el gobierno de Salvador Allende. Realizó sus estudios en la Escuela de Leyes de la Universidad de Concepción donde se tituló de abogada el 18 de octubre de 1938.

Ejerció su profesión en Concepción, como secretaria-abogado de la Intendencia de Concepción, entre 1940 a 1950. También se dedicó a la labor docente, como profesora de la cátedra de Economía Política en la Escuela de Servicio Social de la Universidad de Concepción, entre 1941 y 1951.

Se inició en política como integrante del Partido Radical sección Concepción, en 1935. Fue presidenta de la Asociación de Mujeres Universitarias del PR. En 1950 fue nombrada intendenta de la provincia de Concepción, cargo que ocupó hasta 1951.

Fue la primera mujer en el país que llegó al Parlamento. En 1951, fue electa diputada en votación complementaria, por la decimoséptima agrupación departamental Concepción, Talcahuano, Tomé, Yumbel y Coronel (período 1949 a 1953). Se incorporó a la Cámara el 24 de abril de 1951. En 1957, obtuvo su reelección por la Vigesimosegunda Agrupación De-

partamental Valdivia, La Unión y Río Bueno (período 1957 a 1961). En 1961, fue confirmada en su cargo por la misma zona antes mencionada.

Otra feminista notable y muy fuera de los cánones pacatos chilenos fue María de la Cruz. Nació en 1912 en Chimbarongo. Se decía escritora, pero la única actividad que se le conoce, independiente de su labor en la política, es que fue empresaria de la industria gráfica, pero fue autodidacta.

Fue también la fundadora del segundo partido femenino de la historia de Chile, el Partido Femenino Chileno (1946-1954). Esta organización dirigida por ella aspiraba a que la mujer no sólo tuviera derechos políticos sino que también supiera hacer uso de ellos. Sin orientación ideológica definida, bastaba ser mujer para unirse a su acción. «...No somos de izquierda ni de derecha. Los hombres se dividen por la idea, nosotros nos unificamos por el sentimiento», señalaba De la Cruz.

El Partido Femenino Chileno, encabezado por esta mujer de un carisma inusual para su época y extraño en la historia de Chile, consiguió fuerza entre las mujeres de estratos medios y populares. Foros, concentraciones públicas y actividades propagandísticas fueron los medios para expresar los ideales del Partido Femenino Chileno, muy influido, a través de su máxima dirigenta, por el justicialismo argentino liderado por Juan Domingo Perón y Eva Perón.

María de la Cruz surgió en la escena política cuando el movimiento femenino estaba en decadencia. Una vez conseguido el derecho a voto en enero de 1949, el partido se mantuvo firme por un tiempo. En los días de mayor auge se supone que llegó a tener 27 mil miembros. En 1950, María de la Cruz se presentó como candidata a senadora por Santiago, contando con el apoyo del senador y futuro Presidente, Carlos Ibáñez del Campo; sin embargo, fue derrotada. El posterior quiebre con su partido y su definitiva expulsión de este (algo extraño), no aminoró su actividad.

Ibáñez regresó en gloria y majestad en 1952 como candidato a la presidencia. Tenía también su «Evita»: era María de la Cruz, una fervorosa partidaria de oratoria fácil, convincente y audaz, cualidades de las que él carecía. Ambos compartían las ideas de independencia moral, populismo y falta de compromiso con la politiquería. De la Cruz jugó un papel decisivo en el triunfo de Ibáñez, apoyo que fue reconocido por el nuevo

mandatario, quien le ofreció el Ministerio de Educación. María de la Cruz no aceptó. Entonces el mismo Presidente Ibáñez le solicitó que se presentara nuevamente a las elecciones senatoriales, para ocupar el sillón que él había abandonado.

En septiembre de 1952, el Partido Democrático de Chile la declaró candidata a senadora por Santiago. A diferencia de su campaña anterior, María de la Cruz inició un recorrido por Cartagena, El Tabo, Valparaíso y Llo-Lleo, buscando apoyo electoral. El 4 de enero de 1953 fue elegida con una amplia mayoría.

Se convertía así en la primera mujer que llegaba al Senado.

El paso de María de la Cruz por el Senado no significó proyectos ni iniciativas importantes. Dueña de una gran oratoria (siempre a lo Eva Perón), vehemente al momento de defender sus ideas, despertó recelos. Debido a la acusación de supuesta comercialización y contrabando de relojes, fue desaforada. El partido que había fundado salió con ella del Congreso.

La caída de María de la Cruz como senadora significó la deserción de la gran mayoría de las mujeres de esta organización feminista. Después de esta experiencia no volvió a constituirse otro partido femenino; de ahí en adelante las mujeres pasaron a integrar las colectividades existentes.

En cuanto a María de la Cruz, apoyó a Jorge Alessandri y terminó militando en el Partido Nacional. Falleció en 1995, suponemos que en la pobreza.

Desde entonces, cada partido político tenía un departamento femenino. No se sabía mucho para qué servía: ¿Para hacer cócteles? ¿Para visitar a las mujeres pobladoras? ¿Ser una especie de asistencia social? ¿Cuidar a los mocosos de los líderes? En el Partido Comunista eran mujeres proletarias; en el Partido Socialista las líderes eran María Elena Carrera y Carmen Lazo. En todos los casos, las líderes eran dominadas por el mundo masculino.

La mayoría de las mujeres siguió votando por la derecha, aunque cabe nombrar a Julieta Campusano, a Carmen Lazo e Irene Frei, como caudillas dentro de sus conglomerados.

En la democracia recuperada, las mujeres mayoritariamente votaban por la Democracia Cristiana: por el papá sonriente, Eduardo Frei Montalva; por el bonachón Patricio Aylwin y el monosilábico Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Posteriormente, vino el normativo profesor Lagos.

Hacia 1970, hubo grupos de muchachas y mujeres jóvenes clase media que manifestaron un feminismo rabioso: fuera los sostenes, instrumentos hechos para agradar al sexo masculino, signo de sumisión. Pero la rebelión no duró mucho cuando notaron los problemas estéticos que la nueva actitud acarreaba.

6.29 La cultura

6.30 Filosofia, Jorge Millas; historiografía, Mario Góngora; Arte, Eugenio Pereira Salas.

Jorge Millas fue un gran filósofo, no como los grandes de la historia mundial, un Hegel o un Kant, con un sistema revolucionario; pero fue erudito, buen hombre, generoso y abierto. Su filosofía fue recogida entre las principales corrientes de mediados del siglo xx; ante todo un humanista, creativo, marcó a muchos jóvenes chilenos. Sus años postreros se caracterizaron por su lucha contra la dictadura de Pinochet. Quizá fueron años poco felices, pero nunca lo demostró.

Mario Góngora fue un coloso de sabiduría histórica, pero también sociológica, filosofía y antropología. Pero fue un hombre atormentado. Muy buen alumno, gran lector; la corriente literaria que marcó al joven Mario fue el romanticismo alemán e inglés, acercándose y admirando a autores como Friedrich Meincke, Oswald Spengler, Max Weber y Walter Scott.

Al egresar del colegio en 1932 se inscribió en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile. A pesar de su timidez, de nuevo destacó como alumno superior y al egresar en 1936 ganó el premio «Tocornal» que se da al mejor alumno egresado de cada generación. No llegó a recibirse de abogado, en cambio, se despertó en él una vocación por el estudio de la historia. Durante su estadía en la Universidad Católica entró en contacto con una generación particularmente brillante de cuyos valores participó. Había aparecido la encíclica *Quadragesimo Anno*, que marcaba un renacimiento de la preocupación social de la Iglesia católica.

Hacia 1935 pensó seriamente en ser sacerdote, pero terminó por dudar de su vocación. En cambio, entró a participar

en política. Hombre de fe, ingresó a la Juventud Conservadora identificándose con el grupo progresista de ésta, la Falange, donde llegó a ser su líder doctrinario.

Pero vivía una gran confusión existencial en muchos aspectos. Una época de desesperación.

En marzo de 1938 partió a Europa radicándose en París (en el *Quartier Latin*), lo que acentuó su interés por la historia. Pero pese a la riqueza intelectual que absorbió en la capital de Francia, fue un solitario depresivo, lo que no le impedía leer constantemente. Más todavía, quizá por influencia de su amigo Manuel Arellano llegó a tomar una posición de izquierda, que se manifestó primero en su apoyo al bando republicano español.

Sin dinero, debió abandonar París para retornar a Chile, lo hizo a través de Barcelona, donde vivió tres semanas y pudo comprobar que el grupo marxista mejor organizado era el Partido Comunista, «sintió que el comunismo era participar en la construcción de la historia».

En 1940 ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde fue designado por el PC dirigente de las Juventudes Comunistas de la Universidad de Chile. Sin embargo, a fines de 1940 o comienzo de 1941, Góngora renunció al Partido Comunista. Influyó en esto el haber recuperado la fe.

Años después, Góngora renegaba abiertamente de la democracia liberal.

Durante estos años Góngora escribió sus principales obras. En el año 1951 *El estado en el derecho indiano. Época de fundación 1492-1570*, la que inició como tesis doctoral, pero que abortó, aunque traduciéndose en un importante libro. Después se arrepentiría de muchas de sus afirmaciones allí contenidas. Recuerdo que una vez me sorprendió leyéndolo y me dijo: «No lo lea Cristián, está lleno de errores».

En 1955, junto al geógrafo Jean Borde publicó *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue*. En 1960 publicó, *Origen de los inquilinos en Chile central*. El año 1961, Góngora fue invitado a Francia por uno de los historiadores que contaba con su aprecio y reconocimiento: Fernand Braudel, de quien admiraba la capacidad de hacer historia de largo tiempo y de largos procesos, no sólo de hechos. En 1962 publicaba: *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme. 1509-1530. Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista.*

Góngora en muchos aspectos fue un pionero historiográfico, un hecho particularmente extraordinario en un ambiente intelectual lerdo como el chileno. En 1970 publicaba *Encomenderos y estancieros. Estudios sobre la constitución social aristocrática de Chile 1580-1660*, que trata justamente de eso. Pero a la conocida débil redacción de Mario Góngora se agregaba, en este caso, la falta de una secuencia cronológica-espacial clara, al punto que el libro parece en partes solo una acumulación de fichas. Pero, también como fue costumbre en Góngora, la investigación es excelente.

El año 1980, la Universidad Católica de Valparaíso publicó con el título de *Estudios de historia de las ideas e historia social* un libro donde reúne escritos sobre los temas mencionados.

Y en 1981 apareció la que para algunos es su mejor obra, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*.

De joven, como ya señalamos, fue hombre de carácter difícil producto de una niñez problemática.

De adulto, introvertido, solitario, depresivo y a veces atormentado, vivió, con todo, una vida interior muy rica. Era enamoradizo y hasta su vejez se fijaba en las mujeres hermosas, sin llegar jamás a engañar a su esposa, suponemos.

Asimismo fue importante su contribución en el campo de historia de las ideas, donde manifestó su interés sobre el pensamiento escatológico y utópico, la ilustración católica y la tradición. Su última época como historiador, en la Universidad Católica de Chile, estuvo marcada por el ensayo crítico, que él definía como una «toma de posición frente a diversos fenómenos y problemas del momento presente». Precisamente su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, ha sido quizá el segundo ensayo histórico más importante del siglo XX chileno después de *La fronda aristocrática*.

Pensaba que la máxima autoridad moral del mundo era Alexander Solzhenitsyn, y no el Papa. Toda esta personalidad de una belleza sombría cuando se considera que el pensamiento de Góngora finalmente tenía un fundamento más estético y espiritual que racional. Sostenía que «los artistas sabían más que los intelectuales y los historiadores».

Durante los dos últimos años de su vida, Mario Góngora sufrió de un aumento de su depresión, «tenía la sensación de que no le quedaba nada por hacer, una sensación de fin

de camino», cuenta María Eugenia Góngora, su hija, la cual estaba comenzando a superar cuando, el 18 de noviembre de 1985, falleció de forma trágica, arrollado por un motociclista a la salida del Campus Oriente de la Universidad Católica. El maestro, tal vez ensimismado en reflexiones, se encontró con la muerte rápida e imprevista que en el último tiempo deseaba.

No dudó en desmitificar muchos mitos historiográficos, incluso los señalados por figuras magnas de la historiografía chilena. Después de su deceso han aparecido varios libros que reúnen artículos, prologados y, en algunos casos, recensiones hechas por Góngora de libros de otros autores.

6.31 Culminación del proceso de búsqueda de utopías

El ensayo de la Unidad Popular debe inscribirse en la tendencia a la búsqueda de utopías políticas que hemos descrito y que marcó la política chilena desde comienzos de la década de 1960.

El modelo cubano, en el cual no se hacían notar los abusos a los derechos humanos y el que se tratara de una dictadura, era ampliamente admirado. El *Che* Guevara, muerto trágicamente en la guerrilla en Bolivia, era un dios para sectores amplios de la juventud, la que además vibraba en su actitud contraria a la Guerra de Viet-Nam. En la propia Iglesia Católica este utopismo intramundano era muy fuerte.

Por cierto que esta actitud obedecía, en la mayor parte de los casos, a actitudes idealistas y bien intencionadas, no desprovistas de rabia contra una sociedad que se consideraba hipócrita y que parecía agotada. Pero pecaba de una gran falta de realismo y generalmente aplicaba dobles estándares morales. En el nombre de la revolución se justificaba la violencia, no así en nombre de la preservación de la institucionalidad y el orden. Las dictaduras de derecha eran lapidadas, las de izquierda no. El orden liberal-capitalista era considerado perverso, pero se olvidaba que era muy eficiente como lo estaba demostrando entonces Japón, Alemania, Estados Unidos y los –todavía jóvenes– tigres asiáticos, que tranquilamente se enriquecían mientras camboyanos y vietnamitas se dedicaban a luchar con las armas. La cultura del Chile de la UP debe inscribirse plenamente en esta «onda» continental y mundial.

Con el fin del régimen de la UP, la tendencia a basar la acción política en utopías también naufragó. Muchos de los que apoyaron al gobierno y debieron salir de Chile aprenderían en la dureza del exilio, a valorar la ductilidad, la búsqueda de acuerdos y el pragmatismo como elementos consustanciales a la política, así como la iniciativa individual en lo económico. También sería ese el caso –en el campo político– entre los democratacristianos que después hubieron de sufrir la represión del gobierno militar.

6.32 Gran Literatura, teatro y música; auge de la cultura popular

En 1971 Pablo Neruda recibió el Premio Nobel de Literatura. Con el galardón se reconocía la obra de uno de los grandes de las letras castellanas. Quizá, junto con García Lorca, es uno de los mejores poetas de habla hispana del siglo XX. También se iniciaba –como periodista– Isabel Allende, que después haría de episodios del gobierno de la Unidad Popular y del golpe militar el tema central de sus primeros libros. Casi todos los otros nombres importantes de la literatura chilena de entonces se refirieron a ese tema en sus obras posteriores. Otros –como Francisco Coloane o Salvador Reyes– siguieron con sus temas.

La plástica mostró una clara influencia cubana, en particular en todo lo que se refirió a afiches y carteles del sector político que apoyaba al gobierno; en el intento no hubo mayor originalidad, como sí la hubo en Cuba en su momento. En cuanto a pintura, escultura y arquitectura, en un lapso que duró menos de tres años, no alcanzó a marcarse una diferencia con los estilos que antecedieron y sucedieron al período de gobierno de la Unidad Popular.

Diferente fue el caso de la música popular que experimentó un gran auge durante los años del gobierno de Salvador Allende. Ángel y Isabel Parra, los Quilapayún, Inti Illimani, los Jaivas y muchos otros autores, cantantes y conjuntos produjeron de la mejor música folclórica de Chile contemporáneo. En el caso de los más alineados políticamente con el gobierno y la revolución, siempre con consignas políticas e, incluso, en algunos casos, con un mensaje odioso, como Víctor Jara. En cambio,

las canciones de oposición anti UP, a veces igualmente odiosas, destacaron por la falta de gusto.

6.33 La prensa

Pocas veces en la historia de Chile ha habido un auge de la prensa como en los años del período de la Unidad Popular. Recién elegido Allende, la prensa opositora al nuevo gobierno se limitó al periódico DC *La Prensa* y una o dos radios. *El Mercurio* y su cadena –como es su estilo– fue casi proclive al nuevo régimen durante los primeros meses; también *La Tercera* mantuvo una actitud favorable al régimen socialista. Toda la televisión también lo era, en términos generales. Los diarios de izquierda, en tanto, vivían el éxtasis de lo que creían era un camino sin retorno. Lo mismo sucedía con la mayoría de las numerosas revistas existentes.

Sin embargo, ya después del verano de 1971, cuando la oposición comenzó a estructurarse, la cadena periodística de *El Mercurio* comenzó con una crítica que se iría tornando progresivamente más virulenta. Después sería el Canal 13 de la Universidad Católica dirigido por el combativo sacerdote Raúl Hasbún, las radios Agricultura y Balmaceda y finalmente *La Tercera*. Con este nuevo panorama, la oposición pudo contar con un aparato de difusión casi comparable con el del gobierno. Este sería esencial en la lucha contra la UP.

Digno de destacar en la lucha periodística fue el programa «A esta hora se improvisa», transmitido los domingos en la noche por el Canal 13 y que fue uno de los pocos que mantuvo pluralismo y una relativa mesura hasta septiembre de 1973. La mayor parte de los chilenos que tenían acceso a un televisor lo veían.

Pero en general la lucha era sin cuartel y a menudo cargada de odio; un diálogo de sordos cuya lectura hoy permite comprender hasta qué punto estaba dividido el Chile de entonces.

6.34 Las revistas ilustradas

Desde los primeros años del siglo XX, pero con mucho mayor impulso en las siguientes décadas, empezaron a aparecer revistas infantiles o para adolescentes ilustradas. Hay que mencionar en primer lugar la legendaria *El Peneca*, nacida en 1908 (aunque no fue la primera) y dedicada a los niños. Dirigido

inicialmente por Enrique Blanchard-Chessi, después estuvo a la cabeza, durante muchos años Elvira Santa Cruz (Roxane). Tuvo muchas «series», pero quizá la más famosa fue la de *Quintín, el aventurero*. Hacia 1957, como vimos, apareció *Condorito* que se transformaría en un éxito de ventas en toda Hispanoamérica, ya nos referimos a éste. Después, ya en la década de 1950, hubieron de enfrentar la competencia de revistas norteamericanas traducidas en México. Entre aquellas hubo varias muy ingeniosas, como *La pequeña Lulú* y *Lorenzo Pepita*. Las de la línea Disney eran populares pero menos perspicaces. Las de *cowboys* también abundaban, *El llanero solitario, Roy Rogers* (el rey de los vaqueros) *Hoppalong Cassidy y Gene Autry.* También estaban las de los superhéroes invulnerables, *El capitán Marvel* y *Superman*.

Para jóvenes mayores estaba el *Okay*, con la aventuras de Pantera Rubia, Batman y Dick Tracy (por determinados períodos). El *Okay* tenía su gran público en barrios populares.

Cuando llegó la televisión, este auge de revistas infantil-juveniles comenzó a decaer.

6.35 Vida privada

6.36 La rebeldía en la apariencia y vida de los jóvenes

El pelo largo y despeinado, la barba hirsuta, la ropa amplia y sucia frecuentemente y los zapatones fueron importantes en las décadas de fin de 1960 y comienzos de 1970. Todo este conjunto se hizo frecuente entre la gente joven de todos los sectores sociales. Iba acompañado por prendas de la onda «artesa», algunas de genuino buen gusto, otras poco más que piltrafas hechas con lo que se tuviera a mano. La música de la rebeldía era el correlato natural de esta vestimenta, y con ella la marihuana y otras drogas más fuertes se consumían ampliamente. Pero ya no eran los idealistas de años anteriores.

6.37 La época de oro de los «viajes a dedo»

Por esos años, entre la juventud de clase media o de familias acomodadas se hizo común el «viaje a dedo». Se llegaba hasta

Arica o hasta Chiloé, las etapas del viaje y su duración dependían de la buena voluntad de quienes los llevaran, por lo general transportistas. No eran peligrosos, casi no había ataques por parte de delincuentes, que poco habrían podido robarles, pues se iba con poca plata, sacos de dormir y ropa vieja. La costumbre no era nueva en Chile, pero antes existía notablemente distinta. Se daba en los campos donde había mala o no había movilización colectiva, y los campesinos que quisieran viajar se los solicitaban haciendo parar (no haciendo dedo) vehículos de la región, incluso algunos ofrecían pagar por el acarreo. Así mucho de quienes somos maduros o casi viejos, alrededor de la sexta década del siglo xx conocimos Chile. Por cierto un Chile muy distinto del que ha existido después.

6.38 La bohemia

La bohemia santiaguina, sin ser muy abundante, tenía una larga tradición. En Santiago fue famoso el «Bim Bam Bum», donde se exhibían las hermanas Ubilla. Una se llamó (o le decían) Pitica, y las otras después imitaron a la hermana, todas buenamozas y *sexys*. Así también vivió y murió el «Picaresque» de la calle Recoleta, con su director Ernesto Sottolichio, que confesaba (sin duda con poca sinceridad) nunca haberse acostado con una vedette. En sus últimos años, el local estaba en profunda decadencia, a pesar que en sus buenas horas había llevado hasta allí a Olga Guillot, Pedro Vargas, Los Panchos y otras celebridades. Los títulos que ponía a sus revistas, fueron famosos. Eran mejores que los títulos de *The Clinic*.

Pero también estaban el «Tap Room», el «Mon Bijou» y varios locales más. Pero más que lugares donde se exaltara la libido de los concurrentes, otros fueron auténticos sitio de bohemia y hay que mencionarlos: «El Bosco»; el «Santiago Zúñiga»; el «Zeppelín» y otros locales que estaban en la calle Puente.

En Valparaíso brillaban el «American Bar» y el legendario «Roland». Antes había estado de moda el «Astoria» (Huérfanos con Estado), donde provocaba espasmos, sudores y temblores «La Tongolele» y después Ester Soré («La Negra Linda») que vino a Chile y volvió a venir casi treinta años después y estaba igual. Entre los atragantados de esa época, se dice, estaba el ex Presidente Arturo Alessandri Palma.

Por ese entonces dejaron de existir (en parte) la «casas de putas» de Valparaíso y Santiago y se entró en un grado de refinamiento mayor. Con las «casas de masaje» y los hoteles «parejeros», algunos verdaderamente lujosos como el «Valdivia» de Santiago. También aumentaron las damas de compañía, por lo general de buena presencia. Después, la aparición del Sida restringió considerablemente el comercio sexual.

6.39 Juegos infantiles

Hasta la década de 1970 se conservaban muchos de los juegos tradicionales de niñez y primera adolescencia chilenas. Había incluso juegos por épocas, en el otoño y en el invierno se solía jugara a las bolitas, el yo-yo o al trompo. En la primavera los volantines y volvían los deportes y en particular el fútbol. Esta estacionalidad de los juegos infantiles (en los colegios por lo general) trascendía. Había entretenciones para los días domingos. Trencitos de vía angosta en el San Cristóbal (hasta la Pirámide), en la Quinta Normal y en el parque Gran Bretaña. Pero todavía no había gran cantidad de juegos infantiles en parques y plazas.

6.40 Las jap y la comida

Se acumularon alimentos. A diferencia de muchos hogares de clase media, que no tenían recursos para recurrir al mercado negro y acumular, estos se guardaban, no sólo en los «refrigeradores del barrio alto», como dijo Allende, sino también en despensas y piezas donde cabía mucho más.

Es posible que también hubiera acumulación de otro tipo. El hecho es que producido el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 los alimentos aparecieron en todo el comercio. Sin embargo, en los años de la up en las poblaciones populares no faltaba alimento como consecuencia de la existencia de las jap (Juntas de Abastecimientos y Precios) que regulaban la entrega ordenada de paquetes de víveres. En Chile durante la up no se pasaba hambre, pero sí escasez.

6.41 Nuevos balnearios de clase media

Pasar las vacaciones de verano cerca del mar se convirtió en una costumbre de la mayoría de los chilenos, desde la década de 1960. Balnearios que antes habían sido pequeños o cambiaron de «pelo» para abajo (como Cartagena) acogieron a los nuevos veraneantes. Entre ellos, además de Cartagena, Las Cruces, El Tabo, El Quisco, Quintero, Papudo. En el sur creció Dichato (que era bastante antiguo), y en el norte, La Serena. Más al norte todavía Iquique y Arica, que vivía, en parte, su gran época.

Episodio

Los uruguayos en la cordillera

El accidente del vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya, ocurrió el 13 de octubre de 1972, cuando el avión militar con 40 pasajeros y cinco tripulantes que conducía al equipo de rugby *Old Christians*, formado por alumnos del colegio uruguayo Stella Maris, se estrelló en la Cordillera de los Andes en ruta hacia Santiago de Chile.

El mal tiempo les obligó a detenerse en el aeropuerto El Plumerillo, en la ciudad de Mendoza, Argentina, donde pasaron la noche. Al día siguiente, el frente persistía, pero debido a la premura del viaje y hechas las consultas pertinentes, se esperó sólo hasta la tarde, cuando amainaron levemente las condiciones de tormenta.

El vuelo continuó por la tarde del 13 de octubre con destino a Santiago de Chile. La ruta a seguir era vía Paso del Planchón entre las ciudades de Malargüe y Curicó.

Debido a un fatal error del navegante, el piloto notificó a los controladores aéreos de Santiago de Chile que se encontraba sobre el Paso del Planchón en Curicó, cuando en realidad se encontraban más al norte, en las cercanías del volcán Tinguiririca en la provincia de San Fernando. Este error de más de 100 km dificultó posteriormente las tareas de rescate.

Al momento de iniciarse el accidente, el *Fairchild* iba a unos 6.000 m de altitud por lo que no sobrevolaba los Andes, sino que los atravesaba por una ruta de alturas intermedias en un corredor aéreo.

El avión comenzó el descenso, por instrumentos, entre la niebla de una nueva tormenta en desarrollo. Mientras todavía se encontraba sobre las montañas, el piloto creyó, debido a un nuevo error de navegación, que habían ya traspasado el cordón montañoso, siendo que apenas habían traspuesto las primeras corridas de altas cumbres; viró entonces hacia el norte.

El aparato descendió varios cientos de metros de golpe al atravesar sendas bolsas de aire, (perdió casi 1.500 m).

Poco después, muchos de los pasajeros cayeron en la cuenta de que el ala del avión estaba muy cerca de la montaña. Dudaron si aquello era normal. Unos momentos después, los pasajeros se miraban unos a otros con terror. La niebla se abrió, al tiempo de que los pilotos vieron cómo su avión estaba en rumbo frontal de colisión. La alarma de colisión dentro de la cabina se activó.

La aeronave se enfrentó a un alto farellón que el comandante sorteó a duras penas y mediante un extraordinario esfuerzo pudo salvar por un par de metros; pero golpeó la cola en la orilla de la montaña en un pico sin nombre (posteriormente denominado Cerro Seler), situado entre el cerro El Sosneado y el volcán Tinguiririca, cerca de la frontera entre Argentina y Chile.

El aparato golpeó una segunda vez un risco del pico a 4.200 mts, perdiendo el ala derecha, que fue lanzada hacia atrás con tal fuerza que cortó la cola del aparato. Al desprenderse su cola con el estabilizador vertical, dejó abierto el interior en la parte posterior del fuselaje. De este desprendimiento, salieron al menos dos filas de asientos y al impactar contra la montaña, murieron instantáneamente cinco personas, que iban todavía atadas a sus asientos de la cola.

Al golpear el avión por tercera vez en un segundo pico, perdió el ala izquierda, quedando en vuelo únicamente su fuselaje, a manera de proyectil. El golpe de la nariz del avión contra el banco de nieve resultó fatal para los tripulantes de cabina.

Los pasajeros que quedaron dentro del fuselaje fueron comprimidos en sus asientos hacia la parte frontal de éste, que se elevó hasta casi tocar el techo. Muchos sufrieron traumatismo encéfalo-craneano (tec), lo que provocó su muerte, mientras que otros quedaron atrapados en sus asientos sin posibilidad de zafarse. Para el resto, el golpe fue amortiguado. Increíblemente, algunos pasajeros resultaron ilesos o con tan sólo heridas leves. Hubo otros pasajeros con heridas internas graves que fallecieron en horas posteriores. De inmediato,

Marcelo Pérez, el capitán del equipo de rugby, organizó a los ilesos para ayudar a liberar a los que seguían atrapados y a los heridos, despejando el fuselaje para prepararse para la noche. El piloto y el copiloto murieron al amanecer del día siguiente.

De las 45 personas en el avión, doce murieron en el accidente o poco después; otros cinco la mañana siguiente; y el octavo día, murió un pasajero de sexo femenino.

Los 27 sobrevivientes hicieron frente a las duras condiciones ambientales de supervivencia (-25 a -42 °C) en las montañas congeladas, aún en plena época de nevadas en medio de la primavera. Durante varios días las partidas de rescate chilenas intentaron localizar los restos del avión, sin éxito. Incluso algunos aviones estuvieron cerca del lugar, pero demasiado alto.

Muchos de los supervivientes habían sufrido diversas lesiones cortantes o hematomas y carecían de calzado y ropa adecuada para el frío y la nieve. A pesar de estas condiciones y el grado de debilidad y aletargamiento, los sobrevivientes con elementos y utensilios ingeniosos, tales como alambiques, guantes (con los forros de los asientos del avión, que se desprendían con facilidad), botas (con los cojines de los mismos) para evitar hundirse en la nieve al querer trasladarse, y anteojos (con el plástico oscurecido) para resistir el frío y el encandilamiento de la nieve. La mayoría de los supervivientes dormían con un par de pantalones, varios suéteres, tres pares de calcetines, y algunos se tapaban la cabeza con una camisa para conservar el aliento. Para evitar la hipotermia, en las noches más frías, se daban masajes para reactivar la circulación e intentaban mantener la temperatura corporal por el contacto entre sí.

La búsqueda se suspendió ocho días después del accidente. En el undécimo día en la montaña los supervivientes escucharon por una radio de pilas, con consternación, que se había abandonado la búsqueda.

La noche del 29 de octubre, a 16 días ya de la caída, una nueva tragedia se cernió sobre el resto del avión y los muchachos. A eso de las 23:00, una avalancha se deslizó y sepultó los restos del *Fairchild FH-227D*. Ocho personas más murieron ahogadas bajo la nieve. A mediados de noviembre, fallecieron otros dos muchachos a causa de la infección de sus heridas.

Los supervivientes disponían apenas de alimentos. Pero, el grupo pudo sobrevivir durante 72 días y no morir por inanición gracias a la decisión de alimentarse de la carne de sus

compañeros muertos, quienes estaban enterrados en las afueras. No fue una decisión fácil de tomar, y en un principio algunos rechazaron hacerlo y murieron. Pero pronto se demostró que era la única esperanza de sobrevivir, muchas consideraciones pasaron por el tema religioso cristiano.

En un primer momento quisieron utilizar la radio de la cabina para pedir auxilio, pero carecía de energía, pues la batería estaba en la cola que ellos habían creído divisar como 2 km más arriba. Varios de los supervivientes intentaron localizarla. Cuando por fin llegaron a la sección de cola, vieron que las baterías resultaban excesivamente pesadas (cerca de 23 kg cada una) para transportarlas hasta el fuselaje del avión, por lo que decidieron desmontar la radio de la cabina y llevarla hasta la cola del avión.

A pesar de todos sus esfuerzos no lograron comunicarse con el exterior pues un cortocircuito, originado debido al desconocimiento, dañó irreparablemente la radio.

Para comienzos de diciembre de 1972, los supervivientes finalmente vieron que su única esperanza consistía en ir a buscar ayuda. El 12 de diciembre partieron en busca de ayuda tres jóvenes, y muy luego sólo dos, pues uno se accidentó y hubo de volver.

Al cabo de 10 días y habiendo caminado unos 55 km., llegaron a la precordillera curicana del sector de Los Maitenes. Recorrieron un río para vadearlo por casi día y medio, pero no pudieron lograrlo por la crecida del deshielo. Canessa, uno de los expedicionarios, comenzó a sentirse enfermo, por lo que Nando, el otro, debió llevar las dos mochilas. La carne que llevaban consigo comenzó a descomponerse rápidamente debido al aumento significativo de la temperatura de la precordillera. Pero al amanecer del día siguiente, vieron en la otra orilla a un huaso chileno que los observaba. Lograron hacerle llegar un mensaje escrito donde decían ser sobrevivientes de un avión siniestrado. Al reverso, una última nota, con lápiz labial: «*¿Cuándo viene?*»

El arriero, quien resultó ser Sergio Catalán, entendió el mensaje, les lanzó un poco de pan y se dirigió al retén de Puente Negro de Carabineros de Chile.

Se habían realizado por parte de la FACH, hasta suspenderse la búsqueda, 66 misiones sin resultados.

Tres helicópteros uh-Bell inmediatamente se trasladaron hacia el sector Los Maitenes de Curicó para organizar el rescate. La niebla se levantó a eso de las 12:00 y los helicópteros, el uh-89 y el uh-91, remontaron con gran dificultad las alturas debido a la escasez de corrientes cálidas y falta de aire suficiente para el correcto funcionamiento de los rotores.

Una vez a la vista el sitio del accidente, los 14 sobrevivientes saltaban jubilosos y gritaban de alegría.

Cuando aterrizaron sobre un solo Skid para afirmarse en la nieve, los rescatistas descendieron mientras los sobrevivientes intentaban abordar los helicópteros, hubo instantes de angustia ya que el peso de los famélicos sobrevivientes excedía el peso de levante del diseño del UH-Bell, por lo que hubo que bajar a algunos llegando incluso a usarse la fuerza para evitar un nuevo desastre en el lugar.

Se rescataron a siete de ellos en ambos aparatos, el resto se tuvo que quedar una noche más en compañía de los miembros del Servicio Aéreo de Rescate chileno.

Uno de los miembros del SAR que estuvo con este resto, contaría más tarde: «El avión estaba partido y sin alas, el piloto aun estaba en su puesto, pero su cabeza había desaparecido y solo quedaba el muñón de la columna asomándose por la ventanilla, había escenas de canibalismo evidente, ya que alrededor y debido al deshielo, dejaba entrever restos humanos».

1973-1980

7.1 La política. ¿La gestación de un nuevo Chile?

Creo que para quien mira la historia de Chile entre 1970 y 1973 más o menos desapasionadamente, no puede quedarle duda de que las Fuerzas Armadas chilenas, o al menos la mayoría de sus integrantes, pese a su odio al marxismo, no querían dar un golpe de Estado al iniciarse el gobierno de la Unidad Popular y quizá hasta fines del año 1972, a pesar de las presiones de Estados Unidos. Y si lo dieron finalmente fue porque la situación del país fue deslizándose hacia el caos. También porque instituciones importantes de la República señalaron que la legalidad estaba amenazada por el ataque del extremismo de izquierda a valores que ellos (pero no sólo ellos sino una gran parte de la nación) miraban como consubstanciales al ser de Chile. Esto hasta transformarse en una actitud delirante. Las cifras económicas y sociales, así como la información de que se dispone en el presente, avalan ampliamente la impresión existente entonces de que el gobierno de la Unidad Popular era malo y estaba conduciendo al país a un callejón sin salida. Creo –incluso– que no había otra solución que un golpe de Estado militar hacia septiembre de 1973. Tal había sido el desastre gubernativo de la UP.

Siendo así, resulta extraño, a primera vista, que ese golpe no buscado, dado aparentemente para «salvar» la democracia chilena *in extremis*, fuese exageradamente cruento sin necesidad y, más extraño aún, que, a poco andar, se transformara en una sombría y férrea dictadura que duró 17 años e hizo de la democracia su enemigo teórico (y real).

¿Es que tras la actitud salvífica de los uniformados había otra realidad oculta? ¿O esa evolución fue fruto de diversas circunstancias que se fueron encadenando, como la personalidad de Pinochet y la cultura de las Fuerzas Armadas chilenas? ¿O hubo algo de las dos cosas?

Otro asunto que merece un detenido y largo análisis futuro es la inversión que se produjo, durante los años de la dictadura, en lo que había sido la tendencia al extremo sectarismo que caracterizó al mundo político chileno en las décadas de 1950 y 1960 y que le fue mortal. Vale decir, la voluntad de las distintas facciones políticas a cerrarse con intransigencia sobre sí mismas. A raíz de la crisis de 1973 algunas de esas intransigencias que caracterizaban antaño al mundo político de Chile se limaron o acabaron y un manto de cordura pareció tenderse sobre los mismos personajes que habían demostrado tener muy poca ya hacia 1970. En concreto, hubo una marcada evolución en el mundo socialista y también en la Democracia Cristiana. En estas páginas sugerimos algunas explicaciones para este cambio, más allá de la obvia de buscar una alianza contra la dictadura.

Por cierto que este fenómeno político mayor –los archienemigos de ayer ahora colaborando– no abarcó todo el abanico político. Desde luego no a la derecha, que había sido democrática, pero que había recibido el golpe de Estado con champaña. Alcanzando en el festejo, a algunos demócratacristianos. La mayor parte de ésta continuó apoyando la dictadura de Pinochet por bastante tiempo, pero ya después de 1982, primero figuras aisladas, como Julio Subercaseaux, después Andrés Allamand, Engelberto Frías y aún después Francisco Bulnes Sanfuentes se fueron abriendo paso hacia un trabajo en conjunto con otros partidos políticos de oposición.

También merece un minucioso estudio el conjunto de errores políticos cometidos por el gobierno militar y el propio general Pinochet. El mayor –ya hecho notar– fue el emplear contra los opositores una fuerza brutal que se prolongó durante todo su gobierno, absolutamente desproporcionada con la tarea a realizar, lo que en definitiva se ha ido transformando en su lápida histórica; un baldón que oscurece y minimiza la labor positiva que realizó en el plano económico y de la modernización del país. También, en lo puramente político, su actitud frente al plebiscito de 1988 fue abrumadoramente equivocada. En otras palabras, si los desaciertos habían corrido por cuenta

de los políticos hasta en las décadas de 1950 y 1960 y hasta el año 1973; después corrieron por cuenta de los militares y algunos de sus asesores civiles.

Cabe preguntarse asimismo cuánto mérito tiene la imposición en Chile del neoliberalismo económico y a quien corresponde este.

Muchas otras situaciones de ese largo y doloroso período de la historia de Chile merecen un detenido análisis, el que sin duda harán los historiadores del futuro cuando las respectivas memorias puedan confluir, se conozca mejor lo verdaderamente acaecido, se limen las pasiones, al menos relativamente, y se pueda hacer historiografía más acabada.

Las consideraciones que van a continuación pretenden ser sólo una reflexión preliminar sobre algunos de esos aspectos y otros conexos, como se han escrito ya tantas. Con todo, quizá ayuden a dar algunas luces para comprender la historia del golpe de Estado y el régimen militar chileno entre 1973 y 1990.

7.2 El golpe

El hecho fue, como afirmara en *La persistencia de la memoria*, que día 11 de septiembre de 1973 los santiaguinos amanecieron con la noticia de que las Fuerzas Armadas habían decidido poner fin al gobierno de la Unidad Popular. Los sucesos habían comenzado a desarrollarse temprano en la madrugada y respondían a un plan que había terminado de afinarse recién los días anteriores. Los grandes gestores del golpe estaban en la Armada y Fuerza Aérea. En el Ejército, algunos generales –como Arellano y Bonilla– participaban también de los planes para el derrocamiento del régimen de Allende.

Los militares chilenos, a pesar de su oposición visceral al marxismo, habían colaborado con el régimen de la Unidad Popular, y si cambiaron de actitud fue porque creyeron que la crisis parecía no admitir otra solución sino acabar con este.

Las Fuerzas Armadas chilenas eran, hacia 1970, instituciones bien estructuradas de alto nivel profesional. Su poder militar, como hemos visto, a pesar de contar por lo general con equipo anticuado, era importante. Más todavía si se piensa que el Ejército conservaba el esquema prusiano de cobertura territorial, vale decir, su distribución por todo el territorio nacional, incluso en ciudades alejadas de toda frontera, con un total de

unos 90.000 hombres bien entrenados. Cifra que muestra, bien a las claras, que actuando como cuerpo y sin divisiones controlarían fácilmente la situación, tal como ocurrió. En la medida en que no se dividieran, poco tenían que temer a las milicias de los partidos de la UP, incluyendo al MIR.

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, según se expresó públicamente, se dio para «restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas». El general Pinochet declararía el día 16 de septiembre: «Chile volverá a su tradicional sistema democrático». Así, aunque acabaron con el gobierno civil, cerraron el Parlamento («hasta nueva orden» en frase de Pinochet) e implantaron el estado de sitio, las Fuerzas Armadas declararon que se trataba de salvar la democracia en peligro ante el totalitarismo marxista leninista y poner punto final al caos político y económico en que se debatía el país. Esto no sólo era un mal en sí, sino que, además, debilitaba la seguridad nacional frente a vecinos que se veían como poco amistosos; y en este punto, los sucesos de los años siguientes les darían la razón. En un comienzo, incluso se informó que gobernarían las Fuerzas Armadas en conjunto, alternándose los Comandantes en Jefe de las distintas ramas a la cabeza del poder ejecutivo: generales Augusto Pinochet (Ejército), Gustavo Leigh (Fuerza Aérea), César Mendoza (Carabineros) y el almirante José Toribio Merino. No se mencionó la intención de imponer un proyecto que cambiara fundamentalmente las estructuras socioeconómicas del país.

Estas primeras declaraciones apuntaban a la idea de un gobierno corto que dejaría el mando en cuanto se dieran las condiciones para retornar al orden constitucional tradicional. En un primer momento se habló, incluso en círculos castrenses, de un retorno a la democracia en 1975 ó 1976. Pero esta retornaría, a medias, en 1989.

Esta actitud inicial de los militares fue fruto de la conciencia que existía en muchos de ellos, quizá una mayoría, de ser el último bastión en la salvación de los valores consubstanciales al ser de Chile, los que parecían tener muy claros y que asimilaban con la simbología patria, el culto a héroes, valores y tradiciones, así como con intereses geopolíticos. Pero también –se podría pensar– con el sistema democrático. Por otra parte, más allá de responder a problemas éticos y doctrinarios, el golpe era

también una solución eminentemente «práctica» para un estado de cosas insostenible.

Eso explica que frente a la aparente imposibilidad de una salida institucional a la crisis que aquejaba al país desde fines de 1972, muchos chilenos –una mayoría probablemente– cansados de la excesiva politización, el sectarismo y anarquía del país y asustados con la magnitud del trance miraron con alivio, aunque sin simpatía, lo sucedido. Por lo demás, reforzaba su confianza en un pronto retorno a la democracia el hecho de que los militares chilenos no tenían una tradición golpista (aunque habían existido algunos intentos de cuartelazos recientes); habían gobernado dictatorialmente sólo una vez durante el Chile republicano, entre 1927 y 1931 y nunca habían mostrado ser una casta corrupta como en el caso de otras repúblicas del continente americano u otros.

Sin embargo, se trataba de un discurso contradictorio. Ser guardianes de la «chilenidad» (vale decir el conjunto de valores que constituirían el ser de Chile), no se avenía desde su óptica, necesariamente, con el sistema democrático de gobierno. Por el contrario, el concepto «chilenidad», tal como era concebido por los militares, tenía sus raíces en el mito que habían creado Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina con el nombre del «alma nacional». Esta, a su vez, la asimilaban al llamado «legado portaliano». En definitiva, un autoritarismo decidido en lo político, combinado con una jerarquización social y un impulso modernizador en el plano económico. Las declaraciones del general Gustavo Leigh y el almirante José Toribio Merino (miembros ambos de la Junta de Gobierno) desde los primeros días, fueron muy claras al respecto. Por otra parte, la figura de Portales, como la de O'Higgins y otros próceres, sería ampliamente usada en los años siguientes por Pinochet en un intento de apoyar el carácter autoritario del régimen y enaltecer su propia imagen con la comparación.

Así se dio la curiosa situación de que siendo el golpe de Estado, como quedó demostrado a poco andar, un demoledor ataque a la constitucionalidad democrática vigente, su justificación inicial –en virtud de la contradicción recientemente hecha presente– se afirmaba en el discurso de la defensa de la Constitución («institucionalidad») democrática de 1925, en cuanto Carta Fundamental de la nación chilena.

El asunto se aclara si consideramos que el sistema político democrático consagrado en esa Carta Fundamental no se miraba por parte de los militares –por decirlo de algún modo– como contrato social y político entre los chilenos, producto de su voluntad mayoritaria. Era producto de la historia de Chile, y en esa medida constituía una legitimidad tradicional (a lo Weber), con sus reglas no escritas, como el representar la «chilenidad», el «alma nacional» el «espíritu portaliano» y otras. Y estas reglas no escritas –más importantes que el texto mismo, el que no había sido claramente sobrepasado por el gobierno de la Unidad Popular– habrían sido abiertamente violadas por ésta. De allí la legitimidad del golpe y su evolución autoritaria posterior.

Los militares, sin saberlo, fueron discípulos de Hobbes en cuanto se autopercibían como el (buen) «Leviatán» que pone orden en una sociedad, cuyos hombres solo están dispuestos a ceder en sus pasiones y egoísmos ante una fuerza apabullante e invencible. Poco después del 11 de septiembre el general Pinochet declaraba: «Tal vez sea triste que se haya quebrado una tradición democrática que en este continente era larga (reconociendo de paso que durante el régimen de la Unidad Popular aún existía democracia). Pero cuando el Estado pierde sus cualidades, vienen aquellos que por mandato deben mantener su vigencia a asumir ese cargo (el control del Estado)». ¿Quién se los había otorgado?

La cuestión era confusa, Eduardo Frei, un demócrata intachable, según se sabía, envió una difundida carta al presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana Mariano Rumor, justificando el golpe de Estado como única salida posible (práctica) al «impasse» político en que estaba el país en septiembre de 1973. Se ha dicho que la famosa «carta» formaba parte de un plan de Frei para que en definitiva los militares, después de un gobierno de transición corto, llamaran a elecciones presidenciales en las cuales él contaba con salir triunfador. Pero, quien lee la carta con cuidado, nota la tremenda pasión contraria a la Unidad Popular que contiene. Era un *cri de coeur*, su venganza contra la tempestad de odios e insultos de que había sido objeto por los revolucionarios de la UP.

Frei tenía contactos además dentro del Ejército, en especial los generales Bonilla y Arellano. Hay testimonios de que se reunieron muchas veces antes del golpe y Frei les indicó que

había llegado la hora de ellos actuaran (al menos a Arellano), por desgracia no puedo entregar la fuente de esta información y por lo tanto no puede considerarse como una prueba de la participación de Eduardo Frei Montalva en la gestación (no sólo la justificación) del golpe.

Además, en los días siguientes al 12 de septiembre, el Partido Demócrata Cristiano, presidido por Patricio Aylwin, hizo pública una declaración afirmando que los «hechos que vive Chile son consecuencia del desastre económico, el caos institucional, la violencia armada y la crisis moral a que el gobierno depuesto condujo al país». Para señalar, más adelante, «los antecedentes demuestran que las FF.AA. y Carabineros no buscaron el poder» y que «los propósitos de restablecimiento de la normalidad constitucional y de paz y unidad entre los chilenos expresados por la Junta Militar de Gobierno interpretan el sentimiento general y merecen la patriótica colaboración de todos los sectores».

Esta declaración fue interpretada por los militares como promesa de una eventual colaboración del PDC con su gobierno. Sin embargo, otro grupo de democratacristianos entre los que se contaban: Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Radomiro Tomic, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Claudio Huepe, Mariano Ruiz-Esquide y otros, entregaron a la opinión pública otra declaración en la que se condenaba «categóricamente el derrocamiento del Presidente constitucional de Chile Salvador Allende».

La contradicción entre ambos documentos ayudó a consolidar entre los militares la idea que la Democracia Cristiana estaba en un juego doble. Aparecía a sus ojos como indecisa o –incluso peor– utilizándolos: induciendo o apoyando el golpe de Estado y luego retirándoles su apoyo para quedarse finalmente con el poder. La simpleza de este último raciocinio, ampliamente difundido por los asesores civiles de derecha, que sacaron gran provecho de él, no le quitaba fuerza.

Con todo, otros chilenos, observando la radicalización política existente y la dureza de la acción militar represora y conociendo –quizá– el verdadero significado de la idea de «alma nacional» e «institucionalidad» que tenían los uniformados, pensaron, desde un principio, en el advenimiento de una dictadura larga. Tenían razón: en octubre de ese año (Decreto-Ley Nº 77) el discurso de los militares ya había cambiado. No se trataba

ahora de restaurar el sistema democrático existente según la Constitución de 1925, sino que ésta comenzó a ser considerado como la causa misma de la crisis. Con todo, pocos imaginaban entonces que se iniciaba el gobierno más prolongado y uno de los más revolucionarios (en la significación semántica exacta de la palabra) de la historia de Chile republicano. Este, aunque fracasó finalmente en su intento de consagrar en Chile una «democracia protegida» en lo político (la que al parecer sí se avenía con la «chilenidad» el «espíritu portaliano» y el «alma nacional»), implantaría en Chile el modelo neoliberal en lo económico, situación que subsiste hasta hoy.

Augusto Pinochet Ugarte, Comandante en Jefe del Ejército, nombrado recientemente por Salvador Allende, guardó hasta dos días antes del golpe de Estado una actitud dubitativa y, en todo caso, celosamente ocultada. Fue una carta del almirante José Toribio Merino lo que lo convenció de participar en el golpe. El general Leigh, ayudó.

7.3 Pinochet y el entorno militar previo

Hay muchos que piensan que Pinochet nunca fue demócrata y que el discurso inicial no fue más que una táctica, pues era preciso manejar la nueva coyuntura con cautela hasta instalarse sólidamente en el poder; objetivo para el cual se conectó, hasta la exageración, los problemas del gobierno de la Unidad Popular con la existencia misma del sistema democrático chileno tal como era hasta 1973. Pinochet estuvo en esta actitud. Sabía de los contactos de Frei Montalva con los generales Bonilla y Arellano y comprendió (la astucia fue una de sus cualidades) que debía afianzar rápidamente su poder como cabeza del Estado, más todavía, sabiéndose que no fue uno de los prepararon el golpe y que pasaba por leal al Presidente Allende. ¿Estaba ya pensando en un gobierno autoritario de 17 o (eventualmente) 25 años? ¿Un franquismo?

En esta línea, claramente autoritaria, el 12 de septiembre se declararon interinos todos los empleados de la administración pública y empresas fiscales, el 17 se canceló la personalidad jurídica a la Central Única de Trabajadores y el 24 se disolvió el Congreso Nacional; el 1 de octubre se designaron rectores militares delegados en todas las universidades chilenas y el 8 del mismo mes se declararon como ilícitos y disueltos los ocho

partidos que integraban la Unidad Popular. Finalmente, el 11 de octubre se pusieron en «receso» todos los otros partidos políticos del otrora Chile democrático.

Sin embargo, no todos los militares pensaban que debía acabarse con la democracia chilena de ese modo. Además, existieron otras circunstancias y razones de fondo que permiten comprender mejor la enunciada evolución.

En primer lugar, la dinámica del proceso marcó un estilo. El golpe fue un acto de guerra que provocó, inicialmente, unos 2.000 muertos y desaparecidos, la mayoría asesinados después de ser golpeados o torturados, y enterrados clandestinamente. Se puso precio a la cabeza de varios dirigentes de la Unidad Popular prófugos, se obligó a exilarse a decenas de miles de chilenos y condujo al suicidio a un Presidente de la República.

Pero el *shock* inicial no se limitaba a los muertos y exilados políticos; posiblemente fueron más de treinta mil los detenidos en los días posteriores al golpe, los que debieron sufrir un trato riguroso y vejatorio, en algunos casos inhumano, en los estadios, en oficinas salitreras abandonadas del desierto nortino, en regimientos y otras reparticiones militares, policiales y en buques de la Armada, por semanas o meses.

No hubiera sido fácil volver rápidamente a un orden democrático verdadero en esas condiciones.

¿Ya nos preguntamos a qué se debió esta actitud extremadamente violenta en circunstancias que la resistencia fue muy poca? El duro entrenamiento de las Fuerzas Armadas fue en parte responsable, combinado con el ambiente de odio existente y la intención de inhibir cualquier intento de resistencia armada seria (como en la España de 1936) algo que, efectivamente, la propia izquierda había proclamado y parecía estar en condiciones de ofrecer. Además, los militares pensaban en cómo mantener el nuevo orden y en su seguridad futura. En este sentido, mantener a la población sujeta a un régimen de temor (o de terror en algunos casos), incluyendo a las propias Fuerzas Armadas, era algo de esperar.

Muy importante en la evolución autoritaria de la situación chilena posterior al 11 de septiembre fue también el momento histórico que vivían el mundo, Latinoamérica y Chile. Se estaba todavía en plena Guerra Fría y, desde la Revolución Cubana, que instaló un régimen dictatorial marxista a las puertas de Estados Unidos y la guerra de Viet Nam; el Occidente anticomunista

parecía perdiendo terreno. Durante los últimos años, los países de Sudamérica habían sido amenazados por la guerrilla urbana y rural, tras la cual se veía, con fundamento, la mano de Cuba. Los uniformados de todo el continente (excepto el caso, muy relativo, del Perú durante el tiempo de Velasco Alvarado) se sentían asediados por ese enemigo solapado y difícil de vencer. El anticomunismo se transformó en una verdadera fobia, auspiciada desde Estados Unidos, que hacía cursos de instrucción en Panamá («Canal Zone») donde instaló la «Escuela de las Américas», un verdadero centro de adoctrinamiento no sólo militar sino político y por donde pasaron gran parte de los oficiales de los ejércitos latinoamericanos. Muchos otros estuvieron largas temporadas en bases militares en territorio estadounidense.

La doctrina que se les inculcaba a los uniformados hispanolatinos en esos centros estadounidenses, la de la «seguridad nacional», llegó a ser considerada entonces por los círculos castrenses del continente como único bastión teórico confiable en la lucha contra el marxismo, visto como un verdadero cáncer con el cual no se podía transar, ni siquiera tolerar su existencia. La doctrina de la seguridad nacional, derivada del pensamiento geopolítico alemán, había tenido su primera aplicación en América del Sur, como política de Estado, después del golpe militar brasileño y de allí pasó a Chile y otros países.

En la perspectiva de la doctrina de seguridad nacional, el golpe militar fue para una gran parte de los uniformados chilenos la gran ocasión «profiláctica» esperada por muchos de ellos (y esa fue el arma fundamental de Pinochet dentro de las Fuerzas Armadas) para que, contando ahora con el bisturí adecuado, pudieran practicar cirugía mayor contra los partidos y movimientos revolucionarios, y eso requería dureza y tiempo.

Además se sentían, sinceramente, en guerra con la URSS a nivel planetario. Todos los dichos de personeros del régimen militar, en el sentido de que Chile «estaba en guerra con el Soviet», o, como creía el almirante Merino, que era «el faro de Occidente», cosa que decían algunos periodistas afines al régimen en sus primeros años, tienen su explicación en este convencimiento. La evidente falta de sentido de las proporciones implícita en él podía ser superada por el coro de opiniones en el mismo sentido que divulgaba la prensa de chilena de derecha, muchas veces por boca de comentaristas que pasaban por cultos y conocedores de la realidad internacional. En algunos

casos, sus opiniones no pueden sino achacarse a una actitud cínica: la idea de encontrarse en una guerra contra la URSS de entonces –segunda potencia nuclear del planeta– era atractiva para los militares chilenos y el decir que lo estaban haciendo los halagaba. David contra Goliat.

Otro factor, muy diferente, pero que hay que tener en cuenta asimismo es la historia, cultura y estatus social de los militares chilenos. Chile ha sido, en sus casi cinco siglos de historia, una nación admiradora de los valores castrenses y proclive, en consecuencia, a respetar los ordenes jerárquicos. Es posible que ese rasgo mental viniera de los siglos de la Guerra de Arauco, la que si bien fue esporádica en sus estallidos de violencia (según Sergio Villalobos y otros autores fue la «semi» Guerra de Arauco), obligaba a mantener al país al menos cuasi movilizado y a tener un ejército permanente, algo raro en la América hispana. Cuando después de la Independencia y merced a la política del ministro Diego Portales, los caudillos militares que habían surgido con motivo de la contienda emancipadora fueron controlados, instaurándose una era de administraciones civiles que iría desde 1851 a 1924, las Fuerzas Armadas quedaron subordinadas a ese poder civil, pero la mentalidad guerrera del chileno no desapareció. Chile ganó tres guerras en el siglo XIX y se creó toda una mitología alrededor de las virtudes y la gloria de sus armas y sus soldados. Pero estas Fuerzas Armadas de prestigiosa tradición, en la medida que avanzaba el siglo XX, una centuria de paz, fueron perdiendo importancia dentro de la sociedad chilena; el estatus social de sus integrantes bajó y los sueldos y equipo fueron siendo cada vez menores y más precarios, aunque su alta autoimagen, al menos respecto de su valor físico y ser el máximo baluarte de los valores nacionales –en su modo, ya visto, de interpretarlos– perduró.

Esta brecha, que se hizo mucho más profunda desde la traumática salida de los militares del gobierno en 1932, se expresó en la progresiva disminución de los presupuestos militares, particularmente durante los gobiernos de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva, al final de los cuales la Fuerzas Armadas se habían encerrado en sí mismas y sus valores. Así, los militares chilenos, hacia 1970, tenían un fuerte resentimiento contra el mundo de la elite civil y política en especial, la que por décadas había mantenido hacia ellas y sus valores una actitud irónicamente desinteresada.

Ahora en el poder, una vez dado el paso de la toma del control del país, todos esos años de oscuridad (y pobreza) se transformaron en un pasado al cual no se quería volver. Pinochet, buen conocedor de esta psicología –la había vivido– trató bien a sus militares: el número de generales aumentaría desde 25 en 1973 a 54 en 1984, por cierto que todos designados personalmente entre quienes le parecían más adictos. Los presupuestos y los sueldos, de todos los demás integrantes de los institutos armados, subieron.

Por otra parte, las tradiciones culturales más recientes de las instituciones armadas chilenas también ayudaron a consolidar el nuevo rumbo que tomaba el gobierno militar. Tradición conformada por la influencia prusiana en el Ejército y británica en la Armada, que era la de la jerarquía y orden, todo lo contrario de lo que había mostrado el Chile de la última década.

Al parecer no se detuvieron a pensar que por mucho tiempo que gobernaran, Chile tendría que volver a la institucionalidad democrática algún día, y a los autores de crímenes y otros delitos les pasarían la cuenta.

7.4 El mundo «democrático» chileno posterior al golpe

Las actitudes de la derecha tradicional chilena y el centro democratacristiano también incidieron en la consolidación autoritaria.

La derecha tradicional, que había visto sus ideas e intereses cuestionados y perjudicados durante los gobiernos de los presidentes Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende, hasta el punto de temer sobre su existencia como clase durante la última década, se había ido acercando al elemento militar –al que tradicionalmente había despreciado socialmente– para su eventual utilización en defensa de sus intereses. Desde mediados del gobierno de Eduardo Frei Montalva, cuando con motivo de diferendos limítrofes con la República Argentina –en uno de los cuales murió un oficial de carabineros chileno–, la derecha hizo presente a la opinión pública y al régimen la necesidad de mejorar el equipo de las Fuerzas Armadas así como los sueldos de oficialidad y suboficialidad. Agregaba que, para la Democracia Cristiana y los partidos marxistas, estos aumentos

no constituían una prioridad pues «se trata de partidos internacionales para quienes los conceptos de patria y soberanía tienen sólo validez circunstancial».

Durante el gobierno de la Unidad Popular, los contactos entre las Fuerzas Armadas y los partidos y grupos políticos o económicos opositores de derecha se hicieron más estrechos, a pesar de que aquellas estuvieran participando formalmente en ese gobierno desde octubre de 1972.

Pero la nueva actitud de la derecha respondía también a corrientes más profundas que la habían venido agitando a en los últimos años.

En la década de 1960 se consolidaron dos grupos, uno en lo político y el otro en el ámbito económico, que renovaron de fondo la doctrina y la cultura de la derecha chilena.

El primero fue el Gremialismo, como se ha visto, fue originalmente un núcleo de jóvenes formados en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile (UC) a partir de 1965 y dirigidos por el entonces estudiante Jaime Guzmán, el que tenía un fuerte sentido de clase, era admirador personal de José Antonio Primo de Rivera y, en lo político, de Francisco Franco. En el círculo literario al que pertenecía en el Colegio de los Sagrados Corazones escribía todavía siendo un muchacho en 1962: «Franco no puede ser catalogado de dictador sino por un retardado mental, ya que su admisión al poder está más que legitimada por un pueblo que se levantó en armas, por Dios, por España y por Franco». Los gremialistas, o casi todos, al menos inicialmente, eran jóvenes de buena familia y de tradición católica o bien vástagos de la clase media en ascenso. Bajo el discurso del apoliticismo, sostuvieron, como Guzmán, en un comienzo ideas próximas al franquismo, para ir derivando, después de 1973, hacia la idea de una «democracia protegida». Serían el equipo político más destacado del régimen militar y estarían tras la Constitución de 1980.

Por otra parte, cabe mencionar que los decadentes partidos Liberal y Conservador, que parecían no tener nada que ofrecer al país desde el fin de gobierno de Jorge Alessandri y las elecciones parlamentarias de 1965, y que redujeron su fuerza a alrededor de sólo un 13,5% del electorado (el Partido Conservador a un 5,3% y el Liberal a un 7,3%), se habían fusionado, en marzo de 1966, en el Partido Nacional. Esta era una agrupación menos comprometida con la democracia política como forma de

gobierno (sus contactos con las Fuerzas Armadas empezaron ya en la época de la administración de Eduardo Frei, como vimos). Al igual que la izquierda, el Partido Nacional, galvanizado en la oposición a la Reforma Agraria de la Democracia Cristiana, se benefició del desgaste político de la administración Frei, y controlaba hacia 1969 alrededor de un 20% del electorado. En la lucha contra la Unidad Popular pudieron permitirse ser mucho más claros y radicales que la DC. Pero no fue el grupo de la derecha política tradicional el que estuvo tras la gestión política del gobierno militar ni los que confeccionaron la institucionalidad que se pretendió imponer. Fueron los gremialistas.

Por contraste, la Democracia Cristiana, con la que algunos militares habían simpatizado hasta el gobierno de Eduardo Frei Montalva, ahora gozaba de muy poco favor entre las filas de uniformados. Frei había perdido la pelea dentro del Ejército y muy pronto se transformaría en enemigo del régimen. El gobierno democratacristiano de los años 1964-1970, a pesar de haber realizado algunas compras o conseguido algunas dádivas –significativas– de material bélico por parte de EE.UU., entre las que destacaron los 21 aviones Hawker Hunter ingleses para la Fuerza Aérea, y varios buques norteamericanos para la Armada, como vimos, mantuvo un desacertado comportamiento hacia los militares. Desoyendo repetidamente sus legítimas demandas de mejoramientos salariales, los condujo hacia un acto de sedición en demanda de una mejora. Este fue el ya visto «Tacnazo».

Desde entonces existió en el estamento militar chileno y en particular en el Ejército una franca hostilidad hacia la Democracia Cristiana y sus hombres, en especial Andrés Zaldívar quien, desde el Ministerio de Economía, se había opuesto al reajuste salarial a los uniformados como una forma de balancear el presupuesto y controlar la inflación. No estaban en esta línea algunos generales y coroneles, como Bonilla y Arellano, Asenjo y Cheyre, padre del posterior Comandante en Jefe del Ejército durante el gobierno de la Concertación.

Es comprensible entonces que, producido el golpe de Estado, los militares quisieran tomar revancha de la clase política, incluyendo, en particular, a los democratacristianos.

Extrapolando esta línea, la revancha castrense contra los políticos, a los que se reprochaba, no sin razón, el haber contribuido a precipitar la crisis, se transformó en un ataque contra el sistema democrático mismo dentro del cual habían sufrido

un estatus tan desmejorado. Consecuentemente, se inclinaron por la idea de una dictadura larga, tan prolongada como fuese necesaria, para cambiar sustancialmente su situación dentro de la sociedad chilena. De allí la idea de un autoritarismo o una «democracia protegida» como proyecto político definitivo para Chile, pues dentro de ésta ocuparían una situación privilegiada. Este proyecto de cambiar su posición social de manera definitiva, demostró ser, al menos parcialmente, una ingenuidad. Pero los militares no son grandes especialistas en el análisis histórico y sus asesores de derecha les aseguraban que ese era un logro posible.

Pero aún existía otro elemento, de fondo, que incidió en la crisis de 1973. Ya Ibáñez, en 1952, había proclamado a la democracia de Chile y su estilo transaccional como agotado por el abuso hecho del mismo. Jorge Alessandri, con su rasgo plañidero, también enfatizó esa característica. A mí, me parece que, en verdad, a la clase política chilena anterior a 1973 no le faltaba, por lo general, cualidades de preparación y de honradez. Pero, también, a veces se había mostrado frívola, dispuesta a sacrificar el interés general por el particular o partidario y, más aún, ineficiente. Quizá no muy corrupta, pero abúlica y satisfecha de su libertad descontrolada y autocomplaciente, y esto lo captaban los militares y lo captaba el país, con comprensible desagrado. Como ejemplo de lo que afirmo: el Presidente Frei Montalva, cuando trataba que algunas de sus reformas constitucionales se aprobaran, tenía que llamar, personalmente, a algunos de los parlamentarios de su propio partido para rogarles que asistieran a la sesión del Congreso en que esa modificación se habría de votar.

En fin, el golpe tuvo elementos de ruptura política pero también de continuidad social. La fractura política no necesita mayor descripción después de lo ya dicho, pero socialmente los militares que ocuparon el poder eran de la misma clase media que venía gobernando Chile desde 1920. Si algunos adoptaron actitudes aristocráticas fue por arribismo social. Pero la mayoría no las incorporaron.

7.5 Pinochet, el hombre

Pero más importante que la progresión autoritaria que analizamos fue la personalidad de Augusto Pinochet, representante

por excelencia de muchos de los rasgos de la cultura militar chilena, pero también una personalidad singular por varios conceptos. Buen profesional, nada de brillante, pero astuto, calculador, simpático y cazurro en ocasiones, llegó a Comandante en Jefe del Ejército guardando cuidadosamente un perfil bajo, en reemplazo del general Prats y con la confianza de Salvador Allende dos meses antes del golpe.

Para conocer a Pinochet es preciso atender no a sus amores, sino a su resentimiento y sus odios.

Nació en Valparaíso el año 1915, con orígenes familiares en la zona de Chanco. Realizó sus estudios en su ciudad natal, primero en el Seminario San Rafael, luego en el Instituto Rafael Ariztía de Quillota, en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso y finalmente en la Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins. Su ingreso a esta institución no le fue fácil, fue rechazado dos veces; la primera por su corta edad y la segunda por no cumplir con los requisitos mínimos. A pesar de no tener ancestros militares, su vocación lo llevó a postular por tercera vez, siendo finalmente admitido e ingresando el 11 de marzo de 1933 a los 17 años de edad.

El curso de su ascendente carrera tuvo diferentes destinaciones. Como alférez estuvo en Concepción; de subteniente y teniente en la Escuela de Infantería en San Bernardo en Santiago; y recién ascendido al grado de capitán fue destinado a Iquique por un período prolongado durante el cual (gobierno de González Videla) estuvo a cargo del campo de detención de Pisagua en la época de vigencia de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia.

Viajó a Ecuador en una misión militar que tenía por objetivo organizar la Academia de Guerra de aquel país. Así, tras una destacada carrera en la Infantería del Ejército, alcanzó el grado de general de brigada y se desempeñó como comandante en jefe de la Sexta División. En 1970 fue promovido a general de división.

Tras el asesinato del comandante René Schneider, el general Carlos Prats fue designado al mando de la Comandancia en Jefe del Ejército de Chile. Con Carlos Prats Pinochet había llegado a establecer una relación muy próxima. Prats lo consideraba un soldado ciento por ciento apolítico y profesional.

Posiblemente, sin decirlo a nadie, era de tendencia democratacristiana; su hija y su primer marido eran los jefes del núcleo

democratacristiano de ECA (Empresa de Comercio Agrícola) y don Augusto solía pasarla a buscar en las tardes para irse hacia el barrio alto donde vivían; su relación con Belisario Velasco (su hija era la secretaria), cabeza de la ECA, era correcta, lo que no impidió que lo relegara a Putre durante los primeros años de la dictadura. Pinochet también fue Intendente de Frei en el norte.

La forma como Pinochet actuó, en su metamorfosis de ser el segundón siempre soñando grandezas, hasta transformarse en el amo de Chile fue notable. Su empecinado, oculto e inflexible esfuerzo por llegar a la cima y sus actitudes y parafernalia de magnificencia; la tenaz dureza empleada en la lucha por permanecer en esa cima, muestran la que ha sido la principal característica del carácter de Pinochet: el resentimiento.

En su estudio sobre Tiberio, el doctor Gregorio Marañón hace una semblanza e interpretación de la conducta de ese otro resentido, siempre postergado y humillado por otro Augusto –en este caso el Emperador de Roma– cuando él a su vez alcanzó la púrpura imperial, para concluir: «El resentimiento es incurable. Su única medicina es la generosidad. Y esta pasión nobilísima nace con el alma y se puede por lo tanto, fomentar o disminuir, pero nunca crearse en quien no la tiene. (...) Parece a primera vista que como el resentido es siempre un fracasado –fracasado en relación con su ambición– el triunfo le debería curar. Pero, en realidad, el triunfo, cuando llega, no lo cura jamás. Ocurre, por el contrario, muchas veces, que al triunfar, el resentimiento, lejos de curarse, empeora. Porque el triunfo es para él como una consagración solemne de que estaba justificado en su resentimiento, y esta justificación aumenta la vieja acritud. Esta es otra razón de la violencia vengativa de los resentidos cuando alcanzan el poder»

Consolidado en el poder, Pinochet seguiría mostrando esa tenacidad, disimulo y astucia que sólo conocían sus subordinados y algunos de sus pares. Esta actitud se vio fortalecida porque miraba la realidad en blanco y negro: hasta el final de su gobierno se consideró librando una «guerra» contra los enemigos de Chile, los que identificaba con los del régimen militar y su persona. Ese raciocinio simple, pero conveniente, puede ser la más importante justificación de sus violaciones de los derechos humanos.

Pero esa dureza no era algo exclusivo de Pinochet. Llama la atención que tantos oficiales o suboficiales se prestaran

para las actitudes más abyectas sin tener mayores problemas de conciencia. ¿Es que había una cultura perversa en nuestras Fuerzas Armadas? ¿Una cultura de odio y rencor ocultos? Creo que no se puede generalizar. Muchos estuvieron en eso y honestamente creyeron que estaban salvando a Chile; pero, también muchos no, y se dejaban llevar por el resentimiento y odio. Si se estudia el grupo que dirigió la represión extrema en Chile nos encontramos con los mismos nombres. Por cierto que el resto de la oficialidad del Ejército lo sabía, pero callaba, por temor o conveniencia.

Además la pasión del poder fue creciendo en Pinochet, así como una notable capacidad política para manejar las intrigas entre grupos y en oponer ambiciones y envidias, particularmente entre militares (cultura de cuartel). Mostró no confiar en nada ni en nadie, excepto –probablemente– en su esposa Lucía Hiriart, hija de un ministro de Estado durante los gobiernos radicales y su hija mayor, Lucía Pinochet.

También, como suele ocurrir con los dictadores, se fue identificando con el rol mesiánico que la corte de aduladores que lo rodeó se encargó (con y sin intención) de crear para él. Además, sinceramente se convenció que estaba salvando a su patria, en este aspecto creo que su sinceridad no puede ponerse en duda.

En fin, su personalidad adquirió, o manifestó entonces, un rasgo narcisista marcado, así como un afán por la ostentación, explicable en un hombre de clase media que de la noche a la mañana se ve convertido en dueño de un país. Cambió su aspecto físico; se sacó los anteojos negros que daban a su figura un cierto aspecto siniestro; se mandó confeccionar gorras diferentes, más altas (hasta cinco centímetros) y con más dorados que las de otros generales, su guardarropas creció y creció. Después, cuando ya se había impuesto como dictador, mandó demoler la casa de los comandantes en jefe del Ejército, que habitaban en la calle Presidente Errázuriz, bastante buena por lo demás, casi una mansión. La nueva que construyó era –dentro de su idea de la elegancia– lujosa. Pero, no conforme con su casa, se construyó además otras residencias de boato: una propia, tras un dudoso negocio inmobiliario, en el Cajón del Maipo. También usaba otra, una mansión tradicional de campo, en el ex fundo de los Vicuña, en Bucalemu, en poder ahora del Ejército y una mansión gigantesca en Lo Curro «para los Presidentes de Chile», que no llegó a ocupar. Después construiría una propia,

más modesta, y otras para sus hijos en un predio aledaño en Bucalemu. Por lo demás, siempre podía contar con el Palacio Presidencial de Viña, donde por algunas semanas había vivido la familia del almirante Merino, recién producido el golpe; al parecer creyendo que el ejecutivo quedaría en manos de la Junta de comandantes en jefe de todas las ramas de las Fuerzas Armadas, tal como se había dicho. Sin duda se sentía, después de 1980, el hombre «eje» de la historia de Chile.

Llama la atención en Pinochet la extrema crueldad mostrada. Manuel Contreras (jefe de la dina como veremos) era (y es) sin duda un sicópata, pero Pinochet, teniendo las características recién mencionadas, no parece haberlo sido. La crueldad puede ser fruto del temor o de instintos sádicos; ¿se le pueden atribuir a Pinochet?... La respuesta la dejamos para que la psicohistoria la conteste en el futuro cuando se conozca por completo su actuación.

7.6 La familia

Es increíble, pero algo común en las dictaduras autocráticas es que la familia del jefe ejerza gran poder. Chile no fue la excepción. Se ha dicho que las opiniones de la señora Hiriart pesaban más en la mente del autócrata que las de sus ministros. Conociendo la psicología de Pinochet se llega a la conclusión que mucho de esto puede ser cierto. Se había casado con una muchacha de superior rango social y eso le daba poder sobre su marido.

Sus hijas siguieron sus pasos. Con todo, esta parafernalia no alcanzó dimensiones abiertamente escandalosas; la flota de Mercedes Benz fue quizá lo más chocante. Es cierto que no respondía a la tradicional sobriedad de los presidentes de Chile, pero tampoco era la de un dictador bananero de los del Caribe de antaño, para los cuales la diferencia entre sus caudales personales y los del Estado era casi imperceptible.

¿Qué fue Pinochet y su curiosa personalidad? ¿La salvación del ser de Chile o la perversión del ser de Chile? En definitiva, dependiendo del juez, fue ambas cosas. Para el Chile de derecha, golpeado por los cambios, perdedor hasta ese entonces, fue el «salvador con espada» (como lo tipifica Toynbee), y sin duda él se vio así, convencido de que su misión era lograr la derrota del marxismo, la grandeza del país y lo estaba haciendo… a su modo. Hasta el día de hoy, el «núcleo duro» de sus partidarios

guarda hacia Pinochet una suerte de idolatría frente a la cual no caben argumentos ni pruebas. Para la izquierda, y después para el centro democratacristiano, radical o apolítico, fue un dictador astuto, cruel y ambicioso, quien finalmente pudo dejar libre todas sus ansias de poder y de triunfo, reprimidas de por vida. Un rústico, pero no desprovisto de habilidad política, que no se preocupaba de los medios con tal de conseguir sus fines. No fue un demente (como sí posiblemente lo fue –y lo es– Contreras) y su responsabilidad histórica es plena.

Vaya la explicación por una vía u otra, o por ambas, Pinochet se transformó en el símbolo de la tiranía y en el mayor obstáculo para el retorno a una democracia verdadera. Es así que se permitía declarar, ya en junio de 1975: «Yo me voy a morir, el que suceda también tendrá que morir, pero elecciones no habrá».

7.7 El gobierno militar

Pero, ¿era la metamorfosis de Pinochet un caso único en las Fuerzas Armadas chilenas durante los primeros meses posteriores al golpe? Ya hemos dicho que, como cuerpo, los uniformados se vengaron de una postergación larga. Pero si revisamos el caso individual de algunos altos oficiales, vemos que el cambio que experimentó el Comandante en Jefe de Ejército también lo experimentaron otros. La embriaguez con el poder y la falta de disimulo y cuidado en sus conductas y dichos fue mucho más notoria –casi patológica– en Contreras que en Pinochet. Contreras era otro resentido, por su fama de duplicidad dentro del Ejército, por su aspecto físico, por los odios que había despertado entre sus camaradas. En cambio, en el caso del general Arellano, el aflorar de una dureza sorprendente, fue más extraña que en el caso del general Pinochet y, ciertamente, Contreras. Este era considerado hasta entonces –como dijimos– una persona severa, pero también como un bonachón en el fondo, cercano políticamente a la Democracia Cristiana. El almirante Merino, artista, fotógrafo, disciplinario, un tanto pedante si se quiere, amante del *pisco sour*, se convirtió en un pavo real frívolo y sin sentido del ridículo. Su asombrosa seguridad en sí mismo –con todo– le permitía, a veces, ser ingenioso. En cambio el general Leigh, el más duro de los miembros de la Junta de Gobierno en un comienzo, siguió siendo el hombre seco, racional, rabiosamente anticomunista

(y antidemocratacristiano) que había sido hasta septiembre de 1973. Sólo que su orgullo se hizo casi insoportable y eso mismo lo llevó a cometer los errores y a perder el sentido de la realidad, que fue lo que lo condujo a enfrentar a Pinochet y a ser expulsado del gobierno militar. El general Mendoza logró lo que siempre un carabinero había querido: ser considerado en plano de igualdad formal por los demás uniformados y con eso se sintió satisfecho. Por lo demás siguió siendo una persona más o menos intrascendente, excepto porque su desprecio y crueldad para con los vencidos u opositores y su dignidad de seres humanos fue notoria; algo que no parece haber sido su característica durante su carrera anterior, en la que sólo había sobresalido como deportista.

Hubo por cierto excepciones entre los altos mandos uniformados, las más notorias las de los generales de Ejército Bonilla y Lutz, pero no lograron oponerse eficazmente a la nueva cultura del orgullo, la crueldad y la parafernalia. Y en el caso de Lutz, al menos, el intento de hacerlo, además parece haberle costado la vida. En el caso de Bonilla, aunque no hay pruebas, también puede pensarse, por presunciones, que se le asesinó. Su accidente fue muy extraño en un helicóptero Puma; cuando vinieron técnicos franceses a examinar el desastre también murieron en un accidente; me parece que todo lleva el signo de Contreras.

Párrafo aparte merecería el cambio en la actitud de las señoras y parientes de los militares, pero eso nos alejaría del tema de este estudio.

7.8 La consolidación de un poder dictatorial

El viraje que transformó el gobierno militar de ser una instancia transitoria a una de carácter fundacional en torno a la figura de Augusto Pinochet, tuvo su consagración jurídica el 4 de diciembre de 1974 cuando el Decreto-Ley Nº 788 confirió a la Junta de Gobierno la potestad de modificar a su arbitrio y retroactivamente la Carta Fundamental de 1925. Pero ya antes Pinochet, a pesar de adherir, como se vio, muy tardíamente al grupo de oficiales superiores de las Fuerzas Armadas que planificó el golpe de Estado de septiembre de 1973, como ya se dijo, había logrado transformarse en el hombre fuerte alrededor del cual

giraría la nueva institucionalidad. Logró primero que el Comité Asesor de la Junta (COAJ), cuya misión era la redacción de los decretos-leyes, fuese integrado, principalmente, por miembros del Ejército. Este organismo, con la colaboración de CONARA (Comisión Nacional de la Reforma Administrativa) le ayudó a consolidarse como suprema autoridad unipersonal del Estado chileno. El 26 de junio de 1974 (Decreto-Ley Nº 527), Pinochet pasaba a ser cabeza del ejecutivo con el título de Jefe Supremo de la Nación; en tanto el DL Nº528 otorgó nivel ministerial a los estados mayores asesores de cada uno de los miembros de la Junta de Gobierno, actuando como figura coordinadora de éstos y centralizando el flujo de la información hacia Pinochet, el también general de Ejército Sergio Covarrubias. En diciembre del mismo año 1974 el nuevo Jefe Supremo de la Nación cambiaría la denominación de su cargo por la tradicional de Presidente de la República, después de haber tomado, de hecho y sin consulta a la Junta de Gobierno (por esos mismos días transformada en Poder Legislativo y Constituyente), todas las atribuciones que daba al cargo la Constitución de 1925.

Pinochet gobernaría por casi una década sin oposición popular importante. Esto fue resultado de una combinación entre dura represión, éxito económico, apoyo político de la derecha y su capacidad de mantener el control de las Fuerzas Armadas. Es así que en Chile, a diferencia de otros casos de dictaduras militares en Latinoamérica, pese a la presencia importante de personal de las Fuerzas Armadas en el gobierno, se dio más bien la dictadura de un hombre que la de una «institución».

El instrumento fundamental para mantener el control social y político del país (utilizando el arma del terror) fue la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, una policía secreta con facultades casi ilimitadas. Nació en el mes de noviembre de 1973; pero se creó formalmente por un Decreto-Ley secreto (Nº 217) firmado por los cuatro integrantes de la Junta Militar de Gobierno en junio de 1974. De inspiración y con asesoría inicial brasileña y contando con fondos abundantes, su objetivo inicial era liquidar la pequeña guerrilla de izquierda que existía en Chile en septiembre de 1973. En el nuevo contexto de 1975, se dedicó a detectar, perseguir y, en algunos casos, eliminar, tanto dentro como fuera de Chile, a todos los enemigos del régimen militar y extendió un severo control sobre la vida de los chilenos; inclusive, por cierto, las Fuerzas Armadas.

7.9 Los derechos humanos, la DINA

Cerebro y organizador de la DINA fue el coronel Manuel Contreras Sepúlveda. Nacido en 1929, había hecho carrera destacada incluyendo una estadía en Fort Benning, Georgia, EE.UU. y había sido profesor de «informaciones» en la Academia de Guerra del Ejército. Con fama de inteligente, frío y calculador, de carácter solapado y poco confiable, como dijimos, ya antes de 1973 era un hombre temido dentro del Ejército. Producido el golpe militar, Contreras se entrevistó con Pinochet convenciéndolo de la necesidad de un organismo de inteligencia centralizado, que integrara personal de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros con capacidad operativa militar contra los enemigos del régimen y gozara de un estatuto que le permitiera actuar por sobre la ley y el poder judicial. Al parecer sus ideas coincidían y Pinochet dio a Contreras su respaldo.

Al integrar gran número de representantes de la Fuerzas Armadas a la DINA, las hacía cómplices en su conjunto (casi institucionalmente) de las violaciones a los derechos humanos que se estaban llevando a cabo, asegurando la lealtad a los jefes en la defensa de los que después llamarían «excesos» cometidos.

Fue así que a la DINA la conformaron un gran equipo de personeros de las Fuerzas Armadas, algunos civiles de planta y muchos «informantes». Lo que demuestra, por otra parte, que Contreras no era pues un caso sicopático aislado, como se dijo, sino que era fiel reflejo de una veta cultural del mundo castrense. ¿Si no hubiera sido así, de dónde sacó, de súbito, colaboradores gustosos en perpetrar crímenes y crueldades sin fin y, a veces, las perversiones sádicas más abyectas? Pero –es necesario recordarlo otra vez– la cultura de la dureza extrema ha sido consubstancial al mundo militar (y, ciertamente, no sólo el chileno) desde siempre. También es cierto, que cuando esa dureza se transformó en sadismo, dicha perversión no abarcó a todo el estamento uniformado chileno, al menos en el grado patológico que exhibieron los de la DINA; ni siquiera, me parece, a la mayoría de éste. La mayor parte de los militares chilenos, utilizando raciocinios algo simples probablemente, estaban convencidos de estar redimiendo a Chile.

Otros personajes importantes en la DINA fueron los dirigentes de las unidades de acción. Allí se podían encontrar todo tipo de pervertidos. A mí me ha llamado la atención el

entonces coronel Miguel Krasnoff Marchenko, de tormentosa y romántica vida, es nieto del último Atamán «reconocido» de los cosacos del Don.

Nacido el 15 de febrero de 1946, en el Tirol, Austria. Su padre Semion Krasnov fue ejecutado por los soviéticos como resultado de la Operación Keelhaul. Su abuelo, el Atamán, todavía vivo, en 1945, muy anciano, fue ahorcado también por los rojos. Cabe hacer presente que ese señor había sido uno de los generales que lucharon contra el ejército rojo en 1919.

A Krasnoff se le acusa de estar implicado en violaciones a los derechos humanos durante el golpe militar de 1973, cuando era teniente del ejército chileno. Más tarde, Miguel Krasnoff se convirtió en brigadier bajo la dictadura de Augusto Pinochet y fue condecorado con numerosas distinciones, principalmente por su excelente labor antisubversiva y de inteligencia.

En el año 2000 fue detenido debido a sus lazos en el pasado con Manuel Contreras y la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), acusado de secuestros y desapariciones entre 1973-1974 y condenado a 15 años de prisión, después sería condenado por otros crímenes.

La DINA tuvo importantes diferencias y aun encuentros armados con el SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, FACH), que llevaba su «guerra sucia» propia y el Servicio de Inteligencia Militar, SIM, el que mientras fue dirigido por el general Augusto Lutz no estuvo dispuesto a sometérsele. Fue el pilar político fundamental del nuevo régimen e incluyó varios departamentos: contrainteligencia, gobierno interior, guerra psicológica, política y económica, logrando reunir, hacia mediados de 1974 unos 2.000 agentes y unos 50.000 informantes. La creación de la DINA significó perpetuar el estado de guerra, pasando a depender de manera directa de Pinochet cuando este se transformó en Presidente de la República a fines de 1974. Como cuerpo, la Armada dejó de participar en este organismo de represión en algún momento del año 1974, o incluso antes. Lo que no significa que durante los primeros meses del gobierno militar no se viera comprometida en algunos casos de torturas y asesinatos, algunos llevados a cabo en buques.

No está claro –todavía al menos– si la DINA (y Contreras) se escapó en ocasiones del control de Pinochet o si éste lo tuvo siempre. Mi opinión es que tras Contreras ciertamente siempre parece haber estado Pinochet, con quien –durante su período

de esplendor– se entrevistaba diariamente en las mañanas (según algunos testimonios tomaban desayuno juntos; según otros, Contreras lo pasaba a buscar en auto y juntos se iban «conversando» hasta el edificio Diego Portales, cuando era sede del gobierno). Por lo demás, para cualquiera que conozca el espíritu jerárquico del Ejército chileno, le resultaría difícil creer que, por ejemplo, tras el asesinato de un ex Comandante en Jefe, como fue el caso del general Prats, del que ya escribiremos más, estaba la orden de un simple coronel, como era Contreras en ese entonces.

Lo que sí está claro es que Pinochet estaba satisfecho con la labor de la DINA. En 1974 declaraba: «El país está tranquilo porque disponemos de un buen servicio de inteligencia».

Pinochet no era el único que apoyaba la existencia de la DINA dentro de lo que fue el régimen militar. Incluso un hombre que a veces intentó mostrar moderación, como Sergio Fernández, declaraba en 1978 siendo Ministro del Interior, para justificar el terrorismo de Estado: «Estuvimos y casi estamos en un proceso de guerra. En la guerra hay desaparecidos y nadie pide explicaciones».

Pero fue un error de los militares y de sus testaferros que en su «guerra» se cometieran violaciones masivas a los derechos humanos. Fue doble; en primer lugar creer que estaban efectivamente en una guerra y que sus actos no eran, simple y solamente, delitos atroces. Pero además creer, como les suele suceder a tantos vencedores momentáneos y aparentes, que la guerra estaba ganada definitivamente y que todo lo que hicieran quedaría impune para siempre jamás y sería olvidado. Que los chilenos quizá nunca sabríamos de sus crímenes, lo que habla de la ignorancia (y falta de inteligencia en el verdadero sentido del concepto) de los jefes de esas policías secretas. Porque Chile es un país bastante civilizado, donde tarde o temprano esas acciones se conocerían e –inevitablemente– causarían un amplio rechazo. Cierto es que a Contreras no se le podía pedir ser un estudioso de la historia y cultura nacional y mundial...y al parecer, tampoco a Fernández.

7.10 El Cardenal Silva Henríquez

En la última semana del mes de junio de 1961, Raúl Silva Henríquez había sido designado Arzobispo de Santiago y monseñor Emilio Tagle quedó a cargo de la Diócesis de Valparaíso.

Ya en una de sus primeras entrevistas públicas, el nuevo Arzobispo de Santiago se declaraba favorable a los cambios. Pero más trascendentes que las declaraciones del nuevo prelado eran las acciones que emprendía el Obispo de Talca, Manuel Larraín, quien, ya en abril de 1961 había declarado la necesidad urgente de una reforma agraria, señalando cuál era el signo de los tiempos. Pero ¿quién era Raúl Silva Henríquez?

El Cardenal Raúl Silva Henríquez fue un clérigo inteligente, eficaz y con gran sentido de su misión en favor de los más pobres y perseguidos después de 1973. Nació en 1907 en la ciudad de Talca. Fue uno de 19 hermanos. Pertenecía a una familia tradicional y profundamente religiosa. Es posible que la seguridad en sí mismo, así como su sutil pero valeroso estilo de hacer política, los tomara del ambiente de sus orígenes.

Sus estudios secundarios los hizo principalmente en Liceo Alemán de Santiago. En 1924 ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Se recibió de abogado en diciembre de 1929.

En enero de 1930 entraba al noviciado de la Congregación Salesiana en Macul. Allí estudió y posteriormente se doctoró en Teología y Derecho Canónico en el Estudiantado Internacional de Turín de la Congregación Salesiana. Fue ordenado sacerdote el 4 de julio de 1938.

Volvió a Chile a fines de ese año y pasó a desempeñar las cátedras de Derecho Canónico, Teología Moral e Historia Eclesiástica en el Teologado Salesiano de Santiago.

En 1943 fue nombrado primer rector del Liceo Manuel Arriarán y en 1948 fue nombrado Rector del Patrocinio San José, en Santiago. Fue fundador y Presidente Nacional de la Federación de Colegios Particulares Secundarios (FIDE Secundaria). Fundó la revista *Rumbo*s y presidió dos congresos nacionales de la FIDE. En 1950 fue designado Director del Estudiantado Teológico Salesiano Internacional en La Florida, en Santiago, para estudiantes del cono sur de América de la Congregación Salesiana. Durante este tiempo preparó y dirigió el primer Congreso de Religiosos de Santiago, que fue convocado por la Santa Sede y en 1956 presidió la Delegación Chilena al Congreso Internacional de Religiosos que tuvo lugar en Buenos Aires. En 1957 fue nombrado Director de las Escuelas Profesionales de la Gratitud Nacional y del Liceo San

Juan Bosco. Se le confió también la dirección de Cáritas Chile. Después lo sería de Cáritas mundial.

En octubre de 1959 fue nombrado Obispo de Valparaíso por el Papa Juan xxiii. Fue consagrado en la catedral de esa ciudad el 29 de noviembre de ese mismo año. El 25 de mayo de 1961 fue nombrado Arzobispo de Santiago. En febrero de 1962 fue nombrado Cardenal por el Papa. Su labor como Arzobispo de la capital estuvo nutrida por numerosas actividades. En su calidad de Cardenal tuvo activa participación en el Concilio Ecuménico *Vaticano II*, en sus cuatro sesiones, destacándose como una de las figuras más preclaras de la Iglesia de América Latina. Le tocó participar en los cónclaves que elegieron a los papas Paulo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

En 1967 su trabajo fue clave para solucionar el grave conflicto suscitado en la Universidad Católica de Chile.

Pero el gran momento (y gran prueba) de su vida estaba aún por llegar. Hemos hecho mención ya varias veces al golpe de Estado que a poco andar puso a Augusto Pinochet como Jefe de Estado y después Presidente de Chile. También nos hemos referido a los horrores de la persecución que les costó la vida a más de dos mil chilenos, en tanto los torturados fueron decenas de miles.

La institución que pudo oponer más resistencia a la dictadura fue la Iglesia Católica chilena, que en su mayor parte (incluyendo su cabeza, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago) se mostró hostil al régimen militar y sus violaciones a los derechos humanos. En octubre de 1973, el Cardenal auspició la creación del Comité Pro Paz, que reunía altos dignatarios de varias iglesias y que se dedicó a otorgar defensa a los perseguidos políticos y trabajadores despedidos. Pinochet exigió perentoriamente que el Comité Pro Paz se disolviera, y muchos de sus miembros lo acataron. Silva no.

7.11 El Poder Judicial

La actitud obsecuente del Poder Judicial chileno ante el régimen facilitó considerablemente la acción de la DINA. El Poder Judicial chileno era una estructura copada por hombres que normalmente ingresaban a éste ante la imposibilidad o fracaso en el intento de una carrera como abogado exitosa y estaba extremadamente resentido contra la Unidad Popular. Más

allá de su tradicional tendencia conservadora, esta actitud se explicaba por el no cumplimiento durante los años en que gobernara Allende, por parte de la policía, la que dependía del Ministerio del Interior, de las órdenes judiciales que afectaban a miembros de los partidos de izquierda, normalmente por delitos de usurpación de propiedad u actos de violencia. Hostigados por la prensa adicta al gobierno de Allende, que los acusaba, con bastante razón, de ser un bastión reaccionario, una vez producido el golpe de estado la Corte Suprema de Justicia aceptó fácilmente que la normativa jurídica emanada de la Junta Militar de Gobierno tenía carácter de ley y ellos debían limitarse a aplicarla. Esto dejaría en la impunidad a todos los que violaron los derechos humanos durante los años siguientes. Después también aceptarían la amnistía decretada por el régimen de facto, para estos delitos de sangre. Un Presidente de Corte Suprema, Israel Bórquez, resumió el ánimo que tenían cuando, al ser consultado por qué no tomaba una posición más activa ante el caso de los detenidos desaparecidos, respondió: «Los detenidos desaparecidos me tienen curco». No fue el único de esa opinión; también era la de José María Eyzaguirre, Enrique Urrutia Manzano y otra serie de menor monta.

La figura de Hugo Rosende Subiabre, ministro y colaborador de Pinochet por varios años, notable profesor de derecho civil y hombre de misa diaria, pero propenso a recurrir a métodos «sui generis» con tal de conseguir sus fines, fue fundamental para instalar en la Corte Suprema a incondicionales del régimen militar.

Pero los jueces no fueron los únicos civiles que, abierta o solapadamente, colaboraron con la política de terrorismo de Estado de la dictadura. Todos los ministros del gobierno militar y otros altos funcionarios civiles, fueron cómplices de esa política. Es cierto que varios de ellos, en casos puntuales, ayudaron a algunas víctimas. Pero, si estaban en conocimiento del aparato de tortura y muerte que utilizaba el gobierno y siguieron colaborando con éste, sus gestos aislados de misericordia no los liberan de culpa. En esa situación cualquier persona decente tenía una sola actitud posible: renunciar a su cargo y, eventualmente, dependiendo de su valor, denunciar lo que estaba ocurriendo.

Pero el régimen militar también mostró sus aspectos positivos a los pocos años de instalado. En todo caso, la «com-

binación» entre brutal represión político-cultural y política económica neoliberal de *shock* dio resultados. En el año 1976, el PGB subía en 3,5% y al año siguiente en un espectacular 9,9%, en tanto la inflación bajaba a un 174% y un 63,5% respectivamente. El neoliberalismo entraría en crisis en 1982, pero se recuperaría posteriormente como veremos y en 1994 al presente el modelo sigue plenamente vigente.

¿Cuál puede ser el juicio histórico sobre esta «combinación» casi cuarenta años después? ¿Era realmente necesaria? Soy de la opinión que en las condiciones históricas de Chile en los años 1973-1974, sin autoritarismo no hubiera podido darse una política neoliberal de *shock*, tan dura, pero exitosa en el largo plazo, como ha sido. Pero una cosa es un autoritarismo que usó los mecanismos típicos de estos regímenes para mantener el control social y otra cosa es un terrorismo de Estado, como el que existió en Chile. Este último llevó las violaciones a los derechos humanos a transformarse en una política que más parecía responder a un deseo de venganza y a las patologías –ya esbozadas– propias de algunos de los jefes militares que gobernaban el país, que a mantener el orden. Si se trataba de un afán por intimidar o aterrorizar a la población chilena con un objetivo utilitario en lo económico, no se explican las atrocidades fríamente llevadas a cabo entonces, muchas contra personas de origen popular, las que para la mayoría de esa población permanecían ocultas o le eran negadas.

Pero, como dijimos, no se crea que la dina fue la única fuerza represora brutal en los primeros meses después del golpe. Estuvo el «Comando Conjunto» de la Fuerza Aérea, casi tan brutal como la dina y que propició un curioso diálogo entre torturadores y torturados. En la Armada de Chile hubo campañas de torturas y asesinatos sistemáticos de opositores, como, por ejemplo las del padre Woodward, ni más ni menos que en el buque escuela *Esmeralda* hasta entonces amado símbolo de Chile. Más siniestro fue el que varios de los jóvenes oficiales que en él participaron llegaron a vicealmirantes en la época de Merino y posterior. Vgr.: Mackay y Aldoney. Con esta acción se asesinó también a la hermosa *Esmeralda,* al menos ante la historiografía. ¿Quiénes fueron los estúpidos (además de malvados) que eligieron la *Esmeralda* para torturar y matar?

También durante esos primeros días cuando todavía no operaba la dina se produjo la «Caravana de la muerte». La

historia ha sido contada muchas veces, pero el hecho es que un helicóptero con un grupo al mando del general Sergio Arellano Stark fue aterrizando en diversos aeródromos, donde la acción provocaba el fusilamiento de una serie de presos políticos. La defensa de Arellano ha alegado que él no supo de lo que sucedía, pero todo eso parece muy dudoso.

En fin, en retenes y comisarías de Carabineros, unidades militares, otros buques de la Armada y sitios diversos fueron asesinados miembros de la ex UP. ¿Qué hubieran hecho ellos en situación parecida? Lo dejo como pregunta.

7.12 La oposición: persecución y exilio

Una vez producido el golpe de Estado, el panorama político partidista del país, comprensiblemente, cambió de forma drástica. Obsecuente frente a la nueva situación imperante desde el 11 de septiembre de 1973, el Partido Nacional (que todavía reunía a la mayor parte de la derecha tradicional) se autodisolvió. El gremialismo apoyó entusiastamente al golpe y al gobierno militar.

En cuanto a los partidos de la Unidad Popular, después de dos o tres días en que hubo focos de resistencia armada aislados, las pequeñas fuerzas paramilitares con que contaban se desintegraron y varios miles de dirigentes y simples partidarios fueron encerrados en cárceles, campos de concentración, estadios, o huyeron del país por las fronteras o se refugiaron en embajadas (unos 9.000) desde donde, tras muchas dificultades, lograron pasar al exilio. El total de exilados políticos fue, probablemente, de unos 30.000. En los meses y años siguientes este éxodo continuó y no sólo por motivos políticos.

Muchos perdieron sus trabajos y la crisis económica de 1975, producto del *shock* de los «Chicago Boys» (recordemos, con una baja del PNB de un 12,9% y la cesantía encumbrándose por sobre el 19%) precipitó el «exilio económico».

Los principales dirigentes del gobierno de la Unidad Popular que fueron apresados o se entregaron voluntariamente fueron relegados a la Isla Dawson en el Estrecho de Magallanes. Vivieron en las instalaciones donde a comienzos del siglo XX había funcionado un establecimiento religioso de la congregación de los Capuchinos; entre estos los ex ministros Clodomiro Almeyda, Sergio Bitar, Orlando Cantuarias, Edgar-

do Enríquez, Fernando Flores, Arturo Jirón, Orlando Letelier, Luis Matte, Aníbal Palma, Pedro Felipe Ramírez, Jorge Tapia, Jaime Tohá, José Tohá, Daniel Vergara, Sergio Vuskovic; el secretario general del Partido Comunista y ex senador, Luis Corvalán; el ex presidente del Banco Central, Carlos Matus, los ex senadores Hugo Miranda, Aniceto Rodríguez, Anselmo Sule y Eric Schnake; el ex rector de la Universidad Técnica del Estado, Enrique Kirberg y el ex intendente de Santiago, Jaime Concha, entre otros. Su vida fue dura.

Sólo el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) continuó ofreciendo resistencia armada después de las dos primeras semanas de gobierno militar. Era un grupo pequeño pero organizado para la clandestinidad, el terrorismo y la guerrilla, el que fue ferozmente perseguido y eliminado por la DINA y los servicios de inteligencia de la Fuerzas Armadas. Si hubo revolucionarios que cayeron al menos relativamente en su ley después del 11 de septiembre de 1973, fueron los miristas. El superyó de Miguel Enríquez y sus compañeros, hijos rebeldes de la burguesía de Concepción y Santiago, puede haber sido el *Che* Guevara, pero tras él estaba Lenin y, por intermedio de Lenin, von Clausewitz. Esa era la verdadera genealogía guerrero-intelectual de los miristas. En otras palabras, jugaron a los *cowboys* y perdieron. El golpe de gracia se les dio en octubre de 1974, cuando su directiva fue fácilmente eliminada en el ataque a su sede clandestina. En los meses siguientes la eliminación sistemática continuó. En febrero de 1975 el MIR prácticamente había dejado de existir como fuerza operativa, aunque años después se reorganizaría precariamente.

Hacia fines de 1975, estando semi disuelto el Partido Socialista y desaparecidos gran parte de los dirigentes de su dirección «interna»; la DINA y el «Comando Conjunto» de la Fuerza Aérea, y, dentro de ésta, especialmente su servicio de inteligencia, el SIFA, se preocuparon del Partido Comunista. Fueron eliminados sucesivamente dos de sus Comités Centrales, durante el año 1976, desapareciendo sus integrantes. Los crímenes de la DINA culminarían en 1977 con el asesinato del ex canciller de Allende Orlando Letelier en Washington.

El Partido Demócrata Cristiano, al menos en sus instancias oficiales, después de unos meses de apoyo condicionado e incluso una justificación y colaboración de hecho con el nuevo gobierno por parte de sus militantes, en particular su figura

emblemática, el ex Presidente Eduardo Frei Montalva, y ante la consolidación del autoritarismo, los métodos represivos y, a veces, la persecución en su contra por parte del régimen, fue tomando una posición cada vez más crítica. Ya el 27 de septiembre de 1973, había hecho presente al gobierno que «no hay reconciliación posible si se excluye de la comunidad nacional y se persigue a una parte de los chilenos por las solas ideas que profesan». En marzo de 1974, la Democracia Cristiana reconocía francamente que el nuevo gobierno era «una dictadura militar de duración indefinida, cuya misión es crear un nuevo orden político, económico y social para Chile». Nuevos hechos de violencia cometidos por el gobierno militar como el asesinato del general (r) Carlos Prats en Buenos Aires, en octubre de 1974, por orden de la DINA, y muy probablemente del propio Pinochet, pues en una estructura jerárquica como el Ejército de Chile es inconcebible que la orden de matar un Comandante en Jefe no la diera otro Comandante en Jefe; y la expulsión de Chile del ex presidente del PDC y senador Renán Fuentealba, en noviembre del mismo año, agudizaron su postura contraria al régimen. Sin embargo, no se renunciaba, todavía, a un eventual entendimiento con éste y se mantenía algunos contactos con altos personeros del gobierno. También hubo atentados contra Bernardo Leighton en Roma y contra Carlos Altamirano en París. Así como se dijo, también hubo probables asesinatos de los generales Lutz y Bonilla en Chile y –eventualmente– del Presidente Frei Montalva.

El partido Demócrata Cristiano definió su posición como de una independencia crítica y activa, en la confianza de «procurar el entendimiento de las fuerzas políticas y sociales democráticas con las Fuerzas Armadas, para la restitución de la democracia».

Con todo, este alejamiento institucional de la DC respecto del gobierno militar no fue compartido por toda la colectividad. Algunos miembros connotados, como Juan de Dios Carmona, William Thayer Arteaga, Álvaro Bardón, Jorge Cauas y otros, se transformaron en abiertos y decididos partidarios del régimen, llegando a ocupar cargos de importancia en él. El caso más chocante fue el de Cauas, que, como vimos, llegó tempranamente a ser no sólo ministro del régimen militar, sino «factotum» de su política económica, en la misma época en que se atentaba

contra Bernardo Leighton y su señora en Roma, dejándolos gravemente heridos.

Por otra parte, el PDC se negaba terminantemente a la posibilidad de un frente común («amplio») con los partidos marxista-leninistas. Evidentemente esto era consecuencia de que estos seguían con posturas y estrategias similares a las que habían tenido en la época de la Unidad Popular.

Cuando el 6 de octubre de 1975, como vimos, la DINA intentó asesinar a Leighton, exilado en Italia, y el mes siguiente clausuró la revista *Política y espíritu*, los democratacristianos cortaron toda relación con la dictadura la que, por lo demás, no hizo intento alguno por llegar a un acuerdo o, al menos ceder algo en su persecución a ese partido.

Fue así que, desde 1976, la Democracia Cristiana pasó a estar en abierta oposición al régimen. Como tal fue perseguida y sus militantes hostilizados y reprimidos, brutalmente en algunos casos, incluyendo asesinatos, exilio y torturas. Con todo, la DC no sufrió tanto como los movimientos y partidos políticos que habían conformado o apoyado a la Unidad Popular.

En tanto, por los mismos días de la ruptura democratacristiana con el gobierno, el ex Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, superando los obstáculos que le puso el régimen, había publicado el libro *El mandato de la historia y las exigencias del porvenir*, en el cual responsabilizaba a todos los sectores políticos por la crisis de 1973, incluyendo a la Democracia Cristiana. Pero rechazaba «la violencia guerrillera y la violencia institucionalizada» y llamaba a la formulación de un gran proyecto nacional, en el cual «se sientan interpretados todos los chilenos que sinceramente aman la libertad y desean el progreso de su patria». En sus bien meditadas, matizadas y moderadas críticas al gobierno, Frei era consecuente con la política de su partido de insistir en una posibilidad de entendimiento con los militares. Pero el gobierno militar, auto considerándose una instancia fundacional que podía prescindir de cualquier actor político pretérito –lo que constituyó otro de sus más graves errores– no quería nada con el PDC, ni con Frei. Pinochet trató al ex Presidente Frei de «Kerensky» y la postura democratacristiana fue atacada duramente por la prensa de derecha como ambigua. Más adelante, en agosto de 1976, se expulsaba del país al ex presidente de la Democracia Cristiana y activo luchador por el respeto a los derechos humanos, Jaime

Castillo Velasco. En cambio, la izquierda, que estaba en un proceso de revisión de sus postulados y actitudes del período de 1970-1973, como veremos más adelante, recibió la nueva actitud de la Democracia Cristiana, aunque no las declaraciones de Frei, su personero más representativo, con beneplácito. Esto abría un comienzo de entendimiento, el cual habría de esperar, sin embargo, todavía cuatro años.

El PDC fue finalmente puesto fuera de la ley en marzo de 1977 (D.L. 1697), cuando se procedía a una renovación de la directiva nacional, ocasión en que las candidaturas que postulaban hicieron circular documentos analizando la situación del país, todavía sin renunciar explícitamente a la posibilidad de un acuerdo con el gobierno. Pero tanto en el caso del documento redactado por la candidatura de Tomás Reyes Vicuña, como en la de Andrés Zaldívar, mostraban que también estaban abiertos ahora a un principio de entendimiento con algunos de los partidos de la Unidad Popular. El documento emanado de la candidatura de Zaldívar, que fue la triunfadora, decía textualmente: «Históricamente una de nuestras más graves fallas la ha constituido la incapacidad para formar alianzas con grupos significativos». También era importante en ese documento el hecho que se renunciara a la idea de buscar ese acuerdo a partir de la «definición en abstracto de un modelo de sociedad que es presentado como un proyecto acabado y difícilmente revisable»; lo que significaba que la etapa de las utopías excluyentes llegaba a su fin. Poco más adelante serían algunos de los partidos de la ex UP los que tomarían el mismo camino, como veremos.

Predominaba ahora en la Democracia Cristiana «la visión de unirse a partir de valores que eran irrenunciables: los derechos humanos como valor universal, la tendencia a la igualdad y la justa distribución del producto económico, la democracia política y el pluralismo ideológico universal».

Desde entonces y hasta comienzos de la década de 1980, al igual que los técnicos, políticos e intelectuales de izquierda que permanecieron en Chile, los democratacristianos, perseguidos laboralmente y denigrados por la prensa oficialista y de derecha, se refugiarían en las ONG (Organizaciones No Gubernamentales), centros de investigación y estudio financiados con dinero de fundaciones internacionales. Pero se mantuvo una estructura partidaria mínima encabezada por el nuevo presidente, Andrés

Zaldívar. Esta funcionaba físicamente en la calle Huérfanos en pleno centro de la ciudad de Santiago (Edificio «Carlos V», pisos 11 y 12) donde estaban ubicadas las oficinas particulares de Eduardo Frei, Andrés Zaldívar y otros dirigentes de la DC. Por cierto que el gobierno conocía el lugar y posiblemente todo lo que allí se hablaba mejor que los mismos inquilinos de las oficinas, pero toleró la nueva situación. Le convenía.

Los documentos emanados de las candidaturas en las elecciones internas del PDC de marzo de 1977 fueron la primera señal «oficial» por parte de la Democracia Cristiana de la posibilidad de un entendimiento con la izquierda marxista, la que, como veremos, estaba en proceso de renovación. En octubre del mismo año el PDC, ahora dirigido por Zaldívar, publicó otro documento, aún más explícito, al respecto, con el nombre de «Una Patria para Todos», en el que insistía en que la eventual restauración democrática sería «una gran lección histórica: los valores de la democracia no pueden ser negados ni despreciados, ni relativizados» y que ante la dictadura se imponía «como en las grandes ocasiones, un reagrupamiento del pueblo chileno» en un 'Movimiento Nacional de Restauración Democrática'».

El acuerdo que proponía, vagamente, en este documento distaba mucho del ser el Frente Antifascista que todavía postulaba la Unidad Popular (a estas alturas casi ex Unidad Popular), pero abría una posibilidad de entendimiento entre los principales sectores políticos opositores al gobierno militar. Así lo reconocieron éstos.

Desde entonces, los documentos emanados del PDC tendrían el mismo tenor. En 1979, un documento publicado por la Comisión Política del PDC iba más allá y planteaba que el consenso a conseguir debía fundarse «en acuerdos básicos, pragmáticos y no ideológicos, en lo político, económico y social, que en lo posible pudieran prolongarse más allá del período de transición, a fin de consolidar el régimen democrático en sus etapas iniciales». Se prefiguraba así lo que sería la Concertación por la Democracia diez años después, aunque se rechazaba por el momento la política de los «frentes amplios» en la medida que se buscaba preservar la identidad del partido y su propia plataforma de lucha.

¿Qué personas estuvieron tras este cambio de estrategia de la Democracia Cristiana? Ciertamente que la figura de Eduardo Frei Montalva fue determinante, como en todo lo que sucedía

en el PDC; pero también lo fue su presidente, Andrés Zaldívar, que en sus numerosos viajes al extranjero mantenía contactos y estaba enterado de la evolución de los partidos de la Unidad Popular en el exilio.

7.13 La Iglesia Católica y el Cardenal Silva Henríquez. Su rol histórico

Pero la gran opositora al régimen de terror impuesto por la dina fue la Iglesia Católica y su cabeza, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, de quien ya hemos escrito. Pinochet en un momento decidió que no iba a aceptar que el Comité Pro Paz se interpusiera en sus planes y solicitó perentoriamente su disolución. Entonces el Cardenal Silva fundó la Vicaría de la Solidaridad, destinada a desempeñar los roles del anterior y otros, además de llevar un exhaustivo archivo de los detenidos y desaparecidos. Fueron hostigados y agredidos hasta la muerte incluso sacerdotes. Pero la vicaría se transformó en la única herramienta que tuvieron los perseguidos durante los años más duros del acoso dictatorial. Esto fue posible por la actitud decidida y valiente del Cardenal Silva. El gobierno militar creó una oficina para preocuparse de luchar contra Silva y la mayor parte de la Iglesia Católica. A su cabeza puso a un marino y abogado de ultraderecha, Sergio Rillón, el que a través de sus contactos con figuras conservadoras del clero chileno y teniendo como nuncio a Ángelo Sodano, incondicional del aún más conservador Juan Pablo II, fue cambiando la fisonomía del episcopado chileno que poco a poco se mostró menos opuesto a la dictadura.

7.14 Chacarillas

En un acto que recordaba a los rituales del fascismo, ante un grupo de portadores de antorchas, en la cima del cerro Chacarillas y en medio de una tempestad, el 9 de julio de 1977, Pinochet fijó metas y plazos para un nuevo orden. Se dictarían actas constitucionales, las que entrarían en vigencia en 1980. En ellas se indicaría que en 1981 se iniciaría una «transición hacia la democracia» bajo conducción cívico-militar; luego se dictaría una constitución y se designaría un parlamento. En 1985, el poder político volvería a los civiles, los que habrían

de gobernar bajo las normas constitucionales aprobadas en la etapa anterior. Los anuncios consolidaban institucionalmente el modelo, el que sin embargo incorporaba características políticas al menos semidemocráticas en lo formal. Las declaraciones de «Chacarillas» representaban un triunfo, dentro del gobierno, del sector de los llamados «blandos» y una derrota del sector opuesto a todo intento de retorno a una administración civil, a una apertura política constitucional y a los artículos que regulaban la transición. El crecimiento del PIB fue de un 8,3% en 1979. El déficit fiscal se eliminó, la inflación cedió.

7.15 La coyuntura de 1978

Hacia fines de 1977, el panorama parecía aclararse para el régimen de Pinochet. El país estaba absolutamente bajo control, la oposición política eliminada o desarticulada y el panorama internacional, si bien continuaba muy adverso, se había ido aplacando con el paso de los años. Pero durante 1978 una serie de nubarrones oscurecerían este horizonte de triunfo y alterarían el calendario de institucionalización propuesto por la dictadura. Nubes morales y nubes políticas.

Hemos visto que aunque la DINA actuó principalmente en Chile, también mató o intentó eliminar en el extranjero a enemigos del gobierno militar. Se llevó adelante una política de coordinación con otras policías secretas de los regímenes militares de América Latina, para asesinar militantes de grupos de izquierda, en el plan u «Operación Cóndor». Posiblemente varios cientos de personas fueron muertos en función del plan. Pero también la DINA recurrió al magnicidio. Ya vimos que, antes de 1976, dos acciones contra figuras políticas exiladas habían resultado exitosas: el asesinato del ex Comandante en Jefe del Ejército en la época de la Unidad Popular, general Carlos Prats y su esposa, en septiembre de 1974 en Buenos Aires, y el ataque a tiros, con intenciones asesinas, al dirigente democratacristiano Bernardo Leighton, refugiado en Italia, en octubre de 1975. Otro atentado contra el líder socialista Carlos Altamirano, había fallado. Ahora se decidió llevar adelante una operación que sería fatal para la DINA y su jefe Manuel Contreras. Se trataba del asesinato del ex canciller de Salvador Allende, Orlando Letelier, activo enemigo de la dictadura en el exterior, cuyo automóvil fue desintegrado por una bomba

el 21 de septiembre de 1976 en Washington, muriendo él y su secretaria norteamericana.

Pero como la presión para la entrega de los responsables continuaría, a la que se sumó una durísima condena por parte de la ONU, el régimen decidió presentar el caso ante los chilenos como un eslabón más de una campaña internacional contra el país. En enero de 1978 se llamó a una «Consulta Nacional» realizada sin registros electorales, con estado de sitio y sin prensa libre, para mostrar al mundo que pese a la agresión extranjera, el pueblo chileno seguía apoyando a Pinochet. Se debía responder «Sí» o «No» a la afirmación: «Frente a la agresión internacional desatada en contra del gobierno de nuestra Patria, respaldo al Presidente Pinochet en su defensa de la dignidad de Chile, reafirmó la legitimidad del gobierno de la República para encabezar soberanamente el proceso de institucionalización del país». El régimen ganó por un 75% del total de los votos emitidos (resultado oficial) y desde entonces la directora del diario estatal *El Cronista*, la otrora diputada del Partido Nacional, Silvia Pinto, llamó a Pinochet «Mon General», pero el apodo no se popularizó.

La «consulta», por cierto, fue duramente cuestionada por la débil oposición existente dentro del país. Frei afirmó que todo el proceso electoral, desde la constitución de las mesas hasta el control de los escrutinios y el anuncio de los resultados, estuvo en manos de la autoridad que hacía la consulta; que no existían registros electorales, que se vivía un «estado de emergencia», etc. Era la pura verdad y todos lo sabían, pero no por ello la participación fue menos masiva. Incluso ese 25% que ingenuamente habría votado por el «No», y que ayudó a legitimar el fraude, concurrió mansa y entusiastamente a las urnas aunque –en el hecho– podía no hacerlo. Otros democratacristianos –unos sesenta– que protestaron contra el acto fueron hostigados, encarcelados o relegados.

Pero EE.UU. ciertamente no se dejó impresionar con la consulta y el problema del asesinato de Letelier se fue agravando, principalmente por el hecho, ya mencionado, de que Contreras como jefe de la DINA había dependido directamente de Pinochet, lo que era un secreto a voces. Fue así que después de un feroz forcejeo y un escándalo que conmovió a la opinión pública chilena a pesar de la manipulación del problema hecha por la prensa oficialista, el día 8 de abril de 1978 el general Pinochet

optó por entregar a los Estados Unidos al asesino material de Letelier, Michael Townley, un norteamericano. A los pocos días se debió pedir además la renuncia de Contreras al Ejército. La suerte del general caído se dejó en manos de la Corte Suprema chilena en la fundada confianza de que este tribunal rechazaría la extradición, como efectivamente ocurrió.

El coletazo político mayor de la expulsión de Townley y todo el caso Letelier fue la materialización de una primera limitada apertura política real de la rígida dictadura chilena. El 11 de marzo de 1978 se levantaba el estado de sitio, que duraba desde el 11 de septiembre de 1973, aunque continuaba un «estado de excepción» que era sólo levemente menos restrictivo. Pocos días después y por presión de los ministros civiles Mónica Madariaga (Justicia), Enrique Valenzuela (Minería), Hugo León (Obras Públicas), Edmundo Ruiz (Vivienda) y los más importantes, Pablo Baraona (Economía) y Sergio de Castro (Hacienda), fue reemplazado a la cabeza del Ministerio del Interior el general Raúl Benavides, cercano a Contreras, por el civil Sergio Fernández, cercano al Gremialismo. Fernández era una persona de pasado contradictorio y hasta entonces de poca figuración pública. Saltó a la primera plana como consecuencia de la consulta cuando el Contralor, Héctor Humeres, se negó a sancionar la convocatoria por su ilegalidad. Entonces fue reemplazado por Fernández, Ministro del Trabajo desde 1976. Fernández es hijo de un republicano español exilado y, al parecer, fue izquierdista en su juventud; pero después de 1973 se había ido integrando a sectores afines al gobierno militar, entre ellos su socio Miguel Schweítzer y Miguel Kast, entonces director de ODEPLAN. Finalmente lo apadrinaron Jaime Guzmán y los gremialistas. Hábil y discreto, Fernández aprobó ciertamente la convocatoria a plebiscito y subió entonces hasta la cúpula gobernante llegando a gozar de la confianza de Pinochet. A los tres meses reemplazaba al general Raúl Benavides como Ministro del Interior.

Aunque era un hombre de absoluta lealtad al general gobernante, con la llegada de Sergio Fernández al Ministerio del Interior se abría paso una hegemonía civil más acentuada; los ministerios de Relaciones Exteriores, Agricultura y Transporte pasaron también a manos de civiles. Fernández (en su libro *Mi lucha por la democracia*) insiste que asumió su cargo ministerial con el compromiso de poner fin a las violaciones a los

derechos humanos («pacificación del ánimo nacional») y dar los primeros pasos hacia una institucionalidad. Pero para evitar futuras acciones judiciales contra responsables de violaciones a los derechos humanos, el régimen decidió dictar una ley de amnistía (ya mencionada) para todos los delitos de sangre (con muy limitadas excepciones) cometidos desde septiembre de 1973 hasta la fecha. Por otra parte, el Informe Rettig (*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*) muestra que existieron desapariciones (y presuntas muertes) durante el período de la gestión de Fernández, después de dictada la ley de amnistía, aunque disminuyeron significativamente en número. Sin embargo, durante el mismo período, las denuncias por torturas fueron centenares. El ministro también fue responsable del exilio de dirigentes políticos, como veremos más adelante.

En otra perspectiva, la «consulta» (varios meses anterior al estallido final del escándalo Letelier y la derrota de Contreras) también había perseguido subsanar graves discrepancias que se habían producido al interior de las Fuerzas Armadas. El general Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, estaba descontento desde hacía varios años. Sus razones eran diversas e iban desde las de tipo personal hasta la objeción –formal– del hecho de que habiendo el régimen prometido originalmente un rápido tránsito hacia la democracia, se estaba en un lento camino hacia una institucionalidad política, en el mejor los casos, semidemocrática. Después de la «consulta», a cuya convocatoria se había opuesto y que fue presentada al país como un triunfo personal de Pinochet, Leigh, creyéndose fortalecido por la caída de Contreras, persistió en su actitud crítica del rumbo que llevaba la institucionalización. La pugna estuvo al borde de ser resuelta por las armas. Sólo en último momento la FACH, que apoyaba institucionalmente a su Comandante en Jefe, sin haber conseguido solidaridad entre las demás ramas de las Fuerzas Armadas, decidió no ofrecer resistencia. El 24 de julio de ese año 1978, Leigh y la totalidad del cuerpo de generales, con dos excepciones, pasaron a retiro. El general Fernando Matthei (una de las excepciones) fue nombrado Comandante en Jefe de la FACH por el gobierno. Después explicaría su actitud en virtud de la situación internacional del momento.

7.16 La acogida internacional y la respuesta al nuevo régimen chileno. Problemas graves con Perú y Argentina

En tanto, se habían producido importantes reacciones ante el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, tanto internacionales como nacionales.

Los militares chilenos se sentían los salvadores de Occidente cristiano, pero el golpe de Estado fue recibido con estupor y rechazo por la sociedad mundial. Sólo el Secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, consciente de la intervención de Estados Unidos en la desestabilización del gobierno de la Unidad Popular y siguiendo su línea política realista, aseguró un cierto nivel de apoyo al régimen militar chileno. Existía en el mundo una imagen idealizada de la Unidad Popular (que no correspondía a la realidad) y el Presidente Allende. El «modelo» socialista chileno representaban la esperanza del advenimiento del socialismo (valga la redundancia) por vía pacífica, en otros países. Por otra parte, la dureza del golpe, la posterior represión, exilio masivo y dictadura en un país que parecía un ejemplo de democracia tercermundista provocaron la protesta global. Las sociedades democráticas occidentales fueron tan críticas frente a lo ocurrido como los socialismos reales (excepción hecha de China).

El régimen militar mostró inicialmente incomprensión ante el rechazo internacional de los países occidentales al golpe de Estado. ¿No era éste una victoria fundamental en la lucha contra el comunismo? Se atribuyó esa desaprobación al marxismo enquistado en los gobiernos de esos países o la decadencia de la democracia como sistema de gobierno y, en definitiva, (¡oh, viejo Spengler!) de todo Occidente, al que acusó de ser débil e incapaz de luchar con dureza contra el comunismo en una cruzada salvadora. La Cancillería fue asignada a la Armada de Chile y los primeros ministros de relaciones exteriores fueron los almirantes Ismael Huerta y Patricio Carvajal, quienes asumieron la causa del nuevo gobierno de Chile con ánimo beligerante. Abandonando el estilo «civil-pragmático» que había caracterizado a la democracia chilena desde los años 1950, adoptaron el que Heraldo Muñoz califica de «pretoriano-ideológico». Cerca del 50% del personal de planta de la Cancillería fue despedido y reemplazado, en muchos casos, por militares en servicio activo o en retiro. El nuevo estilo respondía a lo que Pinochet definió

como «la guerra directa contra el comunismo internacional y contra su ideología marxista leninista». Tomando la ofensiva, el régimen militar intentó, con muy poca fortuna, justificar la posición chilena ante los organismos internacionales, recurriendo incluso a la mentira. El año 1975 el ex y futuro senador de derecha (Renovación Nacional) y Presidente del Senado, Sergio Díez, llegó a leer ante la Asamblea General de las Naciones Unidas una lista de nombres «inventados» de detenidos desaparecidos, personas «sin existencia legal», entre ellos una serie de personas de apellidos Maureira. Para su desgracia, los cadáveres de estos fueron encontrados después en un horno de cal abandonado y tapiado en la localidad de Lonquén. Habían sido asesinados por Carabineros. Paradojalmente, esta necesidad de defender lo indefendible tendió a endurecer al régimen y acentuar la conciencia de que debían permanecer en el poder más tiempo si había de justificarse históricamente. En otras palabras, lo empujó a subir la apuesta. No solo Díez mintió. Era la tónica.

Durante los años siguientes, las condenas internacionales al golpe militar, la dictadura y el quebrantamiento de los derechos humanos en Chile serían permanentes, incluso por parte de regímenes extremadamente conservadores como el de la Gran Bretaña, gobernada por Margaret Thatcher... aunque de manera suave en este caso. La situación para el régimen chileno se vino a aliviar sólo cuando Ronald Reagan fue elegido Presidente de los Estados Unidos en 1980.

Por otra parte, el gobierno chileno, paralelamente a los esfuerzos de la Cancillería, llevó adelante lo que puede calificarse como una política internacional de contacto directo con militares de otros países, los que en el caso de los vecinos de Chile también estaban gobernando.

Otra cosa fueron los graves problemas con Perú y después con Argentina, en 1978. En el primer caso, Pinochet se entrevistó con el dictador paraguayo general Alfredo Stroessner y luego intentó un acercamiento, que fue exitoso, con Bolivia y su Presidente, el general Hugo Banzer («Entrevista de Charaña», 8 de febrero de 1975).

Se trataba de neutralizar la amenaza peruana, pues el gobierno militar de ese país había pensado, aprovechando la crisis chilena, en hacer efectivas por la fuerza algunas de las reivindicaciones que venía reclamando desde el término de la

guerra de 1879. Perú, además, estaba muy bien armado merced a ventajosas compras en la Unión Soviética y con un Chile debilitado y aislado en el mundo.

Pero la gestión de Pinochet con Banzer fue un éxito y este estilo de contacto directo entre autoridades militares volvería a operar durante la crisis con Argentina en 1978. El día 19 de enero de ese año se reunieron en Mendoza los generales Pinochet y Jorge Rafael Videla en lo que fue calificado como «un acto exclusivamente militar», pero esta vez sin éxito pues a los pocos días el gobierno argentino declaraba «insanablemente nulo» el laudo arbitral que recién había dictado la Corona británica en relación con la soberanía de las islas Picton, Nueva y Lennox, sobre el canal Beagle, concediéndoselas a Chile.

El problema, que tuvo a ambos países al borde de la guerra ese mes de diciembre, se resolvería, como veremos, diplomáticamente, lo que no significó que los contactos castrenses directos no continuaran. Entre estos cabe destacar un viaje a Buenos Aires del entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército chileno, general Washington Carrasco, donde comunicó a su par argentino que de irse a la guerra ésta no se limitaría a la zona del Beagle sino que sería una contienda generalizada la que haría mucho daño a ambos países. Es posible que la advertencia influyese en el resultado final pacífico del diferendo. El gobernante de Argentina, general Videla, no quería la guerra, pero los halcones del Ejército y la Marina sí. La visita de Carrasco pudo influir mucho. Por su parte, Pinochet supo ser duro ante los argentinos: «No se volverá a la negociación bilateral, sino, vamos a las balas» (reunión Puerto Montt con el general Jefe de Estado rioplatense, general Videla).

Se estuvo al borde de la guerra (a pocas horas) pero finalmente Argentina y Chile aceptaron la mediación del Papa que nombró como su representante al cardenal Samoré, un gran diplomático que, después de una mediación, pudo dar al conflicto un final pacífico.

El año 1982 el canciller Jaime del Valle firmaba el acuerdo definitivo, aceptando la solución propuesta por el cardenal Samoré, representante para el asunto del Beagle. Chile se quedaba con las islas pero sin acceso al Atlántico. Era una buena solución para Chile.

El asunto con Argentina fue uno de los aspectos en que Pinochet actuó acertadamente y constituyó uno de sus éxitos.

Una guerra habría sido un asunto muy grave que habría dejado secuelas durante siglos.

En la misma estrategia internacional de «contacto directo» deben insertarse algunos viajes de generales al extranjero por motivos no políticos, sino relacionados con transacciones comerciales o incluso de otro tipo.

Entre estos últimos cabe destacar el súbito e inmediato viaje que había hecho el propio Pinochet a España al morir el anciano dictador Francisco Franco, en noviembre de 1975. En esa ocasión el gobierno español, aunque agradeciendo la muestra de afecto, al cabo de algunos días dio cada vez menos sutiles indicaciones de su deseo que la visita terminara pronto y que el dictador chileno retornara a su país. Se rumoreó por ese entonces que el Presidente de Francia, Valery Giscard D'Estaing, habría exigido la partida de Pinochet como condición para asistir al entierro del caudillo, y al parecer no fue el único. Pero no hay evidencia al respecto. Un incidente pintoresco de la visita fue una conferencia de prensa que dio el gobernante chileno ante un conjunto de periodistas, los que, a diferencia de lo que sucedía en las que daba en Chile, le preguntaron sobre todo tipo de temas sin eufemismos. Pinochet se molestó, aunque reconoció que el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 pudo haber producido unos dos o tres mil muertos.

Hacia 1978, sin embargo, era evidente que el estilo «pretoriano-ideológico» en la guerra entre Chile y «el marxismo leninismo» internacional (en el que se incluía a casi todos los gobiernos de Europa Occidental y después a los Estados Unidos del Presidente Carter), aunque galvanizó a las Fuerzas Armadas chilenas en lo que veían como una lucha heroica, nada conseguía. Entonces se volvió, al menos relativamente, al pragmatismo flexible con el primer canciller civil del régimen, Hernán Cubillos, quien era un hombre de negocios vinculado a la Armada, pero discordante de la línea impuesta a la política exterior chilena por los almirantes que lo precedieron. Cubillos formó un «Comité Asesor del Ministro», formados por algunos diplomáticos en servicio y ex diplomáticos de mucha experiencia en busca de implementar una mejor política internacional.

De hecho, el nombramiento del nuevo canciller significaba un retorno al estilo diplomático tradicional de Chile y el fin de la cruzada anticomunista. El país incluso participó en una reunión de «grupo de los 77», celebrada en La Habana.

7.17 Economía

7.18 Tasas de crecimiento económico

Crecimiento anual del PGB 1973-1982: 1,7%. Crecimiento anual del PGB per cápita 1973-1982: 0.1%

Estas cifras requieren una explicación; entre 1973 y 1975 el país decreció bruscamente fruto de la política de *shock*; entre 1975 y 1981, el país creció rápidamente. La debacle vino en 1982, allí el promedio bajó bruscamente. Lo veremos más adelante.

7.19 La consolidación del proyecto neoliberal; los «Chicago Boys»

El segundo grupo de derecha que terminó de consolidarse durante el gobierno de la Unidad Popular, aunque ya existía previamente, fue un equipo de economistas de pensamiento neoliberal, llamados «Chicago Boys». También nacido entre alumnos de la Universidad Católica (Escuela de Economía) los que, durante la década de 1960, hicieron postgrados en la Universidad de Chicago, pasando luego a ocupar cargos como docentes en el Instituto de Economía de la UC y a asesorando a grandes empresas. Los «Chicago Boys», varios de ellos hombres brillantes, se habían transformado en seguidores estrechos de Milton Friedman y Arnold Harberger. Ellos serían quienes aportarían el modelo económico neoliberal al gobierno de Pinochet.

Tras los «Chicago Boys», que hicieron su primera aparición –frustrada– en política nacional durante la campaña presidencial de Jorge Alessandri en 1970, estaban ciertos sectores de empresarios jóvenes que habían consolidado «grupos económicos» durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, actuando con una audacia y usando técnicas de administración de empresas desconocidas previamente en Chile. Durante la Unidad Popular, los «Chicago Boys» trabajaron en un grupo de estudios (CESEC), el que, a petición de la Armada de Chile, a través de los ex oficiales en retiro Roberto Kelly y Hernán Cubillos, se abocó a la creación de un proyecto económico alternativo al del gobierno. Éste quedaría plasmado en un documento conocido como *El ladrillo*, que sería la base teórica del neoliberalismo chileno después de 1974. Trabajaron en CESEC

Sergio de Castro, Emilio Sanfuentes, Pablo Baraona, Adelio Pipino, Sergio Undurraga, Sergio de la Cuadra, Juan Carlos Méndez, Manuel Cruzat y otros.

Las Fuerzas Armadas, que al momento del golpe no parecen haber tenido plan de gobierno alguno, adoptaron el proyecto histórico de esta «derecha renovada». Resultaba algo natural que ésta se alineara con los militares desde el primer momento y viceversa; se necesitaban mutuamente. Los uniformados, que habían tenido que improvisar un gabinete el mismo 11 de septiembre, rápidamente se dieron cuenta que no estaban preparados para gobernar; por ejemplo: el Ministerio de Educación fue entregado a un anciano profesor de historia de la Escuela Militar y el de economía a un general que (probablemente recordando a Luis xiv) proclamaba, «la economía de Chile soy yo». En definitiva, aunque poco a poco y no sin reticencias, los uniformados asumieron el rol de poner la autoridad y el orden, en la forma de un gobierno que fuese capaz de extirpar los males que veían como enquistados en la sociedad chilena y, en especial, en el mundo político, dejando a los políticos y técnicos de derecha la formulación e implementación del proyecto histórico. Y esta misión requería un plazo, todo el que fuese necesario. Al mismo tiempo en el lapso 1973-1977 algunos economistas demócratas cristianos se sumaron al proyecto, como Bardón, Cauas y otros. Pero otros que lo habían apoyado al principio se retiraron, al darse cuenta de que iba aparejado con una represión brutal. Fue el caso de Juan Villarzú, por ejemplo.

Los «Chicago Boys» tuvieron poder dentro del régimen desde el momento del golpe de Estado, Sergio de Castro y Pablo Baraona habían sido asesores del primer Ministro de Economía del régimen, general Rolando González. También prestaron su ayuda y consejo al almirante Lorenzo Gotuzzo, Ministro de Hacienda inicial. Luego adquirirían más poder cuando, en octubre de 1973, el empresario Fernando Léniz, estrechamente relacionado con el grupo económico Edwards y la empresa *El Mercurio*, asumió el Ministerio de Economía; pero no entrarían al gabinete hasta julio de 1974, cuando uno de ellos, Jorge Cauas, ocupó el Ministerio de Hacienda. El control del grupo sobre el aparato económico se hizo absoluto el año siguiente, cuando su figura más representativa, Sergio de Castro, fue nombrado Ministro de Economía.

Sergio de Castro Spíkula nació en Santiago en 1930. Estudió Ingeniería Comercial en la Universidad Católica de Chile, y luego fue miembro de la primera generación de chilenos que se doctoró en Economía en la Universidad de Chicago y se dedicó a la vida académica hasta 1975. Había estudiado con Arnold Harberger, Milton Friedman y el más radical de los neoliberales, Larry Sjaastad. Frío y obstinado, inteligente, sobrio y exigente con sus alumnos y colaboradores, fue la figura central del grupo que redactó el mencionado *Ladrillo* y el líder de los economistas liberales que trabajaron en el gobierno.

Fue profesor de la Escuela de Economía de la Universidad Católica de Chile, y su decano entre 1965 y 1968. En diciembre de 1976, fue el verdadero cerebro del modelo neoliberal chileno, aunque tuviera un duro traspié en 1982. Reemplazaría a Cauas en Hacienda, el ministerio clave del sector económico. Desde allí dirigió una política económica inspirada rígidamente por el neoliberalismo aprendido en Chicago. Seco e irónico, era temido por quienes llegaban hasta su oficina a «pedir plata» para sus instituciones o proyectos, inclusive altos mandos de las Fuerzas Armadas.

Mientras pertenecía a la «Cofradía Náutica del Pacífico Austral», conjunto de personas que preparaba el programa económico para después del golpe de 1973, el que daban por hecho, redactó *El Ladrillo*. El 14 de septiembre de 1973 ingresó al gobierno como asesor del Ministro de Economía Fernando Léniz, cargo en el que se mantuvo hasta 1974. En este periodo se aprobaron las primeras reformas económicas neoliberales: libertad de precios, rebaja de aranceles y privatizaciones.

Entre 1974 y 1976 fue Ministro de Economía, cargo desde el cual, junto al ministro de Hacienda Jorge Cauas, lideró un severo ajuste económico tras la crisis económica gatillada en 1975, donde el pib cayó 12% y la producción industrial se redujo en 28%.

En 1977, de Castro asumió como Ministro de Hacienda. El modelo que impulsó con los «Chicago Boys» se consolidó y en 1979 la economía chilena despegó, creciendo un 8,3%. Esto parecía un éxito enorme de los Chicago Boys. Pero en 1982 una nueva crisis económica sacudió al país. De Castro, aliado del Ministro del Interior, Sergio Fernández, le propuso a Pinochet la profundización del régimen neoliberal para enfrentar la crisis. Además, Sergio de Castro era contrario a la

devaluación del dólar (cuyo precio fijo era de $39). Pero por eso hubo de renunciar.

Otro de los líderes de los Chicago Boys fue Pablo Baraona. El currículum de Pablo Baraona es parecido. Economista, miembro de una familia patronal con las antiguas tradiciones del campo chileno. Estudió en Santiago, y se licenció la Universidad Católica de Chile, después obtuvo un Máster en Economía en la Universidad de Chicago. Académico del Departamento de Economía de la Universidad Católica de Chile (1964-1978); director en Viña Santa Carolina (1969-1974); Vicepresidente del Banco Central de Chile (1974-1975); Presidente del Banco Central de Chile (1975-1976); Ministro de Economía (1978-1979) y Ministro de Minería. Combinó su labor académica con la empresarial y pública.

Todos los «Chicago Boys» tenían relación con los grupos económicos existentes y los que se comenzaron a consolidar desde el comienzo del gobierno militar. Así, varias veces, se dio el caso de que un ejecutivo de un grupo económico pasara a ocupar un cargo público y viceversa.

La segunda generación de Chicago Boys se reclutó entre los gremialistas. Fue capitaneada por Miguel Kast, otro economista joven formado en la Universidad de Chicago, inteligente, idealista, tenaz y con fuerte carisma, que en su primera juventud había sido democratacristiano, pero que fue convertido al gremialismo por Jaime Guzmán. El grupo incluía también a Martín Costabal, Hernán Büchi, Daniel Tapia, Gonzalo Valdés, Teresa Infante Barros, Felipe Lamarca y otros. Estos, terminando con las vagas aspiraciones económicas corporativistas iniciales, pasaron a apoyar firmemente el ordenamiento liberal, ayudando a imponerlo como proyecto económico oficial después de 1975. Ese año, como se enunció, los «Chicago Boys», partidarios de la libertad absoluta de mercado y las técnicas monetaristas, impusieron una política de *shock* destinada a la reconversión privatizadora de la economía chilena. Estaban convencidos de que su carácter progresivamente estatizante, que se arrastraba desde la crisis mundial de 1929, pero que había tomado gran impulso durante los gobiernos de Frei y Allende, era la causa estructural de sus crisis recurrentes y su incapacidad para enfrentar el desarrollo que demandaba el país. Decidieron pues alterarla drásticamente.

El tiempo transcurrido ha mostrado que el diagnóstico de los «Chicago Boys» era el elemento teórico más serio del proyecto histórico que se estaba configurando y sería, luego de su debacle de 1982, en el largo plazo –en la forma de la economía liberal que se ha consolidado después de la transición a la democracia– la gran herencia positiva (y revolucionaria) del régimen militar, como veremos más adelante. Como dice Alan Angell, con su habitual ironía, se esperaba que «la reducción del sector público, reduciría la base de las presiones sectoriales o populares por concesiones gubernamentales; la reorientación de los excedentes hacia el mercado de capitales robustecería el respaldo a las políticas militares y castigaría a las fuerzas que se le opusieran. La apertura de la economía al libre mercado proporcionaría los medios para crecer, sin que hiciera falta apoyo estatal a sectores no competitivos (y) permitir que el nivel de sueldos fuera regulado por las fuerzas del mercado debilitaría el poder de negociación política del movimiento sindical. Todos estos elementos se combinarían para eliminar uno de los mayores propagadores de la intranquilidad social: la inflación. (...) Al mismo tiempo se erosionarían las antiguas formas de lealtad política y se desarrollarían otras nuevas, nacionales y sin distinción de clases». No sucedió todo esto en forma tan «científica» y secuencial. Pero, indudablemente, la tasa de desarrollo subiría fuertemente y de manera sostenida en promedio, al menos después de la crisis de 1982.

Pero si el neoliberalismo económico, en cuanto modelo para acelerar el crecimiento ha resultado un éxito en el largo plazo, cabe preguntarse cuánto de este éxito debe atribuirse a factores que nada tuvieron que ver con el «modelo» impuesto por los referidos economistas, bajo el paraguas militar. Desde 1920 Chile venía modernizándose. El nivel educacional promedio de la población era relativamente alto merced a los esfuerzos de los gobiernos de los últimos decenios, pero en especial los de Pedro Aguirre Cerda y Eduardo Frei Montalva (recordemos que la tasa de alfabetismo hacia 1970 era de un 90%). En el Estado existían instituciones claves que funcionaban adecuadamente, aunque con tropiezos o lentitud, variando de caso en caso: el Banco Central, la Contraloría General de la República, el Servicio de Impuestos Internos, el sistema municipal y la burocracia estatal en general. Había gremios empresariales y de trabajadores que cumplían sus funciones. Existía también –en

este caso con graves deficiencias en su administración– sistemas de seguridad social y salud pública, pero que beneficiaban a un amplio segmento de la población. Había una red de transporte interno, fundada en los ferrocarriles y empresas urbanas estatales, la que vivía con un perpetuo y creciente déficit, pero cumplía con su función social y de apoyo al aparato productivo. En fin, las universidades chilenas tenían un buen nivel académico (para un standard latinoamericano) y producían profesionales, por lo general, con buena preparación técnica.

Creo que este capital sociocultural preexistente hizo posible el éxito del experimento neoliberal en Chile. Este mismo experimento, en Haití, por ejemplo, no habría sido posible, por más que se instalara un sistema liberal a ultranza. Incluso en Argentina, donde los militares hubieron podido llevarlo adelante, no lo hicieron –en este caso– por razones ligadas a la cultura pública de dicho país o porque no contaron con los técnicos, en su momento.

Por otro lado, es igualmente cierto que ese capital, como bien sociocultural por sí solo, «no» había conducido a Chile, hasta entonces, a un crecimiento acelerado ni a la paz social. Más bien al revés, había colaborado a conducir al país al fraccionamiento doctrinario extremo y a un crecimiento económico que, en las últimas décadas, estaba por debajo del promedio del continente, al promoverse el frecuente cambio de políticas económicas y sociales.

De modo que, después de 1973, se produjo una complementación entre modelo económico, orden y tranquilidad, para que éste se asentara, e infraestructura sociocultural, que le entregó la base indispensable para su éxito a mediano plazo.

7.20 La ¿inteligencia? de Pinochet, en la opción liberal

¿Comprendió Pinochet las posibilidades del pensamiento económico neoliberal radical de los «Chicago Boys», en combinación con las condiciones impuestas en Chile por el autoritarismo, y a partir del mencionado relativamente buen nivel cultural de la población? ¿U optó por aquel ante la imposibilidad de contar con otros equipos profesionales, después del fracaso de algunos de los primeros economistas que le ayudaron los años 1973 y 1974? Hay

declaraciones suyas y de sus economistas que apuntan a lo primero, pero el conocimiento de su bagaje intelectual indica lo segundo. El apoyo gremialista –sin notar la contradicción en que caían respecto de sus ideas corporativistas– hacia los Chicago Boys parece haber sido un elemento muy importante para el alineamiento económico neoliberal de su gobierno. Es posible, incluso, que Pinochet haya optado por el neoliberalismo, en parte al menos, porque era la doctrina económica más opuesta al pensamiento marxista. Sin embargo, la hipótesis más probable parece ser que el tener tras sí a los Chicago Boys y su proyecto neoliberal, le daba un gran ventaja política ante otros miembros de la entonces Junta Militar de Gobierno, los cuales no tenían un pensamiento económico de cierta profundidad. Imagino cómo Jaime Guzmán, De Castro y compañía deben haber agradecido, que, como los emperadrores de Roma Antigua, tuvieran un «guardia pretoriano» que los blindaba ante cualquier ataque político interno.

El liberalismo extremo tiene acentuadas características de «darwinismo social». Sobrevive y prospera el más apto y el más fuerte. En una sociedad con profundas desigualdades educacionales y socioeconómicas, como la chilena, esto ha significado la consolidación de una polarización extrema en la estructura social. Vale decir, el crecimiento económico, producto del modelo, ha beneficiado –particularmente después de terminado el gobierno militar, que es cuando se ha producido el crecimiento más fuerte– sólo a un sector de la población chilena. Hasta otros han llegado algunos beneficios y, finalmente, hay un tercero, todavía numeroso, que no se ha beneficiado.

Pero se imponía, no sin oposición de los sectores nacionalistas y algunos jefes militares que propiciaban vagas formas económicas corporativas y defendían cierto grado de estatismo, el modelo de liberalismo económico y autoritarismo político. Esta era una combinación que fue presentada como necesaria, insistiéndose que sin el autoritarismo militar, el experimento neoliberal –que significaba pagar un alto costo social inicial– no hubiera podido llevarse a cabo. Es posible.

Con todo, en la nueva configuración que tomaba el régimen, aunque los militares seguían teniendo un rol muy importante («entre 1973 y 1986, fueron militares 56 de los 118 individuos que ocuparon carteras ministeriales»), serían los mencionados asesores y tecnócratas civiles quienes realmente gobernarían, entregando las directrices de largo plazo. Con-

seguir la legitimidad y continuidad mínima para imponer su proyecto obligaba así al régimen a «perder la relación primaria con el poder que lo originó», al intentar una desvinculación entre gobierno y Fuerzas Armadas, aunque no en términos absolutos. El elemento militar serviría a Pinochet para mantener el control de la situación contingente y su presencia en cargos públicos conseguía, al mismo tiempo, que los militares siguieran fieles al que consideraban «su» gobierno. La implementación de la relación gobierno-Fuerzas Armadas fue uno de los mayores rasgos de habilidad de Pinochet. Su régimen fue un autoritarismo basado en una «alianza militar-tecnocrática».

Gozando de vía libre, el plan de *shock* de los Chicago Boys se llevó adelante en plenitud, sin preocupación por aminorar su costo social. El año 1975 el producto geográfico bruto caía en un 12,9%, en tanto la inflación se mantenía en un 340% y en marzo de 1976, la cesantía a nivel nacional subió a un 19,8% nominal, la real era muy superior. Se terminó con el «escudo» como moneda nacional, en septiembre de 1975 se retornó al peso (equivalente a 1.000 escudos) tal como se había llamado la moneda chilena hasta la década de 1970.

7.21 Privatizaciones

Se procedió al desmantelamiento de los ferrocarriles y privatización de su servicio de transporte de carga; continuó el servicio sólo en el ramal sur de la línea de pasajeros. LAN Chile fue privatizada en 1989, después Empremar. Emporchi no fue privatizada, pero se fraccionó en 10 compañías menores cada una a cargo de los principales puertos del litoral chileno. Se puso fin a la ETC (Empresa de Transportes Colectivos del Estado), se acabó con Soquimich (Sociedad Química y Minera de Chile S.A.), la sucesora de Cosach y de Covensa ya mencionadas; hubo muchos casos más de traspaso de empresas del Estado a los particulares.

En 1977 se inició la privatización de la Compañía de Teléfonos de Chile. En 1930, la actual Telefónica CTC Chile fue creada como una sociedad anónima llamada Compañía de Teléfonos de Chile S.A. En 1971, el gobierno chileno intervino para controlar la gestión de la compañía y en 1974, la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) del gobierno de Chile adquirió el 80% del total de las acciones emitidas por CTC Chile, entonces en poder de ITT

El proceso de reprivatización de la compañía se inició en agosto de 1987, año en que la empresa australiana Bond Corporation adquirió en una oferta pública el 30% de las acciones. Más tarde, mediante algunas compras adicionales, Bond Corporation Chile S.A. quedó con aproximadamente el 50% del capital. En abril de 1990, Telefónica de España pasó a ser accionista mayoritario.

7.22 La red ferroviaria

Era una de las columnas vertebrales del país. No sólo porque transportaba un porcentaje importante de la carga y pasajeros, aunque con un grave déficit como se dijo, lo que se explica, en parte porque era vista como un servicio. Giró alrededor de ella toda una cultura. Las líneas centrales, al sur, a Valparaíso, al norte, eran arterias que tenía más que un significado económico, uno cultural y legendario. Esas líneas principales con sus múltiples ramales enriquecían la fisonomía de los campos chilenos. Sobre los «ff. cc. del E.», se compusieron canciones y el gobierno militar decidió acabar con ellos en parte por ser empresa del Estado y por el déficit que ya hemos mencionado. Pero al acabar con los ferrocarriles moría una parte de Chile.

Las privatizaciones fueron lo central del cambio del sistema socio político chileno. Fueron el fin del impulso estatizante que había comenzado con Carlos Ibáñez en su primer gobierno (1927-1930) y después proseguido en especial por los gobiernos del Frente Popular y las administraciones radicales y las de la dc y up.

7.23 La sociedad

7.24 La garra del miedo. ¿Qué es vivir con miedo?

El «toque de queda» comenzó el día 12 de septiembre de 1973. Continuaría por doce años. Primero se extendió por muchas horas (desde las 23:00 hrs., hasta las 7 a.m. del día siguiente; después se fue acortando. Durante el toque de queda en un principio no se podía circular ni en vehículo ni como peatón por las calles de todo

Chile. Después la prohibición, a medida que se iba reduciendo en horas, también limitó sólo a los vehículos. Pero lo importante de esta anomalía fue el efecto psicológico sobre los jóvenes.

Aquí estamos con un tema que abunda en la literatura de la edad moderna y contemporánea; el «terror» se transformó en concepto de un estilo de vida con la Revolución Francesa –lo que no obsta que hubiera existido en toda época–. Se le ha llamado «la garra», como las uñas de las aves depredadoras o de presa que cae sorpresiva y fatalmente sobre sus víctimas. Pero el terror no es simplemente un horror, pánico y súbito. Es un estado en el que se puede vivir por años o por décadas. Fue el caso de Chile. El terror como ataque repentino y mortal lo vivieron miles de chilenos. El terror como un estado permanente en que todo el mundo se cuida de lo que dice, de lo que hace, con quien está; un estado que transforma al ser humano normalmente digno, en un trapo. Se vivió para todos los chilenos desde 1973 hasta 1985 al menos. Incluso después de ese año hubo asesinatos y el terror entre muchos subsistió.

Ahora bien, el terror es un estado psíquico y social patológico, pero que como tantas patologías, ha sido frecuente. Fue el caso de Chile hasta que se fueron los militares y aún después, porque de una situación sicológica patológica no se acaba de un momento a otro.

Este cambio cultural llegó hasta los colegios primarios y secundarios. Todas las semanas se debía cantar la Canción Nacional incluyendo la estrofa sobre los «valientes soldados que han sido de Chile el sostén» (algunos, o muchos, reemplazaban sostén por calzón).

7.25 El desamparo

El chileno o chilena opositor se sentía absolutamente desprotegido. No había sindicato, partido político, ni siquiera el Poder Judicial que lo amparara ante la brutalidad de las policías políticas. En el mejor de los casos alguna amistad, algún parentesco. Sólo la Iglesia Católica, precariamente como lo hemos dicho, lo amparaba. Abundaban, por otro lado, los que proclamaban que quien nada hace nada teme, aunque ellos hicieran lo que quisieran. Es posible que los miembros de la ex UP hayan sido odiosos y resentidos, pero jamás cayeron en la maldad que mostró la dictadura. Se dirá que eso fue porque no tenían el

poder total, pero excepción hecha del MIR, una parte de los socialistas y comunistas, no llegó a verse una crueldad tamaña de su lado. En Cuba sí la hubo, pero Chile no era Cuba.

7.26 Los campos de detención

Una cantidad grande de personeros habrían de vivir años en campos de concentración ubicados en diversas partes de Chile. El régimen interno era carcelario, pero se desarrolló en ellos una solidaridad que les hizo posible superar la prueba. El más importante, que ha pasado a la historia porque allí estuvieron varios jerarcas de la Unidad Popular fue el de Isla Dawson, sobre el Estrecho de Magallanes. Los hubo también en Ritoque y Puchuncaví, en Chile Central. Otros estuvieron en provincias del norte y del sur. El trato en estos campos era duro.

7.27 El exilio

¿Cuántos fueron los chilenos obligados a exilarse o forzados a hacerlo? Se han dado diferentes cifras, entre 30.000 a 150.000. Posiblemente la realidad esté en un cifra intermedia. Buena parte del exilio no tuvo causas políticas, sino económicas. A los ex miembros de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, en menor medida, sin trabajo se les hacía imposible vivir en Chile.

7.28 La sociedad sufre. Los más pobres «pagan el pato»; la clase media logra sobrevivir precariamente

Toda organización sindical que no fuese incondicional del régimen fue destruida. Fue así que la cesantía producto de la «política de *shock*» llegó a elevarse a cifras cercanas al 30% y no hubo explosión de rebeldía alguna… era el miedo. Para manejar a los sectores afectados por este costo social el gobierno creó el Programa de Empleo Mínimo (PEM) en febrero de 1975, y el Programa para Jefes de Hogar (POJH) que entregaban una remuneración mínima a cambio de trabajo manual a destajo. Se contaba para controlarlos con los mecanismos de la dictadura. En primer lugar, manejo de toda información y prensa, así como

la censura de toda publicación. Ni qué decir de la prohibición de toda huelga o manifestación pública.

Los sueldos que pagaban el PEM y el POHJ eran ridículamente exiguas y las familias de obreros debieron vivir juntas, tres o más horas, para poder tener acceso a la comida y otros bienes mínimos. Era el «costo social» del cambio económico fundamental que se estaba llevando a cabo. La pobreza mostró su rostro como pocas veces antes en la historia de Chile.

La clase media, pilar de la sociedad chilena en el siglo XX, bajo su nivel socioeconómico, tanto la más acomodada como la de vida más estrecha, hubieron de acomodarse a las nuevas circunstancias. Familias se unieron para vivir en una sola vivienda. Aumentó el número de «allegados». Los colegios pasaron a depender de equipos docentes con sueldos paupérrimos.

A partir de 1976 el panorama cambió. Mejoraron los índices económicos, un cierto poder adquisitivo se manifestó en los consumidores de los estratos más bajos, todo esto ayudado por una propaganda proclive al consumismo y un sistema de créditos, personales o familiares.

En el sector social alto siguieron surgiendo nuevas fortunas, muchas fruto de compra de empresas estatales que se vendían, a precio de subasta. La especulación se hizo la regla. Todo este panorama escandaloso estallaría en 1982, como veremos.

7.29 Modernizaciones

En el Mensaje anual a la Nación de ese año 1978, el general Pinochet anunció nuevos importantes pasos a dar en el programa económico-social del gobierno, que resumió en «siete modernizaciones» claves, todas en consonancia con el proyecto neoliberal. Estas se llevarían a cabo los años siguientes. Un nuevo Código del Trabajo (Plan Laboral) fue dictado; una reforma que entregaba el sistema previsional a empresas privadas (AFP) que había comenzado a ser estudiada por un equipo de ODEPLAN hacia 1974, y que luego se perfeccionó bajo la inspiración del Ministro del Trabajo, José Piñera Echenique y se implementaría después de 1980 –por desgracia las jubilaciones que otorgan las AFP por lo general no llegan a la mitad de la renta que el jubilado tenía cuando estaba como trabajador activo–. Lo mismo ocurrió, parcialmente, con el sistema de salud, en manos del Estado tradicionalmente, pero ahora, convencido el gobierno

de que implantar un régimen dependiente del Estado y que se autofinanciara era imposible, fue complementado por la creación de instituciones privadas (isapres) que ofrecen cobertura a cambio de una cotización mensual, aunque por desgracia eso significó la decadencia de las instituciones que permanecieron en el área pública. Por lo demás, las isapres han demostrado que no otorgan sino coberturas parciales (pero son un buen negocio). Las isapres dan un grado variable de cobertura médica; con todo, en cierta medida aseguraron un grado de salud curativa a un número grande de chilenos.

fonasa, el sistema de salud que continuó en manos del Estado, para quienes no podían acceder a las Isapres se caracterizó por su carácter precario hasta bien adelante durante los gobiernos de la Concertación y la creación del plan auge, este sí un sistema que da a todos los chilenos un acceso a la salud aún en el caso de enfermedades largas y caras, eficiente, pero el propio plan auge sería afectado por su lentitud.

Se decretó también la libertad de tarifas profesionales y los controles sobre la producción de cepas vitivinícolas fueron levantados. Más importante fue que se aprobó una nueva legislación sobre concesiones mineras, la que daba amplias garantías al capital extranjero. La reducción generalizada del rol del Estado en la política social fue conducida por Hernán Büchi, quien después de la crisis económica de 1982 reemplazaría a De Castro como cabeza del equipo económico neoliberal, como veremos.

Se trabajó además en desburocratizar el Estado, con cierto éxito y en agilizar la administración de justicia, con bastante menos. En fin, por consejo del profesor Arnold Harberger, se eliminaron las trabas al crecimiento urbano –creando en Santiago el problema ecológico-urbanístico que vive hasta hoy y sigue– y se dictó un estatuto automotor que permitió importar piezas y vehículos usados. Después se implementaría la libertad de recorridos y tarifas de la locomoción colectiva particular; en tanto la construcción del Metro de Santiago (empresa estatal) era detenida y se procedía a sumir en la destrucción a la más que centenaria Empresa de Ferrocarriles del Estado, como se ha visto.

En fin, la Corporación de Fomento (corfo), tradicional e importante institución estatal creada en la década de 1930 y destinada a promover el desarrollo industrial, dirigida ahora por el general Rolando Ramos, se lanzó en una nueva campaña de ventas de empresas estatales a precios de subasta. Era la se-

gunda ola neoliberal (la primera se produjo durante el reino de Pepe Piñera) y la implantación en profundidad del modelo. Por cierto que esta campaña de venta masiva de bienes estatales se prestó para muchos actos de corrupción, al adquirir personeros cercanos al gobierno o que formaban parte de aquel, gran parte de las empresas que se vendían.

Se ha dicho, que, pese a los problemas citados más arriba, estas modernizaciones han sido otro legado positivo del régimen militar. Como ya se afirmó más atrás, no se trata de que en Chile se iniciara entonces el proceso de modernización. Tan importantes como las nuevas medidas habían sido en ésta modernización, por ejemplo, la creación de la red ferroviaria en la segunda mitad del siglo xix; de todas las instituciones (salud, previsión, crédito, etc.) que conformaron el «estado de bienestar» chileno en la década de 1920; de la corfo en la década de 1930, o del Banco del Estado en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez. Pero las reformas e iniciativas recién enumeradas efectivamente atacaron con éxito algunos problemas que parecían endémicos a ese mismo «estado de bienestar» y a la economía y aparato productivo chilenos anteriores a 1973.

7.30 El comercio minorista

Tal como lo dijimos más atrás, subsistió un comercio minorista en los barrios. Más allá de los rubros ya mencionados, en estos años se hicieron comunes las peluquerías «unisex», las relojerías para relojes de sólo una vida y jugueterías-paqueterías-librerías. En especial en los «caracoles» que fueron obra de los primeros años del gobierno militar.

7.31 Cultura

7.32 El «apagón»

De los once diarios existentes en Santiago antes del 11 de septiembre de 1973, quedaban sólo cuatro en 1975. Toda revista de izquierda o simplemente progresista había desaparecido, la radio y la televisión estaban controladas absolutamente por

el régimen. Se trataba de reducir todo lo posible la conciencia crítica de los chilenos.

Pero si el control de la opinión pública era esencial para la política de *shock* económico, esa no fue su única razón de existir. Tuvo que ver, asimismo, con el ya mencionado «apagón cultural». La tradicional desconfianza y lucha de las dictaduras contra el mundo intelectual, la libertad de opinión, la tolerancia valórica y la libre creación cultural también se dio en Chile. Hubo un intento organizado por depreciar la cultura, lo que se logró parcialmente. Además, se hizo un esfuerzo para que muchos caracteres propios de la mentalidad militar fueran asimilados por la población. Según dos autores: «la educación autoritaria, el acatamiento irreflexivo y sin opinión de normas arbitrarias, la sumisión, el temor al cambio» y la perpetuación del «toque de queda» ayudaron a fortalecer este ambiente de vigilancia y de limitación de la posibilidad de pensar, o expresar públicamente lo pensado. Además, como una forma de mantener preocupada a la población con cuestiones que no representaban un peligro doctrinario o político para la dictadura, se crearon iniciativas tan exitosas como la «Polla Gol» (ya nos referiremos a esta).

7.33 La otra cultura

Fuera de Chile (al menos por períodos prolongados) la mayor parte de los creadores artístico-culturales continuaron con su labor. Entre ellos Isabel Allende, Antonio Skármeta, Jorge Edwards, Ricardo Donoso, Raúl Zurita, Fernando Alegría, Ariel Dorfmann; Gonzalo Rojas, ya consagrado, Roberto Bolaño, recién descubierto, y otros.

Entre los pintores la figura más importante es la de Roberto Matta. Pero también estuvieron temporadas largas (o muy largas) fuera de Chile, Nemesio Antúnez y Claudio Bravo, ya hablaremos de ellos.

7.34 Cambios en la educación

La municipalización y privatización de la enseñanza media fue un cambio de fondo del sistema de administración de la educación introducido en Chile durante el régimen militar.

Según Jorge Nef, el cambio del modelo educacional fue la consecuencia directa de una transformación radical, consecuente con el tránsito desde una democracia liberal con un estado intervencionista a un régimen dictatorial con una economía neoliberal.

Esta medida se llevó a cabo en 1981 como un proceso de descentralización de la administración educacional, que hasta esa época correspondía directamente al Ministerio de Educación. Lo fundamental de la medida era el traspaso de la administración de los establecimientos educacionales desde el ministerio a la comuna en la cual estaban ubicados y la creación de colegios privados «subvencionados» para quienes pudieran pagar una parte de la educación media.

Los Programas Ministeriales de 1976, sugerían «un estudio completo» que incluía un plan piloto para poner en marcha dispositivos que condujeran a una delegación progresiva de aquellas en manos de la comunidad civil. Deberá contemplarse la conveniencia de varias alternativas como son el nivel comunal o vecinal, cooperativas educacionales, etc., manteniendo siempre el principio de que es responsabilidad del Estado el financiamiento subvencionado de parte de la educación.

Durante el año 1979, se redactó un documento denominado «Directivas Presidenciales sobre Educación Nacional», donde se definen criterios y prioridades.

El régimen militar se reservaba el control sobre los contenidos de la enseñanza. Se excluían todas las posibilidades de «planes alternativos» a implementarse por los colegios o liceos. Se evitaba de ese modo la «politización» de la educación en contra del gobierno.

Como se dijo, el Estado dejaba de crecer en aspectos educacionales y comenzó a transferir ese crecimiento al sector privado, por medio de subsidios a colegios privados (subvencionados).

En tanto, la municipalización implicaba un mayor grado de descentralización administrativa. El propio Ministerio de Educación afirmaba que con el traspaso de los servicios públicos a las municipalidades «se facilitaba que la administración de dichos organismos responda más fielmente a las características y diversidades de cada comuna», lo cual resulta mucho más fácil de lograr desde el nivel regional o nacional en que actualmente se administran. Por otro lado, el Ministerio de Educación ejercería sólo funciones normativas (fijación de fines, objetivos, planes

y programas, etc.), mientras que los municipios tendrán a su cargo toda la operación administrativa, a través del municipio en sí o de Corporaciones Municipales.

La municipalización implicaba que en la administración de los establecimientos hubiera mayor participación y control social. Así, se reducían las ineficiencias que se producían al centralizar las decisiones y lograr un mayor vínculo comunidad-establecimiento educacional, apoyando el proceso educativo con miras a los problemas y virtudes locales.

La municipalización conllevaba, teóricamente, la posibilidad de un mejoramiento cualitativo de la educación, puesto que las municipalidades, además de recibir el aporte equivalente al gasto del Ministerio de Educación en las escuelas traspasadas, dispondrían de mayores recursos por la vía del Fondo Común Municipal.

Pero el sistema creó grandes desigualdades. Por una parte surgió un problema de recursos; era una realidad que establecimientos particulares subvencionados poseían medios y, por ende, eran capaces de hacer inversiones por alumno para así obtener mejores resultados. Muy por el contrario, los establecimientos municipales deben pagar los salarios mínimos que el gremio de profesores negociaba con el Ministerio de Educación, lo que significa que entre el 70% y el 80% del financiamiento que estos establecimientos reciben por la subvención se destinaban a los salarios.

Inquieto a la posibilidad prevista por la autoridad pública de que las municipalidades traspasen, a su vez, las escuelas recibidas del Estado a manos de terceros. ¿Quiénes serían éstos? Al no haber respuesta clara para esta interrogante, era legítimo temer que la enseñanza pudiera quedar radicada en individuos o grupos inadecuados, movidos por ideologías o intereses económicos, y otros igualmente ajenos a la educación y al bien de los educados.

Resultaba evidente que la educación chilena era mediocre o mala. La privada era mejor que la pública, pero el nuevo sistema no pareció (ni ha parecido después) solucionar estos problemas. Sin duda, la educación chilena necesita una inyección masiva de recursos para subir un escalón cualitativo apreciable, aunque esto significa alejar a muchos malos profesores. La reforma del régimen militar no solucionó estos problemas fundamentales. El sueldo de los profesores en colegios municipalizados descendió hasta límites casi risibles. Ya nos referiremos a las universidades privadas.

7.35 Vida privada

7.36 La nueva dimensión de la medicina, todos somos enfermos

Hasta mediados del siglo xx ser enfermo era considerado una excepción, después de ese momento ser enfermo de uno o varios males era considerado lo normal. Se ha descubierto que la diabetes, alto colesterol, enfermedades mentales (en particular depresión), alta presión, disfunciones sexuales o de cualquier tipo, existen en una mayoría de individuos. Ser sano es la excepción, no ser enfermo. Esto ha llevado a que la medicina se transforme en un rubro caro a tener en cuenta en el presupuesto económico privado y a la proliferación de la medicina alternativa.

Por otra parte a medida que fue avanzando el siglo xx algunas enfermedades mortales o inhabilitantes, tan viejas como el hombre, fueron controladas hasta desaparecer: viruela (exportada de Europa a América con la Conquista), la hidrofobia, la poliomelitis, la sífilis (exportada desde América a Europa con la Conquista). Otras han sido controladas, así como la diabetes en ciertos casos, las enfermedades a los ojos, incluso en algunos casos el cáncer. Por cierto que esto no es un fenómeno chileno sino mundial. Pero en Chile se ha dado, ciertamente.

7.37 Cómo cambia el ser rico

Este tránsito no ha cambiado mucho por milenios. Pero en sectores amplios de este país del fin del mundo llamado Chile ha tenido sus peculiaridades. Ser pobre había permanecido casi igual: falta de dinero para una existencia digna, marginalidad y baja autoestima. Pero ser rico –que siempre conllevó un grado de sobreestima, soberbia y prepotencia– en el Chile militar esto se transformó en una cultura, partiendo por los propios militares, que no siendo ricos (posiblemente hasta llegar al rango de general) después desplegaban una parafernalia apabullante y ridícula. Los nuevos ricos civiles y muchos de los antiguos, entraron en la misma «onda». El –relativamente– sobrio Chile quedó atrás. La cultura del «mall», del auto y de la casa espectaculares se hizo común. Se entiende que una persona muy rica

pueda tener un auto y una casa espectaculares y otros equipos. Pero ahora se trataba que personas no muy ricas pudieran tenerlas y para eso se endeudaban y vivían en función de aparentar. Un caso emblemático fue el los falsos celulares. Cuando apareció el celular, que era caro, se transformó en un símbolo de status. Pues bien los carabineros detuvieron a muchos (la mayoría mujeres del barrio Santiago oriente) por ir conduciendo y hablando en celular, algo prohibido. Pero cuando las revisaban se daban cuenta que celular era de palo, una imitación de los aparatos verdaderos. Querían que sus conocidos supieran que manejaban celular. Siúticas, habrían dicho muchas abuelas…

7.38 El «chaqueteo»

En Chile ha sido común el chaqueteo (o acomodarse a una nueva realidad traicionando a la que se apoyó antes), pero pocas veces se ha dado como en 1973. Millares de sujetos que habían sido democratacristianos, al menos de simpatía o incluso UP, se transformaron en incondicionales del régimen militar. Ya hemos mencionado algunas figuras de DC, Carmona, Bardón, Cauas y otros. Pero esto no se dio sólo a nivel de las grandes figuras. Desde la Universidad Católica pude observar cómo se daba el proceso, más que entre los profesores, en el Canal 13.

Episodio

La «Polla Gol»

Si un español leyera estas páginas se preguntaría, entre divertido y extrañado, por que se eligió el nombre de «Polla Gol» para el juego de azar que apasionó a Chile entero durante muchos años. Posiblemente vería en éste apelativo un freudiano «acto fallido» a través del cual, los creadores del sistema, denunciaban inconscientemente sus verdaderas intenciones con respecto a los chilenos.

Sin embargo, la explicación es más simple. En idioma «chileno» la palabra «polla» es sinónimo de juego de azar. Una forma de lotería con el nombre de «Polla Chilena de Beneficencia», había existido por décadas. Sólo que participar en ella era relativamente caro y si bien era popular, no lo era especialmente entre los sectores sociales más modestos. Ligar el nuevo juego de azar con el fútbol, deporte popular por ex-

celencia y más ahora que no había actividad política, así como hacerlo económicamente asequible a la gran mayoría de los chilenos, hasta los más pobres, fue una idea genial cuyo autor merece conocerse más.

En realidad se trataba de alienarlos masivamente, sacándolos de la dureza de su cotidianeidad y envolviéndolos en el sueño de ganar riquezas, estadísticamente casi inalcanzables, pero a lo cual todos parecían tener acceso a cambio de una pequeña suma de dinero.

La Polla-Gol no fue una invención chilena, pues el juego de azar relacionado con los pronósticos relativos al fútbol existía ya en muchos países. La genialidad fue el traerlo a Chile y difundirlo ampliamente en un momento en que los chilenos no tenían posibilidad de preocuparse de política o cultura y vivían una situación de angustia económica que era necesario olvidar. El hecho fue que con la «Polla Gol», los chilenos cayeron en un verdadero frenesí.

Durante la segunda mitad de la década de 1970 y primeros años de la de 1980 al menos, el jugar «Polla Gol», el discutir toda la semana sobre el tema, el pasar los domingos pegado a la radio o el televisor para conocer si era o no millonario, pasó a ser la principal actividad recreativa de una proporción muy importante –quizá mayoritaria– de los chilenos de sexo masculino y una no desdeñable proporción de mujeres.

Incluso quienes no tenían siquiera la mínima suma que costaba pagar una «cartilla» y así participar en el concurso, hacían sus pronósticos a nivel tentativo. Mal que mal, no se podía permanecer fuera de una de las principales tendencias de la cultura chilena de esos años. Esa persona no podía, evidentemente, soñar con ser millonario, pero sí tenía tema de conversación para toda la semana.

La primera noticia que daban los noticiarios radiales y televisivos los domingos por la noche se refería a la «felices ganadores» de esa semana. En los días siguientes, los diarios los entrevistaban y en la calle se hablaba de su gran suerte.

Más de alguna vez sucedió que ganó la Polla Gol una persona ignorante y pobre. En el acto se le tiraban encima tiburones financieros de todo tipo, ofreciéndole las mejores ofertas de inversión. El «feliz ganador» compraba acciones, casa de lujo, automóvil Mercedes Benz. Pero era frecuente que uno o dos años después ya no tuviera nada. Emblemático fue el caso de

un carpintero de apellido Cárdenas que invirtió buena parte de lo ganado en la «Polla Gol» en una institución financiera manejada por el Gremialismo con el hogareño nombre de «La Familia», la que quebró poco después en medio de un escándalo político-financiero mayúsculo. Al parecer se trataba de una «familia» en el sentido gangsteril de la palabra.

1980-1989

8.1 La política

8.2 Consolidación institucional

Pero el segundo semestre de 1978, pese a la tensión con Argentina, la serie de tormentas que ese año debió enfrentar el régimen parecía superada y la situación de nuevo se volvía estable. Tras el apoyo recibido en la «consulta» realizada en 1978, sin registros electorales, desprendido de Leigh y Contreras, con ley de amnistía, con el boicot sindical en vías de detenerse y firme de nuevo en el poder con el apoyo fiel de la derecha, Pinochet se decidió a actualizar el calendario de institucionalización anunciado en el cerro Chacarillas. En una aceleración del ritmo del proceso de consolidación del sistema influyó también el escándalo Letelier, que había terminado con el escaso prestigio internacional que pudo tener el régimen militar chileno. Por lo demás, ahora que el éxito económico parecía llegar era conveniente limpiar un poco la imagen política.

El desprestigio y destitución de Contreras había significado otra considerable pérdida de poder del sector más autoritario y antidemocrático (los «duros») entre los partidarios y colaboradores cercanos de la dictadura militar. En cambio, en la alianza Gremialista-Chicago Boy, ahora, con Sergio Fernández y Hernán Cubillos firmemente a cargo también del equipo político de gobierno, se había ido abriendo paso la idea (sostenida por Milton Friedman) de que un acentuado liberalismo económico requería como correlato al menos un cierto grado de liberalismo político. El ejemplo de la evolución democrática

de España franquista después de la muerte del caudillo también fue importante. El hecho fue que poco a poco se abandonó la idea de perpetuar institucionalmente como gobierno una forma regulada de autoritarismo de manera definitiva. Se pensaba ahora seriamente en implantar una «democracia protegida» a materializarse después de un largo período de despolitización de la sociedad chilena. La diferencia entre ambas concepciones de gobierno, que en un comienzo fue de matices, se fue ampliando. Se contemplaba, en cualquier caso, un plazo de transición largo, el que no solo tendría una función pedagógica en lo político, como se dijo más atrás, sino que se consideraba necesario además para asentar en la conciencia de los chilenos el modelo económico neoliberal –que comenzaba a dar resultado pero cuya consolidación tomaría algunos años– sin peligro de ser dislocado por la protesta social.

8.3 Planes para una institucionalición del autoritarismo

Se decidió preparar un esbozo de Constitución que consagrara la «democracia protegida». Desde hacía cinco años una comisión encabezada por el ex ministro del Presidente Jorge Alessandri, Enrique Ortúzar, venía trabajando al respecto. Había sido creada en septiembre de 1973 por designación del propio Pinochet, entonces presidente de la Junta de Gobierno. Además de Ortúzar, la integraban el abogado radical de derecha Jorge Ovalle, Sergio Díez y Jaime Guzmán, a los que después se unirían Gustavo Lorca y los juristas democratacristianos Enrique Evans y Alejandro Silva Bascuñán, los que renunciarían con motivo de la ilegalización del PDC en 1977. Poco después se pedía la renuncia a Jorge Ovalle, amigo cercano del general Gustavo Leigh y se integraron los abogados de derecha, Luz Bulnes, Raúl Bertelsen y el ex democratacristiano Juan de Dios Carmona.

Además el año 1978, por iniciativa principalmente democratacristiana, comenzó a funcionar una comisión constitucional paralela a la oficial, de carácter pluralista, el Grupo de Estudios Constitucionales, constituido en julio de 1978 más conocido con el nombre de «Grupo de los 24», en consideración al número de sus integrantes originales. El Grupo era la contrapartida de la Comisión Ortúzar y surgía ante la evidente falta

de empeño de ésta por terminar su labor. Pretendía «emprender el examen y debate de las ideas básicas que contribuyan a producir ese acuerdo democrático que ha de ser el fundamento de la futura institucionalidad». El «Grupo de los 24» se reunió de manera continua durante los años siguientes bajo la presidencia de Manuel Sanhueza, cabeza de su «Comité Directivo», pero sus opiniones teóricas y su convencimiento de que «para generar una Constitución debe convocarse a una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal o emplearse otro procedimiento igualmente democrático», no tuvieron, como era natural, el menor eco del régimen militar.

En verdad, el paso de la Comisión Ortúzar había sido cansino y tenía la oposición del sector «duro» dentro del gobierno, que, en la obligación de llegar a alguna institucionalización, prefería un sistema de «Actas Constitucionales» que asegurara una más prolongada permanencia del autoritarismo en su versión más acentuada. Ahora, bajo el empuje de los gremialistas y de Fernández, se le demandó resultados a corto plazo sobre la base del ya visto plan de Chacarillas de 1977. El 16 de agosto de 1978 debía tener un primer borrador constitucional. Se tuvo, aunque, por instrucciones del propio Pinochet, este nada decía de cuál sería el estatus jurídico ni la longitud de la «transición» hacia la nueva institucionalidad. A los pocos días el misterio quedaría, sin embargo, develado. El 11 de septiembre de ese quinto año de gobierno, en su discurso, el general Pinochet propuso su fórmula.

El plan de transición entregado al país contenía cuatro puntos. El proyecto constitucional de la Comisión Ortúzar pasaría ahora al Consejo de Estado, un ente fantasmal organizado en su momento para dar un viso de legitimidad al régimen y compuesto, entre otras personas, por ex presidentes de la República, excepto Eduardo Frei Montalva, que se había negado a participar. Una vez cumplida esta etapa, el texto resultante sería plebiscitado. Promulgada la nueva Constitución se entraría en una «transición» de seis años, con un parlamento designado por el régimen. Las primeras elecciones políticas tendrían lugar «no antes de 1985». No se establecían plazos definidos para este itinerario. El no establecimiento de fechas dejaba abierta la posibilidad de una transición que superara largamente el año 1985, como ocurrió. En definitiva primaba la idea de dejar «todo bien amarrado», en particular el sistema socioeconómico.

El Consejo de Estado, a instancias del ex Presidente Jorge Alessandri, introdujo modificaciones al texto de la Comisión Ortúzar, particularmente por lo que se refería a la introducción de artículos transitorios que establecían mecanismos y fechas para el itinerario hacia la «democracia protegida», figura institucional que se mantenía. Pinochet permanecería como Presidente de la República hasta 1985, pero sus poderes irían disminuyendo paulatinamente. La Junta Militar seguiría existiendo, pero ya sin potestad legislativa, se limitaría a una función asesora.

En ellas se indicaría que en 1981 se iniciaría una «transición hacia la democracia» bajo conducción cívico-militar; luego se dictaría una constitución y se designaría un parlamento. En 1985 el poder político volvería a los civiles, los que habrían de gobernar bajo las normas constitucionales aprobadas en la etapa anterior. Los anuncios consolidaban institucionalmente el modelo, el que sin embargo incorporaba características políticas al menos semidemocráticas en lo formal. Pero la propuesta del Consejo de Estado no prosperaría. Pinochet se opuso.

Otro grupo de juristas, bajo la dirección del Ministro del Interior, Sergio Fernández, fue llamado para que intentara un nuevo texto constitucional en lo que se refería a sus artículos que regulaban la transición, los que debían quedar al gusto de Pinochet. Fernández era un «yes man», y las disposiciones en discusión fueron modificadas. El general Pinochet gobernaría –con parlamento designado y con facultades dictatoriales– hasta 1989. En 1988 un plebiscito decidiría si Pinochet (u otro candidato del gobierno) continuaría como Presidente, ahora con parlamento elegido parcialmente desde 1989 hasta el año 1997-98, cumpliéndose los 16 años de gobierno planeados. Sólo entonces se realizaría la primera elección presidencial competitiva. En caso de perder el plebiscito el régimen, habría elecciones abiertas y competitivas en 1989-90, que fue lo que ocurrió. Pero también, en ese caso de perder el plebiscito, Pinochet permanecería como Comandante en Jefe del Ejército hasta 1998 lo que también ocurrió.

La fórmula de Fernández, que representaba la voluntad de Pinochet, terminó por ser aceptada por la Junta Militar legislativa. El único en protestar fue el humillado ex Presidente Alessandri y en fin, con algunas modificaciones, como se afirmó recién, este iba ser el itinerario que se seguiría. Con tanta más facilidad se aceptó la propuesta Pinochet-Fernández, en circunstancias que

los economistas anunciaban el próximo *boom* económico que, presumían, aseguraría su triunfo en el plebiscito. Este había de llamarse en 1980 para la aprobación del texto.

De todos modos, era necesario apresurar la concreción de un itinerario de avance hacia la consolidación del neoliberalismo económico y una institucionalidad política que consagrara la democracia protegida.

En el mes de agosto de 1980 Pinochet, ahora asesorado, no sólo por un Estado Mayor Presidencial, numeroso y bien equipado, sino también por un Comité Asesor Presidencial (coap), llamó a plebiscitar el texto constitucional que había salido de la comisión Fernández. Sus estudios de estrategia le habían convencido de la conveniencia de atacar por sorpresa y citó el plebiscito para un plazo de un mes. Fue una buena decisión. Con derecho, por primera vez desde 1973, a expresar públicamente su pensamiento y disponiendo de un limitado acceso a la prensa, la oposición política fue sorprendida en desconcierto. Primero, el Presidente de la dc, Andrés Zaldívar, hizo gestiones para evitar el plebiscito. Habiendo fracasado, intentó acercarse al ex Presidente Jorge Alessandri para capitalizar su descontento contra el texto constitucional a plebiscitar. Pero este, hombre de derecha al fin, terminó, tras dudas y cavilaciones, por apoyar veladamente el proyecto del régimen. Por lo demás, la sorpresiva apertura política que se declaró era relativa, pues si potencialmente la oposición podía hacer propaganda, no tenía los medios técnicos suficientes para llegar a los votantes. Todos los diarios de Chile estaban controlados por adictos al régimen. También lo estaba la totalidad de la televisión, sin excluir el Canal 13 de la Universidad Católica de Chile, la que estaba en manos del Gremialismo, situación avalada por los sectores más reaccionarios de la Iglesia Católica chilena, e intervenida militarmente con un almirante en retiro como rector. El futuro cardenal Jorge Medina, entonces Pro Gran Canciller de la Universidad, avaló plenamente la incondicionalidad de la casa de estudios para con la dictadura y no protestó, al menos públicamente, cuando algunos alumnos y profesores pasaron a engrosar las listas de desaparecidos o torturados. En esas circunstancias no es sorprendente que el Canal 13 se negara a transmitir el acto opositor.

La oposición al gobierno intentó, nuevamente, conseguir algún espacio en el Canal 13 a través de la Iglesia. Breve y

contundente fue la respuesta del propio Monseñor Medina: «Transmití a las autoridades competentes del canal su petición, dándoles copia de su carta y recomendándoles su atención. Me permito hacerle presente, como la misma carta de Uds. lo reconoce, que la Gran Cancillería no tiene atribuciones en la programación del Canal, la cual es sumamente compleja por razones técnicas y financieras».

Con todo, la campaña por el plebiscito fue reñida y apasionada. La oposición, en el dilema de participar en este legitimándolo, o negarse a hacerlo, entregándole una victoria aplastante y sin oposición a Pinochet, optó por la primera posibilidad. Se hizo cuanto se pudo luchando contra una maquinaria apabullante, que incluyó la prohibición de actos de masas, excepto uno en el Teatro Caupolicán de Santiago, prácticamente sin acceso a la prensa, excepción hecha de algunas radios (Cooperativa y Chilena) y –no era de extrañar– con la oposición de algunos sectores del ex MIR y otros grupos de ultraizquierda. Estos se empecinaron en la táctica abstencionista, llegando a boicotear los principales esfuerzos organizados por el apresurado «Comando por el 'No'» que se formó. En el acto del Teatro Caupolicán hablaron el jurista Manuel Sanhueza, el filósofo Jorge Millas y el ex Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva. Este último hizo presente que el proyecto de constitución a plebiscitar era ilegítimo en su origen e inconveniente en su texto. El plebiscito era carente de validez, por la subsistencia del estado de emergencia, la inexistencia de un sistema electoral que ofreciera garantías de la limpieza del acto y la prohibición de expresar su opinión de manera contundente y masiva para quienes se oponían al texto propuesto. Concluía que nadie se podía engañar: el resultado del plebiscito estaba predeterminado. Con todo, llamaba a votar «No» como un acto simbólico y testimonial y desafiaba al general Pinochet a tener con él un debate televisado. La prensa informó muy escasamente sobre el acto del Teatro Caupolicán y sobre Frei llovieron denuestos. Jaime Guzmán incluso declaró, perdiendo su habitual mesura pero probando la dimensión de su cinismo, que Frei estaba «llamando al quiebre de las Fuerzas Armadas y a una división dentro de ellas»; nada más falso. No se permitieron más actos públicos de la oposición, y la campaña por un plebiscito limpio sólo recibió ulterior apoyo de la Iglesia Católica y del «Grupo de los 24», que sugirió la necesidad de aplazarla hasta que se pudiera realizar en otras condiciones. Este

organismo, ya en septiembre de 1979 había declarado que un ordenamiento constitucional futuro tendría que darse sobre la base de un «Estado de derecho, separación de los poderes públicos, generación periódica de los gobernantes mediante sufragio universal, libre, secreto, personal, igual e informado, participación activa y organizada del pueblo a través de partidos políticos y organizaciones intermedias, responsabilidad de los gobernantes y publicidad de su gestión». Ahora, a fines de agosto de 1980 insistía: «La lucha por la democracia no llegará a su término el 11 de septiembre próximo. Consumado el engaño que denunciamos, empezará una nueva etapa en la lucha del pueblo chileno por reconquistar sus derechos esenciales». Pero estas opiniones, obviamente, no fueron tomadas en cuenta por el gobierno.

Las improvisadas encuestas que se realizaron daban, por otra parte, la esperanza de un resultado estrecho, aún cuando la oposición insistió, hasta el día mismo del acto, que el régimen tenía decidido el triunfo del «Sí». El desafío del ex Presidente Frei al general Pinochet para un debate televisivo abierto fue, como era de esperarse, rechazado.

Triunfó el «Sí» por un 67,04% contra un 30,19%, más blancos y nulos. La votación –como lo denunciara Eduardo Frei Montalva– se hizo nuevamente sin registros electorales y no puede ser tomada en serio. Pero al igual que en la consulta de 1978, en el plebiscito de 1980 es muy probable que la opción por el «Sí» realmente recibiera una mayoría de preferencias, aunque fuese en un porcentaje menor que el anunciado por el Ministerio del Interior.

8.4 La institucionalización, segunda etapa; la oposición se reorganiza

Una vez superada la coyuntura plebiscitaria de 1980, Pinochet castigó a la Democracia Cristiana, exilando a su presidente Andrés Zaldívar, quien incluso se había atrevido a proclamar (en un confuso incidente con la televisión peruana y una revista mexicana) su duda sobre la limpieza de los resultados. A la expulsión de Zaldívar seguirían, en agosto de 1981, las de otros opositores, el ideólogo y luchador por los derechos humanos Jaime Castillo Velasco (por segunda vez) y los integrantes de ex Unidad Popular Carlos Briones, Orlando Cantuarias y Alberto

Jerez, todos los cuales habían sido parlamentarios o ministros de Estado. La embestida gubernamental, sin embargo, provocó que a instancias del ex Presidente Frei la Democracia Cristiana diera un paso más allá en su acercamiento a las demás fuerzas políticas opositoras. Apareció el llamado «Documento de Consenso», en el cual se afirmaba «proponer y consolidar un nuevo orden para Chile, inspirado en los fundamentales principios de dignidad de la persona humana, libertad, justicia, solidaridad, pluralismo y participación». Se respaldaba (como hemos visto) una política de «movilización social» que contemplaba acciones comunes con sectores de izquierda frente a problemas concretos, incluyendo a comunistas u oficialistas. Se inauguraba así de manera activa y clara la «política de acuerdos» que habría de concluir en la formación de la «Concertación por la Democracia» y su triunfo en el plebiscito de 1988. Desde su exilio en España, Andrés Zaldívar estaba en una línea similar.

Por la misma época, otra iniciativa creada a instancias del ex Presidente Frei hacia 1979-1980, el «Proyecto Alternativo», originaba una amplia discusión sobre un futuro régimen de gobierno democrático para Chile. Sin embargo, a comienzos del año siguiente, en enero de 1982, moría Eduardo Frei Montalva, al surgir dudosas complicaciones después de una operación quirúrgica menor, con lo cual el principal partido de oposición quedaba golpeado tan duramente que muchos creían en la imposibilidad de su recuperación, al menos por largo tiempo. Circunstancia que, sumada a la elección de Ronald Reagan como Presidente de los Estados Unidos y a la ola conservadora que pareció extenderse sobre el planeta, hacía que el retorno a la democracia en Chile se viera como una alternativa cada vez más remota.

La muerte de Frei, víctima de una operación con un buen cirujano, despertó todo tipo de rumores. Se pensó que su muerte daba para presumir lo peor, más todavía cuando poco después el régimen, o alguno de sus organismos dependientes, ordenó el asesinato del líder sindical Tucapel Jiménez, el 25 de febrero de ese año. Si Jiménez había representado una amenaza para la dictadura, Frei lo había sido mucho más.

8.5 La oposición se une

Pero la recuperación de la Democracia Cristiana fue rápida. Hacia fines de ese mismo año se imponía Gabriel Valdés como

presidente del PDC, después de una agitada campaña interna en que inicialmente disputaron el cargo Claudio Orrego y Tomás Reyes.

Con él triunfaba la corriente que propiciaba un franco acercamiento con la izquierda renovada, abriéndose una estrategia que finalmente llevaría hacia el retorno de la democracia en Chile en lo que Valdés llamó «un gran movimiento nacional» de recuperación democrática. Se apuntaba claramente hacia un entendimiento con el socialismo renovado. Junto con Valdés integraron la nueva directiva del PDC, Patricio Aylwin, Edgardo Boeninger, Narciso Irureta, Tomás Reyes y Sergio Molina, entre otros. Se superaba así el vacío de liderazgo en que había quedado la Democracia Cristiana a raíz de la muerte de Eduardo Frei Montalva. Una reunión de técnicos y profesionales democratacristianos (más de quinientos) realizada en la localidad de Punta de Tralca, en diciembre de 1982, confirmó la nueva línea aun cuando rechazó la posibilidad de un pacto con el Partido Comunista.

Aunque ya habían existido previamente contactos entre democratacristianos y dirigentes de la Unidad Popular fuera de Chile, en particular en el seminario de «Colonia Tovar» realizado en Caracas en 1975, y en el encuentro auspiciado por el Comité para América Latina y el Caribe del Consejo Nacional de Iglesias realizado en Nueva York en 1976, éstos habían sido esporádicos y en ellos la Democracia Cristiana no había estado representada «oficialmente», sino por personeros en el exilio. Pero hasta 1977 al menos, siendo presidente del partido Patricio Aylwin, el PDC rechazó la posibilidad de un entendimiento y más aún una alianza con los partidos marxistas de la Unidad Popular, en la posición en que estaban entonces. El acercamiento entre los otrora dos «tercios» políticos irreconciliables se debería a futuro al cambio producido en el Partido Socialista hacia 1980 y en la Democracia Cristiana después de la elección como presidente de Andrés Zaldívar en 1977, a los que vino a sumarse, ahora, el entusiasmo generado por el renacimiento de la actividad política que se produjo transitoriamente con motivo del plebiscito de 1980 y la conciencia generada entonces entre los demócratas chilenos que, sin la capacidad de entenderse y lograr consensos, sería imposible desprenderse de la dictadura.

A nivel suprapartidario se creaba además, en noviembre de 1982, el Proyecto de Desarrollo para un Consenso Nacional

(PRODEN) que reunía –con la forma jurídica de una sociedad anónima– figuras de diferentes orígenes políticos, la mayoría militantes de partidos opositores al gobierno militar que actuaban de manera independiente de las directivas partidarias; entre éstas los democratacristianos Jorge Lavandero y Carlos Dupré, los radicales Joaquín Morales Abarzúa y Marcial Mora. A ellos se agregaron varios personeros de derecha o que habían apoyado al gobierno militar en algún momento y que hemos mencionado que ya estaban en esa línea: Jorge Ovalle (ex asesor del general Leigh), el ex conservador Julio Subercaseaux, opositor desde un principio, el ex nacional Engelberto Frías, así como los dirigentes sindicales ex pinochetistas Hernol Flores y Eduardo Ríos, y aun otras personalidades del mundo político chileno anterior a 1973. El PRODEN abría un espacio político en un momento en que los partidos todavía no se atrevían a hacerlo. Desde junio de 1983 se realizaron reuniones para discutir diversos temas políticos entre los miembros de PRODEN y sectores del ex Partido Nacional que se agrupaban en torno a Patricio Phillips. Después, en el mes de agosto, tomaría contacto con el entonces recientemente nombrado Ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa.

Pero Pinochet no gustó de estas modificaciones. Era ir demasiado lejos. Así, cuando Enrique Ortúzar le hiciera presente que su contrapropuesta de plebiscitar su permanencia como gobernante por 16 años, a partir de 1980 era también ir demasiado lejos, trazó una raya en la pizarra que había en la habitación en que se discutía el punto con la Comisión y dijo: «Muy bien. Ocho años: aquí se corta. Y otros ocho años. Dos períodos. En el medio, plebiscito de ratificación». Y así se haría aun cuando el referéndum tomara un cariz y un resultado que no le agradarían.

La Constitución de 1980, en su versión original, consagraba una institucionalidad que, en su estructura definitiva (a regir después de 1989 o 1997, dependiendo del resultado del plebiscito de 1988) se acercaba a ser democrática en muchas de sus instituciones, pero al mismo tiempo se desvinculaba a esta forma de gobierno en lo que verdaderamente es su esencia: la libertad de optar y transar entre grupos diversos. Los mecanismos e instituciones claves que consagraba estaban destinados a que el verdadero poder político siguiera en manos de las Fuerzas Armadas y los sectores más conservadores de la vida nacional, impidiendo el acceso al poder de colectividades que amenaza-

ran sus intereses. En particular, esto se conseguía al crear un Senado «designado» en proporción muy amplia, un Consejo de Estado con mayoría militar y consagrar la imposibilidad del Presidente de la República de remover a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas. Otro mecanismo también hacía casi imposible todo cambio en el texto constitucional.

8.6 Hacia el socialismo renovado, la nueva oposición

Pero, ¿qué había sucedido con la oposición durante todos estos años y acontecimientos?

Ya hemos visto que recién producido el golpe militar, la DINA, el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile y el «Comando Conjunto» se encargaron de destruir por varios años y con relativa facilidad, la rudimentaria maquinaria paramilitar que había montado el MIR y las protomilicias que había organizado el Partido Socialista, las que si bien eran más o menos numerosas, estaban muy mal armadas. El Partido Comunista, por su parte, tenía brigadas de propaganda con algún armamento. Durante el gobierno de la Unidad Popular habían llegado a Chile unos dos mil fusiles AK 47, soviéticos o checos, pero la mayoría se mantenían guardados (algunos en las casas presidenciales), de modo que los grupos de milicianos pro gobierno, por lo general, sólo estaban armados con palos o completamente desarmados. Ya durante el año 1974, los integrantes de estos grupos habían sido apresados y dispersados, cuando no obligados a exilarse o estaban muertos.

También nos hemos referido a la difícil situación de la Democracia Cristiana que, al menos parcial e inicialmente, había apoyado el golpe militar, pero que se encontró que en las nuevas circunstancias no podía sumarse al régimen dictatorial que siguió, ni su apoyo era deseado.

¿Cómo sobrevivieron estos sectores los años que fueron entre 1974 y 1980? Veamos primero la suerte de los partidos y grupos políticos que habían pertenecido a la Unidad Popular o le eran afines.

El Partido Socialista se desintegró, sufriendo un severo castigo. La mayoría de los dirigentes y cuadros que no habían caído presos o habían muerto en los primeros días lograron

pasar al exilio (entre ellos su secretario general Carlos Altamirano, uno de los mayores responsables de la crisis de 1973). Unos cuantos lograron permanecer ocultos dentro de Chile. Después de los primeros meses (o años) traumáticos y cuando los jefes tomados prisioneros en los primeros días fueron siendo liberados y exilados, se reanudó la lucha sorda entre facciones que había caracterizado su accionar durante la época del gobierno de Allende. Por una parte, se participaba del esfuerzo internacional por la liberación de Chile, pero al mismo tiempo se reflexionaba sobre las causas de la «derrota» y al hacerlo se entraba en un espiral de recriminaciones mutuas y rupturas en cadena que alcanzó niveles absurdos. Intentemos hacer un muy sintético seguimiento del proceso.

El exilio provocó que la cúpula dirigente socialista se dividiera en el hecho. El grupo que permaneció dentro de Chile y cuya directiva sería hecha desaparecer en 1975 («Secretariado Interior» dirigido por Ricardo Lagos Salinas, Carlos Lorca y Exequiel Ponce), logró publicar en marzo de 1974 un documento («Documento de Marzo») en que planteó que la derrota de septiembre de 1973 se debió a la incapacidad del régimen UP de «articular y combinar el ejercicio de todas las formas de poder» y se insistía en que las causas de la derrota de 1973 había que buscarla en la «insuficiencia de las vanguardias». El enfoque marxista leninista se mantenía.

Posteriormente, los socialistas dentro de Chile realizaron tres plenos clandestinos, hasta 1979, año en el que se dividieron. El primero en septiembre de 1976, el segundo en agosto de 1977 y el tercero en febrero de 1979, cuando se produjo la división y se decidió finalmente expulsar a Carlos Altamirano del PS por las razones que veremos. La estrategia seguida durante estos años –y en especial a partir de 1977– fue la de buscar una «unidad frente a la dictadura» que comprendiera a la Democracia Cristiana y a la Iglesia Católica, pero siempre en la línea de una superación final de la «democracia formal».

Pero el «Secretariado Interior» no tenía fuerza real, ni política ni menos militar; la prueba es que la DINA los dejó relativamente tranquilos, después de 1975.

Más importante era el accionar del PS en el exterior («Secretariado Exterior»). Éste, bajo la dirección de Carlos Altamirano, se radicó en Berlín y realizó los llamados plenos de la Habana en 1975 y el de Argel (el que en realidad se llevó

a efecto en Berlín), en 1978. En este último, Altamirano realizó un profundo viraje en relación con los que habían sido sus postulados durante la época de la UP y posiblemente hasta cerca de 1977, a juzgar por las opiniones que da en su libro *Dialéctica de una derrota*, aparecido en México en ese año. Vale decir, hasta ese año sostenía que «la derrota de la Unidad Popular había provenido de no haberse preparado ésta militarmente para hacer frente a un conflicto que era 'inevitable' y que en algún punto pasaba por una resolución de tipo militar».

Ahora, como consecuencia de haber vivido el propio Altamirano y otros dirigentes socialistas, por varios años, en los llamados socialismos «reales» de Europa del Este, pasando a radicarse después en los países de Europa Occidental y pudiendo comparar en carne propia las bondades de una y otra realidades, la democracia liberal comenzó a ser revaluada. Más adelante pasaría algo similar con la propiedad privada e incluso el liberalismo económico. En 1973 se habían instalado en Berlín Oriental el propio Altamirano, Ricardo Núñez y Erich Schnake; otros socialistas lo hicieron en Checoslovaquia, Polonia y Hungría. Antes o después de la ruptura de 1979 todos emigrarían a Europa Occidental. Altamirano se instaló en París, junto a Carlos Ominami y Gonzalo Martner; Jorge Arrate, en Holanda; Eric Schnake, en España; Raúl Ampuero en Italia. En estos países, particularmente en Italia, donde residía Bernardo Leighton, tomaron contacto con democratacristianos. Influyó también en este cambio de línea política del socialismo chileno en el exilio, el contacto con líderes socialistas italianos, franceses, españoles y portugueses, quienes los ayudaron mucho económicamente y les mostraron cuál era la realidad socialdemócrata y del llamado «eurocomunismo». Ahora Altamirano sostenía que «los elementos de formalismo que caracterizan a la limitada democracia burguesa no invalidan el concepto mismo de democracia». Planteaba también la necesidad de una convergencia con el PDC, así como la necesidad de abandonar los «dogmatismos y certezas absolutas». Al parecer el aporte teórico de Antonio Gramsci también fue importante, lo que parece natural en un grupo que había tenido, desde siempre, una visión de la política a partir de presupuestos ideológicos.

Viniendo de quienes venían, esas palabras constituían un cambio gigantesco, pues eran un alejamiento del leninismo y el modelo cubano. Se trataba de un lenguaje «de renovación».

El problema de fondo que quedaba planteado a raíz del viraje de los socialistas «externos» era el de la existencia misma de la Unidad Popular. En 1976, en México (Oaxtepec), se había realizado la primera reunión de la UP en el exilio: Partido Socialista, Partido Comunista, MAPU, MOC (MAPU Obrero y Campesino), Partido Radical, Izquierda Cristiana. La declaración que salió de esa asamblea insistía, en lenguaje duro, en el deber de combatir al golpe fascista, en culpar de éste a EE.UU., persistiendo en la meta final de instaurar un modelo análogo al de los socialismos reales y en la tesis de que el fracaso de la Unidad Popular se debió a las «insuficiencias y debilidades en su dirección». Nada hacía pensar en la pronta «renovación» socialista. Al año siguiente, incluso se planteó una alianza de acción con el MIR. Hasta ese momento, la UP (aún más radicalizada) seguía vigente.

Sin embargo, todo cambió con la nueva lectura ideológico-política, que se formalizó en un pleno de PS (Pleno de Argel, en 1978). Con todo, la Dirección Interior, que se había ido acercando al PC –del que ya hablaremos– no estaba dispuesta a ir tan lejos. La apoyaba además, desde el exterior, quien se perfilaba ya desde 1974, como el gran rival de Altamirano a la cabeza del PS, Clodomiro Almeyda, una figura grata a los comunistas. Estos, por su parte, buscaban constituirse en la fuerza hegemónica dentro de la Unidad Popular, hasta el punto que Pedro Vuskovic los acusara de ser –para ese efecto– los catalizadores de la división socialista.

El hecho es que en su congreso de 1979 la «Sección Interna», descontenta con el nuevo rumbo de Secretariado Exterior después del pleno de Argel, reemplazó como secretario general del partido a Carlos Altamirano por Clodomiro Almeyda.

Este declaraba, en junio de ese año, que el cambio obedecía a la derrota «de las posiciones oportunistas de derecha, que visualizaban y promovían una salida de centro izquierda a la situación chilena, sobre la base de una alianza democratacristiana, radical y socialista, que pasaba por la división del movimiento popular, la exclusión de los comunistas, de otras fuerzas de izquierda de orientación socialista, y la entrega virtual de la hegemonía en la coalición opositora a los partidos de centro», insistiendo, en cambio, en la idea de la alianza con el MIR y la supervivencia de la Unidad Popular.

Altamirano (que era el principal acusado de ser «derechista») y sus partidarios respondieron con otro congreso, reunido ahora en París (conocido entre los socialistas de hoy como el «xxiv Congreso») el que desconoció los acuerdos del congreso interno de 1979, acusando a su vez a Almeyda de intentar «imponer una ortodoxia presuntamente marxista-leninista trasnochada y antihistórica, contraria a la actual tendencia del movimiento revolucionario mundial, por su carácter antidemocrático». Entonces Altamirano fue expulsado por el «Secretariado Interno». Las posiciones se habían invertido, los radicalizados eran ahora los «internos» y los moderados los «externos». Teníamos pues dos partidos socialistas; a los que había que sumar un tercer grupo significativo: la Coordinadora Nacional de Regionales, reunida alrededor de las posiciones de Vuskovic y que ya había sido expulsada del PS en 1977. Otros grupos se aglutinaban en torno a Raúl Ampuero en Italia y a Aniceto Rodríguez, en Venezuela. Como si fuera poco, existía un sector denominado «Recuperación socialista del PS» dirigido por Eduardo Long y aún otras fracciones denominadas «La Chispa» y la «Dirección para el Consenso». Sin olvidar que la mayoría de los dirigentes del «Secretariado Interior» pertenecían aún a otro subgrupo llamado los «Elenos» (por «Ejército de Liberación Nacional»), un sector que en algún momento tuvo instrucción militar en Cuba. Realmente si se quiere entender por qué fracasó el gobierno de la Unidad Popular, observar el panorama descrito es el mejor método.

Pero, desde nuestro punto de vista, lo que nos interesa es destacar que el proyecto histórico que caracterizó a la Unidad Popular se desintegró, y este hecho tendría posteriormente consecuencias para la historia de Chile, casi tan importantes como la consolidación del proyecto económico-social del régimen militar y la derecha: el neoliberalismo. Las nuevas circunstancias harían posible, en 1989, la alianza política con la Democracia Cristiana, el triunfo presidencial de la «Concertación» y el retorno de Chile a la democracia política en 1990.

Casi desde un primer momento, después del golpe militar, el ps no se había opuesto por principio a cualquier tipo de entendimiento con la Democracia Cristiana, en la medida que ésta definiera su postura como contraria al régimen militar lo que, como vimos, ya estaba más o menos claro hacia marzo de 1974. Pero el entendimiento debía darse sólo por lo que se

refería a acciones concretas, frentes específicos y «plataformas comunes de lucha» en la guerra antifascista, más que a nivel de directivas o de la base social. Altamirano, en *Dialéctica de una derrota*, se pronunció enfáticamente por la necesidad de ese acercamiento, pero siempre dentro de límites estrechos. Ante los llamados de la directiva democratacristiana presidida por Zaldívar, en 1978, aunque rechazaron sus propuestas específicas, la consideraron un paso adelante; pero fue el quiebre del PS el que produjo un franco cambio de actitud en su sección «externa» o altamiranista, haciéndose posible un entendimiento con la DC. Se aceptaba que la incapacidad histórica de acercarse al mundo socialcristiano era una grave deficiencia del socialismo chileno. Hemos visto que el reproche recíproco ya se había plantado –desde su punto de vista– en el PDC.

Pero el hecho es que en 1979 ya no había UP. Había un PS renovado («en transición») dirigido todavía por Altamirano y otro, cercano al PC, con más militancia dentro de Chile, pero sólo por el momento. Los demás partidos y grupos de la ex UP –excepción hecha del Partido Comunista, ya estrecho aliado de Almeyda y el «Secretariado Interior– habrían de optar.

La historia de la evolución del Partido Comunista durante estos años es bastante más sencilla que la del PS. Con un Moscú todavía como Meca del comunismo mundial, su proyecto histórico continuó siendo el marxismo leninismo de tipo soviético.

A los comunistas que permanecieron dentro de Chile se les persiguió mucho más duramente que a los del PS, sin perjuicio que contra muchos militantes o simpatizantes de éste se empleara también una violencia brutal. Se les temía más por sus relaciones internacionales y porque representaban la *bête noir* por excelencia de todo militar latinoamericano. Para el PC la principal causa del fracaso de la UP fue la no obtención del poder debido a la acción del imperialismo y lo que su secretario general, Luis Corvalán llamó «dos tipos de errores: unos de derecha y otros de izquierda, que en buena medida se entrelazaban». Vale decir, no haber sido más duros con la contrarrevolución (democratacristianos y derechistas) y, al mismo tiempo, con el infantilismo de izquierda (vale decir el MIR y el PS dirigido por el Altamirano de la época).

Pese a la represión inicial, el PC conservó en el Chile postgolpe una estructura rudimentaria. La Comisión Política se había «autocongelado» en 1973. Pero una vez eliminado el MIR,

como vimos, ese cuerpo se transformó en la presa de la DINA, el SIFA y otros grupos represivos de régimen militar. Para fines de 1976, 29 de los 90 integrantes del Comité Central, habían caído o habían sido marginados por el propio PC. Con todo, aún así, logró mantener una estructura unitaria.

8.7 Los comunistas hacen grupo aparte

Para el PC el gobierno militar era una forma de fascismo: «la dictadura terrorista del grupo más reaccionario del capital financiero, y esto es fascismo», un diagnóstico errado a mi juicio. Definición que puede remontarse a la que se dio en el VII Congreso del Komintern (III Internacional), allá por 1935 y que, en verdad, no se compadecía con la realidad sino muy parcialmente. Era un mal diagnóstico.

Sobre la base de esa caracterización del régimen de Pinochet, el PC mantuvo, hasta 1979, una estrategia –también remontable hasta el VII Congreso de la III Internacional ya mencionado– destinada a constituir una alianza táctica con todas las fuerzas sociales antifascistas, incluyendo religiosos, comerciantes, industriales no fascistas, las propias Fuerzas Armadas y desde luego los partidos de clase media. El método era la unidad en la base («Frente Antifascista») que respondía al concepto de «Frente Popular» de 1935. Su trabajo había de ser fundamentalmente de «concientización», oponiéndose a cualquier acción armada, que se pensaba sólo servirían para consolidar al bloque militar-derechista gobernante. Con relación a la Democracia Cristiana, distinguía entre una tendencia dirigente conservadora, que habría colaborado –inicialmente– con el régimen militar, dirigida por el ex Presidente Eduardo Frei Montalva, y otra progresista, con la cual se podía llegar acuerdos. Pero la idea de fondo era incluir a la Democracia Cristiana en un Frente Antifascista, junto a la Unidad Popular que todavía existía como alianza política y que ésta fuera hegemónica. Su estrategia, naturalmente, fue recibida por la Democracia Cristiana con desconfianza y posteriormente con franco rechazo.

Después del quiebre del Partido Socialista y su parcial «renovación» durante los años de 1979-1980, el PC cambió de táctica. En las nuevas circunstancias, la del Frente Antifascista parecía inviable. Por otra parte, sectores importantes de su militancia juvenil habían estado derivando hacia el pensamiento

eurocomunista o bien hacia posiciones proclives a la lucha armada y el MIR. Además, la aprobación de la Constitución de 1980, que mostraba la voluntad de Pinochet de permanecer en el poder por mucho tiempo más, obligaba a repensar la táctica sostenida hasta entonces.

El 4 de septiembre de 1980, Luis Corvalán, en un discurso pronunciado en Moscú, diseñó una nueva estrategia. Ahora se optaba por la oposición violenta a la dictadura. La nueva línea los acercaba al MIR, pero, más importante aún, al sector almeydista del Partido Socialista, que ante la nueva moderación eurocomunista (casi socialdemócrata) del sector de Altamirano, estaba en una línea más radical. Esto daría origen, tres años después, al «Frente Patriótico Manuel Rodríguez».

1980 fue pues un año clave en la evolución de la izquierda marxista chilena. En síntesis: un sector socialista (dirigido por quien era tradicionalmente el líder más radical, Carlos Altamirano, tuvo una renovación socialdemócrata (por así decirlo). Otro se alineó con un Partido Comunista, el que, por su parte, estaba dispuesto a entrar a luchar contra el régimen militar por la vía armada.

Las nuevas circunstancias significaban, repitámoslo, la desaparición de la Unidad Popular y con ella de uno de los tres proyectos que se habían disputado la conducción de la historia de Chile desde 1958.

¿Y qué pasaba con el resto de los grupos que habían formado ese conglomerado? Los intelectuales del MAPU (y MOC) estaban en la misma línea del PS Altamirano; la base se dividió, optando el sector más militante por una línea insurreccional parecida a la del Partido Comunista, pero sin unírseles: nacía el «MAPU Lautaro». El Partido Radical, muy disminuido, se fraccionó aún más, la mayor parte se alineó con el PS Altamirano, otros con la Democracia Cristiana.

El Partido Demócrata Cristiano, en franca oposición al régimen militar desde 1975, guardó sin embargo, como se vio, un perfil bajo hasta la «Consulta» de 1978, conservando la esperanza de una salida de la dictadura, pactada y pacífica, en un plazo corto. Su disolución por decreto, la «Consulta» y los acontecimientos internos del gobierno en 1978, ya relatados, lo desengañaron. Por otra parte, con su utopía comunitaria –nunca llevada a la práctica sino muy parcialmente– y golpeada ahora más duramente por la dictadura, parecía muy debilitado.

Era sólo un aparato partidista cupular, semitolerado por el régimen, apoyado por algunos grupos de estudio, que sobrevivía precariamente, con ayuda de dineros que recibía de la organización democratacristiana internacional (en particular de Italia y Alemania) y otras instituciones democráticas del extranjero. Aunque, en verdad, la lealtad de su fiel electorado (el que conservaba en buena proporción) por este entonces iba más bien a apoyar la moderación, juridicidad y «centrismo» del partido, que a su utopía comunitaria que pocos conocían y menos aún habían comprendido. La figura y prestigio del ex Presidente Eduardo Frei Montalva ayudaba a esa imagen de equilibrio y buen sentido y era en sí un símbolo de mayor trascendencia que el partido mismo.

8.8 El Partido Demócrata Cristiano

La Democracia Cristiana conservaba cuadros técnicos y dirigentes intermedios en la sociedad civil, los que serían fundamentales después de 1990, durante la transición. Más importante aún, ello conservaba su unidad. Había sectores que divergían dentro de la DC, pero nada parecido al panorama de desintegración del Partido Socialista y los demás partidos de la ex Unidad Popular, excluyendo (relativamente) el comunista.

De hecho, uno de los grandes fracasos políticos del gobierno militar y en particular del Gremialismo fue el no lograr arrebatarle su base de clase media a la Democracia Cristiana. Ésta pudo estar con el régimen militar durante sus primeros años, pero después, cuando se supieron las violaciones a los derechos humanos y sobrevino la crisis de 1982, se pasó a la oposición.

Movimientos sindicales contrarios al régimen, o simplemente independientes, no existieron prácticamente durante estos años, excepto algunos sindicatos de la gran minería del cobre, bastante controlados por lo demás, y el llamado «Grupo de los Diez», organizado en 1976, incluyendo sindicalistas DC, radicales y algunos que habían apoyado al régimen militar originalmente y estaban arrepentidos, pero cuyo poder era más bien simbólico. Las organizaciones de trabajadores que existían o no se atrevían a manifestarse o eran cúpulas manejadas desde el gobierno. Las estudiantiles, por su parte, eran nominadas por las rectorías de las diversas universidades intervenidas e incondicionales al régimen militar. Grupos aislados fueron

creando, sin embargo, una cultura juvenil del rechazo a la realidad existente. Una suerte de nihilismo que alcanzaba incluso a la actividad política partidista u organizada de la oposición, lo que demuestra lo profundo del desengaño sufrido.

8.9 Las protestas

La magnitud de la crisis económica de 1982, los ribetes escandalosos que alcanzó –como el de los ministros encarcelados–, y problemas sectoriales provocaron que los trabajadores del cobre unidos en la CTC (Confederación del Trabajadores del Cobre), que ya habían manifestado algún malestar laboral los años anteriores (a un alto costo para ellos) llamaran a un paro y «protesta» contra el gobierno. Se trataba de una acción muy limitada y poco clara en su verdadero significado, pero sus efectos fueron sorprendentes; no sólo «protestaron» los mineros en una acción que duró sólo un día (11 de mayo de 1983), sino que se acoplaron sectores amplios de la sociedad civil que en la tarde de ese día hicieron ver y escuchar su oposición al régimen de diferentes formas, en particular, haciendo ruido de cacerolas.

En el mismo país que en 1980 se había entregado un aparente amplísimo apoyo a Pinochet, la ola de «protestas» cundió incontenible. Nuevas acciones de este tipo fueron llamadas para los días 14 de junio, 12 de julio, 11 de agosto y después, regularmente, mes a mes.

No han sido bien estudiadas las «protestas» como fenómeno psicológico y sociológico de lucha contra una dictadura. Las chilenas (también las hubo en otros países) comenzaban con ruido de cacerolas, pitidos, sonidos y gritos diversos a una determinada hora de la noche, luego crecían en magnitud. En las poblaciones periféricas, donde el desempleo era masivo, se traducían en desmanes y barricadas (con similitud a la vieja tradición parisiense). La policía, el Ejército y los servicios de seguridad actuaban y había decenas de muertos y heridos. Los disturbios esporádicos duraban toda la noche. Estas «protestas» periódicas abarcaron un período de más de tres años. Las primeras se dieron sólo en Santiago, pero después se extendieron por todo el país.

La sociedad civil y, posteriormente, el mundo político se reactivaron a través de las «protestas» iniciadas en 1983. Aunque convocadas por sindicatos y organizaciones políticas civiles, el PRODEN y después de agosto de 1983, la Alianza Democrática,

fueron, en lo esencial, reacciones sociales espontáneas, aunque ciertamente estaban relacionadas con la debacle económica de 1982, la que proseguía. Puede que las «protestas», en buena medida, también fueran consecuencia de que las mujeres, que antes habían apoyado mayoritariamente a la dictadura (como queda en evidencia de los resultados de la consulta de 1978 y el «plebiscito» de 1980) quizá por la seguridad formal que ofrecía en contraste con la anarquía de la época de la Unidad Popular, se volvieron ahora en su contra. ¿Por qué se dio este fenómeno? Ciertamente que las dueñas de casa, que se encontraban diariamente haciendo compras domésticas o en otras instancias de sociabilidad y podían comentar ampliamente, sufrieron los efectos de la crisis y la cesantía de modo más directo y concreto que los hombres, deprimidos y angustiados con la situación, pero faltos de organizaciones políticas o sindicales donde coordinarse y organizar su ira.

También fue importante el hecho de que la crisis permitió el renacimiento de un auténtico movimiento estudiantil. Frente a las organizaciones designadas surgieron federaciones de alumnos universitarios y secundarios en abierta rebeldía ante el régimen. Entre estos últimos, la nueva estrategia insurreccional del Partido Comunista (Frente Manuel Rodríguez) y del MAPU (Lautaro) hizo su efecto.

Por último, ciertamente estuvo presente el hecho de que los excesos de la dictadura, que en un principio no fueron conocidos o quedaban en la penumbra para la gran masa de los chilenos, fueron ahora puestos en evidencia por una acción represora abierta y en espacios públicos durante las protestas. El mismo fenómeno de la protesta permitió que la comunicación –de persona a persona o vía el rumor– se fortaleciera y se recordara, ahora sin temor, los crímenes y excesos de los años posteriores al golpe. La prensa continuaba controlada o era voluntariamente incondicional al régimen. Pero, como ocurre en las dictaduras, donde la verdad siempre es incierta, la palabra que corría de boca en boca transmitía la verdad, a veces distorsionada, a veces exagerada, pero en todo caso mucho más «verdadera» que la que emanaba de los medios de comunicación «formales».

Las «protestas» constituyeron, en lo fundamental, un acto de rabia, y su protagonista fue el pueblo de Chile. Fueron actos de florecimiento de una rebeldía largamente reprimida. En

los barrios marginales, que reunían quizá hasta un 30% de la población de Santiago, donde la cesantía, la promiscuidad, la delincuencia y el hambre habían sido concentrados más o menos deliberadamente por el régimen, la «protesta» se transformaba en una «fiesta» (en el sentido historiográfico del concepto) de alegría y violencia, aunque de baja intensidad: destrucción de algunas instalaciones públicas o municipales, apedreos, quemas de neumáticos, etc.

Eran, por otra parte, un arma que la dictadura parecía no tener cómo contener, excepción hecha de la represión directa sobre pequeños sectores de participantes y la persecución a los dirigentes sindicales y los jefes de los partidos políticos de oposición que no estaban en la clandestinidad, los que debieron conocer la cárcel; en particular el nuevo timonel de la Democracia Cristiana, Gabriel Valdés. Pero en las «protestas» la mayoría de los chilenos podía expresar su repudio al régimen en el anonimato y a resguardo de venganzas.

En tanto, la oposición formal, los políticos, lanzaron la estrategia de la «movilización social». No cabía otra actitud que encauzar la situación; las «protestas» deberían culminar en un desplome del régimen. Se formó un «Comando Nacional de Trabajadores», destinado a coordinar la acción sindical y laboral a nivel nacional en el mismo sentido.

Comenzaron los esfuerzos de los partidos de oposición por unirse. La clave era conseguir un acuerdo formal entre el «renovado» Partido Socialista (o sus diversos sectores, excepción hecha del de Almeyda) y la Democracia Cristiana. A este acuerdo se esperaba que se integraran los demás partidos de la ex UP, excepto el Comunista que, como vimos, estaba por la oposición armada al régimen. Entonces se podría entrar a negociar con el gobierno militar y saber a qué atenerse. Ya en febrero de 1983 se habían reunido una serie de personalidades de los partidos Radical, Demócrata Cristiano, Socialista, e incluso algunos ex antiguos conservadores y liberales, como Hugo Zepeda, Julio Subercaseaux y Armando Jaramillo, algunos de ellos vinculados al PRODEN, redactando un «Manifiesto Democrático» que apareció en marzo de 1983. Un llamado que serviría de germen de los posteriores acuerdos que se lograrían los años siguientes entre los sectores políticos democráticos chilenos. Era una línea de continuidad en el espíritu aperturista y proclive a los acuerdos que se había impuesto en la Demo-

cracia Cristiana y la izquierda durante los años recientes, tal como lo hemos visto.

Finalmente, los partidos de la oposición de centro, encabezados por el PDC dirigido por Gabriel Valdés, la fracción renovada del PS y después otros partidos de la ex Unidad Popular («Convergencia Socialista»), el 6 de agosto de 1983 en un acto celebrado en el «Círculo Español», donde concurrieron los firmantes del «Manifiesto Democrático», constituyeron la «Alianza Democrática» (AD) que reuniría a la Derecha Democrática Republicana, la Socialdemocracia, el Partido Radical, el Partido Socialista y el Demócrata Cristiano.

Gabriel Valdés, Presidente del PDC, buscando explicar el génesis del nuevo acuerdo, hizo entonces una necesaria autocrítica de lo que había sido la vida política chilena los años previos al golpe de Estado y cómo sus males se habían ido superando. Expresó Valdés que este acercamiento entre los otrora enemigos irreconciliables se había iniciado «con la aproximación humana de hombres políticos que se habían combatido por años sin dar ni pedir cuartel. Se cultivó en la solidaridad con los detenidos, los perseguidos y los exilados. Se conquistó en la vida sindical amenazada constantemente por la represión y la cesantía. Se perfeccionó comparando experiencias de países que transitaban hacia la democracia o ya la habían conquistado. Nos alentó la rebeldía de los universitarios y los jóvenes. El coraje de las mujeres de los desaparecidos. Nos cambió el orden de nuestra vida los testimonios frente al abuso, el engaño y la crueldad. Obispos, sacerdotes, artistas, dirigentes de sindicatos de las poblaciones y del campo, profesionales, hombres políticos, rostros conocidos o anónimos, fueron los afluentes de este río, (....) se ha hecho camino al andar».

El acuerdo se concretaría en un documento titulado «Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional» y anunció una serie de criterios a partir de los cuales la Alianza Democrática (AD) actuaría. En lo fundamental, estos consistían en la necesidad de buscar un acuerdo nacional para la redacción de una constitución política, para lo cual debía convocarse una asamblea constituyente. Pedían luego la renuncia de Pinochet, y un pacto social amplio que apoyara un gobierno provisional, el que vigilaría el retorno a la democracia en un plazo de dieciocho meses.

El petitorio final era de una gran ingenuidad; el régimen sabía de sobra que tenía todavía suficientes recursos para mante-

nerse en el poder, aunque se fuese pagando progresivamente un precio político más alto. Sin embargo, la creación de la Alianza Democrática sería el primer paso decisivo para el retorno de Chile a la democracia y significaba la culminación del viraje hacia la tolerancia y la política de acuerdos, inexistente en el Chile previo a 1973.

Las «Bases del Diálogo para un Gran Acuerdo Nacional» verían la luz el 23 de agosto siguiente y contenían una larga enumeración de criterios a los que se sujetaría su acción. En lo fundamental eran coincidentes con los principios fundamentales de toda constitución y ordenamiento jurídico propio de una democracia liberal y representativa. Al mismo tiempo se constituían un «Consejo» y un «Comité Ejecutivo».

Esta Alianza Democrática no podría haberse llevado a cabo de no haberse producido la llamada «Convergencia Socialista» que consistió en un proceso de acuerdo entre algunos de los varios grupos en que estaba fraccionado el Partido Socialista a partir de su quiebre en 1979. La convergencia no fue fácil y comenzó el mismo año 1979, cuando se reunieron en la localidad italiana de Ariccia representantes del PS renovado (Altamirano) del MAPU, MOC e Izquierda Cristiana. De dicha reunión, surgió, en marzo de 1980, un Comité de Enlace dirigido por Raúl Ampuero. En un documento que se publicó en Santiago poco después y que reflejaba ese espíritu, se señalaba: «La convergencia socialista es una necesidad histórica y práctica; que su desarrollo es un reto ineludible en el proceso de superación de la crisis de la izquierda y de la falta de iniciativa de las fuerzas que se oponen a la dictadura».

Poco después, en 1981, se inició la publicación, en México, de la revista *Convergencia* y en octubre de 1982 los tres últimos secretarios generales de PS, cuando todavía estaba unificado, Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Carlos Altamirano, firmaron una declaración pública en la que se señalaba, perentoriamente, la necesidad de unificar a la izquierda y el acercamiento con sectores cristianos. Finalmente, en febrero de 1983, se suscribió en Madrid el documento «Objetivos Políticos Esenciales de la Convergencia Socialista» llamando a un vasto acuerdo nacional y declarando oficialmente la desaparición de la Unidad Popular. El año siguiente se eligiría una nueva directiva del PS renovado eligiéndose como secretario general a Carlos Briones y a Hernán Vodanovic como subsecretario general.

La adhesión a la Alianza Democrática del Partido Socialista renovado fue en un principio rechazada por el MAPU y la Izquierda Cristiana, pero estos grupos también terminaron por adherirse.

Tampoco habría sido posible la Alianza Democrática sin la consolidación de una derecha democrática. Hemos visto que el Partido Nacional se disolvió después del golpe de septiembre de 1973 y que la derecha chilena se transformó, con contadas excepciones, en la base política del régimen militar. Este apoyo se mantuvo notablemente homogéneo durante los años siguientes y sólo los sucesos de 1978 vinieron a alejar a algunos personeros y sectores del apoyo incondicional al régimen. Desde entonces, la perpetuación de la dictadura y conocimiento que se fue teniendo progresivamente de los crímenes de la DINA y demás servicios de seguridad fueron alejando del gobierno a otros hombres de derecha en un proceso lento. Pero hacia 1983 y ante la evidencia del malestar expresado en las protestas, estos derechistas ya constituían un grupo relativamente numeroso, el que, pagando a veces un costo social y económico significativo, pasaron a oponerse al régimen militar. Ese año a las figuras de Julio Subercaseaux y Engelberto Frías, se unieron y se mostraron, aunque en reuniones privadas, ya francamente críticos del régimen militar, otras figuras señeras de la antigua derecha, como Francisco Bulnes, que había sido embajador del régimen ante Perú, y la personalidad joven más prometedora de la derecha, con excepción de Jaime Guzmán: Andrés Allamand, quien también tomaba una actitud crítica hacia la dictadura.

La Alianza Democrática no fue el único conglomerado político multipartidista formado ese año de 1983. El Partido Comunista y la fracción almeydista del socialismo hicieron su propio pacto; formaron el Movimiento Democrático Popular (MDP) que estaba por una política de movilización de masas y confrontación, en la cual la «punta de lanza» había de ser el Frente Manuel Rodríguez. El Partido Comunista, para contrariedad de la Alianza Democrática, se negó explícitamente a renunciar al uso de la violencia en contra del régimen militar durante la etapa de negociación que parecía aproximarse.

Con todo, la formación del segundo pacto también constituía un avance para la oposición al gobierno de Pinochet. Diez años de dictadura habían atomizado al mundo político chileno y todavía el temor de participar era muy fuerte. El grueso de

la población opositora a la dictadura estaba completamente desmovilizada, sin medios de comunicación de masas y hostigada por la policía o laboralmente amenazados. En esas circunstancias, que llegara a organizarse, de cualquier modo, era un logro muy significativo. Había renacido la vida política activa en Chile.

El colapso económico de 1982 no sólo fue fundamental en el nacimiento de las «protestas» y el resurgimiento de la vida política partidista formal. Favoreció asimismo la nueva estrategia subversiva del pc («Frente Manuel Rodríguez») del renacido mir y el «mapu Lautaro». Estos, en lo que tenían propiamente de lucha guerrillera, nunca llegaron a representar un peligro para la solidez del régimen militar, ni siquiera para la tranquilidad ciudadana, en la vida diaria al menos. Pero realizaron una serie de acciones espectaculares –como el robo del Museo Histórico Nacional de la primera bandera patria–, los que culminarían en el intento de asesinato de Pinochet en 1986 y una frustrada internación masiva de armas en la desolada costa del Norte Chico, a unos setecientos kilómetros de Santiago. Episodios que, en definitiva, fortalecieron a la dictadura.

La oposición violenta al régimen fue una lucha sorda de acciones y venganzas, muerte por muerte, donde la peor parte se la llevaban naturalmente los opositores y cuyo episodio inicial más importante fue el aniquilamiento de una acción guerrillera rural que intentó llevar a cabo el renacido MIR, en 1981, en la zona de Neltume, en la cordillera de la zona de Valdivia. Aprovechando el descontento de 1982, otras acciones seguirían.

8.10 Decadencia de las protestas

El régimen militar reaccionó inicialmente ante éstas con indignación y dureza, o incluso con ingenuidad, prohibiendo informar acerca de ellas, en circunstancias de que no había quizá ningún grupo significativo de chilenos que no se enterara de que ocurrían por sus propios ojos y oídos. Después de la segunda (junio de 1983), el general Pinochet culpó de estas a los políticos de oposición y los amenazó con «mandarlos a sus covachas para que terminen sus (¿los?) problemas». Sin embargo, después del éxito de las primeras y su escalada, que a mediados de 1983 parecía incontenible, la táctica del régimen cambió. Se le pidió la renuncia al Ministerio del Interior, el abogado de la Fuerza

Aérea Enrique Montero Marx, un duro (al parecer también de cabeza) que había reemplazado a Fernández, quien en 1982 se había ido inclinando excesivamente hacia planes de una gradual apertura política y colocar en su lugar a un antiguo político de derecha, que había apoyado al régimen militar activamente y en ese momento estaba de Embajador ante la República Argentina, Sergio Onofre Jarpa. Su tarea era negociar con la oposición «democrática».

Naturalmente, el nombramiento de Jarpa como Ministro del Interior, quien comenzó –preparándose para su misión– a buscar apoyo político en esa derecha que bien conocía, abría una esperanza, pero no significaba la solución inmediata para el problema de la dictadura y la señal una posible apertura democrática. Asumía en un momento muy difícil. En la protesta del 11 de agosto, el día siguiente de asumir Jarpa el cargo de ministro del Interior, murieron veintiséis personas; y el día 13 de agosto la Alianza Democrática declaraba: «Los llamados al diálogo que tanto se han comentado se hacen imposibles cuando el eventual interlocutor aparece como directo responsable de hechos que repudian la conciencia nacional y universal».

Por otra parte, en los sectores oficialistas el nacimiento de la Alianza Democrática naturalmente había producido franco rechazo, lo que no impidió que el recientemente nombrado Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, sostuviera con ésta (que tuvo algunos roces iniciales de protagonismo con el PRODEN) varias reuniones casi inmediatamente después de fundada. La primera fue efectuada, el 25 de agosto de 1983, en casa del Arzobispo de Santiago Monseñor Juan Francisco Fresno. En ella, la Alianza solicitó a Jarpa el término de los estados de emergencia, la no aplicación del Art. 24 transitorio de la Constitución de 1980, fundamento jurídico de la situación dictatorial existente, reconocimiento legal de los partidos políticos, retorno de los exilados, libertad de información y reunión, esclarecimiento de los crímenes ocurridos en la protesta del 11 de agosto y reintegración de trabajadores del cobre y otros dirigentes sindicales despedidos a consecuencia de las movilizaciones. En esta primera reunión no se llegó a ningún acuerdo concreto y Jarpa no aceptó el petitorio. Pero se acordó seguir conversando.

Se iniciaba así un diálogo entre el gobierno y la recién formada oposición. La cuestión central era apresurar y modi-

ficar sustancialmente las condiciones del retorno de Chile a la democracia, fijado –recordemos– por la Constitución de 1980 para 1989 o 1997, dependiendo de los resultados del plebiscito de 1988 y en eso no se avanzaría, como veremos. Pero ya el hecho de un diálogo gobierno-oposición, la que de este modo era tácitamente aceptada como un interlocutor válido por el régimen, era un cambio sustancial; una actitud impensable sólo meses antes.

¿Qué buscaban Jarpa y el régimen al hacerlo?; ¿un principio de acuerdo real?, ¿o ganar tiempo hasta que se superaran los momentos más álgidos de la crisis económica y se debilitara la ola de protestas?

Su actuación indica que, al parecer, Jarpa quería llegar a un cierto arreglo con la oposición o un sector de ésta. En todo caso actuó de manera confusa y cayendo en contradicciones y vaguedades, posiblemente por tener que ir transando con muchos opositores dentro del propio gobierno. Pero a lo largo de su gestión ministerial definió tareas concretas, en síntesis: para 1984, trabajar en una ley de elecciones y partidos políticos, levantar el receso político, fijar un plazo para la formación de partidos y crear un movimiento político en apoyo del régimen. Para 1985 pretendía promulgar las leyes de partidos políticos, del Tribunal Calificador de Elecciones y El estatuto Legislativo del Parlamento. En 1986, llamar a un plebiscito con la función de aprobar las leyes políticas y la necesaria reforma de la Constitución de 1980. El mismo año se pretendía realizar elecciones parlamentarias para proceder a la instalación del Congreso en 1987. Se trataba de cambiar del itinerario aprobado en la Carta Fundamental de 1980. Esta línea de acción respondía ciertamente a lo planteado por esos mismos días por la Alianza Democrática en las «Bases del Diálogo...».

Pero si Jarpa quizá pudo ser sincero en lo que planteaba, la que resulta muy dudosa es la sinceridad de Pinochet en esta «apertura». A pesar de que sin duda estuvo de acuerdo con el plan aperturista de Jarpa, todo indica que se trató de una estrategia dilatoria. En sus memorias, Pinochet deja en claro que seguía considerando la situación de Chile en términos de una guerra contra el marxismo nacional e internacional, convencido de que tenía tras sí a la mayoría silenciosa del país. Afirma en ellas: «Las Fuerzas Armadas de Chile no eran una milicia vencida y en desbanda, sino al contrario. A lo sumo,

su administración pasaba por un momento de dificultades económicas con repercusión en lo social» y agregaba: (...)» las 'protestas' no constituyeron un fenómeno social o político de significación. Lo fueron en el campo de la Defensa y de la Seguridad puesto que no eran más que coberturas, o intentos de ellas, de operaciones terroristas». Si lo pensó así realmente, éste es otro de los grandes errores que hay que cargar a su cuenta como gobernante. Pero las palabras anteriores no dejan lugar a duda de que para Pinochet el diálogo no fue más que una estrategia dilatoria. Los sucesos posteriores a la renuncia de Jarpa en 1985 lo confirmarían.

En el momento, sin embargo, existía optimismo, pues si bien la primera reunión entre Jarpa y la Alianza Democrática no había conducido a acuerdo alguno, gestos de acercamiento y apertura llevados a cabo los días siguientes por la nueva autoridad de gobierno parecieron confirmar la voluntad de diálogo por parte de éste. Se procedió a la publicación de listas de exilados a quienes se permitía retornar (mil seiscientos, entre ellos, José Antonio Viera-Gallo, Andrés Zaldívar, Carlos Briones, Aníbal Palma, Renán Fuentealba, Luis Maira y Jaime Castillo Velasco), el término de los estados de excepción y del toque de queda, cierta apertura de prensa y mayor tolerancia de hecho para la acción política de los partidos de oposición. Todo esto permitió que el diálogo siguiera adelante.

La segunda reunión entre la AD y Jarpa, realizada en el ambiente de tensión producido por el asesinato a manos de un comando del MIR del general Carol Urzúa, Intendente de Santiago, se realizó el 5 de septiembre de 1983 en el mismo lugar del anterior. Nuevamente la conversación fue fluida y Jarpa propuso que la Alianza Democrática participara en la elaboración de las leyes políticas de su agenda, a lo que esta respondió que le haría saber sus observaciones a través del «Grupo de los 24». Pero no se fue más allá y el ministro Jarpa no recogió las observaciones destinadas a lograr un acortamiento de los plazos de la «transición» a la democracia que proponía, ni la abolición del Art. 24 transitorio. Por su parte, la Alianza, que seguía viviendo un conflicto de protagonismo con el PRODEN, se negó a terminar con las protestas. Además, cabe preguntarse si hubiera podido lograr esto último de habérselo propuesto.

La realización de la protesta del 8 de septiembre de 1983, nuevamente marcada por la violencia, incluyendo el apaleo

de dirigentes políticos opositores por parte de Carabineros, endureció a ambas partes. El diálogo no parecía traducirse en una actitud de reconciliación entre las partes y pocos días después Pinochet declaraba que los plazos establecidos en la Constitución de 1980 se mantendrían. En esas circunstancias continuar con las reuniones parecía inconducente.

Con todo, se realizó una tercera reunión el 29 de septiembre en medio de las dudas de los dirigentes de la Alianza Democrática de que Jarpa tuviera verdadero poder dentro del gobierno. Sin embargo, en ésta pareció abrirse la posibilidad de lograr algunos avances concretos al aceptar Jarpa algunos puntos de una minuta escrita que se le presentara. Pero el 2 de octubre nuevamente el general Pinochet se encargó de puntualizar que «el gobierno se fijó una meta, un camino y los va a cumplir», ante lo cual la AD exigió a Jarpa una respuesta inmediata y clara a los puntos planteados el 29 de septiembre. La respuesta de Jarpa fue vaga y exigió a su vez a la Alianza una definición ante el comunismo y la extrema izquierda. En esta situación, la Alianza Democrática consideró que el diálogo estaba roto; parecía evidente la existencia por parte del gobierno de un doble discurso. La ruptura del diálogo era un triunfo del sector «duro» y «antipolítico» dentro del régimen.

Por otra parte, pese al deterioro del diálogo, Jarpa, durante 1984, insistió en llevar adelante reformas al itinerario fijado en 1980. Con la ayuda de Francisco Bulnes Sanfuentes se formó una comisión destinada a estudiar la ley de partidos políticos. Otra comisión, de mayor nivel, auspiciada por el ministro Secretario General de la Presidencia, general Santiago Sinclair e integrada además de sí mismo por el propio Jarpa, la ex Ministra Mónica Madariaga, el jefe de la división jurídica de la Secretaria General de la Presidencia, el general-abogado Fernando Lyon y el ideólogo (¿?) nacionalista Mario Arnello, se abocaba a un estudio más exhaustivo y global del plan Jarpa, las reformas a la Constitución de 1980 y el itinerario hacía la semidemocracia que se proponía en sus artículos transitorios. Sin embargo, esta comisión no tardó en empantanarse. Mario Arnello parecía interesado en hacer el estatuto de partidos políticos aún más restrictivo que el consultado por la carta de 1980; en tanto Mónica Madariaga, que se había ido distanciando del régimen y del propio Pinochet a raíz de sus experiencias en la OEA y una gira que acababa de concluir por Europa, las que

le permitieron tener una visión más objetiva de la situación chilena, estaba por adelantar la apertura de un parlamento elegido democráticamente.

También se conversó sobre la posibilidad de que el Presidente de la República pudiera llamar a plebiscito frente a situaciones políticas concretas. Esta última posibilidad hace explicable que la comisión encabezada por Sinclair contara con la simpatía inicial de Pinochet, en la conciencia que ésta última reforma propuesta al texto de 1980, aumentaría sus prerrogativas.

Sin embargo, como estos eventuales cambios significaban acabar con el poder legislativo en funciones, vale decir, la Junta de comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, allí la reforma encontró oposición, en particular del Comandante en Jefe de la Armada almirante Merino, terminando por abortar.

El debilitamiento de la posición de Jarpa y de todo el proceso de apertura, llevó a la oposición a revitalizar las protestas. El 4 de septiembre de 1984 murieron 10 personas, causando conmoción: era asesinato del sacerdote Andre Jarlan, baleado por carabineros mientras oraba en su cuarto. También perecieron otros ocho civiles y un teniente de ejército.

La renuncia de Jarpa, que parecía inminente desde el mes de agosto de 1984, se produjo finalmente el 10 de febrero de 1985. Fue reemplazado por un hombre de perfil político bajo, Ricardo García Rodríguez, quedando como verdadero artífice de la política oficial el Secretario General de gobierno, el joven abogado Francisco Cuadra, un «duro», provinciano, pero narciso y resbaloso, con notable capacidad para la maniobra. Cuadra había sido nombrado Secretario General de gobierno en reemplazo de Alfonso Márquez de la Plata, bastante menos hábil, el día 6 de noviembre de 1984. Al día siguiente de su nombramiento, el estado de sitio fue nuevamente declarado, la censura de prensa reimplantada con fuerza y la oposición socialista y del MDP hostigada más duramente por la CNI.

Al comenzar el año 1985, con la estrella de Jarpa de baja, Cuadra como hombre fuerte y de nuevo con Chile en estado de sitio, las «protestas» comenzaron a ser reprimidas con mayor fuerza. Por otra parte, cada vez parecía más claro que, de no poder darse otro paso adelante en la resistencia civil, estas estaban agotando sus posibilidades en cuanto instrumento para debilitar y eventualmente acabar con la dictadura. Peor todavía, entre

los sectores medios y con ayuda de la propaganda gubernativa, hacían resurgir el fantasma de la anarquía de 1972 y 1973.

Pero la tozuda intransigencia del gobierno y de Pinochet en particular, pese a su aparente éxito –insistimos– fue el segundo de los grandes errores que cometerían el gobierno militar (el primero, recordemos, fue la extrema, masiva e innecesaria dureza con que persiguió a la oposición durante los primeros años de la dictadura y aún después). De haberse llegado hacia 1984 a un acuerdo con la oposición y aceptando una forma más acelerada y dúctil de transición, posiblemente habría evitado su derrota en el plebiscito de 1988 (segundo error), su concretización donde jugó al todo o nada y perdió, como se verá. Fueron tan grandes sus macro errores, que de no haber contado con la lealtad incondicional de las Fuerzas Armadas, no se comprende que haya podido terminar su gobierno.

Lo que se logró concretamente con todo este episodio de 1983-1985 fue, en lo formal, sólo que se autorizara un pequeño espacio de libertad de prensa, el retorno de una fracción, también pequeña, pero creciente, de exilados y el término del toque de queda. Pero también, lo que resultaba mucho más importante, se pudo mostrar definitivamente a la derecha que el autoritarismo no podía ser una solución de carácter permanente y a la, hasta entonces, masa inorgánica de opositores, que existía una posibilidad y una esperanza en combatir al gobierno militar, pero que para eso se requería organización. Si después el plebiscito de 1988 se llevó adelante en forma correcta y se respetó su resultado, fue en buena medida consecuencia de las «protestas» de 1983-1985 que pusieron en evidencia que el régimen no podía seguir prescindiendo absolutamente de la voluntad de un sector opositor posiblemente mayoritario, ya por entonces, en el país.

8.11 El gobierno militar contrataca

El triunfo transitorio del régimen militar, después de la crisis casi terminal de 1982, quedó de manifiesto el año siguiente. Durante el año 1984 la Alianza Democrática y el mundo de la oposición mostraron desconcierto e ineficacia. Los sectores socialistas no dudaban en proclamar que con la política seguida «la Alianza Democrática se vio atrapada en un diálogo que sirvió de estrategia dilatoria al gobierno y no reportó avance

significativo para la oposición». Diagnóstico en buena medida compartido por el Partido Demócrata Cristiano. La estrategia de promover «cabildos abiertos» y otras manifestaciones de resistencia pacífica y movilización social fracasaron, al no conseguir continuidad en el tiempo ni un impacto significativo. Entonces surgieron divergencias entre sus miembros sobre el camino a seguir, en particular entre el PS y el PDC en torno a la posibilidad de un acuerdo con el Partido Comunista. La principal acción de oposición al régimen durante ese año se limitó a las «protestas» que continuaron realizándose mes a mes y siguieron siendo masivas y violentas, aunque entraron en un ritmo de rutina. Una excepción a esta rutinización de la protesta fue la manifestación de rechazo con que la ciudad de Punta Arenas recibió al general Pinochet cuando llegó hasta allá en febrero de 1984, la que terminó en una batalla campal a golpes entre los manifestantes y los conscriptos del regimiento «Pudeto». Pero los «puntarenazos» no lograron repetirse con igual éxito en otras ciudades de Chile. Quizá el principal logro de la Alianza Democrática durante 1984 fue el acercamiento más sólido que logró con sectores de derecha críticos del gobierno, entre ellos, el renacido Partido Nacional y el Movimiento de Unión Nacional (MUN), que algunos conservadores relevantes habían creado durante el crucial año de 1983.

8.12 El Acuerdo Nacional

La nueva situación significó también, en parte, la pérdida de protagonismo de la Iglesia Católica como defensora de los derechos humanos. Ahora desempeñaría otro rol: el de mediadora entre gobierno y una oposición democrática que parecía consolidarse. Esto se explica por el cambio en las condiciones objetivas y, en menor medida, porque, buscando la reconciliación nacional, al llegar la edad de jubilación del Cardenal Raúl Silva Henríquez, el Vaticano decidió nombrar como Arzobispo de Santiago, el puesto de más representatividad del clero chileno, a un hombre de acuerdos, el futuro Cardenal Francisco Fresno Larraín.

El nuevo Arzobispo Fresno había nacido en 1914. Hizo estudios en el Seminario Pontificio Mayor de Santiago y en la Universidad Gregoriana de Roma.

En 1958, el Papa Pío xii lo nombró Obispo de la Diócesis de Copiapó. Luego, en 1967, el Papa Pablo VI lo promovió a Arzobispo de La Serena, tomando posesión de la arquidiócesis el 28 de septiembre de 1967.

Participó en el Concilio Vaticano II y en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Juan Pablo II lo designó sucesor del Cardenal Raúl Silva Henríquez, asumiendo como Arzobispo de la Arquidiócesis de Santiago de Chile el 10 de junio de 1983. El 25 de mayo de 1985 el Papa lo elevó a la dignidad de cardenal.

Como veremos, monseñor Juan Francisco Fresno Larraín cumplió un rol destacado durante un momento crítico como lo fue la presidencia de Augusto Pinochet. Por otro lado, promocionó los acuerdos de paz con Argentina de 1984 cuando ambos países estuvieron, de nuevo, a punto de ir a la guerra.

Aprovechando el nuevo ánimo creado en la población a raíz de las protestas y ante el fracaso del plan Jarpa, el Cardenal Fresno y sus consejeros vieron la posibilidad de incorporar a la Alianza Democrática a los sectores que habiendo estado con el régimen, eran partidarios de su apertura política en términos más amplios que los consagrados en la Constitución de 1980, vale decir, el Partido Nacional y el mun. En concreto, durante 1984 la Iglesia Católica realizó numerosos llamados a intensificar y concretar los esfuerzos para lograr una transición clara hacia la democracia. Cardenal Fresno lo llamó «un gran gesto; un gesto de entendimiento profundo; un gesto cuya iniciativa compete –a mi humilde entender– en primer lugar a las autoridades del país». Finalmente, a fines de 1984, «el Cardenal Fresno solicitó a tres personas que redactaran un proyecto de Acuerdo Nacional de Transición a la Democracia: Fernando Léniz, empresario y uno de los primeros ministros de economía de Pinochet; José Zavala, presidente de la Asociación de Empresarios Cristianos, y Sergio Molina, ex ministro del gobierno de Frei». El intento conllevaba la idea de crear o, mejor dicho, fortalecer la derecha democrática a partir del mun y el renacido Partido Nacional que –como se dijo– había sido disuelto por su entonces presidente Sergio Onofre Jarpa después del 11 de septiembre de 1973 y ahora era dirigido por el ex diputado Patricio Phillips, el que se avino a participar. Estos grupos se mostraron receptivos al llamado del arzobispo y la idea del posible «Acuerdo Nacional» prosperó.

¿Qué movió a esos hombres de derecha que habían colaborado abiertamente con el gobierno militar a sumarse al «Acuerdo»? Posiblemente la evidencia de que, sumido el país en la crisis económica y existiendo ahora conocimiento amplio de las violaciones sistemáticas a los derechos humanos por parte del régimen, sería difícil para éste cumplir con su itinerario de 16 años a partir de 1980 y que el cambio hacia la democracia vendría en 1989 y no en 1996, y de allí la necesidad de buscar una «solución pactada» al estilo español post Franco. En algunos de ellos también pesó, sin duda, la evidencia que la democracia protegida o autoritaria no era ya necesaria ante la nueva fisonomía de la oposición socialista y el modelo podía ser transado, al menos relativamente, en el aspecto político, a cambio de la continuidad de la economía neoliberal. Por su parte, la oposición se mostró dispuesta a perdonarles los crímenes, las humillaciones y persecuciones sufridas, los que la derecha había aprobado tácitamente.

Por cierto que la intención de formar el Acuerdo Nacional, incluyendo en éste al MUN y al Partido Nacional, apuntaba a crear un interlocutor con la fuerza necesaria para ser escuchado por Pinochet, y que tuviera tras de sí todavía a la mayor parte de la derecha política y ciertamente a la derecha económica. Esta derecha se agrupaba principalmente en la UDI, el ex Gremialismo que sorpresivamente, principalmente por decisión de Jaime Guzmán, poco después de la formación del MUN también se había transformado en partido político, olvidando de una plumada el *leit motiv* de sus orígenes: el apoliticismo. Junto con Guzmán se integraron o integrarían a la UDI, Sergio Fernández, Juan Antonio Coloma, Javier Leturia, Hernán Larraín, Cordero y otros. La negativa de la UDI a cualquier acuerdo con la oposición y su apoyo cerrado al régimen y al itinerario de 1980 era importante, pues durante los años anteriores había ido copando los mandos medios de la administración pública y aportaba el mayor número de técnicos jóvenes al régimen. También pertenecían a la UDI la mayor parte de los funcionarios del aparato municipal, clave –se pensaba– para el control de futuras elecciones. Por cierto que a la UDI había que sumar como contrarios a cualquier proyecto de apertura y negociación con la oposición reunida en el «Acuerdo Nacional» a los personeros pertenecientes al antiguo grupo de los «duros»: Pablo Rodríguez, Sergio Miranda Carrington, Ambrosio Rodríguez

(Procurador General de la República) y otros pinochetistas fieles desde siempre, como el ex ministro del gobierno de Jorge Alessandri Eduardo Boetsch y Alfonso Márquez de la Plata. El propio ex Presidente Alessandri no estuvo entre los partidarios de la apertura, a pesar de que cuando le tocó actuar en el Consejo de Estado antes del plebiscito de 1980 se había jugado por un calendario de transición más corto y una democracia más abierta que la de la carta de 1980.

Tras difíciles negociaciones, llevadas a cabo en residencias eclesiásticas, en particular la casa de los jesuitas en Calera de Tango, donde se realizó una primera reunión el 22 de julio de 1985 y siempre con el aliento del ahora Cardenal Fresno, de las cuales sólo se excluyó al MDP que no estaba dispuesto a renunciar a la vía armada, el «Acuerdo Nacional» se firmó en agosto de 1985. El acuerdo, que ahora reunía a personas y grupos de todo el abanico político chileno, se formalizó bajo el signo de la reconciliación nacional.

Una clave de su concreción –insistimos– fueron las seguridades que los democratacristianos y algunos socialistas dieron a los empresarios y políticos de derecha, de que en el tránsito hacia la democracia que se proponía no pretendía una revolución socialista, ni siquiera se eliminaría el sistema neoliberal en cuanto base doctrinaria de la economía chilena, a pesar de que en el texto se mencionaba estar por una «economía mixta». Era, en cierto modo, dar seguridad de la consolidación del tercer proyecto fundacional intentado en el Chile de la segunda mitad del siglo XX, el modelo «Chicago», al menos en sus aspectos fundamentales, pues garantizaba la subsistencia del liberalismo económico una vez terminada la dictadura. Esta opción se respetaría luego de la elección del Presidente Patricio Aylwin en 1989 y, más acentuadamente, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

El Acuerdo Nacional incluso fue bienvenido por un miembro de la Junta Legislativa de Gobierno, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, general Fernando Matthei, que en lo político aprobaba la existencia de elecciones libres y de todos los partidos políticos que respetaran la ley y renunciaran a la violencia como método.

Pero el régimen ignoró el Acuerdo Nacional y parte de la derecha también, en particular la Unión Demócrata Independiente (UDI). Jaime Guzmán calificó el Acuerdo Nacional

de «poco serio». Esta última actitud fue en lo fundamental la reacción de la derecha pinochetista ante la línea aperturista del MUN y los otros grupos de derecha formados por ex partidarios del general, en los que veían una competencia futura y un peligro. En todo caso, la mayoría de los políticos de la antigua derecha, sin definirse, se mantuvieron a la expectativa.

Otra instancia que se creó por la misma época y que pretendía reunir a todos los chilenos que estaban por un retorno a la democracia, fue la «Asamblea de la Civilidad» que elaboró la llamada «Demanda de Chile». La nueva organización, aunque insufló renovada vida al clima de rebeldía contra la dictadura, venía a complicar el panorama de la oposición, pues el nuevo pacto se daba, más que al nivel de los partidos políticos, en el de los gremios y colegios profesionales con mayoría de clase media. Sus estrategias y directrices se confundían y traslapaban con las de la Alianza Democrática y el Acuerdo Nacional.

El Cardenal Fresno, con 75 años, y según lo previsto en el derecho canónico, renunció al gobierno de la arquidiócesis en julio de 1989. Lo sucedió, en 1990, Monseñor Carlos Oviedo Cavada. Falleció el año 2004. Había cumplido su misión.

8.13 El atentado y el plebiscito de 1988

Pero hacia comienzos de 1986 (año que la oposición, con mal criterio, había calificado de ese «año decisivo» en la lucha contra Pinochet) el régimen militar, a pesar del Acuerdo Nacional, había superado la crisis y se había vuelto a consolidar.

El atentado contra la vida de Pinochet, obra del Frente Manuel Rodríguez y el Partido Comunista, que falló por falta de conocimiento del armamento utilizado, llevado a cabo en el Cajón del Maipo el 7 de septiempre de 1986, terminó de sacar al régimen de la crisis de las protestas. El atentado, de ser exitoso, no habría terminado con la dictadura militar, por el contrario, después de un baño de sangre lo más probable es que la hubiese prolongado. Pero ocurrió algo que a la postre sería nefasto para el régimen militar y Pinochet: las nuevas circunstancias fortalecieron en éste la idea de realizar un plebiscito limpio en 1988, creyendo que lo ganaría. Una carta del Comandante en Jefe de la Armada, apuntando en el error que significaba tomar esa dirección, circuló: era posible para Pinochet poder sacar provecho político del atentado fallido contra su vida –que no

fue el primero pero sí el más espectacular de los realizados en su contra–, pero, ¿sería la suficiente? y ello consolidó en el general la idea de intentar gobernar otros ocho años después de 1988, pero ahora como respetable presidente constitucional. Acarició incluso la idea de ganar el reconocimiento de la comunidad internacional. Una cosa estaba clara ya: el itinerario fijado en 1980 se cumpliría.

Por otra parte, cabe hacer presente que el atentado a Pinochet no fue el único acto violentista de importancia fundamental que preparó en 1986 contra el gobierno militar el Frente Manuel Rodríguez y, en términos más amplios, el MDP. Como ya lo mencionamos, el año anterior ya habían comenzado a proyectar un desembarco masivo de armas en una zona desolada de la costa, la caleta de «Carrizal Bajo» unos 700 kms. al norte de Santiago. La operación, cuidadosamente planificada, se camuflaba como una empresa extractora de algas. La dirigía Sergio Buschmann, el más capaz de los hombres que hicieron oposición armada a Pinochet. El primer desembarco, transportado por goletas pesqueras desde un buque cubano (*Río Najase*) con el que hicieron contacto en alta mar, fue escondido en piques mineros abandonados para después ser transportado a Santiago donde ya se preparaban depósitos subterráneos camuflados.

Al parecer fue el gobierno de Estados Unidos el que habiendo captado la operación con sus satélites, dio aviso al régimen militar chileno. Para EE.UU. una cosa era condenar a Chile en los foros internacionales por violaciones a los derechos humanos y otra muy distinta aceptar el nacimiento de un núcleo de guerrilla comunista, fuerte y bien armado, en un país donde existía un grave descontento popular contra una dictadura de extrema derecha. Una «protesta» con armas habría sido algo muy diferente a lo que habían sido hasta entonces.

El hecho fue que en agosto de 1986 la operación fue descubierta, sus dirigentes y participantes, apresados y torturados, y parte de las armas, decomisadas. El resto se emplearía en diversas acciones violentistas que lejos de agotar al régimen militar lo fortalecieron ante vastos sectores de opinión pública, temerosos de la violencia guerrillera.

El episodio de Carrizal también debilitó aún más a la oposición democrática, al señalar al país que, de volverse a una democracia plena, fuerzas revolucionarias muy poderosas tendrían posiblemente un camino más fácil para intentar una «guerra

de guerrillas», la que, con apoyo popular, podría culminar en un golpe de Estado leninista. Aunque otro sector de la opinión pública pensó todo lo contrario, percibió que sólo un pronto retorno a la democracia pondría fin a la escalada de la violencia.

Repuesto parcialmente de los golpes que significaron el fin de las protestas, el aprovechamiento publicitario gubernativo del atentado contra Pinochet y del episodio de las armas de Carrizal y en la evidencia de que el itinerario de la Constitución de 1980 finalmente se cumpliría, el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Gabriel Valdés, decidió iniciar los contactos para organizar (con sus aliados de la Alianza Democrática y el Acuerdo Nacional) una coalición de gobierno con miras a ganar el plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales del año siguiente.

Sin embargo, la oposición no estaba todavía decidida a participar en el plebiscito a ser llamado en 1988, posiblemente temiendo una situación de fraude o cuasi fraude, como las de los años 1978 y 1980. La creación por parte de personalidades de oposición de un «Comité por Elecciones Libres» (CEL) en marzo de 1987, el que pretendía obligar al gobierno militar a reemplazar el plebiscito por elecciones presidenciales competitivas, fracasó en su intento; pero sirvió para crear un ánimo ciudadano de disposición a no aceptar otro fraude. Otras iniciativas parecidas (CIEL, COPPEL, MIEL) siguieron la misma línea. Finalmente, con la eficaz asesoría y consejo de organismos técnicos chilenos y norteamericanos (públicos y privados), la Democracia Cristiana tomó la decisión de participar en el plebiscito en las condiciones en que estaba planteado y en el convencimiento de que la oposición podía ganarlo en caso de ser correcto. Se trataba de una apuesta muy arriesgada. Pero la decisión se tornó firme cuando en agosto de ese mismo año 1987, Patricio Aylwin, portavoz de la tesis por la participación en el plebiscito de 1988, fue elegido otra vez Presidente del Partido Demócrata Cristiano procediéndose a la inscripción legal de la colectividad en el Registro Electoral. Al parecer pesó decisivamente en la adopción de esta estrategia la opinión del ex rector de la Universidad de Chile y militante democratacristiano, Edgardo Boeninger. Así, gobierno y oposición fueron al plebiscito en el convencimiento de que lo ganarían.

La izquierda renovada tomó la misma actitud, en un postrer rechazo a la estrategia militar del Partido Comunista, el que sin claudicar ante el fracaso de Carrizal, insistía en negarse

al camino electoral dentro de la legalidad de la dictadura. La mayoría de los grupos menores de izquierda procedieron, en los meses siguientes, a apoyar también la inscripción electoral, formándose, el 2 de febrero de 1988, la Concertación de partidos por la Democracia decidida a jugarse por el por el voto «No», conglomerado que reunía a 16 partidos o grupos políticos y que con algunas variables se prolongaría como base política de los gobiernos democráticos posteriores de Patricio Aylwin y de Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

El esquema de los tres tercios se había quebrado, aunque mediante el mecanismo de alianza de dos de ellos, algo que ya había sucedido en la elección de Eduardo Frei Montalva en 1964 y de nuevo durante el gobierno de la Unidad Popular entre 1970-1973, cuando se habían aliado el centro y la derecha, aunque de manera transitoria. Ahora lo harían el centro y la mayor parte de la izquierda y con carácter duradero.

La Concertación llamó a toda la oposición a inscribirse en los registros electorales. El nacimiento, en torno a la figura del socialista Ricardo Lagos, de un partido »instrumental» (que luego se convertiría en permanente, como suele ocurrir en política), el Partido Por la Democracia (PPD), al cual se integraron incluso figuras de derecha, consolidó la opción opositora ya tomada por el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista renovado. Finalmente, también en febrero del año 1988, el propio MDP (excepción hecha del Partido Comunista, que lo haría, por lo demás, unos meses después) también se avino a participar en el plebiscito. Los independientes contrarios al gobierno, por su parte, también se fueron inclinando hacia votar en los comicios, impulsados por organizaciones que promovieron esa conducta, como por ejemplo la organización Participa, que hizo una notable labor. La ayuda internacional fue fundamental para la acción de la oposición.

Ante el desafío, Pinochet hizo retornar a Sergio Fernández al Ministerio del Interior. El hombre del plebiscito de 1980 era colocado nuevamente en calidad de estratega (reemplazando a Francisco Javier Cuadra) para ganar en octubre de 1988, a cuyo objeto debía coordinar todo el aparato del Estado, en especial para lograr el control del voto rural por parte de las municipalidades. Pero las circunstancias eran muy diferentes, el Chile de 1980 estaba en pleno *boom* económico y el recuerdo de la anarquía de 1972-1973 estaba aún fresco. No había ocurrido

todavía el desplome de la economía de 1982, no se habían producido las protestas, y la opinión pública tenía mucho menos conocimiento de las violaciones masivas a los derechos humanos ocurridas durante los primeros años de la dictadura que en el año 1988. Ahora existía además una pequeña derecha democrática y una limitada prensa de oposición.

En agosto de 1988, los comandantes de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas, vale decir, el poder legislativo –previsiblemente– eligieron a Pinochet como candidato a la Presidencia de la República para el plebiscito a realizarse. Frente a su nombre la ciudadanía debía pronunciarse por el «Sí» (Pinochet de Presidente hasta 1996) o por el «No» (elecciones presidenciales libres en 1989).

El plebiscito del 5 de octubre de 1988 se llevó a cabo correctamente en lo formal. Incluso la oposición tuvo un limitado acceso a la televisión durante las semanas previas. Eran 15 minutos diarios en la llamada «franja», los que a pesar de ser sólo una pequeña ventana de libertad, fueron muy significativos, pues despertaron en muchos chilenos adormecidos por el aparato comunicacional de la dictadura la perspectiva de algo bueno y nuevo por venir. Además, aunque esa propaganda resultaba desmedrada ante la marea oficialista, fue de mejor calidad. El recuento, hecho sobre la base de registros electorales correctos, fue limpio.

Con todo, Pinochet, convencido de que el triunfo del «Sí» en el plebiscito era cosa segura y un acto de mero trámite, dudó varias horas en aceptar el resultado de las urnas, que desde un comienzo del conteo señaló un claro triunfo del «No». El general Santiago Sinclair, vice Comandante en Jefe del Ejército, le aseguró en esos amargos minutos que sus tropas estaban a su disposición. Al parecer Pinochet se mostró dispuesto a sacar las tropas a la calle y desconocer el plebiscito. Pero el verdadero resultado se respetaría finalmente por la acción del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, general Matthei y posiblemente el Almirante Merino, quienes se negaron a firmar un acta que le entregaba plenos poderes al dictador para actuar militarmente y al parecer también por la intervención de algunos asesores o ex asesores civiles, entre ellos Sergio Onofre Jarpa, quienes –posiblemente los días siguientes– convencieron a Pinochet de que debía respetar la institucionalidad que él mismo había creado. Pero el hecho es que cuando todo el país ya sabía que había triunfado el «No», por el caudal de información sobre los

resultados entregado por radioemisoras de la oposición que siguió el ejemplo filipino reciente y había llevado un concienzudo recuento paralelo, y por lo comprobado por los observadores internacionales y el propio público en los locales de votación, el Ministerio del Interior, después de un último comunicado que daba por ganador al «Sí», guardaba hermético silencio. En el Palacio de la Moneda existía, en tanto, una tempestad, con recriminaciones, gritos e incluso el desmayo de un general. La última persona que insistió por televisión el triunfo del «Sí» fue José Yuraseck.

Finalmente, después de varias horas durante las cuales los resultados fueron retenidos, Pinochet aceptó el veredicto: el «No» había triunfado por un 54,71% de los votos contra un 43,01% por el «Sí», con una participación ciudadana altísima: un 92% de los inscritos. Habría elecciones competitivas y libres en 1989.

El autor estuvo en el local de votación, en un sector de clase media, y vio como el «No» triunfaba muy claramente. Después, ante el televisor se sorprendía cada vez más sobre la dilación del Ministerio del Interior para aceptar la derrota del gobierno. Sin embargo, tenía conciencia de que los uniformados, que cuidaban los locales de votación, habían tenido la misma evidencia de su derrota. De modo que nunca dudó realmente que el triunfo opositor sería finalmente reconocido y que si llegaba a suceder lo contrario, el gobierno quedaba en tal mal pie, que su fin vendría de todos modos a corto plazo. En todo caso, Pinochet quedaba como Comandante en Jefe del Ejército e ícono de las Fuerzas Armadas, un salvavidas de plomo para Aylwin.

8.14 ¿Grandeza o cálculo?

Este reconocimiento del triunfo del «No» ha sido considerado el más significativo gesto de grandeza de Pinochet como gobernante, por más que en su momento atribuyera el resultado adverso a la intervención norteamericana y en especial al embajador de Estados Unidos en Chile, Harry Barnes, sin duda haciendo referencia a la presión que recibió del país norteamericano para que aceptara los resultados. Pero, queda la duda, ¿fue en realidad un gesto de grandeza o resultó del cálculo que aceptar transitoriamente la derrota –como mal menor antes que dar un autogolpe– le abría el camino para un retorno posterior frente a un nuevo fracaso

de la democracia, el que creía muy probable? Recordemos que el comunismo seguía vivo en el mundo y que en Chile no sólo el Partido Comunista, sino otros grupos de izquierda marxista, habían optado por la lucha armada, lo que –han de haber pensado Pinochet y sus asesores– le harían aún más difícil el camino a un gobernante civil elegido democráticamente. Más difícil, pues a esto debía sumarse la acción opositora de las propias Fuerzas Armadas y sus partidarios. Pinochet, ahora capitán general con cinco estrellas, como Eisenhower y MacArthur, seguiría encabezando el Ejército.

En ese escenario, un fracaso del gobierno de transición era probable. Pero fuese cuales fuesen los cálculos e intenciones de Pinochet, desde entonces sus esfuerzos se concentrarían en dejar «todo bien amarrado» institucional, política y económicamente, en lo cual ha tenido un parcial éxito hasta el día de hoy. Se trataba de defender la permanencia histórica de su régimen y obra. Seguramente le consolaba también el pensamiento –que le abría posibilidades políticas para el futuro– de haber obtenido un 44,3% de la votación.

Pero, aun existiendo la eventualidad de un posible retorno, el régimen militar se había extinguido y se abría un irrefrenable proceso de democratización, algo parecido a lo sucedido en España después de la muerte de Franco o en Argentina después de la derrota en la Guerra de las Malvinas. Pinochet entraba en su último año en el poder.

Así, la derrota del capitán general en el plebiscito de 1988 tuvo un doble significado: «Por un lado puso fin a la pretensión de proyectar la dictadura a través de un régimen autoritario como el previsto por la Constitución del '80, y al proyecto (personal) de Augusto Pinochet de mantenerse en el poder para asegurar el paso de la dictadura militar a ese régimen autoritario. Por otro lado, desencadenó un proceso de transición a la democracia, que se desarrolló dentro de plazos y mecanismos establecidos por el régimen, pero modificados en parte por la oposición y alterados sustancialmente en su significado por esta última».

¿Por qué cometió Pinochet, este último y garrafal error de perder el plebiscito, algo casi inconcebible históricamente para una dictadura como la chilena?

La explicación parece compleja. Además del posible cálculo del necesario fracaso de un gobierno democrático expresado recién, pesó el hecho de que las encuestas que el régimen en-

cargó, ya sea porque fueron mal hechas o porque simplemente se alteraron para darle en el gusto y recibir la empresa encuestadora un suculento pago, lo convencieron de que triunfaría. Además, también ha de haber influido mucho otro factor. Como le sucede a casi todos los dictadores, especialmente cuando han permanecido mucho tiempo en el poder, Pinochet estaba en una burbuja que le impedía tener sentido de realidad. Creo que no tomó en cuenta la diferencia objetiva en las condiciones en que la nueva consulta se dio respecto de las anteriores, ya mencionadas y que aseguraban un resultado veraz. Tampoco contó con el hastío de un pueblo, ahora mejor informado de los excesos del régimen en materia de derechos humanos, pues los había vivido masivamente en carne propia con la represión de las «protestas». En tercer lugar, olvidó que, visto el cambio experimentado por el Partido Socialista, existía la seguridad, muy importante para la clase media, de que un triunfo del «No» no significaba un retorno a un régimen de las características de la Unidad Popular. Finalmente, no valoró el convencimiento del mundo empresarial y de la derecha en general, de que un retorno a la democracia política no significaba el fin del sistema económico neoliberal. Lo demás lo puso la fatuidad del gobierno, que se convenció con su propia propaganda. Incluso no hay que descartar que algunos personajes oficialistas (incluso de las Fuerzas Armadas, aunque no del Ejército) desearan que ganara el «No» y se fuera Pinochet. Se puede especular mucho sobre el tema.

8.15 En camino a las elecciones de 1989

Para participar en las elecciones presidenciales competitivas de 198, la oposición exigió una serie de reformas que democratizaran la Constitución de 1980. El gobierno estuvo dispuesto a dialogar, para lo que entregó el Ministerio del Interior a Carlos Cáceres. Después, el 30 de julio, se aprobó en referéndum, con el 85,7% de los votos, una serie de enmiendas a la Carta Fundamental que eliminaron algunas de las cortapisas antidemocráticas con que los militares habían pretendido enmarcar la fase de *consolidación* posterior a 1989: aumentaban la cantidad de civiles en el Consejo de Seguridad Nacional y el número de senadores elegidos por voto popular, se impedía suspender el derecho de *habeas corpus* durante los estados de excepción

y facilitaban los mecanismos para reformar la Constitución. Además se acortaba el plazo del primer período presidencial (de transición) a cuatro años en lugar de los ocho que fijaba la Carta Fundamental de 1980 en su versión original.

También se producía un acuerdo entre el régimen saliente y el entrante para nombrar miembros del directorio del Banco Central, entidad que, en la nueva institucionalidad era prácticamente autónoma y tenía (y tiene) amplísimos poderes económicos.

Chile tendría pues liberalismo económico y liberalismo político, atemperado el primero por la sensibilidad social de la coalición que ganaría las elecciones presidenciales de 1989 (la «Concertación» por el «No» que pervivió después del plebiscito), y atemperado el segundo por los resabios antidemocráticos que aún después de las reformas quedaron en el texto de 1980.

A los sectores de gobierno (aparentemente) les costó elegir un candidato a Presidente de la República para las elecciones de 1989. Dentro del oficialismo muchos porfiaban porque fuera Pinochet, recién derrotado; pero eso significaba intentar una carta ya jugada y perdida. Peor todavía, significaba su renuncia a la Comandancia en Jefe del Ejército, y conocedor el general de dónde estaba la base de su poder, así como también que posiblemente venían tiempos difíciles y que habría de defender a su institución y familia, así como rendir cuenta por los pecados y errores cometidos, se negó. Por lo demás, parecía irreal pretender que quien gobernara Chile como autócrata pudiera hacerlo ahora dentro del respeto a las reglas de la democracia. Paradojalmente, su permanencia en la Comandancia en Jefe de Ejército daría estabilidad a la transición, pues impediría acciones espontáneas de mandos medios (a lo Tejero en España o los «Carapintadas» en Argentina) durante el gobierno de Patricio Aylwin. Así, aunque a veces hostil y desafiante, Pinochet respetó, entre 1990 y 1994, la institucionalidad que él mismo había creado.

¿Quién podía ser candidato del régimen militar entonces? Jaime Guzmán no era una figura con características carismáticas sino a nivel de elite. José Piñera (otro ex ministro autor de varias modernizaciones liberales) era temido por su ambición desmedida y tenía muchos enemigos. Sergio Fernández se veía comprometido por su actuación en la consulta de 1978 donde actuó como el «contralor» que aprobó el decreto de convocatoria, el que evidentemente era irregular y sancionaba lo que

sería un fraude. Finalmente se optó por el técnico que salvó el neoliberalismo, el ministro Hernán Büchi. Este, aunque gran economista, no era un político, no le gustaba la política y si aceptó fue bajo fuerte presión de la UDI –con la cual se identificaba relativamente– y del propio régimen.

8.16 Patricio Aylwin

El candidato de la oposición a las elecciones presidenciales fue Patricio Aylwin, el Presidente del Partido Demócrata Cristiano, quien fue elegido en un acto electoral bastante discutido, incluso denominado el «Carmengate» (por *Watergate*, la tumba de Nixon). La selección de Aylwin –que al principio despertaba reticencias, pues se pensaba en una figura más joven y se dudaba de la legitimidad de su elecció– fue un acierto. Lejos de ser una personalidad espectacular y brillante (como el entonces dirigente socialista Ricardo Lagos) era (y es) un político moderado de larga carrera y experiencia. Había sido tenaz opositor a Allende, pero después también un activo enemigo de la dictadura, siendo, de hecho, el *generalísimo* de la campaña por el «No», desde su cargo de presidente del PDC, en el plebiscito de 1988. Ponderado, honesto, estudioso, cauto y astuto, católico observante; entregando una imagen de seguridad y orden, Aylwin mostró como candidato lo mejor que había caracterizado a la clase política chilena antes de su debacle de 1970-1973. La ayuda económica internacional compensó, en parte, los cuantiosos recursos que recibía la candidatura oficial de los empresarios y del propio gobierno militar.

Primogénito de los cinco hijos del que fuera Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Miguel Aylwin Gajardo, y de Laura Azócar, estudió en el Colegio de los Padres Salesianos de Valdivia, en el Liceo de Humanidades de San Bernardo, en el Internado Nacional Barros Arana de Santiago y en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde en 1943 se licenció en Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales. En 1944 se recibió de abogado y al año siguiente ya se desempeñó como secretario de la Comisión de la Corte Suprema encargada de redactar el Código Orgánico de Tribunales.

El año 1945, gobernando el Frente Popular y con Juan Antonio Ríos de Presidente, Aylwin ingresó en la Falange Nacional.

Desde 1946 ocupó la cátedra de Derecho Administrativo de la Universidad de Chile. Aylwin presidió a los falangistas los

años 1950 y 1951. En 1957, participó en la fundación del Partido Demócrata Cristiano. Como se ha visto, el PDC quería oponer a la izquierda socialista una alternativa que también introdujera profundos cambios sociales pero desde una posición de centro. La colectividad eligió en 1958 nuevamente presidente a Aylwin. Éste, terminó en 1960 la primera de las siete presidencias del partido que iba a ostentar en las próximas tres décadas, y por lo que respecta a su profesión docente, siguió dando clases en el Instituto Nacional hasta 1963 y en la Universidad de Chile hasta 1967.

También es preciso hacer notar acerca de Patricio Aylwin que siendo presidente del PDC en 1973 había advertido a un incrédulo Allende de lo ineluctable del pronunciamiento militar si no rectificaba su política, y, efectivamente, el golpe se produjo. Pero el PDC y Aylwin, no se opusieron, sin algunas prevenciones, al golpe. De sobra estaban conscientes del fracaso de Allende y, como se ha visto, tenían la presunción de que el gobierno militar iba a ser transitorio, aunque bien pronto quedó claro que se proponía establecer una nueva institucionalidad.

La Concertación elaboró un programa de gobierno y el 23 de junio de 1989 sus integrantes cerraron filas tras la candidatura presidencial de Aylwin, no sin manifestar fuertes reservas numerosas voces de los sectores izquierdistas. En cuanto al Partido Comunista (PCCH), único relevante de la oposición que no formaba parte de la Concertación, anunció que renunciaba a presentar candidato propio y que apoyaba a Aylwin, poco después.

8.17 Las elecciones presidenciales de 1989

En las históricas elecciones del 14 de diciembre de 1989 el veterano político democratacristiano tuvo como adversario, como se dijo, al ex ministro de Hacienda Hernán Büchi Buc y le batió sin necesidad de segunda vuelta de manera contundente. En los comicios legislativos, la Concertación conquistó la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados (72 de los 120 escaños) y la mayoría relativa en el Senado (22 escaños de 46), mientras que el PDC revalidó su condición de primer partido del país con el 26% de los votos y 38 diputados.

Sorpresivamente surgió un tercer candidato –que le quitaría muchos votos a Büchi y pocos a Aylwin–, Francisco Javier Errázuriz. Un audaz y exitoso empresario, desenfrenado populista

y oportunista político. Su discurso, deshilvanado, fue, en lo fundamental, anti oficialista.

La elección presidencial de diciembre de 1989 dio los siguientes resultados: Aylwin 55%; Buchi 29% y Errázuriz un 15% de los votos. En contraste con el plebiscito de 1988, Pinochet aceptó ahora el veredicto popular de las elecciones presidenciales sin mayor problema. Los esperaba, así como también probablemente contaba con el rápido fracaso de Aylwin, pues –como ya lo hicimos presente– muy posiblemente confiaba en que el MDP haría la vida imposible al gobierno de la Concertación, con la exigencia de beneficios sociales imposibles de otorgar y un posible intento revolucionario, conduciéndolo hacia una situación parecida a la de 1973. No contaba, en cambio, con la caída del mundo comunista al año siguiente y la minimización del Partido Comunista chileno. Este factor constituiría uno de los mayores golpes de suerte para el futuro Presidente Aylwin y para Chile. El discurso anticomunista de Pinochet quedaba superado por la historia.

La esperanza del retorno y lo afirmado más arriba sobre su interés de conservar todo el poder que pudiese para defender a los suyos hacen comprender el rechazo de Pinochet, en 1989, a una petición del Presidente Aylwin para que pasara a retiro. Permaneció pues como Comandante en Jefe del Ejército, a lo que tenía derecho constitucionalmente.

En resumen, afirma (con dolorosa ironía) el economista de derecha Juan Andrés Fontaine: «El plan político del gobierno militar funcionó al fin, pero, irónicamente, lo hizo para beneficio de los partidos opositores». Pero también es efectivo que los opositores habían aceptado el modelo neoliberal y gobernar con una democracia que sin ser «protegida», tal como la configuraba el texto oficial de la Constitución de 1980, todavía no era plena.

8.18 Las relaciones internacionales. Al ritmo de Estados Unidos: el «Filipinazo»

Durante la década de 1980, Chile no tuvo mayores problemas internacionales, excepción hecha por cierto de que la condena mundial del régimen militar continuó.

Pero en marzo de 1980, ocurriría un bochornoso incidente que le enseñaría que la larga mano de los Estados Unidos era

temible. Pinochet y familia habían sido invitados oficialmente por dictador de Filipinas Ferdinand Marcos a visitar el archipiélago filipino, y hacia este partió el día 21 de dicho mes. El encuentro era importante porque demostraba que Chile no estaba absolutamente aislado. Pinochet, aunque un monarca dentro de Chile, internacionalmente era execrado, cuando no despreciado. Una invitación internacional parecía poder atenuar estos problemas.

Así cuando Ferdinand Marcos invitó a Pinochet a visitar Filipinas, se agradeció con regocijo. Pero Carter estaba de Presidente de los EE.UU. y tenía mucho poder en Filipinas. Pero previos largos preparativos, que incluyeron abundantes ajuares de ropa para las damas y en especial las de la familia Pinochet, regalos (unos 500), condecoraciones, capas de ceremonia, etc., Pinochet y comitiva partieron en un avión LAN especialmente arreglado.

Los problemas comenzaron en las islas Fiji. Primero desinfectaron el avión con los pasajeros dentro. Luego comunicaron a Pinochet, su canciller Cubillos y la delegación oficial que el viaje se suspendía ¿Por qué? No había razones.

El avión partió de vuelta a Chile, adentro todo era desolación. Después de una conversación con su hija Lucía, Pinochet decidió pedir la renuncia al canciller Hernán Cubillos, las mujeres lloraban. Pinochet parecía un poco desconcertado: al comienzo creyó que esto podía ser un golpe de Estado en su contra. Sus comunicaciones con Santiago lo desengañaron. Pero en el largo viaje de retorno deber haber masticado las heces de su amargura. Había hecho el ridículo.

Habiendo llegado a Santiago convocó a una concentración frente al Edificio Diego Portales. Allí anunció oficialmente la renuncia de Cubillos (quien no renunció, sino que exigió que lo echaran) y la ruptura de relaciones con Filipinas… la que finalmente no se llevó a cabo. Así terminó el episodio.

8.19 Economía

8.20 Tasas de crecimiento económico

PIB tasa de crecimiento del producto anual, 1983-1989: 6,9%.
PIB anual per cápita, 1983-1989; 4,5%

8.21 Boom económico y crisis

Entretanto, por los mismos años, se vio que la consolidación del régimen de Pinochet posterior al plebiscito de 1980, celebrada con el retorno del gobierno al tradicional palacio de los presidentes de Chile, La Moneda, destruido en el golpe del 11 de septiembre de 1973 y ahora reconstruido, sería efímera. La economía chilena, que aparentemente pasaba por su mejor hora –como hemos visto más atrás– vino a experimentar súbitos y graves problemas a fines de 1981, los que se transformaron en debacle el año siguiente. Los rascacielos del Chicago chileno habían de sufrir un terremoto que precipitó al suelo a varios, afectó gravemente a los que lograron permanecer en pie y dejó a todo el sistema al borde del colapso. Un nuevo 1978, ahora de raíz económica, pero más dramático, se desencadenó sobre el gobierno y el país. El modelo socioeconómico neoliberal parecía haber llegado a una crisis terminal. No sería así; pero, nuevamente, a cambio de un costo social enorme que naturalmente recayó con mayor peso entre los más pobres.

Una serie de errores macroeconómicos mayores del equipo capitaneado por Sergio de Castro, en particular la mantención artificial de un precio bajo del dólar, tomada por el ministro al parecer por consejo de su maestro Larry Sjastaad, sumados a la actitud de frívola especulación de la nueva clase empresarial y financiera chilena y a la recesión mundial que se produjo ese año (y que afectó al mundo entero y en especial a Latinoamérica), llevó a una cadena de quiebras que comenzaron por algunas de las industrias más grandes del país (en particular la Compañía Refinadora de Azúcar de Viña del Mar, crav) y culminaron con las de algunos de los mayores bancos particulares. El pasivo de todo el sistema bancario, descontando capital y reservas, superaba los seis mil millones de dólares de la época. La cesantía se disparó hasta más un 23,7% nominal y un porcentaje real bastante más alto (quizá hasta un 30%). El pib que había venido subiendo desde 1976 cayó en un ¡14,1%! en 1982 y un 0,7% adicional en 1983. El tan vilipendiado Estado tuvo que socorrer con más de mil millones de dólares al aparato financiero en quiebra.

Varios ex ministros de Estado conocieron la cárcel. También varios banqueros y cabezas de «grupos económicos» fueron a prisión. Era el fin del vanidoso *boom* y naturalmente esto tendría sus consecuencias políticas. ¡La utopía neoliberal

se derrumbaba! Se le pidió la renuncia a De Castro en abril de 1982 y fue reemplazado por otro *Chicago Boy* de perfil más bajo, Sergio De la Cuadra, en tanto los generales Luis Danús y Gastón Frez fueron nombrados ministros de Economía y Director de ODEPLAN (Oficina de Planificación Nacional) respectivamente. Clave en la caída de De Castro fue la oposición que encontró dentro del gabinete ministerial de José Piñera, quien, actuando más como político que como economista, se le opuso y convenció al gobierno de que de Castro había cometido graves equivocaciones. También grupos empresariales y, en particular, el ex presidente Jorge Alessandri, en calidad de autoridad máxima de la poderosa Compañía de Papeles y Cartones. Aquí cabe una reflexión. ¿Es que los «Chicago Boys» habían hecho todo esto, lo que creían correcto (sino genial) por su amor a Chile? Algo pudo haber de eso, pero más amaban sus intereses económicos y los grupos que, a su entender, serían en el futuro la columna vertebral de la economía del país, chorreando la riqueza hacia los más pobres.

Ahora Pinochet volvía a los uniformes, pero ya era tarde para evitar la catástrofe. ¡En la emergencia, De Castro, antes de dejar el ministerio, incluso había planteado una rebaja general de salarios! Pero la medida más trascendente que se tomó, después de su partida, fue el alza del dólar; esto llevó a la quiebra a millares de personas de clase media que, confiando en las promesas del gobierno, habían contraído deudas en dicha divisa. Al poco tiempo, De la Cuadra sería también reemplazado por un tercer *Chicago boy* en calidad de biministro (Hacienda y Economía), Rolf Lüders, quien a su vez sería sustituido por Carlos Cáceres en febrero de 1983. Como si fuera poco, la Guerra de las Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña hizo temer, en mayo de 1982, nuevamente un conflicto con los rioplatenses, al alinearse férreamente Chile con los europeos, dándoles ayuda en materia de información y apoyo, contra la opinión y simpatías de toda América Latina, con la posible excepción de Brasil. Es cierto que de haber triunfado los militares argentinos en su conflicto con los británicos la posibilidad que se lanzaran luego contra Chile eran reales.

Da una idea de la magnitud de la crisis lo que escribiera un editorialista del diario *Los Angeles Times* el día 3 de marzo de 1983: «De hecho Chile es en este momento un ejemplo de fracaso económico sumado a represión política. Su deuda

externa supera los 20 mil millones de dólares y es uno de los mayores deudores *per cápita* del mundo... Las bancarrotas se multiplicaron ocho veces desde 1976 y el desempleo excede el 30%... El producto bruto descendió en 14% el año pasado, la mayor caída en América Latina... El mundo financiero chileno también se encuentra en ruinas. Aproximadamente la cuarta parte de los bancos nacionales está en manos del gobierno, sorprendente paradoja de los *Chicago Boys*, cuyo objetivo fue crear una utopía de mercado libre, terminando con la intervención estatal de la economía».

Las palabras anteriores apuntaban a un hecho evidente. Más allá de resumir el colapso que se vivía, muestran que el ministro De Castro Spíkula y sus colaboradores más cercanos –por más que fueran economistas de gran talento– pertenecían también a la generación que se disputó el país en las décadas de 1960 y 1970 en el proceso que hemos descrito al comienzo de este trabajo. Creían (como los socialistas y democratacristianos de entonces) en un sistema doctrinario cerrado y excluyente, más todavía, en este caso presuntamente «científico». De allí su porfía en mantener su ortodoxia inicial y la falta de ductilidad que los llevó al colapso.

El hecho de que el país se encontrara desmovilizado políticamente y sindicalmente debilitado (en 1981 existían sólo 396.000 trabajadores sindicalizados, siendo los únicos fuertes los de la Gran Minería del cobre), el control de la prensa, que aprovechó el hecho de la guerra del Atlántico Sur para desatar una onda patriotera; la acción de los organismos represivos como carabineros, grupos de militares vestidos de civil (rápidamente bautizados popularmente como los «gurkhas», haciendo alusión a las tropas mercenarias de ese origen, que forman parte del Ejército británico y que habían tenido una espectacular presencia en la reciente Guerra de la Malvinas); y los servicios de seguridad, salvaron al régimen. También ayudó a su supervivencia la empecinada tozudez de Pinochet. La misma actitud que tanto daño le había causado a Chile en su aislamiento internacional, al negarse a la posibilidad de adelantar una transición a la democracia, la que habría sido posible desde 1978, ahora salvaría al modelo económico, aunque no al régimen militar que quedaría herido de muerte, aunque a mediano plazo.

Hemos visto que desmantelada la DINA, después del gran fracaso y escándalo que significó el crimen de Orlando Letelier, se había constituido la Central Nacional de Informaciones (CNI), una policía política que no sólo realizaba servicios de inteligencia sino también «operaciones» de tortura y crimen, pero nunca a la escala masiva, ni con el cínico desparpajo de la desaparecida DINA. La CNI fue, en lo fundamental, la que llevó adelante, por parte del régimen, esta guerra sucia contra la oposición armada. Sus jefes aún eran oficiales de Ejército y seguían respondiendo directamente ante Pinochet.

Pero, tal como había ocurrido en la época de la DINA, la CNI no era el único servicio de inteligencia perteneciente a las Fuerzas Armadas que participaba en esta lucha. Notorio se hizo durante estos años otro organismo, dependiente de Carabineros de Chile, la DICOMCAR. Este fue responsable, entre otras acciones, del degüello de tres profesionales comunistas en marzo de 1985. Pero los años del terror masivo habían terminado.

Mirando por su imagen histórica, la de las Fuerzas Armadas y la seguridad futura de su familia y sus colaboradores, Pinochet se decidió a mantener el experimento neoliberal y su gobierno costara lo que costara. Así, en entrevista concedida a *El Mercurio* afirmó: «Jamás claudicaremos».

Por otra parte, si bien la negociación Aylwin-Jarpa terminó en nada y dejó a la Alianza Democrática frustrada y perpleja en el camino a seguir, limitándose a afirmar que continuaría la resistencia por la vía pacífica, hubo un renacimiento de la vida política partidaria en todo el territorio de Chile, pues en provincias se fundaron filiales de la Alianza Democrática. Pero en el corto plazo el triunfo era del gobierno; había conseguido dilatar la crisis que en el mes de agosto se veía inmanejable y que hacia fines de octubre ya se vio en condiciones de controlar.

En 1985, la economía comenzaba a recuperarse de la debacle de 1982, ahora bajo la conducción de Hernán Büchi, el que sería rival de Aylwin en las elecciones presidenciales de 1989. Era otro tecnócrata neoliberal, compañero de ruta de los «Chicago Boys», pero menos dogmático que De Castro, Cauas o De la Cuadra y que había militado en el MIR en su juventud. Hernán Büchi Buc nació en Santiago en 1949, estudió ingeniería civil de la Universidad de Chile y realizó un posgrado en la Universidad de Columbia. Fue el fundador y primer presidente del centro de estudios Libertad y Desarrollo,

participó en el gobierno militar de Chile como Subsecretario de Economía (1979-1980), subsecretario de Salud (1980-1983), Ministro de Planificación (1983-1984), Superintendente de Bancos e Instituciones Financieras (1984-1985) y Ministro de Hacienda (1985-1989). Además, le correspondió participar activamente en los programas de estabilización de la economía chilena después de 1982.

Büchi, sacando lecciones del fracaso de los primeros economistas de Chicago, logró que, a partir de 1985, los índices macroeconómicos, en especial el de crecimiento del producto nacional, subieran apreciablemente (en promedio el gran crecimiento económico de Chile se dio entre 1985 y 1992. Entre entre 1985 y 1988 inclusive, el PGB per cápita creció un 5,3%, los años siguientes esta tendencia continuaría). Bajó además la cesantía y la inflación y nuevamente pudo hablarse del éxito del «modelo». Esta evolución ha sido calificada como «desde el neoliberalismo radical al neoliberalismo pragmático».

Con razón se ha dicho que Büchi llevó la economía chilena desde el liberalismo dogmático a lo De Castro a un liberalismo pragmático, que mostró mucho más viable y exitoso.
Este fue un genuino cambio revolucionario. ¿Cuánto duraría? Estaba por verse. Nadie puede creer que detuvo el reloj y lo que hoy es triunfo mañana puede ser derrota. Pero hasta 1994, hay que decirlo, en su segundo intento fue triunfo.

Pero, ¿cuáles fueron las cifras del «milagro económico» que la derecha ha proclamado que se llevó a cabo durante el régimen militar? La verdad es que el promedio de crecimiento del país durante los 17 años en que gobernaron los uniformados fue bien mediocre, como queda claro en la cifras ya citadas. Incluso más bajo que el de los gobiernos de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva: tan sólo de un 3,1%. Esto fue así pues si bien durante muchos años se creció a tasas muy altas, las impresionantes bajas de 1975 y 1982 fueron responsables de que la media fuese tan baja. Como contraste, el crecimiento anual promedio durante los años de gobierno de Patricio Aylwin fue casi el doble.

Lo realmente nuevo del «milagro», fue, ya lo dijimos, la lograda modernización (vía nuevas privatizaciones) de algunas áreas claves de la economía chilena y su mayor éxito fue el cambio del modelo mismo: desde una economía, bastante ineficiente, que giraba alrededor de la iniciativa, protección y gestión del Estado, con inspiración en Keynes, se pasó a una

economía liberal, según el modelo de la Escuela de Chicago, la que está basada en el empuje del sector privado y que se ha demostrado –después de los tropiezos vistos– como más eficiente.

Existe en el Chile de hoy (posterior a 1984) un notable empuje económico y su producto nacional se ha más que duplicado entre 1985 y 1998 (algo que lograron sólo cinco países en el mundo) y esto es, sin duda, fruto, en buena medida al menos, de ese modelo económico implantado por el gobierno militar, pero conducido mucho más exitosamente después del término de este.

El hecho es en el presente, merced a sofisticadas técnicas de marketing que los empresarios chilenos han aprendido a manejar muy bien, vemos la madera chilena, el vino chileno, la fruta chilena, los salmones chilenos, y no pocos rubros manufacturados, ofrecidos en casi todos los mercados del mundo occidental y el oriental. Es posible que en el futuro sean otros productos chilenos, con más tecnología incorporada, los que podamos observar en oferta en el extranjero. Además, con aranceles de importación muy bajos, los productos chilenos compiten, ventajosamente a veces, con los de todo el mundo dentro de Chile. De modo que el volumen total de nuestro comercio exterior se ha multiplicado varias veces. Es cierto que esta fiebre exportadora ha tenido, en algunos casos, graves consecuencias para la ecología chilena.

Ya hemos escrito acerca de las modernizaciones en materia de previsión, salud (mucho más dudosa en su éxito que la anterior) y las poco éticas privatizaciones de muchas unidades productivas estatales.

Por otra parte, también dijimos que en otras áreas de la economía, en particular servicios, las reformas «modernizadoras» fueron malas o desastrosas. Mencionamos el triste desmantelamiento de ferrocarriles y el caos introducido en el transporte terrestre urbano con sus nefastas consecuencias ecológicas. A estos habría que agregar muchos otros fracasos o errores de magnitud: la detención de la construcción del Metro, el descuido, inclusive de los locales mismos, del aparato estatal de salud y el de educación. En este último caso, el desmantelamiento fue feroz. So pretexto de ahorrar recursos al Estado, se bajó el sueldo a los profesores a un nivel irrisorio e indigno y se llevó adelante un sistema de «educación municipalizada» que ciertamente no perseguía su mejoramiento, sino sólo a ahorrar recursos al fisco.

También es preciso enfatizar (aunque se ha repetido ya hasta el cansancio) que muchas de las reformas se hicieron, en su momento, a un costo social enorme, que sólo la dureza de la dictadura permitió que se pagara sin que hubiera una insurrección popular (lo que, por lo demás, en cierta medida, la constituyeron las «protestas»). Dudo que un gobierno democrático hubiera podido entonces llevar adelante la modernización y menos aún el plan de *shock* neoliberal en Chile; el costo social se lo hubiera impedido. Especialmente afectados por éste fueron –lo que no es sorprendente– los más pobres e incluso etnias enteras, como la mapuche, que fue despojada más o menos arbitrariamente de muchas de sus tierras, siguiendo una política secular del Estado chileno, que recién se había suavizado bien entrado el siglo xx. Problema que ha venido a estallar después de 1990.

Resulta interesante comprobar, que, a diferencia de la mayoría de las dictaduras, la chilena no llevó adelante grandes ni numerosas obras públicas. No sólo se destruyeron los ferrocarriles. La creación o pavimentación de caminos quedó casi paralizada durante los 17 años del régimen y poco se hizo en materia de puertos y aeropuertos, como Pudahuel que permaneció con su edificio provisorio, a todas luces insuficiente e indigno de una ciudad del tamaño de Santiago, desde la época de la construcción de la pista en la década de 1960. La única gran obra de infraestructura importante emprendida durante esos años fue la construcción de la Carretera Austral, un camino de tierra con valor estratégico y simbólico más que económico, al menos hasta el momento. Se podría aducir para comprender el fenómeno que un régimen que estaba por desmantelar el Estado no podía al mismo tiempo emprender grandes obras en sectores –como puertos, caminos, aeropuertos o ferrocarriles– las que tradicionalmente habían sido y entonces eran estatales. Pero tampoco se intentó fomentar la iniciativa privada en esos rubros, al menos sistemáticamente. Este hecho resulta más extraño todavía, cuando no se puede decir que el espíritu «faraónico» que está detrás del «show» de progreso material que muestran las dictaduras, estuviese ausente en la chilena. Sin pudor se alza el espectacular edificio del Congreso Nacional en Valparaíso, mamotreto hórrido construido a un costo casi exorbitante por lo elevado, que sólo ha servido para afear esa otrora bellísima ciudad, sin aportarle beneficio alguno en lo económico, como se dijo que ocurriría en su momento

por lo demás. Ese «pecado de lesa arquitectura» nos costó a los chilenos bastante más de 100 millones de dólares (de la época), lo suficiente para haber construido no sólo el terminal aéreo definitivo en Pudahuel, sino varios aeropuertos u otras obras de infraestructura en añadidura. La verdad parece ser que «el Congreso en Valparaíso» sólo vino a dificultar gravemente la tarea legislativa, así como la vida privada de los parlamentarios.

¿Quería Pinochet tener lejos a los parlamentarios (y a la democracia) durante los hipotéticos últimos años de su mandato, que finalmente no se dieron? La explicación es de una simpleza que provoca resistencia a su credibilidad, pero la simpleza en algunos raciocinios no era una característica ausente de la psicología del capitán general.

Pero en un balance, el conjunto de los cambios experimentados por la economía chilena como consecuencia de las reformas introducidas por el régimen militar, parece sin duda positivo y esa es su gran obra. En cambio, ésta nada tuvo que ver con el fin del «cáncer marxista» hacia 1990, el que se extinguió de muerte seminatural (o al menos como fruto de una pelea entre «perros grandes», por usar una recordada expresión de Sergio Onofre Jarpa, cuando la URSS se enfrentó en la llamada «Guerra de las Galaxias» con EE.UU.) y que no había sentido ni cosquillas por la guerra que se le hizo desde este «faro del fin del mundo», como en un momento lo creyeron Pinochet y su régimen. Creo que, por el contrario, el golpe militar en Chile, en su momento, ayudó al comunismo a nivel mundial.

Naturalmente que la revolución económica de que hablamos trajo, con posterioridad, enormes consecuencias sociales y culturales para Chile, claramente, estas últimas, menos positivas.

8.22 La Sociedad

8.23 Nueva organización social

En el mensaje anual a la nación de ese año 1978, el general Pinochet anunció nuevos importantes pasos a dar en el programa económico-social del gobierno que resumió en «siete modernizaciones» claves, todas en consonancia con el proyecto neoliberal. Estas se llevarían a cabo los años siguientes.

Un nuevo Código del Trabajo (Plan Laboral) fue dictado; ya nos hemos referido a la reforma que entregaba el sistema previsional a empresas privadas (AFP) que había comenzado a ser estudiada por un equipo de ODEPLAN hacia 1974, ahora se perfeccionó bajo la inspiración del ministro del Trabajo José Piñera Echenique. También de que fue complementado por la creación de instituciones privadas (ISAPRES) que ofrecían cobertura a cambio de una cotización mensual, aunque las pensiones que otorgan son muy inferiores a las de las antiguas «cajas». Eso, sí, sus dueños ganan mucho dinero. Las ISAPRES, de hecho empresas de lucro que a cambio de cuotas mensuales de los que toman el contrato con ellas, dan un grado variable de cobertura médica. En cierta medida aseguraron una mejor salud curativa a un número grande de chilenos.

Se decretó también la libertad de tarifas profesionales y los controles sobre la producción de cepas vitivinícolas fueron levantados. En fin, también dijimos que se desató una campaña de venta masiva de bienes estatales se prestó para muchos actos de corrupción, al adquirir personeros cercanos al gobierno o que formaban parte de aquel, gran parte de las empresas que se vendían.

Se ha dicho, con justicia, que, pese a los problemas citados más arriba, estas modernizaciones han sido otro legado positivo del Régimen Militar. Como ya se afirmó más atrás, no se trata de que en Chile se iniciara entonces el proceso de modernización. Pero algunas de las reformas e iniciativas recién enumeradas efectivamente atacaron con éxito problemas que parecían endémicos a ese mismo «estado de bienestar», a la economía y aparato productivo chilenos anteriores a 1973.

8.24 La realidad social por sectores.

En perspectiva histórica, en lo social, ¿qué de nuevo dejó la dictadura? Aunque al principio existían diferencias doctrinales sustanciales entre los planteamientos del gremialismo y el liberalismo de los economistas formados en la Universidad de Chicago, el proyecto histórico de la nueva derecha llegó a ser coherente y complementario.

Se plasmaría en una combinación de un autoritarismo político, una economía liberal, una sociedad jerarquizada y una cultura conservadora.

Este esquema, aún cuando triunfó la Concertación contraria a Pinochet y su régimen en 1989, penetró en la sociedad chilena. El autoritarismo fue rechazado por gran mayoría, pero la economía liberal (aceptada por los gobiernos que sucedieron al régimen militar) penetró en la conciencia de los chilenos de todo el espectro social. Las tarjetas de créditos ofrecidas por los *malls* han sido abiertamente aceptadas por la inmensa mayoría de los chilenos. ¿Para bien o para mal? Ya los historiadores el futuro explorarán el problema.

Pero tras este síntoma estaba la aceptación del libre mercado como regulador de la economía.

Al mismo tiempo, tuvo poco éxito el despreciar a la persona sin antecedentes sociales y culturales (muchos partidarios del gobierno eran recién llegados). En alegre competencia los nuevos ricos o los que intentaban serlo, entraron en pugna con las antiguas fortunas. En muchos casos, triunfaron la cultura de la riqueza y la ostentación, de un pseudo refinamiento, que se hizo fuerte. En parte respondía a una tendencia mundial, pero en Chile se hizo patente. ¿Moría el viejo Chile, por lo general, austero? Personalmente creo en el «largo tiempo» y no me atrevo a afirmarlo.

Interesante ha sido que se consolidaran grupos religiosos, católicos de extrema derecha, dogmáticos y fanáticos, con una visión muy clara de lo que es el bien y el mal. Han sido golpeados por escándalos sexuales en los últimos años, pero parecen todavía sólidos y en aumento. Los iluminaban sacerdotes supremamente arribistas sociales, como el cura O'Reilly o Karadima, el que además tenía otros problemas más graves.

La clase media que, como vimos en un comienzo, apoyó al gobierno militar, a la larga fue quizá la más perjudicada. Ya no se pudo hablar de una clase medida culta y significativa. En números, no disminuyó, al contrario, pero sí bajó su importancia. La clase media de alta cultura, como en las décadas de los años 1920, 1930 y 1940, quizá no sólo por razones socioeconómicas, sino porque se le incorporó un sector social que venía desde abajo, perdió, en buena medida, su importancia y peso social.

Los sectores más postergados han progresado levemente. La pobreza en el país ha descendido, pero en 1989 estaba por sobre el 35%.Veinte años más tarde está en el 19%, cifra notable para América hispana. Pero queda mucho por hacer.

Y esto es así porque la diferencia entre el decil más rico y el más pobre es abismante. El decil más rico se lleva (aproximadamente) el 50% de la riqueza nacional; el más pobre, menos del 1%.

Por otra parte, a partir de 1978 (aprox.) se vio cómo la clase media se apresuraba a conseguir créditos para construir o comprar viviendas. La mayoría se pagaron, pero muchas no. La clase baja se fue por el lado de la tecnología para masas. A muchos sujetos populares se les veía en los parques con gigantescas radios a pilas. Empezaba también entonces la moda del celular, objeto que ahora supera en número a la población nacional. Al comienzo eran caros. Después su precio bajó drásticamente. En 1989 ya había unos 100.000. Hacia 2010, había millones. Cerca de un 40% se utilizan para entretenerse, hablando por la calle o en el metro. Secretarias que ganan el sueldo mínimo no dejan de tener su celular, desde hace varios años.

8.25 El debilitamiento del movimiento sindical

Ciertamente, después de una experiencia como la dictadura militar, el mundo sindical quedó gravemente afectado. Después se ha recuperado parcialmente. Las leyes ideadas por José Piñera se han mostrado eficaces en mantener postergado y controlado el sindicalismo incluso, por cierto durante los años de gobierno de la Concertación. Quién sabe lo que vendrá para el futuro.

8.26 Nuevos inmigrantes en Chile

Bolivianos, peruanos y de otras etnias latinoamericanas comenzaron a emigrar a Chile, después de la recuperación de la economía fruto del plan Büchi. No ha sido un movimiento masivo, pero en el Chile de 1994 había unos 50.000 peruanos y bolivianos. Después han aumentado.

Como hemos visto la inmigración extranjera fue un fenómeno social importante en siglo xx. Pero se trataba de inmigración europea y árabe.

8.27 El terremoto de 1985, fin de viejo Santiago

El sismo se sintió entre la Región de Antofagasta y la Región de Los Lagos, siendo percibido con mayor fuerza en la zona central del país, alcanzando una intensidad máxima de IX en la escala modificada de Mercalli. La zona más afectada fue San Antonio (Región de Valparaíso), así como las localidades de Alhué, Melipilla (en la Región Metropolitana) y Rengo (Región de O'Higgins). El terremoto además afectó con gran intensidad a la capital del país, Santiago, en donde se concentraba cerca del 40% de la población nacional.

El recuento final de víctimas arrojó el saldo de 177 muertos, 2.575 heridos, 142.489 viviendas destruidas y cerca de un millón de damnificados. Se registraron además numerosos deslizamientos de tierra, rotura de pavimento con destrucción de la Ruta Panamericana en varios puntos, caída de puentes y daños considerables en la infraestructura de los pueblos afectados, con interrupción prolongada de los servicios básicos. Los daños fueron avaluados en más de 1.046 millones de dólares.

Entre los edificios afectados está la Basílica del Salvador, monumento nacional que se encuentra gravemente dañado hasta la actualidad.

Con anterioridad a este terremoto, la iglesia de San Francisco de San Fernando fue declarada monumento nacional, la cual quedó en pésimas condiciones producto de este terremoto. Así, gran parte de los edificios del Santiago de los siglos XVIII y XIX quedaron muy dañados, cuando no destruidos. Es cierto que la mayoría eran construcciones de adobe cuya fábrica no decía mucho, pero, con todo eran testimonios de una época.

8.28 De las «empleadas domésticas» (y «mamas») a las «nanas».

La existencia de las «mamas» es extremadamente antiguo en Chile, no sólo en las familias de la oligarquía, sino también en la clase media acomodada. Se iniciaba, a veces, con la labor precisa de dar de mamar a un recién nacido de la patrona. De lo que se deduce que las «mamas» eran, al comienzo, siempre muchachas jóvenes, sanas, con un hijo propio recién nacido, y normalmente de origen campesino. A veces su hijo carnal seguía

viviendo con ellas, pero era frecuente que quedase al cuidado de los abuelos u otros parientes y ellas, en sus psiquis más o menos simples, iban traspasando su amor maternal al hijo de la patrona, al que terminaba por amar como propio, olvidando, al menos en parte, a su verdadero hijo. Por su parte, el niño casi siempre iba creando un gran amor por su «mama», con la que solía llegar a tener un relación más estrecha o igual de estrecha que con su mamá. Pero no todas iniciaban su incorporación a la familia patronal por su función de dar de mamar. Muchas veces eran simples niñeras de confianza que terminaban por incorporarse a la familia. Las «nanas», en tanto, son empleadas domésticas por lo común puertas afuera, pero no tienen una relación emotiva estrecha con la familia, por lo general.

8.29 Cultura

8.30 Decadencia y cambios en la religiosidad

La actitud religiosa de la población también cambió mucho durante el siglo xx chileno, pero se acentuó en las últimas décadas. La tendencia fue al descenso de la religiosidad en general y más marcadamente del catolicismo, que antes era la religión casi universal de la población chilena.

Vimos que según el Censo de 1907, había en Chile 3.249.279 habitantes de los cuales 3.184.292, vale decir un 98% se decían católicos. Todos los «otros» (ítem que incluye no religiosos, protestantes, ortodoxos, mahometanos y judíos) estaban incluidos en el 2% restante.

También vimo que en el año 1952, según el censo de dicho año, sobre un total de 5.932.995 chilenos, 5.313.473, vale decir un 89,55%, se decían católicos; los protestantes eran 240.856, vale decir un 4,05%; los ateos eran 189.717, un 3,19%; los judíos eran 11.496, un 0,19%; los ortodoxos 3.394, un 0,05%; los musulmanes 956, un 0,016%; los teósofos (¿?) 670, un 0,011%; los budistas 286, un 0,004% y de religión ignorada 172.147, un 2,9%.

El censo de 2002 en tanto entregó las siguientes cifras: población censada sobre religión, mayor de 15 años, 11.226.309. De estos, se decían católicos 7.853.428, vale decir, un 69,95%; evangélicos 1.699.725, un 15,14%; testigos de Jehová 119,455, un 1.06%; mormones 103.735, un 0,92%; judíos 14.967, un 0,13%; ortodoxos 6.959, un 0,06%; musulmanes 2.894, un 0,02%; de otra religión o credo 493.147, un 4,39%; ateos y agnósticos 931.990, un 8,30%.

De más está decir que esta, una vez más, es una tendencia de todo occidente cristiano. Según otras informaciones que hemos recogido, los católicos practicantes no serían más que un 7% de la población chilena (Adimark afirma que en el año 2007 habrían sido un 17%, pero ¿qué considerarán practicante?) Muchos católicos pertenecían a grupos fundamentalistas, lo que también es una tendencia occidental. Por otra parte los protestantes y testigos de Jehová estarían principalmente en los sectores sociales bajos.

En relación con el número de hombres de iglesia incluyendo sacerdotes diocesanos, sacerdotes religiosos, diáconos permanentes, religiosos (monjes), religiosas (monjas), las cifras son las siguientes: según el censo de 1907 había en Chile 4.305 religiosos católicos, comprendiendo sacerdotes diocesanos, sacerdotes religiosos, monjes y monjas. Una suma alta si se tiene en cuenta que la población del país era de poco más de tres millones de habitantes.

Hacia fines del siglo xx, existían las siguientes cifras: total de sacerdotes 2.332; total de religiosos y religiosas 6.060.Vale decir, 8392 religiosos en un país que tenía más de 15 millones de habitantes. Proporcionalmente, la existencia de religiosos católicos había bajado notablemente. Mientras la sociedad había quintuplicado su número, la de religiosos sólo había llegado a duplicarse.

Sin embargo, pese a su pérdida de adhesión, la Iglesia Católica sigue siendo un «poder fáctico» en materias éticas y culturales, pero también está decayendo en ese sentido.

La religiosidad católica practicante la encontramos principalmente en grupos integristas de clase alta, donde es estricta, formal, conservadora y frecuentemente fanática. En los sectores sociales bajos se dan fenómenos de «religiosidad popular». personas que manifiestan su religiosidad en fiestas que son semipaganas, como La Tirana en Iquique, Andacollo en la Tercera Región, Lo Vásquez en la Quinta, Pelequén en la

Sexta Región y otras. Así como en tradiciones que se dan en buena parte de Chile, como el correr a Cuasimodo. Pero estos mismos fieles no practican cotidianamente su catolicismo, sino en muy contadas ocasiones.

En cuanto a los protestantes, son más practicantes que los católicos, aunque su religiosidad sea a veces de una simplicidad tal que da la impresión más bien de un consuelo vital que una verdadera fe religiosa. Pero frecuentemente logran que sus adherentes dejen de beber alcohol y observen otras conductas habituales sanas.

8.31 Continúa una realidad cultural dentro de Chile y otra afuera

Las nuevas fortunas, el «toque de queda» y sus consecuencias, la exacerbación de los valores patrioteros, la persecución de la cultura de la rebeldía y la alta cultura en el exilio son temas culturales de esta época.

La posibilidad de entretenerse por la noche quedó suprimida por el «toque de queda», el que además acabó con la pequeña pero activa bohemia santiaguina. La generación que cumplió los 18 años en 1973 viviría una década bajo el «toque de queda». Fue así como un temor colectivo, que no existía en Chile antes de 1973 y se arraigó, quizá para siempre, en toda una generación de chilenos.

8.32 Una nueva televisión. La Teletón

El Festival de Viña y otros shows, más o menos de pacotilla, sirvieron para tener entretenidos a los chilenos durante todo el gobierno militar. Todavía se recuerda a «bigote Arrocet» (los primeros años después del golpe, cantando «soy libre, como el pájaro que escapó de su prisión y puede al fin volar»), cuando en Chile se asesinaba y torturaba y la dina actuaba, esa sí, libremente. Por otra parte la información y toda la programación entregada por la tv era incondicional al gobierno militar. Ni una sola brecha para la oposición.

Pero otras iniciativas, de un signo muy diferente, surgieron desde los primeros años del régimen militar. La más importante, a mi juicio, es la Teletón, fruto de «Don Francisco», el

animador Mario Kreutzberger, una obra que difícilmente otro chileno hubiera conseguido hacer triunfar y que ha triunfado ya por mucho años, juntando fondos para niños discapacitados. Admirable.

A algunos de los ídolos televisivos de la época de la dictadura después les ha ido mal, otros continúan relativamente o precariamente prósperos: el aviador Santis, Javier Miranda, el ex locutor del canal 13, en la época de Hasbún, Julio López Blanco y otros.

Los periodistas deportivos no cayeron en eso. En particular los dos más conocidos, Julio Martínez y el «Sapo Livingstone».

Ya nos hemos referido a la «franja» televisiva que en gesto de tono democrático el gobierno había concedido a los partidarios del «Sí» y del «No». Además, un cantautor que se conoce por «Florcita Motuda» había compuesto una serie de canciones que salieron en un disco titulado la «fiesta del No». Quizá no eran una obra genial, pero el cassette se vendió en cantidades (todavía lo tengo).

8.33 La computación y los celulares

La computación llegó a Chile (Universidad de Chile) a comienzos de la década de 1960. Pero eran aparatos enormes, primitivos en su tecnología y ciertamente no aptos para ser usados en tareas personales. En la década de 1970 aparecieron en Estados Unidos los PC (*personal computer*). Los primeros (Atari) llegaron a Chile a mediados de la década de 1980. Pero su proliferación se dio en los diez años siguientes. Después se acabaron, entre otras cosas, las venerables «máquinas de escribir». Se produjo una gran competencia entre dos compañías, que tenían sistemas que en un comienzo (y hasta el año 2000, más o menos) eran incompatibles: la «Apple» (Macintosh) y la IBM, después entrarían otras empresas en la competencia. Después, el computador personal, que ha evolucionado muy rápidamente, es un instrumento de trabajo, cultura, ocio, del que no se puede prescindir. No sabemos cuántos existían en Chile el año 1994 y creo que sería imposible saberlo, pues su número cambia constantemente, pero creo que sobre el millón y puede que más.

Lo mismo puede decirse del teléfono celular, que llegó a Chile años después. Hacia 1990, ya pueden haber existido

unos 100.000. En 1984 eran ya millones. Hay largamente más celulares que personas en Chile.

Por cierto que esto cambio radicalmente la manera de comunicarse. El computador personal trajo el internet y *email* como forma de contactarse masivamente a enormes distancias y casi sin costo. El teléfono celular permite comunicarse con cualquier poseedor esté donde esté, a no ser que lo tenga apagado. Se ha transformado en una verdadera cultura. Como contraste, las cartas personales (y en especial las escritas a mano), casi han desaparecido. Y los telegramas, que era la forma de comunicarse con rapidez con lugares donde no había línea telefónica y eran llevados con celeridad por un empleado de Correos de Chile, se terminaron.

En realidad lo que se acabó fue el telégrafo, nacional e internacional. El telégrafo con hilos, vimos, venía desde el siglo xix y el «sin hilos», desde comienzos del siglo xx. Los caminos importantes estaban bordeados de postes que en la parte superior tenían varios palos cruzados y cada uno de estos numerosos pernos que en su cabeza tenía un pomo de loza, aislante.

En cambio, el celular se impuso, y con ello, las antenas disfrazadas de palmeras. ¿Para qué? ¿Para comunicar noticias urgentes cuando no se tiene un teléfono de cable? No. Conversación típica en el «metro»: «Aló, ¿cómo esta?, Yo voy en metro por Plaza Italia. ¿Te lograste sacar las espinillas que tenías en la nariz? Porque conozco un doctor que es bacán. Otra cosa, dile a la tía Mabel que no voy a llegar antes de las 7. Chao, cuando llegue hablamos, tengo varios llamados que hacer».

En verdad cuando se escuchan conversaciones como esa uno tiende a recordar a Spengler y su triste idea del hombre «civilizado». Claro es que para determinados hombres de negocios u de otros oficios el celular les ha permitido una vida «más rápida», sin duda más eficiente, ¿pero a qué costo personal?

8.34 Las universidades privadas

Por decreto ley 3.500 de 1980, el gobierno militar creó la posibilidad de fundar universidades privadas. Y hasta el fin del régimen en 1989 se habían creado las siguientes: uniacc; Universidad Academia de Humanismo Cristiano; Universidad Adolfo Ibáñez; Universidad Adventista de Chile; Universidad Alberto Hurtado; Universidad Autónoma de Chile; Universidad Bernardo O'Higgins; Universidad Bolivariana; Universidad Ca-

tólica Cardenal Raúl Silva Henríquez; Universidad Católica de la Santísima Concepción; Universidad Central de Chile; Universidad Chileno-Británica de Cultura; Universidad de Aconcagua; Universidad de Artes, Ciencias y Comunicación; Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS; Universidad de Ciencias de la Informática; Universidad del Desarrollo; Universidad Diego Portales; Universidad Finis Terrae; Universidad Gabriela Mistral; UCINF; Universidad Internacional SEK; Universidad de Las Américas; Universidad Iberoamericana de Ciencias y Tecnología UNICIT; Universidad de Los Andes; Universidad de Los Lagos; Universidad del Mar; Universidad Marítima de Chile (hoy Universidad Los Leones); Universidad Mayor; Universidad Miguel de Cervantes; Universidad Nacional Andrés Bello; Universidad del Pacífico; Universidad Pedro de Valdivia; Universidad de Rancagua; Universidad Regional San Marcos; Universidad de la República; Universidad San Sebastián; Universidad Santo Tomás; Universidad de Tarapacá; Universidad Tecnológica de Chile - INACAP; Universidad de Viña del Mar.

De todas estas «universidades», unas 20 son realmente tales. El resto son negocios y funcionan con «profesores taxis» que van hacen su clase y se retiran. Por cierto, su sueldo es magro. ¿Permitirá, con todo, que los alumnos que reciben abiertamente sin condiciones puedan mejorar el nivel cultural nacional? Está por verse. Además, hay que agregar que varias tienen múltiples sedes (hasta 10) en diferentes puntos del país.

Por cierto que muchas de las privadas y algunas públicas, no eran ni son buenas, había y hay grandes diferencias entre ellas. Entre las mejores privadas parecen estar: Universidad Diego Portales, Universidad del Desarrollo, Universidad Adolfo Ibáñez, Universidad Andrés Bello y otras. Sobre las más malas, no escribiremos.

8.35 Las culturas originarias

En Chile, hay tres culturas verdaderamente autóctonas. Existen, ostensiblemente, quéchuas y aymaras en el altiplano del extremo norte, una alta cultura; se les ha ayudado por parte del Estado y están casi asimilados. No tienen problemas en sentirse chilenos. En la Isla de Pascua los entre 2000 u 3000 representantes de la raza *Rapa Nui* se ven apabullados por los 5000 chilenos continentales que han ido a asentarse en la isla. Sus derechos

ancestrales parecen muy sólidos, pero lo más probable es que se dé un mestizaje al cabo de unas pocas generaciones.

El grupo más numeroso, pero que tienen una cultura más baja son los araucanos de las regiones de Malleco y Cautín (cuya gran mayoría, o casi su totalidad, son mestizos). Son alrededor de 200.000, aunque en el centro del país haya muchos más que allí (quizá unos 500.000) los que se han integrado a la sociedad chilena.

Durante los últimos 20 años (gobiernos de la Concertación) los araucanos (de Arauco) han emprendido una lucha semiguerrillera contra los chilenos dueños de tierra, so pretexto de que ellos son los dueños ancestrales (argumento con el que, extrapolado, llegaríamos a los primeros habitantes de América, unos 20.000 atrás). Nadie discute que las tierras originalmente araucanas se les compraron o precio vil o simplemente se las quitaron. Pero hay contratos e inscripciones en el Conservador de Bienes Raíces. Los gobiernos de la Concertación se empeñaron en deshacer el abuso y devolver las tierras. Pero los araucanos muchas veces recibían los predios, cortaban los bosques y luego los arrendaban a empresas madereras.

Por otra parte, esta actitud conciliadora de los gobiernos de la Concertación no fue correspondida por la cesación de actos terroristas, incluso grupos de mapuches fueron entrenados por las FARC en Colombia. Gran parte de la culpa de la actitud agresiva y contraria a un entendimiento por parte de los araucanos viene de la influencia de grupos no araucanos, sino chilenos y extranjeros, que han hecho de la causa su modo de tener dinero para vivir, viajar, etc.

Pero, en definitiva, la pregunta es: ¿puede sobrevivir una nación de unos doscientos mil habitantes y unos 30.000 km, cuadrados, con poca educación, en un mundo globalizado? ¿O la solución va por el lado de una progresiva integración a Chile (la que en buena medida ya se da hoy) conservando los rasgos más importantes de su cultura ancestral?

8.36 Vida privada

8.37 Ojotas y zapatillas

El caballo siempre fue ligado con el patrón, el huaso o el inquilino próspero. Los campesinos pobres caminaban. Pero hacia

el presente incluso los huasos han dejado los caballos, que demandan gastos y cuidado. El caballo ahora lo usan (1994 y después) unos pocos. En cambio se ha multiplicado la bicicleta (o el automóvil de segunda mano) que demanda pocos gastos, es fácil de reparar, pesa poco y se guarda fácilmente. Paralelo a este proceso se ha dado la derivación de la ojota a la zapatilla u otro calzado moderno. La ojota originalmente era de cuero. Pero cuando apareció el caucho sacado de neumáticos de vehículos motorizados ya en desuso se acabó la ojota de cuero, sin duda más cara. Pero hacia fines del siglo xx incluso esta estaba desapareciendo. Ahora el campesino usa la zapatilla u otro calzado barato (a veces las zapatillas que usan los campesinos suelen ser de las mejores marcas).

8.38 Los nuevos aparatos hogareños y el automóvil para todos

En las ciudades y después en los campos han entrado los aparatos domésticos. El campo ya tenía acceso a la electricidad, al gas licuado y a la parafina anteriormente (para lámparas, no para calefacción, que siguió siendo mayoritariamente a leña). Esto cambió ciertamente los ritmos y las funciones de los miembros de una familia, especialmente las mujeres. Ya nos referimos a la televisión que reemplazó a la radio a pilas. Pero no solo eso: el *papel confort* (cuyas primeras versiones datan de los años 1930), la ducha en muchos casos, fueron aumentando; el tocacintas y el disco compacto (entonces) también entraron.

Después vendrían nuevos y más perfectos aparatos e instrumentos reproductores de sonido.

Hacía 1990, debido a la baja de los precios y la mejor calidad de los automóviles, así como la proliferación de los autos pequeños (que venían desde el Fiat *Topolino* de la década de 1940 y después de los Fiat 500 y 600 entre otros, capítulo aparte merecería el Volkswagen Escarabajo y la *Citroneta*), se originó la posibilidad de que el automóvil fuese un bien al que tuvieran acceso, sino todos, sí una mayoría de chilenos, ya fuese como auto individual o familiar. Después de 1990 esta tendencia se ha fortalecido (es, una vez más, algo mundial) pero ha creado problemas urbanos e incluso rurales que no parecen disminuir pese a los esfuerzos hechos. Más felicidad para los poseedores

¿quizá?, pero también mayores problemas, para los mismos poseedores y los que no lo son.

8.39 Comienzos de la cultura de lo desechable, relojes, ropa, etc.

Como correlato de lo afirmado en punto anterior, por lo que se refiere a artículos más baratos; en las ciudades comenzó la cultura de lo desechable, lo que significó la decadencia del artesano, del maestro, y del *maestro chasquilla*. Ya no se estiran somieres, que casi no se usan, y quedan muy pocos afiladores de cuchillos, relojeros, zapateros y otros oficios a los cuales ya no hemos referido. Sobreviven los peluqueros, aunque ahora «unisex», y los fabricantes de llaves han aumentado, al transformarse la llave en un artículo esencial y muy numeroso en el mundo moderno.

Pero el fenómeno es más profundo. Ya no se arreglan los zapatos, se botan. Lo mismo pasa con casi todas las prendas de vestir y los relojes que antes solían heredarse de padres a hijos. Por otra parte, se ha multiplicado la compra de ropa usada en el extranjero y que, en Chile, «todavía la pega» y es muy barata.

8.40 La aceleración, la agresividad y el estrés en el mundo competitivo urbano contemporáneo.

Desde luego éste, repitámoslo, no es un problema chileno, es mundial, pero –no podía ser de otra manera– llegó a Chile y nuestra «copia feliz del edén» de vida tranquila y pausada pasó a convertirse, ya desde la década de 1960, en un frenesí. La doctrina del ultra liberalismo, la competencia despiadada y las duras exigencias a los trabajadores asalariados llegaron a marcar, ya hacia 1989, la vida de los chilenos, incluso en los campos. La base de este sistema liberal es, como dijimos, darwiniana más que originaria de Adam Smith, que finalmente creía que su «mano invisible» traería una sociedad mejor para todos. Es la supervivencia del más apto, pero el país no parece darse cuenta que eso y se llega a una calidad de vida detestable. Por cierto que los más débiles (enfermos, ancianos, son perdedores).

El sólo hecho de llegar y volver del trabajo en el Santiago de hoy (y, en menor medida en las ciudades menores) toma mucho

tiempo no remunerado, durante el cual no se puede hacer nada o casi nada, cuesta dinero y causa todo tipo de incomodidades.

8.41 Los fármacos, cada vez más caros... la vida

Un hombre de fines del siglo xx, pasados los 60 años, tomaba ya, como promedio, cuatro píldoras al día y no se crea que eran aspirinas u otras muy baratas. Eran antidepresivos, remedios contra la tensión arterial, contra la diabetes, contra el colesterol, etc., la mayoría muy caros y cuyo precio no cubren las isapres. Esto refleja un progreso rápido de la medicina, pero una medicina muy cara. Se pueden tomar seguros complementarios en diversas clínicas y centros médicos, pero eso también tiene su precio. A medida que aumenta la edad, la cantidad de píldoras tiende a aumentar y a veces su precio también. Se dirá que estos fármacos permiten alargar la vida. Pero después de los 80 u 85 años una persona es casi minusválida, puede comer y beber muy poco de lo que solía agradarle y se desplaza con creciente dificultad... después (o antes) viene la decadencia mental. ¿Vale la pena?

8.42 La longevidad, la triste vida de los ancianos. Más viejos y menos jóvenes. La cremación

Atendiendo al problema esbozado más atrás, se han creado hogares de ancianos con comodidades e incluso con asistencia médica incluida (en esto se imita a los Estados Unidos y Europa, Occidental al menos). Pero sólo una pequeña minoría de chilenos tiene acceso a estos hogares, pues son bastante caros. ¿Y el resto? Deben vivir con su familia, hijos, nietos y bisnietos, a veces con la conciencia de que son una molestia, o a veces participando de un ambiente de cariño envidiable. Así han ido aumentando los viejos, la media de vida entre hombres y mujeres rondaba hacia 1994 los 77 años (algo que refleja un fenómeno mundial entre las naciones desarrolladas o en vías de desarrollo). Ahora es más. Por otra parte han disminuido los jóvenes, pues la familia actual, si es familia y si tiene descendencia, no suele superar a los dos o tres vástagos. Este –ma-

jaderemos– es un problema de todo el mundo desarrollado o semidesarrollado como Chile, la solución tendrá que venir por la vía mundial también, pero aún no parece clara.

Finalmente, también siguiendo una tendencia mundial hacia la década de 1970, se comenzó a cremar los cadáveres de chilenos. La práctica no era nueva ni el mundo moderno ni el mundo antiguo, ni en varias culturas orientales. Pero en Chile constituyó una novedad. Por un lado, iba contra la creencia católica de la resurrección de la carne y, por otro, quebraba mucho de la ritualidad *post mortem* que rodeaba a los despojos del difunto. Hubo católicos que se opusieron a la nueva forma de terminar con el cadáver. Pero la Iglesia no se opuso abiertamente, a esta práctica, al menos indudablemente más higiénica. Con todo, costó que se impusiera. Hasta 1994 era una pequeña minoría los cadáveres que se cremaba, después la cantidad ha aumentado mucho.

8.43 La nueva delincuencia, droga y violencia

Siempre ha existido en Chile un índice que en su promedio no es más alto, sino más bien más bajo que el de los países de América Latina. Afortunadamente, Chile no es un país productor de drogas «duras» como heroína, coca, *crack*, hongos alucinógenos. Marihuana sí producimos. Esta realidad ha permitido que nuestro país se convierta en corredor para la exportación ilícita de esas drogas duras más que consumidor, y aún así en cantidades menores que muchos países de Hispanoamérica. De hecho, las drogas duras y otras que no lo son tanto, pero son igual o más dañinas como la «pasta base» se ha concentrado en las poblaciones donde vive el segmento más pobre de la sociedad urbana. Poblaciones que son difíciles de controlar por la policía y donde existen mafias que luchan entre ellos y con los agentes del orden.

El delincuente drogadicto es un ser que es bien diferente al delincuente común de décadas atrás. La necesidad de conseguir la droga los lleva a emprender operaciones delictivas mucho más audaces y mucho más violentas.

La población carcelaria en Chile ha aumentado y ahora es alta. Hacia 1994 estaba en alrededor de las 48.000 personas

para un país de 16 millones de habitantes. Sin embargo, contra lo que suele creerse, el porcentaje de delincuentes reincidentes no es alto (aunque las cifras varían) y la enorme mayoría de ellos son adolescentes y adultos urbanos (alrededor de un 70% a u 80%). Pero creemos que el problema pasa por solucionar la crisis de las cárceles. Tampoco –ni de muy lejos– es Chile el país mas violento de latinoamérica, al revés.

8.44 La movilización colectiva

En algún momento del éxtasis por la libre empresa se le ocurrió al gobierno militar dar absoluta libertad a las «micros», precarios buses que polucionaban el aire de manera escandalosa. Cualquier micro podía hacer su recorrido por cualquier calle, y varias líneas tenían el mismo recorrido. Santiago se llenó de micros y el santiaguino ágil y astuto aprendió a tomar la que después de una hora y media, o más, lo dejaba casi en la puerta de su casa.

El problema es que había que abaratar costos, eso significaba un pésimo cuidado de los motores o la importación de vehículos y piezas usados y el consecuente humo a raudales, ruido y otros contaminantes. El general Badiola, que algún cargo alto ocupaba en el gobierno de la ciudad, decidió que el problema se podía solucionar con escapes que echaran el humo hacia arriba de la micro (unos tres metros) pero la capa de esmog de unos 500 metros de ancho no agradeció el favor. Durante los últimos años de gobierno militar, Santiago vivió en un marasmo de gases y humos. Era el capitalismo salvaje. Más que salvaje, asesino y estúpido.

8.45 La comida basura; bulímicos, anoréxicos y mórbidos

Siguiendo patrones occidentales hacia 1989 y los años siguientes entre las mujeres jóvenes (y otras no tanto), así como entre varones en menor medida, se dieron tres fenómenos, no entrelazados entre sí, pero a veces conectados. La anorexia, la bulimia y la alimentación con la llamada «comida basura» y la gordura; en este último caso teniendo como consecuencia los «mórbidos o «gordos excesivos». Las más graves de estas enfermedades son la bulimia y la anorexia. Ambas parten de

la base psicológica de tener una autopercepción de sentirse excesivamente gordos (as), la que no corresponde a la realidad. En el caso de la bulimia esto va acompañado con vómito auto inducido, para botar toda la comida recién ingerida. Insistimos que son patologías psicológicas de muy difícil cura. A veces conducen a la muerte o a una vida miserable.

Hoy están muy extendidas entre la juventud en especial de sexo femenino y responden a un patrón físico que se ha impuesto con una fuerza avasalladora: la extrema delgadez como ideal de belleza y de allí a un salto psíquico consistente en considerar cualquier estado como de exceso de peso. Hay un paso que se transforma en una obsesión con la cual es casi imposible combatir. Puede que la persona no se muera, pero la cantidad de enfermedades que se pueden adquirir en el proceso de adelgazamiento extremo son muchas.

La condición mórbida es, por una parte, lo contrario de la anterior enfermedad, pero por otra, es una réplica de la misma la gordura excesiva y blanda. En este caso la obsesión es comer sin medida. Se llega a una gordura extrema que hace la vida diaria casi imposible, el peso se duplica o más. Esto constituye un problema terrible para afrontar la vida diaria. Hay casos en que la persona queda absolutamente imposibilitada de hacer una vida normal. Además, los efectos colaterales son enfermedades al corazón, diabetes, hipertensión, problemas hepáticos y muchos otros. La condición de mórbido, que parece haberse iniciado en Estados Unidos, era muy limitada en Chile, pero más adelante se ha extendido. No existe una cura que de resultados definitivos.

Episodio

Milagro en Peñablanca

En el año 1983 apareció un personaje en las cercanías de Viña de Mar (Peñablanca) que presuntamente hacía milagros, decía poder mirar al sol sin quemarse la retina y hacía diversos actos de nigromancia. Mucha gente lo siguió, cerros enteros se llenaban de iluminados que seguían sus enseñanzas (centenares de miles), más millares pegaban un «pescadito» de papel azulino sobre sus puertas, en especial el mundo de las secretarias o señoras de «barrio alto». Incluso varios sacerdotes, es cierto que limi-

tados y fanáticos, lo siguieron como un tal «cura Contardo», que este autor había conocido en el colegio. Pero la jerarquía de la Iglesia Católica siempre se mostró escéptica y terminó por desconocer al profeta, que, con todo, tuvo influencia hasta 1988. Hubo varios enceguecidos por el sol, pero no en el sentido de Vincent van Gogh y su hermano, sino porque perdieron la vista. Al fin, el profeta resultó ser un joven homosexual e histérico (hay testimonios de que en realidad era mujer). Pero su histeria causó mucho daño, valga de ejemplo sólo de los que quedaron ciegos. Ha habido acusaciones de que fue todo un engendro armado por los servicios de inteligencia del régimen militar (hacia 1983 ha de haber sido la cni) para alejar a los católicos de la jerarquía de la Iglesia, ciertamente crítica hacia la dictadura. Pero no se ha encontrado prueba al respecto.

Episodio

El Papa en Chile

El Papa Jozef Wojtyła, Juan Pablo II, en abril de 1987 materializó su presencia en Chile. Mucho se discutió si el tener al Papa, tan conservador, en el país favorecería a unos u otros. Pero el impacto político de tan importante visita se daría de todas maneras. Pinochet, quien recibió la visita del Papa en La Moneda, afirma en sus memorias que el pontífice decepcionó a la oposición. El asunto es discutible. La acción del Cardenal Fresno en favor del Acuerdo Nacional (con cuyos representantes el Papa se entrevistó) testimoniaba bien a las claras cuál era la actitud de la iglesia chilena, que ciertamente aparecía apoyada por el Vaticano.

Episodio

Un submarino extranjero en Valparaíso

En septiembre de 1976, un submarino peruano (¿o soviético, o cubano?) fue sorprendido, casi por casualidad, en la bahía de Valparaíso. Los buques de la escuadra chilena presentes, que no eran los mejores para la lucha antisubmarina (eran APD) hicieron un espectacular despliegue de sus capacidades bélicas llegando a lanzar cargas de profundidad cerca del molo de

abrigo. Al día siguiente estaban fondeados cubriendo la rada de Valparaíso. ¿Qué pasó? La Armada nunca ha dado versión oficial del suceso. Pero muchos marinos y marineros retirados insisten en que el suceso fue verídico y que submarino fue hundido. También han surgido dudas sobre el origen del submarino. ¿Era peruano?, ¿Era cubano?, ¿Era soviético? Se dice que era peruano, pero de haber existido esa afirmación sólo tiene base en las conversaciones particulares y los trascendidos.

Episodio

Miss Universo

El año 1987 fue elegida Miss Universo la chilena Cecilia Bolocco, sin duda hermosa. Era la primera vez que una compatriota alcanzaba dicha nominación. Pese a las diferencias casi todo o todo el país se mostró contento por el premio a pesar de que se le exhibió, vestida de gala, sobre una tanqueta, recorriendo sectores de pobreza extrema, que habían vivido un temporal; puede haberse tratado sólo de un episodio de mal gusto en el que ella no fue responsable, sino la siutiquería civil y militar que lo administró. Desde entonces, Cecilia Bolocco ha trabajado en varios canales de tv chilenos y extranjeros y realizado otras actividades. Se ha casado y divorciado también dos veces; en el segundo matrimonio tuvo un hijo con el ex presidente argentino Carlos Menem, entonces su marido, ya no.

1989-1994

9.1 Política, ¿quién manda el buque?

Llegar a ser Presidente de la República teniendo en contra a alguien como Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército, ídolo de las Fuerzas Armadas y de buena parte de la población civil más influyente y rica, no ha de haber sido una labor fácil. Pero el cazurro don Patricio Aylwin tenía cualidades para encarar el desafío. Flemático, correcto, frío, sin dejar de tener sus pasiones, sabía de ser perfectamente racional (como lo hemos visto). Lo que no significa que hubo de librar una singular batalla. Se hizo asesorar por varias personas notables como Edgardo Boeninger, Enrique Krauss, Enrique Correa y Alejandro Foxley.

Esta batalla comenzó por reconocer al Ministro de Defensa Patricio Rojas, quien un hombre de carácter. En un comienzo Pinochet insistió en «saltarse a Rojas», manteniendo una relación directa con el Presidente. Rojas y Aylwin se opusieron. La legislación era muy clara. Antes del Presidente, se debía acudir al Ministro de Defensa. Hubo varios incidentes desagradables.

Otro punto de fricción se produjo en relación con las «Leyes Cumplido», denominadas así por su redactor principal, el Ministro de Justicia Francisco Cumplido y destinadas a rebajar las penas que se habían aplicado durante la dictadura a personas apresadas bajo los cargos de terrorismo en diversos grados, las que eran extremadamente duras. En definitiva, el escollo también se superó. Pero vendrían otros: los «pinocheques», un negociado en que aparecía involucrada la familia Pinochet en venta de armas. Ésta y otras cuestiones «delicadas» crearon episodios como «el ejercicio de enlace» y «el boinazo», amenazas a la renacida democracia. ¿Habrían dado un nuevo golpe

los militares y Pinochet? Me parece dudoso, pero tratándose de esos personajes uno no puede estar seguro.

9.2 La Concertación se perpetúa

La Concertación que había originalmente sido un pacto electoral se transformó en una alianza de gobierno que duraría veinte años. ¿Cómo pudo ser posible esto? Una cosa era la unión espontánea en la lucha contra la dictadura; otra era llegar a un acuerdo en un programa de gobierno en un conglomerado que reunía a enemigos políticos tradicionales por décadas. ¿Tal había sido la pateadura del golpe militar a unos y otros como para buscar el acuerdo y la paz como virtud suprema? Al parecer sí. Pero hubo otras razones. Pinochet seguía siendo Comandante en Jefe del Ejército y su poder dentro del estamento militar era omnímodo. Había que caminar pisando huevos. El socialismo, y en especial el comunismo, en el mundo, estaba en agonía y la actitud maximalista antimarxista, tan atractiva otrora, ahora era considerada una estupidez. La Democracia Cristiana, por su parte, ya había captado que su utopía era eso. La derecha estaba dispuesta a aceptar un gobierno democrático liberal en lo político, en la medida que fuera liberal en lo económico.

9.4 La oposición democrática y el terrorismo

Con la llegada de la democracia «burguesa» el extremismo de izquierda no quedó para nada satisfecho, ya mencionaremos el crimen de Guzmán y el atentado a Leigh. El gobierno creó «la oficina», una repartición de inteligencia que se encargo de comprar a ex terroristas a cambio de información que permitiera capturar a los que persistían en sus trasnochadas actitudes violentas. El sistema funcionó.

La oposición de derechas y todavía pinochetista no fue demasiado virulenta durante el gobierno de Aylwin, sabiéndose amparada por una constitución que la blindaba. No hay duda que la mayor parte de Renovación Nacional estaba por hacer una oposición flexible y democrática, no la UDI. Hasta la muerte de Jaime Guzmán (abril de 1991) este grupo se mostró férreo, negociando en las cosas pequeñas, pero inflexible en lo que consideraba las vigas maestras de la Constitución de 1980. Con

todo Aylwin pudo implementar lo que llamó la «democracia de los consensos», donde se hacían los avances democráticos «hasta donde fuera humanamente posible».

9.5 Nueva hegemonía del partido Demócrata Cristiano

El gobierno de Patricio Aylwin y su gabinete significaba un renacer del Partido Demócrata Cristiano que tan livianamente Michael Fleet había lapidado en su libro: *The Rise and Fall of Chilean Christian Democracy* en 1985, justamente cuando empezaba a renacer. Sillie Utternut no habría dado opiniones más certeras. El hecho es que de nuevo un partido de centro parecía definir el destino de Chile. Esta recuperación del prestigio de la Democracia Cristiana explica que Aylwin lo sucediera el hijo de Frei Montalva, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, quien salió electo por su apellido. Era torpe, no sabía hablar y si bien no era tonto, lo parecía. Es cierto que fue escrupulosamente honrado y quiso el bien de Chile.

9.6 Economía, los años dorados

El modelo neoliberal se perpetuó después de los años de la dictadura. ¿Por qué? La mayoría de los buenos economistas de la Concertación comulgaban con el neoliberalismo, el que, por lo demás, entonces, en el mundo capitalista, parecía vivir una nueva época de triunfo.

Alejandro Foxley, Ministro de Hacienda, hizo una gestión muy acertada; el hecho es que jamás el PNB como el PIB per cápita creció en toda la historia de Chile como durante los años del gobierno de don Patricio Aylwin.

9.7 Tasas de crecimiento económico

Crecimiento deL Pnb, años 1990-1994 7,7%.
Crecimiento deL Pnb per cápita, años 1990-1994 5,9%.

9.8 Los impuestos

Pero este panorama, como se dijo, se dio dentro de la prolongación del esquema de la economía neoliberal o de libre mercado.

Sólo se subieron los impuestos para apoyar el plan de reformas sociales como veremos más adelante, un poco a las grandes corporaciones y empresas. Lamentablemente los nuevos impuestos afectaron más a las personas (mucho a la clase media), que a las empresas, un mal que se todavía debe corregir.

9.9 Consolidación de modelo neoliberal

Los grandes grupos económicos eran los Matte. Angelini, Luksic; Piñera estaba décimo más o menos. En los siguientes gobiernos de la Concertación esta acumulación de riqueza en manos de unos cuantos grandes grupos económicos continuó y se acentuó.

9.10 Perpetuación de enormes diferencias socioeconómicas

Pero las diferencias en los ingresos entre el primer quintil y el quinto no cambiaron sustancialmente durante el gobierno de Aylwin. De hecho el 20% más rico continuó recibiendo 17 veces más riqueza que 20% más pobre hacia 1984. Sin perjuicio de lo anterior la extrema pobreza disminuyó… Es posible que el primer gobierno de la Concertación concentrara sus esfuerzos sociales más en disminuir la pobreza y extrema pobreza que en la regulación de las tasas de ingreso. Consiguió su objetivo, así como los siguientes gobiernos; pero aquel otro problema sigue aún pendiente.

9.11 El «boom» agrícola, fruta, salmones y vino y otras empresas que comenzaban a consolidarse en Chile

La fruta, la madera, el vino, lo*s berri*es, los salmones, poco después y otros rubros menores, los locos… fueron exportados a mansalva. Los locos casi desaparecieron, recién ahora pueden encontrarse en los restaurantes y todavía raquíticos. Para encontrar locos como «los de antes» hay que ir hasta la «Isla Mocha», pero no es tan fácil.

9.12 Grandes inversiones en el cobre y otros metales

La inversión de privados, grandes compañías extranjeras en su mayoría, en cobre y otros metales, había comenzado en la época de Pinochet. La Concertación continuó con esa política. Chile se consolidó como el primer productor de cobre del mundo. También el molibdeno, oro y metales no ferrosos aumentaron su producción. Unas vez más quedaba demostrado que la minería ha sido la columna vertebral de la economía chilena.

9.13 El crédito amplio para los sectores medios y las grandes tiendas

¿Quiere vivir como rico?; ¿cambiar su viejo televisor por ese televisor enorme que ha visto?; ¿ese auto que soñó? ¿Un viaje a Disneyworld?...mejor todavía, ¿jugar en Las Vegas... jugar? Consulte las páginas amarillas; lea el cuerpo de avisos económicos d*e El Mercur*io y otras publicaciones: todo es comerciable, como diría Sebastián P., mejor aún si vuela por lan. ¿Cómo se paga? ¿Ya se verá? Y si no...No seeeeee paga. Total ¿qué pueden embargarnos? ¿Lo vivido y lo bailado? El viaje ya me lo pegué... juá, juá... money, money, money... así es la Polar, llegar y llevar. Después otro pillo como es el «Fra Fra» Errázuriz nos ha mostrado cómo traficar con esclavos en el siglo xxi, secar la Pampa del Tamarugal al robar 10 veces más agua que le estaba concedida, etc.

9.14 La sociedad

Después de 17 años de dictadura la sociedad chilena estaba profundamente herida. Heridas hondas de curación lenta. Antes que nada, por meses y años, estuvo atónita y confusa, atónita y confusa de volver a ser libres. Tenía miedo.

9.15 Recomponiendo Chile

En esas circunstancias, recomponer el Chile mesocrático y democrático del siglo veinte fue algo lento. No podía haber sido de otra manera, las huellas eran muy hondas. En ese ambiente

los ejercicios de la democracia fueron magros, casi avergonzados y ocultos. Todo ocurría como tenía que ocurrir, pero sin entusiamo cívico. La gente parecía asombrada de hacer lo que ahora podía hacer. Con el paso del tiempo esto fue disminuyendo. Ayudaron las leyes sociales.

9.16 La comisión Rettig

Golpe duro a la idea del olvido fue la formación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, también llamada, Comisión Rettig, por Raúl Rettig, su presidente, destinada a averiguar sobre todos los muertos durante la dictadura militar. Por otra parte, la compusieron, además de Rettig, Jaime Castillo Velasco, José Luis Cea Egaña, Mónica Jiménez, Ricardo Martín Díaz, Laura Novoa Velázquez, Gonzalo Vial Correa, Gonzalo Zalaquett Daher. La Comisión evacuó un informe determinando que 2279 chilenos fueron asesinados durante el gobierno militar, civiles en su gran mayoría, pero también militares (otras informaciones, no tan fidedignas hablan de unos 1000 más). Sin embargo, los odios perdurarían hasta pasadas varias décadas después de los crímenes.

9.17 Débil renacimiento del mundo sindical

El mundo sindical estaba deshecho. Los sindicatos apadrinados por el gobierno militar eran pequeños y prácticamente se disolvieron con el retorno de la democracia, pero los contrarios a éste tampoco se fortalecieron rápidamente. Durante los 17 años de dictadura se habían atomizado y la muerte del socialismo en el mundo cooperó a este proceso. Ahora la reforma impositiva y sindical manejada por René Cortázar ayudó a fortalecer el mundo social renacido.

9.18 Los poderes fácticos: grupos económicos, integrismos católicos, Fuerzas Armadas.

La dictadura dejaba en herencia multitud de poderes fácticos, algunos mucho más poderosos que los partidos políticos, los

actores por excelencia de las democracias abiertas. En primer lugar, habría que mencionar a las Fuerzas Armadas que al menos hasta que Pinochet dejó la Comandancia en Jefe del Ejército en 1998 fueron un poder de hecho con tanto o más relevancia que cualquier grupo civil. En menor medida que el Ejército, la Armada, dirigida por el ultra conservador Jorge Martínez Busch y con una larga tradición pelucona, y la Fuerza Aérea y Carabineros que guardaban la añoranza del gobierno militar como los que más.

Muy poderosos continuaron siendo los «grupos económicos» que, como hemos visto, venían desde la época de Eduardo Frei Montalva, y algunos antes. Al volver la democracia a Chile, el más rico (aunque quizá no el más poderoso) era el «grupo Matte», siempre girando en torno a la propiedad de la Papelera, pero con múltiples ramificaciones. Luego venía el de Luksic, Angelini; Paulmann. Sebastián Piñera, que nunca fue un empresario sino un hábil especulador, había avanzado hasta una sexta o séptima posición. Había otras personas que no tenían tanta riqueza pero sí mucho poder, como Ricardo Claro y José Yuraseck. Su influencia sobre el acontecer nacional era enorme. Eran los guardianes del «modelo».

En la Iglesia Católica, bajo el pontificado de Juan Pablo II, se hacían fuertes grupos integristas de derecha como el Opus Dei, los Legionarios de Cristo, y otros. Su importancia se haría sentir.

9. 19 Los barrios-dormitorio para clase media baja, Maipú, Puente Alto y otros

Los comenzó la dictadura pero, los continuó la Concertación. Áridas comenas de bloques y casas (con un pequeño jardín) sin plazas, sucias, desordenadas, promiscuas, depresivas, que se extienden por centenares de manzanas; donde los vicios y la delincuencia se hacen fáciles. Las casas «coopeva» y otras decenas de sociedades constructores. Allí se arrojó a la pobreza. Son mejores que las poblaciones y las callampas, es cierto, pero a los chilenos que allí tiene su mundo, sus hijos, su esperanza... o su desesperanza, cualquiera comprende que la democracia no los haya convencido. La alegría no vino.

9.20 Cultura

9.21 Poesía y antipoesía: Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Raúl Zurita, Jorge Teillier, Waldo Rojas

Nicanor Parra: El poeta nació en el seno de una modesta, pero genial, familia en San Fabián de Alico y desde pequeño alternó su residencia entre Santiago, Lautaro, Ancud y Chillán. Creció en un ambiente artístico, ya que su padre, Nicanor Parra, era profesor primario y músico, y su madre, Rosa Clara Sandoval Navarrete, «tejedora y modista de origen campesino, también tenía aficiones artísticas y solía cantar canciones folclóricas».

En 1927, ingresó en el Liceo de Hombres de Chillán, y en 1932 partió a Santiago para terminar la educación secundaria en el Internado Nacional Barros Arana gracias a una beca de la *Liga de Estudiantes Pobres*. Ahí conoció a Jorge Millas, Luis Oyarzún y Carlos Pedraza, con los cuales tuvo gran afinidad artística. Al año siguiente ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde estudió Matemáticas y Física. También, poco después, Ingeniería, Derecho e Inglés, pero pronto los abandonó. Financió la universidad desempeñándose como inspector del Internado Nacional Barros Arana. En ese colegio comenzó a publicar, junto a Millas y Pedraza, la *Revista Nueva* en 1935, donde apareció su primer «anticuento», *Gato en el camino*.

El modelo fue el *Romancero gitano* de Federico García Lorca, aunque ya existen elementos que prefiguran la antipoesía. En 1937, en Chillán, como maestro, pasó desempeñarse como profesor de matemáticas y física en el liceo donde había estudiado. Al año siguiente obtuvo el Premio Municipal de Santiago por su contribución a la física y la matemática.

En 1943 viajo a Estados Unidos a estudiar mecánica avanzada en la Brown University, mediante una beca del *Institute of International Education*. Regresó en 1946 incorporándose a la Universidad de Chile como profesor titular de Mecánica Racional. En 1948 fue nombrado Director Interino de la Escuela de Ingeniería de esa institución docente. En 1949 partía a Inglaterra gracias a una beca del Consejo Británico. Su paso por esos países, particularmente por lo que significó la inmersión en la vida cotidiana de dos sociedades desarrolladas, y

su oposición a la poesía tradicional de Pablo Neruda, fueron fundamentales en la gestación de sus antipoemas.

Volvió a Chile en 1951. En 1954 aparecía *Poemas y Antipoemas*, su segundo libro, que produjo un corte radical en la poesía chilena e hispanoamericana, y marcó la irrupción del modelo antipoético. Este incluye entre sus elementos un personaje antiheróico, humor, ironía, sarcasmo. El mismo Parra ha dicho sobre su obra: «Durante medio siglo la poesía fue el paraíso del tonto solemne hasta que vine yo y me instalé con mi montaña rusa».

Una vez andando, por un parque inglés;
con un angelorum, sin querer me hallé.
Buenos días dijo, yo le contesté
Él en castellano, pero yo en francés.
Dites moi, don ángel. Comment va monsieur.
Él me dio la mano,
Yo le tomé el pie.
¡Hay que ver, señores, cómo un ángel es!
Fatuo como el cisne.
Frío como un riel.
Gordo como un pavo.
Feo como usted.
Susto me dio un poco.
Pero no arranqué.
Le busqué las plumas,
plumas encontré.
Duras como el duro,
cascarón de un pez.
Siga su camino.
Que le vaya bien,
Que la pise el auto,
Que lo mate el tren.
Ya se acabó el cuento
Un, dos, tres.

Gonzalo Rojas; ha tenido gran fama, premios y distinciones, pero con la libertad que me da ser autor (aunque no literato), diría que no está ni cerca de Neruda, de la Mistral, Parra, ni Tellier.

Sobre Jorge Teillier: su infancia transcurrió en la Araucanía. A la descendencia gala del autor, se acopló la tradición araucana. Su producción literaria comenzó en 1956 con *Para ángeles y gorriones*, al que siguieron *Los trenes de la noche y otros poemas* e en1964, *Poemas secretos* en 1965 y *Muertes y maravillas* en 1971. Esa época liceana, recordará en 1968: En 1953, con 18 años de edad, Teillier emprendió viaje a Santiago para cursar estudios superiores: ingresa en el Instituto Pedagógico a estudiar Historia.

En mayo de 1965, movido por aquel impulso de configurar aquel espacio mítico antes mencionado, publicó L*os poetas de los lares*, ensayo en el que revisa la obra de todo un grupo de poetas que centraron su obra en la provincia, la infancia y el respeto por las tradiciones, inaugurando una importante vertiente de la poesía nacional.

Recuerda Teillier que por ese entonces «el héroe poético de mi generación era Pablo Neruda». Yo sabía que la poesía debía ser un instrumento de lucha y liberación, pero yo era poeta y nada más, confesó. Después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, Teillier siguió fiel a su credo, aunque no se puede negar, como bien dice Marcelo Quiñones, que aparecen «símbolos o signos de indicios» que nos remiten «al drama que por diecisiete años vivió Chile. Al correr de los años, el poeta fue acentuando o hizo más ostensible el tono autobiográfico de su poesía, esas pequeñas confesiones como 'la noche es mi mejor amiga' o 'es mejor morir de vino (ya era alcohólico) que de tedio'.

Raúl Zurita estudió en el Liceo Lastarria y allí conoció a su primer amor Masiel Meza, a quien quiso durante toda su adolecencia, y a quien le escribió uno de sus mejores poemas. Inició estudios universitarios de Matemáticas y se licenció como Ingeniero Civil en Estructuras por la Universidad Técnica Federico Santa María de Valparaíso.

Su obra se vio marcada en la época de los setenta por la dictadura militar. Militante comunista, fue detenido, encerrado y torturado en una de las bodegas del carguero *Maipo*.

En esta época nacía el grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte), que se enmarcaba dentro de lo que se conoce como Escena de Avanzada, Zurita era considerado como uno de los más radicales de este grupo. Realizó variadas acciones utilizando su cuerpo como medio de expresión y angustia, algunas de las cuales llegaban a la autolesión o automutilación: arrojarse

amoniaco a los ojos, o quemando su mejilla con un fierro ardiente. También protagonizó una masturbación pública en 1979, en la galería Cal de Santiago frente a una pintura de Juan Dávila.

En 1982, su obra creativa dio un nuevo paso con el poema *La vida nueva*, escrito en los cielos de Nueva York, mediante cinco aviones que trazaban las letras con humo blanco las que se recortaban contra el azul del cielo. Esta creación estaba compuesta por quince frases de 7-9 kilómetros de largo, en español. Otra acción artística consistió en plasmar en el desierto de Chile la frase. Entre 1979 y 1993 Zurita escribe la trilogía *Purgatorio* (1979), *Anteparaíso* (1982) y *La Vida Nueva* (1993), en la que recorre los más variados paisajes desde desiertos, playas, cordilleras, pastizales y ríos. Estas obras están consideradas entre las más importantes de su producción.

En el siguiente periodo, el poeta comenzó a alejarse del Partido Comunista. En 1990, fue nombrado agregado cultural en Roma, bajo el gobierno de Patricio Aylwin. El año 2000 recibió el Premio Nacional de Literatura.

Waldo Rojas, estudió en el Instituto Nacional, donde fue director de la Academia de Letras Castellanas y, después, en la Universidad de Chile. Allí fue «redactor y crítico literario» del *Boletín* universitario.

A la generación de poetas de 1960, a la que pertenece, la bautizó «Promoción Emergente» y sobre sus compañeros ha dicho que el grupo «no configuraba, como ya se ha dicho muchas veces, una partida fundacional en el sentido de una actitud vanguardista, rupturista, en ningún caso. (...) Lo que teníamos en común era, primero que nada, la actitud hacia lo que llamábamos 'tradición', o sea, las sucesivas generaciones de poetas chilenos que configuraban ya por los años 60 un panorama extraordinariamente rico y que nada predisponía a desaparecer en una jubilación prematura». Rojas, que viajaba de Santiago a Concepción para participar en la revista *Trilce y* las actividades del grupo homónimo, era «uno de los más notorios representantes de la bohemia» capitalina de la década del 60 y junto con el actor Luis Alarcón, el escritor Germán Marín y cineasta Raúl Ruiz, de quien fue gran amigo, formó el grupo de La Cofradía de los Caballeros Antiguos. Todo esto no impedía que fuese famoso por lo bueno para los puñetes a pesar de no ser muy grande. Publicó su primer libro, *Agua removida*, en

1964 y dos años más tarde dos «poemarios» *Pájaro en tierra* y *Príncipe de naipes*.

El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 lo obligó a exiliarse y al año siguiente llegó a Francia, donde vive desde entonces, al comienzo en condiciones duras. Estando en Francia apareció *Almenara*. En la capital francesa, enseña en la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne.

9.22 Novela: José Donoso, Isabel Allende, Roberto Ampuero, Hernán Rivera Letelier, Jorge Edwards, Pedro Lemebel. Bolaño por conocerse.

Donoso fue un persona egocéntrica, tacaña, paranoica, pretenciosa, de presunta aristocracia, sobre la que basa mucha de su autoimagen novelística. Las memorias de su hija adoptiva (suicida), aparecidas mucho después de su muerte, hablan más de él que todos sus libros. Estos están escritos con oficio. Hizo todo lo posible para figurar como partícipe del boom latinoamericano de 1960…¿lo logró?

Isabel Allende es la autora chilena más leída en el mundo en todos los tiempos, incluso posiblemente más que Neruda, ¿es eso un mérito? Desde luego que lo es: *vox populi vox dei*. Pero sus primeras novelas fueron copias del realismo mágico de García Márquez. Después ha mejorado mucho, como pequeños altibajos y ahora es por derecho propio una gran novelista. Se fue de Chile durante la dictadura y nunca ha regresado para radicarse en su patria, actualmente vive en ee. uu. Fue Premio Nacional de Literatura 2010.

Roberto Ampuero es un vagabundo vital, lleno de contradicciones, roturas e ímpetu, pero con genio. Estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile Antropología Social en las mañanas y Literatura Latinoamericana en las tardes. Por esta época ingresó en las Juventudes Comunistas porque, como explicaría años más tarde, creía «que el socialismo era democrático, justo y económicamente próspero».

En 1973 hubo de salir de Chile y vagabundeó por Europa, siempre estudiando y escribiendo. En 1993, después de estadías en Cuba y Alemania Oriental, desilusionado del marxismo, regresó a su país. Aquí escribiría novelas policiales cuyo héroe

era Cayetano Brulé. Amén de múltiples artículos de prensa, actividad que continuó en Chile.

En 1997, año de la publicación en español de *El hombre golondrina*, se trasladó con su familia a Estocolmo. Luego partió hacia la Universidad de Iowa. En 2002 aparecía la cuarta entrega del detective Cayetano Brulé *Cita en el Azul Profundo*, que en solo tres semanas se agotó en su primera edición de cinco mil ejemplares.

En 2005 publicó la quinta entrega de la saga Cayetano Brulé *Halcones de la noche*. En 2008 se publicaba *El caso Neruda*, sexta entrega sobre Cayetano Brulé, Ese mismo año la Corporación Cultural de la Quinta Región le otorgó el *Premio a Personalidades*, Roberto Ampuero, este «Charles Atlas de la literatura» (hasta de pinta) ha descrito su obra literaria como un «realismo cosmopolita. Tiene muchas otras publicaciones.

Hernán Rivera es un escritor que junto con Lemebel es de genuina raigambre popular, algo nada común entre los escritores chilenos, hasta entonces de clase alta o media. Aunque nació en Talca, se crió y vivió hasta la edad de 11 años en la oficina salitrera Algorta, en el norte de Chile. Allí y en las de María Elena y Pedro de Valdivia hizo sus estudios escolares.

Debido al cierre de Algorta, sus padres se trasladaron a Antofagasta, donde a las dos semanas de llegar murió su madre, víctima de la picadura de una araña de los rincones. Entonces, la familia decidió volver a las salitreras. Pero el «tímido rebelde o rebelde tímido» –según su propia definición– se negó a partir y decidió quedarse solo en la ciudad, viviendo en una suerte de ruca instalada en el patio de una iglesia evangélica.

Se ganaba la vida vendiendo diarios; le alcanzaba para comer e incluso para ir al cine. Entraba a las dos de la tarde y no salía hasta la una de la mañana para ver tres veces las tres películas. Como a las seis hablaba con el portero, salía a comprar pan y mortadela y me metía de nuevo al cine. Después de tres años de vivir en Antofagasta, volvió a la pampa a trabajar.

A los 19 años, Salió a vagabundear por Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Argentina. «Fue en este viaje donde decidí convertirme en el mejor escritor del mundo», dirá años más tarde. De regreso a la pampa en 1973, comenzó a trabajar en la oficina salitrera Pedro de Valdivia. Paralelamente, estudió en la escuela nocturna para completar la enseñanza básica.

Pero habrá de pasar más de una década de aquel memorable viaje en que tomó la decisión de consagrarse a la literatura antes de poder publicar su primer libro: *Poemas y pomadas*, 1988 y en 1990 *Cuentos breves y cuescos de brevas* (1990).

Cuatro años más tarde publicaría su primera novela, *La Reina Isabel cantaba rancheras*, que lo catapultó a la fama y le granjeó sus primeros premios importantes el del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, más una mención en el Municipal de Santiago. Desde entonces, este libro se ha convertido en una de las obras literarias de más vasta difusión de la narrativa chilena reciente. El mismo Rivera Letelier diría en 2000 que desde que publicó *La Reina Isabel cantaba rancheras* la vida le «dio una vuelta de carnero». Su siguiente novela, *Himno del ángel parado en una pata* (1996), volvió a recibir el premio del citado Consejo. Algunas novelas suyas han sido adaptadas al teatro y traducidas a varios idiomas, particularmente al alemán, francés e inglés.

Cuando se le ha preguntado por qué empezó a escribir, en alguna ocasión ha dicho que «por hambre».

Ya algo se ha dicho algo de Jorge Edwards, escritor connotado, muy cercano a las casas editoras del Barcelona y a la sala de redacción de matutino *El País* y otros grandes diarios europeos, así como del criollo *La Segunda*. En este caso zapallarino de corazón y limpia prosapia. Se lee con gusto. Pero su mejor libro son su ya mencionadas memorias sobre la Cuba de Fidel Castro *Persona non grata*, libro entretenido. Es mejor como analista periodístico que como escritor. Al menos es mi modesta opinión. Tiene un buen trabajo de Historiografia *El gobierno de Manuel Bulnes según los archivos de Quai D´Orsay*

Pedro Lemebel es un auténtico marginal. Hijo de panadero, nació en la orilla del Zanjón de la Aguada hasta que, a mediados de los años 1960, «su familia se mudó a un conjunto de viviendas sociales Estudió en un liceo industrial donde se enseñaba forja de metal y mueblería y, después, en la Universidad de Chile, donde se tituló de profesor de Artes Plásticas. Trabajó en dos liceos, de los cuales fue despedido en 1983, presumiblemente por su apariencia homosexual.

En sus libros aborda fundamentalmente la marginalidad chilena con algunas referencias autobiográficas. Su estilo irreverente lo ha hecho conocido en toda hispanoamérica. Gay declarado, explica el cambio de su nombre así: «El Lemebel

es un gesto de alianza con lo femenino, inscribir un apellido materno, reconocer a mi madre huacha desde la ilegalidad homosexual y travesti.

En los años 1980, cuando la literatura fue marginada por la dictadura militar de Augusto Pinochet, fundó, junto a Francisco Casas, el dúo de arte *Yeguas del Apocalipsis* (1987). Ambos escritores, convertidos en actores de su propio texto, generaron desde la realidad homosexual una interrupción de los discursos institucionales.

Entre 1987 y 1995, las *Yeguas del Apocalipsis* realizaron alrededor de ochocientos eventos públicos. En 2002 escribió la novela: *Tengo miedo torero*, que fue llevada al teatro en 2005 y ha sido traducida al inglés y al francés. Con su último libro, *Serenata cafiola*, retomó su sesgo cronista al compás de una «biografía musicalizada»

9.23 Cine: Raúl Ruiz

El cine chileno que ya había alzado un buen nivel con Miguel Littín; con Raúl Ruiz fue considerado genial por los que saben…e incomprensible por el resto, excepto su obra sobre *En busca del tiempo perdido*, *Los misterios de Lisboa* y quizá algún otra. Pero quedémonos con la opinión de los que saben que casi unánimemente lo consideran el mejor cineasta chileno de la época contemporánea. Después estaría Raúl Littín, aunque hay algunos que disienten. En todo caso su fama mundial es superior a la de Littín.

9.24 Pintura: todavía Matta

Matta continuaba siendo «el gran pintor de Chile». Como una figura mundial; venía a Chile de en vez en vez. También de mucho mérito, pero sin su prosapia internacional estaba Nemesio Antúnez y más aún Claudio Bravo con su estilo hiperrealista, que no sólo era notable artísticamente sino que le sirvió para brillar en el «beau monde» internacional y hacerse rico los primeros años de su vida adulta

Nemesio Antúnez Nació en 1918. Realizó estudios de arquitectura en la Universidad Católica de Chile. Obtuvo una beca Fulbright para la Universidad de Columbia en Nueva York. Desde 1950 residió en París.

En 1953 regresó a Chile, aquí fundó y dirigió el taller 99 de grabado. En 1956 obtuvo el «Premio de la Crítica» y en 1961 fue nombrado Director del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile donde creó la Sociedad de Amigos del Museo. 1964 era Agregado Cultural en los Estados Unidos, durante su estadía pintó para la o.n.u. el mural «Corazón de los Andes». En 1969 volvía a Chile como Director del Museo Nacional de Bellas Artes. Recibe la «Medalla de Chile», otorgada por el Senado de la República por excelencia en labores culturales. En 1971 dio inicio al programa de televisión *Ojo con el Arte*, emitido por Canal 13. Frente a los acontecimientos del 11 de septiembre decidió renunciar a su cargo como director del Museo de Bellas Artes y se auto exiló en Cataluña, España. En 1984 Nemesio Antúnez decidió regresar nuevamente a Chile, exponiendo en Santiago, Curicó, Concepción y Temuco. En 1986 reorganizó el Taller 99, de grabados, en «La casa larga» de Santiago. En marzo de 1990 reasumió la dirección del Museo Nacional de Bellas Artes y en agosto de ese mismo año reanudó el programa televisivo «Ojo con el Arte».

Falleció el 19 de mayo de 1993, siendo aún director del Museo Nacional de Bellas Artes.

La obra de Claudio Bravo es vasta e incluye una variedad de técnicas y temas. Entre sus creaciones más *importantes se encuentran Volcanes, Mujer al Sol, La Noche y* Tanguería en Valparaíso. Hiperrealista, Claudio Bravo, vivió gran parte de su infancia en la zona rural de Melipilla.

En 1955 bailó profesionalmente con la Compañía de Ballet de Chile y trabajó para el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile. Desde 1955 Bravo alternó su vida entre Santiago y Concepción.

En la década de 1960 se estableció como retratista en Madrid, donde tuvo inmediato reconocimiento por su asombrosa capacidad de crear verosimilitud. Su habilidad para representar objetos y formas complejas recuerda a Velázquez.

En 1968 Bravo recibió una invitación de Ferdinand Marcos, entonces presidente de Filipinas, para pintarlos a él y a su esposa, Imelda Marcos, así como a miembros de la alta sociedad filipina. Claudio Bravo no pintaba a partir de fotografías, sino que prefiere tener al molde, modelo o modelos en el lugar, pues decía que había que capturar la esencia del objeto a pintar. En 1970 tuvo su primera exposición en la Staempfli Gallery de Nueva

York. Bravo se trasladó a Tánger en 1972, DONde este compró una mansión de tres pisos del siglo xix. Allí derrumbó muchas de las paredes y pintó de color blanco las restantes para potenciar la luz mediterránea, la cual está muy presente en sus pinturas.

En el año 2000 recibió de manos de los reyes de España la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. Murió en Marruecos el 4 de junio de 2011.

9.25 Música, Roberto Bravo

No ha tenido el virtuosismo de Claudio Arrau, pero es un gran pianista. Inició su formación musical en el Conservatorio Nacional de Santiago (y estudio en la escuela secundaria ISUCH) con Rudolf Lehmann y continuó sus estudios en Nueva York (Estados Unidos) con Claudio Arrau. También estudió en los conservatorios de Varsovia (Polonia) y Tchaikovsky de Moscú (Rusia), además de perfeccionarse en Londres (Inglaterra) con María Curcio.

Bravo ha tocado con la Orquesta Sinfónica de Berlín; la Royal Philarmonic Orchestra of London; The Melbourne Symphonic Orchestra; la Orquesta Sinfónica de Sao Paulo (Brasil) y la Orquesta Sinfónica de Santiago (Chile).

El gobierno del presidente chileno Patricio Aylwin lo distinguió en 1990 como «Embajador Cultural Honorario».

9.26 Vida privada

¿Hubo una liberación de la vida privada en Chile después de la dictadura?; ¿entraron nuevos usos y costumbres? Para nada. Quizá con el secreto beneplécito del gobierno el Chile, pasadas las fiestas del cambio, todo continuó muy tranquilo. Quizá el recuerdo de las Unidad Popular y la presencia tronatonante de Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército, hizo que las primer reivindicaciones por las violaciones a los derechos humanos tuvieran un carácter sordo. Sólo con la comisión Rettig eso cambió. Por cierto hubo venganzas personales ya mencionadas: contra el general Leigh, contra Jaime Guzmán y otras que corrieron por cuenta del FPMR y a las cuales el gobierno se opuso y trató de castigar, igual que a los violadores a los derechos humanos del período anterior, «en la medida de

lo posible», en la célebre frase del Presidente Aylwin tan criticada por muchos, pero profundamente política. Si Altamirano en 1973 hubiera actuado en la medida de lo posible quizá no hubiéramos tenido golpe militar.

Pero como decían los alemanes al terminar la guerra de los Treinta años entre Habsburgos y protestantes, ya basta, sólo queremos la paz y en Chile agregaría, la paz de la democracia.

9.27 En Chile no hubo destape

En Chile no hubo «destape» como en España, o, al menos fue más lento y moderado. ¿Por qué? De partida por el carácter conservador de la sociedad chilena, lo que no era el caso de España, por ejemplo, donde había una larga tradición progresista, liberal y anarquista que la larga dictadura de Franco no borró. En segundo término porque la Iglesia Católica chilena lejos de estar con la dictadura, en su mayor parte fue el refugio de los perseguidos y no vaciló en condenarla cada vez que pudo y como pudo.

Episodio

Los trajes «café» de don Patricio

Don Patricio Aylwin gustaba de usar ternos café, con chaleco de tela. Los encargados de su aspecto, creo han de haber sido gente de la Cancillería y más concretamente de la sección Protocolo, no gustaron de esto. Lo convencieron de reemplazarlos por trajes (a veces ternos) azul marino o grises. Don Pato los dejó hacer.

Episodio

El «Tiburón» Contreras

Nació en Valparaíso, comenzó a nadar antes de los 8 años, admirador de Johnny Weissmuller, continuó perfeccionándose como nadador de distancia. Aunque de adulto y con la profesión de técnico electricista llegó a medir solo 1 metro 64 pero llegó a tener una contextura de pecho ancho. Sus progresos en la natación fueron asombrosos: entre 1979 y 1982 cruzó los estrechos de Gibraltar y de Magallanes. Poco después el Canal de la Mancha. El cruce del Estrecho de Gibraltar le valió un

record que mantuvo por quince años. Después llegaría a nadar hasta 40 kilómetros en el Océano Pacífico.

Nunca usó traje de goma, solo traje de baño, gorra y anteojos, más abundante grasa de lobo marino. Como profesor, ocho de sus pupilos han cruzado el Estrecho de Magallanes.

Episodio

Las barras bravas

Episodio imitado de Argentina e indirectamente de Europa (hooligans) apareció en Chile en la segunda parte del gobierno militar sin ser reprimidos. Era un grupo de maleantes o de lumpen que se ubicaban en un sector del estadio más o menos controlado por Carabineros y durante el partido observaban una conducta violenta, no sólo contra sus adversarios sino destruyendo el estadio mismo. Esto continuó con la Concertación y lo curioso fue que cuando muchos intentaron atajar el vandalismo, múltiples políticos partidarios de uno u otro club, se opusieron. El resultado fue que mucha de la gente sencilla y tranquila dejo de ir al estadio y que, después de cada partido de los equipos con más apoyo, la salida del recinto deportivo se transformaba en una debacle que la policía tenía que contener. Esto no ha sido solucionado hasta hoy. Hay demasiados intereses comprometidos.

Episodio

El cambio de mando Pinochet-Aylwin

Se llevó a cabo, evidentemente en el edificio de Parlamento en Valparaíso. Cuando se aproximó Pinochet, en coche descubierto, la muchedumbre le lanzó huevos, tomates y otras delicias. Los guardaespaldas se apresuraron a abrir paraguas para evitar el bombardeo. Pinochet, siempre en actitud gallarda, se levantó y les grito repetidamente ¡desagradecidos! Hasta que llegaron a la puerta del mamotreto.

Conclusión

Pero es necesario terminar esta breve historia política, económica, social y cultural de Chile entre 1891 y 1989, así como aspectos de la vida privada, diciendo que este siglo fue el la democracia, a pesar de los 17 años de dictadura de Pinochet y los de Ibáñez. En sus comienzos su realidad fue principalmente feudal y de enclave. Pero en 1964, en lo político había ya una buena democracia en Chile. En lo económico hubo liberalismo, estatismo relativo (Keynesianismo), estado de bienestar y liberalismo a ultranza después de 1974. En lo social fue el siglo de la clase media, esta fue la columna vertebral de Chile desde 1920. En lo cultural fue el siglo de una apertura al mundo, en lo que se recibió y también el que Chile le dio en forma de grandes figuras de la literatura, música y pintura. En relación a la vida privada, se siguieron las corrientes mundiales con años o décadas de retraso con respecto a Europa y EE. UU. y con marcadas diferencias en crecimiento entre el Chile urbano, y el Chile campesino, las fueron disminuyendo hacia fines del siglo XX.

En fin, fue un Chile que en la última década del siglo XX mostró un gran crecimiento económico. Hoy (2010) estamos en cerca de 16.000 dólares de ingreso per cápita muy mal repartidos, eso es verdad.

Hay que destacar que el siglo XX ha sido un siglo de paz. Si en el siglo XIX tuvimos tres guerras internacionales (contra la Confederación Perú-Boliviana, contra España y la Guerra del Pacífico) y cuatro guerras civiles, además de las de la Independencia que también lo fueron (en 1830, 1851, 1859 y 1891); en el siglo XX no hubo guerras. Tuvimos episodios graves de violencia a comienzos de la centuria, con la represión obrera y particularmente con el episodio de la escuela Santa María

de Iquique y después de 1973, con los asesinatos de régimen militar. En todo caso, nada comparable con las guerras del xix.

Pero volvamos al principio y al largo tiempo. ¿Es el Chile del siglo xx una continuidad de los siglos anteriores? Según y cómo se mire el panorama urbano y rural del Chile presente. Seguimos el rumbo del planeta, pero también encontramos varios de los rasgos de largo tiempo que detectamos en los siglos coloniales o de la temprana república, en el Chile de hoy. Aunque quizá más a nivel folclórico que enraizados en la cultura profunda y cotidiana,

Pero el siglo xxi golpea con fuerza y los cambios pueden precipitarse. Pero eso ya es futuro.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres digitales de

RIL® editores

Teléfono: 225-4269 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, agosto de 2012

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.